

## **Vol 3. 1980. ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS MARTIANOS**

### **OTROS TEXTOS MARTIANOS**

Dos poemas desconocidos / 3

[¡Qué susto! ¡Qué temor!] / 3

[Como el mar es el alma] / 4

De El Partido Liberal / 5

Correspondencia particular para El Partido Liberal / 5

Carta de José Martí / 12

Cómo murió Martín Barrundia / 16

La Universidad de los pobres / 19

Edison / 24

Correspondencia particular de EL Partido Liberal. La cuestión social y el remedio del voto / 29

Correspondencia particular de El Partido Liberal / 36

Carta de José Martí / 44

Correspondencia particular para El Partido Liberal / 50

Correspondencia particular de El Partido Liberal / 56

Correspondencia particular para El Partido Liberal / 61

### **DEL SIMPOSIO INTERNACIONAL SOBRE JOSÉ MARTÍ Y EL PENSAMIENTO DEMOCRÁTICO-REVOLUCIONARIO / 70**

Discurso de inauguración / Armando Hart Dávalos / 72

José Martí, demócrata revolucionario / V. Stolbov / 77

El democratismo revolucionario del ideario de José Martí y su significación internacional / Valentina I. Shíshkina / 84

Rasgos del pensamiento democrático y revolucionario de José Martí / José Cantón Navarro / 92

Sobre el concepto leniniano del término demócrata revolucionario / Carlos Blanco Aguinaga / 106

La influencia de la primera deportación en el pensamiento revolucionario de José Martí / Alexandre Cabral / 118

José Martí frente a los caudillismos de la época liberal. (Guatemala y Venezuela) / Jean Lamore / 133

Martí, Betances, Rizal. Lineamientos y prácticas de la revolución democrática anticolonial / Paul Estrade / 150

Martí y Hostos: paralelismos en la lucha de ambos por la independencia de las Antillas en el siglo XIX / Manuel Maldonado Denis / 178

América Latina: marxismo y liberación en los planteamientos pioneros / Pablo González Casanova / 194

Visión martiana de los dos rostros de los Estados Unidos / Phillip S. Foner / 218

José Martí y la época histórica del imperialismo / Ramón de Armas / 237  
Anticipaciones de José Martí a la teoría leninista del imperialismo / Angel Augier / 258  
Pensamiento y combate en la concepción martiana de la historia / Luis Toledo Sande / 279  
Martí y el panamericanismo: propósito de un siglo / Manuel Galich / 308  
Como la plata en las raíces de los Andes. El sentido de la unidad continental en el latinoamericanismo de José Martí / Pedro Pablo Rodríguez / 332  
Martí: la república “con todos y para el bien de todos” / Oleg Ternovoi / 335  
Vision martiana del movimiento de liberación ruso / Elena Jorge / 343  
Concepciones teórico-militares en el democratismo revolucionario de José Martí / Joel Sosa / 353  
La esencia filosófica del pensamiento democrático revolucionario de José Martí / Adalberto Ronda Varona / 378

## **DEL IX SEMINARIO NACIONAL JUVENIL DE ESTUDIOS MARTIANOS**

Discurso de clausura / Fernando Vecino Alegret / 392  
Declaración final / 402

## **LIBROS**

José Martí, contemporáneo y compañero / Denia García Ronda / 405

## **OTROS LIBROS / 411**

## **BIBLIOGRAFÍA / 412**

Bibliografía martiana (enero-diciembre de 1979) Araceli García Carranza / 412

## **NOTICIAS Y COMENTARIOS / 445**

Cada trabajo expresa la opinión de su autor.  
El criterio del Consejo de Dirección se hace constar en los editoriales.  
Edición: Ela López Ugarte  
© 1980 CENTRO DE ESTUDIOS MARTIANOS  
CALZADA 807, ESQUINA A 4  
EL VEDADO, HABANA 4  
CUBA

Imprenta Urselia Díaz Báez, Ministerio de Cultura

# Anuario del Centro de Estudios Martianos

3 / 1980

## ERRATAS MÁS IMPORTANTES ADVERTIDAS

<i>Páa.</i>	<i>Línea (u otra referencia)</i>	<i>Rectificación</i>
2	<i>Copyright:</i>	1980
3	6	apuntes poemáticos, no incluidos en ninguna edición de la poesía martiana. Su desciframiento
72	1 de la nota	Discurso pronunciado por el compañero Armando Hart Dávalos, miembro del Buró
92	31	aproximándose al marxismo
95	3	tenemos a la patria de Cutting
99	8	terrente revolucionario
137	2	caciques locales
198	41	más por un delirio de
216	8 y 9	[Texto empastelado]
221	5-6	se quejaba en el <i>Hartford Courant</i> en 1883.
245	39	el recién inaugurado período
305	39	definición de 1889
310	4	En sus extensos comentarios
	26	Peruvian Company
350	24	la absoluta originalidad del ilustre literato
412	Autora	Araceli García-Carranza
414	Asiento 21	la violación de los derechos humanos
427	Encabezamiento	[Falta el subtítulo <i>Índice analítico</i> ]
441	1 de la S	reportaje de José Martí sobre la violación
445	1ra. columna	[Sobra 3er subtítulo]
	2da. columna	[En el subtítulo sobra la 3ra. línea]
446	1ra. columna	[Entre los dos párrafos falta el subtítulo <i>José Martí en el volumen-memoria de un encuentro generoso</i> ]

*Responsable de la documentación martiana:* NYDIA SARABIA. *Responsable de la edición crítica de las Obras completas de José Martí:* CINTIO VITIER. *Responsable de publicaciones:* LUIS TOLEDO SANDE. *Responsable de diseño:* UMBERTO PEÑA.

*Secretaria:* MARINA FERNÁNDEZ

*Dirección postal:* Apartado postal 6640, Habana 6, Cuba.

## OTROS TEXTOS MARTIANOS

*Dos poemas desconocidos*

## NOTA

En el transcurso del trabajo que se está llevando a cabo en el Centro de Estudios Martianos con el propósito de realizar la edición crítica de los versos completos de Martí, se descubrieron entre los manuscritos que formaban parte del archivo de Gonzalo de Quesada y Miranda, los siguientes poemas o apuntes poemáticos. Su desciframiento —especialmente en el caso del primero de los textos que presentamos— ha constituido una ardua tarea, en la que siempre queda algún margen de duda, por lo confuso y borroso de la letra. Llama la atención en estos versos la capacidad de concentración lírica propia de los años de madurez de Martí, en la línea de las composiciones más sintéticas de sus *Versos libres*.

CENTRO DE ESTUDIOS MARTIANOS

[*¡Qué susto, qué temor...*]¹

*¡Qué susto! qué temor! qué delicado  
 Gozo, que el pecho inunda, cárcel breve,<sup>2</sup>  
 Alza aroma abundante que le llena!  
 ¡Qué negarse<sup>3</sup> la pluma al pensamiento!  
 ¡Y qué tender el<sup>4</sup> pensamiento el ala!  
 Un verso, que es viviente, un ángel muerto  
 Ya sin vida y color: su extraña esencia  
 Como perfume al vago viento escapa!  
 Este miedo sabroso, esta ternura  
 Inefable, esta alarma,<sup>5</sup> esto es poesía!<sup>6</sup>  
 Los ojos, de luz llenos, acarician,  
 La sierva mano<sup>7</sup> como un ala tiembla,  
 Y la frente de llamas coronada  
 Como un vaso de bálsamo rebosa.<sup>8</sup>*

¹ Este poema aparece, en tinta ya muy débil, al dorso de una hoja del cuaderno manuscrito de Martí, titulado "Voces".

[*Como el mar es el alma*]<sup>1</sup>

*Como el mar es el alma: Un oleaje<sup>2</sup>*  
*La remonta hasta el cielo: otra la lleva*  
*Hasta el siniestro abismo. El sol colora,*  
*Cuando el mar cielo arriba la ola empuja,<sup>3</sup>*  
*Los claros pliegues y las crestas blancas.*  
*Cuando se hunden en la sirte, rugen,<sup>4</sup>*  
*Revientan y oscurécense las olas!—*

2 Se añade coma. Primera versión: "Gozo, que como un bálsamo rebosa / De mi trémulo pecho, vaso [cárcel] breve".

3 Primera versión: "¡Qué escapar de!".

4 Primera versión: "¡a!".

5 Primera versión: "este [bien?]"

6 Tachado parcialmente a continuación: "La mano [p.i.] se abre y tiembla / Y la frente de llamas coronada / Los pies, cual pies a las plantas [p.i.] / Los ojos, de amor llenos, se humedecen / La mano, torpe [el ala?], se abre y tiembla / Y la frente / Y la frente, de llamas coronada".

7 Primera versión: "torpe mano esclava"

8 En nueva estrofa, estos versos incompletos: "¡Un incendio de amor! El cuerpo trémulo / Vibra y [...] lira armoniosa / Donde el..."

1 Este poema, de puño y letra de Martí, aparece en el dorso del manuscrito de "¡Hala, hala!", composición incluida en *Flores del destierro*.

2 Tachada la siguiente línea: "De cresta blanca toca el cielo".

3 Primera versión: "Cuando la mar al cielo la ola empuja,".

4 Primera versión: "enluta". Variantes: "envuelve", "anúblanse", "entúrbianse", "anubla". Tachadas las siguientes líneas: "Con el reflejo / Cual a un sol negro, las". En la mitad inferior de la hoja se lee: "¡Ay de la mano que pasa [que pena] / Ay de la frente afligida / [p. i.] [tachado: no se [p. i.]]". En el margen inferior: "A los malvados / Que a los pueblos oprimen [mesaría], [tachado: [p. i.]] / La barba, desnudaría los pies, / [tachado: escribiría] pondría un sayo, tejido / con serpientes, les daría un báculo de madera que quemase, / y los echaría a andar sobre la / tierra, a que dieran horror a los tiranos.—"

## De El Partido Liberal

NOTA

En el número 7 —y último— del *Anuario Martiano* (La Habana, 1977), el acucioso investigador nicaragüense Ernesto Mejía Sánchez publicó el trabajo "José Martí en *El Partido Liberal* (1886-1892)", donde dio a conocer los resultados de sus muchos años de búsqueda en torno a las colaboraciones que enviara José Martí al periódico mexicano *El Partido Liberal*. En esas búsquedas participaron también, siguiendo orientaciones de Mejía Sánchez, diversos investigadores, entre los que se encontró el licenciado cubano Salvador Morales. Según explica Ernesto Mejía Sánchez en el mentado trabajo, el número de colaboraciones que el Maestro envió a *El Partido Liberal* se elevó a ciento cuarentiséis, o a ciento cuarentisiete, si se cuenta una "que no llegó a publicarse, seguramente porque su amigo Mercado la juzgó imprudente para la política exterior mexicana de ese momento" (p. 303). Veintinueve de tales crónicas no han sido incluidas aún en las ediciones de las *Obras completas* de Martí, aunque han de ser recogidas en la edición crítica que prepara el Centro de Estudios Martianos: y, por lo pronto, serán publicadas en un volumen preparado por el CEM, en La Habana, y la Editorial Siglo XXI, en México. Adelantamos en esta sección varias de tales crónicas.

CENTRO DE ESTUDIOS MARTIANOS

## Correspondencia particular para El Partido Liberal

Sumario: El 4 de Julio.— New York a media noche.— Falta de espíritu patrio en las fiestas.— Los días patrios.— Observaciones sobre el espíritu público en los Estados Unidos.— Cómo se forma este país.— Efectos sociales de la inmigración y el excesivo amor a la riqueza.— Las fiestas.— Día de paseo.— Coney Island.— La fiesta de los irlandeses.— La madre de Parnell.— Hermosa escena en la plaza de la Unión.

New York, 6 de Julio de 1886.

Sr. Director de *El Partido Liberal*.

Todavía está el aire rojo, y penetrado del olor de los fuegos con que se celebró ayer el 4 de Julio. Anoche, al sonar las doce, cuando a los reflejos carmesíes y violetas de las últimas luces de Bengala, pasaban cual fantásticas figuras los paseantes cansados de las playas y pueblos vecinos, parecía New York como un cesto de duendes, que se acostaban entre chispazos y volteretas, saltando por sobre torres y techumbres, a la luz cárdena del cielo encendido. Camino de la eternidad parecían ir los trenes del ferrocarril elevado, como serpientes aéreas por cuya piel agujerada se escapase su espíritu de luz. Las chispas de una rueda de fuego clavada en un poste de esquina, caían sobre un niño en traje de soldado, dormido en la acera sobre su tambor. De una estación de ferrocarril bajaban, entre familias alemanas y jugadores de pelota, trece mozas en uniforme de cantineras, los trece Estados de la Unión, que hace ciento diez años declararon en estos mismos días su voluntad de ser unos y libres. Un veterano llevaba en brazos a su hijita, envuelta en una bandera nacional. Bufando, y como exhalando los últimos suspiros, vaciaban en el muelle su carga sofocada los vapores que volvían de los lugares de paseo, conciertos, baños, pugilatos, juegos y carreras. Como los pueblos se revelan en sus fiestas, y la alegría y la libertad desnudan las almas, es bueno observar las ciudades en los días en que el regocijo, expansivo de naturaleza, saca de ellas lo que tienen de tierno, de indiferente o de bárbaro.

Animadísimo ha sido aquí este 4 de Julio; pero ¡quien lo diría! no hubo fiesta patria sino en un barrio nuevo, allá por las afueras, que quiere llamar la atención sobre sus calles y sus casas, y tener por lo pintoresco y bullanguero los atractivos que le quita la distancia. Allí hubo gran parada, con el coche redondo de Washington; hubo bandera de treinta yardas, que se izó entre vítores en un parque que lleva el nombre de uno de los firmantes de la declaración de la Independencia; hubo un general octogenario, que cantó con voz velada, ante la muchedumbre descubierta con respeto, una de las tonadas de guerra del año de 1812, cuando Inglaterra mordía las alas del águila que había espantado de su nido. Pero fuera de la procesión de Harlem, y del pabellón que al abrir la aurora iza en la Batería todos los años un nieto del que arrió la bandera británica cuando salían, mosquete a tierra, los ingleses vencidos de New York, ¡ni los hombres se pronunciaron en los discursos de los oradores en teatros y plazas, de aquellos cincuenta y seis patriarcas que en la hora de la necesidad aparecieron sobre su pueblo como hombres de mármol que daban luz!

Los días patrios no han de ser descuidados. Está en ellos el espíritu público. Están en ellos las victorias futuras. Están en ellos las artes y las letras, que levantan a los pueblos por sobre las sombras cuando se han podrido los huesos de sus hijos, y cubierto de capas de tierra sus broncees y sus mármoles. Está en ellos esa arrogante soberanía que hace a los pueblos capaces de defenderse, afuera de sus enemigos, y de salvarse adentro de sus tiranos. En esta vida, donde el hombre no vive feliz ni cumple su deber si no en un altar, el día patrio reanima el santo fuego, en las aras manchadas por las pasiones, empolvadas por la indiferencia, o pervertidas por el ocio y el lujo, ¡Se necesita de vez en cuando respirar juntos, al ruido marcial de los tambores y al reflejo de las banderas, ese aire sobrehumano que embriaga, y que pone en los que viven, para que anden y triunfen, la voluntad y el brazo de los muertos! De sí debe tener vergüenza el que se avergüence de fortalecer, con estas juntas brillantes de espíritus, esa alma compacta y robusta sin la que, al embote de los avariciosos, caerá como un montón de polvo la patria: o como la estatua de plomo del rey de Inglaterra, que derritieron los neoyorquinos hace ciento diez años, cuando supieron que estaba repicando en Filadelfia la campana sagrada, publicando al mundo que había nacido sobre una tierra nueva un pueblo libre.

Aquí da miedo ver cómo se disgrega el espíritu público. La brega es muy grande por el pan de cada día. Es enorme el trabajo de abrirse paso por entre esta masa arrebatada, desbordante, ciega, que sólo en sí se ocupa, y en quitar su puesto al de adelante, y en cerrar el camino al que llega. Por cada hombre del país, cincuenta extranjeros. El extranjero que desembarcó hace un año con sus botas de cuero, su gabán parduzco, su cachucha y su nariz colorada, mira de reojo como a un enemigo a cada nueva barcada de inmigrantes. Nacidos de estos padres, los nuevos americanos no traen a su patria casual aquella sutil herencia de afectos y orgullos, aquella insensata y adorable pasión por el país donde se viene al mundo, que parece que sujeta con raíces a los que ven la luz sobre él, con raíces que les orean la frente como alas cuando se la enardecen o abaten los infortunios, y que los llaman como brazos angustiosos cuando con un dolor que tuerce las entrañas, se siente resonar sobre la patria un pie extranjero.

En las luchas se acendran e inflaman los elementos que la inspiran, por lo que acá llega a ser señora única del alma el ansia de la fortuna. La nación se ha hecho de inmigrantes. Los inmigrantes se dan prisa frenética por acumular en lo que les queda de vida la riqueza que desearon en vano en la tierra materna. De esta tierra adoptiva sólo les importa lo que puede favorecer o retardar su enriquecimiento o su traba-

jo. No les estorban para adelantar ni las creencias religiosas, que aquí son libérrimas, ni las opiniones políticas, que caldean el corazón y turban el juicio en el país propio. Acuestan sobre la almohada por la noche la cabeza cargada de ambiciones y cifras. Nace el hijo entre un *check* y una factura, o en uno de esos goces sin espíritu en que buscan las mentes desasosegadas compensación física y violenta a su fatiga: No es el matrimonio aquella mutua y absoluta entrega que lo hace feliz, porque el ser humano sólo lo es completamente en darse, sino que en él continúa la preocupación abominable del bien de cada cual, sin que el hijo llegue a ser un perfume, porque jamás se unen bien el céfiro y la rosa. En este aire sin generosidad, en esta patria sin raíces, en esta persecución adelantada de la riqueza, en este horror y desdén de la falta de ella, en esta envidia y culto de los que la poseen, en esta deificación de todos los medios que llevan a su logro, en esta regata impía y nauseabunda, crecen los hombres de las generaciones nuevas sin más cuidado que el de sí, sin los consuelos y fuerzas que trae la simpatía activa con lo humano, y sin más gustos que los que pueden servir para la ostentación del caudal de que se envanecen, o los que apagan los fuegos de las bestias o la fiera que desarrolla en ellos su vida de acometimiento y avaricia. No es el hermoso trabajo, ni la prudente aspiración al bienestar, sin el que no hay honor, ni paz, ni mente seguras: es el apetito seco de acaparar riqueza, afeado por el odio y desdén a los oficios en que se la logra con honradez y lentitud. Lo que admiran es el salto, la precipitación, la habilidad para engañar, el éxito; y se fían en el que han engañado más. La mujer, criada en el mismo amor de sí, ni siente con ardor la necesidad de darse a otro, ni se presta a darse para la desdicha, ni busca en su compañero más que el modo de asegurarse su holgura y complacencia. Nacen los hijos pálidos y avarientos de este consorcio sórdido. Así, consagrado cada uno al culto de sí propio se va extinguendo el de la patria. No endulza acá las vidas la generosidad ni el agradecimiento.

Y cuando, como en este cuatro de Julio, sienten las gentes políticas el deber de celebrar la fiesta patria, se juntan, como se juntaron ayer en Tammany Hall, no para entonar alabanzas a los fundadores y afirmar sus doctrinas, sino para flagelar al Presidente porque no desaloja de sus empleos a los republicanos, y pone en ellos a aquellos mismos demócratas mercenarios sobre cuya voluntad y traición fue elegido.

La fiesta era ayer en todas partes: carreras de caballos corredores, carreras de todo paso, apuestas entre caminadores, juegos escoceses, excursiones por los ríos, regatas de remadores, partidas de pelota. Pululaban los alrededores y las playas. La

ciudad se iba vaciando desde por la mañana, sobre las arboledas y campos vecinos. Sobre cada adoquín estuvo estallando del alba a la media noche un cohete. Caían las muchedumbres sobre los ferrocarriles y vapores, como los potros sobre el portillo abierto en la dehesa. No se abre un brazo en estas multitudes para hacer lugar al niño que se sofoca o al viejo que desfallece. Cada vapor lleva un ejército a las playas serenas de Coney Island, que atrae a las gentes con el fragor de sus hoteles, la algazara y chirridos de los columpios y las ventas, sus cantos de tiroleses y de minstrales, sus orquestas de mujeres descoloridas y huesudas, sus hediondos museos de elefantiacos y de enanos, su elefante de madera, que tiene en el vientre un teatro, y es como símbolo y altar monstruoso de aquella parte glotona y fea de la isla, a cuyo alrededor, como columnas de incienso, se eleva de los ventorrillos que le hormiguean a los pies el humo de las freideras de salchichas. Allá lejos, se tiende la playa, matizada de grupos de familias, reclinadas o sentadas en la arena junto a los restos del festín casero: se salen los trajes de los cuerpos canijos de los judíos; se salen de sus talles morados y pomposos las irlandesas ubérrimas; la vida se sale de algunos ojos apenados, que van allí a hablar con el mar de la honestidad y la grandeza que no se hallan en los hombres; y se observa tristemente el contraste que hacen las caras varoniles y osadas de las niñas con sus vestidos de encaje y con sus cintas de colores. En una tienda frien maíz: en otra, bajo un toldo, comen ostras frescas en el borde de un bote: allí cerca, alquilan caballos para los niños; van y vienen, arrancando risas con sus trajes de baño, los flacos y los gordos, mostrando esa pobreza y caimiento de las formas consigüentes al ayuntamiento apresurado y hurraño de tanta casta diversa y egoísta. Se pavonean entre los grupos, ojeados por damiselas de mala ocupación, los jugadores de oficio que han tenido suerte en las últimas carreras; el pecho es un brillante: llevan el pelo al rape, como los presidiarios; ostentan sombreros blancos: van seguidos y curioseados como héroes. El mar fresco, surcado a lo lejos por botes de paseo llenos de galanes y de hermosas, echa su ola fragante sobre la vasta arena, blanca como la plata sin bruñir. Suena a lo lejos la marcha de Lohengrin.

Pero no se fue toda la ciudad a estos gozos. Tienen disciplinada a la gente de color los trabajadores del espíritu. El derecho, y toda ocasión de pedirlo, es una fiesta para los que padecen de hambre de él. Esos hombres buenos y graves que están procurando juntar en una asociación incontrolable a todos los obreros, para que vuelquen de un común empuje las leyes de distribución de los productos del trabajo y la tierra pública, llamaron a una gran fiesta en la plaza de la Unión,

donde obreros de todas nacionalidades, alemanes y americanos, franceses y bohemios, y los ingleses mismos, mostraran, a la hora en que el sol está en el cenit, su simpatía por los obreros irlandeses, en cuyas bolsas no se acaba nunca el centavo para el cura, ni el peso para ayudar a la faena política de la magnífica cohorte que batalla por obtener la autonomía de Irlanda.

Había más gente que hojas en los árboles. Llegaban por una calle, un gremio de alemanes, con un esplendor de barba rubia, serio el rostro, pesado el paso; y su guía, brillándole los ojos con esa luz misteriosa e inquieta que distingue a los hombres nacidos para conducir, clava la bandera del gremio, entre cohetazos y aplausos, en el balcón de la casilla de madera donde preside rodeada de señoras, la adorable anciana que trajo al mundo a Parnell.

Allí está, con su vestido negro y su cabeza blanca, la madre del reformador irlandés. Ella es en Irlanda propietaria y noble; pero donde están sus irlandeses, allí está ella. Su hijo sienta a Irlanda, del otro lado del mar, sobre la cabeza de los ingleses; y como que se contiene, vence. Ella se muestra erguida y sobria, cada vez que los irlandeses de este lado se reúnen para mostrar simpatía o buscar ayuda a los que luchan en el Parlamento de Londres por sus libertades; y no bien la ve el público, se pone en pie frenético, como si viesan santificada en un altar a su propia madre. No perora, pero dice cosas que abofetean y que queman: parecen sus palabras, deliberadas, profundas, centelleantes, breves, manojos de guantes que echa al rostro inglés. Se eleva el espíritu, y se humedecen los ojos, en la presencia de esta sublime dama que tiene involuntariamente sobre su pueblo el prestigio de las antiguas sacerdotisas.

Pasan, pasan delante de ella, todos los gremios que acuden a tomar parte en la fiesta. Unos clavan su estandarte junto al de los alemanes, y las banderas quedan allí, dando guardia a las mujeres que sufren y trabajan por los hombres. Otras dejan a sus pies ramos de flores. Otras le traen una insignia del color de su patria, para que la ostente en el pecho, y al notar la multitud que la insignia es verde, comienzan a sacudir los árboles, al ruido de las músicas, y se adornan aquellos cincuenta mil hombres los sombreros y las solapas con las hojas.

Los americanos e irlandeses se agrupan junto al estrado donde están reunidos los consejeros mayores del partido obrero: Henry George, con su cara benigna; Louis Post, con sus aires de pelea; John Swinton, el que trabaja frente a un grabado de John Brown flotando al aire en la horca. Los alemanes y bohe-

mios toman puesto alrededor del estrado donde van a hablar los oradores en su propia lengua: oradores ardientes y excesivos, como son siempre, precipitados sin duda, por el dolor perpetuo de no hallarse en su pueblo, aquellos que concentran en los países lentos o duros las condiciones de poesía y palabra de que la comunidad carece; por eso han nacido de los países más recios los reformadores más violentos. En el estrado de las damas, las oradoras se van poniendo en pie, y bendicen, al acabar sus razonamientos elocuentes, a aquel hombre joven de frente de templo y de brazos cruzados que va peleando sin sangre por la libertad de Irlanda. Habla después su propia madre: ¿cómo ha de hablar, si empieza por decir que cientos de años de los dolores de Irlanda le hierven en el pecho? Ya se imagina lo que fue la fiesta: un hurra que duró tres horas. Los banderines azotaban contentos los altos mástiles del parque, coronados por una bola de oro.

JOSÉ MARTÍ

[*El Partido Liberal*, México, 25 de julio de 1886, t. III, n. 422, p. 1.]



## Carta de José Martí

El negro en los Estados Unidos.— El paseo del pastel.— Los cultos y los ignorantes.— Los peregrinos a Liberia.— Un pueblo quema a un negro.—

New York, Febrero 23 de 1892.

Sr. Director de *El Partido Liberal*.

¿Dónde se reúnen diez mil almas, hombres de paño y mujeres de seda, a ver envilecerse a veinte parejas humanas, veinte parejas negras? ¿De dónde huyen, limosneros y deshechos, doscientos negros sin agua y sin pan? ¿Dónde se juntan cinco mil almas, y una mujer prende las ropas de un negro atado, y queman vivo al negro? En New York, en el circo de pórfido y cristal, y ladrillo crema, se reunieron los diez mil, a ver bailar y andar a las parejas que competían por el pastel del premio, el pastel que va cada año al andador más elegante. Del territorio indio, donde se asentó el blanco celoso, huyen a Liberia los doscientos míseros, buscando "la leche y la miel". En Arkansas se unieron texanos y arkanses, y mujeres y hombres, y quemaron contra un pino un negro untado de petróleo:— "¡A Liberia!" "¡A Liberia!", gritaban en coro por las calles, con su capitán barbudo a la cabeza, los doscientos que vienen del territorio: y en vano los detienen los hombres de su raza que cargan levitones y espejuelos: ni al abogado, ni al reverendo, ni al representante, ni al senador quieren atender:—sino ir "adonde no nos quemem los hombres".

Ni las parejas pizpiretas quisieron escuchar los consejos, las súplicas, la protesta de aquellos negros, ya redimidos, que ven en esta befa anual del "paseo del pastel" un obstáculo al respeto que con el ejemplo de su virtud e inteligencia pudieran merecer para su raza. ¿A qué iría anoche la familia del pastor de Brooklyn, él con la barba blanca, ella con su traje rico, matriarcal y canosa, de rosas y de encajes las hermanas, a oírle al primogénito, en la escuela de leyes, el discurso del agrado? ¿A qué escriben sus historiadores, y sus poetas ganan

los certámenes, sus banqueros embellecen el hogar, y ruedan coche sus médicos? ¿Esos judas sin honor, por un tanto en las ganancias de la payasada, se pondrán de perfiles y charoles, con escarpines ellas y ellos de gran pechera, a que los befén y escarnezcán, a que los silben y vocean, a que les echen monedas a la cabeza, los jugadores de los garitos, frenéticos y ensortijados, los jugadores de las bolsas, que pasan con el nombre de corredores, y los estudiantes de los dos grandes colegios, que se abrazan y trompean del gusto, y no hallan piedad en su juventud, ni hallan hombría, para padecer, con el hombre que va naciendo en ellos, de aquella degradación del hombre! ¡Esas parejas criminales, por una botella de vino agrio y unos cuantos pesos, se vestirán de etiqueta rígida, convidarán al público al gran circo, darán vueltas pavoneándose al pastel, fomentarán con su vileza el desprecio de su propia raza!... "¡Pero eran cien hace dos años las parejas." dice en la puerta un negro elocuente y hermoso, a quien refrenan en vano sus amigos, "y este año los desvergonzados no son más que diecisiete! ¡Por sobre la torre de esta mala casa he de decir que los negros honrados sangramos en el corazón de la ignominia de estos negros viles,— que en nuestras casas el piano toca a Tchaikowsky y en la librería está Draper y está Littré,— que aborrecemos a esos limpiaplatos y a esas besabocas que quieren comprarse gusto con el dinero que cobra a la puerta este garitero por la burla que le vienen a hacer al color negro de su cara!" Se le saltaba el llanto al negro hermoso, y el garitero rebosante, de casaca y clac, levantaba la cortina de terciopelo carmesí, para abrir paso, llena la carona de sonrisas, a un mozo rubio y brusco, y a la amiga sonante, toda seda y pulseras, que le iba a los faldones.— Por la cortina se veía la multitud en la humareda, cargándose a la valla; la pista reluciente, alisada por la procesión; las parejas del brazo, andando en punta, meciéndose, midiéndose, a ver cuál saca el pie con más fuerza; el tambor mayor, al frente de la cohorte, de chupa y casquete, voleando la porra.— Y luego se desborda y revuelve en el circo todo aquel gentío.

En el sótano de una misión, *picaninis* y madres y abuelos comen ávidos la sopa de caridad que lo mejor de la familia negra de New York envía a los que vienen, de allá del territorio indio, buscando el barco que les ofreció el agente de una compañía de Liberia. ¿Y se esparcirá la raza infeliz? Los que ya tienen raíces y alfombra no ven la patria en el color, ni abjuran de la tierra en que nacieron; ni favorecen la peregrinación que quitaría a su raza el peso que en la justicia de la ley pueda darle el número. Pero a Liberia se quieren ir los que no tienen alfombra: "Jorge Washington" los quiere llevar, con su barba lanu-

da amarillenta, y sus ojos que mandan y acarician, y una mano que arruga el sombrero cuando está saludando: usa fieltro, lleva levita, carga botas: peleó en la guerra, y desde entonces anda "vagando, vagando:" él no es "hombre de mujeres," como esos indios del territorio; él quiere "ser jefe, ser jefe de alguna parte antes de morir:" de su bolsa ha pagado él como la mitad del viaje de "todos estos hijos:" y con los brazos en alto da la señal del coro, que cantan de pie, los abuelos echados sobre el bastón, las madres con el pañuelo a la cabeza, los mocetones en su ropa de limosna; los *picaninis* con los brazos por los hombros.

Y todos se columpian y van coreando todos.

*"Conversen que conversen,*

*"Nos quieren asustar,*

*"Mientras tengamos piernas*

*"Nos hemos de embarcar,*

*"¿De embarcar?"*

*"¡A Liberia, a Liberia!"*

Y a la puerta, de camisa colorada, bota a las rodillas, y la cara fina, orlada de barbuja, perora un luisianés ante los mocetones que le oyen riendo, codeándose, zapateando, hundidas las dos manos en los bolsillos:—"¿Con que somos cobardes porque no nos quedamos aquí, donde el agua tiene fango, aquí, hasta que venga el Mesías?, pues 'los cobardes viven mucho'. ¿Con que a Luisiana otra vez, y a Texas y Arkansas?: '¡gato quemado tiene miedo al fuego!' ¿Y que no sabemos adónde vamos a ir?: '¡el puerco sabe en qué árbol se frota!' ¿Y para qué nos hemos de quedar aquí, para ser como esos, que no son más que medio caballeros? 'El cortarles las orejas a un mulo, no lo hace caballo.' ¿Y a quién le importa que no tengamos que comer? '¡El mono dice que si su lomo es pelón no es cuenta de nadie!' Dicen que allá vamos a esperar mucho para tener casa: '¡poco a poco hace el pájaro su nido!'" Y firmes, agradecidos, apretados unos a otros, esperan, alrededor de la sopa de caridad, el barco que los lleva a "la miel y la leche" de la *Biblia*.

Allá en Texarkana, en la frontera de Arkansas y de Texas, allá donde el luisianés no quiere ir, el pueblo entero y los pueblos del contorno vaciaban los carricoches y carretas a la puerta de un establo. Los hombres iban de rifles y pistolas, en pelotones, a carreras, saltando —para llevar el recado más de prisa— al primer caballo que encontraban: las mujeres iban

de sombrero, quitasol y pañoleta. Uno hablaba y la aplaudía su grupo. Las mozas paseaban con sus novios. Se saludaban por las calles los desconocidos. "¡Allí viene!" "¡Allí viene!" Es el negro que sale amarrado de la caballeriza: uno lo empuja, otro le da en la cara: él marcha a pie seguro: "¡No ofendí a la señora Jewell! ¡Me van a matar; pero no la ofendí!" "¡Te vamos a matar, perro Coy, a matar como un perro que eres, antes de que este alcalde nos eche las tropas que le pidió al Gobernador!" Y lo llevan calle arriba, cercado de rifles, y detrás las carretas, y los carricoches, y los hombres y las mujeres, y las cinco mil almas. La plaza del pueblo va a parecerles bien, la plaza, en que empiezan dos vecinos a reclamar la ley: "¡atrás, esos oradores que quieren ley ahora!" Y al trote va el negro amarrado, "afuera, el campo limpio, donde vean bien todos": y van corriendo, detrás de él, al trote, las cinco mil almas. Llegó, al único árbol. Quiso un piadoso subir con la cuerda, pidiendo aún que lo ahorcaran, y le bajaron a boca de rifle la piedad. Apretaron a Coy contra el tronco con cinchos de hierro. Le echaron por la cabeza baldes de petróleo, hasta que le empaparon los vestidos. "¡A un lado la gente, a un lado, para que las señoras me vean bien!" Y cuando la señora Jewell, de pañoleta y sombrero, salió de entre el gentío, al brazo de dos parientes suyos, rompió en vivas el pueblo: "¡Viva la señora Jewell!" Las mujeres ondeaban los pañuelos: los hombres ondeaban los sombreros. La señora Jewell llegó al árbol, encendió un fósforo, puso dos veces el fósforo encendido a la levita del negro, que no habló, y ardió el negro, en presencia de cinco mil almas.

JOSÉ MARTÍ

[*El Partido Liberal*, México 5 de marzo de 1892, t. XIII, n. 2096, p. 1, col. 1 y 2.]

## Cómo murió

[*Martín*] *Barrundia*

Nueva York, Septiembre 14 [de 1890] — El vapor Colón, de la Compañía del Pacífico, llegó aquí ayer, trayendo algunos de los pasajeros de los que estaban a bordo del vapor cuando al general Barrundia lo mataron. Nuestro corresponsal pasó en seguida a tener una entrevista con varios de los que fueron testigos de la muerte y se le hizo la siguiente relación:

El general Barrundia subió a bordo del vapor en Acapulco y se decía que iba a San Salvador acompañado de dos asistentes. Cuando el vapor llegó a Champerico, las autoridades de Guatemala pidieron al capitán del vapor que se les entregara al General, a lo cual se negó el capitán Pitts. Entonces las autoridades demoraron durante veinticuatro horas la entrega de los papeles del buque, sin los cuales este no podía salir del puerto. Cuando el vapor llegó a San José, subieron a bordo un piquete de soldados que habían venido en dos botes, los cuales tenían la consigna de no dejar desembarcar a ninguna persona que no tuviera sus papeles en debido orden. A tiro de pistola del vapor estaban anclados dos buques de guerra de los Estados Unidos.

El capitán Pitts telegrafió desde Champerico al oficial en mando pidiendo que se le prestase auxilio, y en San José repitió la súplica personalmente a dicho oficial. La única contestación que obtuvo fue de que no podía hacer nada por él, sin orden del capitán del puerto. Al día siguiente el vapor fue invadido otra vez por un comandante con un piquete de agentes especiales y un gran número de soldados venidos en botes.

El comandante guatemalteco produjo y mostró al capitán Pitts una orden de prisión firmada por M. Mizner, ministro americano y al mismo tiempo hizo la petición formal de que se le entregara al general Barrundia. Se ordenó a los pasajeros que bajaran al entrepuente, y llenada esta orden fueron todos acompañados por el capitán Pitts al camarote del general Barrundia. Llegados al camarote el capitán leyó la orden de prisión dictada contra él, al General.

Barrundia los recibió con la mayor calma en la puerta de su camarote, pero adivinando que había llegado su última hora, entró en el cuarto y tomó su revólver, y diciendo: "Muy bien", hizo fuego. La bala pasó junto al capitán Pitts, sin tocarle, el cual en compañía del comandante guatemalteco, corrió a refugiarse en su camarote, dejando a los agentes especiales que cazaran al General.

Barrundia era corto de vista, y estando bajo una excitación nerviosa, no pudo herir a nadie, sin embargo, hizo correr a sus perseguidores fuera de la cámara del vapor, persiguiéndolos a tiros hasta que cayó sobre el puente, mortalmente herido de varios balazos que le habían atravesado el cuerpo de parte a parte. Entonces salió el valiente comandante guatemalteco de su escondrijo y llegándose adonde estaba el cadáver del General, le disparó un tiro en el cráneo.

Al dejar el puerto el vapor, los agentes guatemaltecos, mofándose y en burla se despedían riéndose y llevándose las manos a la nariz, haciéndole el gesto que el vulgo llama "tanto pico".

Nueva York, Septiembre 15 [de 1890] — Se ha sabido con gran placer, que el representante al Congreso, Mac Creary, presentó el sábado a la Cámara la siguiente resolución vis: que la muerte del general Barrundia a bordo de un vapor americano, el Acapulco, por las autoridades guatemaltecas, y estando no sólo a bordo del vapor americano, sino también bajo la protección de la bandera americana, pide una investigación inmediata, y se le ruega al señor Presidente de los Estados Unidos de América, de que si no es incompatible con el interés público, transmita a la Cámara de Diputados todos los informes sobre este asunto que hayan llegado a sus manos.

Nueva York, Septiembre 15.— Todos los pasajeros que estaban en tierra dicen a una voz que la viruela y fiebres malignas reinaban en Guatemala, y que por todas partes no se veía más que miserias y sufrimientos.

Dos mil soldados pasaron por las calles de la ciudad en el mayor estado de extrema miseria, y estos nos informaron que el número de los heridos, muertos y los que han fallecido de hambre es horroroso.

Se nota la mayor necesidad en todas las clases en la ciudad: los campesinos traen muy pocas provisiones y comestibles a la capital, y su carestía es tal que sólo los ricos pueden pagar los precios pedidos por ellas.

Algunos días después de haber salido de ese puerto, se supo que aunque se había levantado una gran indignación pública por la muerte del general Barrundia en Guatemala, solamente

la policía acompañó el cadáver del General al cementerio el día siguiente de su muerte, cuando se le dio sepultura.

\* \* \*

Confirmando lo que dice el anterior telegrama, leemos en *Las Novedades* de Nueva York y en el número correspondiente al 9 de septiembre, lo que sigue:

“He aquí el texto de la comunicación del ministro de los Estados Unidos Mr. Mizner al capitán del vapor Acapulco a cuyo bordo se hallaba el general Barrundia:

Legación de los Estados Unidos, Guatemala, 27 de agosto.

Si vuestro buque se halla dentro del límite de una milla del territorio de Guatemala, y lleváis a bordo al general Barrundia, tenéis el deber según el derecho internacional, de entregarlo a las autoridades de Guatemala a petición de estas, habiéndose dicho que el tal Barrundia es enemigo de esta República.

Se me ha garantizado por este gobierno que no será puesta en peligro su vida ni se le impondrá otro castigo que el que resulte contra él por las causas manifestadas en la carta de ayer del señor Anguiano al cónsul general Mr. Hosmer.”

[*El Partido Liberal*, México, 18 de septiembre de 1890, t. X, n. 1655, p. 2.]

## *Cartas de verano*

II

### *La Universidad de los pobres*

Nueva York, 2 de Septiembre de 1890.

Ya las hojas amarillean, y vuelven de la montaña los peregrinos, con el bordón de maple coronado de helechos y de siemprevivas; ya, con el novio a la zaga, vuelve de la costa, en casaquín blanco y gorra de marino, la “muchacha de verano”, premiada en el torneo del volante, o en el certamen del boliche; vuelven ya, con la cáscara compuesta, los que fueron a buscar verdad y asilo a las grutas de las Mil Islas, o los picos de Adirondack o de Catskill, o allá lejos, en lo alto de California, donde tiene la naturaleza como un sublime oratorio, con las paredes de granito, y el cielo de techo, y de alfombra las caléndulas de oro puro, y de coristas las cascadas. Los clérigos, los políticos, los periodistas, vuelven rubicundos, dándose con las manos en los hombros, rociando con Champaña y apolinaris los cuentos nuevos, ponderando la habilidad de las anguilas y las truchas. Vuelven, de faja de seda y botín amarillo, los “bravos” veraniegos, puntales de mesa y trompos de danza, que enseñan a nadar a sus señoritas ingenuas, y les sujetan el estribo durante la temporada; y ahora cambian por el saco de media etiqueta y el hongo de Septiembre. Para las primeras fiestas de la ciudad, el traje de franela y sombrero de paja del hotel de baños, o el chupetín de rayas amarillas o negras, con la gorra como él, o azul y roja, o verde y habano. Los “Juancitos”, como llaman aquí a estos inútiles, a estas verrugas del mundo, a estos hijos de otro, se echan sobre Delmónico y Sherry, a graduarse de varones, cenando queso fuerte y cerveza pesada; o van de teatro, a ver al Judío Mansfield en “Beau Brummel”, que fue el petimetre de antaño, con los calzones enjutos y los dijes a la rodilla, y una chupa que le ajustaba como un corsé y la corbata de encajes y velos, y la chistera acanalada y peluda, sin más caudal que el bastón de puño gordo, la caja de rapé, y la desvergüenza.

Los clérigos en su gabinete de cristales de colores, ponen en fila las imágenes, y con un arco iris aquí y un cuento de ardillas allá, retocan el sermón, de saludo del año pasado, donde

sin querer, como el aire y la luz, va entrando la religión nueva, que surge de todas partes a la vez, y enseña la esperanza y la resignación, y la utilidad y belleza del mal, en el orden libre y ascendente del mundo.

¿A qué van, si no, tantos clérigos en estos últimos años a la montaña? "En las rocas de Dios", osó decir uno de ellos, "hallo el texto más claro que en los libros del hombre". Y no se podía echar por una senda del monte, aún por la más escondida, sin darse con un clérigo, de barba a medio tórax, con el chaleco hasta la tirilla, y la levita por los carcañales. O iban, como el monje Ignacio, a hablar de pan de centeno, y de la necesidad de entregarse a Dios por la persona de sus ministros, en pleno mes de baile y caza, y cotillones y giras, a la capilla desierta de Newport, teatro ahora de grandes sucesos, como la pelea, poco menos que a puños, de las dos damas que cargan el apellido de Astor, y cada cual pretende ser "la señora de Astor", y cabeza de nombre; o la otra pelea a puños de veras, de una señorita robusta, con millones en caja, y otra señorita, más linda que ella, que habló mal del origen del millón; o el paseo victorioso en el hotel del chalán ebrio que le sacó manchas a los ojos de una esposa de Washington; dama ilustre y columna de la sociedad, que andaba de chalana por un pueblo de baños, mientras pescaba lenguados el marido en las Mil Islas; o la hazaña del millonario Astor, que jugaba al polo, con calzón de cuero y gorra azul de iniciales doradas, y apuntó tan bien a la bola con el mallette que dio en la frente a su caballo, y el animal, de la coz, dio a la bola, la cual fue al campo donde del malletazo hubiera debido ir; y las damas aplaudieron con palmadas, y ondeo de pañuelos, al héroe de la gorra con las iniciales de oro. Otro día iba Astor de jinete, y se le enredaron las piernas en el botafangos de su carruaje, de lo cual cayó a tierra sin sentido, lo que resintieron los nobles del pueblo en una enérgica solicitud, donde piden al municipio que "en lo venidero tenga pista aparte para los jinetes", no sea que vuelva a caer por tierra el millonario Astor.

A Long Branch van —fuera de los pocos a quienes lleva la fama del nombre— los políticos de brillante al pecho y el gentío de ruleta, que pasean brazo en brazo, como que son todos unos; y lo mejor de los judíos va allí, porque en otros lugares ricos, y aun en los pobres, les es difícil, y aun imposible, la entrada. El paseo se llena de trenes, que vienen a toda librea por la orilla del mar; o van a Monmouth, a las carreras de caballos, con las judías robustas de la imperial de la carroza,—y el guía de calzón de dril y chistera blanca,—y el guarda coche sonando el cuerno: y luego vuelven de las carreras, a champañear y ruletear, con los cuernos caídos o roncós, según pierdan o ga-

nen, y los arneses chischemeando al trote largo, mientras el sol, de una llamarada, incendia el cielo y se hunde en las olas negras.

A Saratoga ya no va "lo mejor", aunque aún le quedan, por compromiso o por hábito, patronos poderosos, o colonias extranjeras que tienen allí casa, y gustan de aquel espacio y lujo. Pero lo más que va allí es gente que quiere que la vean, o abogados que se ponen donde les suena el nombre, o damas que estén en el período rudimentario de los diamantes: Por que una gota de agua, fina y sencilla, está bien en el lóbulo de una oreja coqueta o en un dedo de nácar; como está bien en una anémona o en un lirio, ¡pero salir hecha una gualdrapa de elefante hindú, con un parche de esmeraldas y un rosetón de zafiros, como estas damas saratogueñas! Por la mañana van a las aguas, y es hermoso aquel aire, todo de oro y limpieza, cual si no hubiese pobres en el mundo, con los tiburis diestros, del novio y la novia, como flores en vacantes, de pétalos negros: y a lo lejos la música. De noche, luego de la comida ceremoniosa, en descote o casaca, es el baile del hotel, o la visita en cuerpo de un hotel a otro, o la conferencia sobre Shakespeare, o sobre la virtud de la hermosura, que pronuncia un alma buena, para entretenimiento de los trasnochados. En la estación, montes de baúles.

A Narragansett no fue este año tanta gente, porque no estaban allí, como otros las "poetisas de pasión", como Amélie Rives y Ella Wheeler, que antes del matrimonio ensalzaban en verso y apetecían todos los deleites y licencias de él; ni había esta vez permiso, según rumor previo, para aquellos trajes de bailarina, con el descote de corazón y la saya de poca tela, con que entraban al baño las matronas de coturno y las hijas frondosas, ni para entretenimiento como el de "bañarlas", que era alzar, cara a cara, por los codos a la compañera, que, de puro miedo, se caía sobre su bañista: ni el otro juego se había de permitir, que era el de abrir un hueco para el cuerpo en la arena caliente, y ponerle una almohada de arena, y luego, poco a poco —como quien saborea una aceituna— ir cubriendo los miembros tendidos, hasta que de ella o de él no quedaba visible más que la cabeza, lo que debía ser amable ocupación, porque la dama enarenada devolvía siempre al compañero el servicio: y así pasaban en la playa las horas.

A Cape-May fueron más veraneadores que los de uso, unos por el escándalo y otros por la novelería, porque allí está la casa que los proteccionistas de Filadelfia regalaron a la esposa del presidente, que con la casa queda atado a los que se la regalan,— lo que ha parecido a la opinión tal flaqueza que de soslayo y a última hora tuvo Harrison que dar la casa como

comprada, o como que la había tomado a prueba: y da pena de veras ver cómo silba y vocea el público, cada vez que el bufo Wilson, que hace de sotana amarilla el Rey Alegre, alude, sacudiéndose la sotana, al regalo de la casa. Ni es Cape-May pueblo de muchas tentaciones, porque la mar da en la arena continua, sin la alegría y salud de los árboles, y las casas, calientes y monótonas se están allí, sin verde que las agracie, como una hilera de dispéuticos, o como quejidos.

New-London empieza ahora, lo mismo que Bar Harbor, que son cosa de la nobleza, y no menos que Lenox, tan bello que "convida a morir", con sus jardines salvajes, puestos de intento para contraste y naturalidad, y sus rocas amenas, coronadas de verde, adonde viene caracoleando, la espuma, y su césped peinado y caminos de álamos.

En New York está aún el señorío de los que en verano van al mar, y allí es, del lado de las casas ricas, donde a toda hora hay concurso y festejo, porque mientras dura agosto andan de almuerzo en baño, y de baño en lonche, y de lonche en parada o cacería, y de la caza o la parada al banquete, y del banquete al baile, y del baile al almuerzo. Los ricos todos se juntan allí, y el mes entero en su afán, por ver quién queda por encima de quién, si los Coelet, o los Whitney, o los de Astor, o la Paran Stevens. Uno trae de Boston los zingaros de un teatro, a que le toquen durante la comida sus czardas frenéticas. Otro saca, de lo más hondo de New York, un flamenco de Madrid, de los que da la hora y el opio, honra y estribo de la calle de la Comadre, que taconeá con arte en el tablado, y echa los brazos al aire y revuelve las caderas, hasta que los mismos "juancitos", por no verlo, dejan avergonzado y solo, al anfitrión. Otra levanta una clase de baile aéreo, entre las jóvenes de "lo mejor", y van adonde Madama Malvina, huésped de un hotel del pueblo, a que les enseñe el paso de entre dos, y el paso batido, y el otro paso animado, que acaba echando por tierra con la punta del pie los sombreros. Otra, la Paran Stevens, convida a hipnotizar; y unas se dejan pinchar el brazo, y este hace como que se duerme, y a aquella la quieren en vano tender, por la nuca y los talones, sobre el espaldar de dos sillas.

Un día se va de yacht, a navegar por la costa, con baile y Ayala seco a bordo, y otro se va, con la luz de la luna, a la diversión nueva, que es vadear el arroyo, lo cual hacen descalzas las señoritas, porque parece ser cosa muy bella verse a la luna los pies en el agua, mientras que los señores aplauden de cerca, en una el grito, y en otra el pie, y en otra el valor.

O es gira por subscripción, en la hacienda de un caballero de oficio, que pone la gloria en bastonear estas fiestas de los

grandes, y hoy imagina un baile de año nuevo, amarillo y carmesí, y mañana su lonche campestre, con la tortilla de huevos de faisán, y el ponche romano de veras, de la piña pura y la champaña mejor, como el famoso de los papas; y la fiesta es alegre, con los carruajes que llegan, piafando y sonando, y en la mesa los cestos de rosas, y de las ramas de los parasoles chinoscos, y por entre los árboles las risas, los vestidos blancos, las sombrillas de colores.

O es la carrera al otro día, como ensayo para la caza, donde los cazadores, de chupa negra y bota negra, corren, con la guía del maestrecampo, saltando cercas y zanjas detrás de los mastines; y si la cerca es muy alta, se vuelven atrás, a que el maestrecampo salte solo.

O es el gran juego de "polo", que se juega montado, donde cuatro caballeros, con su mallette cada uno, pelean, al mando de su capitán, por echar la bola del juego al campo de sus cuatro contrarios; y uno embiste, y cae sentado sobre la bola, con el caballo riéndose; y otro, de un ancazo de su competidor, suelta las bridas, y se ampara de las orejas. Cuatro de ellos se llaman los "Ridemouts", y los otros cuatro se llaman los "Backemups". El capitán de los "Ridemouts" carga botas de cuero, blusa de seda y cardenal y cachucha amarilla; y el de los "Backemups" va sin birrete, con la blusa de lana gris, calzón curado y perneras. Los "Backemups" y los "Ridemouts", mallette por tierra y a galope, se echan sobre la bola, a empujarla estos y a resistirla aquellos; y van de pareja a veces, con los bigotes al viento, uno a darle a la bola, y el otro a quitársela; y a veces los dos jinetes, de un salto de los caballos, caen sentados a tierra, cachucha a cachucha, con la bola en medio. Alrededor, en carruajes magníficos, la nobleza ve el torneo, ansiosa y atenta.

[*El Partido Liberal*, México, 26 de septiembre de 1890, t. X, n. 1662, p. 1 y 2.]

## Edison

Desde que estuvo Edison en París, se habla más de él. El hombre, misterioso y natural, admira tanto como el inventor. Vive con las manos en lo desconocido, y tiene visiones como las del místico Swedenborg, y fantasías como las de Poe o de Quincey. Para este físico, todo átomo tiene alma. Le preguntan por Dios, y dice que casi lo ha visto, "casi se puede probar la existencia de Dios con la química". Tiene este mecánico, una poesía matemática y formidable. Un día, de sobremesa, rompe a hablar así, desde la nube de humo: "¡Qué gran cosa sería que el hombre pudiese mandar en sus átomos a voluntad y que cada átomo fuese de quitar y poner! Así podría yo, por ejemplo, decir a mi átomo número 4520: Ve, y sé parte de una rosa por un poco de tiempo: y a cada uno de los átomos lo mandaré a que se hiciese parte de los minerales, de las plantas, de las sustancias todas. Luego, tocando un botón, los átomos volverían a mi cuerpo, con todo lo que hubieran aprendido, y yo sabría el misterio de la piedra, del gusano de luz y de la rosa." ¿No es el hombre de las "tres mil" teorías sobre la luz incandescente? ¿No hizo viajar a decenas de hombres por las florestas vírgenes, para encontrar la fibra que da luz? Los átomos, para él, se condensan y coronan en el hombre, que representa la inteligencia total, "porque los átomos, todos son inteligentes." ¿Sin inteligencia, producirían con sus conjuntos el color, la forma, el aroma? La vida es aroma. Lo que decae, hiede. Los pícaros parece que hieden. Se limpian las botas y usan brillantes en el plastrón, pero hieden. La inteligencia está en nosotros; pero no nos viene de nosotros mismos. La materia no es inerte, ni recibe su fuerza de afuera. Y estas son las cosas de que habla de sobremesa el inventor del tasímetro, envuelta la cara pálida en la nube de humo.

Porque Edison fuma sin cesar: fuma quince, veinte tabacos al día: cuando no fuma, masca: recostado en una silla, con los pies sobre el respaldo de otra, a la nuca el sombrero de pelo, por el suelo los faldones de la levita negra, cambiándole de color los ojos chispeantes, va dibujando con los mascullones

de tabaco en la pared la máquina que inventa. De pronto echa por tierra las sillas y se sienta, sin quitarse el sombrero, a tocar el órgano, en las horas profundas de la noche. Se levanta del órgano, a anotar, con dibujos, la máquina en que piensa. Cientos, miles de máquinas. Los cálculos los hace pronto, por métodos suyos. Cuando un novelista lo va a ver, le saca el libro de los dibujos: "¡Aquí tiene mi novela!" Y le deja el libro en las manos: le ha ocurrido una idea, ha recordado la página de un libro, y va a su cuarto de leer, donde mesas, sillas, alfombra, están llenas de libros abiertos. Salta de uno a otro. Lee en todos a la vez. Estudia un asunto, y manda comprar cuanto hay escrito sobre lo que estudia. Resuelve, y olvida. Si algún amigo entra a hora propicia, de levita y sombrero alto se pone a picar chistes, a canturrear, a hablar yankee por lo fino: o a bailar el zapateo, sombrero en mano y faldones por el aire, como cuando lo fue a ver Sarah Bernhardt. ¡Siempre el muchacho errante, siempre el telegrafista aprendiz, siempre el que aprendió la vida en lo duro! Se las da ahora de prohombre, desde que vino de París; hace que lo retraten en su biblioteca, de gorro y bata de señor; se siente, de mucha casaca, en el banquete de los descendientes, de holandeses, porque él también descende de ellos, y la nobleza lo quiere ir levantando como persona nacional: pero de los ojos inquisidores no se le cae nunca la burla: ¿acaso ven los hombres lo que él ve? ¿qué saben esos, que peroran y que beben? ¡la hora de fumar es la que en los banquetes le place a Edison! Del tabaco negro, negro como la sombra, saca a bocanadas el humo azul.

Sus amigos hablan de su grandeza en las réplicas; de sus juicios breves y originales sobre los hombres; de cuando fue por primer vez a Washington, a pedir privilegio de invención para un aparato de marcar sin demora en los congresos los síes y los noes: de cuando los despidió por celos el jefe de su oficina, y entró en San Luis, en una mañana de nieve, con el gabán de dril con que venía del Sur: de cuando llegó de telegrafista a Boston, se sentó a recibir mensajes, y cansó al empleado más hábil del telégrafo de New York: de la celeridad con que concibe, el orden con que trabaja, y la infalibilidad con que calcula. No le den "sociedades ni músicas", ni le traigan de "esos conversadores asesinos" a quitarle el tiempo: el día es claro, pero es más clara la noche: encaramado en la banqueta, o arrellanado en el sofá a la turca, es su placer mayor ver asomar al alba, como si la hubiera citado a duelo, y aguardarse, en una hora de descuido, a arrebatarse el secreto de su luz. ¿Y si hay gusto de rey, luego de una buena noche de trabajo, en ver salir el sol? A las siete tocan a la puerta, y el inventor se echa famélico sobre el almuerzo: tira el sombre-

ro por el aire: se frota contento las manos. ¡Ahora, desde que es persona de París y anda en comidas de holandeses, ya no pasa tantas noches en vela como antes!

A veces, después de almorzar, lee un libro de filósofo o de poeta. Los poetas de la esfinge son los que lee él: Emerson, el adivinador: Whitman, el verdadero: ¿no fue Emerson el que dijo, cuarenta años antes del fonógrafo, que ya vendría "quien organizase los ecos"? ¿no dice Tyndall que la poesía de Emerson le sugirió muchas de sus leyes, y le ayudó a descubrir? ¿y no está todo Darwin en un verso de Emerson, publicado veinte años antes del *Origen de las especies*? ¿Y la poetisa Jean Ingelow no pintó, mucho tiempo hace, en un cuento de hadas, el "acustígrafo" que reproducía la música? ¿Y en otro libro de imaginaciones, *Helionda, o aventuras en el sol*, no dice el personaje Alutedon, en 1855, que ya los autores no tenían que padecer con la escritura, y sujetar el águila del pensamiento a la hormiga de sus manos, "porque las vibraciones del aire, puestas en movimiento por la voz, movían una delicadísima máquina, que iba recogiendo las palabras"? Todos esos precursores tuvo el fonógrafo; y el Teniente Maury, que se lamentaba de que Daguerre no hubiese inventado un modo de escribir, sin más que hablar, por un tubo, sobre una hoja de papel; y Tom Hood, en el *Anual Cómico* de 1839, cuando augura que ha de venir quien invente "un papel de escribir que repita lo que oiga". Lee poetas ahora Edison, de cuando en cuando, de esos que ven con ojos nuevos, y escriben música extraña y poco oída, —como la que oyó él cuando su primer prueba en el fonógrafo. ¡Entonces no leía poetas Edison, ni sabía de Alutedon!

Trabajaba de telegrafista; inventó un aparato para repetir, por las marcas del papel, los golpes del receptor, pensaba ya en el telégrafo, y en las vibraciones del sonido: pues "¿por qué, si las marcas del papel vuelven a hacer sonar el martillo del receptor, no han de quedar recogidas, y de sonar otra vez, las vibraciones del diafragma?" Anhelante, con un compañero descreído, armó un instrumento rudo y habló sobre una tira de papel: "¡Hallo!" dijo: ¡y repitió el saludo, como si viniera de muy lejos, la hoja de papel! A su mecánico se fue en seguida Edison con su dibujo de la máquina de hablar. Cuatro pesos le puso de precio, y se burló el mecánico de él. Edison acababa de contar la primera prueba. Estaba él, el compañero Bachelor, y el mecánico Kruesi. Un barril de manzanas apostó Bachelor "a que no andaba la cosa" ¡Se reía el mecánico! Puso Edison en la máquina una hoja de lata, y habló sobre ella. ¡Se reía el mecánico! Volvió Edison a poner la hoja de lata, a que repitiese los sonidos. Echó a andar: ¡y no se rió, el mecánico! Palideció y dio un paso atrás. "También yo me

asusté", dice Edison: "también yo me asusté un poco". Y Bachelor perdió el barril de manzanas.

Aquel inventor, no había ido más que dos meses a la escuela. El padre vive y se anda hoy mismo diez millas diarias, con sus ochenta y cuatro años: pero era hombre de más fuerzas que medios. La madre era maestra, y le enseñó en la casa cuanto sabía. A los doce años, estaba Edison leyendo los *Principios* de Newton. A los doce años, "Madre", dijo, "soy un *bushel* de trigo: peso ochenta libras": y se fue por el mundo, como un *bushel* de trigo. ¿A qué? ¡A lo primero en que se pudiese trabajar!: A vender diarios en el ferrocarril. Pero de vender diarios se sacaba poco: ¡a aprender a impresor, en el *wagon* mismo, durante el viaje! ¡a publicar, impreso por sus manos, el *Grand Trunk Herald*!: y se vendía el periodiquín entre la gente de los trenes, porque Edison andaba como hormiga loca levantando noticias, y ponía en su papel todo lo que podía interesarles: para los del tren escribía, y escribía sobre el tren: que "John Robinson se cayó del tren, y los muchachos lo sienten mucho": "que la máquina num. 3 entró a patio, para remiendos". —Y esa imprenta la compró Edison con lo que le dio una idea feliz. Para no comprar más ejemplares del diario que los que podía vender, se escurría por la imprenta del *Free Press*, a ver, por la novedad de las noticias que veía en pruebas, si debía comprar más o menos: ¡y un día, vio que iba a salir el parte de la batalla de Shiloh, la batalla carnífera, que peleó Grant sobre los cadáveres de sus propios soldados! ¡ah, si el telegrafista amigo quisiese, a cambio de un mes de los periódicos de Harper, y de un mes del *Free Press*, mandar la noticia de la batalla a todas las estaciones! Quiere el telegrafista. Logra que le den a crédito mil quinientos ejemplares. Y los vende en el camino, a cinco, a diez, a veinte, a cincuenta centavos. Pasa por una iglesia, que estaba en oraciones: pregonan el periódico: y sale la congregación a arrebatarle los números que le quedan: las americanas vienen anudándose la cofia: el pastor viene sin sombrero, dando trancos.

De ahí subió a "caballero de la llave", como se llamaban los telegrafistas. Noches enteras pasaba con un compañero, sirviendo de balde el puesto de un operario que dormía largo la cerveza. Años tardó, practicando e inventando. Imaginó un aparato; con dos registros de Morse y una taza de papel, para recibir de prisa y repetir despacio. De ahí paso a paso, llegó "por deducción lógica", por la idea de las marcas del papel que daban el sonido, a la invención del repetidor automático, que ahorraba los operarios y yerros de la transmisión en cada oficina —llegó a la invención del fonógrafo. Hoy, de privilegios originales, tiene lleno un libro. ¿Qué no ha inventado él? Desde los alambres de seis mensajes a la vez, desde los aparatos



tos de telegrafía privada desde el motógrafo del teléfono, hasta la subdivisión de la luz eléctrica que los expertos ingleses habían declarado "imposible" ante la Cámara de los Comunes. Y cuando volvía de Francia, notó que no tenían los marinos modo seguro de tomar el sol en días nublados, calculó unas pocas horas, e inventó un aparato para tomar el sol, haya o no nubes. Y tiene palacio, riqueza, procesos, fama, mujer, y aquel inefable honor con que se empieza a ver el hombre cuando se enorgullece de él su patria. Pero deja su alcoba tranquila, para ir a oír ansioso a media noche la voz que lo llama, la voz que en *La obra* de Zola llama al pobre Claudio.

[*El Partido Liberal*, México, 5 de febrero de 1890, t. IX, n. 1473, p. 1-2.]  
p. 1.]

## *Correspondencia particular* de **El Partido Liberal.**

### *La cuestión social* *y el remedio del voto*

---

Sumario: Policías letrados.— Reforma social en los Estados Unidos.— Las doctrinas de George en los tribunales.— Nacionalización de la tierra.— Los "Clubs de Bellamy".— La reforma pacífica.— Peligros visibles.— Las últimas elecciones.— Los amigos de Cleveland.— La reforma del voto.— Foraker vencido.— Importancia y prueba triunfante del modo nuevo de votar.— El voto australiano.— Los "taloneros".

New York, noviembre 21 de 1889.

Sr. Director de *El Partido Liberal*.

Una millonaria compra, con el contrato de matrimonio, un título roído de princesa, y otra se queda en las puertas de la boda, porque su príncipe sesentón quiere más de diez mil pesos al año por su título napoleónico y su dormán de húsar. Otra entra, coronada de perlas, en el monasterio católico, y anuncia que va a levantar una orden americana de monjas caritativas, a ver si salva de la suerte del búfalo a lo que poco queda de los indios. Muere un policía heroico, que al expirar halla aún fuerzas para levantarse de entre las ropas que van a ser su mortaja: "¡los tres golpes!", dijo, "¡los tres golpes! me llama el inspector", y los comentarios son numerosos, luego que se averigua que el policía era hombre de pensamiento libre, sin fe en la divinidad providencial, ni respeto a más ley que la que ha de venir de la distribución equitativa de las fuerzas naturales entre los hombres. Otro policía de la misma mente dijo el discurso funerario, y aseguró después a la prensa curiosa que como el muerto y él pensaban muchos entre los de levita azul de botón de oro: "de cada cinco policías, uno es sectario de Henry George, y quiere que la tierra sea devuelta a la nación, que es su única dueña, que la alquilará a quien la haga producir o le pague alquiler por el derecho de fabricar su casa en ella, y así no habrá hambres de un lado y millones

de otro, sino la paz que viene a los pueblos donde la masa famélica no se ve privada de la ocasión de emplear sus fuerzas sobre los elementos acaparados, al amparo de la ley, por una casta favorecida", y cuando los periódicos alegan que la custodia de la propiedad no debe estar en manos de quien niega el derecho a ella, el sargento Tims responde que la poca propiedad que él se ha ganado con la labor de sus sesos o de sus manos, la defenderá como a su vida, y la de los demás ciudadanos, porque el único señorío que cree él injusto y peligroso es el que saca los elementos naturales de su cualidad esencial de bien común, y da los rendimientos de ellos, a un grupo que goza con exceso por la falta de equidad en la administración de los dominios públicos. "Ni a mí se me paga el salario, dice el sargento Tims, para que le caiga encima con los dientes de punta a los que desnudan juntos y de viva voz, como la ley lo permite, una reforma que con el mejor orden económico asegure el orden social; sino para que ayude a limpiar la ciudad de pícaros, y a tener a raya a los asesinos y ladrones." Nunca hubiera semejante opinión visto la luz sin que se clamase contra ella; pero el debate ha sido más prolongado y abierto por la novedad pintoresca, y ya aquí frecuente, de ver oficiar de sacerdote junto a un ataúd, que por crucifijo tenía un lirio, a un lego de bigotes militares, con su uniforme azul. Ayer se casó la hija de Ingersoll, el que ha puesto a hervir juntos a Shakespeare y a Voltaire, y el sacerdote fue un juez de respeto, que proclamó cónyuges a Eva y al banquero Brown, en un discurso que hizo llorar, y oyeron todos con la cabeza baja.

Y otros sucesos, que por lo principal que es cada uno no pueden llamarse incidentes, vinieron a mover las ideas suscitadas por la oración fúnebre de Tims; porque en vano se cierran los ojos a lo que de todas partes, y por los caminos más opuestos, viene a la vez. ¿A qué le reprochan al sargento sus ideas sobre la "tierra nacional" cuando el Tribunal de Apelación revoca la sentencia que privó a G. Henry George, el príncipe de la doctrina, del legado que le dejó un amigo entusiasta para ayudarle a propagar sus obras? ¿Cuando el Tribunal, al fundar la revocación, celebra, con el desinterés de quien no las comparte, la franqueza y honradez de estas doctrinas, y alaba a su autor? ¿Y el mismo George, que de su primer esfuerzo en política llega por poco a Corregidor de New York, no trabaja en amistad, respetado y mimado, con los reformadores republicanos y demócratas que quieren poner en boga, y han puesto ya por ley, el nuevo modo de votar a la australiana, que popularizó George en su libro, nunca más leído que ahora,

sobre *El Progreso y la Pobreza*? ¿Y va George a recorrer, con su dogma al hombre, la Australia entera, como huésped de honor, bajo los auspicios del partido liberal de la isla? Un diario dice: "No es posible dejar de notar que aumenta en las masas el culto por los anarquistas ahorcados en Chicago: a la sombra de la horca, en Chicago mismo, han ido en procesión los obreros a visitar las sepulturas, y llevaba la bandera roja la mulata elocuente, la viuda del americano Parsons; en el museo de figuras de cera, en New York, ¿quién no observa el silencio y la tristeza de los que rodean el grupo, y aun las lágrimas? Rusos, alemanes y americanos han conmemorado juntos, en salones henchidos, los méritos que adornaban a sus ojos a 'las cuatro víctimas del terror de los privilegiados.' Jueces y banqueros han vuelto a decir en Chicago, con motivo de la conmemoración, que se anduvo sin duda de prisa en quitar la vida ignominiosamente a cuatro hombres que acaso sólo eran culpables de la vehemencia con que afincan en las almas infelices las esperanzas de justicia y regeneración." ¿Los libros del conde Tolstoi, que son una plegaria para los pobres, su *Vida* su *Confesión*, su *Escuela de Yasnaia Poliana*, no andan de mano en mano y los celebra la revista de *Harper*, que es de lo más sesudo y granado del país? ¿No se leen con favor creciente los estudios en que aboga desde la otra revista, *The Cosmopolitan*, en pro de la reforma social; un pastor venerado, Everett Heale? ¿Y el libro del elegante Bellamy, *Mirando atrás*, no está ya cerca de los doscientos mil ejemplares, y no se juntan en "clubs de Bellamy", pensadores, artistas y ricos, a leer y comentar reunidos la hábil pintura de las desigualdades peligrosas de la nación de hoy, y las propuestas de reforma que deja inferir la pintura hábil, so pretexto de contar cómo es el mundo de ahora, en una familia de mil años adelante? ¿Y no da a todo eso carácter de urgencia y testimonio intachable, la prueba plena con que un millonario respetado demuestra que, en medio siglo a lo más, a seguir como van las leyes y las fortunas, estará la propiedad total de los Estados Unidos en manos de doscientas cincuenta familias? Nace el partido de la reforma social de aquel mismo Boston, llamado Atenas del Norte, donde nació, con el sublime Phillips y con Garrison, el partido de la abolición de la esclavitud. Nace de los altos del pensamiento cuyo fervor apostólico inspira menos desconfianza que el clamor que viene de abajo, donde la justicia puede traer mano ignorante, y espuelas de odios. Se ha puesto casaca la reforma social, está a la moda, y ha comenzado a triunfar, en Boston mismo, con el establecimiento del voto australiano. Los

\*

\* \*

comprados vienen de afuera. Ya no se compra a la cara de las casillas con uno, con dos, con cinco pesos, con una promesa, el voto.

Porque en el afán y ruidos de esta existencia del Norte, tienden unos, con brutalidad y desafuero, a llegar junto a sí por codicia y por vicio, los caudales del orbe; y otros viven de celestinos y mercurios, so pretexto de política y abogacía, sacando los caudales de donde están por la ley o la naturaleza, y llevándoselos, por la propina de habanos y champaña, a sus señores; y otros creen que la corona del universo les ha caído en la cabeza, y han tocado a salir por el mundo a traerse los pueblos bajo el brazo; y otros se quitan de las sienas las adormideras, miran el fondo de la copa de oro, y se levantan en medio del festín a decir sin miedo que ir a turbar la casa ajena no es remedio para que con los haces encendidos no se quemé la propia. "Ya pasaron, dicen, los tiempos de la libertad nominal y de la ilusión política; sólo la felicidad contentará a los hombres. La política no está en buscar colocación falsa a los productos de una minoría privilegiada, que sólo puede mantener sus privilegios a costa de la mayoría desposeída, ociosa y descontenta; ni en buscar climas tórridos donde vayan de peones de los magnates concesionarios, de los encomenderos de la República, los hombres de bota fuerte que han leído dos veces el libro de George sobre la propiedad de la tierra; y no quieren ir de patrulla por tierras extrañas, sino ser felices junto a la cuna de sus hijos, y la losa de sus abuelos en la tierra propia. La política está, y no hay otra política, en administrar los bienes nacionales con la equidad que por sí sola, sin más sistemas ni panaceas, hace a los pueblos libres y felices. Por la posesión, so capa de creencias y de doctrinas, son todas las batallas del hombre. Se conoce el hombre, independiente y pensador, y todo lo ataca y derriba de un codazo hoy, de otro mañana, hasta que tiene campo libre donde mover los codos; y esa es la lucha por la posesión de sí. Unos luchan, con la complicidad de todos los fuertes, por retener en sus manos, en una forma u otra, los dominios públicos; y el hombre no ha de parar hasta poner a los sistemas y a los credos en nombre versiones de naturaleza nacional, de modo que no haya causa para vivir en zozobra y acecho, como fieras, arremetiendo los unos con la rabia del desheredado, y escudando los otros con nombres complacientes, y en la red de las clases, la propiedad mal hallada.

La paz es la condición normal del hombre. Es brutal e inmoral el precepto de la lucha por la vida. Conviene, pues, los que aquí piensan sobre el porvenir, en que el único modo de atajar los males que vienen de la administración parcial de los bienes públicos, es administrarlos con equidad. Y el problema está, a sus ojos, en venir a esta administración, no con la bandera

roja y el cuchillo en los dientes, como aconsejan los apóstoles desesperados, sino con el sombrero puesto y una cuartilla de papel, donde en el sigilo de la alcoba, sin el tentador al pie, marca una cruz junto al nombre de su candidato preferido el votante devuelto a la libertad por la ley nueva del voto australiano.

Entre bastidores es donde se ve la verdad, más que en lo que sale al público, y el que cuida de andar por ellos asiste a la pelea mortal empeñada de un lado entre los politicones e intereses que sacan por ellos las leyes benévolas, y de otro, por todos los hombres de juicio, que desde un bando u otro, ven la urgencia de dar un arma pacífica a la reforma, para privarla del derecho de blandir otras armas. Hay que sacar el voto de las manos de los que han hecho comercio de él. Hay que echar sobre el tesoro público los gastos de las elecciones, para que, so pretexto de estos gastos, no levanten las sociedades políticas sobre los candidatos un impuesto que el candidato ha de procurarse a su vez de quienes se lo anticipan a cambio de los servicios que se obliga él a hacerles de los fondos, de las leyes, de los derechos públicos. Hay que impedir que, en la hora misma de la elección, dé nueva y justa causa de ira a los pacientes descontentos la venta abierta al poderoso y al bribón del único recurso que concede la ley para sacar de su imperio continuo a la liga de los bribones y los poderosos. Es, pues, una cuestión social, y acaso una solución social, en este país donde el voto es el poder, el voto australiano.

Grande fue la importancia, y la lección, de las elecciones de este otoño. La opinión, sofocada a fuerza de paga, en las elecciones presidenciales, se enseñó como es, sin el enemigo del soborno, o con la fuerza magna de la indignación, a tal punto que, un año después de ser derrotado en la candidatura a la presidencia, es Cleveland reconocido, por impulso unánime, como el candidato victorioso. Sus amigos han vencido. Han vencido los reformadores de la tarifa. Campbell, el abogado de la lana libre, ha sido electo gobernador, contra el gobernador que estaba en el poder, contra Foraker, tan come-fuegos y azuzaguerras que ya se dice *forakear* a hablar de fanfarrón, y hombre de mucha amistad con las empresas protegidas, que ven en él su campeón extremo, y el mejor abogado que pudieran sentar en la presidencia de la república. Porque este fenómeno hay acá en la política: "Pagamos al abogado donde nos pueda servir mejor, en el corregimiento, en el gobierno del Estado, en la Suprema Corte, en la presidencia de la república; y las empresas que tienen los mismos intereses, se juntan para poner en la presidencia al candidato que le promete servirlos. Y al candidato de reserva, a Foraker, echó de la silla

el amigo de Cleveland, el reformista Campbell. A Iowa, republicana ardiente hace un año, por los amigos de Cleveland van dirigidos los telegramas todos de la victoria. Cleveland, que estaba en Washington de visita, y se pasó sus horas con Harrison en la Casa Blanca, sólo tiene una frase que decir, al periodista que se le arranca en el estribo del coche: "¡Como que la levadura de la reforma de la tarifa se ha entrado por toda la masa!" Solemne y completa ha sido la victoria, y bienvenida para los que no quisieran ver deslucida la libertad en su casa mayor con tentativas indignas de ella, y de la especie humana. Pero la lucha misma de los partidos, quiera al fin combate común, levantó curiosidad menor que la prueba del voto australiano, bafado por los que le temen y resisten, defendido por los que lo saludan como la garantía de la paz, y la alborada de la purificación.

En Massachusetts y en Connecticut se votaba así por la primera vez. Con ligeras variantes, la ley era la misma. Que el Estado imprima las papeletas, y las reparta donde nadie las pueda cambiar ni falsificar, y las vea llenar en secreto por el votante libre. Fueron a Boston, sobre todo, emisarios de las sociedades que abogan por el método, y de las que lo acusan de confuso, de lento, de abusivo, de atentatorio a la libertad del votante. Y era de ver Boston, en verdad, el día de las elecciones; porque no fue la casa de zaguán y esquina que la elección hasta ahora es, con el votante perezoso que viene sobre las casillas a paso de quien busca, y la jauría de *taloneros* como les llaman acá por ir sobre el talón, saliéndole al camino con el mazo de papeletas del partido en una mano, y los billetes de a dos pesos en la otra; ni fue el cambio inicuo de papeletas que mandan hacer los caciques de las sociedades, dando como propias a los votantes las papeletas del candidato enemigo a la judicatura, o al corregimiento, o al Gobierno del Estado, a cambio de que el enemigo, que quiere estos puestos, vote, a dos por uno o uno por dos, en pro del candidato rival a la presidencia en que tienen interés mayor los sacrificadores, que fue como salió electo de gobernador el demócrata Hill en el mismo estado y elecciones en que salió derrotado para la presidencia el demócrata Cleveland. Ni las bebederías estaban con el costado abierto, como suelen en estos días en que las ordenanzas les mandan cerrar la puerta principal; porque el mostrador les vale a los *taloneros* para mantenerse el valor, o para aturdir a un votante desconfiado, o para llevarlo donde no vean que le da el billete de dos pesos, o para echarse en alcoholes los cinco pesos que gana por cazar votos, y con el sistema nuevo, como que el votante entra sin papeletas en la casilla, y vota sin consejero y sin que nadie lo vea, no hay talones que pisar, ni mostradores donde comprar honras baratas, ni oficio en que ganar los

cinco pesos. Por el amor del tablado vagaban, con el tabaco caído, y la nariz con menos color, los *esquineros*, *taloneros* y *muchachos*, merodeando sin ocupación por la acera desnuda de garitas. Jubilosas iban y venían, de distrito en distrito, con permiso del ayuntamiento las comisiones inspectoras de la sociedades que propagaban la reforma. En un mismo carruaje, detrás de Henry George, entraron un demócrata y un republicano. En la casilla, entra el votante por una de las puertas de la baranda que separa el recinto público del de sufragar; dos vigilantes, de diversos partidos tiene la mesa donde el votante toma la lista en que están, debajo de cada candidatura, los candidatos de los partidos, diferentes; entra el votante en una de las particiones de madera, sin puerta, que han levantado al fondo: marca allí, solo, con una cruz en cada candidatura el nombre que prefiere; va, por el lado opuesto al de la entrada, a la mesa de registro, donde llevan los libros, como en la de las listas, vigilantes de los partidos hostiles; tachan el nombre en el registro, y el votante echa, antes de salir por otra puerta, su lista en la urna. Si no sabe leer, lleva consigo, a la partición, autoridad de la ley, a uno de los vigilantes que le lea los nombres y marque los que le dicta. Al contarse en Boston los votos, libres de compra y de bebida, se vio que en aquellas elecciones, más rápidas y serenas que las de antes, había acuerdo real entre las fuerzas que los partidos se calculaban; y las que probaron en las urnas. Ni el *talonero* tendría cómo saber que el votante comprado le cumplió la palabra; ni el que debe a otro su sustento votará, por miedo a perder el pan de sus hijos, como se lo manda aquel interés está en negarle el suyo. Empieza a asegurar la paz amenazada, el voto blanco.

JOSÉ MARTÍ

[*El Partido Liberal*, México, 11 de diciembre de 1889, t. VIII, n. 1428, p. 1.]

## Correspondencia particular de El Partido Liberal

Sumario: La mujer norte-americana.— La “mulata” Lucy Parsons, mestiza de mexicano e indio.— Lucy Parsons recorre los Estados Unidos hablando en defensa de su marido, condenado a muerte entre los anarquistas de Chicago.— La sentencia no ha amedrentado a las asociaciones de anarquistas.— Lucy Parsons en Nueva York.— Su elocuencia.— Escena memorable en Clarendon Hall.— Carácter viril de la mujer norte-americana y su razón.— Una mujer decide el debate en una convención política.— La mujer como organizadora y empresaria.— La mujer en los teatros: Helen Daubray: Lilian Olcott y la *Fedora* de Sardou.— Mrs. Langtry.

New York, 17 de Octubre de 1886.

Señor director de *El Partido Liberal*.

“Santo es el mismo crimen, cuando nace de una semilla de justicia. El horror de los medios no basta en los delitos de carácter público a sofocar la simpatía que inspira la humanidad de la intención. El verdadero culpable de un delito no es el que lo comete, sino el que provoca a cometerlo”: eso parecía decir ayer a los que la observaban de cerca la reunión de los anarquistas en New York. ¿Y se creía que la sentencia a muerte de los siete anarquistas de Chicago, los convictos en el proceso de la bomba, los había hecho enmudecer? ¡Como una condecoración llevan al pecho desde entonces hombres y mujeres la rosa encarnada! Ahora parecen más que antes: se reúnen con más frecuencia: afirman con más atrevimiento sus ideas: se ven injustamente miserables; desesperan de la posibilidad de reducir al mundo por la ley a un sistema equitativo; se sienten como purificados y glorificados por el espíritu humanitario de sus dogmas; se convencen de que la civilización que usa la pólvora para hacer cumplir su concepto de la ley, no es más legal ante el alma del hombre que la reforma

que, para hacer cumplir la ley tal como la concibe, usa la dinamita, que no es más que pólvora concentrada. Y como cualquiera que sea el extravío de sus medios y la locura de su propaganda, es verdad que esta y aquellos arrancan de un espíritu de justicia ofendido en las clases humildes siglo sobre siglo, y de una compasión febril por los dolores del linaje humano, resulta, hoy como siempre, que el mundo se dispone a olvidar las manchas rojas que deshonran la mano, atraído por el rayo de luz que brota de la frente: y que un grano de piedad basta a excusar una tonelada de crimen.

En la certeza de sus móviles humanitarios toman fuerza para arrostrar el martirio estas criaturas de juicio desequilibrado, ya por la viveza e intensidad de sus penas, ya porque no es la fetidez de los agujeros de los artesanos buen lugar de cría para la divina paciencia con que soportan el ultraje los redentores. Si a duras penas concibe cada civilización un Jesús, ¿cómo se pretende que sea un Jesús cada uno de estos pobres trabajadores? Así al ver próximos a morir a siete de sus compañeros en la horca, no se paran a pensar en que de sus manos salió un proyectil de muerte, porque no ven su proyectil más criminal que la bala de un soldado, que también sale a matar en la batalla sin saber adónde: sólo ven que van a morir sus siete amigos por el delito de buscar sinceramente el que ellos miran como modo de hacer feliz al hombre; y los arrebató, esa es la verdad, la misma voluptuosidad de sacrificio que poseyó cuando la iglesia virgen a los mártires cristianos. ¡Ah, no, no es en la rama donde debe matarse el crimen, sino en la raíz! No es en los anarquistas donde debe ahorcarse el anarquismo, sino en la injusta desigualdad social que los produce.

Aquí el aire está cargado de estos problemas: no hay otra cosa en el aire: se oye el ruido cercano de la cólera: en New York los trabajadores, partidarios de la nacionalización de la tierra, están a punto de sacar a su apóstol Henry George Mayer de la ciudad: en Richmond hay un Congreso de Caballeros del Trabajo, que hace alarde de simpatía a la raza negra: en todos los Estados los gremios de obreros entran en masa en la política, y en algunos triunfan de lleno y eligen casi sin obstáculos a la legislatura y al gobernador: todavía funcionan por encima, como actores segundones que entretienen la escena, los partidos y personajes que han perdido con el uso su eficacia y pureza; pero de todas partes se asiste a la elaboración de una fuerza tremenda: nadie se oculta la importancia de los nuevos sucesos: es preciso hablar de esto.

Sí; los anarquistas no temen al sacrificio, y aun lo provocan, como los héroes cristianos. Sus sufrimientos explican su violencia; pero esta misma parece menos repugnante por la generosa pasión que los inspira. Y se ve aquí, como en aquellos tiempos de almas, que esa exuberancia de amor al hombre crea lazos más fuertes entre los que la sienten en común, y da al cariño de los amantes y a los deberes de familia una poesía e intensidad que les visten de flores el martirio.

Ayer mismo se asistió en New York a una escena de interés penetrante y extraordinario. En ninguna iglesia de la ciudad hubo ayer domingo un sacerdote más ferviente; ni una congregación más atribulada, que en Clarendon Hall, el salón de los desterrados y los pobres. Pugnaba en vano la concurrencia de afuera por entrar en la sala atestada, donde hablaba a los anarquistas de New York, alemanes en su mayor parte, la Lucy Parsons, la "mulata" elocuente. Lucy Parsons, la esposa de uno de los anarquistas condenados en Chicago a la horca.

El sábado llegó. Anda hablando de ciudad en ciudad para levantar la opinión pública contra la ejecución de la sentencia a muerte. En la estación la esperaban un centenar de personas, y entre ellas muchas mujeres y niños. Todas las mujeres la besaron: lloraban casi todas; dos niñas le ofrecieron un ramo de rosas rojas: "La bandera roja", dice ella, "no significa sangre: significa que las grandes fábricas donde hoy se asesina el alma y cuerpo de los niños, se convertirán pronto en verdaderos kindergartens". Sabe de evolución y revolución, y de fuerzas medias, de todo lo cual habla con capacidad de economista lo mismo en inglés que en castellano. "La anarquía está", según ella, "en su estado de evolución: luego vendrá la revolución, si es imprescindible: y luego la justicia." "La anarquía no es desorden, sino un nuevo orden." He aquí cómo ella misma la describe, con sus propias palabras: "Pedimos la descentralización del poder en grupos o clases. Los agricultores proveerán a la comunidad con un tanto de los productos de la tierra, con otro tanto de zapatos los zapateros, los sombreros con otro tanto de sombreros, y así cada uno de los grupos, de modo que quede cubierto el consumo nacional; del que se publicará una cuidadosa estadística. La tierra será poseída en común, y no habrá por consiguiente renta, ni intereses, ni ganancias, ni corporaciones, ni el poder del dinero acumulado. No pesará sobre los trabajadores la tarea brutal que hoy pesa. Los niños no se corromperán en las fábricas, que es lo mismo que corromper a la nación; sino irán a los museos y a las escuelas. No se trabajará desde el alba hasta el crepúsculo y los obreros tendrán tiempo de cultivar su mente y salir de la condición de bestia en que viven ahora. El que

trabaje comerá, dentro de nuestro sistema, y el que no, perecerá, lo mismo que hoy: pero no se amontonarán capitales locos, que tientan a todos los abusos: no habrá dinero de sobra con que corromper a los legisladores y a los jueces: no habrá la miseria que viene del exceso de la producción, porque sólo se producirá en cada ramo lo necesario para la vida nacional."

De todo esto, por supuesto, sólo se puede considerar el buen deseo, y la verdad de los dolores punzantes que por serlo tanto llevan los planes de reforma a tal exceso. En esos planes falta el espacio preciso para el crecimiento irrepresible de la naturaleza humana, que es la base de todo sistema social posible; porque un conjunto de hombres, sólo por transición y descanso puede ser distinto de como el hombre es: lo innatural, aun cuando sea lo perfecto, no vive largo tiempo. El hombre tratará de satisfacer siempre en lo tangible del mundo su ansia de lo desconocido e inmenso.

\*  
\*   \*   \*

A Lucy Parsons le dicen mulata por su color cobrizo. Es mestiza de indio y mexicano. Tiene el pelo ondado y sedoso: la frente clara, y alta por las cejas: los ojos grandes, apartados y relucientes; los labios llenos; las manos finas y de linda forma. Viste toda de brocado negro: usa largos pendientes: habla con una voz suave y sonora, que parece nacerle de las entrañas, y conmueve las de los que la escuchan. ¿Por qué no ha de decirse? Esa mujer habló ayer con todo el brío de los grandes oradores. Rebosaba la pena; es verdad, en los corazones de los que la oían: y auditorio conmovido quiere decir orador triunfante; pero a ella, más que del arte natural con que gradúa y acumula sus efectos, le viene su poder de elocuencia de donde viene siempre, de la intensidad de la convicción. A veces su palabra levanta ampollas, como un látigo; de pronto rompe en un arranque cómico, que parece roído con labios de hueso, por lo frío y lo duro; sin transición, porque lo vasto de su pena y creencia no la necesitan, se levanta con extraño poder a lo patético, y arranca a su voluntad sollozos y lágrimas. Momentos hubo en que no se percibía más ruido en la asamblea que su voz inspirada, que fluía lentamente de sus labios, como globos de fuego, y la respiración anhelosa de los que retenían por oírla los sollozos en la garganta. Cuando acabó de hablar esta mestiza de mexicano e indio, todas las cabezas estaban inclinadas, como cuando se ora sobre los bancos de la iglesia, y parecía la sala henchida, un campo de espigas encorvadas por el viento.

No desenvuelve la palabra graciosamente, sino la emite con la violencia de la catapulta. Los ojos ora le relampaguean, ora se le llenan de llanto: adelanta el brazo con lentitud, como si lo retuviese al extenderlo: todo en ella parece invitar a creer y subir. Su discurso, de puro sincero, resulta literario. Ondean sus doctrinas, como una bandera: no pide merced para los condenados a muerte, para su propio marido, sino denuncia las causas y cómplices de la miseria que lleva los hombres a la desesperación: dice que en la reunión en que estalló la bomba, la policía se echó encima de los hombres y mujeres con el revólver en la mano y el asesinato en los ojos: los anarquistas llevaron allí la bomba, para resistir, como la policía llevó el revólver, para atacar: "¡Mientel!", exclama, "el que diga que Spies y Fisher arrojaron la bomba". No se abochorna de confesar sus hábitos llanos: "Fisher", dice, "estaba entonces tomando cerveza conmigo en un salón cercano. ¿Quién ha dicho en el proceso que vio tirar la bomba, a ninguno de los condenados? ¿Acaso los que van a matar llevan a ver el crimen, como llevó mi marido, a su mujer y a sus hijos?" "¡Ah, la prensa, las clases ricas, el miedo a este levantamiento formidable de nuestra justicia ha falseado la verdad en ese proceso ridículo e inicuo! Alguno, indignado por el asalto de los policías, lanzó la bomba que causó las muertes: ¿qué culpa tiene el dolor humano de que la ciencia haya puesto a su alcance la dinamita?"

Cuando habla de la miseria de los obreros, halla frases como esta: "Oigo vibrar y palpar las fábricas inmensas; pero sé que hay mujeres que tienen que andar quince millas al día para ganar una miserable pitanza". "Decid que no es verdad, a los que os dicen que aquí se adelanta. Cuando a mis propios ojos andaban en Chicago descalzos diez mil hijos de obreros, en Washington se presentaba en un baile una señora con todo el vestido lleno de diamantes, que valían \$850 000: y otra llevaba en el pelo \$75 000, y el pelo después de todo no era suyo! ¡No! ¡no es bueno que los ojos de vuestros hijos pierdan su luz puliendo esos diamantes!" "¡Oh, pobre niño de las fábricas";— seguía diciendo con el cuerpo inclinado hacia adelante, con la voz convulsa, con las manos tendidas a su auditorio en gesto de plegaria, —"oh pobre niño de las fábricas: las lágrimas que ahora hacen correr por tus mejillas la avaricia y la brutalidad, se transformarán pronto en caricias y en besos. Los hombres que las ven correr las secarán con sus robustos brazos. No los detendrá en su camino de justicia el hambre, la mentira ni la horca, sino se erguirán como sus padres bravamente, y salvarán por sobre sus cabezas, si es preciso a sus hijos!"

En este instante, la concurrencia que se apretaba a las puertas, aprovechando el silencio de emoción que acogió estas palabras, braceó por entrar en la sala. No podían. "¡Hurrah", gritó una voz, "hurrah por los anarquistas de Chicago!" Por un impulso unánime saltó sobre sus pies la concurrencia. Dicen que temblaban las mejillas de ver aquella escena. Les corrían las lágrimas a los hombres barbados. Las mujeres, de pie sobre los asientos, movían sus pañuelos. Las niñas gritaban "hurrah" alzando sus manecitas, subidas sobre los hombros de sus padres. ¡Hay tanto triste en el mundo que de recordar estas cosas se aprieta involuntariamente la garganta! La Marsellesa unió a ese arrebató sus notas eternas.

\*  
\*      \*

Singular espectáculo, el de esa mujer que recorre los Estados Unidos pidiendo desde los escenarios, desde las aceras, desde las plazas públicas, justicia para su propio esposo condenado a muerte. Pero no parece tan raro si se observa la prominencia curiosísima de la mujer en la vida norteamericana. No se trata sólo de aquel rudo desembarazo y libertad afeadora de que aquí la mujer goza; sino de la condensación de ellas, con el curso del tiempo, en una fuerza viril que en sus efectos y métodos se confunde con la fuerza del hombre. Esta condición, útil para el individuo y funesta para la especie, viene de la frecuencia con que la mujer se ve aquí abandonada a sí misma, de lo mudable de la fortuna en este país de atrevimiento, y de lo inseguro de las relaciones conyugales. Aquella encantadora dependencia de la mujer nuestra, que da tanto señorío a la que la sufre, y estimula tanto al hombre a hacerla grata, aquí se convierte en lo general por lo interesado de los espíritus en una relación hostil, en que evaporada el alba de la boda, el hombre no ve más que la obligación, y de la mujer más que su comodidad y su derecho. Ni cede la mujer tan dulce y ampliamente a su misión de darse, como se da a la noche la luz de las estrellas; sino que, por lo áspero e independiente de la existencia, el amor va quedando en ellas, cuando no muerto, amenguado hasta su expresión fea de sentido: y como sólo se aperciben de él en esta forma tediosa e intermitente, tiénelo en mucho menos que la independencia que conviene a sus espíritus sin cariño. En otros casos desenvuelve la persona de la mujer su larga soledad, las pruebas de una vida sin simpatía ni apoyo, o el disgusto de un brutal marido. Y así se ve vencer a muchas mujeres en la lucha de la vida por su intrepidez y su talento, no sólo en los gratos oficios de arte y letras que requieren delicadeza e imaginación, sino en la crea-

ción y manejo de empresas complicadas, en el desempeño trabajoso de empleos nacionales, y en la fatiga de los combates políticos. Pero esta victoria es genuina y absoluta, independiente de todo encanto de sexo y de la extravagancia y rareza con que aquí mismo se distinguían hasta hace poco las tentativas de la mujer por emplearse en los oficios del hombre.

No hay día en verdad, sin caso notable. Hace unas dos semanas luchaban con escándalo los partidarios de una Convención política, y fueron vanos durante días enteros los empeños de calmarla, hasta que una señora que disfruta de buen nombre de abogado expuso con tal lucidez las quejas de una y otra parte, y los llamó a razón en un discurso tan lógico, que la Convención votó con ella, y hoy la miran como árbitro de la política del Estado, sin que la acuse nadie de "media azul", como llaman aquí a las mari-sabidillas, antes dicen que lleva su triunfo con sencillez y modestia.

En New York crece a ojos vistas la fortuna de una bella señora que se vio caer en un día de lo más alto de la riqueza a la miseria en su palacio vacío: le quedaban sus muebles inútiles, sus hijos sin pan, su puerta sin amigos y su marido en fuga. Sabía que en una tienda de objetos de arte apreciaban mucho el gusto fino de que había dado muestras cuando compraba en su hora de abundancia las lindas chucherías de que tiene aún llena su casa: y la aristocrática mujer que tenía fama en las mayores ciudades de Estados Unidos, de rica y hermosa, ofreció sus servicios como vendedora a la tienda de objetos artísticos. Llamaron pronto la atención a los parroquianos el tino de sus consejos, y la gracia con que disponía las compras en sus casas. Empezaron a comisionarla para que alhajase casas enteras. Se puso al oficio con una bravura de domadora. Con sus primeros ahorros imprimió circulares. Y en tres años apenas ha levantado con su industria tan amplio modo de vivir que ya puede habitar su casa propia, a donde ha vuelto por camino más seguro a manos de la mujer el lujo que se perdió en ella a manos del esposo.

Y hoy mismo se lee en los diarios otra curiosa noticia. Acá se ha zurcido una compañía de Ópera americana, compuesta de alemanes, franceses, suecos, italianos, y una bailarina de Boston: y la verdad es que el año pasado no cantaron mal, y está en vías de formarse permanentemente con sus productos un Conservatorio de música, donde de veras aprendan arte los aficionados americanos. En un año se puso en pie la empresa, contrató gran número de artistas, creó un cuerpo de baile; representó en los teatros mejores de los Estados Unidos, ganó lindamente ciento cincuenta mil pesos. Porque sólo por ser

americana, se llenaban los teatros de gente. ¿Y quién sacó sobre sus hombros toda esta obra? Una señora rica, que la concibió y puso en práctica; que reunió entre amigos la primera suma, que organizó a su modo la administración, y que ahora, dejando sin pena su casa de New York, está en San Luis agenciando la colecta de unos cincuenta mil pesos que necesita para llevar a término su empresa favorita.

En los teatros, no sólo triunfan las damas como actrices, sino como organizadoras y dueñas. Helen Daubray, que es americana a pesar de lo francés del nombre, ha establecido por primera vez, en un teatro en bancarrota, el drama nativo: un drama que dicen bello, aunque las escenas de más vida suceden en una estación de telégrafos, y descarrilamientos y telegramas figuran entre los recursos de la trama: dos trenes chocan en la escena: la heroína se decide en su deber de telegrafista a poner un despacho que ha de costarle su propia ventura. En otro teatro, Lillian Olcott, una actriz sin talento, compra a Sardou mismo en París e introduce aquí con pompa, esa rapsodia desconocida y brillante que morirá con Sarah Bernhardt y sus decoraciones, a quienes debe la majestad e interés aparente que la salvan, porque fuera de la habilidad de zurcidos que en algunas escenas maravilla, es *Fedora* una desmayadísima invención, en que no vibra la humanidad, ni el interés cubre los huecos de la armadura, ni se levanta un carácter. Y Mrs. Langtry, con su talle de flor, tiene lleno de aromas, y de música maga y sutil el teatro de la Quinta Avenida donde, realzando con un talento verdadero su exquisita hermosura, representa con la compañía de que es cabeza esa finísima comedia de Sardou *Nos Intimes*, que en inglés se llama *El peligro de una esposa*. No parece mujer, sino lira, o jazmín que anda.

JOSÉ MARTÍ

[*El Partido Liberal*, México, 7 de noviembre de 1886, t. III, n. 509, p. 2, col. 14.]



## Carta de José Martí

La inmigración y los estudiantes de las Universidades.— Debates de elocuencia.— ¿Conviene la inmigración? ¿Por qué no conviene?— ¿Qué inmigración conviene?— El circo del descubrimiento de América.— Barnum y Colón.— Colón.— Marchena.— Las joyas.— Procesiones y bailes.— La muerte del “buen poeta viejo”, de Walt Whitman.

New York, 25 de marzo de 1892.

Señor Director de *El Partido Liberal*:

Estos han sido días de caer. En su tumba heroica, hecha como con dólmenes, está ya el cuerpo del poeta Walt Whitman: de una cuchillada, por denunciador, cayó en tierra un mozo elegante, que se alquiló de policía privado contra una larga huelga: por amigo de damas derribaron del púlpito a balazos, allá en Georgia, a cierto obispo negro: en sus mismas mañanas se está enredando, por lo mismo que son muchas, el candidato Hill: cae, sin el llanto usual, la oficina de Repúblicas de América, que tenía a los diarios nutridos de noticias constantes y desdeñosas sobre los países americanos: cae, después de batalla vehemente, el proyecto agraz de la acuñación libre de la plata. Por sí, y desde su raíz, ha de verse, en campo aparte, la batalla de la plata, y por ella la probabilidad de que la candidatura de Cleveland no perezca en un partido cuya mayoría en la Casa votó, de acuerdo con su carta famosa, contra el cuño libre, ahora se ha de ver lo del día: cómo discuten sobre inmigración los estudiantes, cómo principian en circo las fiestas del descubrimiento de América. Cómo muere Whitman.

De todo el Norte, más famosas que otras de más utilidad, son las universidades de Harvard y de Yale, que en todo creen deber estar de punta, desde regatas hasta certámenes públicos, cuando lo que se ha de ver en los colegios no es el modo de alzar a unos contra otros, ni perder la actividad en competen-

cias entre los hermanos, ni aguzar en la carne propia las armas que sólo se han de esgrimir en caso de gran necesidad contra la ajena, ni avivar el espíritu de secta y bandera que quiere freno más que espuela en el hombre. Criar amor debiera ser la función de los colegios, y no robustecerse el pie para zarandearle a Harvard en su propio campo la pelota victoriosa de Yale, o poner el nervio en hombros para sacarle a Harvard los remos invencibles. Y este es punto grave, sobre si debe la educación afilarle el diente al hombre, por la teoría que ve la vida como una mesa puesta, donde gana el mejor puesto, quien sabe dar más dentelladas; o si ha de tender la educación, reconociendo la suma de competencia que funge en el mundo junto con el poder de la unión, a buscar la defensa contra la agresión en el aminoramiento de esta por los hábitos fraternales de la cultura: sobre si se le fomenta la bestia al hombre, o se le reduce.

Pero si es dañina la competencia sistemática, y de pura localidad, entre unos colegios y otros, porque el uno tiene pinos alrededor de la casa y el otro tiene cipreses, la otra competencia, que sigue a lo natural, es de gran beneficio, porque se han de ensayar de antemano las armas que deben esgrimirse luego, y porque el caballo más fino saca más peso y gallardía cuando siente los cascos de otro al pie. Ni es posible, en el ajuste del mundo mental, que los que se entran por las nubes dejen de tener quien les tire del faldón, para que se les vaya el calce de la tierra, ni que los que se meten de covachuelistas, y ven la vida por su mostrador, estén sin quien los saque de vez en cuando a la verdad y hermosura de las nubes. Porque es verdad la cueva, y las nubes también.—Sobre que en una república no hay más paz ni prosperidad que la que viene del ejercicio serio y oportuno de la lengua, y es mal republicano, y desertor de su país, quien no piensa en todo lo de él, y se acostumbra, como deber militar, a poner en palabras lo que piensa. Al desgobierno no hay que temer por esta abundancia de opiniones, porque los intereses, en cualquier sistema se abren paso, lo mismo que el amor del hombre a toda la realidad de su persona, y en lo real de la política, como en lo de la naturaleza, se agrupan de una parte los dichosos, siempre abocados a la parcialidad, y los que desean serlo: y todo está en que unos no lo sean mucho, y otros demasiado poco. En la pelea humana hay ejércitos sueltos, o guerrillas que salen a anunciar por dónde viene la gran guerra, pero, con palabra o sin ella, quienes carecen de felicidad se pondrán de una parte, y los desinteresados con ellos, y de la otra los que gozan de ventura, con la legión de mandones y serviles. Y con la resistencia de los unos y la aspiración de los otros, se van componiendo, en vuelcos y accidentes, las justicias humanas.

A veces, como en lo de la inmigración, la pelea no es de humanidad, sino de conveniencia. ¿El respeto al derecho del hombre ha de llegar hasta permitirle podrir con su compañía impura a los demás hombres? ¿El pueblo que admitió inmigrantes buenos, debe continuar admitiendo inmigrantes malos? ¿El pueblo que aceptó la inmigración cuando la necesitaba, debe continuar fomentándola, o debe contenerla, cuando no la necesita?

¿El pueblo que ya ha producido de sí, con toda la república, los males monárquicos, la división de clases y la desigualdad excesiva de fortunas, debe continuar recibiendo inmigrantes que vienen buscando, tácita o confesamente, un país sin desigualdad excesiva y sin división de clases? ¿El pueblo que no tiene ya, a pesar de su cáscara de oro, qué repartir entre los que viven mal contentos en él, traerán más inmigrantes mal contentos? Unos, como Harvard, que es colegio de humanidades más caliente, creen que las puertas se han de tener de par en par, para que el hombre infeliz del mundo llene el campo vacante, cuya labor, heroica y primaria, le dará médula de ciudadano: y otros, como Yale, donde van más hijos de magnates, hijos almidonados de los jayanes que inmigraron ayer, mantienen, con muchos tantos de razón, que estas turbas que caen ahora sobre los pueblos, azuzadas por la policía que quiere librarse de pícaros o por los gobiernos que quieren echar afuera el gentío rebelde, son más veneno para la ciudad que sangre para el campo; que el hormiguero mendicante, y tifoideo o tifooso, que viene, roído hasta el corazón de la miseria, en los vapores que buscan la ganancia en el golpe de cabezas que acarrearán, no es ya la inmigración creadora que en los días de un viaje peligroso arrastraba el espanto de lo desconocido para levantarle casa propia al pensamiento libre:— “¡Aquellos eran los caracteres, y esto es la hez!”— “¡Entonces venían los osados y los fuertes, los valientes venían que se arrancaban como en raíz del suelo de su corazón, y ahora vienen las hordas estupefactas, con el marchamo del hombre en la frente, o la idea de justicia reducida, por la privación de ella en lo de más necesidad, al apetito frenético del bienestar que lleva a la codicia violenta de lo ajeno.”— “¿Y qué ciudadanos para la república son estos hombres que votan en ella por el consejo de ideas y odios no nacidos en ella; que desconocen los rudimentos de la ley que pueden alterar con su voto, que no leen ni entienden la lengua del país que gobiernan, que buscan en la tierra americana —si algo más que el pan buscan, el triunfo de sus ideales europeos?” Y así van los juiciosos temiendo, con la lección de lo que ven, la caída del carácter del yankee nativo; que con el padre de afuera ama la selva que taló y la ciudad que armó con ella, en este otro carácter

nuevo del país, sin fe, patria ni orgullo de fundador, que en el anhelo de la fortuna rápida y desordenada, deja por ruin el trabajo del campo al inmigrante que sólo de peón va a él, a hacer bolsa con que volverse a la familia y el terruño, o vive de tronchos de col, arrodillado delante de las botas de la ciudad.

Los que ven sobrantes las fábricas y largas las huelgas, no observan sin miedo la arribada continua de más trabajadores para las fábricas, y de más huelguistas. Los que piensan en que cada ruso que desembarca, con la rabia histórica en el pecho y en el carácter de la miseria, trae en la bota la papeleta de gobernar a un pueblo nuevo y libre, creen, como los estudiantes de Yale, como los gremios de trabajadores, como la Secretaría de Hacienda en Washington, que la inmigración ha de ser sana, y no lo puede ser si no se la restringe,— que la inmigración no ha de ser como los setecientos mil del año pasado, que eran páuperos y bribones en su mayoría; o gente sin realidad y sin poder,— que no se ha de permitir desembarcar cuadrillas pordioseras, como desembarcan hoy, bajo la garantía nominal de las sociedades que por compasión de raza o por inmoral beneficio protege y trae la horda inútil,— que afuera, y antes del embarque, ha de ver la república por sus agentes qué sangre le va a entrar, y castigar, como envenenador, al que por sus convenios y menjurjes dé pase a sangre mala,— que el inmigrante venga de la casa y el campo y el taller, no de las traperías y los hospitales y las cárceles,— y que no puede votar sobre la Constitución quien no sepa leer en ella.

De los hijos que cría en los barrios bajos la inmigración de la ciudad, puede hacerse idea quien vaya en estos días a la pompa y bombolla del descubrimiento de América en el circo,— en el circo triple y colosal de Barnum. Allí, mientras los concurrentes aturdidos no saben a cuál ver de las tres pistas, donde a la vez, por aire y tierra, trabajan gimnastas y jirafas, bailarinas y prestidigitadores, elefantes y payasos, mientras un hombre jinetea en una rueda y la catapuita chaca a una mujer, de tierra al techo; se visten de soldados o monjes o caballeros o pajes los petimetres del suburbio, que tienen a honra dormir de día, y pasear la oscuridad sin bigote y sin cuello. Estos de malla y coraza, con casco de pluma; aquellos de manto y sombrereta, con zapatilla judicial y cruz al cuello; uno, de negro y gris, como el rencoroso Talavera; otro, de oro resplandeciente, como un Diego de Arana. Y moras de a cinco por peso, vestidas de lila y amarillo, y caribes con todo el plumerío y joyel de un rico azteca, y los maestros de baile disfrazados de sayal y capuchón, y señoritas con abanicos: hasta que se alza el cartón de los muros de Granada y aparece

el flaco Boabdil, orlado de lo más fino y recumbente de aquella morería, a quien pronto asusta el clamor del pueblo que entra al encaje de la Alhambra, a pedir de comer al rey, porque parece la ciudad hermosa con la privación del sitio: y las seiscientas bailarinas, en nubes y en estrellas y en coronas de color, danzando en los tres circos, mientras la guerra afuera suena, y el heraldo carmesí de Aragón y Castilla pone en fuga a los músicos moros con su caballo blanco. Isabel viene de armiño en su hacanea, con el paje encarnado, y Fernando con aquella corona suya que era, como su carácter, mitad corona y mitad gorro: y a los pies del trono de Boabdil viene a enseñarles las cartas, entre soñadas y aprendidas, un Colón que del de la leyenda no tiene más que el águila de la nariz y lo abundante y rebelde de las canas, más el Colón de Giovio capuchino o el que le suponen a Cristóphano Altissimo, con la rica frente y el ojo hondo, y el ancho entrecejo que el marcial y romántico de Capriolo, o aquel barbudo de Montanus, donde está como cabecilla de la mar. Y alrededor, amigos y enemigos, y en uno como lo quiere Geraldino, el Juan Pérez y el Antonio de Marchena. En Pantomima, como si el del libro no hubiese leído a Pedro Mártir, ni a Bernáldez, ni los papeles de Estado de Bergenroth, la reina ofrece aquellas joyas que ya andaban en prenda por los grandes apuros de la guerra contra el moro.

Luego en Palos, con las tres carabelas, y el motín en la capitana, y el alboroto cuando se va acercando la isla verde. Luego es el desembarco, acero en mano, con el cura al pie, y la naturaleza confiada. Luego es la vuelta triunfal a Barcelona, con todo lo de Cortés y de Pizarro metido entre la piña y el mamey de Guanahani; y el paso de los indios cautivos, con tobilleras y brazaletes de colores, en sus sillas talladas, a la sombra del plátano; y tras el golpe de estandartes, el paso de los reyes, en los sitiales de terciopelo, bajo el dosel de damasco amarillo; luego, ceñido de capitanes, entra Colón, de armiño como un rey, y la cabeza hecha un vellón, y alrededor bailan y ondean las mozas sus banderolas azules y blancas. Acaba todo en fuegos artificiales.

Allá, como una luz, en la casita blanca de Camden, se fue la vida dolorosa de aquel cuerpo que pareció a Lincoln el de mejor equipo de toda la casta americana. Walt Whitman iba entonces, después de la guerra donde estuvo de enfermero, a llevar a los "camaradas" de los hospitales el placer que les podía comprar con los ahorros de su cuarto de soltero: iba robusto, de fieltro militar, con el bigote y la perilla del Sur, y el cuello entero al aire. Ahora vivía en la silla de la enfermedad, del consuelo de las cartas de Inglaterra, que lo proclama poeta grandioso, y de la caridad de sus amigos: en las

manos tenía el báculo siempre: la melena de los setenta y tres años, marco imponente de la cara leonina, le caía rizada por los hombros: allí — estaba, viendo venir "el cercano, curioso, sombrío, incierto espectro: ¿y volveré a quedarme en esta vida, viejo, lento, cotorrón, con la voz cascada que chilla y parlea, o se abrirán los cielos y los soles?" Allí— estaba, poniendo en su ritmo extraño, entre hebraico y aborígen, su pensamiento desnudo y como descoyuntado, sin miedo a palabra de hombre ni a visión femenina: tal un águila, en un cuarto de mujer, ahora clava y desgarrá un pañuelo de seda, ahora rompe de un picotazo el vaso de cristal y sube al aire la potente esencia,—ahora alza la cortina, y le ve a la hermosa el sueño.

De padre de Inglaterra y madre de Holanda nació el niño que besó Lafayette; que vio campo y trabajo desde que abrió los ojos grises: que entró en el pensamiento por el plomo de las cajas de imprimir, que fortaleció la adolescencia con su empleo de maestro ambulante de casa campesina, que en las ciudades prefería a la amistad de los magnates la de los guías de los ómnibus, que al caérsele de enfermedad las riendas a un cochero amigo se las alzó por todo Broadway para ganarle el jornal a la familia, que de la dignidad de cabecera de un gran diario bajó a ganapán por la culpa de poner en verso rugoso su admiración libre del génesis perenne, y amor vivido de la naturaleza; que en la guerra escogió el oficio de dar ternura y medicina a los heridos; que del puesto rehecho de periodista mayor salió para acompañar al hermano pobre y moribundo por las montañas y los prados donde el aire fragante renueva la vida; que al volver de la peregrinación por los lagos y árboles gigantes, se anunció de maestro de obras y cepilló madera con sus manos; que el oficio mezquino de la gobernación, de que lo echó una vez por la culpa de su poesía un secretario paviculto, salió a la limosna de su casa de familia, donde le llevó el pan de enfermo la admiración inglesa; que en los últimos días de sol de su vida natural iba hilando los metros abruptos donde hierven desnudos el hombre y la mujer, a ver cómo encajaban las piedras colosales de las sepulturas de puertas de granito donde dice, con letras acuchilladas, "Walt Whitman".

[*El Partido Liberal*, 8 de abril de 1892, t. XIII, n. 2124, p. 1, col. 4 y 5, p. 2, col. 1.]

## Correspondencia particular para El Partido Liberal

Sumario: El caso "Cutting".— Cambio de la opinión.— Censuras unánimes al Secretario Bayard.— El Congreso suspende sus sesiones sin votar la resolución hostil a México.— El resumen del Secretario Bayard resulta contrario a los hechos.— México es celebrado en el Congreso por su cortesía y prudencia.— El republicano Hitt defiende a México.— El discurso de Hitt.— El Congreso da un voto silencioso por la paz.— La prensa ataca a Bayard duramente.— Importancia e influjo de las entrevistas del Presidente Díaz y el Sr. Romero Rubio con un miembro de la prensa americana.— *El Herald* celebra al Sr. Mariscal.— *El Herald* da un consejo a los texanos.— Las verdaderas armas contra los Estados Unidos, y la razón de esta victoria.

New York, 6 de Agosto [de 1886]

Señor director de *El Partido Liberal*.

Dos días han bastado para alterar profundamente el estado producido por el caso de Cutting, que hoy anuncia paz, y ayer aún, sin la menor exageración, parecía un caso de guerra. Porque hace dos días no habían descubierto aún los republicanos de la Cámara de Representantes lo que hoy sabe todo el país: que el resumen violento con que el Secretario de Estado acompañó al Congreso la documentación del caso de Cutting, no presentaba este caso a su verdadera luz y en todos sus aspectos, sino que lo desfiguraba, y callaba como de propósito los esfuerzos hechos con firme prudencia por el gobierno mexicano para evitar un conflicto, sin que perdiese México un ápice de su decoro, ni el temor a una guerra inoportuna lo compeliere a sacrificar a una demanda injusta las relaciones respetuosas entre el poder federal y los Estados.

Hace dos días, se creía, sobre la fe del Secretario Bayard, que el caso era sólo como él lo exhibía, y que todo él versaba

exclusivamente sobre la pretensión de México a juzgar por sus leyes en su territorio los actos de los ciudadanos americanos en el territorio de los Estados Unidos. Parecía inexplicable que la suprema discreción con que ha venido costando la diplomacia mexicana todos los casos de roce difícil con los Estados Unidos, hubiera reducido una controversia de resultados inminentes a un extremo de que no había apenas salida; pero nadie osó dudar que ese era el único punto de la controversia, porque así lo afirmaba en su resumen al Congreso el Secretario de Estado. Esta relación inesperada, vino a avivar las llamas encendidas por los representantes de Texas, que no habían logrado aún ver aceptadas sus resoluciones belicosas por un Congreso que esta guerra venía a sorprender, y que no tiene hoy por hoy el ánimo hecho a ella. Pero cuando el Secretario de Estado sometió al Congreso en ardiente lenguaje el caso desnudo de derecho, por el que aparecía que un país extranjero pretende tener jurisdicción sobre los actos de los Estados Unidos en su propio territorio; cuando el telégrafo transmitió por todo el país la pintura vivísima que hacía el secretario de los sufrimientos y violaciones de persona y de ley, que estaba padeciendo Cutting a manos mexicanas; cuando no aparecía de esta presentación de los sucesos que México hubiese hecho cuanto ha hecho por resolver con honra y prudencia el conflicto, y que lo mismo que el Secretario decía, o no era, o era de diferente modo, hubo instantáneamente en la Cámara de Representantes, y en la prensa toda un revertimiento grave en la opinión, no se vio más que el caso de derecho en que se ponía en duda la jurisdicción exclusiva de los Estados Unidos sobre los actos de sus hijos en su propio territorio, se dispuso de prisa por la comisión de negocios extranjeros la resolución que intimaba al Presidente una nueva demanda de la libertad de Cutting, y como la seca negativa que el secretario daba como respuesta única de México parecía indicar su decisión de no atender la demanda, se sintió indudablemente la decisión de la guerra.

Pero ayer cambió todo. Puede decirse, porque es verdad, que la justificación de México la ha hecho el mismo Congreso de los Estados Unidos. La prensa entera censura hoy ásperamente al secretario por haber reseñado las negociaciones con un espíritu diverso del que las anima, con ocultación de hechos esenciales, y con desentendimiento de las legítimas razones expuestas por México para no atender inmediatamente a la petición de libertad de Cutting. Y el Congreso, en vez de aprobar la resolución de la comisión de negocios extranjeros a que lo urgía el Representante Belmont, so pretexto de que era grata al secretario, acaba de interrumpir su período de sesiones sin tomarla en consideración, ni urgir resultado algu-

no, ni sancionar con su premura la que se mostraba en la secretaría de Estado. Ha sido un voto de censura silencioso y enérgico. Parece increíble, después de la agitación de antier, y del enojo que desde el primer momento viene declarando a la faz de la Cámara, dispuesta a intimar la libertad de Cutting, que la correspondencia en cuya virtud se había propuesto por la comisión de negocios extranjeros la resolución agresiva sobre la que se pedía el voto, revelaba precisamente lo contrario de lo que se desprendía del resumen del secretario de Estado, único documento conocido a la comisión cuando redactó su propuesta. Se sorprendió la Cámara de oír semejante revelación en boca de uno de los miembros mismos de la comisión de extranjeros. Habló poco, y ásperamente, como quien ha sufrido de un engaño. Declaró que en México no había habido arrogancia, sino constante espíritu de complacencia. El caso no era como el secretario lo decía; era que en México, como en los Estados Unidos, él pintaba en los representantes lo que se les señalaba de parte de México como desafío y audacia. Dejar de tomar resolución en un caso que el secretario de Estado pintaba como tan grave y atentatorio al honor nacional, ha sido decir sin palabras al secretario que el Congreso no cree en sus representaciones, o que estas no lo convencen de que se atente al honor de la nación.

\*  
\*      \*

Y es justo decir que a este aquietamiento de la opinión, han contribuido como un elemento importante y activo las nobles y tranquilas declaraciones hechas en México a un miembro de la prensa americana por el Presidente de la República y el Sr. Romero Rubio. Llegaron sus palabras impregnadas —según ha parecido aquí a la prensa— de una conmovedora dignidad, en momentos en que se oía aún el eco de las del representante republicano Hitt, demostrando que el poder federal no puede someter a su voluntad sumariamente los tribunales de un Estado. Los representantes se miraban unos a otros con sorpresa. Abandonaron sus asientos para formar grupos. Desoyeron a los que les argüían, que las declaraciones del republicano Hitt, que por su espíritu de partido deseaba desacreditar al Secretario de Estado, debían ser contestadas unánimemente por el voto de los demócratas, como una cuestión de partido. Se veía materialmente desvanecerse ante la voz de aquel hombre sencillo la nube de guerra. Y la simpatía hacia México despertaba entre los representantes, con la vivacidad natural de quien tiene prisa en reparar la injusticia

que estuvo a punto de cometer, se aseguró cuando las afirmaciones de Hitt, vinieron, calientes aún en sus labios, a ser corroboradas por la clarísima exposición y la severa modestia con que exponía el caso en México el Presidente y el Sr. Romero Rubio. Acá ha parecido sinceramente bien ese lenguaje, que ni teme, ni desafía.

\*  
\*      \*

Pero no hubo nada más brioso que la denuncia en los labios de Hitt. “Yo voté por esa resolución en la comisión porque me aseguraron que eran ciertas las bases en que descansaba: que México estaba maltratando a un ciudadano americano; que se resistía a entregarlo, so pretexto de que tenía jurisdicción sobre nuestros ciudadanos en nuestro territorio. Pero eso no es verdad. México ha tratado de hacer con prontitud y empeño lo que le pedíamos que hiciera, y ha explicado plenamente en esas cartas que no tiene autoridad para compeler en sus procedimientos a un Tribunal de Estado ni a un Estado. Me he llenado de sorpresa al ver esta mañana en prensa la correspondencia de estas negociaciones, que no dice lo que se la ha hecho decir; que dice lo que se ha callado; que en cada palabra del Secretario de Estado y el Presidente de México muestra la voluntad de atender a nuestras reclamaciones. No ha habido evasión por parte de México; no ha habido desafío: hasta exceso de complacencia, pudiera decirse, que ha habido.”

—“Pero ¿no está Cutting preso?”, le preguntó un representante de Georgia.

—“Sí lo está, dijo Hitt prontamente, pero porque quiere, porque ha rehusado con desdén la libertad bajo fianza que se le ofrecía. Esa fue la obra de la imprudente persona que tenemos allá de cónsul; que anda haciendo discursos por las calles, para que se vindiquen los derechos de nuestro país. Es la encarnación de la indiscreción el hombre que tenemos allí encargado de nuestros negocios nacionales. Él ha insistido en que se estuviera preso un hombre que en todo instante ha estado libre para salir de la prisión.”

A otros oponentes se encaró Hitt con no menos energía.

—“¿Por qué tanta bravura con un país menos populoso y menos fuerte que el nuestro? ¿Por qué con México tan impetuoso y con Inglaterra tan mansos y complacientes”? Y los representantes que lo oían le concedieron razón: porque España ha podido con impunidad encerrar hace un año en un

calabozo inmundado de cárcel de provincia a un ciudadano americano a quien quería hacer soldado; porque Inglaterra, so pretexto de que violan las leyes de pesca, un día, sobre todo, se apodera de buques y pescadores de los Estados Unidos, y les niega lo que les concede en los tratados; y en el Canadá los expulsa de sus puertos: porque ¡qué más! para libertarse de responsabilidad en las matanzas bárbaras de chinos en los Estados del Oeste, donde los tribunales no osan castigar a los asesinos, los Estados Unidos han invocado precisamente ante el Gobierno de China, la misma razón que hoy invoca el Gobierno de México ante los Estados Unidos. "Y se nos calló que el Gobierno de México nos hubiese dado esa razón legítima, como resulta que nos la ha dado. No porque lo creemos menos débil que nosotros, debemos hacer con México lo que no osamos hacer con los más fuertes. Este caso no es más que un caso común de intervención para la libertad de un preso entre los gobiernos amigos. Si hubiera ofensa de veras, no le negaríamos nuestro apoyo por cierto al Secretario. Pero está en nuestro interés, en el de nuestro propio pueblo, en el de las naciones todas que preservamos la paz con un país que no nos da ninguna razón para turbarla."

\*

\*       \*

Después de este discurso, que oyeron los representantes confirmándolo con la lectura de la correspondencia que invocaba, se esparció ese unánime sentimiento que hoy censura al Secretario por las ocultaciones de su resumen, y reconoce la sinceridad y maestría con que ha llevado México este caso. "El despacho del Sr. Mariscal", dice el *Herald* de hoy, "debe ruborizar a Mr. Bayard. En él, respondiendo a la demanda imperiosa de Mr. Bayard por la inmediata excarcelación de Cutting, alega el Sr. Mariscal con la mayor moderación y cortesía, que el caso está ante un tribunal de uno de los Estados de la República; que el Presidente ha ejercido su influjo en cuanto puede ejercerlo para que el proceso sea breve y justo; que ha hecho ya el gobierno mexicano cuanto cabe en sus fuerzas legítimamente; y que debe el Secretario recordar que en México, como en los Estados Unidos, el poder federal no puede dar órdenes al Tribunal de un Estado."

\*

\*       \*

Tal es hoy en este asunto el sentimiento público. En los periódicos de más opuestos bandos se lee la misma censura acre y desembozada: se dice en alta voz que el Presidente no ha favorecido esas prisas, ni quiere solución violenta alguna, como lo prueba, él que es amigo de enviar mensajes particulares al Congreso, con haber remitido con simples frases de fórmula la correspondencia que pudo acompañar de indicaciones y consejos. —Se desmiente al Secretario en frases como esta: "En su desdichado resumen, Mr. Bayard hizo hincapié principal sobre el punto de que Cutting estaba siendo procesado en México por un delito cometido en Texas. Nada absolutamente hay en los despachos que pruebe esto. Eso es una simple suposición de Mr. Bayard, que no se ha tomado el trabajo de demostrar con un solo hecho de la correspondencia — y censuras son estas que han de llamar la atención, no sólo por lo unánimes, sino porque los diarios y representantes de su partido propio son tan severos en ellas como los del bando enemigo. No es enemigo del Gobierno el *Herald*, y he aquí lo que decía ayer con irónica amargura: "Aconsejamos a los tejanos que aprendan paciencia de nuestros pescadores del Norte, de los que hay muchos cientos que han sufrido provocaciones más graves e irritantes a manos de Inglaterra, sin que les haya aún socorrido con una palabra de consuelo nuestro Departamento de Estado. No parecen los pescadores estar tan favorecidos con la amistad de Mr. Bayard como los valerosos tejanos; pero no debe la confianza en esta predilección llevarlos muy lejos, porque la guerra desautorizada ha llevado antes de ahora en nuestro país a los hombres a la prisión y a la horca, y sería doloroso que la prisa de los tejanos por hacerse de esos viñedos de Naboth al otro lado del Río Grande, los precipitase a empresas que obligaran a los Estados Unidos a usar sus tropas contra ellos, en vez de echarlas contra aquellos con quienes muestran tanta ansia de reñir".

\*

\*       \*

El telégrafo habrá sin duda dado cuenta hora a hora a México de los varios aspectos de este conflicto, que parece haber salido ya de su gravedad inmediata; pero no sólo es útil, sino indispensable, sino vital, sino de tal importancia, que no se ha de sacar de esto un momento los ojos, el conocer en todas sus corrientes la opinión de los Estados Unidos sobre los asuntos de México. De una mera oportunidad, de la honradez de un hombre, acaso de un movimiento de partido celoso, ha dependido esta vez la suspensión de una medida que se consideraba generalmente como precursora de la guerra. Y es que

aquí existe una especie de preparación constante para ella, favorecida por una cruda y tradicional confianza; por los recuerdos de la victoria que fuerza y traición ganaron en 1848 sobre justicia y heroísmo; por la desocupación de la gente de guerra que no sabe estar quieta una vez que ha gustado las armas, por la naturaleza penetrante e invasora del carácter del hombre en los Estados Unidos; y más que por todo, acaso, por el desconocimiento en que está la masa del país de las virtudes, de la originalidad, de la resistencia, de la inteligencia, de las dificultades, de la fuerza de trabajo que hacen respetable a México. Sólo esas armas pueden conseguir aquí una durable victoria; sólo esos escudos podrán a la larga detener la guerra. La inteligencia tiene aquí que jugar sus astas contra la fuerza. Porque no puede ser enteramente vana, en medio del apetito de riqueza y pudridor egoísmo que las vician, esta educación y práctica del hombre en la laboriosa libertad de la República; porque los que trabajan aprenden en sí propios a respetar a los trabajadores; porque ese irritante desdén que es aquí usual para las cosas nuestras, viene principalmente de que nos creen pueblos azucarados y viciosos, sin la fuerza realmente titánica de que en luchas enormes venimos dando muestra; porque esta batalla, en suma, que acaba de ganar México; no la ha ganado por intimidación, ni por agencias peligrosas; ni por conciertos con pueblos extranjeros, sino por el respeto que ha inspirado su honradez, y por la habilidad con que sus representantes han expuesto su justicia.

JOSÉ MARTÍ

[*El Partido Liberal*, México, 20 de agosto de 1886, t. III, n. 444, p. 2, col. 5 y p. 3, col. 1-3.]

## Correspondencia particular de El Partido Liberal

Sumario: Estudio indispensable para comprender los acontecimientos venideros en los Estados Unidos.— Análisis del movimiento social, causas que lo producen y elementos que lo impulsan.— Influjo de las prácticas de la libertad política en el carácter de la guerra social.— El movimiento social está ya en

actividad definitiva en los Estados Unidos.— Descomposición de los factores que han producido la presentación de un candidato de los obreros al Corregimiento de New York.— La historia viva.— La levadura de la Revolución Francesa fermenta en los Estados Unidos.— Causas especiales de la desigualdad social en Norte América.— La tierra y las ciudades.— Límite de acción de la libertad política: su eficacia y su deficiencia.— Razones del aspecto original del movimiento social en los Estados Unidos.— Influjo de la inmigración en el carácter del movimiento social.— ¿Será la libertad inútil?— Problema nuevo en política: ¿los efectos de la educación despótica predominarán sobre los efectos de la educación liberal?— La libertad suaviza al hombre y lo hace enemigo de la violencia.— Aspecto presente del movimiento.— Fuerza definitiva del voto.— Los movimientos se concentran en los que poseen en mayor grado sus factores.— Razón de la candidatura de Henry George al corregimiento de la ciudad.

New York, 15 de Octubre de 1886.

Señor Director de *El Partido Liberal*.

Se pudren las ciudades; se agrupan sus habitantes en castas endurecidas; se oponen con la continuación del tiempo masas de intereses al desenvolvimiento tranquilo y luminoso del hombre; en la morada misma de la libertad se amontonan de un lado los palacios de balcones de oro, con sus aéreas mujeres y sus caballeros mofletudos y ahitos, y ruedan de otro en el albañal, como las sanguijuelas en su greda pegajosa, los hijos enclenques y deformes de los trabajadores, en quienes por la prisa y el enojo de la hora violenta de la concepción, aparece sin dignidad ni hermosura la naturaleza. Esta contradicción inicua engendra odios que ondean bajo nuestras plantas como la fuerza misteriosa de los terremotos, vientos que caen sobre las ciudades como una colosal ave famélica, ímpetus que arrancan a las naciones de su quicio y las vuelven del revés, para que el aire ore sus raíces. Y cuando ya parece que son leyes fatales de la especie humana la desigualdad y servidumbre; cuando se ve gangrenado por su obra misma el pueblo donde se ha permitido con menos trabas su ejercicio al hombre; cuando se ve producir a la libertad política la misma descomposición, ira y abusos que crea la tiranía más irrespetuosa; cuando se llega a ver vendido por un ciudadano de la República a cambio de un barril de harina o de un par de zapatos el voto con que ha de contribuir a gobernar su pueblo y mejorar su propia condición; cuando parece que va a venirse a tierra al peso de sus vicios, con un escán-

dalo que resonaría por los siglos como resuena el eco por los agujeros de las cavernas, la fábrica más limpia y ostentosa que ha levantado el hombre a sus derechos, ¡he aquí que surge, por la virtud de permanencia y triunfo del espíritu humano, y por la magia de la razón, una fuerza reconstructora, un ejército de creadores, que avienta a los cuatro rumbos los hombres, los métodos y las ideas podridas, y con la luz de la piedad en el corazón y el empuje de la fe en las manos, sacuden las paredes viejas, limpian de escombros el suelo eternamente bello, y levantan en los umbrales de la edad futura las tiendas de la justicia!

¡Oh, el hombre es bueno, el hombre es bello, el hombre es eterno! Está en el corazón de la naturaleza, como está la fuerza en el seno de la luz. No hay podredumbre que le llegue a la médula. Cuando todo él parece comido de gusanos, entonces brilla, de súbito con mayor fulgor, tal cual la carne corrompida brilla, como para enseñar la perpetuidad de la existencia, y la inefable verdad de que las descomposiciones no son más que los obrajes de la luz.

\*  
\*      \*

Sí: de esta tierra misma donde el exceso del cuidado propio sofoca en los hombres el cuidado público, donde el combate febril por la subsistencia y la fortuna exige como contrapeso y estímulo el placer acre, violento y ostentoso; donde se evaporan abandonadas las vidas de ternura, idea o desinterés que no han logrado la sanción vulgar y casi siempre culpable de la riqueza; de esta tierra misma, que cría con el grandor de sus medios y la soledad espiritual de sus habitantes un egoísmo brutal y frenético, se está levantando con una fuerza y armonía de himno uno de los movimientos más sanos y vivos en que ha empeñado jamás su energía el hombre.

Es hora de estudiarlo, hoy que se manifiesta en New York con inesperado brío, sustentando un candidato ingenuo al puesto de Corregidor de la ciudad, de donde en manos de los políticos toda virtud parece haber huido. Vuelve a verse, para pasmo de intrigantes y soberbios, que en los grandes instantes de revolución y crisis, basta la voluntad de la virtud, tan tarda siempre en erguirse como segura, para acorrallar a los que se disfrazan de ella. Un niño humilde, un aprendiz de imprenta, un grumete, un periodista, un mero autor de libros, ha estremecido con un volumen claro y sincero a toda la nación; y cuando los que se ven representados en él lo alzan por sobre su cabeza para que los conduzca en sus batallas,

tiemblan a la simple presencia de este hombre sencillo los pecados públicos, el cohecho político, el falso sufragio, el tráfico de los empleos, el comercio en los votos, la complicidad de las castas favorecidas, la caridad interesada, la elocuencia alquilona, como viejos vicios sorprendidos en su sueño por la luz del alba a los postres de una orgía. Se les ve por las calles despavoridos, cubriéndose las cabezas con los mantos, para que no se les descubra lo vil del rostro. Los formidables intereses ligados en paz criminal con los políticos de oficio, que prosperan con la venta y manejo del voto público, ven con estupor la aparición de un hombre honrado que les disputa el primer puesto de la ciudad, para inaugurar desde él las batallas ordenadas de votos y leyes que han de asentar la Constitución social de la República sobre nuevos cimientos de justicia.

\*  
\*      \*

Para ojos menores, esto que en New York sucede no es más que la candidatura de Henry George, autor del *Progreso y la pobreza*, al corregimiento de la ciudad; pero para quien tiene por oficio ver, y por hábito ir a buscar las raíces de las cosas, este es el nacimiento, con tamaños bíblicos, de una nueva era humana. Grandes son nuestros tiempos: es grande el gozo de vivir en ellos: y como se ha extinguido justamente la fe en las religiones incompletas que en su infancia deslumbraron el juicio y lo satisficieron; como el hombre, necesitado por su naturaleza de creer, padece de esa soledad mortal en que ningún cuerpo de creencias admisible a la razón ha venido a sustituir los mitos bellos que se la tenían oscurecida, es bueno, con las dos manos llenas de flores, señalar como una causa de fe perpetua ese poder de la naturaleza humana para vibrar como una novia a los besos viriles del pensamiento, y surgir con nueva virtud de su propia degradación y podredumbre.

\*  
\*      \*

¿Cómo se ha de decir bien en una mera carta de periódico, escrita ahogadamente sobre la barandilla del vapor, toda la significación de un movimiento que trata de cambiar pacíficamente las condiciones desiguales en que viven los hombres, para evitar con un sistema equitativo de distribución de los productos del trabajo la tremenda arremetida de los menesterosos por la igualdad social, que dejaría atrás, y que dejaría



donde no se la evite, la que cerró e iluminó el siglo pasado en busca de la libertad política?

La historia que vamos viviendo es más difícil de asir y contar que la que se espuma en los libros de las edades pasadas: esta se deja coronar de rosas, como un buey manso: la otra, resbaladiza y de numerosas cabezas como el pulpo, sofoca a los que la quieren reducir a forma viva. Vale más un detalle finamente apercibido de lo que pasa ahora, vale más la pulsación sorprendida a tiempo de una fibra humana, que esos rehervimientos de hechos y generalizaciones pirotécnicas tan usadas en la prosa brillante y la oratoria. Complace más entender en sus actos al hombre vivo y acompañarle en ellos, que redorar con mano afeminada sus hechos pasados. Pero cuando se vive en una ciudad enorme a donde el Universo entero envía sin tregua sus más alborotadas corrientes; cuando se ve adelantarse a la vez contra los mismos abusos sociales las lenguas encendidas de todas las naciones, y los pechos velludos, y los brazos alzados, y no se da por la ciudad un paso sin que salten a los ojos como voces que clamen, la opulencia indiscreta de los unos, y de los otros la miseria desgarradora; cuando no es posible desviarse de las calles cuidadas de los acomodados y los ricos sin que el calor de la batalla suba al rostro, y una ola empuje el pecho, y se enrosque en la mente una sierpe encendida, al ver degradarse en el vicio forzoso, en las cargas inicuas, en un trabajo sin paga ni descanso, en una vida que no da tiempo al amor ni a la luz, el espíritu de la especie y la nobleza del cuerpo que lo encarna; cuando aumentan día a día el refinamiento y provechos de los indolentes, la desesperación, la desocupación, la insuficiencia de salarios, el frío cruel, el hambre espantable de los que trabajan; cuando no hay sol sin boda de oro en catedral de mármol ni suicidio de un padre o una madre que por librarse de la miseria se dan muerte con todos sus hijos; cuando se habla mano a mano en las plazas con el desocupado hambriento, en los ómnibus con el cochero menesteroso, en los talleres finos con el obrero joven, en sus mesas fétidas con los cigarreros bohemios y polacos; cuando no se tiene el alma vendida a la ambición y el bienestar, ni se sufre del miedo infame a la desdicha, entonces vuelven a entreverse con realidad terrible las escenas de horror fecundo de la revolución francesa, y se aprende que en New York, en Chicago, en San Luis, en Milwaukee, en San Francisco, fermenta hoy la sombría levadura que sazonó con sangre el pan de Francia.

(Continuará.)

[*El Partido Liberal*, México, 4 de noviembre de 1886, t. III, n. 506, p. 2, col. 35.1

## Correspondencia particular para **El Partido Liberal**

Sumario: El caso de Cutting visto en los Estados Unidos.— La política interior americana ha favorecido la paz.— Influjo del partido republicano en las censuras unánimes de Bayard.— Interés de los republicanos en la derrota de Bayard.— Blaine: su actitud en el conflicto: su próxima campaña: sus condiciones de caudillo.— México usado como instrumento político.— El Sur y México.— Peligros permanentes.— Los capitales norte-americanos en México.— *Muerte de Samuel Tilden*: su carácter y su vida: su elección y sacrificio: su lección final: la salvación de las repúblicas está en la propagación de la cultura.

New York, 19 de Agosto.

Sr. Director de *El Partido Liberal*.

Ni la muerte de Tilden, aquel sabio político a quien defraudaron de su elección a la presidencia los republicanos, ni la revelación del modo ignominioso con que trafican y venden entre sí los beneficios de su empleo los más altos funcionarios de la ciudad; ni la campaña ruda que se dispone a hacer Blaine contra el gobierno del partido democrático; ni el proceso de los anarquistas de Chicago, que tienen ya sobre la cabeza la sombra de la horca; ni el gran Parlamento irlandés que con el nombre de Convención celebran aquí ahora los amigos de la autonomía de Irlanda, tienen hoy para nosotros el interés de los asuntos de México.

Y esto no es tanto por la noticias que lleva el telégrafo antes y no cabrían en carta, cuanto porque con el sacudimiento de opiniones que este conflicto súbito ha traído a la superficie,

ayudado por la mayor independencia que va permitiendo a los diarios la descomposición gradual de los partidos políticos. se están viendo las corrientes por donde van aquí los juicios que importan tanto a México, y los peligros, y las ambiciones, y acaso la manera de contrastarlos. Y se ven además con mayor claridad los elementos que han ido impidiendo la terminación fatal del conflicto de Cutting, cosa que se debe tener muy en cuenta para prever conflictos posteriores, y no abrigar esperanzas vanas sobre la facilidad de esquivarlos.

\*

\*      \*

La justicia de México, y la habilísima firmeza con que la han defendido sus representantes han sido, sin duda, causa principal de la reversión instantánea y definitiva del juicio público en el caso de Cutting. Los alegatos de México, reproducidos aquí minuciosamente con elogio, han ganado ante el público la batalla. Las contestaciones del Ministerio de Relaciones de México se han opuesto como modelo de cortés raciocinio a los documentos arrogantes e impremeditados del Secretario Bayard. Nunca prestaron documentos diplomáticos servicio mayor: ellos han sido los abogados felices de este pleito grave: ellos parecían pedir cada día desde las columnas de los periódicos la justicia que no se pudo negar a su digna elocuencia y su lógica cerrada. Pero en la prisa con que los promulgaba cierta parte de la prensa, en la fruición con que daba con ellos en el rostro al Secretario aturdido y colérico, y en la falta de analogía entre los comentarios especiales sobre el caso de hoy y la opinión general que continúan teniendo de México algunos diarios que lo han defendido, se observa claramente que en la guerra inclemente y unánime que se hace aquí a Bayard por su torpe e inconsiderada demanda ha habido una razón de política interior, sin cuya ayuda no hubiera podido acaso libertarse México de la guerra que tenía ya encima, cuando por su propio interés acudió a estorbarle el partido republicano.

Esa reflexión, apuntada ya a *El Partido Liberal* antes de que aquí se hubiese ni ligeramente enseñado, no sólo se confirma por la premura con que salta Blaine de nuevo a la arena política para aprovecharse de ella con su usual oportunidad y audacia, y por el implacable empeño con que ha desnudado los actos de Bayard en este conflicto el principal diario de Blaine *The Tribune* de New York, sino por las indiscretas

amenazas con que el Secretario, acorralado de todas partes y vencido, ha llegado hasta a anunciar su intento de acusar de traición a "los prohombres republicanos que han estado comunicándose con el gobierno de México en este conflicto para ayudarlo a ridiculizar e impedir la política del departamento de Estado". Los mismos diarios de Blaine levantaron el guante, y revelaron que ese ataque era a Blaine y al ex-ministro Foster: y aun parecía llegar la amenaza encubierta hasta el mismo Ministro de México en Washington, que ha sabido afrontarla por fortuna con decorosa entereza.

Lejos ha ido el Secretario en el desconcierto en que lo tiene su derrota; y sus palabras fueron oídas como de persona a quien se ha de compadecer, por no haber sabido borrar con una retirada cauta y un silencio discreto el yerro grave de afirmar una demanda internacional sobre el hecho seguro de la prisión ilegal de un ciudadano, para venir a parar un mes después en enviar un comisionado a inquirir si la prisión fue efectivamente ilegal.

Un penoso trastorno ha caracterizado los actos del Departamento de Estado en todo este conflicto. A la una negaba que tuviese hecho lo que tenía determinado desde las doce, y hacía público a las dos. Ha dado a la prensa el Departamento los más opuestos rumores. Y ha caído en descrédito mayor por pretender ocultar con declaraciones de aparente firmeza las concesiones que se venía viendo forzado a hacer en virtud de sus yerros y de la opinión pública, a la cual revelaba la prensa día a día todo lo que insistía en negar el Secretario. Así fue como se le vino a arrancar la confesión de que se había nombrado enviado especial a Mr. Sedgwick, de quien se dijo al principio que era general, y hombre de mucha ciencia jurídica, sin que luego haya podido averiguarse que sea, más que un estimable caballero que ha escrito con juicio un libro sobre contratos.

Pero si en el atolondramiento y disgusto que le ha causado su inoportuna derrota ha ido quizá lejos en su acusación el Secretario Bayard, ni a él que es político de oficio se le han podido escapar los manejos y el interés de sus rivales, ni dejando ser claras las razones por que ha caído sobre él con tanto fuego el partido republicano.

Dirigido este por hombre de más escrúpulos y menor viveza y ambición que Blaine, acaso hubiera creído deber contribuir, si no a ayudarlo, a salir por lo menos con decoro de un lance en que no quedaría bien puesta la nación, si aquí no fuese tanta la libertad de los hábitos públicos y la división de las

manifestaciones de la opinión, y el gobierno no supiese que aquella no se cree responsable de los yerros de este ni lo es en realidad, como se ha visto ahora.

Pero Blaine es político felino, y tiene de su especie el salto elástico y la garra. Él sabe que este país no tiene tiempo de ver hacia atrás ni hacia adelante. Sabe que va tras lo que le deslumbra de presente. Tiene el don hábil de apoderarse del asunto palpitante en la época de sus campañas, y oscurecer con él su propia historia y los asuntos más graves de política menos ostentosa. Vienen las elecciones de candidatos a la presidencia. Él, que sólo en mil votos casuales fue vencido por Cleveland, se presenta de nuevo candidato por el partido republicano. Ve que los demócratas van sin rumbo, y quitan a su partido con sus abusos locales y su oposición a Cleveland el prestigio de reformador que llevó a este de triunfo en triunfo al poder. Ve que a Cleveland no lo siguen los demócratas. Ve que sin Cleveland y lo que él representa, no volverá a confiarse a los demócratas el país. ¡Qué fortuna para él, que en su discurso de vencido anunció el riesgo de dar el gobierno al Sur, el poder antes de dos años presentarse a la nación denunciándole que se ha estado a punto de envolverle en una guerra ridícula para complacer al Sur que la desea! Blaine no pierde tiempo, no se cuida de lo que le dirán sobre su propia manera de entenderse, cuando fue Secretario de Garfield, con nuestros países hispano-americanos, con Colombia, con Chile, con el mismo México. Lo que él ve es que la cabeza del partido demócrata le está temblando sobre los hombros, y que él puede ponerse en lugar del descabezado: y de las mismas manos de Bayard toma el hacha con que ha de echar abajo la cabeza.

Percibió con su ojo de águila la importancia del instrumento que le ofrece la fortuna, y ha usado y usará de él, como medio de campaña, con esa deslumbradora rapidez que llega a dar apariencia de hombre de Estado a aquel a quien sólo falta para serlo el concepto superior de humanidad y de justicia que los produce y consagra.

Por ahí va a comenzar su campaña; por eso ha puesto tanto empeño, ya que Bayard le dio hechas las razones con sus yerros, en demostrar la ineptitud y ligereza con que ha llevado el secretario el caso de Cutting; porque de ahí sacará él su argumento principal para combatir a los demócratas más seguros:—el peligro de dar el gobierno de la nación al Sur, que se ha apresurado a comprometerla en una guerra necesaria y sin defensa.—Así lo ha visto Bayard, que acaso, desconociendo la entereza y habilidad de México, creyó adecuado el caso de Cutting para hacerse sin gran riesgo de capital político

en el Sur, cuyos votos corteja a fin de que le ayude a ser electo candidato a la presidencia. ¡Es tan doloroso como oportuno saber que la paz de un pueblo depende a veces de los juegos políticos de dos rivales que se disputan el mando de un pueblo extranjero!

\*  
\*       \*

Ni exagerarse, ni desconocerse, deben estos elementos reales de la política viva. Determinada así por el caudillo de los republicanos la campaña sobre este fracaso ostentoso del Secretario de Estado, no sólo emprende él con fe una lucha en que tiene de su lado la opinión que no quiere esta vez la guerra, y en la que a un tiempo combate con posibilidad de victoria, a un partido despedazado y a un rival terrible por su influjo político; sino que a su voz, que tantas veces le ha llevado a la victoria, le sirven con admirable disciplina sus amigos en el Congreso y en la prensa, a quienes tiene Blaine enseñado con su ejemplo la ventaja de dar sobre el enemigo cuando está aún aturdido por el golpe.

Es digno de estudio como caudillo político este hombre tenaz: tiene siempre a sus huestes dispuestas para la pelea: inspira en ellas el mismo ardor y presteza pasmosa que a él le animan: da sus batallas de intriga con la misma precisión y rapidez con que se dan las batallas en campaña: está despierto cuando todos sus rivales duermen. Es hoy el único pretendiente activo para la candidatura de los republicanos; y toda esa ciencia y estrategia la ha empleado desde el primer instante sin descanso, para exhibir ante el país los errores del secretario Bayard en el caso de Cutting, y hacer más completa e irremediable su derrota, para dejar así a la vez anonadado al candidato y desacreditado por incapaz y riesgoso a su partido. De este modo ha venido la política interior a ser auxiliar eficaz ¡pero eventual! de la justicia y habilidad con que México ha sabido esta vez librarse de la guerra.

\*  
\*       \*

Ya se sabe que no es, por desdicha, amigo de la paz con México el espíritu de los Estados del Sur; y que en una nación regida principal, si no exclusivamente, por el apego desmedido de cada hombre a su bien propio, ha de tenerse siempre como probable la acción en que esté a la vez empeñado el interés individual de un número crecido de hombres. Ya se sabe que

el Sur desea las tierras feraces y mineras de la frontera mexicana, y que, con una prisa que ha sido dignamente contestada en la otra orilla, ha mostrado esta vez disposición, y en algunos lugares, hasta ansia de la guerra.

Pero más que ese mal constante, que sólo puede prevenirse favoreciendo apresuradamente y a toda costa las poblaciones y comarcas de la frontera, y teniendo en sus ciudades un buen número de personas de prudencia exquisita, llama la atención aquí la insistencia y naturalidad con que la prensa del Oeste y el Este se refieren, con ese tono seguro de las cosas sabidas, a la posibilidad de que los intereses norteamericanos en México pudiesen producir —como dice el *World* de Nueva York, no extraño a esos intereses según se presume,—“un estado de cosas en el que hubiera muchos que desearan una guerra con México, para dar de ese modo un valor permanente a sus propiedades.” “Los profetas dicen” —continúa el *World*— “que eso ha de suceder tarde o temprano”. ¡No lo quiera Dios, y ya México sabrá evitarlo, apresurándose a explotar por sí, como medio acaso único de impedir el conflicto, las riquezas que los extraños le codician, para no tener de este modo que aceptar un capital cuyo interés es demasiado caro! O legislando eficazmente la posesión de tierras y minas en su territorio, con una ley parecida a la que ahora acaban de dictar los Estados Unidos para prohibir la absorción de su suelo por compañías extranjeras.

\*

\*      \*

No esta guerra con México, que aquí está en la raíz de las gentes y hay que ir quemando día sobre día en la misma raíz, en el desconocimiento que acá se tiene de la nobleza y brío del carácter mexicano; no esta guerra con México, sino otra con Europa por el canal de Panamá es la que tenía en la mente Samuel Tilden, el anciano que acaba de morir, cuando recomendó al Congreso, desde su sillón de enfermo, viendo correr anchas y serenas como sus pensamientos las ondas del río Hudson, que procediese sin demora a fortificar las costas desamparadas de los Estados Unidos.

Le temblaban las manos al octogenario; sus criados tenían que darle de comer: su sobrina pasaba el día a su lado leyéndole filosofías y versos; pero él no podía librarse de la agonía celosa con que perseguía de lejos las luchas de partido que le cautivaban el alma, ni del noble deseo de dejar puesto su nombre entre los que han hecho en su país algo de extraordinario y perdurable.

Era de aquellos hombres, aquí raros, que no se satisfacen con la mera posesión de la fortuna; famoso en los tribunales por lo sagaz, por lo previsor en la política, en los negocios por prudente y feliz, y en la historia de su patria por haberse negado a disputar con las armas su derecho clarísimo a la Presidencia de los Estados Unidos, para la cual fue electo en 1880 contra el republicano Hayes, a quien la adjudicó una Comisión del Congreso con fraude visible.

Noble fue aquella alma. Él era varón de virtud, que desde la mayor humildad se había levantado, sobre los puntales de su talento, a la posesión de cuantiosísima fortuna, y a la cabeza de su gran partido. Él sentía natural pasión por el soberbio puesto que lleva de mano de la ley a un hijo de pobres hasta el Gobierno del pueblo más numeroso de hombres libres.—Él quería barrer de arriba los vicios de compadrazgo e interés que muerden con diente hediondo en la política americana, tal como había barrido desde su asiento de Fiscal del Estado y de Gobernador a los bribones coaligados que con su influjo en las votaciones venían atrincherándose en empleos que les permitían defraudar las arcas públicas con robos estupendos.—Y luego, él tenía grande alma, que lleva con irresistible empuje a lo encumbrado y peligroso: ¡él veía en sí coronada la persona humana! ¿Qué suprema angustia no debió sentir aquel trabajador hecho de sí, aquel espíritu de derecho, cuando se vio burlado en la posesión del mayor premio que es dable en la tierra apetecer a un hombre, y vio ultrajada la ley pública en el mismo que ganó su eminencia en defenderla?

Él había sido abogado grandísimo: huroneaba en los rincones de sus casos: penetraba en ellos como un espía de oficio, estudiaba su parte con ojos de juez: tendía a la vista del contrario atónito el tejido mismo de intenciones y argumentos que se guardaba callado en la mente: manejaba sus pruebas, con el brillo y ardor con que guía y abate un general en las batallas: tenía el placer y el vicio de la justicia.

Él veía en sí un ejemplo para la juventud que se acobarda, o se corrompe, o se vende a un matrimonio, o se vende a un Gobierno: de estudiante infeliz, llegó a dueño legítimo de cinco millones, sin venderse a nadie, ni al Gobierno, que fue a buscarlo a su casa por honrado, ni al matrimonio porque amó de joven a una noble criatura que le quiso pobre y se volvió imbécil, y él le mantuvo en su desdicha la fe que le empeñó en la hora de la razón. Deslució acaso sus primeros años, cuando la guerra de los esclavos debió llamarlo a una carrera activa, por el afán —¡excusable en quien conoce la vida!— de comprar con una fortuna libre el derecho de ser honrado y virtuoso: no enseñó la mano hasta que la tuvo fuerte: no ha-

cía negocios al azar, ni ponía sus ahorros en ambiciosas empresas, sino que estudiaba los elementos de cada operación como los puntos de un caso de derecho, entraba a negociar sobre seguro con fuerza matemática.

Él tenía mente mayor, con la que consideraba que si en tiempos pasados fueron precisos aquellos patriarcas generosos y sabios que preparaban a su pueblo para la riqueza, hoy era necesario un sabio nuevo que lo redimiese de los vicios públicos a que lo ha llevado el exceso de ella.

Él veía el voto ignorante, los audaces apoderados de él, el egoísmo comiéndose al heroísmo, el amor a sí sofocando en cada hombre el amor a la patria, el amor al goce pervirtiendo en la mujer aquella majestad y dulcedumbre con que ilumina y enamora.

Él se sentía ayudado de la habilidad en la virtud.

Él rebotó de justo júbilo cuando en pago de sus honrados hechos, de su maestría mental, de su capacidad para pensar por sí y directamente, de su influjo sobre los miembros notables de su partido, con quienes se mantenía en cartas constantes sobre los asuntos públicos, se vio electo candidato de los demócratas para presidir por cuatro años su República, para limpiar los establos, para infundir idea nueva y tamaño de grandeza en la vida de la nación, para entusiasmar y estremecer a un pueblo que ha empezado a podrirse en la prosperidad.

Y ¡todo, todo vino a tierra, a la voluntad de una camarilla injusta! Se aceptó como buena la elección falsa del estado dudoso que debía darle el triunfo. Se consumó el robo del puesto sagrado. Muy a borbotones le saltó al gran viejo la sangre en el pecho. Muy amargamente vio pasar para sí y para su pueblo la ocasión de volver a ser grande. Y con mucha crueldad le llamaron cobarde sus amigos, porque no quiso hacer andar sobre su sangre su derecho.

Pero él se fue a hablar con su hermana canosa, quien vive en una casa que le regaló él de su trabajo, y departió mucho con ella en sigilo en una tarde solemne; y templado en piedad salió de aquella plática con mujer, decidido a perder su derecho al honor más grande a que podía aspirar un hombre en su patria, si había de costar una sola vida el conseguirlo.

¡A esta abnegación han llamado miedo los que no son capaces de ella! ¡Los que sólo a sí ven en el mundo, y a su engrandecimiento propio! ¡los que no aman a la patria bastante para posponerle todo amor de sí! ¡Por aquella abnegación se negó su partido a presentarlo de candidato en las elecciones si-

guientes, para dar ocasión de victoria sin violencia al derecho burlado!

Pero su influjo subía poco a poco: su voluntad designaba a los candidatos: su consejo dirigía al partido: sus comunicaciones interesaban a la nación: su silla de viejo era a manera de trono: su carta definitiva de renuncia a la candidatura en 1884 está escrita como por un profeta tallado en la montaña: su testamento otorga tres millones de pesos para la formación de una biblioteca pública: y este magnífico legado enseña, como resumen de su cuantiosa vida, que la suma deducción del político más práctico y agudo que vivía en este pueblo fue que la madre del decoro, la savia de la libertad, el mantenimiento de la República y el remedio de sus vicios, es, sobre todo lo demás, la propagación de la cultura.

JOSÉ MARTÍ

[*El Partido Liberal*, México, 8 de septiembre de 1886, t. III, n. 460, p. 1, col. 5 y p. 2, col. 14.]

**DEL SIMPOSIO INTERNACIONAL  
SOBRE JOSÉ MARTÍ Y EL PENSAMIENTO  
DEMOCRÁTICO REVOLUCIONARIO**

*Durante los días 17, 18 y 19 de enero de 1980, organizado por el Centro de Estudios Martianos con la estrecha colaboración de la Casa de las Américas, se celebró en esta última institución el primer Simposio Internacional sobre Martí y el Pensamiento Democrático Revolucionario.*

*Este número del Anuario del Centro de Estudios Martianos recoge el discurso inaugural y las ponencias que fueron presentadas en el Simposio. Ellas abordaron de distinta manera el tema que fuera propuesto por el CEM: un primer grupo trató con carácter general la condición democrático-revolucionaria del pensamiento y la obra de madurez de José Martí. Un segundo grupo de ponencias se remitió a los orígenes de dicho pensamiento, cuando, visiblemente, no podía aún ser considerado democrático-revolucionario. Un tercer grupo señaló las afinidades y diferencias de Martí con otras figuras. Un cuarto grupo consideró el esencial antimperialismo martiano. Y un quinto y último grupo estudió otros aspectos de la obra de madurez del héroe de Dos Ríos.*

*Como es habitual en estos casos, las ponencias fueron seguidas por comentarios diversos. En ellos se hizo aún más evidente lo que las propias ponencias habían proclamado: para un grupo apreciable de participantes, no cabía duda sobre el hecho de que Martí llegó a ser un demócrata revolucionario extremadamente radical: condición esta última que se puso de manifiesto en su temprano antimperialismo, en su vínculo con "los pobres de la tierra" y en especial la incipiente clase obrera cubana, en la organización del Partido Revolucionario Cubano: todo lo cual hizo posible que Fidel lo llamara autor intelectual del 26 de Julio, y por extensión de la revolución desencadenada entonces. Otro grupo de ponentes no se manifestó sobre este punto. Y un tercer grupo expresó reservas sobre el hecho de que Martí fuera considerado demócrata revolucionario, aduciendo lo poco usado que es, en muchos países, este concepto, e insuficiente claridad en cuanto a su contenido.*

*El concepto "demócrata revolucionario", como se reitera en no pocas de las páginas que siguen, fue usado por Lenin y desarrollado y empleado después por investigadores y dirigentes leninistas. En la propia Plataforma Programática del Partido Comunista de Cuba se habla de la guerra independentista cubana de 1895 —la guerra organizada por José Martí— como de una "revolución de carácter democrático-revolucionario y de liberación nacional". Así, si bien es cierto que el concepto todavía no es de aceptación global por los marxistas, también es cierto que ha venido abriéndose camino para designar aquellas figuras y procesos revolucionarios que han desbordado ya los marcos del capitalismo sin poder plantearse aún, por exigencias objetivas, metas proletarias.*

*Por nuestra parte, al convocar este Simposio lo hicimos con el propósito de situar el pensamiento martiano, a nivel planetario, en un universo de problemas semejantes, a fin de hacerlo cada vez más comprensible en todo el mundo. Entendemos, además, que en nuestra América, y en los países subdesarrollados en su conjunto, la democracia revolucionaria no ha agotado su virtualidad renovadora. Todo lo contrario: con frecuencia allí están por realizarse procesos democrático-revolucionarios que, como el de Cuba entre 1953 y 1959, habrán de desembocar en revoluciones socialistas. Tales, para nosotros, la razón del engarce de Martí con nuestra Revolución, y lo que le da vigencia beligerante al Maestro.*

CENTRO DE ESTUDIOS MARTIANOS

## Discurso de inauguración\*

ARMANDO HART DÁVALOS

Inauguramos la primera reunión internacional de carácter científico que se ha organizado en Cuba para estudiar las ideas de José Martí. Felicitamos al Centro de Estudios Martianos por la iniciativa. Ninguna institución cubana mejor para servir de sede de esta reunión, que la Casa de las Américas. Saludamos, muy especialmente, a las personalidades científicas cubanas y de diversos países que nos honran con su participación en el evento.

Es significativo que el Centro de Estudios Martianos esté interesado en que un valioso grupo de especialistas y científicos de varias nacionalidades lleve a cabo un análisis del pensamiento de José Martí, y que el mismo se realice desde la perspectiva de las ideas democrático-revolucionarias.

Siempre hemos creído en la universalidad y modernidad de las ideas de Martí. El estudio del pensamiento democrático-revolucionario nos permitirá confirmar esa universalidad y ratificar su actualidad.

El concepto democrático-revolucionario fue, como se sabe, empleado por Lenin a principios del siglo. Posteriormente, estudiosos soviéticos y de otros países socialistas lo desarrollaron para fijar con él un pensamiento revolucionario muy avanzado, pero que no podía situarse como socialista científico.

En estas cortas palabras inaugurales no es posible llegar a conclusiones definitivas sobre tan importante cuestión teórica. El interés principal de este Simposio consiste en incitar al análisis científico del tema, y, en especial, destacar su importancia práctica en la política revolucionaria de nuestra época.

Para arribar a ideas ilustrativas de lo que pretendemos y para tratar de indagar acerca de en qué consiste el pensamiento democrático-revolucionario, resultará útil estudiar concretamente los movimientos políticos y sociales que han sido señ-

lados como tales. Sugerimos que se proceda con el método científico de analizar detalladamente cada uno de los procesos históricos y sociales, de los movimientos populares así como las personalidades caracterizados como tales, y que más adelante se elaboren, en forma muy tentativa, algunas consideraciones de carácter muy general.

Es un honor para los cubanos que ustedes puedan realizar este trabajo en función del pensamiento revolucionario de José Martí y de la etapa histórica en que él desempeñó el papel de primer orden. Les manifestamos nuestra alegría por el hecho de que ustedes se planteen profundizar en el análisis del pensamiento democrático-revolucionario a la luz de la práctica e ideas revolucionarias de José Martí, que fue, en la experiencia histórica cubana, antesala necesaria de la Revolución socialista. Les invitamos a evaluar científicamente esta afirmación.

La Plataforma Programática de nuestro Partido empleó el término "democrático-revolucionario" para señalar el carácter de la guerra de independencia iniciada en 1895. Concretamente dice la Plataforma Programática que aquella fue una revolución de carácter democrático-revolucionaria y de liberación nacional. Por esta razón las ideas democrático-revolucionarias tienen para los cubanos una gran importancia desde el punto de vista de la historia del pensamiento político cubano. Y pensamos que, además, la tiene para diversas situaciones que se le presentan al movimiento revolucionario contemporáneo en muchos países de Asia, África y América Latina.

En los países llamados subdesarrollados que hoy luchan por vencer innumerables dificultades, las ideas democrático-revolucionarias se presentan como una exigencia del momento. Bástenos recordar un ejemplo que nos llena de íntima satisfacción: el pueblo nicaragüense lleva a cabo un proceso de profundas transformaciones revolucionarias y está animado y orientado por la figura de Augusto César Sandino. Es sabido que en otras ocasiones Sandino ha sido conceptualizado como un demócrata revolucionario.

Para invitar a la reflexión sobre el tema, permítaseme exponer, muy sintéticamente, algunas cuestiones relacionadas con José Martí y el proceso revolucionario cubano. Me limitaré a presentar hechos ampliamente conocidos y a solicitar de ustedes que mediten sobre los mismos.

Empecemos por el siguiente hecho histórico: los fundadores del Primer Partido Comunista de Cuba, Julio A. Mella y Carlos Baliño, buscaron algunas importantes raíces del programa político que debía servir de plataforma revolucionaria a la clase obrera cubana, en su época histórica, en el ideario revolucionario de José Martí.

Democrático-Revolucionario, el 17 de enero de 1980. (N. de la R.)  
Político del Comité Central del Partido Comunista de Cuba y ministro de Cultura,  
en la inauguración del Simposio Internacional sobre José Martí y el Pensamiento  
Democrático-Revolucionario el 17 de enero de 1980. (N. de la R.)

Del pensamiento martiano dijo Julio Antonio Mella:

Consiste, en el caso de Martí y de la revolución, tomados únicamente como ejemplos, en ver el interés económico-social que "creó" al Apóstol, sus poemas de rebeldía, su acción continental y revolucionaria: estudiar el juego fatal de las fuerzas históricas, el rompimiento de un antiguo equilibrio de fuerzas sociales, desentrañar el misterio del programa ultrademocrático del Partido Revolucionario, el milagro —así parece hoy— de la cooperación estrecha entre el elemento proletario de los talleres de la Florida y la burguesía nacional; la razón de la existencia de anarquistas y socialistas en las filas del Partido Revolucionario, etc., etc.

Efectivamente compañeros, resulta indispensable realizar ese estudio.

Veamos este otro hecho histórico. A raíz del asalto al cuartel Moncada, Fidel Castro postuló que Martí había sido "el autor intelectual" del mismo. El ideario martiano tuvo una marcadísima influencia en el proceso revolucionario cubano que condujo a la victoria del 1.º de Enero de 1959. Puede decirse que esa fue una etapa democrático-revolucionaria. La misma culminó con el siguiente resultado literalmente expuesto en la Plataforma Programática de nuestro Partido:

La victoria revolucionaria del 1.º de enero de 1959 alteró en sus fundamentos la correlación entre las clases sociales del país. El bloque burgués-latifundista fue desplazado del poder político. Por primera vez en nuestra historia este poder pasa a manos de una alianza de las masas populares, donde tienen el papel dominante los intereses de la clase obrera y de los campesinos trabajadores, representados por el Ejército Rebelde victorioso y su dirección revolucionaria.

Es indispensable, compañeros y amigos, valorar debidamente este hecho histórico.

Por otro lado, consideremos lo siguiente: los cubanos hemos apreciado que existe una profunda relación entre el pensamiento democrático-revolucionario de José Martí y nuestras ideas socialistas de hoy. Fidel señaló, refiriéndose a las guerras por la independencia: "Nosotros entonces habríamos sido como ellos, ellos hoy habrían sido como nosotros".

Esto nos hace sugerir la necesidad de estudiar la relación dialéctica del ideario democrático-revolucionario de José Martí con el pensamiento socialista de la Revolución Cubana.

Analicemos también lo siguiente: el pensamiento de José Martí era profundamente anticolonialista y antimperialista. Martí avizoró los peligros del imperio yanqui con una profundidad como no lo había hecho nadie antes que él en nuestro continente. Asimismo, se vinculó a las clases y capas más populares de la sociedad cubana de entonces.

Precisamente dos aspectos que le dan modernidad y universalidad al pensamiento de Martí están en su profundo antimperialismo y en su incondicional vinculación a la causa de las clases y capas explotadas de su época histórica.

Sería interesante que se evalúen científicamente los siguientes hechos: no debemos abundar en estas palabras introductorias acerca de la composición de clases de la sociedad cubana en 1895. Tampoco vamos a entrar ahora en el análisis del triste papel desempeñado por la burguesía, parasitaria y entreguista, del siglo xx en nuestro país.

No son estas palabras la ocasión de profundizar en un análisis de la composición de clases en Cuba durante la república mediatizada. Sin embargo, debemos subrayar que un estudio del pensamiento de José Martí y de la democracia revolucionaria en Cuba tomará seguramente en cuenta la composición de clases de la sociedad cubana en 1895 y a lo largo del siglo xx, así como el miserable papel de la burguesía parasitaria, su dependencia al imperialismo y, desde luego, el importantísimo papel desempeñado por el proletariado y otras capas explotadas de la población.

Debe estudiarse cuáles son las condiciones económicas, sociales y políticas que han prevalecido en las sociedades donde han surgido figuras o movimientos democrático-revolucionarios.

Las ideas democrático-revolucionarias no se han manifestado de igual forma en todos los ámbitos donde han tenido lugar movimientos o personalidades populares de este carácter. El momento, el tiempo histórico, han ido adecuando diversas formas de manifestarse las ideas democrático-revolucionarias.

Sería útil analizar, en las condiciones del mundo de hoy, donde el sistema socialista se ha convertido en la fuerza más dinámica de la humanidad, en qué forma y profundidad pueden manifestarse las ideas democrático-revolucionarias en las sociedades subdesarrolladas, y en especial, en los países en los cuales no ha concluido el ciclo de la revolución burguesa.

Este y otros muchos problemas se plantean ante nosotros. Hay un arsenal de elementos para investigar, de gran utilidad científica para el movimiento revolucionario.



Compañeros y amigos: con breves pinceladas hemos querido señalar algunas ideas, a modo de incitación y de estímulo, al estudio de una cuestión de enorme interés teórico y que puede llegar a tener —o que tiene ya— gran interés práctico para el movimiento revolucionario internacional: se trata de analizar el valor de las ideas democrático-revolucionarias en los países subdesarrollados. Y hacerlo además teniendo en cuenta que el socialismo ejerce una enorme influencia internacional.

Al saludar el evento que comienza, señalamos la responsabilidad que implica hacer aún más comprensible, desde un punto de vista teórico, la magna e inmensa obra acometida por el gran demócrata-revolucionario, el revolucionario radial de su tiempo, que dijo Blas Roca, José Martí. Ustedes estudiarán aspectos de esa labor, destacarán sus semejanzas con otros movimientos, contribuirán a que se entienda y propague el valor de las ideas de este hombre que escribió en las últimas horas de su vida: "sé desaparecer, pero no desaparecerán mis ideas".

Sus ideas no han desaparecido. En Cuba renacieron con más fuerza con la hazaña del Moncada, orientaron la gesta épica de la Sierra y del llano y constituyen un permanente aliento para los que llevamos adelante la Revolución socialista.

Al dejar oficialmente inaugurado este Simposio Internacional sobre José Martí y el pensamiento democrático-revolucionario, les damos la bienvenida en nombre del Ministerio de Cultura y les deseamos éxitos en los trabajos fructíferos que ustedes van a emprender.

## José Martí, demócrata revolucionario

V. STOLBOV

Es para mí un orgullo figurar en los orígenes de las investigaciones soviéticas de la obra ideológica y artística del Apóstol de la independencia cubana. Un cuarto de siglo atrás, junto con el conocido latinoamericanista Vasili Yermoláiev, actualmente fallecido, preparamos y publicamos las primeras *Obras escogidas* de José Martí en ruso. Más tarde, sería promotor y compilador de cuatro tomos más de José Martí, así como redactor, traductor, autor de prólogos y comentarios.

Todavía a principios de los años sesenta, en los ensayos "José Martí, revolucionario y poeta" (*Cuba*, volumen editado en 1961 por la Academia de Ciencias de la URSS) y "José Martí, publicista" (prólogo a *Escenas norteamericanas* de José Martí, Editorial Literaria, 1963), el hecho de considerar el lugar de Martí en el campo del pensamiento social del mundo nos llevó a decir que la última etapa sociopolítica de José Martí (la última década de su vida) podría catalogarse como revolucionaria y democrática y que precedía inmediatamente a la teoría marxista-leninista del socialismo. A esta misma idea llegarían también otros estudiosos, cubanos y soviéticos, de la obra ideológica de Martí. En lo que se refiere a los investigadores soviéticos, una de las interpretaciones más originales, reveladoras y polifacéticas del democratismo revolucionario de José Martí se debe a Valentina Ivánovna Shishkina. Sus ideas están expuestas en el relevante estudio "Pensamiento social y político de José Martí", así como en su tesis doctoral. Shishkina ha sido profesora de la Universidad de La Habana, y en la actualidad dirige las labores de postgrado de los cubanos en la Universidad de Moscú.

Consideramos a José Martí demócrata-revolucionario porque su principal objetivo y la médula de su doctrina política y social, en el último período de su vida, fue la liberación de Cuba del yugo colonial español y de la dependencia económica de los Estados Unidos, con miras a convertirla en una república democrática independiente, y esto debía realizarse por la vía revolucionaria, a través de la guerra popular de liberación nacional.

En su inmovible fe en las fuerzas del pueblo están las raíces de la concepción del mundo revolucionaria y democrática de José Martí, y de su optimismo heroico, a veces trágico. Las masas populares, para Martí, son la fuerza motriz no sólo de todas las revoluciones, sino también de cualquier progreso auténtico. Al darnos la imagen de sus héroes preferidos entre los luchadores por la independencia de la América Latina —Bolívar, San Martín, Juárez, Agramonte—, José Martí siempre subraya los estrechos nexos de estos con las masas populares, cuyas aspiraciones protagonizaron en la historia.

Las masas populares, en general, y la clase obrera, en particular, son los protagonistas principales en el panorama épico desplegado por José Martí en las *Escenas norteamericanas*. En sus ensayos sobre la guerra civil en los Estados Unidos (1863-1865), Martí estudia la táctica de la guerra popular, en la cual la victoria, ante todo, no se alcanza por los conocimientos militares ni por el saber maniobrar en el campo de batalla, ni incluso por la fuerza de las armas, sino con el arrojo y el denuedo, con una inmensa estatura moral, con incesantes golpes que en todos los frentes, paralizan la iniciativa del enemigo.

Los conceptos filosóficos, políticos, sociales de José Martí siempre estaban en desarrollo y se enriquecían sin cesar. Las bases que los estructuraron fueron las experiencias políticas y sociales adquiridas por el pensador y revolucionario cubano en distintos países del mundo, y podría decirse que en las diversas épocas que convivían en la tierra. Esta última circunstancia engendrará en la conciencia de Martí un sentido acentuado del tiempo histórico, le ayudaría a comprender la época histórica en que le tocó vivir, como tiempo trascendente, tiempo en que nacía una sociedad nueva, tiempo en que la humanidad se constituía en una sola familia, tiempo en que el pueblo saldría al proscenio de la historia.

Las etapas fundamentales que formaron la conciencia revolucionaria y democrática de José Martí podrían ser cuatro:

- 1) 1868-1874. Vida en Cuba, colonia española, donde impera la esclavitud y donde ha estallado la guerra de liberación nacional, y en España, país atrasado en lo social y económico, potencia colonial que atraviesa una honda crisis política y social.
- 2) 1874-1885. Vida en Estados latinoamericanos independientes como México, Guatemala, Venezuela, países de remota cultura indígena en los que su situación interna se caracteriza por una tensa lucha entre la reacción

feudal y clerical, y las capas de la burguesía liberal, mientras que la población autóctona permanece sumida en la opresión y la miseria. En este período podrían incluirse los primeros años de permanencia de José Martí en los Estados Unidos.

- 3) 1885-1891. Vida en los Estados Unidos de América, país capitalista desarrollado, en la época en que nace el imperialismo, país azotado por la crisis económica y en un momento en que adquiere vigor la lucha de clases del proletariado.
- 4) 1891-1895. Etapa preparatoria y de la guerra popular de independencia en Cuba y comienzo de la hostilidades.

Especial importancia tendrá la tercera etapa, en que José Martí se forja como demócrata y revolucionario de nuevo tipo, no como un predecesor del socialismo en general, sino de lo nuevo que aportó Lenin a la doctrina marxista en el siglo xx, predecesor de la doctrina leninista sobre el imperialismo y de la lucha actual por la paz y la dicha de los pueblos, lucha que la humanidad progresista, encabezada por los países socialistas, lleva contra los monopolios imperialistas y sus secuaces. Así pues, entre los rasgos determinantes de la concepción revolucionaria y democrática de José Martí, descuellan el antimperialismo y el internacionalismo. De esto hablaría Fidel Castro en el acto conmemorativo del quincuagésimo aniversario de la formación de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (22 de diciembre de 1972):

José Martí, guía y Apóstol de nuestra guerra de independencia contra España, nos enseñó este espíritu internacionalista que Marx, Engels, Lenin confirmaron en la conciencia de nuestro pueblo; Martí pensaba que "patria es humanidad", y nos trazó la imagen de una América Latina unida, frente a la otra América imperialista y soberbia, "revuelta y brutal", como él decía, que nos despreciaba.

La importancia que tiene la experiencia histórico-social adquirida por José Martí en los Estados Unidos, al ser testigo de la brutal explotación capitalista de la que era objeto la clase obrera, así como de la heroica lucha de los obreros por su derechos, radica en que se despojó de muchas ilusiones democrático-burguesas y, en particular, de la fe en el omnipotente derecho electoral y en una posible cooperación pacífica entre el trabajo y el capital.

José Martí señala “el poder creciente de la casta llana, por el acuerdo súbito de las masas obreras”.<sup>1</sup> La situación social en los Estados Unidos la imagina como dos ejércitos contrapuestos: el ejército del capital armado hasta los dientes y el ejército del trabajo, engrosando y cohesionando sus filas.

¿Hace falta decir que todas las simpatías de José Martí en este conflicto estaban de parte de los oprimidos? En las *Escenas norteamericanas* puede verse cómo llega primeramente a la conclusión de que la violencia revolucionaria es razonable en un país burgués donde la democracia es una máscara que encubre el poder del capital (“por la ley o por el diente, aquí ha de haber justicia”, “Cartas de Martí”, *O.C.*, t. 11, p. 172), y concluye que la revolución es inevitable: “aquel pueblo de ayer, crudo y espantadizo, está tomando asiento delantero, y viendo como limpia el templo humano de víboras y momias. De vez en cuando es necesario sacudir el mundo para que lo podrido caiga a tierra” (“La excomuniación del padre Mc Glynn”, *O.C.*, t. 11, p. 242).

José Martí no ve aún en el proletariado al portador del nuevo y progresista método de producción, pero lo reconoce como fuerza motriz fundamental, coherente y decisiva del movimiento revolucionario. En esto, por ejemplo, se distingue de algunos demócratas revolucionarios rusos del siglo XIX que cifraban sus esperanzas en el campesinado.

El democratismo revolucionario de José Martí fue un fenómeno nuevo en la historia del pensamiento político-social del mundo. El Apóstol de la libertad cubana pensaba con categorías históricas de alcance universal. Pero eso la guerra por la independencia de Cuba era para él “suceso de gran alcance humano, y servicio oportuno que el heroísmo juicioso de las Antillas presta a la firmeza y trato justo de las naciones americanas y al equilibrio aún vacilante del mundo” (*Manifiesto de Montecristí*, *O.C.*, t. 4, p. 101).

Y, sin embargo, el pensamiento revolucionario de José Martí tiene raíces nacionales, cubanas. Sus ideas políticas y sociales las expresaba, con frecuencia, en sentencias morales y éticas. Hay que decir que en la historia del pensamiento social progresista cubano del siglo XIX, la moral y la ética desempeñaron un singular papel. Ya el primer alentador de la lucha popular por la independencia, Félix Varela, consideraba la participación en esta lucha como un deber moral de todo cubano. En los años cuarenta, durante el brutal terror militar y policiaco, los

<sup>1</sup> José Martí: “Un drama terrible”, *Obras completas*, La Habana, Editorial Nacional de Cuba, 1963-1965, t. 11, p. 334. (En lo adelante, las citas que se refieran a la obra de José Martí se remitirán a la mencionada edición de sus *Obras completas*. [N. de la R.]).

axiomas morales del filósofo y pedagogo José de la Luz y Caballero, discípulo de Varela, adquieren un sentido anticolonial y van enfilados contra la esclavitud. Fue precisamente Luz y Caballero quien sentaría en las bases de su doctrina ética el concepto “procomunal o bien general”; para el pueblo cubano este “bien general”, ante todo, era la independencia.

Luz y Caballero declararía que “la divisa de su corazón” era “la teoría del sacrificio y la abnegación en obsequio del procomunal”.

En estas palabras está el origen de los conceptos de José Martí, quien, en su juventud, había proclamado por boca de Abdala:

*¡Oh, qué dulce es morir cuando se muere  
Luchando audaz por defender la patria!*

[*O.C.*, t. 18, p. 24]

Este llamado que José Martí repitió durante toda su vida y que confirmó con su propia sangre, revestía un fondo político concreto, ya que sólo al precio de un heroísmo inconmensurable, al precio del sacrificio, el pueblo cubano podría alzarse con el triunfo.

Reuniendo entre la emigración cubana medios para organizar la guerra popular, José Martí vio en los obreros de la industria tabaquera una disposición al sacrificio, al hacer entrega del último dinero a la causa popular. A ello se referirá en el artículo “Los pobres de la tierra”:

Que el rico dé de lo que le sobra, es justo, y bien poco es [...] Pero el que, a puro afán [...] quite de su jornal inseguro, que sin anuncio suele fallarle por meses, el pan y la carne que lleva medidos a su casa infeliz, y dé de su extrema necesidad a una república invisible y tal vez ingrata, sin esperanza de pago o de gloria, es mérito muy puro, en que no puede pensarse sin que llene de amor el corazón, y la patria de orgullo [*O.C.*, t. 3, p. 304].

Para Martí el ideal de estructura social era la república popular democrática, una sociedad justa, basada en la igualdad, en el derecho al trabajo y a la instrucción, en el respeto a la dignidad de cada persona, un Estado “de equilibrio social” basado en el trabajo, ya que “ni indirectamente debe la sociedad humana alimentar a quien no trabaja directamente en ella” (“Inmigración italiana”, *O.C.*, t. 8, p. 379).

Para esa república, José Martí no veía un prototipo concreto entre los Estados vigentes en el mundo: “En un día no se hacen

repúblicas; ni ha de lograr Cuba, con las simples batallas de la independencia, la victoria a que en sus continuas renovaciones, y lucha perpetua entre el desinterés y la codicia y entre la libertad y la soberbia, no ha llegado aún en la faz toda del mundo, el género humano" ("Los pobres de la tierra", art. cit., p. 304).

Y Martí reitera que la independencia política es sólo el primer paso para crear un nuevo Estado, una república popular, que la lucha principal está por delante y que será una lucha social: "La revolución no es la que vamos a iniciar en la manigua, sino la que vamos a desarrollar en la república" y "se morirá por la república después, si es preciso, como se morirá por la independencia primero".

La principal fuerza motriz de la guerra por la independencia, "la guerra necesaria", según Martí, deben ser las masas populares, y tal guerra se lleva a cabo, ante todo, en interés de las masas populares. Era "la guerra de dignidad y de miseria". Lo de "miseria" estaba claro; la premisa de la dignidad y de una vida humana para los trabajadores y explotados será el trabajo libre y garantizado.

Más, ¿qué hacer con los terratenientes, funcionarios, con toda la casta parásita de la sociedad cubana, que perdió su dignidad, arrastrándose a los pies de las autoridades españolas o de los capitalistas norteamericanos? ¿Cómo incorporarlos al trabajo y hacerlos "útiles" para la sociedad? Hay que decir que José Martí, todavía a principios de los años ochenta, en el poema "Al buen Pedro" prometía liberar de "su infamia" a estos "bribones".

En las obras del Apóstol de la independencia cubana no vemos propuestas concretas ni proyecto alguno sobre la forma estatal de la futura república. Tal vez no expusiera sus planes porque no quería suscitar recelos antes de tiempo y provocar una escisión en las filas de los combatientes por la independencia. Sin embargo, sí podemos decir con pleno fundamento que Martí confiaba en la iniciativa de las masas populares. Poco antes de morir, en una carta a Manuel Mercado, escribía: "Pero en cuanto a formas, caben muchas ideas, y las cosas de hombre, hombres son quienes las hacen" (Carta a Manuel Mercado, 18 de mayo de 1895, *O.C.*, t. 4, p. 170).

Estos hombres tendrían que ser los combatientes de los ejércitos populares en los cuales la justa guerra popular debería promover la iniciativa, inculcarles conciencia de su fuerza y su unidad, insertarles un alto espíritu moral.

La guerra no se puede desear, por su horror y desdicha aunque un observador atento no puede desconocer que la guerra fomenta en vez de mermar, la bondad y justicia entre hombres, y que estos adquieren, en los oficios diarios y sublimes del combate, tal conocimiento de las fuerzas naturales y modo de servirse de ellas, tal práctica de unión, y tal poder de improvisación que, en un pueblo nuevo y heterogéneo sobre todo, los beneficios de la guerra [...] son mayores que el desastre parcial, por la destrucción de la riqueza reparable y la viudez de las familias ["La guerra", *O.C.*, t. 2, p. 61].

La fuerza y la vitalidad de los conceptos de Martí quedaron demostrados sesenta años después de su heroica muerte. La Revolución Cubana triunfó bajo la bandera de Martí. "Martí fue el mentor directo de nuestra revolución", diría el Che Guevara. Y los primeros pasos de la revolución triunfante fueron dirigidos a cumplir los legados de Martí. Cuba se emancipó de la dependencia política y económica de los Estados Unidos; en el país se hizo la reforma agraria y se entregó la tierra de los latifundistas al pueblo trabajador; se alfabetizó a toda la población.

Fidel Castro y sus correligionarios, actuando en nuevas condiciones históricas, siguen por el camino abierto por José Martí. Y con la misma consecuencia con que el Apóstol de la independencia cubana llegó al democratismo-revolucionario llegaron ellos al socialismo, pues sólo con la teoría marxista revolucionaria pudo la nueva república, resolver, en bien de las masas populares, los problemas que tenía planteados, tanto sociales como económicos. Y sólo dentro del campo de países socialistas, podría mantener Cuba su independencia, la dignidad ganada en el combate, la dignidad del país, la dignidad del pueblo, la dignidad de cada cubano.

## El democratismo revolucionario del ideario de José Martí y su significación internacional

VALENTINA I. SHÍSHKINA

Una de las cuestiones más importantes de la lucha ideológica contemporánea es la relación del marxismo-leninismo con el pensamiento sociopolítico progresista premarxista, con la herencia teórica que nos legaron los grandes precursores revolucionarios.

Puede afirmarse que los estudios teóricos que se han propuesto destacar los aspectos revolucionarios de la obra de José Martí, en este marco, constituyen aportes decisivos a su caracterización como demócrata revolucionario. En esta dirección han desempeñado un papel importante las palabras de Fidel Castro y de otros dirigentes revolucionarios, los estudios de Juan Marinello y Carlos Rafael Rodríguez, así como las investigaciones de José Antonio Portuondo, Roberto Fernández Retamar, y José Cantón Navarro. Gran interés ha suscitado este tema entre los estudiosos soviéticos que como Stolbov, Ermoláev, A. Zorina, Grigulevich y Ternovoi, le han consagrado diversos trabajos. El tema ha atraído también la atención de jóvenes estudiosos cubanos, como Adalberto Ronda, Elena Jorge y Joel Sosa.

La historia del pueblo cubano es la de una lucha ininterrumpida contra el opresor extranjero. En esta contienda, las ideas de Céspedes, Agramonte, Sanguily y Máximo Gómez influyeron en la conciencia revolucionaria del pueblo. La profundización de las contradicciones y los nuevos conflictos sociales determinaron el desarrollo de la teoría revolucionaria. Uno de los eslabones más importantes en la historia del pensamiento cubano es el ideario de José Martí, jefe e ideólogo de la revolución cubana de 1895.

A diferencia de Céspedes y Agramonte, héroes nacionales de la Guerra de los Diez Años, Martí tipifica al hombre de pueblo. Podemos afirmar que en la última etapa de la guerra de liberación José Martí representaba los intereses de los trabajadores de la nación cubana.

En la *Plataforma programática del Partido Comunista* se señala:

José Martí, que fue el guía y organizador de la nueva guerra emancipadora, dedicó sus primeros esfuerzos a unir todas las clases y sectores interesados en el propósito nacional liberador. Agrupó a los cubanos de la emigración, organizó el primer partido revolucionario de Cuba para luchar por la independencia y por una república democrática, y enarboló un arsenal de ideas avanzadas que habrían de servir de bandera no sólo a los revolucionarios de la época, sino también a los de generaciones posteriores. [*Plataforma programática del Partido Comunista de Cuba; Tesis y resolución*, La Habana, Departamento de Orientación Revolucionaria del PCC, 1976, p. 7]

La ideología de José Martí reflejó las necesidades de las capas más progresistas de la sociedad cubana y rebasó las limitaciones ideológicas de la etapa de 1868-1878.

El ideario martiano constituye una *nueva etapa* en el desarrollo de las ideas progresistas en el país; es, de hecho, la forma superior del pensamiento premarxista en Cuba. Las ideas del Maestro prepararon las condiciones para la difusión en Cuba de la teoría marxista-leninista.

En la concepción martiana, el núcleo central de la ideología democrático-revolucionaria se expresa en sus ideas sobre la guerra de liberación nacional y el papel que desempeñan el pueblo y el partido revolucionario en la transformación revolucionaria de la sociedad, y en su contenido antimperialista y humanista. Este ideario fue tomado y continuado de manera creadora por el Partido Comunista de Cuba.

Roberto Fernández Retamar ha señalado que para comprender a Martí es necesario definir el lugar que este ocupa entre sus contemporáneos. En realidad, al comparar la ideología martiana con la de los ideólogos progresistas revolucionarios de su época, tenemos la posibilidad de comprender la significación internacional de su ideología, que estaba determinada no sólo por la interpretación de la sociedad cubana, sino también por la profundidad con que formuló las exigencias del desarrollo de los países coloniales y semicoloniales. Esto es precisamente lo que caracteriza a los ideólogos progresistas de aquel período de fines del siglo XIX. Tenían ellos toda una serie de elementos comunes, dado que las leyes universales del período se manifestaban en cada país de una forma concreta y específica y reflejaban el pensamiento progresista de los mismos.

A finales del siglo XIX los países capitalistas desarrollados se habían repartido el mundo; la explotación de los pueblos coloniales por las metrópolis es una de las leyes de ese período. Los filósofos y sociólogos, los escritores y políticos que reflejaban la realidad desde las posiciones de las capas democráticas de la población, llegaron a la conclusión de que era necesario luchar contra el colonialismo para lograr la libertad y la independencia de los pueblos.

Marx y Engels, que vivieron en países capitalistas desarrollados, presentaron por primera vez en la historia una verdadera solución científica al problema de la dominación colonial y mostraron el camino de las luchas de liberación nacional. Esta solución fue dada desde la posición de clase más revolucionaria y democrática: el proletariado.

La ideología de José Martí, de Sun Yat Sen, así como la de otros representantes de países colonizados, también estaba dirigida contra la política de explotación que desarrollaban las naciones "civilizadas". Se pueden definir algunas características generales de estos ideólogos, tales como el patriotismo, el humanismo y el internacionalismo. Sin embargo, para el análisis profundo y completo de la herencia de un pensador u otro no es suficiente determinar las características generales de su ideología en comparación con el pensamiento de otros ideólogos; resulta indispensable señalar la especificidad del pensamiento del científico, del político, del escritor revolucionario. Al reconocer la existencia de puntos de coincidencia entre Carlos Marx y José Martí, no estamos igualando la ideología proletaria con el pensamiento revolucionario democrático. Martí, como otros ideólogos de los países coloniales y dependientes, en virtud de determinadas condiciones históricas, no era marxista.

Indudablemente, la profundidad de la solución dada a los problemas de la época por los ideólogos del proletariado, así como el lugar que ocupaban unos problemas u otros en su sistema de ideas, difería de las soluciones y jerarquías de la pequeña burguesía en los países subdesarrollados de ese mismo período. Esas diferencias están determinadas, entre otras causas concretas, por la especificidad de las contradicciones existentes en los países desarrollados y coloniales y por la posición de clase de los ideólogos. Para los países con bajo nivel de desarrollo, en los cuales la revolución democrático-burguesa maduraba en la misma etapa en que en los Estados Unidos se manifestaban las contradicciones fundamentales del imperialismo, lo más característico era la ideología democrático-revolucionaria (en Rusia, los demócratas revolucionarios; en China, Sun Yat Sen; en Cuba, José Martí).

En los países capitalistas desarrollados, la cuestión fundamental era, como señalaba Lenin, el problema del socialismo. El comunismo científico es la expresión teórica de los conflictos sociales de la sociedad capitalista, y resuelve la cuestión del desarrollo social, de las formas y métodos de la lucha de clases y de la misión histórica de las clases y ante todo del proletariado, y plantea el problema de las leyes del desarrollo de la sociedad comunista.

La mayoría de los países de Asia, África y la América Latina tuvo una dependencia directa de España, Inglaterra, Estados Unidos, Francia y otros Estados. El destino del progreso de estos países, dependía, en primer lugar, de la solución dada al antagonismo entre los explotadores y las naciones explotadas. Los intereses cardinales de las naciones explotadas exigían la lucha por la independencia nacional. La atención principal de los demócratas-revolucionarios estaba dirigida al estudio de los objetivos y de las fuerzas motrices, así como de las condiciones concretas del desarrollo de los movimientos liberadores en sus respectivos países. Lenin señalaba que teníamos ante nosotros la ideología de un verdadero pueblo, en aquel que no sólo llora la explotación de siglos y no sólo sueña con la libertad y la igualdad, sino que también puede luchar contra aquellos que durante más de un siglo lo explotaron. Esta idea la podemos encontrar entre las principales de José Martí, quien no sólo criticaba la existencia de las relaciones coloniales, sino también luchaba al frente de las fuerzas democráticas del país contra los explotadores del pueblo.

Martí, al estudiar las necesidades de su pueblo, como otros ideólogos de países coloniales, planteaba los problemas del desarrollo de la sociedad en estos países. Uno de esos problemas fue la necesidad de unir todas las fuerzas democráticas en la lucha contra el colonialismo y la creación de un frente único de los elementos patrióticos del país. Al mismo tiempo, las condiciones socioeconómicas de estos países no brindaban aún suficiente material para el análisis científico de los problemas de la lucha de clases en el interior del país, como en el caso de los países capitalistas.

En los países coloniales y semicoloniales, dominaban las relaciones de producción feudales o las capitalistas que se mezclaban con los restos de las relaciones feudales de propiedad, distribución y cambio. El dominio de las relaciones feudales, o su existencia paralela con las relaciones capitalistas en desarrollo, determinaba la estructura de clases de la sociedad. La fuerza motriz y el apoyo social de la lucha de liberación nacional de estos pueblos, como señala Lenin, era ante todo el campesinado.

El proletariado de Cuba daba sus primeros pasos en una dirección propiamente política. La práctica revolucionaria del pueblo cubano, como la de otros pueblos coloniales y semicoloniales en aquel período, todavía no planteaba el problema de la hegemonía del proletariado, ni de la revolución socialista, ni la del socialismo. El mérito de Martí y de Sun Yat Sen fue el reconocer la necesidad de la guerra revolucionaria de liberación y la lucha por la independencia nacional. Lenin señaló que no existe en la ideología de estos demócratas revolucionarios ni una gota de apoliticismo o desprecio hacia la libertad política... El democratismo pleno, con la exigencia de una república, el planteamiento directo de la situación de las masas y de la lucha de estas, la denuncia de la explotación de los trabajadores y la fe en su razón, en su fuerza, forma parte del pensamiento de los demócratas revolucionarios. A estos los une la ideología de un *democratismo combativo*, el planteamiento de las tareas de la lucha por las transformaciones democráticas de las relaciones sociales existentes. La comunidad ideológica de José Martí y Sun Yat Sen es indudable. ¿Qué relación existe entre las ideas de Martí y las de Ghandi? Indudablemente, existen algunas características generales en la ideología de los pensadores democráticos; sin embargo, hay también diferencias sustanciales entre la ideología y el programa político de Ghandi y de Martí. Algunos escritores latinoamericanos señalan que el núcleo central de la ideología de Martí y Ghandi fue el "culto al amor". En realidad, al igual que Ghandi, Martí enjuicia el racismo y el capitalismo. El amor a los hombres, el deseo de ver una nueva generación de cubanos libres y en condiciones donde imperara el respeto a la dignidad plena del hombre, determinaba el odio que sentía Martí hacia los explotadores. Y si para Ghandi la sumisión sin la aplicación de la fuerza era el medio final para la solución de los problemas sociales, para Martí este medio era la revolución, la guerra justa, la fuerza revolucionaria.

Los estudiosos burgueses han tratado y tratan de presentar a Martí como un poeta a quien le era ajeno el problema de la fuerza. Con ello tratan de velar toda intransigencia, todo espíritu de lucha de clases, ya que según dicen tal violencia "lo destruye todo y no crea nada". Pero era Martí precisamente quien llamaba a expulsar "la sangre mala por las venas abiertas", fue precisamente Martí el ideólogo y organizador del Partido Revolucionario Cubano, quien reconocía que sólo mediante la lucha revolucionaria se puede terminar con la dominación de los colonizadores y destruir la causa general del odio: la explotación, el hambre y la pobreza del pueblo. Martí planteaba la

necesidad de eliminar el odio entre los trabajadores de diferentes nacionalidades, difundía entre los trabajadores el carácter dañino de la discriminación racial; llegó a comprender que el enemigo principal de los intereses legítimos del pueblo era uno solo: el colonialismo primero, y más tarde el imperialismo. Martí trataba de unir a los trabajadores en la lucha contra el enemigo que usurpaba las riquezas del país y explotaba al pueblo. No se puede hablar de una manera abstracta sobre el sentimiento de amor que aparentemente caracteriza la obra martiana, olvidando que fue precisamente Martí quien juzgaba al colonialismo en cualesquiera de sus formas, y quien llamó al pueblo a la revolución.

El ideario martiano instaba a la lucha diaria por la realización de los principios revolucionarios de la independencia nacional, del internacionalismo, de la transformación de la lucha de liberación nacional en revolución, de la creación de condiciones materiales necesarias para la felicidad del hombre.

La doctrina martiana en gran medida preparó a las masas para recibir la ideología socialista y estableció un puente hacia el pensamiento científico.

Martí, por sus posiciones de clase, por su concepción de los métodos de lucha contra los explotadores, se diferencia marcadamente de Ghandi. Es precisamente en esto en lo que se acerca a los demócratas revolucionarios rusos. Martí se expresaba con admiración de Herzen, Belinski y Chernichevski, compartía sus luchas contra la Iglesia y la ideología religiosa, su fe en la verdadera fuerza motriz de la historia: el pueblo. Tenía, en suma, sus mismas ideas acerca de la revolución como un medio para transformar el mundo, sostenía la misma lucha que ellos contra el racismo y la nacionalidad estrecha. Martí ve en Herzen a un gran propagandista que trataba de sublevar al pueblo contra sus gobernantes, que lo preparaba para la inevitable revolución. Para Martí la significación histórica de Herzen residía en la defensa que este hacía de los oprimidos y su posición contra los opresores. Martí apoyó la petición del congreso internacional de escritores que se celebraba en Viena para que el zar amnistiara a Chernichevski, cuando estaba desterrado en Siberia.

El Maestro dedica una atención especial a la obra de Belinski, a quien denomina "acerado crítico" y "Voltaire ruso". En los trabajos de Martí se revela su conocimiento de grandes figuras de la cultura rusa, como Derzhavin, Koltsov, Lérmontov, Pushkin y Gogol, el propio Belinski y el pintor Vereschaguin.

No sólo se interesó Martí por las obras literarias y periodísticas de los demócratas revolucionarios rusos; analizó, además, algunos trabajos históricos y económicos en los que de una forma u otra se trataban cuestiones referentes a las relaciones económicas y políticas y a las tradiciones de liberación nacional existentes en Rusia. "Rusia", señala Martí, "padece de cáncer y solamente extirpándolo se puede curar [...] el final del siglo mostrará una gran revolución en Europa". No se trata de una adivinanza, no es una suposición: es una hipótesis correcta, que estaba basada en la generalización de los hechos, de las condiciones reales y en la generalización del desarrollo del movimiento revolucionario en Rusia y Europa.

Los demócratas revolucionarios rusos resultan cercanos a Martí, ya que su teoría estaba determinada por las necesidades de la práctica revolucionaria. Al mismo tiempo, la poca madurez del desarrollo de las relaciones de producción limitaba en cierta medida las ideas de los demócratas revolucionarios rusos y de José Martí.

La coincidencia de condiciones históricas y las necesidades del desarrollo social generaban una comunidad de posiciones de clase (de la representación de los intereses del pequeño productor) y algunas características generales de la ideología revolucionaria, pero siempre conservaban las especificidades, los problemas nacionales concretos que se resolvían en dependencia de la realidad concreta del país.

El democratismo revolucionario es el predecesor del socialismo científico en Rusia, en Cuba y en otros países. En Cuba, preparó las condiciones para que las masas populares, y en especial el proletariado y el campesinado trabajador, recibieran favorablemente las ideas del socialismo científico. Y no es casual que los revolucionarios que continuaron la lucha por las transformaciones democráticas de la sociedad, después de la Guerra del 95 pasaran a las posiciones del socialismo científico. Uno de los compañeros de lucha de José Martí fue Carlos Baliño, en quien, como señala Blas Roca, "se unen los predecesores de la independencia cubana y los luchadores por ella y el fundador del partido del proletariado".

La lógica del desarrollo del pensamiento revolucionario va de la ideología democrático-revolucionaria a la ideología marxista-leninista. En ello también radica la significación internacional de la ideología martiana. Por eso muchos estudiosos cubanos, soviéticos y latinoamericanos estudian la obra y el ideario de Martí como una fuente de inspiración para nuestra época.

## Rasgos del pensamiento democrático y revolucionario de José Martí

JOSÉ CANTÓN NAVARRO

---

Sin la prédica luminosa de José Martí, sin el ejemplo vigoroso y la obra inmortal de Céspedes, Agramonte, Gómez, Maceo y tantos hombres legendarios de las luchas pasadas; sin los extraordinarios descubrimientos científicos de Marx y Engels; sin la genial interpretación de Lenin y su portentosa hazana histórica, no se habría concebido un 26 de Julio.

Martí nos enseñó su ardiente patriotismo; su amor apasionado a la libertad, la dignidad y el decoro del hombre; su repudio al despotismo y su fe ilimitada en el pueblo. En su prédica revolucionaria estaba el fundamento moral y la legitimidad histórica de nuestra acción armada. Por eso dijimos que él fue el autor intelectual del 26 de Julio.

FIDEL CASTRO: *Discurso pronunciado el 26 de julio de 1973*

La extraordinaria personalidad de José Martí —el ideólogo y dirigente máximo de las luchas independentistas de nuestro pueblo en el siglo pasado— ha sido objeto de estudios cada vez más numerosos y profundos en muchos países. Es difícil encontrar hoy un idioma al que no se haya traducido alguna de sus obras, o un escritor destacado que no haya hecho mención de él, o un luchador revolucionario que no haya manejado algunas de las valiosas armas de su arsenal político e ideológico.

Al mismo tiempo, abundan los esfuerzos por ubicar su pensamiento dentro de tales o cuales posiciones políticas, filosóficas o estéticas. De ahí que estimemos conveniente precisar que, al participar en este encuentro, no tenemos tales pretensiones: sólo nos proponemos abordar algunos aspectos de la vinculación del pensamiento de Martí con la democracia revolucionaria.

Desde luego que está muy lejos de nuestros propósitos el hacer comparaciones artificiales. Tomamos en cuenta que el concepto



de democracia revolucionaria no puede circunscribirse a ciertas concepciones fijas, estáticas, propias exclusivamente de un lugar y un momento histórico determinados. A nuestro juicio, sería erróneo reservar el término de demócrata revolucionario solamente, por ejemplo, para aquellos que sostienen la misma plataforma política e idénticas ideas filosóficas, estéticas, morales, etc., que los demócratas revolucionarios rusos de los años cuarenta del siglo pasado.

No. Se trata de un concepto histórico, que presenta sus particularidades a tono con las diferencias de lugar y de época, con las condiciones específicas dadas. O sea, que podemos considerar la existencia de etapas más o menos diferenciadas en el estudio de la democracia revolucionaria.

El pensamiento democrático-revolucionario es un producto natural en países donde el capitalismo pugna por imponerse venciendo trabas feudales, semif feudales —y a veces, como en Cuba, esclavistas—, o donde se dan las condiciones de atraso que caracterizan la explotación colonial o semicolonial; países en los cuales, por las propias condiciones en que se desarrollan las relaciones de producción burguesas, sus portadores no son capaces de luchar consecuentemente contra aquellas trabas, inclinándose más bien a la conciliación con las castas y clases que representan el viejo orden.

Entonces, suelen surgir representantes de las clases y capas inconformes con esa situación, los cuales, a la vez que luchan consecuentemente contra las relaciones de producción caducas, comprenden la incapacidad del capitalismo para dar solución adecuada a los problemas de las masas. Por ello buscan una nueva vía —que casi siempre reconocen como el socialismo—, superando en muchos aspectos a los socialistas utópicos y aproximándose al máximo, pero sin adoptar aún la ideología de la clase obrera.

Son, por ejemplo, abanderados de la revolución campesina en Rusia en la segunda mitad del siglo XIX, o bien organizadores de la revolución anticolonial y antifeudal en China y otros países asiáticos a fines del siglo XIX y principios del XX, o bien paladines de las revoluciones de liberación nacional en países del África actual, partidarios del desarrollo no capitalista, pero, como hemos dicho, sin estar ganados aún para el marxismo-leninismo.

Como en cada nueva etapa se plantean problemas nuevos y los viejos problemas aún no resueltos se desarrollan en condiciones diferentes, se comprende que existan ciertas diferencias inevitables en la lucha concreta de los demócratas revolucionarios de un tiempo y de otro. Por ejemplo, los que vivieron a mediados del siglo XIX no podían pronunciarse acerca del

imperialismo —en la acepción moderna del término—, pues la última fase del capitalismo no se había iniciado todavía; pero este fenómeno sería abordado necesariamente por los que iban a actuar a fines de esa centuria o a lo largo de la presente.

No obstante esas obligadas diferencias, los demócratas revolucionarios asumen, por regla general, posiciones comunes ante los problemas políticos y sociales más importantes: lucha contra la opresión nacional, contra la explotación colonialista y por la independencia nacional; lucha contra los regímenes autocráticos, contra las dictaduras sangrientas y por las libertades y derechos democráticos del pueblo; crítica del capitalismo, primero, y después, desde fines del siglo pasado, también del imperialismo; defensa de los intereses de las masas oprimidas (campesinos trabajadores, obreros, artesanos) y confianza en ellas. Todo ello, apelando a las vías revolucionarias, aunque con elementos más o menos acentuados de utopismo. Precisamente es esa comprensión de la necesidad de la transformación revolucionaria de la sociedad, un rasgo esencial que los distingue de los socialistas utópicos.

En el terreno filosófico, la gama de similitudes es más reducida. Casi siempre explica sobre bases materialistas los fenómenos de la naturaleza y el proceso del conocimiento, y no faltan los que avanzan bastante por ese camino en el estudio de la sociedad; pero ninguno llega a asumir consecuentemente las posiciones del materialismo histórico.

A nuestro juicio, es dentro de ese amplio marco de diferencias evidentes y de posiciones comunes, en el que podemos relacionar el pensamiento de José Martí con las ideas de la democracia revolucionaria.

#### ANTICOLONIALISMO Y PATRIOTISMO REVOLUCIONARIO

La condición de colonia en que vivía Cuba en el siglo pasado, frenando su desarrollo económico-social y aprisionando en moldes ya insoportables a la nacionalidad cubana, hacía que la tarea principal de la nación fuera la de conquistar su independencia. Y este objetivo constituía, a su vez, un prerrequisito para acabar con las nefastas consecuencias de la esclavitud —no abolida hasta 1886—, para liquidar los rasgos feudales existentes en el campo cubano, eliminar los principales obstáculos que se oponían al desarrollo de las fuerzas productivas y construir una república verdaderamente democrática.

No cabe duda de que fue José Martí quien interpretó más fiel y enteramente esas necesidades y aspiraciones de la sociedad cubana.

En esa batalla, él no representó los intereses ni las ideas de la burguesía criolla, ni siquiera los de su ala liberal. Si esta había desempeñado, en general, un papel progresista hasta la primera mitad de la pasada centuria, perdió ese carácter en el transcurso de la guerra de 1868 a 1878 y se convirtió en una fuerza conservadora, objetivamente contrarrevolucionaria, en el período de preparación y desarrollo de la guerra liberadora de 1895-1898. Ya para entonces, buscaba una conciliación con España o iniciaba su largo y abyecto maridaje con los monopolios norteamericanos.

Martí, por el contrario, surgido de las capas medias de la sociedad, supo encarnar los intereses de los sectores más radicales de la misma y convertirse en el ideólogo, el organizador y el dirigente de todo nuestro pueblo en la lucha por su independencia plena, por su libertad y felicidad, por la justicia y el progreso social.

En este sentido, hay una indudable afinidad entre nuestro eximio líder independentista y los destacados demócratas revolucionarios que lucharon por la independencia de sus patrias respectivas, como Dombrowski y Wroblewski, en Polonia, Petöfi, en Hungría, Sun Yat Sen, en China o aquellos que, desafiando la reacción zarista, defendieron la independencia de Polonia contra la opresión ejercida por su propia patria, la Rusia imperial.

Desde luego que la época en que cuajó la talla de líder de Martí y las condiciones político-sociales en que desarrolló su lucha, fueron factores que le permitieron radicalizar singularmente las concepciones anticolonialistas existentes y sentar importantes premisas para hacer frente al imperialismo, destacándose como el genial conductor que convirtió esas justas y avanzadas ideas en una formidable fuerza material en la batalla por la independencia de su pueblo.

Además, Martí no libra ese combate bajo la bandera del nacionalismo burgués, sino del patriotismo revolucionario. Comprende que la lucha del pueblo cubano no va dirigida contra los españoles en general, sino contra los colonialistas. Trata de unir tras la causa de la independencia de Cuba incluso a los hijos de la Península que en nuestra tierra sufren, igual que los cubanos, la opresión y explotación de la metrópoli. Para él, los oprimidos de todas las nacionalidades son hermanos en su lucha contra el yugo opresor.

Es la misma idea que lo conduce a condenar con toda energía las injusticias y afanes de conquista de las clases dominantes de los Estados Unidos, mientras expresa, a la vez, su amor

por el pueblo norteamericano y por sus representantes más legítimos. Recordemos aquella frase suya: "Amamos a la patria de Lincoln tanto como tenemos a la patria de Cutting"<sup>1</sup>.

En su lucha perenne por la libertad, se manifiesta constantemente su espíritu internacionalista. Más que el representante de una colonia que combate por su liberación, es el abanderado de todo un mundo que pugna por sacudir el yugo colonial o semicolonial. Para él, "patria es humanidad" (En casa", *O.C.*, t. 5, p. 468), y consecuente con esta concepción, alza su palabra de denuncia y combate contra las potencias colonialistas de su época, y expresa la solidaridad de los revolucionarios cubanos con los pueblos que pelean por su redención en cualquier rincón del planeta. La palabra martiana es, con la de Cuba, la palabra de nuestra América india y mestiza. Ella dice al mundo que aquí no peleamos por la libertad cubana solamente, que "peleamos en Cuba para asegurar, con la nuestra, la independencia hispanoamericana" ("En casa", *O.C.*, t. 5, p. 375).

Es la palabra que condena a los colonialistas ingleses por tener "un tacón clavado en la boca de Irlanda y una rodilla metida en el corazón de los cipayos" ("De Nueva York", *O.C.*, t. 12, p. 240); que exalta la lucha prolongada y heroica de los anamitas o del pueblo avasallado de Cambodia; que recuerda a la "Polonia insigne que tampoco ha rendido la bandera", "la Polonia conmovedora y heroica de 1832 y 1863" ("Roloff", *O.C.*, t. 4, p. 401); que rechaza la acción bandidesca de los Estados Unidos sobre Samoa y Hawaii, en 1889 y 1890; que alienta el espíritu de rebeldía de los pueblos árabes contra sus opresores europeos; que desenmascara la falsedad de la llamada "misión civilizadora" del colonialismo.

Ningún combatiente por la independencia en el mundo representó mejor que Martí los anhelos y necesidades de su pueblo, ni tuvo, a la vez, un sentido más universal de su lucha.

#### ANTIMPERIALISMO

Ahora bien, Martí no es sólo un consecuente luchador contra el viejo colonialismo. Coincide su acción liberadora con el período de nacimiento y despegue del imperialismo, y realiza la mayor parte de su actividad en los Estados Unidos, país donde ese fenómeno se desarrolla aceleradamente. Y aunque, por no dominar el materialismo histórico, carece del instrumento idóneo para descubrir en toda su profundidad el incipiente fenó-

<sup>1</sup> José Martí: "Vindicación de Cuba", *Obras completas*, La Habana, Editorial Nacional de Cuba, 1963-1965, t. 1, p. 237. (En lo sucesivo, las citas que se refieran a la obra de José Martí, se remitirán a la mencionada edición de sus *Obras completas*. [N. de la R.]).

meno imperialista, cuenta con extraordinaria sensibilidad, aguda inteligencia y honestidad a toda prueba, cualidades que le permiten apreciar algunas características del imperialismo, denunciar los peligros que este supone y señalar vías adecuadas para enfrentarlos.

Pese a que el imperialismo no ha alcanzado aún su plenitud Martí observa certeramente la concentración de la producción y del capital, que conducen a la formación de los monopolios, y denuncia claramente el papel de estos; comprende el significado del capital sobrante (él usa los términos de "capital desocupado" y "capital ocioso"); se refiere a la aparición de una oligarquía financiera (él habla de una "aristocracia pecuniaria") y a la exportación de capitales, y enjuicia la pelea por el reparto del mundo entre las potencias rivales. Rasgos que expone Lenin décadas después, como resultado de un estudio más acabado y con absoluto rigor científico.

Martí ve en el imperialismo norteamericano el peligro mayor para nuestra América, y particularmente para Cuba. Y lucha activamente contra él, poniendo en guardia a los demás pueblos latinoamericanos. Aunque la guerra que organiza está dirigida contra el poder colonial de España, sabe que es mucho más temible el poderoso vecino agazapado al norte de la Isla, y advierte pocas horas antes de morir que todo cuanto ha hecho y hará comporta una finalidad esencial: "impedir a tiempo, con la independencia de Cuba, que se extiendan por la Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América" (Carta a Manuel Mercado, *O.C.*, t. 4, p. 167).

Creemos, pues, que es totalmente justo considerar a José Martí como el primer líder concientemente antimperialista de la independencia americana. Es más, su agudeza al apreciar el fenómeno imperialista, la naturaleza bárbara y expoliadora del mismo, su cabal comprensión de la táctica correcta para la lucha contra el colonialismo y el imperialismo —en primer lugar, su temprana y genial concepción de un virtual frente popular de liberación nacional—, y el modo de llevar a la práctica sus ideas y tácticas, constituyen preciosas experiencias y enseñanzas para los luchadores contra la opresión y explotación imperialistas, todavía en el mundo de hoy.

#### DEMOCRATISMO

Pero solamente la categoría de luchador anticolonialista y antimperialista, con todo su extraordinario valor, no sería suficiente para permitirnos calificar el pensamiento de Martí como democrático y revolucionario. Sabemos que en las filas de los

luchadores independentistas suele haber —como los hubo en nuestro país— elementos conservadores, e incluso reaccionarios, ajenos a los intereses y anhelos de las masas populares.

El caso de Martí es, desde luego, radicalmente distinto. Sus concepciones constituyen la fundamentación teórica de la revolución democrática, a la que se entrega totalmente con plena conciencia de que, como ha ocurrido en muchos casos que él conoce y cita, no basta con garantizar la independencia nacional para lograr con ello la democracia. Independencia es una cosa y revolución otra, afirma categóricamente, y advierte que la independencia sería más temible que deseable si diera paso a una nueva tiranía (Cf.: "Autonomismo e independencia", *O.C.*, t. 1, p. 355). En una ocasión le dice claramente a Carlos Baliño: "¿La revolución? La revolución no es la que vamos a iniciar en la manigua, sino la que vamos a desarrollar en la república" (Instituto de Historia del Movimiento Comunista y de la Revolución Socialista de Cuba: *Mella. Documentos y artículos*, La Habana, Ed. Ciencias Sociales, 1975, p. 269).

O sea, que Martí no veía la independencia como un fin en sí, sino como un primer paso indispensable para erigir una república democrática, libre de toda la herencia reaccionaria, anti-popular y burocrática de la colonia. Y en esa república, las masas serían el factor esencial.

Como Chernichevski, para quien el pueblo es el sujeto de la historia, Martí advierte desde muy temprano: "Ignoran los déspotas que el pueblo, la masa sufridora, es el verdadero jefe de las revoluciones" (*Cuaderno de apuntes*, *O.C.*, t. 21, p. 108). Y cuando comienza a organizar la insurrección afirma: "Del pueblo es la guerra, y hay que ordenarla de modo que no defraude al pueblo" ("A Francisco María González", *O.C.*, t. 1, p. 347). Está totalmente convencido, por la experiencia de la guerra anterior y por su espíritu genuinamente democrático, de que la revolución a que aspira jamás podrá lograrse si se le pretende conducir con métodos personalistas, sobre la base del caudillismo y el elitismo.

Por eso crea una organización —el Partido Revolucionario Cubano— en que se conjugan la disciplina indispensable a una empresa de tal envergadura, con la democracia que obliga a los dirigentes a pensar y actuar en función de los dirigidos. Es el primer partido político que se organiza en este continente para dirigir la lucha por la independencia nacional; un partido que aspira, según su fundador, a unir, "en disciplina estrecha y democrática a la vez", a todos los que, sin distinciones de razas, credos ni nacionalidades, están interesados en tener una patria libre.

Como ha expresado, en relación con ese partido, el jefe y guía de la Revolución Cubana, Fidel Castro, "esta idea, que paralelamente desarrolló también Lenin para llevar a cabo la revolución socialista en el viejo imperio de los zares, es uno de los más admirables aportes de Martí al pensamiento político" (*Informe central al Primer Congreso del PCC*).

Martí explica que la importancia de las Bases y Estatutos del Partido radica fundamentalmente en el hecho de que el pueblo es el sustento de la organización. Y afirma que con ello procura "desde la raíz salvar a Cuba de los peligros de la autoridad personal y de las disensiones en que, por la falta de la intervención popular y de los hábitos democráticos en su organización, cayeron las primeras repúblicas americanas" ("Al presidente del club José María Heredia", *O.C.*, t. 1, p. 458).

Cuando se acerca la hora decisiva, observa en la dirección del movimiento a hombres que no comparten "la vasta humanidad y el ánimo republicano" de los principales jefes de la revolución; hombres cuyos intereses y ambiciones pueden hacer necesarias nuevas guerras en la república. Y previendo esta posibilidad, le escribe a Fermín Valdés Domínguez, su hermano de estudios y de luchas: "Juntos, probablemente, moriremos en el combate necesario para la conquista de la libertad, o en la pelea que con los justos y desdichados del mundo se ha de mantener contra los soberbios para asegurarla" ("Discurso en honor de Fermín Valdés Domínguez, en el salón Saeger's, Nueva York, *O.C.*, t. 4, p. 325).

Porque, al igual que los demócratas revolucionarios de otros países y épocas, Martí tuvo una fe inquebrantable en las masas, en los humildes, en los trabajadores. Aunque, lógicamente, reclama la unidad más amplia y más sólida para su empeño liberador, y no obstante sus advertencias sobre el peligro que para esa unidad representaría el estallido de una guerra de clases, cuando funda el Partido va a buscar su sustentación en los talleres de tabaquerías. Está seguro de que, como afirma, "la tribuna de la verdad se mantendrá siempre, cuando todas las demás tribunas caigan, por la fuerza y la fe de los hijos del trabajo" ("Discurso en Hardman Hall, Nueva York", *O.C.*, t. 4, p. 302).

Cuando funda el periódico *Patria*, vocero del Partido y de la revolución, cita los factores patrióticos que moverían su pluma, y destaca entre ellos, para que no haya dudas, *la fe en los humildes*.

Es cierto que, como Belinski, solía mezclar los conceptos de clase obrera y masas oprimidas, sin llegar a comprender, como

tampoco lo habían comprendido los demócratas revolucionarios de otras latitudes, la misión histórica del proletariado. Sin embargo, al contemplar la aguda lucha de clases que estalla en los Estados Unidos, pronostica: "Aquí, donde los trabajadores son fuertes, lucharán y vencerán los trabajadores" ("Carta de Nueva York", *O.C.*, t. 9, p. 277). Y al hablar de la masa laboriosa que desde la miseria digna y el trabajo creador constituye el veneno del torrente circulatorio, se expresa en esta forma: "Esta es la turba obrera, el arca de nuestra alianza, el tahalí [...] donde se ha guardado la espada de Cuba" ("Discurso en el Liceo Cubano, Tampa", *O.C.*, t. 4, p. 278).

Nada de extraño tiene, pues, que confíe a Carlos Baliño —obrero tabaquero, pionero del marxismo en nuestro país y fundador, junto con Martí, del Partido Revolucionario Cubano— una inquietud y un mandato que el propio Baliño dio a conocer con estas reveladoras palabras:

Hay miles de obreros aquí y en la emigración [...] que recibieron de labios del Maestro el encargo supremo de velar siempre para que no se conculcaran en Cuba los derechos populares. Cuando aquel paladín de la libertad, que a alguno no gustaba por sus *tendencias socialistas*, tenía como la visión profética de su martirio, solía decirnos a los obreros: *Todo hay que hacerlo después de la independencia. Pero a mí no me dejarán vivir. A vosotros os tocará como clase popular como clase trabajadora, defender tenazmente las conquistas de la revolución.* [*La Voz Obrera*, La Habana, 5 de agosto de 1906, p. 1].

#### LUCHA CONTRA EL RACISMO Y POR LOS DERECHOS DEL NEGRO

Uno de los rasgos que mejor caracterizan el ideario democrático y socialmente avanzado de Martí es su posición radical, totalmente correcta, en relación con la discriminación del negro. La esclavitud se abolió en Cuba, como hemos dicho en 1886; pero la explotación y opresión brutales de la población negra, la bárbara discriminación a que se hallaba sometida (en lo económico, social, político, cultural, etc.) y las calumnias más infamantes que sobre ella se descargaban, no menguaron con la abolición.

Es necesario señalar, además, que esa abyecta política de discriminación no era característica exclusiva de la camarilla colonialista española ni de las capas más aristocráticas y reaccionarias de la burguesía y los terratenientes cubanos, sino también de la burguesía liberal. Es más, los prejuicios antinegros

se habían logrado inocular —como resultado de una continua labor de propaganda y educación que duró siglos— en las capas medias y hasta en sectores humildes de la población blanca.

En fin, en la sociedad de blancos cubanos se mezclaban, con respecto al negro, por aquella época, el menosprecio, la desconfianza, el miedo y otras manifestaciones discriminatorias. Y el dirigente político que, en esas condiciones, se atreviese a asumir la defensa de los derechos democráticos y humanos del negro, se exponía a perder su ascendencia sobre la población blanca del país.

Pues bien, Martí supo encarar ese difícilísimo problema, en todos sus aspectos, con absoluta justeza, aguda inteligencia y extraordinario valor.

Comprendió que, en un país donde las masas negras constituían la tercera parte de la población y donde habían aportado decenas de miles de vidas en la lucha por su liberación social y nacional, no podía hablarse de integración de la nacionalidad cubana ni aspirarse, con posibilidades de victoria, a una patria libre e independiente, sin que los negros se incorporaran junto a los blancos, con plena igualdad de derechos, en los ejércitos liberadores. Y grande habría de ser su lucha contra los prejuicios raciales, incluso dentro de las propias filas independentistas.

Ahora bien, la vehemente defensa que hizo Martí de la igualdad plena de negros y blancos, no constituye sólo la expresión de una táctica política acertada. Es igualmente el resultado natural del análisis científico que él hizo, y que lo llevó a expresar.

No hay odio de razas, porque no hay razas. Los pensadores canijos, los pensadores de lámparas, enhebran y recalcantan las razas de librería, que el viajero justo y el observador cordial buscan en vano en la justicia de la naturaleza, donde resalta, en el amor victorioso y el apetito turbulento, la identidad universal del hombre [...] Peca contra la humanidad el que fomenta y propague la oposición y el odio de las razas ["Nuestra América", *O.C.*, t. 6, p. 22].

Sobre la base del análisis objetivo, considera un error sociológico el considerar inferior a un pueblo o raza por el hecho de que se encuentre en uno de los estadios inferiores de su desarrollo. Y rebate en el orden científico las teorías racistas del sociólogo francés Le Tourneau y de otros portadores de similares ideas oscurantistas y reaccionarias.

Con idéntico valor y justeza enfrentó Martí otros aspectos del mismo problema, lo que llamó "la cuestión toral": la respuesta a la eterna pregunta sobre si él permitiría el matrimonio de su hija blanca con un hombre negro. Responde firmemente que, de presentarse esa situación, él tendría la sensatez y el valor de afrontar el aislamiento social y de consentir en esa unión. Expresa que "el matrimonio no es un derecho de cada hombre sobre cada mujer, sino la unión voluntaria de dos seres de diverso sexo". De modo que cuando existe la mutua adhesión, la voluntad libre a la vez de los seres de un color y los de otro, existirá la condición esencial del matrimonio, y se hará en la ley, porque ya está hecho en el orden del espíritu y en el tribunal de la naturaleza.

"La fusión de las dos razas se ha hecho", agrega Martí, "y se continuará haciendo". Y vinculando su concepción de la igualdad de razas con su fe inquebrantable en las masas humildes, se hace esta pregunta: "¿Por dónde empezará la fusión?" Y él mismo se responde:

Por donde empieza todo lo justo y lo difícil, por la gente humilde. Los matrimonios comenzarán entre las dos razas entre aquellos a quienes el trabajo mantiene juntos. Los que se sientan todos los días a la misma mesa, están más cerca de elegir en la misma mesa su compañera, que los que no se sientan nunca en ella. De abajo irán viniendo de esa manera [*Granma*, La Habana, 28 de enero de 1978, p. 2].

Estas ideas, en la Cuba colonial del siglo pasado, sólo podían ser concebidas por un marxista o por un representante del más genuino pensamiento democrático revolucionario.

#### GUERRA DE LIBERACIÓN Y LUCHA DE CLASES

Un aspecto muy discutido es la posición de Martí en lo que atañe a la violencia revolucionaria. Él, que predicó desde su infancia la violencia como vía de los pueblos subyugados para librarse del yugo opresor (recuérdese, por ejemplo, su obra *Abdala*), demoró muchos años en comprender, sin embargo, la necesidad de la violencia revolucionaria para resolver las contradicciones sociales. Hasta mediados de los años ochenta se pronuncia a menudo por la conciliación de clases, y esa es una de las razones que lo impulsa a simpatizar con la Noble Orden de los Caballeros del Trabajo. Como Herzen, aspiraba a ganar, mediante la prédica, a ricos y pobres, a patronos y obreros.

En 1883, con motivo de la muerte de Carlos Marx, le critica que "anduvo demasiado de prisa" y que no le buscó "remedio blando al daño". No obstante, su artículo rebosa simpatía hacia el fundador del socialismo científico, de quien dijo que "estudió los modos de asentar al mundo sobre nuevas bases, y despertó a los dormidos, y les enseñó el modo de echar a tierra los puntales rotos"; "que no fue sólo movedor titánico de las cóleras de los trabajadores europeos, sino veedor profundo en la razón de las miserias humanas, y en los destinos de los hombres, y hombre comido del ansia de hacer bien". Y señaló: "Como se puso del lado de los débiles, merece honor" ("Carta de Martí", *O.C.*, t. 9, p. 388).

El contacto con las grandes batallas que se libraban en los Estados Unidos entre capitalistas y obreros, así como las experiencias que adquirió en la difícil tarea de organizar a los cubanos para la guerra necesaria —tarea en la que pudo comprobar muchas de las insondables diferencias de intereses, de comprensión y espíritu de lucha entre explotados y explotadores—, le ayudaron a comprender la necesidad, en determinadas condiciones, de la violencia de clase.

Así, al analizar el criminal proceso seguido contra los ocho anarquistas de Chicago en 1886-1887, justifica que los trabajadores, cuando agoten el recurso pacífico, acudan al remedio violento.

Más tarde, al defender la idea correcta de que "es lícito y honesto aborrecer la violencia y predicar contra ella mientras haya modo visible y racional de obtener sin violencia la justicia indispensable al bienestar del hombre", advierte justamente, sin embargo, que cuando no es posible lograr ese objetivo sin la fuerza, "o es ciego el que sostiene, contra la verdad hirviente, el modo pacífico; o es desleal a su pueblo el que no lo ve, y se empeña en proclamarlo" ("Ciegos y desleales", *O.C.*, t. 2, p. 215).

Martí se burla del temor de los liberales a que de la revolución surja la anarquía, y dándonos un buen ejemplo de análisis dialéctico, proclama la necesidad del choque violento al definir la revolución como "una de las formas de la evolución, que llega a ser indispensable en las horas de hostilidad esencial, para que en el choque súbito se depuren y acomoden en condiciones definitivas de vida los factores opuestos que se desenvuelven en común" ("Discurso en conmemoración del 10 de octubre de 1868, en el Masonic Temple, Nueva York", *O.C.*, t. 4, p. 229).

Y aunque aspira a que en la república que ha de fundar se mantenga el equilibrio de clases, advierte que, de perdurar en ella las injusticias y desigualdades sociales, será necesario pelear de nuevo en la república como se peleó primero por la independencia.

#### PREDICADOR DE LOS REVOLUCIONARIOS DE HOY

Hemos tratado, aunque muy sintéticamente, algunos tópicos importantes. De la misma manera, podríamos abordar otros aspectos del pensamiento de José Martí que muestran con igual vigor su carácter democrático y revolucionario. Son buenos ejemplos: su condenación a muchas de las injusticias del régimen capitalista; su crítica del papel embrutecedor y reaccionario de la religión; su justa censura al anarquismo, incluyendo una correcta valoración de la lucha política y del patriotismo revolucionario; su rechazo al liberalismo; sus ideas avanzadas en relación con la educación y contra lo que hoy llamamos "colonialismo cultural"; la positiva evolución de sus ideas acerca de la propiedad privada de los servicios públicos; la tierra y otros medios de producción; su concepción revolucionaria de la literatura y el arte; sus geniales rasgos de razonamiento dialéctico; sus simpatías hacia los socialistas de los Estados Unidos y su alta estimación por Carlos Baliño; su adhesión al núcleo materialista de la teoría de Darwin sobre el origen de las especies; sus simpatías hacia los *decembristas* y hacia los demócratas revolucionarios rusos, así como su condenación reiterada de la autocracia zarista y sus referencias críticas de la reforma campesina de 1860.

No es casual, pues, que lo medular del ideario martiano permaneciera totalmente olvidado durante casi sesenta años por los gobernantes de la república neocolonial, sometidos por entero al imperialismo norteamericano y a la oligarquía burgues-latifundista. Ni es casual que, pese a la frustración del sueño martiano, la estatura del ilustre prócer se agigantara en el decursar de los años en el respeto y el cariño de su pueblo.

Es que las radicales ideas de Martí, sin llegar, como hemos repetido a las posiciones del marxismo, se oponían diametralmente a las concepciones e intereses de las minorías explotadoras y significaban la más severa condenación de nuestra sociedad neocolonial —antítesis de la república martiana—, mientras, por otro lado, constituían magnífico abono de esta tierra isleña para que germinara triunfalmente en ella la semilla de la revolución.

En el pensamiento de José Martí se inspiró el destacado intelectual cubano Diego Vicente Tejera para crear, todavía en

1899, el Partido Socialista de Cuba, de carácter evidentemente utopista, pero con un programa popular, democrático, e inspirado en la comprensión de que el proletariado necesitaba un partido propio, independiente, un partido de clase.

Del pensamiento de Martí tomó Carlos Baliño su contenido profundamente democrático y revolucionario y lo unió con las grandes ideas del socialismo científico, para fundar las primeras organizaciones marxistas de nuestro país a partir de 1903, y para sostener hasta su muerte la causa de la clase obrera y el pueblo.

En el pensamiento de Martí se inspiraron Julio Antonio Mella y aquellos jóvenes que, al comenzar los años veinte, protagonizaron —junto al movimiento obrero organizado— el despertar de la conciencia democrática y antimperialista de nuestro pueblo.

En el pensamiento radical de nuestro Héroe Nacional se basó el primer Partido Comunista de Cuba para expresar el mismo día de su fundación, el 16 de agosto de 1925: "Con la enseñanza de Lenin, hagamos una realidad el postulado ideológico de Martí adaptado al momento histórico: con todos y para el bien de todos" (*Lucha de Clases*, La Habana, 16 de agosto de 1925, p. 3). Y fundiendo en uno solo objetivo las ideas patrióticas con las internacionalistas, la aspiración a la independencia nacional plena con el anhelo de emancipación social de todos los oprimidos y explotados, pelearon y cayeron a partir de entonces miles de revolucionarios cubanos.

E inspirados en el ejemplo de rebeldía sin mengua de José Martí, en su ideario de libertad y de justicia, iniciaron los héroes y mártires de la epopeya del 26 de julio de 1953, bajo la guía suprema de Fidel Castro, la última etapa de lucha por nuestra total y definitiva emancipación. Con toda razón, ante una pregunta del tribunal que lo juzgaba, pudo contestar certeramente Fidel que el autor intelectual del asalto al Moncada había sido José Martí.

La grandeza y las enseñanzas sublimes de Martí están así presentes en el primer programa de la Revolución Cubana en su última etapa: el de *La historia me absolverá*. Su nombre glorioso encabeza documentos trascendentales de la Revolución, como las dos Declaraciones de La Habana y nuestra Constitución socialista. Y su espíritu está presente en cada una de las medidas y leyes revolucionarias, en el aliento de los que combaten, en la razón de los que han caído, en toda la obra de una revolución que ha cumplido por primera vez y definitivamente su mandato.

Por todo ello, podemos afirmar que si los demócratas revolucionarios rusos fueron, como acertadamente se ha dicho, los predecesores de la social democracia revolucionaria en la patria de Lenin, nosotros, con orgullo sano de martianos y de marxistas, podemos considerar a José Martí, gracias a su talla cimera de líder independentista y antimperialista y a su pensamiento democrático y revolucionario, como predecesor de los combatientes más heroicos y avanzados de nuestra historia republicana, como predecesor, incluso, de los marxista-leninistas cubanos.

17 de enero de 1980

## Sobre el concepto leniniano del término demócrata revolucionario

CARLOS BLANCO AGUINAGA

Cualquier intento de precisar en qué consistió el genio particular de Martí, cuál es la esencia de su legado histórico, parece desmerecer ante la extraordinaria evidencia de su vida y obra. Todo en Martí —su talento y su temple; su revolucionario lenguaje; la relación tan natural y, a veces, sin embargo, contradictoria entre su pensamiento filosófico y su praxis—, todo en él parece conspirar contra cualquier intento de definición, puesto que toda definición ha de encerrar lo específico y ha de ser a la vez, por fuerza, comparativa.

El problema así planteado no tiene por qué interesar o haber interesado a los intérpretes burgueses de Martí, quienes si, por un lado, se conforman con apelar a vagas generalidades (humanismo, patriotismo, sentido de la justicia, de la libertad, etc.), por otro —y es precisamente lo suyo— pretenden en última instancia resolverlo todo recurriendo a la categoría idealista de lo genial incomparable.

Ha sido, en cambio, antigua preocupación del pensamiento revolucionario cubano entender a Martí en su historia, precisar cuál es la relación dialéctica entre lo que le distingue y lo que le une determinadamente a su tiempo, para entender así qué es, de hecho, lo que hace que Martí se encuentre en la avanzada de su tiempo y en los orígenes mismos de la Revolución. Se trata —según lenguaje de Raúl Roa— de “rescatar” a Martí para el movimiento revolucionario.

La cuestión está planteada por lo menos desde que Mella se preguntaba ya en 1926 por “el misterio del programa ultrademocrático del Partido Revolucionario”, por “el milagro” que significó en ese Partido “la cooperación estrecha entre el elemento proletario de los talleres de la Florida y la burguesía nacional”. Si en aquel artículo de 1926, y en busca de lo que hacía de la obra de Martí algo mucho más avanzado que la de cualquier liberal progresista de su tiempo (ahí estarían el *mis-*

*terio* y el *milagro*), Mella calificaba de *ultrademocrático* el Programa del Partido Revolucionario, en 1948, y en base a una similar percepción, Blas Roca calificaba al PR de “partido extremo”, en tanto que llamaba a Martí “revolucionario radical”. El mismo término —revolucionario radical— emplea Carlos Rafael Rodríguez en 1953, en tanto que en 1972 insistirá en que Martí fue una “nueva fuerza revolucionaria en su tiempo”. Por su parte, en 1975, Armando Hart llama a Martí “precursor de los revolucionarios radicales”, y, empleando ya el término leniniano que da el tema de este simposio, habla de “su idea democrática revolucionaria”.<sup>1</sup>

Sin ánimo de excluir otras contribuciones a esta búsqueda de definición de lo característicamente martiano, recordamos que también Valentina Shíshkina y Roberto Fernández Retamar hace ya algún tiempo que vienen proponiendo la categoría de “demócrata revolucionario” como la más adecuada para entender, a una vez, lo que distingue a Martí y lo que le une al resto del pensamiento revolucionario universal. Por extensión —dada la particular situación colonial en que se desarrollan su obra y su guerra— se propone que también podría considerarse a Martí como “nacionalista revolucionario”, según este término quedó definido en julio de 1920 en el Segundo Congreso de la Internacional Comunista.

Se encontraría así José Martí ya no en incomparable soledad, ni exclusivamente en la compañía americana de un Bolívar o de quienes le preceden y acompañan en la lucha por la independencia de Cuba, sino, además —en lista de todos conocida—, junto a un Chernichevski, un Petöffi, un Sun Yat Sen... “La familia que le corresponde verdaderamente”, según la expresión de Fernández Retamar.

Se entiende, desde luego, que cuando así se propone la inclusión de Martí en esa gran “familia”, no sólo no queda excluida su particular circunstancia hispanoamericana y cubana, sino que, según ha indicado aquí mismo Valentina Shíshkina, ha de quedar también claro que no debemos de ninguna manera suponer *identidad* entre los varios individuos o movimientos a los cuales, a partir de Lenin, calificamos de “demócratas revolucionarios”.

Excluido, pues, tal reduccionismo, resulta inevitable preguntar de entrada: ¿qué es, entonces, lo que a través de los tiempos y de condiciones históricas tan diversas, puede permitirnos unir

<sup>1</sup> Con excepción de la primera referencia a Carlos Rafael Rodríguez, que se encuentra en su ensayo de 1953 “Martí, guía de su tiempo y anticipador del nuestro”, recogido en *José Martí, guía y compañero* (Centro de Estudios Martianos, 1979), los demás términos los emplean los autores citados en los artículos correspondientes recogidos en *State enfoques marxistas sobre José Martí* (La Habana, Centro de Estudios Martianos, 1978).



como en una gran "familia" a figuras tan extraordinariamente originales como Chernichevski, Petöffi, Martí o Sun Yat Sen y a los movimientos que representan o reflejan? Y ¿qué puede decirnos de Martí su inserción en tal "familia"?

Aun a sabiendas de que repetimos algunos aspectos de la cuestión ya explicados aquí mismo por varios de los ponentes, no importará, quizás, empezar por recordar y resumir de entrada las respuestas más generales y de todos conocidas a la primera pregunta.

1. En los procesos de cambio que les tocó vivir, los llamados demócratas revolucionarios llevaron o intentaron llevar hasta el extremo las posibilidades que Lenin llamaría "verdaderamente demócratas" de sus particulares circunstancias.
2. Todos ellos fueron periféricos a los que serían o eran ya en su época, los países del capitalismo avanzado, y fueron también, por tanto, ajenos a los orígenes, evolución e impacto directo e inmediato del marxismo (o socialismo científico).
3. Así, los demócratas revolucionarios pueden ser premarxistas (como Petöffi); desconocedores del marxismo en pleno marxismo (Chernichevski); ajenos al marxismo, e incluso negadores en alguna ocasión de aspectos centrales del mismo en el momento definitorio del imperialismo (como Martí), o ya incluso en los años de la revolución rusa de 1905 y la revolución de 1917 (como Sun Yat Sen).

Pero esta relación general de parentesco plantea tales problemas con respecto a la especificidad de las condiciones socioeconómicas y políticas de cada una de las sociedades a las que pertenecen estos individuos, así como respecto a la originalidad particular de los mismos, en tanto que, por lo demás, dejan tan en el aire el significado del término "verdaderamente democrático", que tal vez no resulte del todo ocioso dudar de que ganemos algo en precisión remitiendo cada una de estas figuras —y, en nuestro caso, a Martí— a una "familia" tan amplia y diversa, que bien puede parecer excesivamente difusa para algunos. No sin razón se han expresado ya aquí mismo algunas dudas al respecto.

Las dudas, claro está, han de resolver, en última instancia, a la luz de los resultados *concretos* que arrojen las diversas ponencias que sobre la obra de Martí y su circunstancias se presentan en este Simposio. Sin embargo, puesto que el término "demócrata revolucionario" viene de Lenin, no estará de más tratar

de ver esos resultados en el contexto general de lo que *para Lenin* significaba ese término —lo que exige, inevitablemente, que nos preguntemos cómo, por qué y con qué proyecciones empleó Lenin el término *demócrata revolucionario*—. Y puesto que mucho meditó Lenin en este contexto sobre el significado de la vida y la obra de Chernichevski, calificándole precisamente de demócrata revolucionario, nada mejor que tomar al gran publicista y revolucionario ruso como figura clave de una posible explicación comparativa que nos permita entender hasta qué punto puede o no extenderse el significado del término.

Chernichevski, bien se sabe, fue un materialista tenaz y militante. Ciertamente Plejanov —por ejemplo— encontraba más que rasgos de idealismo en algunos de sus estudios históricos, y que, con cierta chocante machaconería, insiste en calificarle de socialista utópico —con lo que se nos remite a una categoría engelsiana de significado básicamente negativo—. Ha de notarse, sin embargo, que tal insistencia es particularmente característica de la segunda edición de su libro sobre Chernichevski (1910), cuyas correcciones (exclusiones y añadidos) a la primera edición, por ser ya del Plejanov menchevique, van muy especialmente dirigidas a criticar en Chernichevski un "idealismo" que —según Plejanov— se revela especialmente en su idea de la historia y, más concretamente, en la idea de que las "gentes mejores" eran las que elevaban la conciencia de las masas, preparándolas así para los "saltos" revolucionarios<sup>2</sup>. Puesto que los bolcheviques podían encontrar ahí un antecedente de su propia idea sobre el Partido y la revolución, Plejanov insiste en denunciar el "idealismo" de tal propuesta, en tanto que pasa a la ligera no sólo sobre otros textos de Chernichevski al respecto, sino —según nota Lenin en sus comentarios al texto— sobre lo que se refiere a la praxis misma del gran publicista. Lenin leyó con gran atención el texto de Plejanov y resulta significativo que en un momento en que este escribe que no debe temerse la "repetición" de su idea central —es decir, que Chernichevski, en el fondo, era idealista— Lenin escriba al margen una sola palabra: "¡excesivo!"<sup>3</sup> Con lo cual, por supuesto, no se pretende negar las huellas del idealismo en el materialismo de Chernichevski, sino darle su sentido histórico más justo.

También es verdad que el materialismo de Chernichevski tiende a veces al mecanicismo y resulta curiosamente adialéctico para quien fue tan buen conocedor de Hegel y, en tantos otros senti-

<sup>2</sup> Cf. en particular el cap. 3 de la Primera Parte y los caps. 1, 2 y 4 de la Segunda Parte de G.V. Plejanov: *N.G. Chernichevsky*, San Petersburgo, 1910. Utilizó aquí la versión parcial reproducida en el vol. 38 de las *Obras* de Lenin (correspondiente a *Cuadernos filosóficos*), ya que en ella se encuentran los comentarios de Lenin a que nos referimos más adelante.

<sup>3</sup> *Ob. cit.*, frase final del cap. 2 de la Segunda Parte.

dos, tan buen dialéctico. Pero ni ello ni el alegato de Plejanov excluyen que la importancia radical de Chernichevski en la historia del pensamiento ruso se encuentra en su materialismo explícito y militante tal como se expone, por ejemplo, en *El principio antropológico en filosofía* (1860);<sup>4</sup> o en su estética, tanto, por ejemplo, en su tesis doctoral sobre *La relación entre el arte y la realidad* (1855), como en su antiplatónico ensayo sobre "La poética de Aristóteles" (en el cual, dicho sea de paso, se encuentra ya una notable, aunque breve, recuperación de Spinoza para el pensamiento materialista); o en las extraordinarias cartas sobre educación y ciencia escritas a sus hijos, ya desde Siberia, en 1878, en las que se encuentran aquellas palabras que fueron casi su consigna de lucha contra el idealismo: "Lo que existe es la materia. Nuestro conocimiento de las propiedades de la materia es conocimiento de la materia en cuanto materia, lo que existe invariablemente. Cualquier propiedad dada es invariablemente materia. La fuerza es una propiedad desde el punto de vista de su operación. Por tanto, la fuerza es materia misma".<sup>5</sup>

Rigurosa y polémicamente, Chernichevski se propuso —y logró— avanzar en Rusia la causa del materialismo. En tal lucha, y en conflicto con el idealismo escéptico, llegó, por ejemplo, incluso a adelantarse en su argumentación contra el relativismo y sobre la posibilidad de conocer las cosas en sí a algunos de los aspectos desarrollados posteriormente por Lenin en la polémica contra los machianos en *Materialismo y empiriocriticismo*. Parte nada despreciable de ese materialismo es también su tesis acerca de la relación determinante que existe entre el momento histórico en que se producen las ideas y la historia de esas ideas. tesis en la que Chernichevski llega incluso a proponer una relación análoga a la que luego se llamaría "partidismo" entre el pensamiento y los intereses de clase, de fracción de clase y hasta de "partido" de los pensadores.<sup>6</sup>

Por si todo ello no bastara para considerarle como eslabón fundamental en la evolución del pensamiento revolucionario de su patria, hemos de recordar también —y para Lenin esto llega a ser lo central— que Chernichevski entendió la historia

4 Donde escribe, por ejemplo, que "el organismo humano es una combinación químicamente extremadamente compleja que sufre un proceso extremadamente complejo que llamamos vida" y que "el hombre ha de ser considerado como un ser uno poseedor de una sola naturaleza, que la vida humana no ha de dividirse en dos mitades, perteneciente cada una a una naturaleza diferente". *The Anthropological Principle in Philosophy*, en N.G. Chernychevsky, *Selected Philosophical Essays*, Moscú, 1953; p. 104 v 132-3.

5 *Ob. cit.*, p. 536. En una de esas cartas (*ob. cit.*, p. 558) encontramos también lo siguiente: "Sócrates fue un hombre que en muchos actos demostró tener un noble carácter. Pero era enemigo de la verdad científica y por ello enseñó muchas cosas absurdas".

6 En *El principio antropológico en filosofía*; cf. *ob. cit.*, p. 58-66.

de la humanidad como historia de la lucha de clases; que distinguía con claridad entre nación y clase, así como entre cultura nacional y cultura de clase; y que, apoyándose en las ideas más avanzadas de su tiempo, polemizó lúcidamente contra el racismo ya rampante en aquellos años del imperialismo victoriano.

Es obvio que ninguna de estas características permite la comparación con, por ejemplo, Petöffi, aquel espléndido poeta que, habiendo sido siempre un ser profundamente romántico, entra en la historia del pensamiento revolucionario porque su pasión política se disparó vertiginosamente a partir de la Revolución europea de 1848, llevándole a la lucha —y a temprana muerte— por la independencia de Hungría. Parece igualmente claro que, salvo en sus ideas antirracistas —y dicho sea ello sin ánimo de entrar aquí en la compleja cuestión del idealismo del Martí—, nada es tampoco comparable a este nivel entre Martí y Chernichevski.

Si así resulta que tres de los hipotéticos miembros de la "familia" de los demócratas revolucionarios no son comparables entre sí en cuestiones tan fundamentales, ¿se nos desintegra acaso la gran "familia"? Antes de llegar a tal conclusión convendrá ya recordar la lectura que Lenin hace en este sentido de Chernichevski.

Calificándole alguna vez, simplemente, de "demócrata",<sup>7</sup> Lenin llama a Chernichevski también, indistintamente, "gran socialista ruso del periodo premarxista",<sup>8</sup> "demócrata de aquella época en que democracia y socialismo no aparecían divididos",<sup>9</sup> "gran revolucionario ruso",<sup>10</sup> "representante de la nueva generación de revolucionarios de procedencia no noble"<sup>11</sup> (*raznochintsii*: a diferencia de Herzen, por ejemplo) y "demócrata combativo",<sup>12</sup> así como, también, "socialista utópico".<sup>13</sup> "Pero" —explica Lenin, y aquí radicaría su diferencia con la interpretación de Plejanov— "Chernichevski no fue sólo un socialista utópico.

Fue también un demócrata revolucionario", porque —en última instancia— "su espíritu respira el espíritu de la lucha de clases".<sup>14</sup>

7 En "El orgullo nacional de los gran-rusos".

8 En *Comunismo de "izquierda", una enfermedad infantil*.

9 En *¿Quiénes son los "amigos del pueblo"?*

10 "Carta a los obreros americanos".

11 Cf. "En memorias de Herzen".

12 En *Historia de la prensa obrera en Rusia*.

13 Por ejemplo en *loc. cit.* y en "La reforma agraria y la revolución obrera y campesina" (Cf. fragmentos en *Escritos sobre la literatura y el arte*, Barcelona, 1975, p. 59-60).

14 *Escritos sobre la literatura y el arte*, p. 60.

Entendidas estas expresiones en sus respectivos contextos, resulta claro que van todas dirigidas a distinguir a Chernichevski de los demócratas burgueses de su tiempo, y, muy especialmente, de lo que, de hecho, era la ideología capitalista de los populistas liberales, con los cuales sólo en términos muy generales puede asociarse a Chernichevski. Ello resulta evidente, por ejemplo, en cómo Lenin opone la evolución y el sentido de la obra de Chernichevski a las de Herzen, en cuya trayectoria política Lenin distingue un primer momento "revolucionario" de una larga etapa última "liberal". Lenin califica al primer Herzen de "demócrata, revolucionario [y] socialista" y, a la vez que añade que su socialismo era una de tantas variantes del socialismo burgués y pequeñoburgués de la primera mitad del XIX, propone también que el sentido progresista de la obra de Herzen desaparece cuando "toda traza de socialismo desaparece" de ella.

De todos modos, el Herzen joven y de la primera madurez significa un momento imprescindible en el desarrollo del pensamiento revolucionario ruso, y su importancia radica en que "empezó el trabajo de agitación revolucionaria", trabajo que "asumieron, extendieron, fortalecieron y templaron los 'raznochintsi' revolucionarios, desde Chernichevski hasta los héroes de Narodnaya Volya".<sup>15</sup> Chernichevski —insiste Lenin en otra parte— a pesar de su "socialismo utópico", "dio un gran paso adelante en comparación con Herzen".<sup>16</sup> Por tanto, Chernichevski y los que "representaban la nueva generación de revolucionarios de procedencia no noble, tenían razón cuando reprochaban a Herzen su paso de la democracia al liberalismo".<sup>17</sup>

En toda esta cuestión, que desde fuera del pensamiento revolucionario bien podría parecer bizantino entretenimiento de erudito estudioso de la historia de las ideas, mueven a Lenin dos razones políticas urgentes por una parte, la necesidad de reconstruir la historia del pensamiento revolucionario ruso anterior al marxismo y a la socialdemocracia; por otra, y esta es quizás la clave de todo el asunto, según veremos, la necesidad de aclarar las posiciones revolucionarias socialdemócratas frente al reformismo de los populistas de fines del XIX y principios del XX.

Ahora bien, estas dos preocupaciones resultan ser una sola en cuanto entendemos, por un lado, que los liberales de los que Lenin distingue a Chernichevski y de los cuales Chernichevski

15 Cf. "En memoria de Herzen"; *passim*.

16 "Historia de la prensa obrera en Rusia", en Lenin. *On Literature and Art*, Moscú, 1967, p. 98.

17 "En memoria de Herzen".

mismo se distinguía<sup>18</sup> son, precisamente, los primeros populistas, y que, por otro lado, los populistas de fin de siglo, que seguían insistiendo en que las relaciones de producción en el campo ruso no eran capitalistas, pretenden incluir entre sus antecedentes nada menos que al joven Herzen y a Chernichevski.

Lenin, pues, de un solo golpe, e insistentemente, *recupera* a Chernichevski para el pensamiento revolucionario según desmascara la ideología pequeñoburguesa que se esconde bajo el pretendido "socialismo" de los populistas finiseculares cuyos "antepasados" en los años sesenta significaron un *avance* revolucionario gracias a gentes como Chernichevski, en tanto que ellos son ya, decididamente, enemigos del socialismo; i.e., de la "verdadera democracia".

Esta polémica está implícita en todo lo que Lenin escribió sobre Chernichevski; pero aparece de manera explícita ya en 1849 en *¿Quiénes son los "amigos del pueblo"?*, texto que, de hecho, es el contexto al que debemos referir todo lo que Lenin escribió después sobre Chernichevski y casi todo lo que dijo sobre los "demócratas revolucionarios". No es cuestión, desde luego, de entrar aquí en ningún análisis mínimamente detallado de obra tan importante y tan densa. Bástenos la referencia y el recordar cómo Lenin explica que cuando "semejantes señores [los populistas] hablan de los 'ideales de nuestros antepasados' pretenden que ellos, precisamente ellos, conservan las tradiciones de los tiempos en que Francia difundía por toda Europa las ideas del socialismo y en que la asimilación de estas ideas daba en Rusia las teorías y las doctrinas de Herzen, de Chernichevski. Esto es ya del todo escandaloso . . ."<sup>19</sup> A lo que siguen unas páginas decisivas sobre lo que significaba ser demócrata en Rusia en los años sesenta del XIX y lo que eso mismo significaba *frente al socialismo* a fin de siglo. Y es aquí, precisamente, donde Lenin escribe sus primeras páginas magistrales sobre el significado de la obra de Chernichevski, subrayando su materialismo, su concepción de la lucha de clases, etc., y oponiendo al gran demócrata a quienes han llevado al "envilecimiento del populismo";<sup>20</sup> es decir, de lo que había de revolucionario, de *verdaderamente democrático*, o sea, de *germen del socialismo*, en la obra de Chernichevski.

Ahora bien, esta misma distinción entre liberales y demócratas verdaderos, sean estos populistas antiliberales de mediados del siglo XIX o socialistas científicos, es la que Lenin se propone

18 Chernichevski calificó a los liberales de 1860-1870 de "charlatanes, fanfarrones e imbeciles"; cf. *Escritos sobre la literatura y el arte*, p. 60.

19 *¿Quiénes son los "amigos del pueblo"?*, Madrid, Siglo XXI, 1974; p. 159-60.

20 *Op. cit.*, p. 173.

aclarar a propósito de movimientos y personas antimperialistas en situaciones coloniales y anticoloniales cuando, entre otras cosas, escribe en 1912 el artículo sobre "La democracia y el populismo en China".

Se recordará que la tesis del artículo es que existe una analogía entre el populismo ruso y "la democracia y el populismo en las revoluciones contemporáneas de Asia". El caso más notable sería el de China, cuya "democracia burguesa... está teñida de un color populista completamente análogo al ruso [del siglo XIX]". El ejemplo mejor lo encuentra Lenin en la plataforma política de Sun Yat Sen, "cada línea" de la cual está "impregnada de un sincero y combativo democratismo". A ese democratismo Lenin lo califica también de "íntegro", de "elevado y sincero", de "consecuente", y llama a Sun Yat Sen "demócrata avanzado" y, en fin, "demócrata revolucionario". A lo que añade que Sun Yat Sen lo es porque está "pletórico de la nobleza y del heroísmo propios de una clase no en descenso, sino en ascenso", clase que, por tanto, es "digna compañera de los grandes predicadores y grandes hombres de finales del siglo XVIII en Francia".

Lo que no impide que, inmediatamente, Lenin llame a Sun Yat Sen "socialista subjetivo", por lo cual no es extraño que, acto seguido, tache a sus teorías socioeconómicas de "seudosocialistas". De ahí no hay más que un paso a su ataque devastador a la "teoría del 'socialista' pequeñoburgués reaccionario" que era Sun Yat Sen "*desde el punto de vista de la doctrina*".

Y es que, claro está, la teoría o "doctrina" de Sun Yat Sen, en cuanto que participa de los mismos errores de análisis de los populistas rusos, no corresponde a la realidad de las relaciones de producción existentes en la China de 1900, y de llevarse a cabo su programa desembocaría no en el socialismo, sino en el capitalismo que, en apariencia, trata de evitar. No se puede, pues, tomar en serio esa "teoría" en cuanto tal; importa desmontarla y demostrar que el pretendido socialismo de Sun Yat Sen no es sino una utopía pequeñoburguesa. Esto está claro "*desde el punto de vista de la doctrina*"; pero en la práctica no ha de tratarse a Sun Yat Sen y a los suyos como a los populistas rusos de fines del XIX y principios del XX, que eran ya, *declaradamente*, enemigos de la socialdemocracia: China no es Rusia, y la analogía entre la plataforma política de Sun Yat Sen y el populismo es sólo eso, una analogía. La diferencia estriba en que en la China de su tiempo, el pensamiento de Sun Yat Sen no sólo no es *antisocialista*, sino que es en su praxis verdaderamente revolucionario. De ahí que Lenin emplee el mismo término al referirse a Sun Yat Sen que al referirse a Chernichevski: *demócrata revolucionario*. Y de ahí que el notable

artículo, con un final giro dialéctico, termine proponiendo que cuando aumente y se fortalezca el proletariado chino, sabrá encontrar "el núcleo democrático revolucionario" de las "utopías pequeñoburguesas" de Sun Yat Sen y los suyos —como la socialdemocracia rusa, y Lenin en particular, encontraron el núcleo democrático revolucionario de los primeros populistas y, muy especialmente, del pensamiento materialista y anti-liberal de Chernichevski.

En la comparación del artículo dedicado a Sun Yat Sen con las múltiples páginas y referencias que Lenin dedica a Chernichevski, podríamos, pues, subrayar, entre otras, tres cosas:

1. Es evidente que —al igual que ocurre en su tratamiento de Herzen— Lenin encuentra en Sun Yat Sen elementos profundamente negativos, en tanto que hasta cuando califica a Chernichevski de socialista utópico (o cuando reconoce en él una cierta tendencia mecanicista), entiende su papel histórico y el sentido general de su obra de manera totalmente positiva.

2. El artículo sobre Sun Yat Sen es característicamente leniniano, comparable, por ejemplo, a sus extraordinarios artículos sobre Tolstoi, en cuanto que, al igual que en las páginas dedicadas al novelista, Lenin precisa cuáles son las contradicciones de un pensamiento, de una ideología o de un movimiento no científico en la situación histórica concreta en que se desarrollan, logrando así deslindar meticulosamente los aspectos positivos de los negativos (y oponiéndose con ello, de paso, a que sectarios de derechas o de izquierdas puedan impunemente tergiversar la realidad de las cosas).

Pero también son, en este sentido, característicamente "leninianas" las muchas páginas que Lenin dedica a Chernichevski, y es a este nivel —en el interior del pensamiento-praxis de Lenin— donde se encuentra una de las articulaciones más fuertes entre los miembros de la gran familia de demócratas revolucionarios. Ese pensamiento no es nunca dogmático ni excluyente y, en su historicismo, se caracteriza, precisamente, por su capacidad para distinguir a la vez, en los individuos y en los movimientos, aquello en que su tiempo les limita de aquello en que avanzan (o no) con respecto a las limitaciones de su tiempo (y su clase, etc.). A la vez, este pensamiento es polémico y no cede el menor terreno al enemigo en la "recuperación" de grandes figuras o movimientos en los que de alguna manera avanzó la praxis socialista. En este sentido, pues, el *procedimiento* leniniano ha de ser el que permita lo que Roa llamaba la "recuperación" de Martí.

Por lo demás, este artículo de 1912 en el que también se habla de "la democracia burguesa china", al introducir el término

“demócrata revolucionario” y los otros adjetivos que hemos visto, resulta como un anticipo del problema que se plantearía en la Internacional acerca de las revoluciones democraticoburguesas en los países coloniales o neocoloniales, problema que se intentó resolver en 1920 con la introducción de la categoría “nacionalista revolucionario”.

3. En tercer lugar, importa no pasar por alto que Lenin compara a Sun Yat Sen y los suyos en cuanto clase “no en descenso, sino en ascenso” con los “grandes hombres” de finales del siglo XVIII en Francia.

Así, pues, no sólo no tenemos un modelo fijo, sino que, por analogía —y como para complicarnos las cosas—, la categoría de *demócrata revolucionario* se cruza con la de *nacionalista revolucionario* y se nos extiende, además, hasta el centro mismo del capitalismo en sus orígenes.

Y en este sentido importa recordar que ya Engels, para diferenciar a ciertos franceses de fines del XVIII de los diversos socialistas utópicos del XIX, les llamaba “revolucionarios *extremos*”, en tanto que Chernichevski mismo había calificado a uno de esos hombres, a Rousseau, de “*demócrata revolucionario*”.

Al referir, pues, el término “demócrata revolucionario” a sus orígenes y su contextos leninianos, resulta claro que nos movemos dentro de la historia de un pensamiento revolucionario que se extiende desde fines del siglo XVIII hasta, por lo menos, el primer cuarto del siglo XX, según aparece reflejado no sólo en figuras o movimientos periféricos a los países capitalistas avanzados y según se entrecruza con la noción de “nacionalista revolucionario”, de la cual, sin embargo, es diferente (por lo que el término “demócrata revolucionario” no puede aplicarse exclusivamente, como creen algunos, a personas o movimientos antimperialistas: ello excluiría no sólo a Rousseau o Diderot, sino al mismo Chernichevski).

Desde una perspectiva mecanicista o sectaria, podría tal vez pensarse que ante tal ampliación y cruce de términos, aplicados a personas tan obviamente incomparables entre sí, se nos desdibujan los perfiles de la idea hasta hacer que esta pierda su validez como instrumento de análisis. Ha de entenderse, sin embargo, que en esta historia es el pensamiento revolucionario el que funciona concientemente para, sin despegarse nunca de los casos concretos, recuperarse a sí mismo, lo mismo en las precisiones que hace Lenin que en las clasificaciones arriba citadas de Engels y de Chernichevski. Así entendidas las cosas, lo que ocurre es que —en efecto— se nos amplian significativamente las posibilidades de aplicación de la categoría, siempre que entendamos cuál es el núcleo esencial de esa gran y diversa

familia que, *originándose en la burguesía ascendiente del siglo XVIII en Europa, es la de aquellos revolucionarios no marxistas que, de diversas maneras y en contextos diferentes, intentan llevar al extremo la idea verdadera de democracia dentro de las posibilidades objetivas de un momento histórico determinado.*

Al hablar, pues, de la gran “familia” de los demócratas revolucionarios, en ningún caso podrá tratarse de identificar personas o movimientos cada uno a su manera extraordinarios. Es obvio que Chernichevski resulta un caso demasiado notable para que pueda compararse con nadie; pero igualmente extraordinario e incomparable es Martí.

Y son incomparables, entre otras cosas, porque si entendemos bien esa historia del pensamiento revolucionario, si entendemos la historia dialécticamente, hemos de tener siempre presente la noción del salto. Ya Chernichevski, precisamente, explicaba que el “movimiento da salto tras salto”.<sup>21</sup> Me parece claro que la noción del salto existe también en el Martí que se veía a sí mismo como continuador y renovador de los del 68. Se trata, por supuesto, de una noción absolutamente central al pensamiento de Marx y Engels. Y uno de esos saltos es, precisamente, el “milagro” por el que se preguntaba Mella. Todo en la vida y obra de Martí se dirigía hacia ese “salto” en tanto que, sólo en apariencia, paradójicamente, la misma originalidad de esa vida y esa obra parecen conspirar para que su significado se nos escape. Como consecuencia, el simple incluir a Martí en esa gran familia de demócratas revolucionarios no ha de resolvernos de por sí ningún problema; pero en el juego dialéctico entre el significado a la vez riguroso y flexible que daba Lenin al término y la notable concreción de las ponencias de este simposio, ha de encontrarse la posibilidad de tratar de lo particular a la vez que no perdemos de vista lo general, de comprender, a propósito de Martí, la relación siempre viva entre la abstracción y el caso concreto.

Lenin dijo alguna vez que el fenómeno es siempre más rico que la ley; pero también escribió que “en la naturaleza y en la sociedad *todas* las distinciones son fluidas y hasta cierto punto convencionales”. Y también nos recordó que “la historia en general, y la historia de la revolución en particular, es siempre más rica de contenido, más variada, más multiforme, más viva e ingeniosa de lo que se imaginan hasta los mejores partidos”. Por ahí, sin duda, han de andar el *milagro* y el *misterio* de que el Partido Revolucionario fundado por Martí fuese tan sorprendentemente “*ultrademocrático*”.

21 *Selected Philosophical Essays*, p. 36.

## La influencia de la primera deportación en el pensamiento revolucionario de José Martí

ALEXANDRE CABRAL

Al abordar el tema de la influencia de la primera deportación en el pensamiento revolucionario de José Martí, intenté investigar las líneas del pensamiento y los factores de diversa índole que concurrieron y contribuyeron a la elaboración de la exuberante y polifacética personalidad de José Martí. (Estoy pensando, naturalmente, en la individualidad integral de Martí, en el hombre, en el poeta, en el prosista, en el teórico político, en una palabra, en el revolucionario, porque son todos estos atributos los que forman su excelsa personalidad.)

El alcance de la investigación que me propuse hacer fue el resultado de haber encontrado en la vasta bibliografía martiana —tan diversificada, tan rica, tan actual, tan estimulante, en suma, en sentimientos patrióticos— una formulación teórica, universalista y humanista que hasta sorprende al lector que no está del todo desatento a las particularidades históricas del período en el cual vivió y luchó.

Adivinamos —e innumerables textos martianos lo comprueban— los trabajos, las fatigas, las luchas, los sacrificios y las agonías que el eminente Apóstol de la revolución cubana tuvo que soportar hasta alcanzar la cumbre de la montaña en donde finalmente su fragilidad física se convierte en ejemplo y bandera, más que eso: en guía, educador y libertador de su pueblo.

Sin embargo, ¿cuándo esa aspiración, que muy pronto se convertirá en certidumbre, se adueñó de su espíritu?

En mi opinión, fue a partir de la dolorosa experiencia de la primera deportación, cuando José Martí tuvo la deslumbrante percepción del papel que podría llegar a desempeñar —que quiso desempeñar y que desempeñó efectivamente— en la sociedad de su tiempo, en beneficio de su pueblo y de su patria, terminando finalmente por definirse como un exponente culminante de un pensamiento filosófico, de un comportamiento cívico y de una acción revolucionaria que empezó a tener contornos más nítidos en sus trabajos publicados en España entre 1871 y 1873.

Lógicamente, cuando Martí es deportado a España, adonde llega probablemente en los primeros días de febrero de 1871, y a pesar de tener solamente dieciocho años, era un hombre adulto, con la experiencia de las vicisitudes sufridas en la prisión, que le dejaron huellas indelebles en el cuerpo y en el espíritu; un hombre que llevaba consigo un importante caudal de cultura que le fuera suministrado por su maestro, el poeta Rafael María Mendive; un hombre que se había identificado no tan inocente o románticamente, como se pudiera juzgar a primera vista, con la rebelión de La Demajagua (10 de octubre de 1868), inicio de la primera guerra independentista del pueblo cubano; un hombre que, por último, conocía bastante bien, por sus estudios y por su experiencia, el estado de degradación y de decadencia de la población (aborigen, criolla y hasta española) sometida a la ávida y cínica explotación colonialista.

Ya en ese momento era un alma poética —así se había revelado antes de la prisión— con arraigados principios moralizantes y de justicia social.

Sin embargo —y lo repito— la prolongada permanencia en España, de 1871 a 1874, resultó ser de fundamental importancia para la sedimentación de los sentimientos que llevaba de su Isla, para su formación intelectual y, sobre todo, para la configuración y definición de su ideario cívico, moral, literario y patriótico, que vendría a consolidarse y a enriquecerse de manera definitiva con las experiencias vividas posteriormente.

Todo indica —o por lo menos, así lo interpreto yo— que fue en la Península donde nació el sueño de transformar su vida en un maravilloso poema, al desear fundir su existencia predestinada de hombre, de artista y de político en la epopeya emancipadora del pueblo cubano y de la patria humillada, que era una y la misma cosa.

En aquella época, existía en España un grupo de hombres que luchaba con persistencia por la implantación de un nuevo *status* social, que buscaba la liberación de las masas trabajadoras de la explotación, sobre la base de los principios utópicos de la asociación y de la federación.

Recuérdese solamente que ya en 1874 había sido publicado en Madrid, por Fernando Garrido, el periódico *La Atracción*, considerado “el primer periódico socialista [utópico] que se publicó en España” (Fernando Garrido: *La federación y el socialismo*, 2da. ed., Barcelona, 1975, p. 12); que en 1855 este político había editado *La república democrática federal universal*; que en 1871, en España, proliferaban los cafés y los clubes políticos entre los cuales el más conocido era el Café de Madrid, quizá el centro más importante en que se reunían los republicanos;

que existían igualmente muchas logias masónicas; y que, por último, entre 1871 y 1872 un cubano, Pablo Lafargue, intentó fundar en España un partido socialista obrero, y obtener incluso el apoyo de Pi y Margall, quien se negó a ello (F. Garrido: ob. cit., p. 28). Incluso en 1871, un pequeño grupo de diputados "se negó a apoyar la condena por parte de las Cortes de los sucesos de la Comuna de París" (F. Garrido: ob. cit., p. 27).

En realidad, la Península (empleo aquí la terminología de la época, que al hablar de Península de refería únicamente a España, cuando en realidad la expresión "península ibérica", comprendía dos nacionalidades distintas: España y Portugal), la Península, decía, era una caldera en plena ebullición en lo que se refiere a la actividad sociopolítica, ya que se había estremecido en sus bases los viejos principios feudales, por la influencia de la Revolución Francesa de 1789 y también de las revoluciones de 1848 y 1850.

El fenómeno no era totalmente nuevo: venía desde lejos la tradición del pueblo español en el combate a las fuerzas retrógradas de la sociedad, siendo una de sus expresiones más notables, entre tantas otras, la Constitución de 1812. En el período considerado, la actividad política en España es muy intensa y se suceden las luchas intestinas, con ramificaciones conspirativas en Francia y en Bélgica, entre las fuerzas liberales y absolutistas. Sin embargo, la cohesión en los dos bloques, que acaban por fragmentarse en diversas organizaciones y facciones, es aleatoria.

En efecto, de acuerdo con Edmundo de Amicis, el partido republicano estaba dividido en tres: "los unitarios, dirigidos por García Ruiz, los federales, por Figueras, y los socialistas por Fernando Garrido" (F. Garrido: ob. cit., p. 28-29). Jorge Malquer de Motes destaca, por otra parte, que "la ruptura del movimiento obrero respecto del republicano federal debe situarse después de la revolución de septiembre de 1868" (F. Garrido: ob. cit., p. 34).

Sea como sea, la unión establecida entre demócratas y republicanos condujo a la revolución septembrina de 1868, que provocó el derrocamiento de la reina Isabel II, y con lo cual podrá asociarse, quizá, la guerra independentista de Cuba, iniciada casi de inmediato.

Precisamente, el 2 de enero de 1871 llegaba a España el nuevo rey, Amadeo de Saboya, quien abdicaría en febrero de 1873, para dar lugar a la primera República, que fue proclamada el 11 de febrero. Cuando se produce la restauración de la Casa de los Borbones en el trono de España, con la caída de la República (3 de enero de 1874), ya José Martí, que había concluido

brillantemente sus estudios superiores, abandonaba la Península. Corría el año 1875 cuando Martí iniciaba en México su experiencia americana y Alfonso XII hacía su entrada en Madrid.

Coincidiendo incluso con la llegada de José Martí a la Península, en 1871, se produce en Francia un acontecimiento político que tendría repercusiones en todo el mundo: la Comuna de París y los setentidós días en que el pueblo parisiense gobernó Francia dentro de moldes inéditos en la historia universal: un genuino gobierno del pueblo y para el pueblo.

En España, esos hechos se reflejan de inmediato y abren esperanzadoras perspectivas para la lucha del pueblo español y, en el caso que aquí nos ocupa, entre los patriotas cubanos desterrados o radicados en la Península. Debemos decir desde ahora que la colonia cubana en tierras de España era numerosa y recibía la solidaridad afectiva de algunos sectores, naturalmente restringidos, de la intelectualidad española y mantenía con la isla lejana contactos asiduos.

El intercambio de personas entre España y Cuba era frecuente en lo que se refiere al transporte de colonos españoles hacia Cuba o a los residentes en Cuba que iban a la Península en viajes de negocios o de estudio. Además, la Isla funcionaba como lugar de destierro para los condenados españoles, al igual que la Metrópoli era el lugar de destierro para los condenados cubanos.

En 1869 se preparaba la deportación masiva de quinientos prisioneros complicados en la revolución de septiembre de 1868, los cuales, de acuerdo con las informaciones del diario *La República Ibérica*, "iban a ser conducidos a Cuba" (n. 7, 9 de diciembre de 1869). El mismo órgano de prensa señala: "entre los deportados cubanos llegados a Cádiz en el vapor-correo España, se encuentra D. Enrique Céspedes, sobrino del jefe de la insurrección" (n. 39, 16 de enero de 1870). *La Época* anuncia la próxima llegada a Mahón de "varios deportados de la isla de Cuba, destinados a dicha ciudad" (n. 7282, 26 de mayo de 1871).

En su interesante estudio sobre la actividad conspirativa de Francisco de Miranda, J. Grigulevich refiere que alrededor de ochenta años antes, el llamado "príncipe de los conspiradores" recibía en París emisarios patriotas de Hispanoamérica, a pesar de los peligros y de encontrarse en plena Revolución Francesa (*Francisco de Miranda y la lucha por la liberación de la América Latina*, Ciudad de La Habana, Ed. Casa de las Américas, 1978, p. 73).

Como es sabido, José Martí se vinculó inmediatamente a sus compatriotas, de quienes debió recibir apoyo y estímulo, debido

a las razones de orden político que lo llevaron forzosamente a la Península. Teniendo en cuenta la propensión espiritual del recién llegado, es natural y lógico que observara atentamente la evolución de todos esos acontecimientos, y que, en lo que a Cuba se refería en particular, interviniera en más de una ocasión durante su permanencia en España.

Como reconoce Gonzalo de Quesada y Miranda, fue en Madrid donde Martí pudo "conocer las raíces de la política española, tomarle el pulso a los planes futuros para Cuba, y esclarecer lo que está sucediendo en la Isla, poniendo de manifiesto las lacras de la administración colonial" (*Martí, hombre*, p. 42).

En realidad, se sabe que José Martí frecuentó en la capital española clubes y logias masónicas (según cuenta la tradición, el futuro Apóstol de la revolución cubana estaba vinculado a la masonería). Pero, independientemente de la convivencia con sus compatriotas y de las noticias que le llegaban por vías subterráneas y a través de "correos", fieles en mayor o menor medida a la causa de la insurrección, con toda seguridad que la fuente más abundante sobre los acontecimientos de Cuba era la propia prensa española, que publicaba diariamente relatos, muchas veces distorsionados, en torno a la colonia. El joven Martí, además, colaboró en forma irregular con esa prensa, en la que denunció con vigor los atropellos perpetrados en la Isla por las autoridades gubernamentales.

En 1871, dos problemas se disputaban el orden del día en la prensa española: el de la abolición de la esclavitud y el de la autonomía, cuando no aparecían ambos bajo la designación común de "la cuestión cubana", lo que era frecuente. Como se podrá imaginar, no existía unanimidad de criterios al respecto.

Bien vale la pena hacer una breve digresión para tener una idea de cómo la prensa española reflejaba la opinión de varios sectores en relación con la situación de la guerra en Cuba.

El diario *La Época*, al responderle a su colega *La República Ibérica* la afirmación de que "los cubanos quieren la autonomía", interrogaba ingenuamente: "¿Qué cubanos, hermano?", y preguntaba si se refería a los que causaban la ruina y la miseria de los pueblos con sus ejemplos, o los que desde Nueva York dirigían y sustentaban la emigración, y acababa por condenar lo que denominaba la "injustificada rebelión" (n. 7185, 25 de enero de 1871).

No todos entendían del mismo modo el concepto "autonomía". Después del Pacto del Zanjón (10 de febrero de 1878), Ernesto Fonvielle publicó en 1879 el folleto *Cuba y la autonomía*, en el que, en pocas palabras, ofrece con claridad la idea de la inde-

finición en que se encontraba el concepto: "pues ignorándose, en general, la verdadera significación de la palabra, llega hasta confundirse con la de independencia" (p. 3).

Para dicho autor, existían apenas dos interpretaciones: "el uno se declaró partidario de reformas en sentido autonomista, el otro lo hizo con el de la asimilación" (Ernesto Fonvielle: ob. cit., p. 6). A renglón seguido afirma que "inmediatamente iba Cuba a ser asimilada a España en su régimen y gobierno". En qué consistía esa propuesta de asimilación se puede deducir del *Proyecto de constitución autonómica*, donde, ya en su "título primero", se establecen las "atribuciones y deberes del gobernador superior civil, delegado por España para el mando supremo de la isla de Cuba" (E. Fonvielle: ob. cit., p. 16), manteniendo así la designación anterior, para significar de este modo que todo seguiría igual.

Abordó también el aspecto social (la abolición de la esclavitud) para reconocer cínicamente que "por la Ley Moret, resulta que todos los esclavos nacidos antes de junio de 1870 serán libres al cumplir los sesenta años; es decir, que los pocos afortunados que nacieron en 1869 y vivan más de sesenta años, si no se sustituye la Ley Moret, quedarán libres en 1929" (E. Fonvielle: ob. cit., p. 30).

En cuanto a la reglamentación social que permitiría la subsistencia de esos "libertos" destruidos físicamente por un trabajo penoso, al alcanzar la liberación, en el caso improbable de que "vivan más de sesenta años", no se hablaba ni una palabra.

Uno de los hombres más tristemente célebres en la tarea de defender la vinculación de la colonia a la Corte española fue Juan Antonio José Argudín, que *La Época* presentaba como "hijo de Cuba, poseedor de una gran fortuna, profundamente conocedor de las necesidades de aquella Antilla" (n. 7347, 13 de julio de 1871).

Argudín, el "distinguido cubano", según el redactor de *La Época*, editó en Madrid *La Gaceta de Cuba* y escribió muchos artículos sobre "la cuestión de Cuba". En una carta publicada el 13 de julio de 1871, definía la sumisión a España en estos términos:

Aunque finjan un falso españolismo, no conseguirán nunca destruir los lazos que amorosamente y para siempre estrecharán la unión entre España y sus provincias ultramarinas y la fraternidad de sentimientos y de intereses que ha formado una sola patria de todos los pueblos que viven a la sombra de la bandera española [n. 7347, cit.].



Las campañas por la abolición de la esclavitud experimentaron varias vicisitudes. De la reunión realizada por la Sociedad Abolicionista Española, según *La Discusión*, salieron importantes resoluciones, tales como:

2da.) Que una comisión de la Sociedad se presentase al Ministro de Ultramar, para pedirle que haga cumplir en Cuba y Puerto Rico las leyes que han dictado las Cortes sobre la esclavitud.

3ra.) Que se pida al gobierno que, en cumplimiento de lo que las Cortes acordaron, presente en la próxima legislatura el plan de abolición para las islas de Cuba y Puerto Rico [n. 723, 16 de febrero de 1871].

Luego, en plena campaña (renovada) de la abolición de la esclavitud, durante la reunión del 18 de julio de 1871, ese mismo Argudín hizo imprimir un volante en el que acusaba a los abolicionistas de estar al servicio de "extranjeros enemigos" (n. 7343, 19 de julio de 1871).

Al mismo tiempo que debatía el problema de la esclavitud, la prensa española insertaba abundantes noticias sobre los acontecimientos de la guerra independentista, o relacionadas con ella, denigrándolos o alabándolos, según las tendencias ideológicas.

De esta forma, *La Época* anunciaba la salida, vía Sevilla, de trescientos noventa voluntarios de Madrid que iban a combatir en Cuba (n. 7203, 13 de febrero de 1871). Más tarde, reproducía la noticia de que el general Córdoba estaba organizando un cuerpo expedicionario de cinco mil hombres, perfectamente equipados, "para mandarlos a Cuba, tan luego como pase la estación peligrosa, en aquella Isla" (n. 7353, 29 de julio de 1871).

*La Época* informa que el general conde de Balmaseda

desplegaba la mayor actividad para el envío de las tropas que llegan de la Península a los puntos más necesarios, con el objeto de concluir la inicua insurrección que hoy no tiene otro objeto que destruir y aniquilar las propiedades de los leales. Las disposiciones que el general toma, en unión de la Marina, darán muy pronto buenos resultados [n. 7205, 15 de febrero de 1871].

*La Época* menciona el documento publicado por "una cosa que se llama Liga de los Hijos de Cuba", constituida en los Estados Unidos, de la cual era presidenta Ángela Quesada de Embil y secretaria Emilia Casanova de Villaverde (n. 7239, 22 de marzo de 1871).

*La Época* reproduce de *El Cronista*, de Nueva York, el llamado de José de Armas "proponiendo que todos los emigrados cubanos vuelvan a Cuba a participar de la suerte de los insurgentes". Y añade el siguiente comentario: "Realmente, este sería el camino más honroso; pero no deja de tener gracia la proposición, cuando Bembetta abandona el terreno de la lucha" (n. 7340, 6 de julio de 1871).

El mismo diario da a conocer las propuestas del capitán general Balmaseda en las que "ofrece en una proclama perdonar a los desertores del Ejército y rebajarles el tiempo de servicio si entregan a sus actuales jefes muertos o vivos" (n. 7349, 15 de julio de 1871). Además, el carnicero de Camagüey ofrece importantes recompensas a los hipotéticos traidores que "conduzcan las tropas leales a los lugares en que puedan sorprender los campamentos insurrectos" o proporcionen con la delación "la captura de los principales jefes de la insurrección".

Como contrapartida, *La Época* confirma la noticia del desembarco en Ciego Santana de Lleo de una fuerza de doscientos venezolanos, comandada por Rafael Quesada (n. 7353, 29 de julio de 1871).

Para levantar los ánimos desfallecidos con la guerra prolongada y sangrienta, en España se dan en seguida las noticias de los arrestos y fusilamientos de patriotas:

—Muerte del coronel insurgente norteamericano Carlos Westrop [n. 7349, cit].

—Captura y fusilamiento de Álvarez y Hernández, emisarios de Céspedes; y de Felipe Augusto Pagés (en Puerto Príncipe), además de la muerte del insurgente Bobadilla [n. 7368, 13 de agosto de 1871].

—Confirmada la noticia del arresto y fusilamiento de Carlos Quesada, Miguel Figueredo y su hijo Gustavo Figueredo.

Los disparates y las distorsiones sobre la guerra patriótica independentista de Cuba no conocen límites ni decoro. *La Gaceta Internacional*, revista hispanoamericana editada en Bruselas, que en su nota de presentación se proponía ser "el centinela avanzado de la raza latina en ambos hemisferios" (n. 1, 1ro. de noviembre de 1871), al relatar los insultos dirigidos al cónsul español en Port-au-Prince (Haití), concluye con una grosería que es una incitación a las represalias: "Suponemos que, si esto es cierto, el nivel patrio no habrá bajado tanto, sea cual sea el gobierno en nuestra altiva España, que allí no se sepa cómo debe ser tratada una república de zambos y de negros" (n. 4, 15 de diciembre de 1871).

En un extenso artículo: "La cuestión de Cuba", considera que "la guerra que devasta la gran Antilla es hija legítima de su digna madre, la revolución de septiembre de 1868", y concluye afirmando que "a pesar de que la rebelión cubana, por sí sola, jamás triunfará de nosotros, bueno es hacer un empuje supremo, digno de nuestra sangre, de nuestra noble raza, y, penetrar en la manigua y concluir esa lucha" (n. 9, 1.º de marzo de 1872).

Al refutar un artículo de *El Americano*, de Buenos Aires, que en su primer número reclamaba para toda la América "la independencia y la república", la *Gaceta Internacional* afirmaba: "queremos a Cuba y a Puerto Rico ESPAÑOLAS" (n. 10, 15 de marzo de 1872).

Al referirse a Cuba, lo hace con una expresión patriótera: "España tiene predilección especial por sus posesiones ultramarinas, no por lo que producen a su tesoro, sino porque simbolizan las glorias patrias" (n. 15, 1.º de junio de 1872). Subrayo las últimas palabras para poner de relieve el cinismo de tal afirmación.

Sin embargo, existían otros periódicos que estaban en favor de la revolución cubana. *La Discusión*, cotidiano democrático, dirigido por Bernardo García que defendía la masonería y ataba a los jesuitas —"el terrible poder negro", como les llamaba (n. 689, 4 de enero de 1871)—, al abordar el problema cubano señala: "Seguimos, pues, creyendo que la insurrección de Cuba no será dominada mientras no se adopte otro sistema distinto al hasta hoy empleado" (n. 727, 21 de febrero de 1871).

El mismo diario transcribe la petición presentada por varios españoles a las Cortes para que

sin pérdida de tiempo se proceda a dar cumplimiento a la promesa solemne del gobierno, pidiéndole con este fin que presente para su discusión en esta legislatura el plan completo para abolir la esclavitud en las islas de Cuba y Puerto Rico, según lo ofreció a la nación por boca del Excmo. Sr. D. Segismundo Moret Prendesgast, [en] Madrid, [en] abril de 1871 [n. 800, 21 de mayo de 1871].

En la prosecución de la campaña en favor de Cuba, *La Discusión* inserta una serie de artículos titulada "Los asuntos de Cuba", donde ataca a *La Época*. En su segundo artículo se puede leer lo siguiente: "Y verá *La Época* que en Cuba no ha habido ni ley legalidad ni derecho, justicia ni libertad, y que su gobierno ha sido, regularmente, el gobierno de la arbitrariedad, de la intolerancia, de los abusos y los privilegios más repugnantes y culpables" (n. 829, 27 de junio de 1871).

Otro periódico que se mostró favorable al levantamiento del pueblo cubano fue *El Americano*, que comenzó a editarse en 1872 en París y tuvo por jefe de redacción a Héctor H. Varela. Este diario insertó una carta de Andrés Clemente Vázquez, con el significativo titular de "Cuba libre y España república" (n. 11, 2 de junio de 1873). El autor relata algunos sucesos de la guerra de Cuba y se asombra ante el hecho insólito de que los republicanos españoles en el poder no hayan dado la libertad a Cuba.

En otro número, publica un vibrante artículo de Manuel J. Vega para conmemorar el 10 de Octubre, y termina con un "¡Salud al 10 de octubre de 1868! ¡Un ardiente y sincero deseo de próximo triunfo al estandarte de la independencia!" (n. 30, 12 de diciembre de 1873).

*El Americano* vuelve a ocuparse de la cuestión de Cuba en otra entrega, para afirmar: "la cuestión de Cuba es una cuestión eminentemente americana" (n. 45, 3 de febrero de 1873. La cursiva es del autor de este trabajo. N. de la R.).

Para complementar el largo rastreo, que, como se podrá inferir, podría haber sido, sin embargo, más largo, reproduzco seguidamente algunas sentencias de Fernando Garrido, que como síntesis de otras fuentes inspiradoras, me parecen guardar alguna relación con la génesis del ideario martiano. Y es curioso señalar que Garrido fue el autor que en 1854, en *El Eco de las Barricadas*, corroboró la denuncia hecha contra el general O'Donnell "de haber cometido horribles crímenes en la isla de Cuba" (F. Garrido: ob. cit., p. 227).

- 1) La esclavitud de un hombre, ¿no es una amenaza para los demás? [p. 72].
- 2) Por esto, ni hombre ni pueblo deben tolerar la esclavitud ni la opresión, y deben consagrar sus esfuerzos a defender a los débiles, a emancipar a los oprimidos [p. 72-73].
- 3) El pueblo español debe prepararse para ese día solemne a fin de ser digno de entrar a formar parte de la gran confederación de los pueblos libres [p. 90].
- 4) La instrucción, para ser racional, debe ser universal y gratuita, profesional, mezclando la enseñanza práctica y la teoría [y debe ser administrada en] grandes asociaciones *doméstico-agrícolas, industriales*, cuyos jardines, establos, talleres y campiñas, invernáculos y estanques, serán otras tantas cátedras en que se ilustrarán las operaciones mecánicas con las explicaciones de la ciencia [...] [p. 192].

Algunas de estas ideas, revolucionarias para la época, ya habían llegado, naturalmente, a Cuba, por las influencias y los canales más diversos. En las primicias literarias del joven Martí, se aprecia ya un eco de ese pensamiento que pone de relieve las nociones de martirio y amor patrios. He aquí algunos ejemplos:

- 1) En *El Diablo Cojuelo*, a la pregunta "¿Qué te falta ahora, pobre Diablo?", responde: "Fáltanme pesetas para poder hacer diabluras. ¿Qué me valiera gritar con el bolsillo vacío Viva la República Federal?"<sup>1</sup>
- 2) En *Abdala*, se refiere a "La corona del mártir de la patria!" [O.C., t. 18, p. 17].
- 3) También de *Abdala*: "Y de escudo te sirva ¡oh patria mía! El bélico valor de nuestras almas!" [O.C., t. 18, p. 17].

Este conjunto de sentimientos aparece, incluso, como el embrión del futuro ideario martiano, en el que se destaca la idea abnegada y de hondas raíces del sacrificio por la patria. Es elocuente el final de *Abdala*:

*¡Oh, qué dulce es morir cuando se muere  
Luchando audaz por defender la patria!* [O.C., t. 18, p. 24].

En mi opinión, sin embargo, es en la Península donde madura y se consolida el pensamiento político de Martí, al entrar en contacto con la realidad contradictoria de la política española, al asociarse a la vivencia fecunda del destierro y de las influencias de diverso orígenes.

Señalemos, de pasada, que el joven Martí mantuvo relaciones, directa o indirectamente, con Nicolás María Rivera (1814?-1878) y Francisco Díaz Quintero (1819-1878), ya que Rivera fue el fundador de *La Discusión* y Quintero el de *El Jurado Federal*, en los que, como se sabe, colaboró Martí.

Una vez dicho todo esto, quizás con excesiva minuciosidad, es el momento de analizar los dos folletos publicados por Martí en España: *El presidio político en Cuba* (1871) y *La República española ante la revolución cubana* (1873), y, por último, sacar las conclusiones que se imponen, es decir, subrayar la evolución de los principales lineamientos de la doctrina revolucionaria martiana.

*El presidio político en Cuba* es esencialmente un libelo aplastante contra la situación vejaminosa del preso político en la Isla y, por consiguiente, contra la acción represiva de la Corona española sobre la martirizada posesión ultramarina, acción que ofende "la fibra noble del alma de los pueblos" (*El presidio político en Cuba*, O.C., t. 1, p. 48), y traduce al mismo tiempo la solidaridad fraternal hacia la insurrección de los oprimidos, iniciada en 1868 y expresaba en un estilo elocuente y a veces dramático y patético.

Me parece que el folleto es fruto de la colaboración dispersa que el joven Martí publicó en *La Soberanía Nacional*, de Cádiz. Apenas se conoce un fragmento, dado como publicado el 24 de marzo de 1871, e integrado en la serie *Gente Cubana* con el número XII. En ese artículo se menciona el tratamiento cruel a que fue sometido el valetudinario Nicolás del Castillo.

Se desprende, al leer la nota de la redacción que acompaña el artículo ("Insertamos a continuación el relato que se nos ha entregado") que ya se habían publicado otros textos de Martí y que seguramente seguían publicándose.

Desafortunadamente, no encontré en las bibliotecas de España, ni en las de Portugal, la colección de este periódico para poder confirmar la autenticidad de la hipótesis. De lo que no cabe duda es de que la primera versión, pues como tal considero el artículo aparecido en *La Soberanía Nacional*, cotejada con la versión definitiva de *El presidio político en Cuba*, presenta diferencias sustanciales.

Sea como sea, *El presidio político en Cuba* apenas refleja solamente las vivas reminiscencias que guarda en la memoria de las atrocidades perpetradas ante sus ojos sobre ancianos y, crimen quizá aún mayor, sobre indefensas criaturas de diez, doce y catorce años de edad, condenadas a diez años de prisión.

Al enumerar sus propios sufrimientos, a los diecisiete años de edad, afirmará que "el orgullo con que agito estas cadenas, valdrá más que todas mis glorias futuras; que el que sufre por su patria y vive para Dios, en este u otros mundos tiene verdadera gloria" (p. 54).

Existe algo más que los recuerdos de las torturas físicas y morales y sus respectivas denuncias.

No se cansa de señalar la dualidad gravosa de la España de acá "tan injusta, tan indiferente", de la España de allá, "repelente y desbordada" (p. 46).

Ante tantos crímenes, hace un llamado al sentido común y al sentido del honor de la nación española, reclamando la rege-

<sup>1</sup> José Martí: *Obras completas*, La Habana, Editorial Nacional de Cuba 1963-1965, t. 1 p. 36. (En lo adelante, las citas que se refieren a la obra de José Martí, se remitirán a la mencionada edición de sus obras completas. N. de la R.)

neración de las costumbres crueles de opresión, implantadas como regla en el presidio político de Cuba, para que haga "olvidar algunos de sus días más amargos al que ni al golpe del látigo, ni a la voz del insulto, ni al rumor de sus cadenas, ha aprendido aún a odiar" (p. 46).

Destaca la contradicción y la incoherencia de las inteligencias de la Península, ya que "hasta los hombres que sueñan con la federación universal [...] sancionaron la opresión de la independencia que ellos predicaban, y santificaron como representante de la paz y la moral, la guerra de exterminio y el olvido del corazón" (p. 48).

Y concluye con una lógica inquebrantable: "España no puede ser libre mientras tenga en la frente manchas de sangre" (p. 48).

Sin embargo, a pesar de fustigar y de ridiculizar con virulencia y sarcasmo la integridad nacional, que "¡conmueva, engrandezca, entusiasme aquí [...] [pero] que azota, que deshonra, que asesina allá!" (p. 65). *El presidio político en Cuba* no es aún una declaración de guerra, no es explícitamente una defensa clara, frontal, de la independencia de la colonia vilipendiada, aunque permanezca subyacente en muchos pasajes el sentimiento de solidaridad hacia los bravos "mambises" que luchaban por la liberación de Cuba.

En esa ocasión, de hecho, Martí no pide la autonomía de la patria, como lo afirma expresamente: "Yo no os pido que firméis la independencia de un país que necesitáis conservar y que os hiere perder, que sería torpe si os lo pidiera" (p. 49).

El problema era otro: "Exijo compasión para los que sufren en presidio, alivio para su suerte inmerecida, escarnecida, ensangrentada, vilipendiada" (p. 50).

Es una de las ideas centrales de su obra, que repite incansablemente: "Yo os pido latidos de dolor para los que lloran, latidos de compasión para los que sufren" (p. 50).

Una vez proclamada la República (11 de febrero de 1873), José Martí publica cuatro días después *La república española ante la revolución cubana*, donde refleja una evidente radicalización política.

Es cierto que encontramos en este segundo folleto un claro eco de ciertas formulaciones del primero, las cuales le son queridas, como en el siguiente caso: "La gloria y el triunfo no son más que un estímulo al cumplimiento del deber" (*O. C.*, t. 1, p. 89).

En contrapartida, refleja un conocimiento profundo de la compleja realidad política española, expresando muchas veces la esencia de las doctrinas defendidas por los republicanos españoles más coherentes:

Hombre de buena voluntad, saludo a la República que triunfa, la saludo hoy como la maldeciré mañana cuando una República ahogue a otra República, cuando un pueblo libre al fin comprima las libertades de otro pueblo, cuando una nación que se explica que lo es, subyugue y someta a otra nación que ha de probar que quiere serlo [p. 89].

Fueron los propios republicanos españoles quienes en la Península, en períodos distintos, denunciaron y censuraron la escandalosa y salvaje opresión que se llevaba a cabo en Cuba, como recuerda Martí, además, en este pasaje: "Así lo ha dicho muchas veces la República proclamada. De tiranos los ha acusado muchas veces la República triunfante" (p. 90).

Esta vez, sin embargo, justifica la insurrección del pueblo cubano, en la medida en que "pidió, rogó, gimió, esperó. ¿Cómo ha de tener derecho a condenarla quien contestó a sus ruegos con la burla, con nuevas vejaciones a su esperanza?" (p. 90).

Argumentando con gran lucidez, identifica la lucha de los patriotas cubanos con la de los republicanos españoles, para preguntar seguidamente: "¿Cómo ha de haber republicano honrado que se atreva a negar para un pueblo el derecho que él usó para sí?" (p. 91).

En un estilo elocuente, que sería sello indeleble del discurso político, el mismo tiempo que trascendental, como voz austera que traduce las aspiraciones colectivas, incluso cuando se expresa en nombre propio: "Mi patria escribe con sangre su resolución irrevocable. Sobre los cadáveres de sus hijos, se alza a decir que desean firmemente su independencia" (p. 91).

Sin ambigüedades de ninguna índole, afirma la defensa intransigente de la independencia de Cuba como un derecho inalienable, lo que, a mi juicio, señala la diferencia cualitativa del texto de 1871.

De las doctrinas expuestas, se infieren los conceptos de belleza, sacrificio, honor, dignidad, de patria, en su día, en que todo se conjuga, y que Martí define en estos términos: "Patria es comunidad de intereses, unidad de tradiciones, unidad de fines, fusión dulcísima y consoladora de amores y esperanzas" (p. 93).

Pero llega a abogar por el uso de las armas, al interponer con altiva autoridad: "¿Cuándo expresa más firmemente un pueblo sus deseos que cuando se alza en armas para conseguirlos?" (p. 92).

El futuro teórico e inspirador de la revolución cubana prevé que la lucha será larga, pero que no habrá otra alternativa. "La República sabe que para conservar a Cuba, nuevos cadáveres se han de amontonar, sangre abundantísima se ha de verter" (p. 93).

Utilizando una dialéctica cerrada en favor de la idea independentista del pueblo cubano, niega todo y cualquier vínculo con la nación que siempre había oprimido y humillado a la patria amada. "¿Cómo ha de consentir la revolución cubana que España conceda como dueña derechos que tanta sangre y tanto duelo ha costado a Cuba defender?" (p. 93) Y concluye con esta síntesis sorprendente: "Cuba quiere ser libre.—Así lo escribe, con privaciones sin cuento, con sangre para la República preciosa, porque es sangre joven, heroica y americana". (p. 97). (Subrayo intencionalmente la palabra *americana*.)

En conclusión, cuando José Martí abandonó España en 1874, una vez concluidos sus estudios de Derecho Civil y Cánónigo, y seguidamente de Filosofía y Letras (abril y octubre de 1874, respectivamente), los pilares de su pensamiento revolucionario formaban ya un cuerpo doctrinario fuertemente estructurado y había tomado la decisión de sacrificarse por la liberación de su patria, como en realidad ocurrió.

Las sucesivas experiencias y la diversidad de vivencias en países de Hispanoamérica, contribuyeron al enriquecimiento de su ideario. Por último, el conocimiento que adquirió de la vida política, las costumbres y las ambiciones de los Estados Unidos, lo elevaron al lugar descollante de precursor de la lucha antimperialista en el mundo.

Antes que nadie, vislumbró en el coloso imperialista —prácticamente antes de que este asumiera su papel—, lo que la historia vendría a confirmar —y hoy más que nunca—: que los Estados Unidos, "el caimán estrellado", como lo caracterizó Paul Laraque, "nada en nuestras aguas [y] en todas las aguas del mundo", que "devora a nuestros hijos [y] devora a todos los hijos del mundo" (Paul Laraque: *Les armes quotidiennes. Poésie quotidienne*, Ciudad de La Habana, Ed. Casa de las Américas, 1979, p. 21. En francés en el original).

## José Martí frente a los caudillismos de la época liberal (Guatemala y Venezuela)

JEAN LAMORE

### I

Se suele considerar —con bastante razón— que, hasta los años 1885, 1886 ó 1887, Martí se adhiere a los ideales del liberalismo. Después de estas fechas, su pensamiento va radicalizándose cada vez más a la luz de las experiencias vividas en la América del Norte y dentro de la *praxis* revolucionaria de independencia nacional.<sup>1</sup>

En este trabajo, queremos examinar del modo más riguroso dos momentos del período anterior al año 1882, es decir, las experiencias de Martí en Guatemala y en Venezuela. En efecto, si es verdad que en aquella época, Martí mantiene como ideal cierta forma de liberalismo, dichas experiencias le llevan ya a una toma de conciencia crítica acerca de los regímenes "liberales" latinoamericanos. Martí se encuentra en el Continente en un período en que la reforma liberal es productora de nuevas formas de poder que no garantizan las libertades democráticas ni son reductoras de las desigualdades sociales.

Julio Le Riverend, en un trabajo publicado en 1968 ("Martí en la Revolución de 1868", *Casa de las Américas* n. 50, septiembre-octubre de 1968), observó justamente a propósito de Martí que si algunos biógrafos e historiadores describieron el personaje y los hechos, nos toca ahora la tarea imprescindible y urgente de subrayar mucho más rigurosamente la relación entre el uno y los otros. Esta preocupación es exactamente la que nos guía ahora y, por eso, hemos emprendido un trabajo sistemático de descripción de los contextos. Esa "aproximación contextual" es el único método que nos permite buscar las relaciones entre José Martí y los hechos que constituyen la trama del medio sociopolítico dentro del cual le tocó vivir y obrar.

<sup>1</sup> Véase, por ejemplo, el artículo de Isabel Monal, "José Martí: del liberalismo al democratismo antimperialista", *Casa de las Américas*, n. 76, enero-febrero de 1973. En este trabajo, Isabel Monal sitúa la verdadera radicalización del pensamiento de Martí entre julio de 1886 y noviembre de 1887. La autora escribe que Martí, después de 1887, puede ser considerado como "demócrata popular avanzado y antimperialista radical".

Esas relaciones no son siempre fáciles de determinar. Para el historiador que debe atenerse a los hechos, apoyándose en documentos y testimonios, hay vacíos importantes, especialmente en lo que se refiere a las estadías de Martí en Guatemala y en Venezuela. Pero, como veremos, ocurre que ciertas ausencias de huellas escritas son por sí solas significativas.

Martí estuvo en Guatemala desde marzo de 1877 hasta julio de 1878. Es cierto que Guatemala podía ofrecer a Martí en aquel período una imagen seductora: triunfo de las ideas liberales sobre el conservatismo anterior, creación de un gran producto de exportación —el café— y, para promoverlo, un desarrollo de las infraestructuras con cierto dinamismo (caminos, telégrafos, puentes, ferrocarril). Ese dinamismo en las realizaciones técnicas no podía dejar de gustarle a Martí, quien ve en ello la victoria del hombre sobre la naturaleza y la promesa de un bienestar futuro para la población. Además, el gobierno de Barrios se interesa muy particularmente por la instrucción pública. Se promulga una serie de leyes para organizar todo el ciclo educativo sobre bases laicas. Otro factor atrayente para Martí: la actitud de Barrios frente a la independencia cubana. En 1875, el gobierno de Guatemala reconoce a "Cuba libre" y su derecho a la plena soberanía, y abre sus puertas a emigrados cubanos.<sup>2</sup>

Sin embargo, la realidad guatemalteca de la Reforma liberal presenta aspectos menos halagadores. Evoquemos brevemente algunos puntos esenciales, y primero, la educación. Es el campo más positivo para Martí: en el folleto *Guatemala*, hay un elogio vibrante de la obra educativa de la Reforma liberal guatemalteca, y no debemos olvidar que es en Guatemala donde Martí se convierte realmente en un educador. Pero, para quien sabe leer entre líneas, es obvio que Martí escribe sobre el presente pensando en el futuro. A partir de un hecho determinado suele expresar un ideal. Así sucede con su evocación de la educación popular guatemalteca. Cuando dice: "los indios a las veces se resisten; pero se educará a los indios. Yo los amo, y por hacerlo haré",<sup>3</sup> se trata, ante todo, de un compromiso personal, sugiriendo al mismo tiempo que la obra queda por hacer. Además, va mucho más lejos que los ideólogos prepositivistas de la Reforma liberal. Para ellos, no hay

nada entre la nación y la humanidad. Martí introduce la idea de una educación realmente americana, dentro de la cual tiene un lugar preminente la necesaria educación de los indios.

Sobre la cuestión indígena también es interesantísima la experiencia de Martí en Guatemala. A pesar de las apariencias de la propaganda oficial, el período fugaz que vive Martí en Guatemala no es una época de felicidad para los indios. Se habla mucho de ellos en la prensa y en los medios gubernamentales, porque la clase dominante, la de los *ladinos*, la de los liberales positivistas, quiere integrarlos en la marcha hacia el progreso. Pero, con tal que el motor sea esa misma clase *ladina*, y que el indio sea el auxiliar del progreso, su brazo dócil y barato. El retrato que hace Martí del indio en Guatemala no es un retrato idílico, sino dialéctico. Cuando sus contemporáneos positivistas sólo destacan en el indio sus "defectos" y lo consideran como una traba en la marcha de la civilización, Martí, sin ocultar los aspectos negativos de la realidad indígena, empieza a buscar las causas, para combatirlas. En sus "Reflexiones" (O.C., t. 7, p. 159-169) destinadas a preceder los informes de los jefes políticos, aunque es todavía un texto de juventud, ya se esboza una teoría histórica de la suerte del indio americano. Martí se encuentra en Guatemala precisamente cuando Barrios decreta el famoso *Reglamento de Jornaleros* (3 de abril de 1877) que restaura el sistema colonial del *mandamiento* para hacer de las masas de indios campesinos mano de obra a las órdenes de la burguesía *ladina*.<sup>4</sup> El desarrollo de una "capa media alta" —según la expresión del historiador Severo Martínez Peláez—, se hace merced a la confiscación de las tierras municipales indias y a una "neoesclavitud". Esa nueva *mesocracia* rural se desarrolla gracias a

<sup>4</sup> Decreto número 177, *Reglamento de Jornaleros*, Sección Ira.: "De los patronos"; Sección 2da.: "De los Jornaleros", *Recopilación de Leyes*, año 1877, Biblioteca del Congreso de la República de Guatemala, p. 69-75. Ese decreto fue precedido por una carta dirigida por Barrios a los jefes políticos de los Departamentos el 3 de noviembre de 1876, donde se refleja muy bien la opinión de la clase *ladina* acerca del papel asignado a los indios dentro del porvenir de la sociedad "liberal": "Está [el señor Presidente] así mismo persuadido de que el único medio de mejorar la situación de los indios, sacándoles del estado de miseria y abyección en que se encuentran, es crearles necesidades que adquirirán por medio del contacto continuo con la clase *ladina*, habituándolos también al trabajo para que puedan llenarlas, convirtiéndolo así en útil y productiva para la agricultura, para el comercio y para la industria del país, esa inmensa mayoría de los habitantes de la República, para la cual no ha principiado todavía a animar la civilización".

Gracias a ese decreto, se reconoce oficialmente la institución del *mandamiento*, es decir, que un pueblo indígena puede, en cualquier momento, verse requerido para suministrar cierto número de "manos" al propietario que lo pida. Sobre esas disposiciones, escribe el historiador Severo Martínez Peláez: "Grandes sectores de las capas medias romperán entonces sus ataduras, todavía coloniales, y tendrán un formidable desarrollo. Pero sobre el indio caerán nuevas ataduras, nuevas cadenas que van a consolidar y prolongar su condición de siervo, de productor básico no libre, aterrizado, despiadadamente explotado, para mucho tiempo más [...] Las rancherías van a multiplicarse con las fincas cafetales, y en esos antros van a encontrarse y confundirse indios y *ladinos* pobres, protagonizando una nueva y dura servidumbre" (*La patria del criollo*, 5ta. edición, San José de Costa Rica, EDUCA, 1979, p. 413).

<sup>2</sup> Existía en la capital y las grandes ciudades guatemaltecas una imborrable "sensibilidad cubana". Por el decreto número 138 del 6 de abril de 1875, el gobierno de Guatemala reconoce que el 10 de octubre de 1868, el pueblo de Cuba proclamó su independencia y tiene derechos a constituirse en una nación con plenos derechos. Hubo una reacción violenta del Capitán General de Cuba, y Barrios tuvo que mandar al doctor Montufar a Madrid para arreglar esa situación delicada sin romper las relaciones con España.

<sup>3</sup> José Martí: *Guatemala, Obras completas*, La Habana, Editorial Nacional de Cuba, 1963-1965, t. 7, p. 157. (En lo sucesivo, las citas que se refieren a las obras de José Martí, se remitirán a la mencionada edición de sus *Obras completas*. N. de la R.)

una política "antiliberal" decidida por un gobierno liberal. Esto todavía no lo analiza Martí en 1878. Son observaciones que enriquecerán su doctrina sobre la explotación de los indios varios años después.

En cambio, en Guatemala adopta una actitud muy radical sobre el lugar que debe ocupar el indio en la historia de América. Es el tema de una disputa que surge entre él y el director de *El Progreso*, Valero Pujol.<sup>5</sup> Ya en Guatemala, Martí plantea tres ideas: la pluralidad de las civilizaciones, la grandeza de las civilizaciones precolombinas, y la visión de la Conquista como ruptura violenta de una cultura en marcha. Tres ideas negadas por gran parte de la sociedad liberal en que se mueve Martí en aquel entonces.<sup>6</sup>

Todo esto se desarrolla bajo un régimen que se hace cada día más personal y más despótico. Esa experiencia de un poder neocaudillesco, a la vez fruto y simiente del liberalismo finisecular, se repite para Martí bajo una forma algo distinta tres años más tarde en Venezuela, donde permanece desde fines de enero hasta el 28 de julio de 1881.<sup>7</sup>

Guzmán Blanco, hijo de Antonio Leocadio Guzmán, fundador del Partido Liberal, después de tomar a Caracas por la fuerza, establece un orden autocrático. Él también quiere promover la instrucción gratuita y obligatoria, pero es un fracaso. En realidad es un caudillo central que se apoya en los caciques locales y los neutraliza después, dándoles ventajas económicas. Cuando Martí llega a Caracas, Guzmán se ha asegurado la alianza con la élite comercial y financiera. Política personalista

5 El artículo de José Martí, "Los Códigos Nuevos", fue publicado en *El Progreso* el 22 de abril de 1877, con la carta de Martí al ministro Joaquín Macal. Pero el director de *El Progreso*, Valero Pujol, puso antes la nota siguiente: "Se nos remite para su inserción una carta dirigida al Sr. D. Joaquín Macal, ministro de Relaciones Exteriores, y un notable artículo sobre los Códigos Nuevos, ambas cosas escritas por el joven e ilustrado abogado cubano D. José Martí. Con mucho gusto les damos cabida aun retirando parte considerable del original [...] Apreciando en mucho los brillantes pensamientos del señor Martí, necesitamos, sin embargo, declinar la responsabilidad de ciertas afirmaciones, como aquella con que comienza el artículo, no sea que pueda creerse aprobación tácita de opiniones que suponen una cultura extraordinaria en pueblos que sí fueron torpemente atropellados, pero que carecían de la grandeza y desarrollo que se les atribuye. Esto no afecta al conjunto del bien meditado trabajo [...]"

6 Las ideas de Valero Pujol correspondían en realidad a una corriente. En la prensa de aquellos años, son numerosos los artículos que desarrollan la misma línea. Se suele analizar la Conquista como un período cruel, pero necesario para fecundar un territorio poblado por grupos salvajes. Por ese medio, se niega a los indios la capacidad de desarrollar una verdadera civilización para hacer de ellos unos siervos del progreso movido por el poder liberal.

Hubo excepciones. En el seno de la sociedad El Porvenir, autores como Salvador Falla, amigo de Martí, presentaban una visión más dialéctica del indio.

7 Nuestras investigaciones permiten pensar que Martí llegó a Caracas a mediados del mes de enero de 1881. Su nombre no aparece en ninguna lista de pasajeros. Sin embargo, en la lista del vapor alemán Felicia, entrado en La Guaira el día 20 de enero, figura un pasajero llamado "Mantilla". ¿Mera coincidencia?

que utiliza el liberalismo para enriquecer a la alta burguesía y la clientela de los caciques locales.

Dentro de aquel marco, Martí es esencialmente periodista y orador. Conoce de cerca a la joven generación de escritores venezolanos, y cuenta con la amistad preciosa de un hombre excepcional como Cecilio Acosta. La gran preocupación de Martí durante aquellos meses es la de la libertad: libertad para Cuba, libertad real para América, y libertad para el hombre. Por segunda vez, va a ser víctima personal del despotismo de un caudillo de filiación liberal, y tiene que irse precipitadamente del país.

No es extraño, entonces, después de lo expuesto, que Martí ya en 1880, evoque en carta dirigida al jefe mambí Emilio Núñez, los peligros del *caudillismo*. En esa carta, condena de antemano a "un nuevo caudillo [que haría] una guerra mezquina y personal"; condena a "los revolucionarios de oficio", y destaca la necesidad del apoyo activo de las masas populares (O.C., t. 1, p. 162).

Así, hacia 1880, se concreta en el pensamiento de Martí, al mismo tiempo, un deseo de eficacia y la búsqueda de una moralidad democrática. En los tiempos de la Guerra Chiquita,<sup>8</sup> se sientan ya las bases de lo que será en Martí la crítica constructiva de las empresas personales de poder y la marginalización consecutiva de los pueblos en la construcción de la independencia y de la sociedad descolonizada. Por eso revisitan gran interés bajo este aspecto esas experiencias vividas por Martí en esos dos países que conocen regímenes personales bajo una fachada liberal: Guatemala y Venezuela.<sup>9</sup>

## II

En Guatemala, Martí lleva una vida pública bastante intensa. Mantiene relaciones con varias personalidades de alto rango, sobre todo durante el primer año de su estadía, es decir, durante 1877. Muy conocido dentro de la opinión pública de Ciudad de Guatemala, pronuncia discursos en lugares públicos y concurridos, como el Teatro Nacional, donde aparece al lado de los ministros Montúfar y Herrera y es presentado por Santiago Barberena, alta personalidad del gobierno; toma la pala-

8 Advertimos que durante su estancia en Guatemala, la preocupación cubana de Martí no desapareció nunca. Se sabe que redactó el borrador de una obra crítica sobre la guerra de 1868. Ese manuscrito, por desgracia, desapareció.

9 No desconocemos —ni menospreciamos— la experiencia martiana en México; sin embargo, la dejamos fuera de este trabajo porque Martí no vivió directamente dentro del régimen porfirista.

bra de manera regular en las veladas de la Escuela Normal Central; en septiembre, toma una parte muy activa en los actos de conmemoración de la independencia. En mayo, había usado de la palabra ante los Jefes políticos, de los Departamentos reunidos en el congreso anual en la capital.

Esta vida "oficial" no tiene nada extraño: acogido oficialmente por el gobierno, sintiéndose a su llegada en acuerdo con las grandes opciones de desarrollo y progreso de la Reforma Liberal, hace la promesa de no decir nada que pueda perjudicar a ese gobierno que le ha abierto sus puertas. Hasta firmará un manifiesto de solidaridad con el general Barrios en noviembre de 1877, después del intento de asesinato perpetrado contra la persona del Presidente.<sup>10</sup>

Por otra parte, varios documentos y testimonios permiten pensar que Martí solicitó y sostuvo un encuentro con el general Barrios en persona.

El folleto *Guatemala* es un buen reflejo de esta cara oficial y agradecida de Martí en Guatemala. Muy preocupado por la ignorancia de los extranjeros respecto de las reformas guatemaltecas, Martí escribe ese libro como una manifestación de agradecimiento, pero también con el fin de incitar a los inmigrantes a establecerse en esta tierra. Haciendo esto, Martí quiere aportar su contribución en la construcción de una república latinoamericana que proclama su fe en la educación y en el progreso económico.

Pero detrás del Martí público, cumplidor escrupuloso de su deber de huésped hacia las autoridades guatemaltecas, hay un Martí íntimo, el Martí confidencial de las cartas a Manuel Mercado. Esas cartas, desconocidas hasta 1946, han sido estudiadas en Guatemala, esencialmente con el propósito de destacar las informaciones que ofrecen acerca de las inquietudes sentimentales y profesionales de Martí (César Brañas: "Las cartas de Martí a Manuel Mercado", *El Imparcial*, Guatemala, 20, 26, y 28 de enero de 1952). Un nuevo examen de esas cartas nos brinda una serie de observaciones que, a pesar de su brevedad, no carecen de importancia por revelar la evolución del pensamiento de Martí respecto del régimen liberal y del modo de gobernar del general Justo Rufino Barrios.

Esas cartas aportan la confirmación de que, en abril de 1877, Martí descubre la sociedad guatemalteca a través de unos prejuicios muy favorables, llegando a la capital con una mirada benevolentísima hacia la Reforma Liberal (su comentario elogioso de los Códigos Nuevos lo demuestra claramente). Pero las cosas van a cambiar de modo radical. En agosto y septiembre, escribe a Mercado acerca de los indios, de la sociedad, de su viaje a México, de la preparación de su ensayo sobre Guatemala, pero, en noviembre, Martí, al referirle la noticia del atentado contra Barrios, denuncia con gran violencia de tono la represión sangrienta desatada por el gobierno:

Sólo podía hacerla simpática el rigor con que se la ha castigado.—Y pro han de tener razón! ¡No ha de ser verdad que el hombre sea enemigo del hombre,—que no pueda ser hombre de gobierno un hombre generoso! —Ciertos ataques no se traman sino contra quien de algún modo los merece [...] Usted y yo tenemos decidido que el poder en las Repúblicas sólo debe estar en manos de los hombres civiles. Los sables, cortan.—Los fraes, apenas pueden hacer latigos de sus cortos faldones [O. C., t. 20, p. 37].

Enemos ya, en noviembre de 1877, una verdadera profesión de fe civilista, acordada entre Martí y Mercado. Es, bajo el golpe emocional del dramático suceso, el inicio de una larga y fructífera mediación sobre los poderes militar y civil.

En marzo de 1878, en carta a Manuel Mercado: "Correspondencias no hago, porque los hechos son escasos, y las apreciaciones peligrosas" (O. C., t. 20, p. 43).

El Martí habla con desgarro de la desgracia de Ramón Uriarte, la estética de la polibloguía le da asco: es para él un verdadero aprendizaje generador de decepciones.

¿Qué más sabemos que Martí es el blanco de ataques de todos los lados, tanto del grupo conservador como de los medios liberales. Los biógrafos dan como motivos de los ataques de los liberales una xenofobia de parte de los pedagogos guatemaltecos que envidian a aquel brillante orador cubano que ocupa cátedras en la Universidad y en la Escuela Normal. Exacto. Pero la razón verdadera la sugiere el propio Martí: "Con un poco de luz en la frente no se puede vivir donde mandan tiranos" (O. C., t. 20, p. 47).

Así, todos los obstáculos en su camino durante 1878 tienen una causa superior que él sugiere con toda claridad: "Molestaban mi voz, mis principios, mi entereza, mi convicción [...]"

<sup>10</sup> El periódico oficial *El Guatemalteco* del 11 de noviembre de 1877 publica un manifiesto dirigido al presidente Barrios redactado y firmado por los profesores de la Escuela Normal. Comienza así: "Hay heroísmos criminales que inspiran dudas a la Historia y respeto a los hombres honrados: pero hay criminales de tan repugnante naturaleza que, por increíbles, se les rechaza antes de verlos [...] Y sí, en la sombra, se afilan los puñales, no os alarme, señor, que en la Escuela se adiestran las conciencias. Los que educáis serán vuestros soldados". El texto lleva fecha del 6 de noviembre, y entre las firmas, aparece la de José Martí.



de que puede vivirse en un país, enseñando y pensando, sin viciar el alma y pervertir el carácter en la innoble corte hecha a un hombre torpe y brusco" (O. C., t. 20, p. 48).

En cuanto a la xenofobia, no es sólo una actitud de los medios profesionales. El propio Martí dice: "En los colegios, como en el gobierno, hay una animosidad, hipócrita—y por tanto más vehemente—contra los extranjeros [...] Pero el gobierno continúa en su obra:—¿qué he pues, de esperar?" (O. C., t. 20, p. 48).

El 6 de julio de 1878, en carta a Mercado: hace acusaciones muy duras a la sociedad podrida dentro de la cual se ha movido durante más de un año:

Figúrese V. eso que los franceses llaman *égout*: tendrá V. idea de los hombres y cosas reinantes. Los que creen como el gobierno, aunque esto no es cuestión de creencia, son lacayos; los que quisieran morder la mano que los azota, más que la besan, la lamen. Toda verdad común es una osadía; toda institución democrática elemental, propaganda demagógica [...] Trocado esto, con más rapidez desde los asuntos de noviembre, en una gran hacienda, donde todo obedece al látigo de un caprichoso mayoral [O. C., t. 20, p. 51-52].

Un país gobernado como lo sería una finca particular, un gobernante torpe y caprichoso, una clientela de cortesanos... estos son los principales rasgos propios del caudillismo. Estas frases constituyen también una crítica del liberalismo puesto en práctica en Guatemala, donde Martí se da cuenta de que el régimen no garantiza la democracia; al contrario, puede llegar al extremo de producir una vida social profundamente antidemocrática. Es patente que Martí reacciona en 1878 como un demócrata radical, lo que no deja de producir discrepancias muy hondas entre el gobierno de la Reforma Liberal y él; esta situación es la que le lleva a irse del país.

De hecho, se trata de la época en que Barrios se orienta, por etapas rápidas, hacia un poder de tipo personal. Desde la guerra contra El Salvador (1876), Barrios dispone de poderes discrecionales —se apoya sobre los caciques locales, que son los jefes políticos, la Asamblea Constituyente le deja campo abierto con confianza ilimitada—. En realidad, en 1878 todo el poder estaba en las manos de Barrios.<sup>11</sup>

11 Después de romper con Barrios, Montúfar escribió en 1882: "El general Barrios, por su carácter, por su genio, por su índole, por su organización, por la costumbre militar, no sufre restricciones [...] Una Constitución liberal era imposible siendo presidente el general Barrios" (cit. por Paul Burgess en *Justo Rufino Barrios: una biografía*, Guatemala, 1971).

Por otra parte, dentro del régimen "liberal" de Barrios, impera la mano fuerte para lograr el orden público a toda costa: todo responde al binomio "orden y progreso". Así, Martí puede observar de manera directa un producto del liberalismo, donde sólo se acata la idea de progreso económico, con gobierno fuerte que deja los ideales de libertad para un futuro indeterminado. Puede observar de cerca una forma nueva de caudillismo hecho de una mezcla de paternalismo y de mano férrea, representativa de los intereses de la burguesía *ladina*. En el caso personal de Martí, ese caudillismo ha adoptado formas variadas: después de crear las condiciones de una situación privilegiada para el joven abogado cubano (paternalismo), Barrios deja desencadenarse la envidia y la hostilidad contra el espíritu de independencia de José Martí. Este llega a ser *persona non grata*. La destitución de Izaguirre, ordenada por el Ministro de la Guerra —lo que significa que fue por la voluntad suprema del caudillo—, provoca en Martí una reacción inmediata de solidaridad que reviste el carácter evidente de gesto político.<sup>12</sup>

Así se puede ver que, aunque no lo manifestó públicamente, Martí se rebeló profundamente contra lo arbitrario del poder personal y contra la corrupción y el servilismo de la administración de Barrios.

Fue una experiencia importante de algunas de las contradicciones del gobierno de la Reforma Liberal, donde Martí no encuentra la garantía de una vida democrática.

### III

Tres años más tarde, Martí está en Venezuela. Después de unos seis meses en Caracas, sale del país "con premura". ¿Por qué? Lo que caracteriza esa partida es una ausencia casi total de documentos, por lo menos sobre lo que toca directamente a las actividades de Martí durante los días inmediatamente anteriores a su viaje de regreso. Esta ausencia de documentos escritos nos parece por sí sola una información reveladora de la discreción oficial en torno a la salida del cubano. Se trata de una muralla de silencio. Por eso, fuimos realizando un trabajo de aproximación contextual que nos permitiera aclarar las circunstancias de la salida de Martí con un buen grado de probabilidad.<sup>13</sup>

12 Es precioso el testimonio personal del bibliógrafo Gilberto Valenzuela, quien recuerda que la dimisión de Izaguirre sobrevino después de una fiesta escolar, y que todos los alumnos se pusieron en huelga. El propio Izaguirre escribe en 1895, después de la muerte de Martí, en *El Mensajero* de Centro América, de Guatemala, el 24 de mayo de 1895: Martí "renunció sus puestos cuando, por orden del Ministro de la Guerra, se quitó de la Escuela Normal a persona de tanta competencia como el cubano señor José María de Izaguirre".

13 El propio Martí habla de "premura" en la carta que dirige a *La Opinión Nacional* el 27 de julio: "Con tal premura he resuelto este viaje [...]".

La muralla de silencio que rodea la partida de Martí no nos impide —muy al contrario— hacernos cuenta del ambiente de coacción represiva dentro del cual apenas tuvo tiempo de despedirse de su amigo el poeta Eloy Escobar.<sup>14</sup> Sin embargo, esa partida causó gran sorpresa y algunos periódicos se permitieron a manifestarlo. Por ejemplo, un periódico de Valencia, *La Voz Pública*, escribe en su entrega del día de agosto de 1888: "*La Revista Venezolana* ha dejado de publicarse en Caracas. Su redactor, señor José Martí, se ha ido precipitadamente a Nueva York, en el vapor *Claudio* que salió de La Guaira el 27 del pasado julio. Verdaderamente, nos sorprende este finiquito y más nos sorprende que no se explique".

Así se puede comprobar que si carecemos hoy de documentos acerca de la salida de Martí es por responder a una realidad histórica: las causas exactas fueron mantenidas en secreto por proceder del más alto nivel del gobierno. Martí una vez más, se había convertido en *persona non grata*.

El segundo número de *La Revista Venezolana* sale el 21 de julio y se sabe que contenía un elogio de José Martí hecha el gran pensador venezolano Cecilio Acosta. Este había muerto unos días antes, y Martí había trabado con él relaciones de amistad y de aprecio mutuo. Los testimonios de esas relaciones existen y son bastante conocidos. Ahora bien, Guzmán Blanco había ordenado el silencio total acerca del gran intelectual para convertirlo en "un muerto civil", encerrado en su modesta casa. Cuando muere físicamente el 3 de julio, se tiene que organizar el entierro en silencio y en una casi clandestinidad.

Las circunstancias de ese entierro, directamente relacionado con las últimas actividades de Martí en Caracas, nos llevaron a indagar sobre ese acontecimiento, y pudimos encontrar algunos documentos muy reveladores.

Uno de los escasos amigos de Acosta, fuera de Martí, el presbítero José León Aguilar, se atrevió a decir unas palabras ante la tumba, y fue detenido inmediatamente por la policía de Guzmán Blanco, encarcelado, maltratado y desterrado. ¿Cuáles fueron aquellas terribles palabras, tan terribles que ningún periódico se atrevió a reproducirlas; aquellas pocas palabras que acarrearón a su autor la prisión, la tortura y el exilio? Pudimos hallarlas en un informe policial dirigido por el ministro Nicanor Borges al propio Guzmán Blanco el 18 de julio. Ese

informe da cuenta de la detención de Aguilar y, en una hoja suelta, aparecen las palabras siguientes:

*Discurso pronunciado al enterrar en el cementerio el cadáver del Lcdo. Cecilio Acosta:*

Cecilio Acosta, ni doblasteis la rodilla ante el déspota, ni quemasteis incienso a los tiranos! [...] Injusticia e ingratitud cosechasteis en la tierra; pero vuestros talentos y virtudes serán premiados en el cielo. José León Aguilar

(Esto se obtuvo del mismo Sr...)<sup>15</sup>

Notemos que esta detención no aparece referida en la crónica policiaca que publicaba diariamente *La Opinión Nacional*, lo que demuestra la discreción oficial exigida en ese tipo de asunto; sucede lo mismo con la salida de Martí de Venezuela.

Ese incidente es un buen revelador del ambiente de aquel momento, dentro del quinquenio de Guzmán Blanco. Para él, unas palabras de elogio dirigidas a Acosta por el hecho de no someterse al caudillo constituyen una "base de justicia" suficiente para el encarcelamiento inmediato. Y ese suceso es tanto más interesante cuanto que precede en unos pocos días la salida del segundo número de *La Revista Venezolana* de Martí.

Ahora bien, esa revista, difundida en seguida en Caracas, ofrece a sus lectores un elogio de Cecilio Acosta: ese texto, que debía reditarse muchas veces durante el siglo xx en Venezuela, elogia al hombre de letras, al hombre de grandes dotes humanas e intelectuales. El texto de Martí no es, en cuanto al fondo, un texto político; en cambio, el mero hecho de haberlo escrito y publicado en tales circunstancias constituía en sí mismo un acto político para el caudillo. Y este no pudiendo obrar con un extranjero del mismo modo que lo hizo con Aguilar, y como Martí gozaba de cierta notoriedad, obró con prudencia y discreción, y el cubano tuvo que salir del país en el próximo vapor.

De regreso a Nueva York, Martí reanuda, sin embargo, gracias a la amistad de Aldrey, su colaboración periodística con *La Opinión Nacional* de Caracas. A partir del 5 de septiembre, inicia la publicación de las "Cartas de Nueva York", pero las firma *M. de Z.* Más tarde, a partir del 4 de noviembre, aparece la "Sección constante", sin firma. Pero esas dos crónicas co-

14 El artículo que Martí dedica a Eloy Escobar, que acababa de morir en 1888, alude a su marcha de Caracas en 1881: "[Vengan, hijas mías, vengan a decir adiós a este huésped que se nos va de nuestra tierra; y dñele para que se lleve lo mejor que tengamos!" (O.C., t. 8, p. 204).

15 Este documento se encuentra en un legajo de papeles sin clasificar, procedentes de la Secretaría de Guzmán Blanco. Lo pudimos consultar gracias a la amabilidad del Dr. Pérez Vila, director de la Fundación Boulton en Caracas.

nocen tal éxito en Caracas (muchas veces, *La Opinión Nacional* las publica en su primera plana), que la redacción se ve en la obligación de revelar el 6 de enero de 1882 que *M. de Z.* es en realidad José Martí. Así, vemos que Aldrey tuvo que callar el nombre de Martí durante más de seis meses; en cuanto a la "Sección constante", sigue sin firma, aunque recoge los elogios del público caraqueño.

Pero, de nuevo, las cosas van a cambiar en un sentido negativo. Desde el mes de mayo, los textos de Martí pasan cada vez más a las páginas interiores del periódico, y a partir del 15 de junio desaparecen completamente. Tres años más tarde, Martí revelará a Manuel Mercado los motivos reales de esa interrupción: "abandoné por ser condición para continuar aquella labor que consintiese el alabar en ella las abominaciones de Guzmán Blanco" (*O.C.*, t. 20, p. 78).

Así se comprueba que las columnas de *La Opinión Nacional* se le cerraron a Martí en 1882 por haberse negado a unir su voz a las de los alabadores del guzmancismo. Este episodio, un año después de la marcha precipitada de Martí (julio de 1881), es una confirmación más de lo que hemos destacado acerca de las exigencias del caudillo de Caracas y de la reacción de Martí. Los dos episodios se aclaran mutuamente.

Se puede afirmar que Martí experimenta una maduración en Caracas. Los años 1881 y 1882 son, sobre varios puntos, momentos de toma de conciencia, y es en 1882 cuando va a pensar en la acción revolucionaria. La última fase de conocimiento y de meditación es la de Caracas, y esa meditación, aunque va a prolongarse, en lo sucesivo se dirige hacia la patria. En Venezuela, Martí conoce una sociedad burguesa, producto y vivero del guzmancismo, que se caracteriza por una libertad desenfrenada de lujo, y un desprecio total de las realidades autóctonas, dirigiendo sus miradas hacia Europa: "En la ciudad, París; en el campo, Persia", escribe Martí con una fórmula lapidaria. Percibe en Venezuela la existencia de dos mundos coexistentes: un pueblo abierto, de aspiraciones igualitarias, pero ahogado bajo las supersticiones y los prejuicios, que vive en la pobreza; por otra parte, una élite, culta o no, pero frívola, venal y alienada por los modelos europeos. Así, esta ambigüedad de la sociedad venezolana es una cara de la dualidad progresismo/caudillismo que Martí pudo observar.

Guzmán Blanco está entonces en la cumbre de su megalomanía, y ha tenido que sufrir las críticas muy violentas de Cecilio Acosta (en un texto famoso intitulado *Los espectros que son y uno que ya va a ser*, Acosta denuncia vigorosamente las perversiones del liberalismo por parte de Leocadio Guzmán, pa-

dre del caudillo). Guzmán Blanco protege un grupo de escritores serviles: es la época de la *Adoración Perpetua*.<sup>16</sup> Para la burguesía, es la época del lujo y del mal gusto importado, que llega a ser un estilo oficial. Martí es particularmente sensible a esa función corruptora del dinero, y encuentra al que simboliza en Caracas la condenación de esa venalidad: Cecilio Acosta. Para Martí, que acaba de romper con toda posibilidad de carrera personal en Cuba, la influencia de Acosta es determinante. El individualismo de Martí está cambiando radicalmente, así como su visión del liberalismo; después de Caracas, Martí será muy sensible a detectar el poder corruptor del dinero y las alienaciones de la persona humana.

Esta experiencia vivida de una sociedad latinoamericana en forma del caciquismo y de la alienación europea, produce en Martí un rechazo muy vigoroso.

Guzmán Blanco se presenta, además, como promotor del positivismo. Protege a Adolfo Ernst, el iniciador prusiano de la juventud caraqueña al positivismo.<sup>17</sup> Si esa reacción positivista puede ser entendida como necesaria contra un pasado escolástico y conservador, no impidió que el caudillo se valiera del positivismo como de un pedestal, tratando de darse una aureola de científico. Martí puede ver concretamente esos polígrafos del positivismo.

El pensamiento de Martí en Venezuela está en una fase de evaluación hacia el continentalismo americano; y establece una relación entre el caudillismo y continentalismo. Puede concluir que el caudillo del siglo XIX obra por su parte en contra del continentalismo; reduce sus ideas a la dimensión de sus intereses y de sus apatías: Martí luchará siempre contra ese letargo, y esa experiencia le lleva ya en Caracas a ir hacia la acción revolucionaria de las cuestiones nacionales. En los *Aparatos* de 1882 se escribe: "¡Acelera su fin paralizar el pueblo que se prolonga como de concierto con los pueblos que le son enemigos del siglo del general!" (*O.C.*, t. 21, p. 164-165).

Y es al salir de Venezuela cuando en su carta a Aldrey expresa su promesa de servir a América como un hijo.

<sup>16</sup> Es durante el quinquenio, en la época en que Martí se encuentra en Caracas, cuando Guzmán Blanco obra cada día más como un autócrata, afirmando su poder personal, enriqueciéndose con la oligarquía liberal y organizando su propia adulación oficial. A este respecto, véase el testimonio de José Gil Fortoul, *Historia constitucional de Venezuela*, y el libro de Ramón Díaz Sánchez, *Guzmán, eclipse de una ambición de poder* (Caracas, 1950).

<sup>17</sup> Adolfo Ernst, llegado a Caracas en 1861, desarrolló una gran actividad, dio a la política guzmancista una base ideológica. Fundó la cátedra de Alemán, y la de Filosofía Positiva en 1866, la de Historia Natural en 1874, explicando a Lamarck y a Darwin. A raíz de su enseñanza e influencia, se formaron varias generaciones positivistas en Caracas.

## IV

Es muy interesante comprobar la importancia de la función de la experiencia en el caso de Martí: nunca se contentó de las generalizaciones teóricas, y siempre estuvo abierto a nuevos análisis a la luz de situaciones reales. Así ocurre con esas experiencias americanas que van a madurar en su espíritu durante los años vividos en el Norte. Es interesantísimo ver, por ejemplo, como unos meses solamente después de su salida de Caracas, Martí denuncia con indignación ciertas formas negativas de la democracia norteamericana. Condena el papel del *boss* que, en las corporaciones, hace y deshace las elecciones según sus intereses circunstanciales: "del nombre de *boss* que se da a estos caudillos [...] viene el nombre de *bossismo*, que pudiera traducirse por el nuestro de cacicazgo [...] El *boss* no consulta, ordena; el *boss* se irrita, riñe, concede, niega, expulsa; el *boss* ofrece empleos, adquiere concesiones a cambio de ellos, dispone de los votos y los dirige" ("Carta de Nueva York", *O.C.*, t. 9, p. 64).

Y saluda con entusiasmo la rebelión de ciertos ciudadanos contra esas prácticas antidemocráticas. Ese ejemplo es muy revelador: primero, demuestra la constante inquietud en Martí por una sociedad realmente democrática, y su rechazo de todo personalismo en el poder. En segundo lugar, tomando como ejemplo el Norte, modelo mitificado de democracia para muchos latinoamericanos de su tiempo, plantea la universalidad del fenómeno, rechazando la tesis del caudillismo tenido por una lacra, una "enfermedad" de la "raza latina", como una especie de fatalidad que dirige la historia de la América Latina. Martí demuestra exprofeso que la sociedad norteamericana también tiene sus "caciques" antidemocráticos en el corazón de la sociedad liberal.

Se sabe que en Guatemala como en Venezuela, Martí piensa constantemente en Cuba. La inquietud por la democracia real, reiterada en sus escritos de 1882 a 1885, adquiere en el marco de la preparación de la guerra la importancia de un elemento esencial de su estrategia: la de la unión en el orden, lo que implica la participación activa del pueblo y la desaparición de las iniciativas personales, es decir, caudillistas. El debate entre José Martí y Máximo Gómez sobre ese asunto es muy conocido, y por ello no lo evocamos más ahora: en el comportamiento de Martí confluyen entonces el recuerdo de las divisiones entre los jefes de la Guerra de los Diez Años, y las experiencias personales y recientes de los males de las repúblicas del Continente. Se trata ahora de una crítica radical de las experiencias americanas del siglo XIX, con una perspectiva

incontestable: la necesidad de la unión nacional en la construcción de la independencia de Cuba. Durante esos años, Martí impugna todas las diversas formas de caudillismo que puedan nacer en la guerra. Al verbo *caudillar*, opone el verbo *juntar* a la fórmula *interés personal*, opone *interés del pueblo*, etc. ("Al general Máximo Gómez", *O.C.*, t. 1, p. 177-178 y "A. J. A. Gómez", *O.C.*, t. 1, p. 187-186).

Ese rechazo del personalismo toma su forma más ejemplar en la concepción y organización del Partido Revolucionario Cubano, que representa la fase superior de organización revolucionaria en Martí. Desde su fundación, hecha sobre las bases sumamente democráticas, se plantea la cuestión del estatuto del Delegado, Martí trabaja constantemente por destruir el mito del "hombre providencial", y lleva una verdadera campaña por la acción colectiva, condenando el personalismo. A la acción de Persona, Martí responde con la de Patria. Basta con leer su admirable artículo publicado en *Patria* en 1895, titulado "Persona y patria": "Es una idea lo que hay que llevar a Cuba: no una persona. No es Martí el que va a desembarcar: es la unión magnífica de las emigraciones [...] No es Martí quien va a embarcarse: es eso lo que se embarcó y ha llegado ya a Cuba. ¡Barrimos la Persona! ¡Servimos a la Patria!" (*O.C.*, t. 2, p. 278).

Por primera vez, una guerra de independencia no se fundaba en el caudillismo militar, sino que era dirigida por un partido democrático que se apoyaba en un análisis de las circunstancias históricas. "La idea de la persona redentora es de otro mundo y edades, no de un pueblo crítico y complejo [...] Las emigraciones, de acuerdo con la isla [...] aborrecen la Persona, y adoran la Patria!" (*O.C.*, t. 2, p. 281).

Martí percibe la necesidad de la adecuación histórica entre la voluntad del hombre (alto dirigente, líder, responsable), y las realidades objetivas del pueblo al que pertenece: supo, y en eso se adelanta a su tiempo, destacar la diferencia radical entre la imagen mítica creada en torno a la Persona, y la colectiva, como realidad histórica de un pueblo que destaca de su seno a unos líderes en adecuación total con sus caracteres y sus problemas. "La creación de caudillos rivales" es denunciada como uno de los males más profundos de las nuevas repúblicas de América, en el *Manifiesto de Montecristi*, documento supremo de la Guerra de 1895.

Hemos podido ver cómo la crítica radical del caudillismo hecha por Martí tiene sus raíces en las experiencias americanas de los años 1875 a 1881. Y es al mismo tiempo una reflexión sobre el liberalismo y el positivismo de su época.

- En primer lugar, reflexión acerca del liberalismo como filosofía estatal para el progreso. Martí es un liberal, se suele decir, por lo menos hasta 1886. Es liberal —como lo destacó Carlos Rafael Rodríguez en su ensayo “Martí, contemporáneo y compañero”<sup>18</sup> en cuanto está siempre inquieto por la libertad individual, la propiedad individual, etc., pero se dio cuenta de que el liberalismo no resolvía las desigualdades sociales (lo pudo ver en Guatemala y en Venezuela), ni garantiza las libertades cuando genera regímenes personales antidemocráticos. A partir de una reflexión sobre el caudillismo de la Independencia de principios de siglo, pudo observar la evolución de ese caudillismo desde unas formas “bárbaras” hacia formas más edulcoradas bajo una fachada liberal. En sus *Apuntes* [de 1881], Martí condena al Partido Liberal de Cuba, al mismo tiempo que demuestra una gran lucidez con respecto a los aportes limitados del liberalismo en las repúblicas americanas: “En América, la revolución está en su período de iniciación. —Hay que cumplirlo. Se ha hecho la revolución intelectual de la clase alta: helo aquí todo. Y de esto han venido más males que bienes” (*O.C.*, t. 21, p. 178).

Para los cubanos de Cuba, la forma suprema de la tiranía es naturalmente la del gobierno colonial. Ocurre lo mismo con Martí. Pero él sabrá ver que el liberalismo puede aportar —y justificar— otras formas de tiranía.

Esa crítica del liberalismo es también crítica del positivismo. Martí plantea la delicada cuestión de las relaciones entre positivismo y libertad. En Guatemala, no puede aceptar que Barrios ponga el orden para el progreso antes que la libertad democrática. ¿Debe el orden garantizar la libertad?, o bien, ¿se tiene que sacrificar la libertad al progreso, y aceptar la dictadura de un caudillo? Eso nos hace pensar en la búsqueda en México, en la misma época, de una “tiranía honrada”, según decían los discípulos de Gabino Barreda.<sup>19</sup> Según Barreda, el Estado debía garantizar “el orden material” (1877). Y después del progreso material, las libertades llegarán “por añadidura”. Y Justo Sierra pide un gobierno fuerte, para organizar el país donde la única libertad es la de enriquecerse, por lo menos para una minoría privilegiada. Es el principio del porfirismo. En la misma época, el peruano Manuel González Prada denuncia el culto a los caudillos y cree salir de ese caudillismo recurriendo a la ciencia positiva. Martí ve que el po-

<sup>18</sup> Carlos Rafael Rodríguez: “Martí, contemporáneo y compañero”, discurso pronunciado en la Universidad de La Habana, el 27 de enero de 1972. Reproducido en *Siete enfoques marxistas sobre José Martí*, La Habana, Centro de Estudios Marianos, Ed. Política, 1978, p. 79-114.

<sup>19</sup> Véase de Leopoldo Zea *El pensamiento latinoamericano*, Barcelona, 3a. edición, Ed. Ariel, 1976, esp. p. 388-406.

sitivismo liberal no es el remedio al caudillismo. Al contrario. Para Cuba, él quiere una revolución democrática: esta noción se aplica a la situación colonial de la Isla, pero en él hay una exigencia de liberación total para toda América, frente al enemigo exterior, así como frente a las formas antidemocráticas del interior como lo son los despotismos acarreados por el liberalismo finisecular. Esa inquietud nace ya en las tensiones de su Cuba esclavizada, pero adquiere su contenido más rico con sus experiencias centroamericanas, especialmente las de Guatemala y Venezuela.<sup>20</sup>

<sup>20</sup> Esto no quiere decir que excluyamos otros campos de experiencias. En particular, Martí, en esta época, mantiene una postura radicalmente anticaudillista frente a la Guerra Chiquita de Cuba.

# Martí, Betances, Rizal.

## Lineamientos y prácticas de la revolución democrática anticolonial\*

PAUL ESTRADA

"El corazón se llena de ternura al pensar en esos gigantesos fundadores. Esos son héroes; los que pelean para hacer a los pueblos libres, o los que padecen en pobreza y desgracia por defender una gran verdad" (O.C., t. 18, p. 393). Así concluyó José Martí su conocido artículo de *La Edad de Oro* dedicado a ensalzar a Bolívar, Hidalgo y San Martín, "tres héroes" de América. De otros tres héroes cuya vida y cuyo ideal no contradicen tan noble definición, de otras tres glorias nacionales, de otros tres padres de la patria, queremos hablar aquí: del cubano José Martí (1853-1895), del puertorriqueño Ramón Betances (1827-1898), del filipino José Rizal (1861-1896).

Hasta la muerte lucharon los tres contra el mismo enemigo principal para liberar a sus islas de la dominación colonial española. ¿Por qué no acercarlos y reunirlos? ¿Por qué no emprender el estudio comparado de su obra emancipadora? Algunos notables críticos, por cierto, han desarrollado ora el paralelo Martí-Betances, ora el paralelo Martí-Rizal.<sup>1</sup> Sin pretender, por consiguiente, innovar en zonas vírgenes, ni echar luz nueva sobre viejas cuestiones teóricas debatidas entre marxistas, pensamos que hoy en día —cuando viene ensorberándose la solidaridad internacionalista, esa "flor mundial" que hace milagros, al decir del poeta Gustavo Valcárcel— es tiempo

### NOTA PRELIMINAR

Las citas que se hacen de Martí, Betances y Rizal, salvo las excepciones apuntadas en las notas, remiten a las recopilaciones siguientes:

— José Martí: *Obras completas*, La Habana, Editorial Nacional de Cuba, 1963-1965.

— José Rizal: *Escritos*, Manila, Comisión Nacional del Centenario, 1961, 19 vol. (En español y en inglés).

— Luis Bonifacio: *Betances*, San Juan, Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1970. (Es edición de la obra de 1901, Madrid).

Concerniente, por desgracia, de gran parte del material betancista, pese a los esfuerzos sucesivos de Manuel Guzmán Rodríguez, el Archivo Nacional de Cuba, Carlos M. Rama, y sobre todo Ada Suárez Díaz, que han publicado buenas selecciones. De próxima aparición se anuncia en la colección Nuestra América de la Casa de las Américas una *Compilación de documentos de Betances*, por Emilio Godínez y Haroldo Dilla.

1 Citamos a José Ferrer Canales: "Martí y Betances", *Cuadernos Americanos*, México, 1974 (V); Leopoldo Zea: "Prólogo" a José Rizal: *Noli me tangere*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1976.

establecer, hasta donde sea fructífero, un natural paralelo entre aquellas figuras cimeras de tres movimientos anticoloniales coetáneos.

Llevado a cabo ese paralelo en lo que atañe a su pensamiento y su acción, terminaremos tratando de ver en qué medida se les puede considerar como "demócratas revolucionarios", partiendo del uso leninista de aquella ancha categoría, desde cuyo enfoque el Centro de Estudios Martianos ha propuesto que reflexionemos juntos.

Por eso hará falta que cotejemos las posiciones teóricas y prácticas que Martí, Betances y Rizal adoptaron con respecto a determinadas cuestiones claves: el separatismo, el internacionalismo, el imperialismo, la democracia (el pueblo). Otros criterios útiles, como son, por ejemplo, sus posiciones respecto de la moral, la religión, la educación o la ciencia, podían añadirse, pero es necesario ceñirnos a los puntos esenciales dentro de la perspectiva trazada, más aún cuando dos de estas obras multifacéticas son poco conocidas por los martianos (¡sin ofender a nadie!), y que nuestra tarea primordial consiste en analizar, volver a analizar y profundizar, el alcance revolucionario, en su dimensión histórica y universal, del Maestro: José Martí.

Permítasenos, antes del examen de los cuatro temas definidores, echar una ojeada de índole biográfica, y otra metodológica.<sup>2</sup>

Sinceramente, si no fuera por las circunstancias históricas de su bregar y por lo que constituyó su razón fundamental de ser —la lucha y el sacrificio por la patria irredenta—, no habría motivo para asociar a Martí, Betances y Rizal. Les diferencia el temperamento y la formación, el medio ambiental de su madurez y los medios económicos de su existencia. Les separa también la edad. Betances pertenece, en realidad, a la generación anterior, a la de Lares y Yara, que es la de los presbíteros ejecutados en Manila; además a la temprana edad en que cae fusilado Rizal, el médico puertorriqueño no se había lanzado aún a la acción revolucionaria abierta. Por último los mantiene alejados la inmensidad de los océanos: fijados por necesidad, uno en América, otro en Europa, el tercero en Asia.

2 Huelga consignar aquí cualquier referencia a las conocidas biografías martianas (aunque, dicho sea de paso, una nueva no vendría mal). A quien se interese por la vida y obra de Betances y Rizal, bastante mal tratados en comparación con el cubano, podemos remitirle a José de la Luz León: *La diplomacia de la manigua: Betances*, La Habana, Lex, 1947; Ada Suárez Díaz: *El doctor Ramón Emeterio Betances: su vida y su obra*, San Juan, Ateneo Puertorriqueño, 1968; Wenceslas Emilio Retana: *Vida y escritos del Dr. José Rizal*, Madrid, V. Suárez, 1907; Georges Fischer: *José Rizal, philippin (1861-1896). Un aspect du nationalisme moderne*, Paris, François Maspéro, 1970.

Pasaron a veces, en sus andanzas de juventud y destierro, por los mismos refugios —París, por ejemplo—, pero no llegaron a coincidir. Tampoco se encontraron a propósito. A pesar de las aserciones de Freire,<sup>3</sup> no se conocieron personalmente Martí y Betances, aunque se apreciaban mucho, como se sabe por los testimonios recíprocos de respeto y cariño que se dieron.<sup>4</sup> Ahora bien, no existe siquiera una breve alusión a Rizal en la abundante producción martiana divulgada, con todo y expresarse preferentemente en castellano el patriota filipino.

Hombres de universal cultura, capaces de escribir en varios idiomas (se asevera que Rizal conocía veintidós...), los tres han sido escritores de talento. El novelista prometedor de *Noli me tangere* fue también poeta becqueriano. El publicista del XIX<sup>mo</sup> *Siecle*, de París, fue también cuentista volteriano. Pero ni el uno ni el otro tuvieron la originalidad acendrada del autor de los *Versos libres* o el vigor arrebatador del orador y del ensayista que concibió "Nuestra América". Betances no pretendió ser literato, siendo su literatura un arma de uso circunstancial; Martí lo fue, visceral y exitosamente, casi a pesar suyo; Rizal anhelaba serlo, deseo de gloria literaria adquirida en Europa.

3 Joaquín Freire: *Presencia de Puerto Rico en la Historia de Cuba*, San Juan, Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1946, p. 126-127.

4 Por parte de Martí, véase en sus *Obras completas* 4, 581-582; 5, 43-45 y 431; 8, 2157. Por parte de Betances, véase las cartas del 5 de julio de 1893 y 13 de agosto de 1897 a Gonzalo de Quesada (*Archivo de Gonzalo de Quesada*, Epistolario, La Habana, 1948, tomo II), y su artículo de *La Revue Diplomatique* (París), 10 de octubre de 1897. No conocemos en su totalidad la obra de Rizal para poder afirmar que no se expresó sobre Martí y Betances. Encargados en su *Diario de viaje* de Papitan a Barcelona, redactado a bordo del *Castilla*, con fecha 4 de septiembre de 1896, una enigmática referencia a la muerte de Martí: "El [pasajero] cubano me ha contado algo sobre Martínez Campos, Martí y Salcedo que me ha llenado de asombro. Lo creo apenas". (Rizal, *Escritos*, t. I, p. 277). Este pasajero le habrá narrado algo de una patraña que entonces se rumoreaba en los círculos adictos al general Martínez Campos. Subsisten de esos rumores algunas huellas, como el folleto que un tal Fray Verdades —enemigo de Weyler y Cánovas— escribió sobre *La cuestión antillana* (2da. ed., Zaragoza, A. Sabater, 1897). Dice el supuesto "fratello": "el llamado gobierno de la insurrección consideró necesario entablar negociaciones de paz, y a este efecto fue comisionado Martí a fin de que expusiera al general Martínez Campos tales proposiciones.// Claro es, que no había de negarse el ilustre caudillo a oír las proposiciones de Martí, y con tal fin, le concedió parlamento.// Martí dirigióse a celebrar una entrevista con el general Martínez Campos seguido de una pequeña escolta y dejándose el núcleo de las fuerzas que mandaba a larga distancia.// Cuando el crucilla marchaba a cumplir su misión, el general Salcedo ya había sido posesionado de uno de los cuerpos de ejército que operaban en la gran Antilla, precisamente de aquel que se encontraba en el punto por donde Martí tenía que atravesar.// Es indudable, o a lo menos así debe creerse por razones que aconseja el espíritu de nacionalidad, que el general Salcedo ignoraba el objeto que impulsaba a Martí a correrse con su escolta hacia el punto en que debía conferenciar con el general Martínez Campos, lo cierto es que Martí, antes de realizar sus propósitos, perdió la vida y que el general Salcedo regresó inmediatamente a la Península" (p. 30).

Rizal tenía razón para no creer en aquella fábula. Basta leer los *diarios* de José Martí y Máximo Gómez, e innumerables crónicas mambisas, para darse cuenta de que los patriotas de la manigua no estaban nada desmoralizados a mediados de mayo de 1895 y no trataban de negociar con el ejército español.

Sensibles, inquietos, desinteresados, les movió ante todo la pasión por la libertad humana y una inquebrantable fuerza ética.

Los tres fueron conspicuos conspiradores, vivieron fuera del suelo natal la mayor parte de sus años, desaparecieron, mártires de la causa, antes de que se realizara su sueño de la patria libre; y sus pueblos sufrieron, a raíz del sacrificio de aquellos hombres, el mismo oprobioso destino neocolonial que siguió a la intervención y ocupación militar norteamericana de 1898. Pero el legado de los tres, recogido con dificultad en el pasado, cuando no sepultado adrede, va abriendo hoy para las nuevas generaciones la vía de la verdadera liberación nacional.

Su tiempo, que era ya en los países industrializados el de la revolución social —la cual asomara con la Comuna de París y empezaría a triunfar con la Revolución de Octubre en Petrogrado—, era aún en la mayoría de los países, desde las posesiones periféricas del imperio zarista hasta las posesiones ultramarinas del imperio español, tanto en Hungría como en Turquía y tanto en China como en México, el tiempo de la revolución democrática. Lenin lo planteó al enjuiciar los acontecimientos revolucionarios de 1905 en Rusia, rebatiendo a los dogmáticos.

¿Qué explicó Lenin en *Dos tácticas de la social-democracia en la revolución democrática*?<sup>5</sup> Que "la revolución democrática es burguesa", pero que, "no se desprende de ello que la revolución democrática (burguesa por su contenido económico y social) no sea de un inmenso interés para el proletariado"; que "no postergamos (la revolución socialista), sino que hacemos el primer paso hacia ella por el único medio posible y por el único camino seguro, a saber: por el camino de la república democrática". Invitó a mirar toda revolución democrática en su desarrollo, teniendo en cuenta su contenido clasista real y la evolución de la correlación de fuerzas en la misma.

Se observará que entre la Revolución Francesa de 1789 y la Revolución Portuguesa de los Claveles, o bien entre la revolución Sandinista de Nicaragua, transcurren más o menos dos siglos. En esas condiciones, ¿podrán semejarse las numerosas revoluciones democráticas, en cuanto a propósitos, amplitud, forma? Frecuentemente antif feudales y agrarias, las hubo también sencillamente anticoloniales (antiesclavistas unas, otras no), y las hay francamente antimperialistas (y otras no) etc., etc., sin que lo uno excluya lo otro y sin que estén resueltas sus

5 Esta obra, *Dos tácticas de la social-democracia en la revolución democrática*, fue escrita en Ginebra en 1905. Aparece en el tomo 1 —2a. parte— de la edición francesa de *Oeuvres choisies*, Moscú, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1954, p. 117, 44 y 22 respectivamente. De ella tomamos las frases que traducimos para este trabajo.

ineludibles contradicciones internas. Subrayar el carácter o los caracteres peculiares de cada revolución o intento de revolución democrática es una obligación elemental, previa a toda disquisición.

Estimamos que la revolución que Martí ideó y encabezó, y la que Betances y Rizal sembraron y alentaron, es fundamentalmente anticolonial. La consideramos como fase y aspecto de la revolución democrática en la época del incipiente imperia- lismo y las primeras pugnas interimperialistas. La llamamos revolución democrática anticolonial. O si se prefiere, en vez de anticolonial, independentista o libertadora. Sólo en el caso de la revolución de Martí sería dable calificarla de revolución democrática de liberación nacional, con tal que no se confunda dicha revolución con la guerra hispano-cubano-norteamericana a la que dio lugar.

Siendo la preocupación patriótica anticolonial (o si se quiere, repetimos: independentista o libertadora) la esencial en Martí, Betances e incluso Rizal, erraríamos si nos propusiéramos estudiar su pensamiento político y socio-económico como si los tres parangonados fuesen exponentes coherentes del democracia- tismo revolucionario europeo de tendencias sociales de mediados del siglo pasado. Resulta más íntimo su parentesco ideológico con Mazzini, Garibaldi, Kossuth, Botev, Parnell, portavoces de naciones desmembradas u oprimidas, que con Blanqui o Valles, Herzen o Chernichevski, portavoces de clases explotadas o insatisfechas. Un parentesco que les viene de su pertenencia al mundo de los pueblos sometidos, dependientes o colonizados. Un parentesco análogo al que tienen con Zapata o Sandino, Sun-Yat-Sen o Gandhi, como acertadamente lo señaló Roberto Fernández Retamar en un célebre ensayo escrito en vísperas de la celebración de la primera conferencia tri- continental.<sup>6</sup>

#### ¿SEPARATISTAS?

Desde que a los veinte años, y madrileño por fuerza, redactara *La república española ante la revolución cubana*, Martí llegó a la conclusión de que la libertad de Cuba no procedería de España, sino de la misma Cuba. Ya en 1867, al ver el cariz tomado por la *Información* y al salir expulsado de Puerto Rico con Ruiz y Basora, Betances profetizó: "España no puede dar lo que no tiene".

El Pacto del Zanjón y el inmediato auge del autonomismo en las dos Antillas no les hicieron cambiar de opinión. Ni Martí ni Betances, en los años de estancamiento del movimiento re-

volucionario, sucumbieron al reformismo engañoso y derrotista. Al pie de sus cartas reiteraba Betances: "¡Viva la revolución!"<sup>7</sup> La revolución anticolonial de independencia, por supuesto, cuya preparación condujo a Martí, al madurar las circunstancias, a organizar en breve tiempo en 1892 el Partido Revolucionario Cubano (P.R.C.) con apoyo en París del patriarcal laborante.

"He sido, soy y moriré separatista" escribió Betances en 1892 (Carta a Antonio V. Alvarado, 6 de febrero de 1892, *Betances*, p. 283). De hecho él y Martí fueron separatistas concientes y decididos. Sabían por experiencia —y de sobra— que de España no vendrían las reformas destinadas a resolver la crisis general y a guiar los pasos de la colonia hacia su progresiva liberación; estimaban, además, que Cuba y Puerto Rico, islas ricas, no necesitaban en absoluto la "ayuda" económica, tecnológica y cultural de un Estado empobrecido y decaído, al cual, en verdad, subvencionaban desde siglos. Según su juicio implacable, el poder colonial era un yugo; la monarquía alfonsina, un letargo; la "civilización" española, un ahogo.

Nace su separatismo de la desconfianza total en la Metrópoli y de su entera confianza en las capacidades creadoras de sus pueblos, adultos. Discrepan en eso con los dirigentes autonomistas, con quienes se enfrentan reciamente, porque estos temen abandonar la suerte del país —y sus intereses— a un pueblo niño sin tutor. . . De ser Rizal antillano, ¿no se hubiera afiliado al bando autonomista?

Intransigentes en materia política, Martí y Betances no confunden nunca con el gobierno español, al pueblo español que trabaja y gime en la Península y las Antillas. Lo respetan y lo aman, como representan y aman su cultura, su idioma. ¡Cuántas veces lo dijo Martí al recordar a sus padres y su juventud! Betances, que se había formado en el suroeste de Francia y en París, no fue tan explícito ni lírico como el autor de los *Versos sencillos*, pero no se apartó de esa actitud de principios. No le gustó que cierto periodista español lo hubiera tachado de "enemigo irreconciliable de España". Dos decenios más tarde, insistió ante Bonafoux: "Ninguno de nosotros odia a los españoles. Asegure que si queremos a España; pero más queremos la libertad. Lo deseamos gloria y prosperidad; pero sin nosotros" (*Betances*, p. LXXII).

Ahora bien, para ambos la "Madre Patria" no designa a España como Bolívar, Betances le dice "madrstra". La "Madre Patria"

<sup>6</sup> Roberto Fernández Retamar: *Martí en su (tercer) mundo*. "Prólogo" a José Martí: *Páginas escogidas*, La Habana, Editoria Universitaria, 1965. Este ensayo básico ha sido reproducido en otros lugares desde aquella fecha.

<sup>7</sup> Por ejemplo, en una carta a Enrique Trujillo del 22 de septiembre de 1892 y en el "Manifiesto a los Puertorriqueños" que *Patria* (Nueva York) dio a conocer en su entrega del 4 de mayo de 1895.



es otra, es la “Madre América” a la que, hijo fervoroso, José Martí canta un himno permanente. Con respecto a eso asoma una infranqueable diferencia entre Martí y Betances, por una parte, y Rizal, por la otra. Verdad es que Rizal, en un magnífico artículo, lleno de ironía, acerca de “Cómo se gobiernan las Filipinas”, afirmó como Betances y Martí que “*nemo dat quod non habet*” (nadie da lo que no tiene), pero aplicando el aforismo al solo ministerio de Ultramar (*La Solidaridad*, Barcelona, 15 de diciembre de 1890, *Escritos*, t. 7, p. 287).

En 1884, José Rizal brinda a la vez por “la juventud filipina, esperanza de mi patria”, y “porque la madre España, solícita y atenta al bien de sus provincias, ponga pronto en práctica las reformas que largo tiempo medita” (*Escritos*, t. 7, p. 22). Repite lo mismo en una proclama publicada en París el 10 de octubre de 1889: “¡A nuestra querida Madre Patria! ¡¡¡España!!!”<sup>8</sup> En 1891, ofreciendo sus servicios al gobernador general Despujol, le explica que “ha hecho todo lo que debía para, sin dejar de amar el bien de mi patria, conservarla para España por medio de una política sólida, basada en la justicia y en la comunidad de intereses” (Carta al gobernador general Eulogio Despujol, 23 de noviembre de 1891, *Escritos*, t. 2, p. 167). En 1894, en carta al gobernador general Blanco, al establecer el distingo entre libertad e independencia, declara aspirar a la primera porque “sé muy bien que un pueblo puede ser independiente y esclavo al mismo tiempo, como muchos del Asia, y por el contrario se puede ser colonia y dependiente pero libre y feliz a la par, como vemos es muchos países de la Oceanía” (Carta al gobernador general Ramón Blanco, 8 de febrero de 1894, *Escritos*, t. 2, p. 304). Aun en diciembre de 1895, mientras solicitaba del mismo Gobernador General “plaza de médico provisional en la Isla de Cuba por el tiempo que dure la campaña”, Rizal no aceptaba que se calificaran de “separatistas” sus ideas.

A Rizal le costaba trabajo convertirse al separatismo. No lo admitió. Desaprobó la insurrección patriótica de 1896. Hasta en la cárcel, en sus postrimerías, pensaba que la Metrópoli, con reformas idóneas, hubiera podido evitar la guerra desastrosa. Sus mayores reproches al poder colonial en Filipinas estriban en la política frailuna local, mezquina y oscurantista, y en lo que él suele designar por la palabra “desgobierno”. Oírse un eco tardío al grito de los comuneros del siglo XVIII en la Nueva

<sup>8</sup> Vale la pena recordar lo que aquel mismo día —10 de octubre—, cargado de emoción para los cubanos, Martí les dijo a sus compatriotas de Nueva York: “Este es el problema después de diez años: o ellos [los españoles] o nosotros (“Discurso en conmemoración del 10 de octubre de 1868, en Hardman Hall, Nueva York”, *O.C.*, t. 4, p. 241-242).

Granada: “Viva el Rey, muera el mal gobierno”. Rizal, en efecto, criticó más el mal gobierno que la imposición de un gobierno que no era el del país.

Pero sin llegar al concepto de que no había solución fuera de la independencia absoluta y fuera de la lucha armada popular, trabajó incuestionablemente por ellas, en particular contra el despotismo y en favor del hombre y la cultura filipinos.

La Liga Filipina, fundada por él pocos meses después del P.R.C. (julio de 1892), so capa de fomentar la unión, la instrucción, la agricultura y el comercio del archipiélago, tendía a agrupar a los patriotas y a hacerlos solidarios en la búsqueda del bien común. Su estructura y sus fines declarados (aunque era secreta) recuerdan la Sociedad Patriótica de Caracas (1810) creada para desarrollar la agricultura y la ganadería, y que pronto se convirtió, bajo la influencia de Miranda y Bolívar, en club político partidario de la independencia. Rizal se resistió a que evolucionara de esa manera. Sin embargo, como lo ha notado Fischer, la Liga “estaba basada, en cierta medida, en la idea del nacionalismo económico” (Fischer: ob. cit., p. 84), el cual nutría el nacionalismo político.

Además, su prédica no fue nunca de resignación. “La resignación no es siempre virtud: es crimen cuando alienta tiranías”, escribió en su segunda novela (*El filibusterismo*, Gante, 1891, *Escritos*, t. X, p. 210), y a sus compatriotas les señalaba en 1890 que “el triunfo es hijo de la lucha” (“Como se gobiernan las Filipinas”, *La Solidaridad*, 15 de diciembre de 1890, *Escritos*, t. VII, p. 285). Cuando cierto anónimo (El Castellano) intentó atenuar en un periódico inglés de Hong Kong la durísima represión ordenada por el gobernador general Weyler contra los campesinos de Calamba —su propio pueblo—, Rizal salió a la palestra firmando *Philippino*, como Betances había firmado *El Antillano* en la prensa parisiense en defensa de los cubanos insultados durante la Guerra de los Diez Años, y como los estudiantes Martí y Sauvalle firmaron *Varios Cubanos* su dignísima respuesta al periódico madrileño que se empeñaba en llamarlos “Sociedad Anónima”. Son momentos en que se yergue orgulloso el sentimiento nacional lastimado.

Hemos hecho hincapié en estos aspectos contradictorios de la ideología de Rizal, no sólo por parecernos menos familiar en estas tierras —aunque haya quien lo reivindicara no sin razón como “hispano-americano”—, sino también para mostrar cuánto más firmes y radicales fueron Martí y Betances. El revolucionario filipino equiponderante a estos fue más bien el fundador del Katipunan y organizador del levantamiento de julio de

1896, fue más bien el bodeguero Andrés Bonifacio, de quien Rizal pronto se distanció.<sup>9</sup>

Rizal no reconoció en la acción revolucionaria del Katipunan la obra consecuente de sus propias ideas; no reconoció la hija emancipada engendrada por su pluma fecunda. El gobierno español, sí.

¿No falla el pensador nacionalista, por puro que sea, que se empareda en la morada del puro pensamiento? Unamuno comprendió la dolorosa incompreensión y las vacilaciones del mártir filipino y trató de disculparlo: "los héroes del pensamiento no son dueños de su acción"<sup>10</sup> dijo, pero afortunadamente Martí y Betances, y el mismo Unamuno, entendieron de otra manera en la práctica la responsabilidad del intelectual...

#### ¿INTERNACIONALISTAS?

En los años sesenta del siglo XIX, ya está claro en la mente de los más radicales patriotas cubanos y puertorriqueños —aún poco numerosos— que la suerte de las dos islas gemelas corre pareja. Independizarlas, juntas y hermanarlas en el porvenir, es tarea obligada. Esa convicción preside la creación en 1865 de la Sociedad Republicana de Cuba y Puerto Rico, y en 1892 la del Partido Revolucionario Cubano organizado para lograr "la independencia absoluta de la isla de Cuba y fomentar y auxiliar la de Puerto Rico" (art. 1 de las *Bases*).

Ese compromiso queda ejemplarizado por la actuación de Betances, como agente de la República de Cuba Libre en París cuando la Guerra de los Diez Años, y luego como delegado del P.R.C. y representante diplomático de la revolución en dicha capital. Testigo de la indiferencia, por no decir la traición, de los elementos burgueses apoderados de la Delegación de Nueva York y también de la Sección Puerto Rico del P.R.C. (cuya constitución por separado le pareció de mal augurio: una brecha en la unión), Betances advirtió repetida y solemnemente a Estrada Palma a la hora en que los Estados Unidos empezaban las hostilidades bélicas contra España "que la libertad de

<sup>9</sup> En 1892, el día mismo de la deportación de Rizal, a quien ya juzgaba demasiado tibio, Andrés Bonifacio (1863-1897) creó el Katipunan, una sociedad secreta que a los pocos días contaba con doscientos mil afiliados. Su programa principal consistió en expulsión de los españoles y de los órdenes religiosos, así como la abolición de los latifundios. La insurrección de 1896 que proclamó la República Filipina en Balintawak fue su obra. Rizal la condenó, después de haberse negado a encabezar el alzamiento, como los dirigentes del Katipunan se lo habían ofrecido, al mismo tiempo que se preparaban a favorecer su fuga de la cárcel española.

De extracción popular, gran admirador de la Revolución Francesa, orador poderoso, Bonifacio representó el ala más revolucionaria del movimiento patriótico filipino; lo fusilaron por disensiones en el seno de la revolución. Un jefe más moderado, Emilio Aguinaldo, prosiguió la guerra libertadora, primero contra los españoles, luego contra los norteamericanos.

<sup>10</sup> Miguel de Unamuno: "Epílogo" a la biografía de W. E. Retaua sobre José Rizal, *Obras completas*, Madrid, Ed. Escelicer, 1966, t. VIII, p. 940.

Cuba, sin la de Borinquen, no será más que media independencia, y esto por pocos años solamente".<sup>11</sup>

Ese compromiso queda ejemplarizado asimismo por la actuación de Martí, quien hizo de *Patria* el vocero de la emigración puertorriqueña, estimuló la formación de los clubes borinqueños y su integración a la lucha común, y abogó por la unión antillana, "convencido de que la independencia de Cuba y Puerto Rico [será] [...] el suceso histórico indispensable para salvar la independencia amenazada de las Antillas libres, [y] la independencia amenazada de la América libre" ("El tercer año del Partido Revolucionario Cubano", *O.C.*, t. 3, p. 143).

Esas "Antillas libres", incluyen, tanto para Martí como para Betances, la República Dominicana. Su unión, que Betances y Hostos conciben bajo la forma de una confederación, pero no Martí, cementada por la solidaridad moral, corresponde a una necesidad revolucionaria: conseguir y garantizar la independencia de cada una de las "tres hermanas", impedir el avance imperialista hacia el istmo y el sur del Continente, preservar la paz mundial en una región estratégica disputada.

Al lado de tan entrañables vínculos —tan vivos hoy mismo—, nos llama la atención la ausencia de relaciones de solidaridad activa entre los movimientos antillanos y filipino, objetivamente convergentes y concomitantes a fines del siglo XIX, y sin embargo desconectados y hasta desatendidos.

En Martí la cosa parece más sorprendente por cuanto no dejó de manifestar en 1893 la comprensión del P.R.C. por la lucha de los moros del norte de Marruecos, que hostigaban a los ocupantes españoles fortificados en su tierra: "seamos moros" exclamó en *Patria*. Aquí van, para mayor claridad, las líneas iniciales de su primer artículo sobre los acontecimientos de Melilla: "Jamás cede una raza oprimida, jamás cede el pueblo a quien ocupa el extranjero la tierra amada con huesos de sus hijos. El Riff ha vuelto a guerra contra España, y España vivirá en guerra con el Riff hasta que le desaloje su país sagrado" (*O.C.*, t. 5, p. 333). Y añade el cubano más adelante que "lo del Riff no es cosa sola, sino escaramuza del cambio y reajuste en que parece haber entrado el mundo". ¿No significaría lo mismo la rebelión permanente de los filipinos —moros o tagalos, criollos o mestizos— contra las tropas coloniales de ocupación? Más de doce sublevaciones se produjeron en el siglo XIX en el archipiélago magallánico; cinco entre 1872 y 1894, de

<sup>11</sup> Carta a Tomás Estrada Palma del 27 de mayo de 1898, *Correspondencia diplomática de la delegación cubana en Nueva York*, La Habana, Publicaciones del Archivo Nacional de Cuba, 1945, t. III (Francia), p. 140. Este tomo contiene casi exclusivamente cartas de Betances (1895-1898).

las cuales Martí pudo recibir algún eco por la prensa... o no tener noticia alguna.

La revolución anticolonial no podía desarrollarse entonces sin fuertes limitaciones y trabas. Limitaciones que eran a veces las de los sectores dirigentes del movimiento (capas burguesas y pequeño-burguesas estrechamente nacionalistas); trabas que siempre estaban relacionadas con el dramático aislamiento de los pueblos en un planeta aún carente de comunicaciones rápidas y seguras. Tamañas debilidades sólo podían superarse con el tiempo y la técnica, y con el crecer del movimiento obrero revolucionario. Recordemos que sólo en 1896, con motivo del congreso socialista de Londres, el movimiento obrero se planteó a sí mismo la cuestión nacional desde un punto de vista internacionalista, asociándose allí, en una misma moción de solidaridad, "los pueblos que luchan por su libertad" con los pueblos de Armenia, Creta, Macedonia y Cuba. Distaba aún bastante de esta tímida postura a la nítida orientación leninista adoptada por los bolcheviques y la Tercera Internacional.

Volviendo a Martí, otra consideración se impone. Existe en él la idea, que le es propia y no surge de las condiciones de la época, de que Cuba y Puerto Rico no deben esperar su independencia de otras potencias u otros pueblos, y menos aún de una conjunción propicia de factores extraños, sino de sí mismas, *stricto sensu*.

Ya Betances en 1851 había expresado el mismo criterio —idéntico en la forma con el "*Italia fara da se*", del rey piemontés— cuando supo del ambiguo desembarco de Narciso López.<sup>12</sup> Pero aprovechó luego las circunstancias que se le ofrecieron para acometer y hacer acometer el gobierno español, por fuera y por dentro, por cuantos elementos tuvieran interés en su pérdida. No había aventurismo en ello. Sin comprometer nunca las fuerzas de la revolución ni la misma independencia, quiso acelerar la hora de esta última. Pensaba, además, que la instauración de la república en España constituiría el factor decisivo del proceso independentista. Partidario de encender varios fuegos simultáneos, que a la vez socaven la resistencia del poder metropolitano y solivianten la carga soportada por los heroicos mambises, Betances no vaciló en apoyar sigilosamente cualquier posibilidad insurreccional en el corazón de España: las veleidades carlistas, los atentados anarquistas, las demostraciones multitudinarias republicanas. Contó mucho con los republicanos, entre quienes tenía amigos influyentes (Ruiz Zorrilla, Sal-

<sup>12</sup> "Cuba triunfará por sí misma", declaró Betances, según su propio testimonio: "Souvenirs d'un Révolutionnaire" (*La Revue Diplomatique*, París, del 10 de octubre de 1897). Texto recopilado en el apéndice de nuestro estudio *La colonia cubana de París (1895-1898)*, La Habana, Ed. Ciencias Sociales, 1980.

merón, *et al.*) Entre 1895 y 1898, en virtud de esta estrategia, Betances se esforzó igualmente para que en París, Roma, Londres o Lieja se sembrase la desconfianza y fracasase el empréstito español, para que sus compatriotas llevasen la guerra a Puerto Rico, para que el Comité Filipino de Hong Kong estuviese en contacto continuo con la Delegación Cubana de Nueva York, etc.<sup>13</sup>

Resulta significativo que Betances, que en la Guerra de los Diez Años había escrito en *La Independencia* (de Nueva York) sobre la cuestión filipina, fuera quien después, al presidir el Comité de París, sirviera de enlace entre cubanos y filipinos en 1896-1897, a petición de los filipinos.

Sin restarle inteligencia política ni eficacia inmediata a tan desbordante actividad patriótica —la cual recuerda, ¿cómo no?, a los peregrinos de la libertad de los pueblos, a los Mickiewicz, Garibaldi, Cipriani, *et al.*—, cabe preguntarse si esta no traducirá la situación punzante de un hombre que, al no verse respaldado por su pueblo, intenta suplir desesperadamente su momentánea pasividad.

El pueblo cubano estuvo con Martí, quien trabajaba "con todos y para el bien de todos". Las condiciones de obtención de la independencia contaban para él tanto como la mera independencia, porque se trataba de preparar el ordenamiento de la república "justa" y "trabajadora". Asumiendo la plena responsabilidad del futuro inminente de un pueblo llamado a "equilibrar el mundo" "en la puerta misma de la nueva humanidad", Martí no podía permitirle a aquel pueblo suyo que buscase escapatorias cómodas, confiase su destino a los azares de la coyuntura y a los trabajos de valientes combatientes lejanos, se relajase y renunciase a su conciencia y reñido esfuerzo unitario por emanciparse a tiempo por sí solo.

De ahí, explicó, que

acá en *Patria*, hablamos poco de Melilla. Con moros o sin ellos, haremos la independencia de Cuba. Hasta más placer tendríamos, porque sería más de hombres, en hacerla cuando no hubiese guerra en Melilla [...] No entraremos en la libertad por la gatera de Melilla. Nuestro aliado no será la casualidad, sino el orden de nuestra preparación, el conocimiento y remedio de los yerros pasados, la simpatía merecida de los españoles liberales de nuestro país, la esperanza legítima de todos sus hijos en una república de respeto y concordia, y el ímpetu y poesía de

<sup>13</sup> Estudiamos con detalles estos aspectos del "laborante" Betances en el libro citado en la nota anterior; en particular, en el capítulo XI, en lo que se refiere a la solidaridad cubano-filipina.

nuestro derecho ["España en Melilla", *O.C.*, t. 5, p. 335-336].

Pensamos que el silencio de Martí acerca de la aspiración y la labor de los independentistas filipinos (sin olvidar que el brote insurreccional decisivo tuvo lugar al año de la caída de Martí), no puede interpretarse por alguna forma de desprecio ni justificarse por su desconocimiento de la realidad existente en aquella región del Pacífico. ¡Leía tanto y se interesaba por el mundo entero! Pensamos que lo que dijo del patriotismo riñeño ha de aplicarse a lo que pudiera decir, si bien no lo dijo, del patriotismo filipino: saludarlo, pero no apoyarse en ellos.

Existe un abismo entre este silencio meditado —que no es ignorancia ni indiferencia, insistimos— y la brusca adhesión de Rizal a la causa española cuando quiso ir a combatir la insurrección cubana como médico castrense...<sup>14</sup> Pero que la primera Constitución filipina de 1897 se inspirase en la cubana de 1895 demuestra que en el curso de la guerra —tal vez gracias a gente de la estirpe de Betances— ya vislumbraron las dos revoluciones anticoloniales su identidad fundamental.

#### ¿ANTIMPERIALISTAS?

El camino recorrido a trancos a fines del siglo XIX, mediante una lucha a sangre y fuego, por las nacionalidades potenciales (cubana, puertorriqueña, filipina) hacia las correspondientes naciones constituidas dentro del marco estatal, se abrió también a través de unas enmarañadas relaciones internacionales. La disímil apreciación del contexto separa de nuevo a los antillanos del asiático.

No es que Rizal no haya analizado el destino previsible de su patria dentro de la evolución mundial, ni contemplado las tendencias antagónicas de las potencias imperialistas enfrentadas en el reparto del mundo. En 1890, en su opinión, la futura independencia de Filipinas no pelagra por ese lado: "Si las Filipinas consiguen su independencia al cabo de luchas heroicas y tenaces, pueden estar seguras de que ni Inglaterra, ni Alemania, ni Francia, y menos Holanda, se atreverán a recoger lo que España no ha podido conservar. África, dentro de algunos años, absorberá por completo la atención de los europeos..." ("Filipinas dentro de cien años", *La Solidaridad*, 1889-1890, *Escritos*, t. VII, p. 161).

<sup>14</sup> Leopoldo Zea (ob. cit., p. XXIII) dice en una nota que "en el homenaje que el pueblo filipino hizo a Rizal, al cumplirse en 1961, el primer centenario de su nacimiento, varios de los participantes afirmaron que Rizal buscaba, por esta vía, tomar contacto con los rebeldes cubanos".

El gobierno español tardó en asentir a la demanda hecha en diciembre de 1895, y Rizal no se embarcó para Barcelona sino en septiembre de 1896.

En Asia, China no estaba en condiciones de extenderse a expensas de las Filipinas, y el Japón perseguía otro fin prioritario: "Verdad es que tiene exceso de población, pero Corea le atrae más que Filipinas, y, además, es más fácil de tomar" ("Filipinas dentro de cien años", cit., p. 162).

Sin embargo, sus últimos escritos de 1896 traducen un cambio en su pensamiento. Declara entonces que ha trabajado en favor de la unión, la prosperidad y la dignidad de los filipinos "para que cuando lleguen los acontecimientos [entiéndase: la insurrección temida], no caigamos en manos del Japón, ni de Inglaterra, ni de Alemania" ("Datos para mi defensa", 12 de diciembre de 1896, *Escritos*, t. VII, p. 333). No olvidemos que unos años antes, por poco se dejaba seducir por la "libertad" de que se gozaba en Francia, Inglaterra y Alemania. Los Estados Unidos no lo atrajeron tanto por la falta de "libertad civil" y el racismo. No le alarmó la política estadounidense en el Pacífico. La juzgaba en estos términos:

Acaso la gran República Americana, cuyos intereses se encuentran en el Pacífico y que no tiene participación en los despojos de África, piense un día en posesiones ultramarinas. No es imposible, pues el ejemplo es contagioso, la codicia y la ambición son vicios de los fuertes, y Harrison se manifestó algo en este sentido cuando la cuestión de Samoa; pero ni el Canal de Panamá está abierto, ni los territorios de los Estados Unidos tienen plétora de habitantes, y caso de que lo intentara abiertamente, no le dejarían paso libre a las potencias europeas, que saben muy bien que el apetito se excitó con los primeros bocados. La América del Norte sería un rival demasiado molesto, si una vez practica el oficio. Es, además, contra sus tradiciones ["Filipinas dentro de cien años", cit., p. 163].

Rizal no imaginaba la descarada intervención que pronto se produciría en su patria —prolongándose por medio siglo—. Por lo tanto, no alertó a sus compatriotas contra un peligro en el que no creía mucho.<sup>15</sup> Pero él no deseó intromisión extranjera alguna, ni contó con ella para alcanzar la libertad. Precisamente quiso que su pueblo tuviera libertad (siempre distinguida de la independencia) para resistir cualquier intervención europea o japonesa.

<sup>15</sup> Reflejo de semejante despreocupación: cuando la guerra contra España los revolucionarios firmaron con los Estados Unidos un pacto de alianza y les ayudaron en su campaña militar. Después del vejaminoso Tratado de París, y ante la evidente mala fe yanqui, los mismos filipinos, otra vez con Aguinaldo a la cabeza del movimiento de guerrillas, intentaron expulsar a los nuevos dueños del archipiélago. Durante tres años (1899-1902) se prolongó aquella heroica resistencia nacional.

Mayor lucidez y actuación coherente encontramos en Betances. Ya en 1868 denunció al "minotauro americano". Sostuvo que para prevenirlo, hacía falta la independencia urgente de las colonias españolas. Llamó a la unión de los pueblos antillanos, amenazados todos de anexión, tanto Cuba como la República Dominicana, tanto Haití como Puerto Rico. Propuso que se grabara en el frontispicio del templo de la independencia "esta inscripción imperecedera como la patria, que nos dicta [...] la más generosa inteligencia y el más egoísta instinto de conservación: las Antillas para los Antillanos".<sup>16</sup> En desafiante contraposición al lema hipócrita de la Doctrina Monroe.

Luchó constantemente por ese ideal de independencia absoluta y de confederación antillana. Alzó la voz e hizo múltiples gestiones, desde los más cándidos ardides hasta las más serias intervenciones diplomáticas (cuando con la confianza de Luperón desempeñaba el puesto de secretario de la Legación dominicana en París), para que los anexionistas locales, en inteligencia con los de Washington, no cediesen en Haití la península de San Nicolás, y en la República Dominicana la bahía de Samaná, magníficas bases estratégicas codiciadas por la potencia imperialista norteaña, evidentes cabezas de puente para favorecer una ulterior e ineludible toma de posesión de la Isla.

Al cabo de medio siglo de combates revolucionarios, en los aciagos días del desembarco norteamericano en su idolatrada Borinquen, Betances dijo amargo al periodista Bonafoux que "lo mismo da ser colonia yanqui que española" (*Betances*, p. LXXV), y escribió, enérgico como siempre a pesar de la fatal enfermedad: "No quiero la colonia con España ni con los Estados Unidos. ¿Qué hacen los puertorriqueños que no se rebelan?"<sup>17</sup> No compartía las ilusiones de sus compatriotas que acogían con júbilo a los "libertadores" rubios.

Las orientaciones e incluso las formulaciones de Betances evocarán para los martianos mucho de cuanto Martí dijo e hizo respecto de los torvos designios de los Estados Unidos. ¿No vamos a exigirle a Martí que se adelantara a Betances! En tan firme trayectoria antimperialista una generación los separa, pero ya antes de 1890, coinciden plenamente. No puede haber en eso preeminencia ni exclusividad. Maceo, Gómez, Luperón, Hostos, Firmin y otros se pronunciaron asimismo contra la amenazante política norteamericana, contra la interpretación torcida de la Doctrina Monroe, que rechazaban, contra el cumplimiento inexorable del "destino manifiesto" en la zona ca-

<sup>16</sup> Del discurso en francés pronunciado por Betances en el recinto de la Gran Logia de Port-au-Prince en 1870 (*Betances*, p. 115-116).

<sup>17</sup> Cit. por Manuel Maldonado Denis: *Puerto Rico, una interpretación histórico-social*, 4ta. ed., México, Siglo XXI, 1971. p. 49.

ribeña. Martí resumió sin ambigüedad ni torturadas perifrasis lo que opinaban muchos patriotas antillanos: "Y Cuba debe ser libre de España y de los Estados Unidos" (*Cuadernos de apuntes*, O.C., t. 21, p. 380).

En Martí, como en Betances, aquella atención inquieta no fue casual ni secundaria. ¿Quién no sabe de memoria las frases de su última carta a Manuel Mercado donde da a entender lo impresionantes y secretos que fueron sus pasos para intentar cerrarle el camino al gigante? Y no se ignora que al hacer eso, Martí no pensaba sólo en salvaguardar la posibilidad de una completa soberanía nacional a raíz de la independencia. Peleaba en nombre y en favor de Cuba, de Puerto Rico, de las demás Antillas y de toda Hispanoamérica: "El desdén del vecino formidable, que no la conoce, es el peligro mayor de nuestra América; y [...] el día de la visita está próximo [...]" ("Nuestra América", O.C., t. 6, p. 22). Urgía que la América Latina libre se uniera y fortaleciera. Pero pocas voces continentales hablaban en ese sentido. Bolívar "tenía todavía que hacer"...

La primera conferencia panamericana en Washington (1889-1890) y la conferencia monetaria internacional americana en Washington (1891), en la que Martí representó honrosamente a la República del Uruguay, le proporcionaron nuevas pruebas del apetito mal disimulado del imperialismo, y oportunas tribunas para desenmascararlo hábilmente. Esas asambleas le brindaron también la oportunidad de desmitificar lo que envolvía el lema seductor de "unión continental": "Dos cóndores, o dos corderos, se unen sin tanto peligro como un cóndor y un cordero" (O.C., t. 6, p. 159). Cóndor, pulpo, coloso, Goliat, monstruo, Roma Imperial, etc., son los vocablos empleados por Martí para representar concretamente a los Estados Unidos expansionistas. Sin embargo, Martí no exagera ni anatematiza, ya que "la alarma falsa fuera tan culpable como el disimulo" ("Congreso internacional de Washington", O.C., t. 6, p. 46). Despierta, enseña, orienta. Lo valioso y específico de su aporte está, además del ropaje brillante, en el análisis que desde las entrañas de la naciente potencia imperialista, hace de la evolución política, económica y social, moral y espiritual de la patria de Washington y Lincoln, la cual yendo de "más a menos", cría ahora un Cutting o un Blaine, y pervierte el espíritu democrático original.

Ante los convites "de los Estados Unidos potentes, repletos de productos invendibles, y determinados a extender sus dominios en América [...] urge decir, porque es la verdad, que ha llegado para la América española la hora de declarar su segunda independencia" ("Congreso internacional de Washington", O.C., t. 6, p. 46). Lo que no concierne sólo a los gobiernos sino sobre todo a los pueblos.

Creen [los Estados Unidos] en la necesidad, en el derecho bárbaro, como único derecho: "esto será nuestro, porque lo necesitamos". Creen en la superioridad incontrastable de la "raza anglosajona contra la raza latina". Creen en la bajeza de la raza negra, que esclavizaron ayer y vejan hoy, y de la india, que exterminan. Creen que los pueblos de Hispanoamérica están formados, principalmente, de indios y de negros ["La conferencia monetaria de las repúblicas de América", *O.C.*, t. 6, p. 160].

Y es evidente que, lejos de despreciar a aquellos indios y negros —realidad viva de la "América mestiza," componente esencial de "nuestra América"—, José Martí les tiene reservado en su proyecto libertador el papel de ciudadanos fundadores de la "república cordial".

#### ¿DEMÓCRATAS?

La república democrática, como sustituto del régimen despótico colonial, es la aspiración inequívoca de Martí, Betances y Rizal, y la finalidad de los movimientos nacionales que trataron de encabezar.

Su revolución anticolonial no se asienta en los feudales (ya inexistentes en Cuba y Puerto Rico, ni en los oligarcas (hacendados o comerciantes) ni en los religiosos, ni en los militares, ni en los caudillos, cuyo peligro denuncian y cuya eventual preponderancia quieren imposibilitar. En países donde, no obstante el arcaísmo del colonialismo, el modo de producción capitalista se estaba generalizando, incluso en el campo (más en Cuba y Puerto Rico que en Filipinas), la lucha nacional iba a ser necesariamente diferente de la que capitanearon en África, Abd-el-Kader o Arabi Pacha o Abd-el-Krim.

La reivindicación democrática es una exigencia fundamental de su programa de liberación, no sólo en el sentido de la observación que le hizo Lenin a Rosa Luxemburgo: "En *todo* nacionalismo burgués de una nación oprimida existe un contenido democrático general *contra* la opresión"<sup>18</sup> —Martí y Betances no pertenecen a esa corriente y Rizal sólo indirectamente—, sino también en el sentido de que llaman a la conciencia de las masas, a la acción de las masas, para que con la independencia se impongan en la república asegurada, la libertad y la justicia.

De los tres, fue José Martí quien desarrolló con la mayor insistencia y sinceridad este tema de las transformaciones económicas y sociales, morales y espirituales, implicadas por la revolución. Sintetizó su sentir en "Nuestras ideas": "El cambio

<sup>18</sup> "El derecho de las naciones a disponer de sí-mismas", Lenin: ob. cit., p. 335. Cf. nota N° 5. Traducción nuestra del francés.

de mera forma no merecería el sacrificio a que nos aprestamos" (*O.C.*, t. 1, p. 319). La revolución anticolonial significa la erradicación imprescindible de las estructuras y de las mentalidades coloniales, a diferencia de lo que ocurrió de México al Río de la Plata cuando la primera independencia, hipotecada porque "con los oprimidos había que hacer causa común" ("Nuestra América") y apenas se hizo.

No repetiremos lo que apuntamos hace poco en cuanto a la estrategia martiana de "unión patriótica y democrática".<sup>19</sup>

Cuando Martí recalca que "para todos será el beneficio de la revolución a que hayan contribuido todos" ("Nuestras ideas", art. cit., p. 320), su invitación a todos los cubanos —blancos y negros, ricos y pobres, capitalistas y obreros, comerciantes y campesinos, militares y civiles, cubanos del país y emigrados— para que participen conjuntamente en la redención de la patria, es al mismo tiempo el compromiso de promover y defender en la república la "política popular". Simultáneamente toma iniciativas conciliadoras y medidas organizativas para que esa indispensable unión se plasme ya en los hechos cotidianos y arraigue.

Aunque no dejaron un solo tratado en que hubieran vertido sistemáticamente sus pensamientos de estadistas, puede colegirse de su obra dispersa que Martí, Betances y Rizal concibieron una república de "libertad, igualdad, fraternidad". Al preparar la revolución de Lares, Betances y los miembros del Comité Revolucionario de Puerto Rico enarbolaban el lema de "patria, justicia, libertad"; un lema afín al de la Revolución Francesa, porque en 1868 la justicia significaba allí la abolición radical de la esclavitud y la igualdad esencial de los hombres. Betances no dejó de ponderar los valores de la Revolución Francesa, brindando en un banquete por "la Francia de la libertad, y por encima de ella, por la Francia de la dignidad, ya que al decir derechos del hombre, se dice dignidad humana" (*Betances*, p. 256). Nariño del Asia hispano hablante, Rizal tradujo al español y al tagalo, en una hoja bilingüe, la Declaración de los Derechos del Hombre de 1789. Unos años después, esa Declaración se publicaba el mismo día de la proclamación de la República Filipina por Aguinaldo. Por su parte, en las décadas del setenta y del ochenta, atento al afianzamiento del régimen republicano y el avance democrático en Francia —confundidos en la persona de Gambetta, "el republicano práctico"—, Martí notó con satisfacción que "desde que no tiene rey

<sup>19</sup> P. Estrade. "Martí: une stratégie d'union patriotique et démocratique", *Les Langues Neo-Latines*, París, 1979 (I), n. 228, p. 29-65. Un compendio de este estudio se ha leído en el IX Seminario Juvenil de Estudios Martianos (enero 1980), y se publicará entre los trabajos del mismo.

este pueblo, es en verdad un pueblo-rey" ("Noticias de Francia", O.C., t. 14, p. 58).

Curiosa, pero sintomáticamente, la Revolución Francesa adquiere tanto o más importancia a sus ojos que la Revolución Norteamericana. El jacobinismo audaz de la primera les conviene más que la pusilanimidad de la segunda. Pero su apego al pasado, aunque luminoso, no es tal que limiten sus ambiciones de desear, a un siglo de distancia, la reproducción del cambio político y social iniciado en 1789. Viven en otra época y otras sociedades. Por ejemplo, la república cubana a que aspira Martí será ante todo americana; fruto de la experiencia y la mente hispanoamericana, no será copia de la "gran república del norte" ni imitará en sus instituciones tal o cual democracia europea.

Además, el progreso de la humanidad plantea, aun en los países colonizados, cuestiones nuevas. A la república democrática le toca resolverlas en sentido progresista. Martí, Betances y Rizal son partidarios de la absoluta laicidad del Estado y de la educación. Testigos y víctimas del clericalismo en sus tierras o en las que pisaron (por ejemplo, Martí en México y Guatemala), les une el anticlericalismo. Pero, incluso en el caso de Rizal, cuyas novelas reflejan una rabia anticlerical que el clero no le perdonó, la tolerancia religiosa es el verdadero credo de estos tres masones.

Páginas enteras y frases antológicas se podrían extraer de la obra de estos tres prohombres de saber hondo y enciclopédico, en lo referente al impulso que debe recibir la instrucción pública, científica y práctica, renovada, en una palabra, para el beneficio material y espiritual de cada hijo de la nación, y la ilustración (palabra predilecta de Rizal) de la nación en su conjunto. Lo que ha de redundar en provecho de la democracia también.

Martí, Betances y Rizal comparten, pues, los ideales, remozados y puestos al color del día, de la Revolución Francesa —revolución democrático-burguesa por excelencia—, y desean lo que ella significa para ellos: el fin de la tiranía de los privilegiados y la instauración de una sociedad republicana libre en que el pueblo tenga un papel activo y una justa consideración. Ahora bien, ¿interpretan del mismo modo los preceptos que invocan a diario?, ¿se forman del pueblo la misma idea?

Detengámonos, a manera de ejemplo, en un aspecto de la igualdad. Quieren las más amplias libertades individuales y públicas compatibles con el desarrollo de la sociedad, pero ¿estarán en favor del sufragio universal sin reparos? Sí, en cuanto a Martí. Negro, mujer, analfabeto, obrero, pobre, todos dis-

pondrán de ese derecho en Cuba independiente, como todos los patriotas ya lo tienen en el P.R.C. para designar anualmente, por votación secreta, a los presidentes de los clubes y al delegado y al tesorero del Partido. Otra es la opinión de Rizal, otra por lo menos mientras persista la dominación española con sus fabricantes de votos, los frailes. Admite "cierta restricción en el sufragio, no tanta como lo que propone el señor Calvo Muñoz, ni tan lato como el sufragio universal. Cierto que en un país, donde la única tribuna permitida es el confesionario, conceder el sufragio universal es hacer que triunfen los reaccionarios [...]" ("Filipinas en el Congreso", *La Solidaridad*, 31 de marzo de 1899, *Escritos*, t. VII, p. 199).

Detengámonos ahora, siempre a manera de ejemplo, en un aspecto de la libertad: la libertad (capitalista) de empresa. En islas sometidas a monopolios extranjeros, en países de economía dependiente y nivel atrasado (aunque con notables diferencias), esta libertad parece ser una condición del progreso material general; por lo tanto, la aceptan. No se puede decir que eludir o frenar la vía capitalista de desarrollo económico para sus patrias; más bien intentaron precipitarla, tratando (Martí) de atenuar los efectos antisociales que aquella vía encerraba.

Rizal canta al "vapor, quinto elemento" y hace del fomento del comercio, de la industria y de la banca un objetivo prioritario de su actividad práctica (como se lee en los estatutos de la Liga Filipina), porque entiende "que un pueblo no puede tener libertades sin tener antes prosperidad material; que tener libertades sin tener qué comer, es oír discursos y ayunar" ("Datos para mi defensa" —escritos para su defensor Luis Taviel de Andrade—, 12 de diciembre de 1896, *Escritos*, t. VII, p. 333).

De regreso a Filipinas y a pesar de su inmediata deportación a Dapitan (isla de Mindanao), José Rizal proyecta crear sociedades de tipo capitalista, primero en Borneo (la British North Borneo Company, integrada por colonos filipinos al frente de los cuales iría), luego en Dapitan, donde encuentra a un socio para construir una fábrica de cal (1893) y compra tierras pobladas de cafetos y cacao, tratando de levantar la Sociedad de Agricultores Dapitanos cuyos estatutos establece en 1895. Tiene entonces servidumbre. El burgués emprendedor cohabita en Rizal con el intelectual cohibido. Esto ocurre en un lugar y en una época en que el capitalismo es todavía un factor de progreso. Como lo es todavía veinte años después, cuando en 1913 Lenin escribe que "en Asia crece, se extiende y se fortalece un poderoso movimiento democrático. La burguesía está todavía con el pueblo contra la reacción" (Lenin: ob. cit., p. 312).

El médico Betances, ya quincuagenario, se preocupa por aclimatar en el Caribe una planta textil oriental (el ramio) y se dedica por algún tiempo a empresas comerciales. Una es más bien de índole... política: lo hallamos en 1884 interesado en una sociedad colonizadora que se encarga de reclutar, trasladar e instalar obreros y agricultores franceses en la bahía dominicana de Samaná, sobre la cual el tío Sam tiene echado el ojo. Pero lo hallamos en 1888 accionista principal de un "establecimiento de aguas azoadas", comprado por ochenta mil francos que... no tenía. Por falta de crédito se ve obligado a cederlo en 1891 al antiguo dueño, saliendo arruinado de este lance, cuando precisamente lo había emprendido por motivos económicos al aproximarse la vejez y quedar sin fortuna.

Martí también, cuando estuvo en Guatemala y asistía a la rápida expansión cafetalera acarició la idea de convertirse en modesto agricultor y le escribió de ello a Manuel Mercado: "Si tuviera medios de cultivar la tierra [...] me encerraría en ella" (O.C., t. 20, p. 41). La soñada finquita sería un dulce refugio... ¡Acaban de quitarle las clases que daba en la Universidad, y en Cuba el Zanjón acaba de desmoronar la insurrección!

Rizal, deportado, Betances, envejecido, Martí, deprimido, sueñan con hacerse empresarios o productores independientes, en período de calma política, retroceso revolucionario, abatimiento personal. Pasados esos momentos, ya no piensan en las soluciones de acomodo individual, y se entregan de nuevo a la patria, en busca de la salida colectiva nacional. Esto vale particularmente para Betances y Martí, cada día más desinteresados y más radicales en los asuntos sociales, en el transcurso de sus últimos cinco años.

La colaboración de Betances con periódicos reputados socialistas (*L'Intransigeant*) y su amistad con notorios anarquistas (Malato, Tarrida del Mármol) y comuneros, le acercan a ciertos medios populares de París, mientras se encara con los ricos de la colonia cubana local, insensibles los más, por intereses de clase, a la patria ensangrentada. El Martí liberal de México y Guatemala deja de serlo, en rigor, en los Estados Unidos a mediados de la década del ochenta, cuando ve aumentar la miseria obrera y las tensiones sociales. Empieza entonces a poner en tela de juicio el liberalismo económico que ha desembocado en el monopolio de los *trusts* todopoderosos. Critica entonces el egoísmo de las "compañías, ahítas de dividendo, [que contestan] aumentando las horas y disminuyendo el sueldo" de los trabajadores, provocándolos a la huelga que la policía reprime ("La revolución del trabajo". O.C., t. 10, p. 397).

Más que nunca el pueblo, al que nunca olvidaron ni en sus corazones ni en sus planes, se les impone como protagonista central de la historia y actor irremplazable de la revolución democrática anticolonial.

#### ¿SERÁN CABALES DEMÓCRATAS REVOLUCIONARIOS?

¿Cuál fue su concepción del "pueblo"? ¿su actitud con respecto a las clases populares?, ¿su compromiso con el pueblo? Son estos algunos aspectos decisivos para fundamentar o invalidar en última instancia el rango "demócrata-revolucionario" de Martí, Betances y Rizal.

No se trata de buscar la definición idónea que hayan dado del "pueblo", sino de los actos concretos que de por sí definen su espíritu democrático. Sustanciales diferencias aparecen entre los tres revolucionarios.

Rizal, el hombre de color mestizo por los cuatro costados, se portó como valeroso antirracista, de callado dolor y bruscas rebeldías, ante lo inhumano de la discriminación racial. Recién concluido *El filibusterismo* confesó al sabio Blumentritt, su amigo checo, que había escrito el libro "para el bien de los que sufren, para los derechos de la humanidad tagala, aunque morena y no tenga buenas facciones" ("Carta a F. M. Blumentritt, 29 de marzo de 1891, *Escritos*, t. V, p. 585). Sufre y trabaja por los pobres y los "indios, tagalos y habitantes de Filipinas". Esta serie singular no comporta exclusiones, debe entenderse como si dijera: y otros habitantes de Filipinas, pues en el primer discurso de su vida pública enfatizó: "mis labios han olvidado los nombres de las razas para no decir más que filipinos" ("Discurso del 31 de diciembre de 1883, en el Café de Madrid", *Escritos*, t. VII, p. 9).

Con minorías nada integradas, el archipiélago filipino ofrecía una situación interna mucho más compleja que la de las Antillas españolas. Graves problemas étnicos, que incluían aspectos económicos, religiosos y lingüísticos, frenaban la acción común anticolonial y la toma de conciencia nacional. ¿Qué mucho que en esas condiciones Rizal haya mirado con prejuicios el grupo de los comerciantes chinos, haciéndolos responsables de la explotación del pueblo y teniéndolos al fin y al cabo por extranjeros?<sup>20</sup> Además de aquella flojedad, cabe mencionar que silenció la cuestión de los llamados "moros" —o sea, los musulmanes de Mindoro—. ¿Qué mucho que ante

<sup>20</sup> Esta debilidad del pensamiento rizalino ha sido puesta en evidencia por G. Fischer (ob. cit.). En *Noli me tangere* hay varias frases denigrantes del individuo chino "que explota la candidez o los vicios de los labradores" (p. 57); "más vale ahogarse que estar entre chinos" (p. 74); etcétera.



tamañas divisiones Rizal haya pensado en un sistema federal para el país?

La unidad de los diversos pueblos que componen las islas y la de las distintas clases sociales que hay en ellos preocupan más a Martí que a Rizal, quien se fija en un pueblo casi indiferenciado, casi abstracto. Al pueblo real (convendría más un plural, como el que suele usar Martí al dirigirse a las emigraciones) no lo desprecia; lo ve, lo mira con compasión, pero no está vinculado con él. Lo ve, por culpa de la administración y de las congregaciones, despreciado, abestido, enviciado, fanatizado, necesitado de instrucción y de libertad, y también de tutores. Tal como lo halla entorpecido por tres siglos de colonización, tal lo defiende íntegro. Sentado a su lado, se convierte en su abogado. Su magistral estudio "Sobre la indolencia de los filipinos" (1890) recuerda el de Pablo Lafargue, "El derecho a la pereza" (1880). ¿Para qué y para quién trabajar? Exponen ambos que sólo sacan beneficio del trabajo embrutecedor los amos y los patronos. Su viva réplica al crítico español Vicente Barrantes, quien se había burlado del teatro tagalo, recuerda la vibrante respuesta —"Vindicación de Cuba"— que en el mismo año 1889 Martí dirigió a dos periódicos norteamericanos: "El mayor insulto de V.E.", le dice Rizal a Barrantes, "es para mi raza una honra" (*La Solidaridad*, Barcelona, 15, y 30 de junio de 1889, *Escritos*, t. VII, p. 113).

Rizal se mueve dentro de una minoría: no la de los "indios" (los malayos en general) que representan la mayoría de la población, sino la de la élite culta de las capas burguesas y pequeñoburguesas. ¿Qué es la Liga Filipina sino una agrupación cerrada y jerarquizada de masones que pertenecen a aquella élite?

Este pueblo esclavizado no está, según Rizal, listo para la independencia. Pueden ser incontrolables y temibles sus reacciones, en nada guiadas por la razón. Al estallar la sublevación del Katipunan, Rizal la condena... por "absurda y salvaje" ("Datos para mi defensa", cit., p. 341). ¡Hasta se ofrece a sofocarla! Aún esperaba algo de España, y el movimiento insurreccional trabado a espaldas suyas le parece prematuro y peligroso: teme que la barbarie esté barriendo la civilización...

No era "cobarde" como lo creyó entonces Bonifacio, es que no era un hombre de acción. Pero abrigaba recelos. En el fondo no tenía confianza en el pueblo *concreto*, en el pueblo primitivo, en la irrupción de las masas filipinas, mientras estas no tuvieran "ilustración", y sin embargo las quería intensa y contradictoriamente. En eso tiene íntima afinidad con los populistas rusos antizaristas, los *narodniki* del reinado de Alejandro II.

Fue Rizal más reformista que revolucionario. Fue un nacionalista progresista, un republicano liberal, un anticolonialista vehemente, pero tímido ante la revolución democrática anticolonial. Enfrentó la violencia y el anacronismo del régimen imperante en Filipinas con la visión crítica de los enciclopedistas y la fe generosa de los románticos. Fue un hombre de fines del siglo XVIII y principios del XIX, un destructor del antiguo régimen, un soñador atormentado. En gran parte recuperable por la burguesía nativa, ha sido, efectivamente, recuperado. Fenómeno pasajero este, porque al final el pueblo libre recuperará la sustancia depurada de su obra positiva de liberación humana.

El genuino demócrata revolucionario parece ser más bien Ramón Betances. Así lo calificó un revolucionario francés que simpatizó con él en París durante la última fase de la guerra de independencia de Cuba, Charles Malato quien precisó: "un demócrata revolucionario del 48" (*Mémoires d'un libérateur*, *Le Peuple*, París, 6 de marzo de 1938). De hecho Betances empezó su vida de revolucionario profesional y permanente en las barricadas parisienses de la revolución de febrero de 1848. Nunca dejó caer la bandera de la libertad y de la justicia social: en Puerto Rico combatió la esclavitud como el que más, sin satisfacerse de palabras. Después de 1873 este apóstol de la abolición luchó para erradicar la llaga ominosa de Cuba, y defendió en repetidas ocasiones el honor conculcado de Haití y los derechos de aquellos descendientes de esclavos. Admiraba a Toussaint L'Ouverture y a Wendell Phillips. En su despacho, según José de la Luz León, colgaban los cuadros de Lincoln, Garibaldi y Orsini.

José de la Luz León da también por sentado que "para él [Betances] la revolución francesa de febrero de 1848 y la revolución cubana de 1895 tenían un mismo y común ideal" (José de la Luz León: ob. cit., p. 259). De la revolución de 1848 conservó el caborrojeño, además de la magnanimidad, total entrega y oratoria altisonante, cierta afición a los métodos de lucha que preconizó Augusto Blanqui. Bien lo define Carlos M. Rama como un conspirador blanquista.<sup>21</sup> Betances juzgó siempre más eficiente la acción determinada de un reducido grupo de revolucionarios abnegados, y así actuó en los años preparatorios de Lares. Sin embargo, sería exagerado ver en ello el resultado de alguna teoría de las "minorías activas". Comprendió la necesidad del frente nacional multclasista. A la cabeza del Comité de París supo atraer a la revolución varios elementos de la rica burguesía criolla, mientras mantenía

<sup>21</sup> Carlos M. Rama. Prólogo a Betances: *Las Antillas para los Antillanos*, San Juan, Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1975. Esta obra constituye una interesante selección de los textos de Betances publicados hasta la fecha.

estrechas relaciones con elementos radicales internacionalistas (comuneros, socialistas, anarquistas), pero es de notar que en dicho Comité de París, de composición secreta, no entró más que un puñado de fieles amigos, y que este Comité no funcionaba como club adscrito al P.R.C. aunque perseguía los mismos fines democráticos.<sup>22</sup>

El que había sido en Cabo Rojo "el padre de los pobres y de los negros", no desdenaba al pueblo, por cierto, ni temía a las masas; antes bien, deseaba que despertaran e interviniesen —aunque fuese brutalmente—. Su tragedia es que se encontraba casi solo, separado y desconocido de su pueblo por un larguísimo exilio, incapaz de influir sobre él. No fue un fanático de la agitación y de la subversión, sino un hombre de principios elevados, de ideas radicales, enemigo de toda componenda, un "revolucionario antillano del siglo XIX" (expresión de C. Rama) de marcado temple antimperialista. En la batalla difícil contra el imperialismo por el reconocimiento de sus derechos nacionales, el pueblo de Puerto Rico lo está invocando cada día más. Ya no es el revolucionario sin pueblo que fue en su vida de proscrito.

De nuestras conclusiones sobre Rizal y Betances, puede deducirse ya que José Martí es plenamente un demócrata revolucionario. Pero siéndolo plenamente e identificado dialécticamente con su pueblo, va más allá de lo que supone esa categoría. Hombre del siglo XIX y también del XX, su ejemplo y su enseñanza son irrecuperables —salvo a costa de falseamientos— por la burguesía entreguista proimperialista: la Generación del Centenario y los asaltantes al Moncada lo han demostrado para siempre.

En cuatro aspectos supera lo que podríamos considerar como propio del democratismo revolucionario de mediados y fines del siglo XIX —el de Garibaldi o Kossuth, digamos—, distinto del que posteriormente Lenin valoraría en China.

Primero, en su comprensión y denuncia del peligro imperialista, y en su acción constante contra las incipientes manifestaciones imperialistas norteamericanas, obrando no sólo por su pueblo, sino por todos los pueblos latinoamericanos por cuya unidad de miras aboga.

Segundo, en su fe sin reservas en las capacidades intrínsecas del pueblo, fuera este negro, obrero, tosco, analfabeto. El pueblo no era para él un rebaño al que se manejaba desde arriba. Ninguna camarilla, ningún grupo ensobrecido, ni los "seño-

<sup>22</sup> Que sepamos, este Comité (1895-1898) no tuvo estatutos, ni presidente electo, ni tesorero, ni tuvo reunión plenaria abierta. ¡Betances era el Comité!

res" (capitalistas) ni los letrados debían monopolizar el poder en la república independiente: "la patria es dicha de todos, y dolor de todos, y cielo para todos, y no feudo ni capellanía de nadie" ("Discurso en conmemoración del 10 de octubre de 1868, en Hardman Hall, Nueva York, O.C., t. 4, p. 239). Su afirmación de que estaba, y estaría el día que se necesitase, incluso en otra revolución eventual de carácter social (cf. su discurso en homenaje a Fermín Valdés Domínguez del 24 de febrero de 1894), al lado de los pobres y de los obreros en defensa de su mejora y decoro, se halla corroborada ampliamente por su militancia política y social: como delegado al Congreso Obrero de México, como compañero de los tabaqueros de la Florida, como profesor de la Liga de Instrucción destinada a los trabajadores negros de Nueva York, etc.

Tercero, en su gradual acercamiento a la clase obrera, cuyo papel en la sociedad destaca y en la revolución favorece. Si el P.R.C. no es, y no podía ni debía ser el partido de la clase obrera cubana, la vanguardia de la misma en la emigración lo integra con entusiasmo y contribuye magníficamente a sus fondos. Hay más todavía y más elocuente: más de un dirigente obrero alcanza en el P.R.C. un puesto de dirigente político, más de un torcedor se codea en la dirección de los clubes y de los Cuerpos de Consejo con el dueño de un taller importante.<sup>23</sup>

Cuarto, en la novedosa práctica democrática del P.R.C. delegado electo y reelecto anualmente por miles de miembros activos, Martí hizo del P.R.C. una organización abierta a todos los patriotas, donde podían caber y cupieron, donde podían compartir las responsabilidades y las compartieron, todos "los hombres de buena voluntad" (incluidas las mujeres que formaron decenas de clubes), independientemente de su color, de su lugar de nacimiento, de su saber, de sus creencias filosóficas y religiosas, de su clase.

En un debate que tuvo lugar en las primeras reuniones del Cuerpo de Consejo de Cayo Hueso, constituido conforme a los estatutos por los presidentes de las agrupaciones patrióticas afiliadas del peñón rebelde, terciaron varios obreros, entre ellos Carlos Baliño. A un presidente (Ramón G. Socorro) que acusaba a otro (José Méndez Núñez) "por haber públicamente protestado ser obrero antes que cubano" y que exponía que "él también era obrero pero que dentro del P.R.C. era cubano antes que obrero y antes que todo lo demás", Carlos Baliño le "dijo que si para tener representación en el Consejo era

<sup>23</sup> Este es el caso de Gualterio García, Ramón Rivero, Ramón Rubiera, Ramón G. Socorro, Ángel Peñáz, Carlos Baliño, *et al.*

preciso ser más cubano que obrero, él manifestaba ser tan obrero como cubano, y por lo tanto la mesa podía ordenarle se retirase del salón [...]”<sup>24</sup> La acusación no prosperó y a nadie se excluyó.

Esta posición del primer marxista cubano ratifica la peculiaridad de la revolución martiana, al mismo tiempo que aclara la diferencia que había de existir entre la revolución anticolonial (en la que el obrero se alistaría por ser cubano, y nada más) y la revolución proletaria en la que la motivación principal del obrero sería su pertenencia de clase, y nada más). En la revolución martiana pueden estar uno y otro sin renunciar a parte de su ser. Desde luego, a causa del insuficiente desarrollo del capitalismo y del movimiento obrero, la revolución martiana no podía ser una combinación acabada y equilibrada de ambas revoluciones; pero, por lo menos hasta 1895, ella representó la opción social y antimperialista más avanzada, en los límites de lo posible, dentro de la revolución democrática anticolonial.

De modo que con el fraternal respeto que debemos a la asamblea y a los organizadores del evento —nunca bastante agradecidos por las tareas que desempeñan y la invitación que nos han cursado— nos preguntamos si a Martí no le resultará corto el concepto de demócrata revolucionario. El caso de Martí nos parece evidenciar una vez más que la realidad concreta es siempre más rica que su representación teórica. Nos preguntamos si a Martí cualquier rótulo que se le pegue (con justeza, incluso), en vez de añadirle algo, no suprime algo de su personalidad y de sus proyecciones, a menos de caer en generalidades inútiles (de las que abarcan sin apretar) o en inaceptables anacronismos.

Con todo, si se cree oportuna alguna formulación sintetizante que resuma su inmenso aporte y lo sitúe históricamente, ¿no habremos de preferir la menos contrigente? Por ejemplo, la que empleó con fortuna en 1948 Blas Roca: “un revolucionario radical de su tiempo”;<sup>25</sup> o la que propuso con rigor Isabel Monal al ceñirse al segundo período de la vida de Martí tras su abandono del liberalismo: “un demócrata antimperialista (de tono populista)”;<sup>26</sup> o bien la que con tino y prudencia uti-

<sup>24</sup> Del libro de Actas del Cuerpo de Consejo de Key West (Florida). Sesión del 8 de mayo de 1892. Revolución de 1895. Legajo 17. Archivo Nacional de Cuba.

<sup>25</sup> Blas Roca: “José Martí: revolucionario radical de su tiempo”, *Siete enfoques marxistas sobre José Martí*, La Habana, Centro de Estudios Marianos y Ed. Política, 1978, p. 39-67.

<sup>26</sup> Isabel Monal: “José Martí: del liberalismo al democratismo antimperialista”, *Casa de las Américas*, La Habana, 1973, n. 76, p. 24-41.

lizó Roberto Fernández Retamar al evocar en 1978 en el Coloquio de Tolosa el tema que iba a reunirnos hoy: “un demócrata revolucionario en vías de creciente radicalización”.<sup>27</sup> Ahora, ¿qué hemos hecho del escritor?...

<sup>27</sup> Roberto Fernández Retamar. “Algunos problemas de una biografía ideológica de José Martí”, *Cuba, les étapes d'une libération*. Université de Toulouse-Le Mirail, Centre d'Etudes Cubaines, 1979, t. 1, p. 98.

# Martí y Hostos: paralelismos en la lucha de ambos por la independencia de las Antillas en el siglo XIX

MANUEL MALDONADO-DENIS

## I

Cuando estudiamos con detenimiento las figuras históricas de los grandes revolucionarios del siglo XIX antillano: Betances, Hostos, Martí, Luperón, Maceo, Gómez, no podemos menos que notar un hecho histórico muy importante: a todos les une una preocupación singular: la liquidación definitiva del colonialismo español con toda su secuela de males. Los más perspicaces entre ellos, los que aciertan a ver con sibilina claridad lo que se avizora en el porvenir para las Antillas en lucha por su liberación nacional, no pueden sino notar que otro peligro aún mayor se cierne sobre los pueblos de América: el que representa la América del Norte, que, en palabras de Martí, ansía "ponerse sobre el mundo". Pero hay más. Las repúblicas antillanas que nazcan como resultado de la derrota del colonialismo español deben cuidarse de los errores y desaciertos cometidos por nuestras "dolorosas repúblicas" una vez obtenida la independencia, a la vez que no deben imitar servilmente los modelos exóticos que buscan injertarse mecánicamente en un medio donde no podrán florecer. Por eso el desiderátum que se impone por la fuerza misma de la realidad social antillana y latinoamericana debe emanar de la entraña de la vida de nuestras sociedades y no de la mimesis de los modelos europeos o norteamericanos. Es en ese contexto que nos proponemos analizar las similitudes y diferencias entre dos figuras cimeras del pensamiento latinoamericano del siglo XIX: José Martí (1853-1895) y Eugenio María de Hostos (1839-1903). El tema es de suyo intimidante dada su amplitud y la obra vastísima de los dos grandes maestros (las obras de Hostos abarcan veinte volúmenes y las de Martí veintiocho, de manera que un intento como el presente representa, en verdad, una tarea de proporciones titánicas). Claro que lo que nos proponemos realizar en este trabajo es abordar un aspecto particular de la vasta producción hostosiana y martiana, es decir, aquel que se refiere a cómo ambos enfocan el problema de la democracia en el porvenir de las Antillas y de la América Latina.

A riesgo de caer en lo anecdótico creemos importante señalar que para la fecha del nacimiento de Martí, Hostos es ya un adolescente que cursa estudios de secundaria en Bilbao y que, además, cuando el maestro mayagüezano publica su primera obra literaria, *La peregrinación de Bayoán* (1863), Martí tiene sólo diez años de edad. Hostos habrá de formarse intelectualmente en España. Más aún, habrá de participar activamente en las grandes luchas políticas y sociales que caracterizan la década de 1860 en España. Cuando Martí es encarcelado a la temprana edad de quince años, Hostos milita en las filas de la revolución septembrina en la Metrópoli. Ello le sirve para aquilatar las verdaderas intenciones de los liberales españoles respecto de las Antillas y su condición colonial. Es por ello que resulta decisiva para su trayectoria política posterior la entrevista que sostiene en 1868 con el general Serrano. Allí y entonces Hostos pudo comprender que no había diferencia esencial entre liberales y conservadores españoles cuando del porvenir de las Antillas se trataba. La posición hostosiana frente al colonialismo español será expuesta con toda claridad en su famoso discurso y rectificación en la sesión celebrada en el Ateneo de Madrid el 20 de diciembre de 1868. En esa ocasión se hace patente su ideario independentista, abolicionista, así como su concepción de lo que habrá de ser eje del pensamiento de Betances y Martí sobre las Antillas. Me refiero a la idea de la Federación Antillana. Es bueno notar en el contexto presente que el adolescente Martí paga con la cárcel su inequívoca adhesión a la independencia de las Antillas, que se resume en su planteamiento de que había que echar la suerte con Yara o con Madrid, de que no había instancias intermedias entre los dos polos del dilema. Lo que Martí aprenderá en las canteras de San Lázaro y quedará plasmado literariamente en *El presidio político en Cuba* (1871), será captado meridianamente por Hostos en el seno mismo de la Metrópoli. Es así como comienza su primera peregrinación por las tierras de América en 1869, poco tiempo después del Grito de Lares y el Grito de Yara.

Hostos parte de Europa hacia Nueva York para allí hacer causa común con los revolucionarios cubanos y puertorriqueños que habían fundado en la gran urbe la Sociedad Republicana de Cuba y Puerto Rico. Es en Nueva York donde Hostos y Betances se conocen. Ya el patriarca de la revolución antillana (Betances) se disponía a continuar sus esfuerzos infatigables por prender la llama revolucionaria en Borinquen, que amenazaba con extinguirse definitivamente luego de la sofocación del Grito de Lares (23 de septiembre de 1868). El encuentro entre los dos grandes antillanos desilusionará a Hostos, quien, pletórico de idealismo, confronta la señera figura del

hombre de acción que siempre latió en Betances. (Años más tarde, Hostos, recordando a Betances, señalaría que este le había dicho que no podía hacerse una tortilla sin romper los huevos y que no podía haber revolución sin revoltura.) Desilusionado por las luchas intestinas de las emigraciones cubanas y puertorriqueñas en ese momento histórico, Hostos emprenderá su famoso viaje al Sur, convirtiendo su periplo en total devoción por la causa de la revolución antillana.

A partir de ese momento Hostos se convertirá en el más ardiente y preclaro propagandista de la causa cubana en la América Latina. El sociólogo mayagüezano veía en la liberación de Cuba la rotura de un eslabón vital del colonialismo español en América. De ahí que dedique prácticamente el resto de su vida a servir como abanderado de la libertad de Cuba y, desde luego, de las Antillas. Su vasta obra muestra su profunda admiración por la Cuba revolucionaria de aquel entonces: trabajos dedicados a Francisco Vicente Aguilera, a Plácido, a Maceo; en fin, que Hostos siente y padece la causa de Cuba como la suya propia. Cuando se funda el Partido Revolucionario Cubano, en 1892, Hostos se encuentra en Chile. Allí había alcanzado no sólo el reconocimiento generoso del pueblo chileno por su ingente labor pedagógica, sino también las más altas distinciones académicas. En 1895 Hostos es designado agente de la Junta del Partido Revolucionario Cubano, y poco más tarde funda la Liga de Patriotas, organización cívico-política que intentará establecer, infructuosamente, en suelo puertorriqueño a su retorno a la Isla amada luego de la invasión norteamericana. Desilusionado por el sesgo que tomaron los acontecimientos políticos en Puerto Rico luego del 1898, Hostos decide regresar a Santo Domingo para continuar la labor pedagógica que había interrumpido en la hermana Antilla cuando asciende al poder Lilis Heraux en el decenio de 1880. Allí le sorprenderá la muerte en 1903.

Las vidas de Hostos y Martí se entrecruzan en múltiples instancias, aun cuando no existe evidencia de que se conocieran en algún momento de sus vidas. Ambos luchaban en diferentes latitudes y momentos por un mismo propósito: la independencia y la liberación de las Antillas. Sabemos que Martí conocía la obra de Hostos como orador y como pensador profundo. De igual forma, Hostos dedica unas páginas enjundiosas a la memoria de Martí, a quien llama en ese momento "apóstol" de la libertad de las Antillas. Pero el propósito de este trabajo es más bien de carácter ideológico o teórico, es decir, queremos demostrar las tangencias en el pensamiento social de estas dos grandes figuras latinoamericanas del siglo XIX. Para ello nos proponemos puntualizar algunos temas compartidos por

ambos a la vez que intentaremos deslindar los campos entre ambos próceres antillanos.

## II

Antes de continuar, consideramos imperativo hacer una importante salvedad. A diferencia de Martí quien, según Isabel Monal, "salvo de versos, no llegó nunca a escribir un libro. No obstante, su extensa y prolífica labor de prosista llena varias decenas de volúmenes. Las expresiones que dejó de su pensamiento político y social ha habido que rastrearlas, dispersas, a lo largo de crónicas, artículos, discursos, cartas, etc." (José Martí: del liberalismo al democratismo antimperialista", *Casa de las Américas*, n. 76, enero-febrero de 1973), Hostos sí es un pensador con una obra sistemática, condensada muchas veces en densos tratados como los de derecho constitucional y sociología. Es importante notar el hecho de que Hostos nunca cultivó la poesía, y que su lenguaje sobrio y preciso contrasta vivamente con el fogoso, vibrante y metafórico de Martí. En el artículo que acabamos de citar, la Monal indica la influencia del pensamiento de Henry George sobre las ideas de Martí en torno a la economía política. En Hostos, por otra parte, encontramos una marcada influencia del krausismo —sobre todo en su vertiente española— y del positivismo de Augusto Comte. Hay que recordar que Eugenio María de Hostos es uno de los precursores de la sociología latinoamericana, y que escribe una obra sistemática dedicada al tema —su *Tratado de sociología*—, donde se percibe con toda claridad la influencia del positivismo en su pensamiento social y político. No obstante lo dicho, es forzoso señalar que tanto Martí como Hostos no calcan servilmente esas teorías, y que, sobre todo, como ámbito interpretativo aquel que les imponen los pueblos antillanos y latinoamericanos.

Todos conocemos el llamado a la autenticidad y a la grandeza que nos hace Martí en su afamado ensayo "Nuestra América". Como se recordará, en ese ensayo el libertador cubano establece un agudo y justiciero contraste entre la América de Juárez y la de Lincoln, y nos pide que no imitemos servilmente los modelos extranjeros que tan mal sientan a las necesidades reales de nuestros pueblos. Pues bien, si alguien cumple con el mandato de conocer la historia de nuestra América de los incas hasta el presente, ese es Eugenio María de Hostos. En toda su obra captamos su preocupación americanista, su conocimiento profundo de la historia pre y poscolombina, su agudo y certero análisis de la realidad social del continente latinoamericano. Si Martí nos dice que mientras no se haga andar al indio no habrá de andar bien la América, Hostos abarca con su abrazo a todos los desheredados de América. Al hacer un

recuento de sus años en el sur del Continente, y en una airada reacción frente al fusilamiento de los expedicionarios del vapor *Virginus*, dice Hostos en carta al redactor de *El Argentino*, fechada el 9 de diciembre de 1873:

Durante esos tres años [de exilio en el sur del Continente], a toda hora, en todos los momentos, asociándome con presurosa conciencia a cuanto intento he secundado, rechazando con indignada conciencia cuanto mal para América me ha salido al paso; durante esos tres años, consagrados con mi voz, con mi pluma y con el ejemplo de una vida desinteresada a la confraternidad de todos estos pueblos, a la defensa de todos los desheredados, fueran "huasos" y araucanos en Chile, fueran chinos o quechuas en Perú, sean gauchos o indios en la Argentina: durante esos tres años dedicados a pedir práctica leal de los principios democráticos, formación de un pueblo americano para la democracia, educación de la mujer americana para precipitar el porvenir de América, nunca, en un solo momento, en la vida activa y en la vida sedentaria, hablando para uno o para todos, ante el público o ante un alma ignorante y generosa, en la santa obra que no debe un solo hombre realizar. No debe, porque el porvenir de América no es competencia de un solo americano, sino de todos los americanos, y todos ellos tienen el derecho de poner su óbolo en la obra de redimir a las Antillas. Redención de las Antillas y porvenir de América Latina son hechos idénticos. El tiempo, mejor argumentador que ningún hombre, argumentará por mí.<sup>1</sup>

Conforme con lo recién citado, tenemos a Hostos estudiando el problema de las inmigraciones chinas en el Perú, o la condición de los campesinos en Chile y Argentina, o la presencia africana en Brasil. Es decir, tenemos a un Hostos con raigal conciencia social e histórica que quiere encontrar en la fuerza generada por nuestros pueblos la energía necesaria para que la América nuestra pueda superar sus lacras seculares y encauzarse por el camino del verdadero porvenir. Hostos no tendrá, como Martí, el beneficio de haber vivido en las entrañas del monstruo por un largo período de tiempo. Máxime cuando es precisamente en los últimos cuatro lustros del siglo XIX, cuando vemos con meridiana claridad el auge del imperialismo. Hostos, como Sarmiento, admira en los Estados Unidos sus instituciones democráticas y su pujanza económica. No acertará a ver, con la claridad que habrá de captarlo Martí, que el apetito expansionista estadounidense no se saciaría sino con

<sup>1</sup> Eugenio María de Hostos: *Obras completas*, San Juan de Puerto Rico, Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1969, t. IV, p. 44. En lo sucesivo, las citas acerca de la obra de Hostos, se remitirán a la mencionada edición. (N. de la R.)

la anexión de más territorios dentro de su órbita imperial. Aun así, Hostos es, como Martí, antianexionista: lo es en el momento en que los Estados Unidos se ciernen amenazadores sobre Santo Domingo con el propósito de anexárselo, lo será cuando se haya consumado la anexión del territorio nacional puertorriqueño a los Estados Unidos como secuela de la guerra hispano-cubano-norteamericana. Creemos que es importante destacarlo: Hostos, como Martí, es antimperialista, y lo demostró con su palabra y con su acción. Es cierto que, en un determinado momento de su vida, considera que la anexión de Puerto Rico a los Estados Unidos, si sobreviniera como resultado de un plebiscito que cumpliera las normas del derecho internacional, debería ser acatada como resultado de la voluntad popular. Pero queda claro en todo momento que su preferencia —su única preferencia— es la independencia de Puerto Rico y de todas las Antillas. Tanto es así, que cuando ve frustrada su gestión patriótica iniciada con la fundación de la Liga de Patriotas, opta por emigrar voluntariamente a Santo Domingo y pide como último deseo que se le dé sepultura en Quisqueya mientras Puerto Rico fuese, como es hoy, una colonia. Allí permanecen sus restos todavía.

El segundo paralelismo que cabe entre Hostos y Martí es el atinente a la oposición de ambos al autonomismo como solución al problema colonial en las Antillas. Como es sabido, el autonomismo fue, tanto en Cuba como en Puerto Rico, la solución mediatizadora, la fórmula política intermedia que señalaba el camino del reformismo. Si el anexionismo es la solución concebida, por esa "sacarocracia" antillana que tan brillantemente nos ha descrito Moreno Fraguinals en su clásica obra *El ingenio*, el autonomismo era la solución política de la débil burguesía criolla atada por lazos de profunda dependencia a la metrópoli española. Martí combatirá frontalmente esta tendencia, y su posición ha sido resumida magistralmente durante el famoso discurso pronunciado el 21 de abril de 1879 en el banquete al periodista Adolfo Márquez Sterling, mientras se encontraba en Cuba. Podemos decir sin temor a equivocarnos que Martí nunca fue autonomista. Hostos, por el contrario, abrigó ilusiones en su años mozos sobre la posibilidad de una política conciliadora de España en las Antillas, pero estas fueron de corta duración. El propio general Serrano se encargó de echarlas por tierra en una entrevista que le concede a Hostos mientras preside el gobierno provisional de la revolución septembrina de 1868. A partir de ese momento, Hostos se lanza de forma clara y patente en el campo independentista antillano. Y cuando, una vez consumada la ocupación militar de Puerto Rico en 1898 le toca enfrentar una modalidad análoga al autonomismo que había conocido —pero esta vez como

solución intermedia y contemporizadora frente al nuevo colonialismo de signo norteamericano—, el patriota mayagüezano reafirma una vez más sus convicciones independentistas. Es de estas que emana la fundación de la Liga de Patriotas, organismo cívico-político creado con el propósito de hacer respetar el derecho del pueblo puertorriqueño a su autodeterminación e independencia nacional.

En tercer lugar debemos notar que Hostos, como Martí, es un firme y tenaz adversario del colonialismo en todas sus formas y disfraces. Martí compara el colonialismo con un tigre, siempre agazapado y esperando su presa aun en el caso de los países recién independizados: la colonia continuó viviendo bajo la república y es menester que los pueblos de la América nuestra entiendan que su lucha es, de una parte, contra los rezagos colonialistas, y de la otra, contra la potencia imperialista que hace el “convite” a la América Latina bajo condiciones desventajosas para ella. Desde fines de la década de 1880 Martí proclama que ha llegado la hora para que los pueblos de la América que se extienden desde el Río Bravo hasta la Patagonia declaren su segunda independencia. Hostos no irá tan lejos como Martí en este aspecto. No obstante, comparte plenamente con el libertador cubano su aborrecimiento del colonialismo. Podríamos citar innumerables pasajes de la obra de Hostos que abonarían lo que acabamos de decir, pero nos limitaremos a lo que nos dice sobre los efectos deletéreos del colonialismo en uno de los más finos espíritus del siglo XIX cubano: Gabriel de la Concepción Valdés (“Plácido”), ejecutado por las autoridades españolas con motivo de la famosa conspiración de La Escalera. “Plácido” es víctima del colonialismo pero a su vez termina superando a este en su lucha por la libertad de Cuba. Por eso en el memorable ensayo que dedica a “Plácido” en el volumen dedicado a *Temas cubanos*, Hostos nos dice:

En cuanto sirven para demostrar, por contraste, hasta qué punto se descomponían en aquella atmósfera infecta el sentimiento de la dignidad por la indignidad reinante; la noción de lo bueno y lo justo, por el mal omnipotente y por la iniquidad procaz; el concepto del derecho individual y social por el desprecio de la autoridad hacia el derecho, por el abatimiento de la sociedad, por la fuerza del egoísmo individual; la abjuración de la libertad, por el instinto de seguridad; el orden moral, por el soborno de caracteres y conciencias; la moralidad intelectual, por el escepticismo; en cuanto sirven para demostrar la hedionda lacería que gangrenaba a aquella infortunada sociedad, aún no formada y ya postrada, aún no organizada y ya desorganizada, cadáver de un cuerpo no desarrollado, esqueleto de un

muerto que no había vivido, infante contaminado desde el claustro materno por la mortal enfermedad de sus generadores, las páginas dedicadas por Plácido a adular el mal circunstante, el vicio circunstante, la injusticia omnipotente, son preciosas. Con ella en la mano, y sin otro dato que ella y sin otro instrumento de análisis que la comparación de esos versos bochornosos con las demás poesías que constituyen la honra y la gloria del poeta, puede el hombre de espíritu elevado conocer la horrenda situación de las Antillas, odiarla, condenarla y maldecirla.

Nótese que para Hostos, como para Martí, el colonialismo es una institución que, entre su secuela de males, trae la degradación del carácter y la procreación de la abyección y el servilismo. Hoy, cuando conocemos los estudios sobre el colonialismo de Cesaire, Fanon, Memmi, Fernández Retamar y muchos otros, comprendemos hasta qué punto calaron hondo los dos próceres antillanos en la descripción de ese fenómeno hoy universalmente condenado por la humanidad.

En cuarto lugar debe señalarse la tenaz oposición de ambos revolucionarios a las tiranías que para aquel entonces —y aún hoy— asolan a nuestra América. Es sabido cómo Martí optó repetidamente por el exilio en Guatemala y Venezuela al enfrentarse allí con el asomo de regímenes tiránicos. Martí, asimismo, disecta con agudeza insular las causas de estas tiranías y previene a los revolucionarios cubanos contra la repetición de los mismos males que plagaban a las repúblicas latinoamericanas. Así, por ejemplo, Martí considera que toda revolución, si bien no puede prescindir del elemento militar, debe no obstante responder primordialmente a un liderato civil. Vale decir, la victoria revolucionaria será el resultado de la feliz conjunción de lo político y lo militar, pero donde la política mande sobre lo militar. Prueba fehaciente de ello es su ya famosa carta a Máximo Gómez y su determinación de alejarse momentáneamente de la política con miras a forjar el instrumento de lucha que luego plasmaría en el Partido Revolucionario Cubano. Encontramos en Hostos una postura similar. Tenemos por lo menos dos instancias que revelan su oposición militar frente a tiranías unipersonales y su determinación de escoger el exilio antes que el sometimiento a hombres como Guzmán Blanco, en Venezuela, y Lilis Heraux, en Santo Domingo. De igual manera Hostos, en su análisis sociológico de la realidad latinoamericana y antillana, coincide de manera impresionante con el análisis martiano. Para Hostos, como para Martí, las lacras del caudillismo y del personalismo son la secuela de males que aparejan el desigual reparto de la tierra, las rémoras del colonialismo y la triste condición del campesinado latinoamericano.

Los males de nuestros pueblos no son por ende de carácter endémico, sino producto de situaciones sociohistóricas muy concretas. Por eso el camino de la democracia deberá ser signado previamente por la transformación de las estructuras sociales que producen y reproducen males como el caudillismo. Por eso Hostos, tanto como Martí, conciben una revolución antifeudal y democrática que transforme las relaciones de producción existentes y pavimente la vía para un régimen democrático. Ninguno de los dos podía, en ese momento, y dadas las circunstancias que les tocó vivir, concebir la posibilidad del establecimiento de un régimen socialista en las Antillas. Si tomamos en consideración que el problema del trabajo esclavo y servil era el eje de la política antillana por lo menos hasta 1886 —cuando queda abolida la esclavitud en Cuba—, no podía ser de otra manera. En todo caso, creemos importante señalar que, a diferencia de Martí, no hay en toda la vasta obra hostosiana referencia alguna a Marx, y que sus breves menciones del socialismo demuestran que el gran pensador antillano entendía muy poco de su verdadero significado.

En quinto lugar, tenemos la concepción hostosiana de la revolución. Aquí hay importantes similitudes —aunque también diferencias— entre Hostos y Martí. Contrario a la imagen que muchas veces se presenta de un Hostos puramente académico, del intelectual puro que no se contaminaba con los inciertos avatares de la política, Hostos fue un hombre profundamente comprometido con la causa de la revolución antillana. Ya hemos notado que en 1869 se unió a los exiliados cubanos y puertorriqueños que conspiraban desde Nueva York para derrocar el régimen colonial español en las Antillas. Hemos hecho referencia también a su ingente labor como propagandista de la causa independentista cubana y puertorriqueña en toda la América del Sur. Pero merecen destacarse otras instancias del Hostos revolucionario: participará en la frustrada expedición del patriota cubano Francisco Vicente Aguilera. El 29 de abril de 1874 parten de Boston los patriotas en el vapor Charles Miller con destino a Cuba, pero la expedición fracasa debido a las condiciones meteorológicas así como por la intervención enemiga. Una vez fracasada la expedición, Hostos no se da por vencido y se dirige a Santo Domingo, donde junto a Betances y Luperón continúa su prédica por la liberación de las Antillas. En 1876 redacta el programa de la Liga de los Independientes, cuyo objeto sería el de trabajar material, intelectual y moralmente en favor de la independencia absoluta de Cuba y Puerto Rico, hasta conseguir su total separación de España y su indiscutible existencia como naciones soberanas. Cuando Martí lee el documento, escribe un significativo artículo sobre Hostos en *El Federalista* de México, el 5 de diciembre de 1876, que

titulará “Catecismo democrático”. Como indicamos anteriormente, una vez consumada la invasión de Puerto Rico en 1898, Hostos fundó la Liga de Patriotas y continuó su tarea esclarecedora en pro de nuestra independencia hasta el momento de su exilio voluntario en Santo Domingo. Podríamos citar varios pasajes en la obra hostosiana que viene al caso en esta discusión, pero nos limitaremos a lo que nos dice en un artículo sobre la noticia de la muerte de Maceo:

Todo un siglo, o casi todo un siglo, consagrado por un pueblo a soñar y realizar una revolución, es un dato bastante en demostración de su necesidad. A la revolución, aunque efectivamente no fuera, como es, un hecho necesario, una crisis fatal en el desarrollo de las colonias; a la revolución no va por gusto ningún pueblo. Van, primero, los más altos de pensamiento y los más prontos de corazón; después, los peor hallados en su suerte; en seguida, los afines en ideas, sentimientos e intereses; por último, la masa. Cuando la masa se pone en movimiento, la revolución es un hecho incontrastable [...]

La revolución habría seguido hasta el fin, y habría triunfado, si la masa hubiera tenido tiempo para entrar en ella, pero el desamparo, el cansancio, el soborno y la traición, precipitaron la revolución en aquel pacto lastimoso que dejó en suspenso la guerra de independencia, y que mostró a la luz de la evidencia que aún no tenía Cuba la fuerza orgánica que desprende de su núcleo de formación a los organismos sociales ya constituidos por su fuerza interna. Hoy, cuando concurren en la revolución todas las condiciones de la ley histórica que la produce, es imposible que la independencia caiga en la fosa de Maceo [*O.C.*, t. IX, p. 473-475].

Es indudable que Martí concibió que el proceso revolucionario debería canalizarse a través de su vanguardia: el Partido Revolucionario Cubano. Martí es además el organizador infatigable, el hombre de espíritu práctico que combina su extraordinaria visión poética con la tediosa labor cotidiana de anar las voluntades más dispares. No es por cierto el suspirante romántico de la rosa blanca en que pretenden convertirlo los enemigos de la revolución que él contribuyó a iniciar mediante su verbo y su acción. El proyecto revolucionario martiano es, no obstante, de una dimensión que trasciende al hostosiano. Nos referimos primordialmente al hecho de que, para Hostos, organismos tales como la Liga de Patriotas se concebían más bien con el propósito de educar y esclarecer al pueblo como paso previo a la toma del poder político, mientras que, para



Martí, el Partido Revolucionario Cubano era el instrumento para la toma del poder revolucionario. A pesar de lo dicho, creemos que ambos concebían la revolución antillana como democrática, republicana, populista, anticolonialista y antimperialista; si bien no pretendemos negar que Martí va más allá que Hostos en todos estos factores programáticos de la revolución. Decimos esto, no es desdoro de la gran figura que fue Hostos, sino como justo reconocimiento al carácter vanguardista del pensamiento martiano, sobre todo en lo que se refiere a la incorporación al proceso revolucionario antillano de las masas populares. En este sentido, lo que es para Hostos motivo de elucubraciones teóricas, es para Martí un paso más allá: el de la unidad de la teoría con la práctica, el de convertir las ideas en fuerzas materiales asentadas sobre una organización revolucionaria como el Partido Revolucionario Cubano donde tenían cabida los más amplios sectores de la sociedad cubana en lucha contra el oprobioso colonialismo español.

En sexto lugar habría que puntualizar la gran obra pedagógica que epitomizan estos dos grandes maestros antillanos del siglo XIX. La labor pedagógica de Eugenio María de Hostos es, sin lugar a duda, una de las más extraordinarias realizadas por educador alguno en la América Latina. De ello tenemos pruebas fehacientes en su vida misma, que es siempre la del educador y el maestro, y, más específicamente, por su apostolado pedagógico en Santo Domingo y Chile. Hostos trae a la pedagogía de la época las más modernas técnicas pedagógicas —como las de Froebel y Pestalozzi—, así como el espíritu racionalista y, por ende, antiescolasticista, que emana directamente de las profundas influencias krausistas y positivistas que inciden decisivamente en su pensamiento sociológico. Así, en su labor pedagógica en la República Dominicana, Hostos se sitúa en abierta oposición a las anquilosantes técnicas pedagógicas de una educación oscurantista y autoritaria. Por ello se gana la hostilidad inmediata de los sectores eclesiásticos que ven el nuevo método como uno que atenta contra el orden establecido. La batalla de Hostos por los principios que guían la fundación de la Escuela Normal en Santo Domingo merecerían una extensa exposición que no nos es dable hacer en este trabajo. Baste con decir que, como todo gran revolucionario, Hostos concibe a la pedagogía como un instrumento en la toma de conciencia que debe preceder a todo cambio social realmente profundo. En esto es claro su paralelismo con Martí.

En una memorable conferencia pronunciada en la Universidad de Puerto Rico titulada "Martí: maestro y revolucionario", Fina García Marruz aclaró certeramente la dimensión del Martí mentor, de la gran obra pedagógica del alumno preclaro del

maestro Mendive. Sin duda la obra multifacética de Martí es una gigantesca contribución a la didáctica, una demostración viviente de un hombre con una profunda vocación pedagógica. Esta vocación encuentra una de sus más finas expresiones en esa obra admirable que es *La Edad de Oro*, o quizás en cada oración del famoso ensayo "Nuestra América", donde nos pide que estudiemos a fondo la historia de nuestros pueblos aunque no conozcamos con igual profundidad la de los arcontes de Grecia. Martí, como Hostos, favorece una pedagogía conforme a las necesidades y las realidades específicas de nuestros pueblos, no aquella que se edifica sobre modelos falsos concebidos bajo circunstancias diametralmente opuestas a las nuestras. También, como Hostos, cree en combatir el oscurantismo y el dogmatismo eclesiásticos, el autoritarismo y el caudillismo, en fin, todos los males sempiternos de una América cuya salvación consiste precisamente en la superación de esas lacras heredadas del colonialismo español y su secuela de males bajo la independencia precariamente conquistada. Martí es también, como Hostos, sociólogo de nuestra América, aunque no lo es en el sentido sistemático en que sí lo fue el último. Podemos por eso decir, sin temor a equivocarnos, que en ambos la historia de la humanidad es el esfuerzo conciente del hombre por conocerse y conocer a su mundo circundante, de transformarse y transformar la naturaleza hasta humanizarla, es decir, hacerla parte de nuestro mundo. Para ambos, el magisterio que practicaron y vivieron fue un quehacer entrañablemente ligado a sus vidas como revolucionarios.

En séptimo lugar, no podemos pasar por alto que ambos pensadores antillanos fueron sin lugar a duda grandes moralistas. De hecho, una de las más famosas obras de Eugenio María de Hostos se titula precisamente *Moral social*. En ella, Hostos estudia y analiza todo lo atinente a los deberes del hombre con los demás hombres, incluyendo aquello que él llama "el deber de los deberes". En la lectura de ese texto, así como en la obra misma del maestro mayagüezano, notamos de inmediato la importancia capital que reviste para él eso que llama "el deber" y que es piedra angular de toda su concepción ética. Más aún, la vida misma de Hostos es una especie de monumento viviente al principio del deber, tal y como lo demuestra esa admirable autobiografía que constituye su *Diario*. De igual forma Martí es un gran moralista, un hombre cuya trayectoria política responde íntegramente a su concepto del deber. Deber que implica al unísono la devoción total al esfuerzo revolucionario antillano que, a su vez, se entrelaza con los deberes de lucha por la igualdad racial, contra las profundas desigualdades sociales, contra los enemigos de nuestros pueblos como el colonialismo y el imperialismo, así como en pro de la independencia de las An-

tillas, de la federación antillana, del establecimiento de gobiernos democrático-republicanos. En todo caso Martí sería el admirable precursor de la frase que más tarde recorrería el mundo "el deber de todo revolucionario es hacer la revolución".

En octavo lugar, Hostos, como Martí y Betances, concibió la idea de la federación antillana como un proyecto histórico de gran envergadura que redundaría en beneficio para todas las Antillas. La visión martiana de una federación antillana es bien conocida. Bastaría aquí con recordar su famoso ensayo "Las Antillas y Baldorioty Castro", donde nos habla de las tres Antillas como "tres tajos de un mismo corazón sangriento" y nos advierte que las Antillas, "han de sostenerse juntas, o juntas han de desaparecer, en el recuento de los pueblos libres".<sup>2</sup> Más aún, recordemos su última carta a Manuel Mercado donde advierte que si triunfa el imperialismo norteamericano en sus designios expansionistas caerá "con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América" (ob. cit., t. 20, p. 161). Hostos tiene una visión análoga a Martí en lo que respecta al papel extremadamente importante de las Antillas en el equilibrio político de los dos continentes. En una fecha tan temprana como 1868, sustenta el principio de la federación antillana como proyecto histórico. Ello es así porque las Antillas son:

El lazo, el medio de unión entre la fusión de tipos y de ideas europeas y de Norteamérica y la fusión de razas y caracteres dispares que penosamente realiza Colombia [la América Latina]; medio geográfico natural entre una y otra fusión trascendental en razas, las Antillas son políticamente el fiel de la balanza, el verdadero lazo federal de la gigantesca federación del porvenir: social, humanamente, el crisol definitivo de las razas.

Aquí, como puede notarse, el sociólogo Hostos nos habla sobre ese ente caleidoscópico que es el Caribe, lugar donde han convergido todos los imperios y donde la fusión de razas ha hecho de la nuestra lo que Martí llamaría "la América mestiza". Dentro de ese contexto, la solidaridad antillana será un paso hacia la federación de las Antillas, que de esta forma podrán convertirse en una gran fuerza política que impida el expansionismo y la anexión eventual de nuestros pueblos concebida por los Estados Unidos. Pues para Hostos, como para Betances y Martí, el destino de las Antillas y de los pueblos que la componen no puede ser otro que la independencia. Muestra palpable de esta solidaridad antillana lo es su devoción por la causa de la inde-

<sup>2</sup> José Martí: *Obras completas*, La Habana, Editorial Nacional de Cuba, 1963-1965, t. 4, p. 405.

pendencia de Cuba, su identificación con el destino de Santo Domingo y su inquebrantable fervor por la causa que no abandonó ni un solo momento: la independencia de Puerto Rico.

Creemos que lo dicho hasta aquí perfila, si bien no agota, los paralelismos entre estos dos singulares revolucionarios antillanos.

### III

Para concluir este trabajo quisiéramos referirnos a la relación que medió entre estos dos grandes maestros antillanos. Cuando decimos relación no queremos decir que Hostos y Martí se hayan conocido en algún momento de sus vidas. Nos referimos más bien al hecho de que la obra y la acción de Hostos y de Martí es algo que podemos considerar como hechos por ambos conocidos. Ello es así, sin lugar a duda, en el caso de Martí. Así, por ejemplo, y bajo el título "Oradores", de los fragmentos de Martí publicados en el tomo veintidós (p. 172) de sus *Obras completas*, encontramos una referencia a "Hostos, el profundísimo orador de Puerto Rico". También en un artículo publicado en *Patria*, el 21 de noviembre de 1893, titulado "A tres antillanos", Martí, refiriéndose a las fiestas del descubrimiento de América en Santo Domingo, nos habla de que entre las composiciones elegidas para esa ocasión se encuentra una de Federico Henríquez y Carvajal "dedicada, con hondo pensamiento a tres antillanos que no descansan en la obra de contribuir al rescate, equilibrio y bienestar de nuestra América: a Betances, a Hostos y a Martí" (O.C., t. 7, p. 302). Ese mismo año, el 14 de marzo de 1893, en un artículo titulado "¡Vengo a darte Patria!", escribe Martí en el mismo órgano respecto de un discurso de Gonzalo de Quesada donde se hacía referencia a Eugenio María de Hostos, "menos seguido de lo que se debió en los tiempos confusos en que la revolución de Cuba iba como al garete, entre la guerra poco ayudada de afuera en el interior, y el parlamento indeciso que imperaba entre los cubanos de la emigración" (O.C., t. 2, p. 259).

Pero donde Martí demostraría en forma superlativa su gran admiración por Hostos sería antes. Hostos había publicado, como ya dije, su importante programa sobre la Liga de los Independientes. Martí, al escribir en *El Federalista*, de México, el 5 de diciembre de 1876, llamará al documento "Catecismo democrático", y escribirá que "Eugenio María de Hostos es una hermosa inteligencia puertorriqueña cuya enérgica palabra vibró rayos contra los abusos del coloniaje, en las cortes españolas, y cuya dicción sólida y profunda anima hoy las columnas de los periódicos de Cuba Libre y Sur América que se publican en Nueva York" (O.C., t. 8, p. 53). Como puede notarse, Martí

tenía una excelente opinión de Hostos como orador, como escritor y como hombre comprometido con la causa revolucionaria.

En cuanto a la opinión de Hostos sobre Martí, forzosamente tenemos que referirnos al artículo "El testamento de Martí" publicado en *La Ley*, de Santiago de Chile, en octubre de 1895. En él Hostos se refiere a la última carta que Martí escribiese a Federico Henríquez y Carvajal y que se conoce, justiciaramente, como el testamento de Martí. Lamentablemente, la evaluación que Hostos hace de Martí en ese artículo no le hace verdadera justicia al libertador cubano. Ciertamente es que las ideas expresadas en el documento "de comunidad de vida de porvenir y de civilización para las Antillas están expresadas con tan íntima buena fe por el último apóstol de la Revolución de las Antillas, que toman nuevo realce", pero todo ello en el contexto de que esas ideas "no son ideas de Martí, sino de la Revolución, y especialmente de los revolucionarios puertorriqueños, que, en cien discursos y mil escritos e innumerables actos de abnegación, han predicado y apostolado en favor de la Confederación de las Antillas". Aun los grandes hombres no pueden a menudo sustraerse de los arranques de vanidad y egoísmo, y este pasaje, sin lugar a duda, demuestra que el prócer mayagüezano, o desconocía la obra de Martí, o se ciega por efecto de una vanidad humana, demasiado humana. Pues no hace falta mucho cacumen para comprender que Hostos reclama para sí la paternidad de las ideas de Martí, una vez que leemos cuidadosamente el pasaje recién citado.

En todo caso, creemos que estas pequeñeces que pueden afectar aun a los grandes hombres no deben ser óbice para reconocer los grandes méritos de Hostos como pensador y como actor revolucionario contemporáneo de Martí. Se trata de dos grandes revolucionarios antillanos cuyas figuras se entrelazan en la lucha por nuestra aún inconclusa lucha por la liberación nacional.

Hostos, como Martí, fue a menudo autor de palabras que más tarde podrían servir para definir sus vidas fecundísimas. Así, escogemos ahora el juicio que aquel hace sobre Garibaldi, como remate a este trabajo sobre dos grandes revolucionarios antillanos.

Pudo ser poderoso y no quiso; pudo poner precio a sus servicios y no lo puso; pudo gozar de todos los bienes materiales que se piden a la fama o que se obtienen de ella, y los desdeñó. Carencia tan completa de ambición, unida a tal aptitud para fabricar poderes, sólo en los tiempos heroicos se nos presentan como ideal inaccesible: desin-

terés tan absoluto, acompañando a tal capacidad de mover y conmover los intereses más estimulantes, pocos son capaces de apreciarlo en este siglo codicioso: abnegación tan fácil de los bienes y placeres y delicias con que adulan los hombres las debilidades de los héroes, sólo con su fácil heroísmo se concibe [*O.C.*, t. XIV, p. 34].

## América Latina: marxismo y liberación en los planteamientos pioneros

PABLO GONZÁLEZ CASANOVA

En la misma Europa la difusión del marxismo mostró un atraso considerable. Desde la fundación de la Primera Internacional, algunos escritos de Marx fueron traducidos al francés y al español. Pero la mayor parte de los trabajos teóricos y los tratados sólo quedaron en el idioma original. A la falta de información se añadieron obstáculos ideológicos y culturales para la visión dialéctica de una historia y una tierra novedosas.

En francés el marxismo se difundió al tiempo del reformismo. En español cayó en un medio anarquista. Cuando llegó a España la circular redactada por Marx con motivo de la Internacional "lo que se aplaudió en ella fue la crítica al sistema capitalista", no las propuestas de lucha política y revolucionaria. (Abad de Santillán: *El proletariado militante*, cit. por Juan Gómez Casas, *Historia del anarco-sindicalismo español*, Madrid, ZYX, 1969, p. 30.) El anarquismo distorsionó la marxismo sin quererlo, y también deliberadamente. Los anarquistas españoles, según informe de Engels a la AIT de octubre de 1872, difundieron sus ideas como si fueran de la Internacional. La abolición inmediata del Estado, el antiautoritarismo, la abstención de toda acción política, la propia anarquía se hicieron pasar por doctrinas marxistas (Manuel Tuñón de Lara: *La España del siglo XIX, 1808-1914*, París, Librería Española, 1971, I, p. 222).

A la caída de La Comuna en 1871 Paul Lafargue, hijo de madre cubana, se fue a España. Ahí tradujo y editó el *Manifiesto comunista* y parte de *El capital*. En *La Emancipación*, un periódico fuertemente influido por el anarquismo, se consagró a "defender el criterio de que la clase obrera debía participar activamente en las luchas políticas, sin limitarse a las acciones de carácter estrictamente económico" (Tuñón de Lara: ob. cit., p. 226). Sus palabras fueron más bien acogidas por los reformistas.

Pocos años después un marxista español, de nombre Mesa, tradujo al castellano la *Miseria de la filosofía* y preparó otra versión del *Manifiesto comunista* (Tuñón de Lara: ob. cit., p.

231). En los años ochenta los socialistas aumentaron su influencia. Publicaron nuevamente el *Manifiesto comunista*. Pero siguieron siendo "raros los casos en que se produjo la conjunción entre socialismo científico y movimiento obrero" (Manuel Tuñón de Lara: *El movimiento obrero en la historia de España*, Madrid, Taurus, 1972, p. 284). El anarquismo continuó predominando. Y conforme el socialismo creció tendió al reformismo (Tuñón de Lara: ob. cit., p. 287-291).

En la América Latina el movimiento de difusión del pensamiento marxista fue parecido al de España. Encontró semejantes obstáculos para su difusión y profundización. "Las ideas del marxismo aparecieron en la Argentina en 1871, con el auge de la Internacional y con los acontecimientos de la Comuna de París" (Leonardo Paso: *La clase obrera y el nacimiento del marxismo en la Argentina*. Selección de los artículos de Germán Avé Lallemand. Buenos Aires, Arteo, 1974, p. 7). En 1882 un grupo socialista alemán fundó en Buenos Aires el club Vorwärts, primero de la América Latina en hacer propaganda marxista. El Club tuvo vínculos con la Primera Internacional a partir de 1889. Su principal ideólogo se llamaba Germán Avé Lallemand y su principal órgano de expresión, *El Obrero*, fundado en 1890. Ambos se vieron envueltos en el reformismo, rodeados del anarquismo.

En México se publicó el *Manifiesto comunista*, en 1870; volvió a aparecer el 12 de julio de 1884 en *El Socialista*, y nuevamente en 1888. De 1883 a 1886 *El Socialista* comenzó a difundir el marxismo. En 1883 publicó un obituario de Marx; en 1885, *La lucha de clases en Francia* y varios artículos de Paul Lafargue. Pero al mismo tiempo continuó publicando artículos anarquistas, y sus directores siguieron una política reformista. Cuando estalló la Revolución Mexicana todavía el marxismo no tenía un ideólogo que lo expresara.<sup>1</sup> El primer marxista brasileño fue Silverio Fontes, fundador del Centro Socialista de Santos (1889), director de un periódico llamado *A Questão Social*. Fontes luchó contra las tesis anarquistas. Según sus palabras, inició "la propaganda de la doctrina reformista [sic], basada en la trilogía marxista: interpretación materialista de la historia, determinismo económico y lucha de clases".<sup>2</sup> Redactó algunos manifiestos socialistas en 1889, 1893, 1902 (Pereira: ob. cit.). Euclides da Cunha, el famoso autor de *Os sertões*, organizó en 1901 en San José del Río Pardo (Brasil) el Club Internacional Hijos del Trabajo. Se proponía divulgar el mar-

1 Véase Gastón García Cantú: *El socialismo en México*, México, Era, 1969.

2 Cit. por Astrojildo Pereira: "Silverio Fontes, pionero do marxismo no Brasil", *Estudios Sociais* n. 12, abril de 1961.

xismo, por él llamado "racionalismo" (Helio Jaguaribe: "O impacto de Marx sobre la América Latina", en *Problemas do desenvolvimento latinoamericano*, Río Civilização Brasileira 1967, p. 120). Editó un periódico socialista (Nelson Werneck Sodré: *Historia da literatura brasileira*, Río, Civilização Brasileira, 1969, p. 497), buscando orientar la conciencia de los trabajadores conforme a las normas trazadas por el Congreso Socialista de 1900 (Vamireh Chacón: *Historia das idéias socialistas no Brasil*, Río, Civilização Brasileira, 1965, p. 282-283). Euclides da Cunha no fue marxista; fue un rebelde, divulgador del marxismo durante una época de su vida. Los problemas del campesino nordestino y amazónico hicieron que denunciara la explotación del capital y se inclinara por Marx. Como Silvério Fontes, sufrió una rara confusión a la vez conceptual y terminológica.

En 1883 el gran revolucionario cubano José Martí escribió un artículo en que rindió homenaje póstumo a Marx. Con él y después de él Carlos Baliño publicó varios documentos y artículos revolucionarios. Baliño fue el primer marxista cubano. Su pensamiento presentó la visión más avanzada del socialismo científico del Nuevo Mundo.

A pesar de esos y otros esfuerzos, a fines del siglo XIX y principios del XX, el marxismo era mal conocido y peor entendido incluso en los países y regiones de la América Latina donde se habían desarrollado más las relaciones de producción capitalista, como Argentina, Brasil o México.

Por entonces [escribe Sergio Bagú refiriéndose a los últimos años del siglo pasado y principios de este] nadie tenía en Buenos Aires trato frecuente con Marx y Engels, ni aun los dirigentes socialistas más cultos. Se les había vertido al español en escasas ocasiones y hasta los que pudieran buscarles en otras lenguas prefirieron hallar en sus comentarios la exposición de su teoría, lo que, demás está decirlo, los puso siempre en la ingenua creencia de conocer lo que ignoraban. No extraña encontrar [añade] en las glosas caseras de la época un marxismo corregido y adaptado, simple y mecanicista, en el que el padre de la doctrina reconocería sólo algunos criterios fundamentales [Sergio Bagú: *Vida ejemplar de José Ingenieros*, Buenos Aires, Claridad, 1937, p. 51].

A la ignorancia y escasez de textos se añadió la dificultad para comprender el significado profundo de la nueva dialéctica. Esta no sólo se enfrentaba a las hipóstasis deformantes del anarquismo y el reformismo, con todas sus secuelas de caminos ilusorios e inhibiciones colectivas. Chocaba con un pensamiento

autoritario y metafísico difícil de superar, y era en general incapaz de comprender un viejo fenómeno ligado a otro naciente: el del coloniaje y el imperialismo, con las necesarias luchas de liberación y clases.

El problema era pues de ignorancia e incompreensión de los símbolos. También de la realidad. Con un agravante: el método de corregir errores consistía en tomar como referentes los textos y conceptos, los autores y las categorías estampadas. La cita respaldaba el juicio. El arte de citar sustituía la útil mediación del nuevo sistema filosófico. La invocación de un autor suplantaba el método para aprehender una lucha desconocida por el autor invocado. El Viejo Mundo y sus clases ocultaban al Nuevo Mundo y las suyas. Se escapaba, inasible, una lucha de clases inserta en el movimiento liberador, anticolonial y antimperialista, en que la dialéctica de las reformas y la revolución, de la política y el poder, del nacionalismo y el internacionalismo ocurrían en las mallas de un capitalismo dependiente, de origen colonial, al que empezaban a transformar los monopolios y los *marines*, combinando las viejas y las nuevas formas de explotación y dominación. A la novedad de la historia se añadía su complejidad. Las variadas y barrocas combinaciones de clases, oligarquías, Estados, ideologías y culturas resultaban aún más opresoras por objetivamente confusas y novedosas. Para colmo se hallaba ausente en el medio americano esa clase obrera industrial, "libre" y asalariada, que tanto ayudó en Europa a aclarar la esencia de la sociedad capitalista. La realidad parecía, oculta a la distinta. O esta estalla creyéndose única.

En la tremenda red de impedimentos reales y conceptuales del proceso liberador surgieron sin embargo las primeras luces del nuevo pensamiento marxista y revolucionario. Mezcladas a ignorancias y espejismos, su incursión en el largo proceso desmistificador, representó la vivencia de los primeros pasos, el enriquecimiento de una revolución dialéctica que en Europa ya había adquirido carácter de sistema filosófico, y empezaba a padecer altibajos reformistas como método de comprender y cambiar el mundo.

Dos autores pioneros iniciaron el difícil proceso esclarecedor. Esos dos autores son el ideólogo argentino poco conocido Germán Avé Lallemand, y el gran líder escritor revolucionario cubano, José Martí. Germán Avé Lallemand destaca como pionero del marxismo latinoamericano. José Martí como un revolucionario genial, al que Fidel Castro ha llamado "autor intelectual de la Revolución Cubana". Aunque el talento de uno y otro son incomparables, aunque Lallemand no es famoso y Martí no fue marxista, su obra es particularmente significativa para el análisis del nacimiento del marxismo y del pensamiento revo-

lucionario latinoamericano. A ellos se añade un tercer autor, Carlos Baliño, otro cubano, que al unir la lógica revolucionaria y la marxista reveló algunos problemas del socialismo científico como sistema y como método, de la ruptura de la opacidad, a partir de un acervo de conocimientos organizados e inferidos, y de una acción revolucionaria a la vez estructurada y creadora.

Germán Avé Lallemand, ingeniero, nació en Lubeck, Alemania. Emigrado a la Argentina, no sólo fundó el club Vorwärts con sus coterráneos, sino otras asociaciones proletarias criollas en las que militó para difundir el socialismo científico. Fue fundador y director de *El Obrero* "primer periódico realmente marxista" publicado en la Argentina y en Latinoamérica (Paso: ob. cit., p. 17).

Con el Club Vorwärts, Avé Lallemand desplegó una serie de actividades para organizar y educar al proletariado argentino y estudiar el carácter de la lucha de clases en la Argentina. En 1890, de acuerdo con el programa de la Asociación Internacional de Trabajadores, organizó el primer desfile del 1º de Mayo auxiliado por los miembros del Club, los anarquistas colectivistas y los republicanos *mazzinistas*. Se reunieron más de dos mil trabajadores que formularon un petitorio con demandas sobre la jornada de ocho horas, la prohibición del trabajo a menores de catorce años, la prohibición del trabajo a destajo, y el descanso dominical (José Ratzer: *Los marxistas argentinos del 90*, Buenos Aires, Pasado y presente 1969, p. 69-74).

En el terreno de la educación o propaganda marxista, Avé Lallemand realizó una intensa labor, enfrentando las dificultades que presentaba una clase obrera, formada de españoles, italianos, argentinos, en su mayoría analfabetos y que mostraban resistencia e incluso hostilidad a las ideas socialistas, inclinados como estaban por la filosofía ácrata.

"Sin los compañeros alemanes la totalidad de los obreros habría caído en brazos del anarquismo", escribía Lallemand en 1895-1896 para *Die Neue Zeit*, periódico al que envió importantes artículos sobre la situación de la Argentina. En su opinión "la agitación socialista" se había desarrollado en forma satisfactoria desde un punto de vista práctico. Pero "no ocurría lo mismo con la instrucción teórica". "Nuestros estudiantes", afirmaba, "con pocas excepciones, constituyen una masa de jóvenes totalmente incultos e ignorantes, caracterizada además un por delirio de grandeza de origen español" (Paso: ob. cit., p. 167).

No fue fácil el desarrollo del marxismo en la Argentina. Todavía en la edición de *Die Neue Zeit* de 1908-1909 Avé Lallemand escribía: "nuestros obreros, con pocas excepciones, per-

manecen ajenos al socialismo, e incluso gran parte de ellos ocupan una posición hostil frente al socialismo". En cuanto a "los elementos propulsores del partido socialista", decía. "son ideólogos burgueses que no están dispuestos a cruzar un determinado Rubicón [...] De ahí su turatismo" (Paso: ob. cit., p. 205).

Lallemand destacó varios obstáculos al desarrollo del marxismo, tenaces, duraderos. En los trabajadores, el anarquismo. En los jóvenes intelectuales, la falta de interés por el estudio profundo de las teorías sociales. En los líderes socialistas de clase media, una distancia del proletariado, que inevitablemente los llevaba a oscilar entre el anarquismo y el reformismo, aquel para amenazar y este para avanzar hacia posiciones parlamentarias y políticas, más individuales o de facción, que propias de la clase obrera.

Las descripciones de Lallemand sobre la sociedad Argentina constituyen una contribución pionera al análisis de la lucha de clases, grupos y caudillos en Latinoamérica. Sin embargo son típicas de un marxismo que aún no acordaba importancia prioritaria al problema nacional y al imperialismo naciente. Lallemand mantenía aquella visión de la historia universal por la cual se consideraba que la expansión del capitalismo europeo y norteamericano ejercía "una influencia 'civilizadora' sobre los países bárbaros aún no capitalistas", los sacaba de su estancamiento, y aceleraba así indirectamente el proceso de la revolución social.

Las críticas de Lallemand al desarrollo del capitalismo y a la expansión de las grandes potencias quedaron a la postre circunscritas al rechazo formal del capitalismo como sistema social. Lo que es más, se mezclaron a un apoyo implícito e incluso explícito al desarrollo de la empresa capitalista frente a la feudal, y de la democracia burguesa frente a las autocracias y los caudillos latinoamericanos. Una visión relativamente lineal de la historia de los sistemas, impidió a Lallemand advertir la combinación creciente de las empresas capitalistas con las formas de explotación semi-capitalistas, la combinación del imperialismo con el caudillismo, la posibilidad de una lucha revolucionaria antimperialista y antioligárquica.

No pudo Lallemand ir más allá de los marxistas europeos de su época, ni acogió las correcciones que el propio Marx hizo de semejantes teorías. Pensó en el desarrollo de la lucha de clases, a partir de un proceso que no mostraba aún ni todas las posibilidades del desarrollo imperialista, ni todas las posibilidades del desarrollo revolucionario (Karl Marx y Friedrich Engels, *Materiales para la historia de América Latina*, Córdova, Presente y Pasado, 1972, p. 5-15).

En *El Obrero* sostuvo que el proletariado entraba a la lucha, como clase, al fin de un "régimen de caudillaje" heredado de los conquistadores y de la "clerigalla católica". Tras la Independencia de España, ese régimen había abolido "la esclavitud de derecho", pero había conservado "la esclavitud de hecho". Empezaba a sucederle "la dominación para burgueses" hasta entonces "claudicada por las tradiciones caudilleras hispano-americanas". El régimen burgués "importaba un progreso", un "gran progreso", no por sí solo sino porque acercaba la posibilidad del socialismo.

Lallemant y los redactores de *El Obrero* "confesaban la ley fundamental del materialismo dialéctico". Creían saber "cómo en la sociedad burguesa se halla el germen de la futura sociedad comunista, cuya realización", afirmaban, "es el objetivo final de nuestras empresas y deseos". Y por ello "aclamaban" a la "nueva sociedad", a la sociedad capitalista, "como un avance en la lucha de clases", a sabiendas de que "importaba una crecida apropiación del trabajo no pagado" (Paso: ob. cit., p. 19-20). Su lógica parecía impecable. Resultó raquítica. Los alejó de las luchas agrarias y de liberación nacional contra una oligarquía asociada al imperialismo naciente, para ellos imperceptible.

Lallemant no propuso el ataque al latifundio. No alcanzó a ver la necesidad de la lucha antimperialista y de la movilización campesina. Denunció el carácter del imperialismo inglés y alemán, la forma en que explotaban a la Argentina, en que se maridaban con los terratenientes criollos, en que influían en su gobierno, pero su bandera no fue nunca campesina ni antimperialista. Buscó alentar la categoría abstracta y liberadora del "trabajador asalariado", apoyando el desarrollo del capitalismo en el propio campo. "El fomento de la explotación de latifundios es lo que necesitamos", escribió. La gran empresa agrícola sería fuente de crecimiento del proletariado rural, considerado como una Fuerza Revolucionaria en sí misma. Su lógica lo llevó demasiado lejos. Llegó a pedir apoyo para las empresas monopólicas, como la Argentina Land Investment Co. (Paso: ob. cit., p. 89). Escapando a los errores "agraristas" se embolsó en los de un trabajo asalariado, necesario y deseable. Un ideólogo de la mediana burguesía rural, Hugo Koppe, le hizo ver que estaba equivocado. Las empresas capitalistas no iban a desarrollar a un proletariado y a un obrero agrícola que no les convenía. "El capital" afirmó el sagaz opositor, "procura siempre reducir los gastos y sacar mayores intereses, y para obtener estos resultados, hará lo que hicieron últimamente los hacendados brasileños; introducir verdaderos koolis chinos" (Paso: ob. cit., p. 113).

Lallemant tampoco advirtió el tipo de combinaciones de poder que estaban surgiendo y que habrían de desarrollarse con el imperialismo. Creyó que los Estados Unidos podrían intervenir contra el militarismo. No imaginó que lo emplearían. Hasta llegó a decir: "El desarrollo liberal burgués de Sudamérica, su liberación del sistema de violencia dominante de las oligarquías que todo lo absorben, será posible únicamente cuando el panamericanismo extienda sus alas en este continente" (*Die Neue Zeit*, t. I, 1895-1896, cita por Paso en ob. cit., p. 179).

En el terreno político ocurrió algo parecido. Al inicio de los años noventa Lallemant afirmó que la Unión Cívica era un "elemento revolucionario" y que a los marxistas les resultaba "muy simpática su lucha en favor de la democracia, aunque no fuera más que la democracia burguesa" (Ratzer: ob. cit., p. 150). *El Obrero* y su director apoyaron a la Unión Cívica cuando esta intentó luchar por la democracia burguesa, y criticaron después a Yrigoyen y a otros líderes que la dirigían, por haber excluido de sus filas al "pueblo trabajador", lo que en su opinión los había conducido a la derrota. Fue un esbozo para captar la compleja dialéctica. Pero sus preocupaciones o intentos de mantener una doble perspectiva, política y revolucionaria, no resultaron ni suficientemente claros desde el punto de vista de la teoría, ni suficientemente fuertes desde el punto de vista de la clase. Pronto se vieron remplazados por el "oportunismo reformista" que ellos intentaron denunciar y enfrentar. El Partido Socialista, fundado en 1894, y su periódico *La Vanguardia* ignoraron esa difícil e incipiente línea de análisis y lucha, que trataba de mantener e incrementar la autonomía proletaria con una visión a la vez política y revolucionaria del proceso histórico. Desde la fundación del Partido Socialista, Juan B. Justo ocupó un papel destacado como presidente del mismo. Encabezó desde entonces la línea reformista.

El socialismo reformista siguió siendo, en la política como en la filosofía, la alternativa del anarquismo. Dominó a los ideólogos más conocidos de la Argentina, José Ingenieros, pasó de posiciones ultristas y anarquistas en la juventud a otras evolucionistas y positivistas, características de su pensamiento maduro, incluso después de 1917, cuando manifestó emocionalmente solidaridad con la Revolución Rusa.<sup>3</sup>

Entre los marxistas argentinos del noventa, el proyecto de acumulación de fuerzas se limitó a débiles apuntes sobre la autonomía de clase, sobre la doble lucha política y revolucionaria,

<sup>3</sup> Véase Héctor P. Agosti: *José Ingenieros, ciudadano de la juventud*, Buenos Aires, Futuro, 1945, p. 13-82.

sobre la importancia de la educación política de los trabajadores del campo y la ciudad. Avé Lallemand y el grupo encabezado por él representaron la primera experiencia latinoamericana de la lucha marxista contra las posiciones ideológicas anarquistas y contra las posiciones reformistas. Plantearon por vez primera la necesidad de la lucha política del proletariado, y la indispensable autonomía que este debía guardar en sus organizaciones. Frente a los anarquistas propusieron la lucha política necesaria en lo inmediato; frente a los reformistas y economicistas, la lucha final por el poder y la instauración del socialismo. Los redactores de *El Obrero* se enfrentaron al apoliticismo de los anarquistas y afirmaron que es "inseparable la lucha de la clase proletaria por el mejoramiento de su situación económica, de la participación enérgica que como clase tiene que tomar en la política del país". Igualmente criticaron las acciones directas y espontáneas de los anarquistas. "Como sea", sostuvieron, "hemos aprendido una historia de la Comuna, y es que importa un error creer que pueda el proletariado apoderarse simplemente, en un día cualquiera, de los poderes del Estado, para manipularlos en provecho de la clase de los explotados". También enjuiciaron la conducta de los anarquistas que entorpecían la organización proletaria, y que "acostumbraban convertir todas las asambleas obreras en escándalos, y darse maña para que la policía, en cada oportunidad, atacara a los obreros con rebeques de cuero crudo y desbande de asambleas". Por otro lado se enfrentaron a los reformistas proponiendo no sólo "luchar por el salario", sino "ser propagandistas de la nueva y sublime doctrina del socialismo científico, que enseña al proletariado cómo está llamado a ser el poderoso agente por cuya acción la humanidad conquistará el máximo de libertad posible".

La debilidad teórica de los marxistas argentinos de los años noventa fue la de su tiempo, aunque de repercusiones más graves en países como Argentina, a falta de una perspectiva antimperialista sobre el desarrollo de las contradicciones del capitalismo semicolonial o dependiente. Lo abstracto del marxismo político europeo —eurocentrista— se volvió más abstracto en la Argentina. Lo abstracto del marxismo como "sistema" o código de categorías, se volvió más ilusorio en Buenos Aires. De lo real surgió un esquema. De una vaga idea y una atención fugaz, sobre la necesidad de librar las luchas políticas inmediatas para preparar las luchas finales y revolucionarias, nació una visión lejana de estas y la presencia absorbente de aquellas. Si interesaba contradecir el apoliticismo y el inmediatismo revolucionario anarquista, aclarar los triunfos posibles en la democracia burguesa, y el potencial progresivo del capitalismo, jamás se plantearon a fondo sus contradic-

ciones como parte de una historia llena de rupturas y obediente a los impulsos de un Estado oligárquico empleado del imperialismo.

Desde el punto de vista teórico el reformismo fue inevitable. Se integró fácilmente a los proyectos combinados de una oligarquía burguesa, dependiente. Desde el punto de vista práctico los componentes de la clase obrera argentina con residuos artesanales, reclutas campesinos, y trabajadores inmigrantes europeos, a la vez discriminados y privilegiados como gauchos y extranjeros, cayeron en la hábil política de dominación criolla, burguesa y oligárquica. Sus dificultades aumentaron por la táctica de las clases dominantes, alternativamente represiva y conciliadora, que suscitó en las organizaciones de trabajadores rebeldías simples frente a la represión —rebeldías anarquistas— o anuencias elementales frente a la conciliación —anuencias reformistas—. Aquellas tenían honda raigambre de protesta absoluta, estas se avivaron con la acción de una pequeña burguesía en ascenso, en parte socialista. La debilidad original de los esquemas aumentó con la polarización de la lucha. El proceso dialéctico real se convirtió en antagonismo de lo abstracto.

En la Argentina las categorías formales del socialismo marxista fortalecieron toda una tradición de luchas que arrancaba de Sarmiento. Buena parte de ellas rehicieron falsas disyuntivas entre civilización y barbarie, ciudad y campo, Europa y el "gauchaje". Por razones históricas concretas y explicables, los marxistas argentinos de finales de siglo no rebasaron sus antinomias sarmientanas, y quienes lo intentaron pocos años después, como Manuel Ugarte, que planteó la lucha contra el imperialismo, terminaron siendo relegados o expulsados del Partido Socialista Argentino.<sup>4</sup> Lo más dramático fue que ellos mismos, por su parte, acabaron sosteniendo un nacionalismo, cada vez más alejado del proyecto socialista y el análisis de clase. La disyuntiva metafísica se volvió imperante. Los socialistas cosmopolitas pugnaron contra los nacionalistas antimperialistas, los socialistas reformistas contra los anarquistas insurrectos o sus sucesores, los partidarios de la acción política contra los partidarios de la acción directa. El razonamiento revolucionario halló dificultades enormes para precisar las categorías del proceso de liberación latinoamericano y argentino.

La realidad de la lucha de clases en la Argentina de finales del siglo XIX no permitió superar los esquemas, los sistemas y sus aplicaciones formales. Armó una imagen incompleta en

<sup>4</sup> Véase Norberto Galasco: *Los orígenes del socialismo*, Buenos Aires, Editorial Universitaria, 1973.



que el final apareció fuera del comienzo, y el principio desgajado de las batallas finales.

En México y Brasil las dificultades fueron mayores. En aquel tiempo no había nada del pensamiento revolucionario, que se pudiera asemejar al marxismo, o de marxismo que expresara la lucha del pueblo trabajador y la clase obrera contra el imperialismo y el capitalismo.

En un terreno muy distinto al de los luchadores marxistas argentinos del noventa se halla la vida y obra de José Martí, cuyo sentido revolucionario se desprende de una posición fundamentalmente antimperialista.

Varias son las razones por las cuales Martí pertenece a la historia del pensamiento socialista en la América Latina, sin que haya sido ni marxista ni socialista. La significativa es, sin duda, que sea considerado por Fidel Castro y otros dirigentes como "el autor intelectual de la Revolución Cubana". Semajante tesis no es nada más que una exaltación retórica de la figura del gran hombre, ni corresponde a una lógica elocuente. La seriedad con que hablan los dirigentes de la Revolución Cubana y la forma en que emplean expresiones que parecen retóricas y son prácticas es una característica de la cultura martiana y obliga a analizar el tipo de elementos que hacen de Martí el autor intelectual de la primera Revolución Socialista en el Nuevo Mundo.

Martí es precursor moral, político, revolucionario y práctico de la Revolución Cubana. Lo es por la mediación del dirigente comunista Julio Antonio Mella y de otros héroes de la liberación que sin ser comunistas retomaron al Martí revolucionario.

La presencia de Martí es parte de la cultura revolucionaria de Cuba. Más que un hombre es un pueblo cuya imagen se observa en la vida cotidiana, como estilo de pensar y actuar. Toda la historia revolucionaria de Cuba refuerza hasta hoy la herencia moral, ideológica, política y revolucionaria de Martí, considerada como un todo. Para alcanzar los objetivos morales y revolucionarios, señalados por el Apóstol, pueblo y líderes descubren que es necesario hacer la revolución, y también el socialismo. Con ello la idea misma de Apóstol y la Salvación adquieren un sentido no sólo laico, como en la etapa de las luchas liberales y democráticas, sino revolucionario.

Haydée Santamaría, una de las dirigentes de la Revolución Cubana, ha sostenido que el asalto al cuartel Moncada se realizó cuando sus protagonistas —encabezados por Fidel Castro— eran martianos. "Hoy somos marxistas", afirma, "y no

hemos dejado de ser martianos porque no hay contradicción en esto, por lo menos para nosotros."

Ser martiano consecuente implica ser revolucionario. Supone una lógica y una conducta que en Martí fue revolucionaria y se convirtió en parte de la lógica y conducta de su pueblo. Esa conducta y esa lógica son fascinantes en él como expresión, orientación y mito. Pero no son fáciles de desentrañar en lo que tienen de exclusivamente revolucionario.

La fascinación que ejerce el pensamiento martiano puede llevar a forzar el sentido del mismo. Así, en 1940, Antonio Martínez Bello, en sus *Ideas sociales y económicas de José Martí* (La Habana, 1940) "llegó a considerar a Martí un materialista dialéctico". Desde luego tal afirmación está lejos de la realidad y no permite recuperarla. Antes de 1961, G.D.H. Cole incluyó a Martí en su *Historia del pensamiento socialista*. Cole aclaró que Martí era un "nacionalista revolucionario más que un socialista", y sin embargo consideró que Martí merecía un lugar en su historia.<sup>5</sup> Algunas de las razones que lo indujeron a ello son indiscutibles: "su nacionalismo era muy radical". Era partidario de "la igualdad racial". Fue "un fuerte opositor del colonialismo". Escribió contra "el capitalismo norteamericano". Abogaba por una "legislación social avanzada". Otros argumentos de Cole son tal vez más sólidos, como cuando escribe: "reconoció la necesidad de fundar su movimiento revolucionario en la clase trabajadora, en la que confiaba principalmente, y en la clase media nacionalista" (ob. cit., p. 91). Pero no son del todo exactos. Dejan escapar lo que en el fondo lo llevó a incluir a Martí en su historia del socialismo.

Martí es un brillante precursor del pensamiento socialista latinoamericano porque fue un revolucionario que luchó a fondo contra el colonialismo y los primeros embates del imperialismo. Como político comprendió que en la situación colonial no era posible la lucha reformista, como revolucionario combatió el anarquismo, y al enfrentarse al imperialismo naciente de los Estados Unidos planteó un problema al que todavía no se había abocado el pensamiento marxista de su época, el de la "predestinación lógica" de los pueblos coloniales por su liberación del imperialismo, el de la apariencia y la esencia de esa lucha, el de su momento y ser, el de su movimiento, que él supo apuntar a etapas no vividas. El legado de Martí consistió en una sólida ideología para enfrentar tres tipos de problemas que tendría el revolucionario latinoamericano: el del reformismo, el de la espontaneidad, y el de la lucha de clases que no

<sup>5</sup> Cit. por José Cantón Navarro: *Algunas ideas de José Martí en relación con la clase obrera y el socialismo*, La Habana, Dirección Política de las FAR, 1970, p. 91.

priorizaba la batalla contra el imperialismo a partir de la situación colonial. Su pensamiento supuso además un inconformismo moral y revolucionario, que tendía a movilizar precisamente a las clases medias —tan importantes en el proceso revolucionario latinoamericano—, y a identificarlas con las luchas de su pueblo, parte importante del cual son los trabajadores. Martí se preocupó, efectivamente, por atraer a las clases medias hacia el pueblo y hacia los trabajadores, y por acercar a los trabajadores a la lucha por el poder y con el pueblo. Así, a partir de marcos teóricos que nada tenían que ver con la lectura directa del marxismo, Martí se colocó como revolucionario, no sólo entre los pioneros de la lucha contra el imperialismo (otros lo harían), sino entre los pioneros de la lucha contra el reformismo y el anarquismo. Sin ser marxista, como revolucionario, planteó el mismo tipo de problemas que Lenin levantaría a partir del marxismo. Su encuentro con los revolucionarios del siglo xx quedó asegurado.

Una mistificación de Martí, de Fidel Castro y la Revolución Cubana, consiste en separar lo que en ellos está unido: la lucha moral y política, la política y la revolucionaria, la revolucionaria y la práctica, la de líderes, grupos y masas. Ni Martí era un hombre puramente moral, ni la Revolución Cubana fue un acto de voluntad y valor exclusivo de una docena de jóvenes. Martí no aceptaba la lucha por la independencia sin la acción de los trabajadores, ni la de los trabajadores sin la lucha política y revolucionaria por la independencia. Crítico del reformismo político representado por los "autonomistas", lo fue también del anarquismo que se negaba a la lucha política y a la guerra patria.

"El zarismo es política", escribía en 1892, "y es política la anarquía, la anarquía que en mucho corazón ferviente es el título de moda de la aspiración santa y confusa a la justicia, y en manos del gobierno español, que echa anarquistas por todas partes, es un habilísimo instrumento (ob. cit., p. 109).

Frente al Partido Liberal Autonomista, que se ilusionaba o engañaba con el reformismo, Martí organizó el Partido Revolucionario Cubano. En sus *Bases* afirmaba el propósito de "contribuir al triunfo rápido de la guerra y a la mayor fuerza y eficacia de las instituciones que después se fundaran", así como el de "propagar en Cuba el conocimiento del espíritu y los métodos de la revolución, y, congregar a los habitantes de la isla en un ánimo favorable a su victoria" (Pedro Pablo Rodríguez: "La idea de liberación nacional en José Martí", Santiago, Quimantú, 1973, p. 38).

Frente a la otra faceta del anarquismo —en sentido lato— que es la acción espontánea, Martí propugnó la organización de un

partido político revolucionario. "No se han de organizar con la prisa indigna y artificiosa del interés personal, sino como se organiza el Partido Revolucionario Cubano", escribió en 1892 (cit. por Rodríguez en ob. cit., p. 36).

Frente a quienes confundían la lógica contestataria con la revolucionaria, la acción anárquica con la toma del poder, decía hablando de los bakunistas rusos: "¡no son aún estos hombres impacientes y generosos, manchados de ira, los que han de poner cimiento al mundo nuevo; ellos son la espuela, y vienen a punto, como la voz de la conciencia, que pudiera dormirse: pero el acero del acicate no sirve bien para martillo fundador!"

El papel del partido, la lucha unida del pueblo contra el imperialismo, el conocimiento concreto del país —a que se refiriera en múltiples ocasiones— todo se inscribía en el pensamiento martiano dentro de una lógica revolucionaria que habría de desarrollarse y profundizarse en el siglo xx.

En un ensayo sobre *La idea de liberación nacional en Martí*, Pedro Pablo Rodríguez señala tres etapas de la evolución del pensamiento martiano. Sorprende ver la coincidencia con las etapas del pensamiento socialista en la América Latina: de 1871 a 1884 iría la primera; de 1884 a 1889, la segunda; de 1890 a 1895, en que Martí murió, iría la tercera. En la primera Martí acentuó sus ideas independentistas; en la segunda profundizó sus estudios sobre la guerra contra España y la situación latinoamericana, en la tercera "concibió el partido como organizador de la guerra" (Rodríguez: ob. cit., p. 26-29).

Con Martí, y como miembro y fundador del Partido Revolucionario Cubano estuvo Carlos Baliño, cuya "actitud consecuente con respecto a la lucha por la independencia de Cuba, está presente en su larga hoja de servicios a la Patria" (Cantón: ob. cit., p. 95). En la Cuba de los años noventa no se podía ya ser marxista o premarxista sin ser antimperialista. Lo fue Baliño. Él también se adelantó. Y Martí, que no fue marxista, al reseñar el acto póstumo de homenaje a Marx, explicó, con los motivos de su admiración, el sentido permanente de su propia herencia ideológica:

Ved esta gran sala [escribía en 1883], Karl Marx ha muerto. Como se puso del lado de los débiles merece honor [...] Ved esta sala: la preside, rodeado de hojas verdes, el retrato de aquel reformador ardiente, reunidor de hombres de diversos pueblos, y organizador incansable y pujante. La Internacional fue su obra: vienen a honrarlo

6 José Martí: "Cartas de Martí", *Obras completas*, La Habana, Editorial Nacional de Cuba, 1963-1965, t. 9, p. 388-389. (En lo adelante, las referencias a la obra de José Martí, se remitirán a la mencionada edición de sus *Obras completas* (N. de la R.).

hombres de todas las naciones. La multitud, que es de bravos braceros, cuya vista enternece y conforta, enseña más músculos que alhajas, y más caras honradas que paños sedosos. El trabajo embellece. Remoja ver a un labriego, a un herrador, a un marinero. De manejar las fuerzas de la naturaleza, les viene ser hermosos como ellas [...] Karl Marx estudió los modos de asentar al mundo sobre nuevas bases, y despertó a los dormidos, y les enseñó el modo de echar a tierra los puntales rotos [...] Aquí están buenos amigos de Karl Marx, que no fue sólo movedor titánico de las cóleras de los trabajadores europeos, sino veedor profundo en la razón de las miserias humanas, y en los destinos de los hombres, y hombre comido del ansia de hacer bien. Él veía en todo lo que en sí propio llevaba: rebeldía, camino a lo alto, lucha ["Carta de Martí", O.C., t. 9, p. 388].

No fue Martí marxista, sino revolucionario que se planteaba la liberación de un pueblo frente al imperialismo, más que la de una clase frente a la burguesía. Sus diferencias con Marx eran de posición histórica e ideológica, siendo ambos revolucionarios. Sus afinidades revolucionarias le hicieron ocupar, antes de Lenin, y con una ideología de raigambre liberal, una posición parecida a la que Lenin encauzaría en la lucha contra el imperialismo, en la preparación de la revolución frente a quienes pensaba que iban demasiado aprisa por no prepararla, y también frente a los que se conformaban con las perspectivas de una evolución natural hacia la justicia y libertad, o con meras reformas para alcanzarla.

Como revolucionario, Martí enarboló la tarea moral contra el conformismo, y por la creación de una sociedad nueva. No dejó a la moral aislada de la política ni a esta de la revolución. Con categorías distintas a las de Marx o Lenin planteó el problema de la revolución, acometió contra el reformismo y el apoliticismo, contra el fatalismo y la espontaneidad, contra el oportunismo y el dogmatismo, el izquierdismo, el voluntarismo, el militarismo. Sin las categorías de Marx o Lenin, y sin el lenguaje por ellos empleado, levantó los mismos problemas que aquellos, con una perspectiva antimperialista y revolucionaria, que lo acercaba más —desde su Isla y tiempo— a Lenin, que a Marx.

Al proponer un estudio serio de la obra de Martí, Julio Antonio Mella —líder brillante del Partido Comunista Cubano en los años veinte— no sólo pidió que se realizara la tarea crítica desvinculándola de "los intereses de la burguesía cubana", sino rechazando todo "fetichismo" histórico, o cualquier intento

de "ignorar el pasado" y los "valores de ayer" con la idea "fantástica y ridícula" de que los revolucionarios de hoy "son toda la historia" y "no nacieron de madre alguna".

Mella exigía una real interpretación histórica.

Debe ser la cierta [afirmaba, y añadía]: Consiste en el caso de Martí y de la Revolución, tomados únicamente como ejemplos, en ver el interés económico y social que "creó" el Apóstol, sus poemas de rebeldía, su acción continental revolucionaria; en estudiar el juego fatal de las fuerzas históricas, el rompimiento de un antiguo equilibrio de fuerzas sociales; en desentrañar el misterio del programa ultrademocrático del Partido Revolucionario, el milagro, —así parece hoy— de la coordinación estrecha entre el elemento proletario de los talleres de La Florida y la burguesía nacional; la razón de la existencia de anarquistas y socialistas en las filas del Partido Revolucionario, etc., etc. Aquí no estaría terminada la obra [añadía Mella]. Habría que ver los antagonismos nacientes de las fuerzas sociales de ayer. La lucha de clases de hoy [...] El estudio debe terminar con un análisis de los principios generales revolucionarios de Martí, a la luz de los hechos históricos de hoy [Julio Antonio Mella: "Glosando los pensamientos de José Martí", *Hombres de la revolución*, La Habana, Imprenta Universitaria, 1971, p. 42-43].

Todos estos problemas siguen siendo motivo de estudio. Dos destacan: la esencia de la dialéctica de Martí y lo que la determinó. Martí no fue un pensador sistemático. No buscó acordar su discurso a un sistema ni se propuso elaborarlo. Su pensamiento estuvo orientado por el acto final revolucionario. Obedeció a un proceso revolucionario. De ahí que siga vivo, como explicación y lucha esclarecida. En el debate ideológico, Martí no quiso invocar fidelidad a los textos. Su problema no era ese. La buena conducta teórica se prueba con las citas. La revolucionaria, con acciones y reflexiones. En Martí la lucha ideológica se redujo a un punto clave. Combatir lo que impedía la acción revolucionaria, lo que restaba fuerzas a la lucha revolucionaria. Ya le decía a Macal: "La vida debe ser diaria, movable, útil [...] No aplicar teorías ajenas, sino descubrir las propias. No estorbar a su país con abstracciones, sino inquirir la manera de hacer prácticas las útiles" ("A Joaquín Macal", O.C., t. 7, p. 97). Con lo que hacía una crítica *revolucionaria* de las "teorías ajenas", a las que no rechazaba por venir de otros mundos, sino por quedarse en ellos. Mientras, inquiría en las abstracciones útiles —vinieran de donde vinieran— para hacerlas prácticas. Levantar obstáculos a la acción revolucionaria y

umentar las fuerzas revolucionarias implicaba una elaboración teórica suficiente, expresiva y práctica, universal y concreta, a largo plazo e inmediata.

En la estrategia metafísica del proceso revolucionario el fin está antes del comienzo. El metafísico exige que se realice el fin desde el comienzo. En la estrategia dialéctica el fin no es lo mismo que el principio. Se piensa en el resultado, pero cumpliendo las tareas actuales. Martí se planteó el fin en términos morales de libertad, igualdad, justicia social. Hacia esos objetivos habría de moverse, dando la primera batalla por la independencia, y enseñando a dar otras que implicaban la del socialismo. Sus sucesores rehicieron la dialéctica de la independencia, la libertad, la igualdad, incluyendo en ella lo que el socialismo había descubierto como una de las bases fundamentales de la opresión y la liberación, la existencia de una sociedad de clases que es necesario eliminar para que sin explotadores ni explotados se planteen bajo una nueva faz los problemas de pueblos y hombres.

En la historia del pensamiento marxista y revolucionario el caso del marxismo y de Martí en la América Latina tienen significado universal. Hoy mismo entraña inmensa actualidad. El sistema filosófico, el método codificado de pensar, el recurso a la coherencia de un pensamiento dado y de un método establecido, sólo alcanzan plena validez, como asidero de lo necesario y lo original, y eficacia de la secuencia y la creación, en la lógica práctica, moral e intelectual de la acción revolucionaria. Es esta lógica, esta dialéctica —entre sus relaciones sociales contradictorias, vividas y percibidas para transformarlas en el avance de la imaginación acomunada— la que permite en cada lugar y tiempo precisar y ahondar la interpretación y transformación del mundo.

En la América Latina de fines del siglo XIX, ignorante del marxismo, o en la que conociéndolo en sus primeros planteamientos los recibía y repetía con superficialidad, surgió un hombre capaz de ver con una filosofía de origen liberal, y un método de pensar y actuar revolucionario, lo que su sistema filosófico jamás le habría entregado y lo que el propio marxismo no había aún descubierto en su tiempo. Y no sólo vio Martí el nuevo imperialismo, sino la necesidad de una lucha de liberación que planteó problemas de alianza, unidad, partido, clase y pueblo trabajador, difíciles de percibir para quienes tuvieran como principal obsesión intelectual aplicar un sistema. Él se metió por el río del sistema. Vivió su "Filosofía de relación" ("Juicios", O.C., t. 19, p. 367). Otros en cambio arrastraron a cuestas los sistemas, en procesión de formas laicas reverenciadas. No pudieron escapar de hipótesis circunscritas a textos ni enrique-

cerlas con la vida y la lucha. Su pensamiento no sólo fue menos profundo, sino menos influyente en el mundo, y en sus herederos.

En la historia pasada y presente del pensamiento revolucionario Martí sigue siendo actual. La belleza de formas en su prosa, la profundidad y concisión de sus pensamientos, más que un sistema filosófico materialista o idealista, un sistema que nunca elaboró, expresan imágenes de lo vivo de hoy, pensamientos para la revolución de hoy. Su método de razonar revolucionario, su forma de vincular imaginación, intelección, moral y voluntad con la práctica final del "partido revolucionario" siguen siendo el mejor camino para no caer en la búsqueda de "determinaciones abstractas" supuestamente capaces de iluminar y cambiar lo concreto. Son, como vida, expresión del pensamiento, y como pensamiento expresión de la revolución. Su estilo traspasa el modernismo. Su retórica encierra formas de actuar.

En la Cuba de fines de siglo se concentraron las contradicciones en forma que la isla y la fábrica, el pueblo y el ingenio, la nación y la clase se pusieron a luchar y pensar como un todo. Así se juntaron en el "programa ultrademocrático" de que habla Mella, el "nacionalismo revolucionario" de José Martí, y el pensamiento marxista más avanzado y preciso de su tiempo, representado por Baliño.

Nacido en 1848 en la Villa de Guanajay, Carlos Baliño fundó con Martí el Partido Revolucionario Cubano en enero de 1892. Era ya desde entonces socialista y revolucionario. Unió en su vida y obra el socialismo científico a una lógica y una lucha revolucionarias cada vez más reveladoras. Blas Roca dijo de él que tenía una "sólida cultura marxista". Habría que precisar en qué consistía. Lo que impresiona en Baliño es sobre todo la exactitud con que expresó observaciones teóricas extremadamente concisas, aplicadas siempre a vincular los ideales del socialismo con el movimiento de las luchas revolucionarias y sus problemas actuales, sus debates vivos, sus inquietudes de la hora, la calle, el periódico, la fábrica, el sindicato, el partido. Él mismo fundó en 1903 un club de propaganda socialista. En 1905 fundó el Partido Socialista de Cuba, y en 1925 el Partido Comunista. Su obra completa no ha sido publicada. Por todos conceptos debería serlo. Sin el genio literario de Martí, Baliño tuvo el de revolucionario, y con este dio ejemplo de aplicación tesonera, reflexiva, clara en la expresión y el concepto, en la unión del sistema y la línea de pensamiento, de la teoría codificada y la descodificación activa que enriquece generalizaciones, descubre lo general situado, y este a partir de la teoría, como noseología, y a partir de la situación, de las luchas con perspectiva de vida.

Varios años antes de formar parte del Partido Revolucionario Cubano, Baliño ya realizaba una labor de "agitación" en favor del socialismo. Vio en la revolución de independencia "un episodio de la gran lucha por la libertad y la justicia" ("Discurso de Carlos Baliño con motivo del 10 de octubre de 1892", en *Baliño*. Documentos y artículos. La Habana, Instituto de Historia del Movimiento Comunista y de la Revolución Socialista de Cuba, 1976, p. 33-38). Supo de sus limitaciones y peligros. Participó en ella pensando en unir a todas las fuerzas liberadoras para orientar a las del pueblo cuando se dividieran burguesías y trabajadores. Escribió con sencilla dialéctica: "Claro es que debemos estar con las masas cuando se rebelan contra una esclavitud patente, para luego tener derecho a excitarlas a que se revelen con nosotros contra una esclavitud disimulada" ("Dos prólogos de Carlos Baliño al libro de H. Davis", 1896, ob. cit., p. 41. En las notas subsecuentes la cursiva es del autor de este trabajo. N. de la R.). Dar la lucha en lo fenoménico para ir al fondo de las cosas.

El campesino de Cuba [decía] no percibe más forma de opresión que la del gobierno español sobre Cuba, porque no necesita *un largo razonamiento* para percibirla [y expresaba así la lógica revolucionaria de conocer las batallas finales y apoyar las pioneras (o peoneras)] "De la esclavitud económica, esclavitud disimulada que lo empobrece y aniquila y que es *en último análisis* el verdadero móvil de todas las esclavitudes políticas, no se ha percibido aún el campesino cubano, ni *podrá hacersele* percibir mientras no se emancipe del coloniaje que es hoy para él *la esclavitud visible y patente*. Pero *ahí hay madera rebelde y buena*. Hoy está empeñado en un duelo a muerte que absorbe necesariamente toda su atención y todas sus energías, y *no es la hora de hablarle de otra cosa* sin que recele que se le quiere distraer de su empeño. Ahora es la *hora de ayudarlo a triunfar* porque él es el oprimido, el explotado, el pisoteado y *lo que combate contra él es la fuerza, es la autoridad sin freno, la negación del derecho*. Después le hablaremos [*Idem*, p. 42].

El discurso dialéctico va de lo fenoménico a lo esencial, de lo inmediato y las mediaciones primeras a la opresión profunda, de la conciencia útil colectiva actual a su potencial rebelde ("hay buena madera") de que aún no entiende y con la que no quiere ser distraído, pero que el elaborado discurso *no deja* de apuntar y denunciar, preparando otras luchas: "El movimiento insurreccional de Cuba ha de despertar a la codicia de los egoístas extranjeros que buscan nuevos pueblos que esclavizar a la moderna. "Si les fuese dable", anuncia, "Cuba de-

jaría de ser colonia de España para pasar a ser feudo de algunos sindicatos (monopolios) extranjeros y el pueblo de Cuba habría derramado la más generosa de su sangre para cambiar amos". Y observa cómo con el proceso se mueven los otros intereses, los de la esclavización a la moderna, de clase: "ya un periódico americano que empezó expresando ardientes simpatías por la revolución, empieza a volverse contra ella precisamente por lo que más simpática debe hacérsela, por sus métodos radicales" (*Idem*, p. 43). El autor advierte que a la postre el pueblo de Cuba seguirá la marcha destructora de la propiedad privada de los medios de producción, y anuncia escaladas y contra-escaladas. Antes de aceptar nuevas formas de esclavitud, el pueblo "convertirá toda la riqueza de Cuba en una masa de humeantes y ennegrecidos escombros". Es la amenaza viva y revivida.

Ver claramente el curso de la lucha de clases, implica en Baliño apoyar las batallas actuales apuntando a las futuras, librar aquellas y preparar estas, aunque sea en el concepto, en una conciencia todavía general, de fuerza insuficiente, no expresada como conocimiento y creación colectiva, y que rompe como a enajenación con el anuncio del momento en que la creación se unirá al conocimiento, la colectividad a una idea hoy todavía ausente del pueblo que la hará suya mañana, dándole otra vida.

El discurso de Baliño supone un vínculo del sistema dialéctico del "socialismo científico" (*sic*) con el campo de batalla, y el de este con las luchas remotas previsibles, profundas. La intuición genial de Martí es discurso que se expresa en posibilidades de clase en Baliño. Estas ya tienen el auxilio del sistema y el método dialéctico, pero a partir de la misma realidad o situación de relaciones liberadoras mutantes que encierran, desde las primeras batallas, el embrión de las últimas. El "largo razonamiento" parte de "la esclavitud visible y patente" para hacer su "último análisis" sin derivar de este las líneas de la acción inmediata como si estuvieran condicionadas y prefijadas por aquel. Las líneas de la acción inmediata se deducen de la lucha que "absorbe necesariamente toda la atención y las energías" de un pueblo enfrentado a la "tiranía política", a "la autoridad sin freno", a la "negación del derecho".

El complejo discurso encierra un procedimiento notable: pide "no hablar de otra cosa", no "distraer de los empeños actuales". Pero de ahí no concluye que es necesario guardar silencio absoluto sobre el curso final y las causas profundas. Selecciona dialécticamente el grito principal y el mensaje previsor, sin acallar este. "Lo primero", ha escrito *antes* de cualquier otro razonamiento "es desvanecer en los esclavos del salario la ilusión de que son libres, porque ningún esclavo se rebela mientras no sabe que lo es". (*Idem*, p. 41). El discurso relacio-

na lo inmediato, lo sucesivo, lo final, la causa visible a las masas y la que todavía no ven. Pero en un nivel de abstracción más alto, con menor énfasis, busca prepararlas para nuevas batallas, difundiendo otro *saber*.

Baliño emplea el mismo método de pensar y educa en lo que se refiere a las luchas políticas, democráticas y sindicales. Para él las "reformas" son meros "paliativos". Algunas producen "alivios pasajeros". En general y a largo plazo, son ilusorias. Los "proletarios" no pueden "conformarse con ellas". Tampoco dejarán de luchar por reivindicaciones inmediatas.

El obrero ha de librar su batalla y ha de defender el pan de sus hijos tanto en el campo económico como en el político. En el económico organizándose en sociedades gremiales en las que sus miembros estén estrechamente unidos por la tolerancia y el compañerismo, en organizaciones sólidas y bien disciplinadas, unidas por pactos federales que multipliquen su fuerza. En el campo político, haciendo uso del sufragio de una manera inteligente y previsor, sin confundir la disciplina que enaltece con el carnerismo que esclaviza y degrada ["Paliativos", ob. cit., p. 64].

Luchar por lo inmediato y preparar el futuro implica enarbolar programas mínimos y máximos:

Todo lo que no sea socialización de los medios de producción, contenida en el programa máximo del Partido Socialista Internacional [escribía en 1905] deja al obrero a merced de la explotación burguesa más o menos atenuada. Las reformas contenidas en el programa mínimo [añadía] vienen a ser únicamente lo que ha de recabarse de los Gobiernos burgueses para hacer más fáciles las condiciones de lucha mientras la mayoría de la masa obrera adquiere conciencia de clase, y, conquistado el Poder, realiza el hermoso ideal de la producción socializada ["Adelante", ob. cit., p. 83].

No puede optarse en abstracto por lo máximo contra lo mínimo; se asumirán ambos luchando según las circunstancias por cada uno, hasta alcanzar el objetivo final, revolucionario: "Todos los hombres amantes del bien anhelan que la revolución social sea una transformación realizada pacíficamente: mas si la codicia y la soberbia ciegan a los que quieren mantener a perpetuidad la explotación del hombre por el hombre, es seguro que la mayoría triunfante por el sufragio no se dejará arrebatar mansamente el fruto de su victoria" ("Verdades Socialistas, ob. cit., p. 125).

Objetivos inmediatos y finales se presentan en forma de luchas distintas, políticas, legales, y violentas. De las luchas se habla como opción y necesidad. Se decide por las tranquilas si es posible. Por las broncas si es necesario.

Yo no estoy TODAVÍA [escribe en 1906, así con mayúsculas] por los procedimientos violentos en la cuestión obrera, ni lo estaré mientras tenga esperanzas de que por las vías pacíficas puedan llegar a plantearse las fórmulas reductoras del socialismo; pero donde quiera que los que estén en autoridad se opongan a la propaganda y al libre desenvolvimiento de las nuevas ideas yo seré un rebelde contra esa autoridad, y si me viese en la alternativa de optar entre la revolución social o la perpetuidad del salario, yo optaría por la revolución en todas sus violencias y desastres ["Cartas a Rafael Serra", del 6 de octubre de 1894, ob. cit., p. 40].

Ya había dicho un año antes: "Hágase la transformación social sin derramar una gota de sangre si así es posible, o derramando torrentes de sangre si así es necesario" ("Las huelgas en Rusia", ob. cit., p. 73). En cualquier caso pensaba llevar la revolución hasta el fin, pues si no la reacción sería espantosa. Los revolucionarios no pueden quedarse "a las puertas del templo". "En todo movimiento revolucionario", escribía, "hay gran diversidad de tendencias: desde la que quiere restringir y recortar la revolución, haciéndola llegar demasiado cerca y que sea menos revolución posible, hasta la que quiere que la revolución vaya lo más lejos posible [...] Si la revolución no barre la autocracia, la aristocracia y la burguesía, estas harán terribles escarmentamientos" —dijo en comentario sobre la revolución rusa de 1905, (*Ibid.*) acuñando una ley elemental.

Las generalizaciones temporales en Baliño comprenden todo el concepto con claridad de que la vida habrá de enriquecerlo. Se empieza por la primera parte. Al fin se enriquece el todo, y se abre un nuevo camino. Las generalizaciones especiales son parecidas. Se empieza en Cuba, en la lucha de liberación, en la gremial, en la política, lo cual no quiere decir que Cuba haya de quedarse en esas luchas, ni que allí exista algo así como un "socialismo especial". La falsa especificación es abiertamente enjuiciada por Baliño. Consiste en pensar que lo específico sólo corresponde a lo circundante, como causa y objetivo. "Se ha hablado aquí más de una vez de "un socialismo especial" para Cuba, como si esta tierra, desde las leyes especiales de antaño, estuviese destinada a que todo sea especial para ella" [...] El "socialismo especial" puede tener "mucho de especial pero nada de socialismo" [...] Puede ser "un socialismo que no

intente socializar nada, semejándose en esto, según una frase muy corriente en los países de habla inglesa, a una representación de Hamlet en la que no aparece Hamlet" ("Adelante", cit.). En Cuba como en cualquier otro país del mundo "lo fundamental y esencial es la socialización de los medios de producción".

De ese objetivo —fundamental y esencial— Baliño parte para desplegar nuevas verdades y enfrentar otros prejuicios relación-nueva sociedad no por eso deja de hacer Baliño llamados cons-nados con causas y caminos. Si la clase obrera es la base de la tantes a "los miembros de las clases privilegiadas" para que se sumen a la causa revolucionaria". La unión de fuerzas, como esperanza y revolución con un sentido real de la necesidad de las mediaciones propias, lo lleva a defender abiertamente la lucha por el poder y por la instauración de un estado del pueblo.

La dialéctica es múltiple, riquísima. A los reformistas les muestra el camino *necesario* de la revolución. A los "impacientes" el necesario de la lucha contra el coloniaje. A los jóvenes "tols-toianos" y caritativos la *necesidad* de la propaganda y la acción revolucionaria. A los anarquistas, la *necesidad* del Estado-pueblo. Y a todos les anuncia en forma menos precisa un estado sin estado represivo, administrador, reformador. Las tendencias no son confundidas con el destino. Los procesos naturales del capitalismo que acentúan las contradicciones no son avalados. *Trusts* y monopolios acercan al socialismo, hacen más patente la contradicción entre la socialización de los medios de producción y la propiedad privada, pero la lucha es también contra ellos, y empezará nuevamente contra sus imperios y formas de esclavitud salarial, preparando el momento de la gran transformación.

Baliño siempre busca la lucha más popular, y por ello efectiva, sin olvidar que la más profunda es de clases explotadoras y explotadas. Centrada en esta, se despliegan las mejores manio-bras desde aquella de acuerdo con la conciencia actual y las necesidades vivas de las masas. Las contradicciones entre lo popular y lo efectivo se manejan buscando aumentar, con la opción final, la conciencia de clase, y con la batalla primera la práctica de alcanzarla. Si la popular aumenta la práctica de la opción final por ella se opta.

En Baliño y Martí influyen los obreros de Cuba. En el Congreso Obrero de 1892 los obreros cubanos pidieron luchar por la independencia. En 1905 pidieron también luchar por el socialismo. Cuba era ya un mirador y un campo de lucha de lo inmediato y lo profundo. Si en otras condiciones y circunstancias de la América Latina, al doblar el siglo, sólo se dio el marxismo como sistema, o la dialéctica como anarquía, allí se jun-

taron una y otra, en forma que la dialéctica anunció al sistema o lo enriqueció con la lucha y con la vida.

Las condiciones de Cuba hicieron de ella una isla del mundo. De su siglo XIX anuncio del XX. Permitieron plantear algunos problemas que vive hasta ahora el pensamiento revolucionario latinoamericano.

Diciembre de 1979

## Visión martiana de los dos rostros de los Estados Unidos

PHILIP S. FONER

Al recibir, en París, la noticia de la muerte de José Martí, Rubén Darío escribió un artículo en el cual describía a Martí en Nueva York:

No hay duda de que su tiempo fue el más hermoso tiempo de José Martí. Entonces fue cuando se mostró su personalidad intelectual más bellamente. En aquellas kilométricas epístolas [a los periódicos suramericanos] [...] hallaréis [...] regentes y ko-hinoores. Allí aparecía Martí pensador, Martí filósofo, Martí pintor, Martí músico, Martí poeta siempre. Con una magia incomparable hacía ver unos Estados Unidos vivos y palpitantes, con su sol y sus almas [...] los Estados Unidos de Martí son estupendo y encantador diorama que casi se diría aumenta el color de la visión real [...] recuerdo un Grant marcial y un Sherman heroico que no he visto más bellos en otra parte: una llegada de héroes del Polo; un puente de Brooklin literario igual al de hierro [...] unos indios sioux que hablaban en lengua de Martí como el Manitu mismo les inspirase [...] y un Walt Whitman patriarcal, prestigioso líricamente augusto, antes, mucho antes de que Francia conociera por Sarrazin al bíblico autor de *Hojas de hierba*.<sup>1</sup>

El flujo constante de artículos de Martí sobre las escenas norteamericanas cubría cada aspecto de la vida estadounidense. Con sus ojos abiertos a todo, sus oídos receptivos a todos los sonidos, su mente preparada para todo tipo de interés, y un sedimento de intensas lecturas en muchos campos, pocas cosas de importancia escaparon a su atención. Había descripciones de Coney Island en el verano, una distribución de diplomas en un colegio para muchachas, exhibiciones agrícolas, la inauguración del puente de Brooklin, la instalación de la Estatua de la Libertad, una reunión en memoria y honor de Carlos Marx, Pascuas y Año Nuevo en Nueva York, la publicación de nuevos

libros, casos de asesinatos y juicios, el problema de los negros y los chinos, el *status* de los indios, los sindicatos y las convenciones políticas, el saqueo de las mujeres, campañas electorales, huelgas laborales, las condiciones de los inmigrantes europeos. A lo largo de sus escritos acerca de la vida en Norteamérica, Martí hizo comentarios sobre un número significativo de escritores norteamericanos del siglo XIX.

A su llegada a Nueva York procedente de Venezuela, en julio de 1881, Martí comenzó a colaborar regularmente con *La Opinión Nacional*, de Caracas, y su reputación como escritor pronto hizo que los editores de *La Nación*, de Buenos Aires, el periódico más importante de la América Latina, lo invitara a colaborar con artículos sobre los Estados Unidos. Invitaciones de la misma índole llegaron de *El Partido Liberal*, de México, de *La Opinión Pública*, de Montevideo, y de otros. Aceptó con entusiasmo, no sólo para aliviar su precaria situación económica, sino también por tener ahora la oportunidad de alcanzar un vasto público. Nadie, con anterioridad, había tenido tal ocasión para interpretar a los Estados Unidos para tantas personas en la América Latina, y publicó en los Estados Unidos, para los latinoamericanos allí residentes, en *La América* y en *El Latinoamericano*.

Desde el momento en que Martí comenzó a escribir para *La Opinión Nacional*, el 20 de agosto de 1881, leyó copiosamente sobre cada tema que formaría parte de su labor periodística.

A través de los años, Martí produjo una serie de inteligentes críticas sobre la política, la educación y la cultura norteamericanas. Las suyas no son meras impresiones periodísticas, pues son ricas en análisis. Martí demostró ser no sólo un competente y claro sintetizador de los detalles descriptivos, sino también un perito en la comprensión de los cambios acaecidos en la sociedad norteamericana entre 1880 y 1895 —la estratificación de las clases económicas, la alienación de los trabajadores norteamericanos, la transformación del capitalismo competitivo en monopolista y su impacto en el expansionismo norteamericano— y del peligro que ello entrañaba para la América Latina.

Cuando Martí arribó a los Estados Unidos, en 1880, se sintió inmediatamente atraído, incluso deslumbrado, por sus instituciones democráticas, su poder creativo y la oportunidad que brindaba a todo tipo de iniciativa individual. Para quien procedía de Cuba, de España y de algunas repúblicas latinoamericanas, con sus sociedades feudales, sus castas sociales, sus jerarquías clericales y sus desigualdades artificiales, la democracia norteamericana, ciertamente, parecía ser una "tierra pro-

<sup>1</sup> Rubén Darío: *Los raros*, Buenos Aires, 1896; reimpreso por Archivo José Martí, La Habana, 1944, t. VII, p. 325-326.



metida". En su primera impresión, escrita en lo que él llamó su "inglés bárbaro", expresó con entusiasmo:

Estoy, al fin, en un país donde cada uno parece ser su propio dueño. Se puede respirar libremente, por ser aquí la libertad, fundamento, escudo, esencia de la vida. Aquí uno puede estar orgulloso de su especie [...] Estoy hondamente reconocido a este país, donde los que carecen de amigos encuentran siempre uno, y los que buscan honestamente trabajo encuentran siempre una mano generosa. Una buena idea siempre halla aquí terreno propicio, benigno, agradecido. Hay que ser inteligente; eso es todo. Dése algo útil y se tendrá todo lo que se quiera. Las puertas están cerradas para los torpes y perezosos; la vida está asegurada para los fieles a la ley del trabajo.<sup>2</sup>

Estaba profundamente en deuda con ese país, en que el desamparado siempre encuentra un amigo y en que el trabajo honesto y la buena idea son bien acogidos.

Poco a poco, sin embargo, la amarga realidad de muchos aspectos de la vida en los Estados Unidos quitó la bruma de los ojos de Martí. Había llegado en medio de una transformación radical de la vida económica y social, y pronto comprendió la necesidad de revisar su concepto acerca de los Estados Unidos como una tierra en la cual las diferencias sociales se obliteraban y donde el pobre y el rico tenían igualdad de oportunidades para gozar de los frutos de la democracia.

La década del ochenta del pasado siglo se caracterizó por un rápido crecimiento de la industria norteamericana, acompañado de una tremenda concentración de capital y de la aparición de corporaciones gigantescas. Con el surgimiento de los monopolios industriales, como la Standard Oil Company, los grandes bancos, J. P. Morgan y Cia., el monopolio se convirtió en el rasgo predominante del capitalismo norteamericano. La era de los pequeños manufactureros y de la libre empresa competitiva pasaba, sustituida por lo que en los años ochenta se llamó comúnmente "el nuevo feudalismo". El presidente Grover Cleveland dijo en un mensaje al Congreso el 3 de diciembre de 1888:

Mientras observamos los logros de la concentración del capital, descubrimos la existencia de *trusts*, combinaciones y monopolios, mientras que el ciudadano combate en la

última línea o es atrapado de muerte bajo un pie de hierro. Las corporaciones, que debían ser criaturas cuidadosamente restringidas por la ley y sirvientas del pueblo, se convierten rápidamente en dueñas del pueblo.

"Hay demasiados millonarios y demasiados mendigos", se quejaba el *Hartford Courant* en 1883. Toda América, proseguía, era una tierra de contrastes, de pobreza entre una enorme riqueza. En un extremo de la escala estaba la magnificencia sin restricción. Los "barones del robo", guiados por Jay Gould, quien creó la nueva plutocracia, competían entre sí con "evidente despilfarro". En el otro extremo de la escala, los obreros ganaban entre cincuenta centavos y un dólar por un día laboral de diez a doce horas, vivían en carcomida pobreza, no podían satisfacer las más esenciales necesidades de la vida.

Los dueños del capital, de los bancos, de la industria y del comercio eran también dueños de la vida política del país. La influencia perniciosa de los grandes negocios en todas las ramas del gobierno —la ejecutiva, la legislativa y la judicial— ya había sido advertida por Mark Twain en *La edad dorada*, obra que publicó (en colaboración con Charles Dudley Warner) en 1873. Pero en la década del ochenta esta situación alcanzó proporciones tan escandalosas, que rara vez pasaba una semana sin la revelación pública de concesiones ventajosas e ilegales otorgadas a las corporaciones, convertidas en ley por legisladores sobornados, firmadas por ejecutivos corrompidos y aprobadas por jueces que eran herramientas subordinadas a los intereses de las corporaciones.

La década del ochenta fue también época de grandes luchas obreras, muchas de ellas dirigidas por los Caballeros del Trabajo. En ciudades y pueblos, los ejércitos del trabajo organizaron y dieron expresión a la reprimida amargura de los años de explotación por medio de una serie de huelgas que sacudió la nación hasta sus mismos cimientos. Nunca antes los Estados Unidos habían presenciado una lucha de clases de tal vigor y envergadura.<sup>3</sup>

Martí observó y reportó estos cambios radicales. Sus reportes reflejaron una nueva visión de los Estados Unidos. Ya en 1881 convirtió el nombre de Jay Gould en sinónimo de capital tiranizante, "a cuya merced suben y bajan los valores públicos, se tienden y enmudecen los cables, hienden altos techos y desiertos vastos los hilos del telégrafo" ("Carta de Nueva York",

<sup>2</sup> José Martí: "Impresiones de América", *Obras completas*, La Habana, Editorial Nacional de Cuba, 1963-1965, t. 19, p. 106 y 107-108 respectivamente. (En lo sucesivo las citas que se refieren a la obra de José Martí, corresponderán a la mencionada edición de sus *Obras completas*. N. de la R.)

<sup>3</sup> Cf. Philip S. Foner: *History of the Labor Movement in the United States*, Nueva York, 1955, vol. II, p. 3-14; Eliot Jones, *The Trust Problem in the United States*, Nueva York, 1921, p. 20-22, *Hartford Courant*, reimpresso por John Swinton's Paper, 30 de diciembre de 1833; Charles E. Spahr: *An Essay on the Present Distribution of Wealth in the United States*, Nueva York, 1896, p. 114.

O.C., t. 9, p. 131). Mientras caracterizaba a Gould como un gigante que dominaba cortes y jueces y explotaba a los pobres, reconocía que Gould era sólo un símbolo del poder que el monopolio empezaba a ejercer en los Estados Unidos. "Este problema", advirtió Martí, "es uno de aquellos graves y sombríos que acaso en paz no puedan decidirse, y ha de ser decidido, aquí donde se plantea, tal vez antes de que termine el siglo" ("Cartas de Martí", O.C., t. 10, p. 85).

El problema, señaló Martí, se presentó, como todo lo demás en esta nación, de forma colosal y repentina. Aquí, cuando hay hambre, hay mucha hambre. Y había mucha hambre. El sobrante que se incrementaba anualmente como consecuencia de una alta tarifa protectora, era de cien millones de dólares, pero, además, se acumulaban montañas de bienes manufacturados que los obreros que los producían no podían comprar. En 1882, escribió:

Estamos en plena lucha de capitalistas y obreros. Para los primeros son el crédito en los bancos, las esperas de los acreedores, los plazos de los vendedores, las cuentas de fin de año. Para el obrero es la cuenta diaria, la necesidad urgente e inaplazable, la mujer y el hijo que comen por la tarde lo que el pobre trabajó para ellos por la mañana. Y el capitalista holgado constriñe al pobre obrero a trabajar a precio ruin ["Carta de los Estados Unidos", O.C., t. 9, p. 322].

Al describir la pobreza de los distritos de la clase obrera de Nueva York, Martí escribió enojado que era un crimen nacional y una obligación del Estado abolir esa miseria innecesaria.

Espantado por el amansamiento sin escrúpulos de riquezas y por la corrupción política que vio a su alrededor, Martí escribió mensajes en los que condenaba el "culto a la riqueza". Como él lo vio, el poderío del gran negocio había conseguido corromper las cortes, las legislaturas, la iglesia, y la prensa, y había logrado, en veinticinco años de asociación, crear la más injusta y penosa de las oligarquías dentro de la más libre de las democracias. Al hablar en nombre de todos los "cubanos honestos", escribió elocuentemente el 21 de marzo de 1889, una carta a *The Evening Post*:

Admiran esta nación, la más grande de cuantas erigió jamás la libertad; pero desconfían de los elementos funestos que, como gusanos en la sangre, han comenzado en esta república portentosa su obra de destrucción. Han hecho de los héroes de este país sus propios héroes, y anhelan el éxito definitivo de la Unión Norteamericana, como

la gloria mayor de la humanidad; pero no pueden creer honradamente que el individualismo excesivo, la adoración de la riqueza, y el júbilo prolongado de una victoria terrible, estén preparando a los Estados Unidos para ser la nación típica de la libertad, donde no ha de haber opinión basada en el apetito inmoderado de poder, ni adquisición o triunfos contrarios a la bondad y a la justicia. Amamos a la patria de Lincoln, tanto como tememos a la patria de Cutting.<sup>4</sup> ["Vindicación de Cuba", O.C., t. 1, p. 237.]

Martí reportó extensamente sobre el conflicto entre el trabajo y el capital en la sociedad norteamericana durante el período de 1883-1886. Suministró estadísticas sobre el número de huelgas que arrasaban el país. En 1885, de acuerdo con sus estadísticas, dieciocho mil obreros fueron a la huelga, mientras que en 1886, excluyendo algunos paros menores, había sesenta mil desempleados. Escribió también sobre las grandes demostraciones en favor de las jornadas de ocho horas laborales del 1º de mayo de 1886, la primera celebración de esta fecha en la historia del movimiento obrero mundial. "Grandiosos acontecimientos tuvieron lugar en Chicago", comenzaba su artículo "El primero de mayo de 1886", "pero hay rebelión a través de toda la nación". Y explicó a continuación:

Las cosas no están bien cuando un hombre honrado e inteligente que ha trabajado con tesón y humildad toda la vida, no tiene al cabo de ella un pan en que reclinar la cabeza, ni un peso ahorrado, ni el derecho de pasear tranquilo al sol, tan necesario de los viejos. Las cosas no están bien cuando el que en las ciudades "agua las acciones" de los ferrocarriles, que es como aguar el vino, haciendo aparecer más vino del que hay, vive en consideración y holganza que exasperan al minero, al cargador, al guarda agujas, al maquinista, a tanto minero que tiene que contentarse con setenticinco centavos al día, en lo crudo del invierno, para que la compañía pueda pagar a sus accionistas dividendos pingües sobre un capital falso, mucho mayor que el que realmente empleara [...].<sup>5</sup>

Martí, sin embargo, no manifestó opinión alguna en relación con la existencia de clases sociales verdaderamente antagóni-

<sup>4</sup> Francis Cutting era uno de los líderes de la Liga Americana Anexionista.

<sup>5</sup> El artículo "El primero de mayo de 1886" fue publicado originalmente en *El Partido Liberal* (México). Permaneció en el anonimato hasta que fue descubierto por los estudiosos de Martí en Ciudad de México y publicado en el suplemento cultural de la publicación periódica mexicana *Siempre!*, en junio de 1962. Apareció también en *Bohemia* (La Habana) el 23 de mayo de 1975. Fue traducido al inglés por Elinor Kaudall y publicado con un prólogo y notas de Philip S. Foner en *Monthly Review*, XXVII (enero de 1976), p. 57-59. Fue reimpresso por Philip S. Foner en *Our América: Writings on Latin America and The Struggle for Cuba Independence by José Martí*, Nueva York, Monthly Review Press, 1977, p. 62-64.

cas. Durante un tiempo escribió que no era tanto la explotación de los capitalistas, sino el sistema proteccionista establecido por el gobierno, el responsable de las infames condiciones de los obreros. Más aún, si había una lucha de clases, Martí entendió que tanto el capital como el trabajo eran culpables, no tanto como los socialistas y anarquistas, partidarios de resolver los antagonismos de clases en vez de permitir la evolución "natural" del proceso social. Así, mientras rendía honor a Carlos Marx en su crónica de marzo de 1883, porque "se puso del lado de los débiles", y le llamó "movero titánico de las cóleras de los trabajadores europeos", "hombre comido del ansia de hacer bien" (*O.C.*, t. 9, p. 388), sintió que Marx "iba muy de prisa", y que sus seguidores estaban demasiado en favor de la violencia. Encontró que los principios y las enseñanzas de Henry George eran más de su agrado, ya que eran capaces de lograr cambios sociales mediante el simple proceso de una reforma de los impuestos y de la tierra, sin apelar a un cambio revolucionario.

Martí escribió con simpatía sobre el hecho de que miembros de los Caballeros del Trabajo se veían en la obligación de ir a huelgas por la "insolencia y desdén del capital organizado, de las combinaciones ilegítimas de este, del sistema de desigual distribución de las ganancias que mantiene al trabajador en un perpetuo estado de limosnero" ("Las grandes huelgas en los Estados Unidos", *O.C.*, t. 10, p. 413). Pero advirtió a los obreros norteamericanos que ellos debían ser extremadamente cuidadosos para no actuar injustamente. Hay huelgas injustas, comentó, y el sentirse infeliz no es razón suficiente para ir a una huelga. Por otra parte, cuando los obreros iban a la huelga y actuaban ilegalmente para quebrantar la ley por la vía de la violencia, justificaban el leve castigo que las cortes imponían sobre sus cabezas.

En realidad, Martí, en esta etapa, pensaba que era posible para el obrero norteamericano alcanzar sus demandas sin una lucha revolucionaria, y culpó a los obreros inmigrantes, nacidos en el extranjero, de haber introducido en la escena del trabajo norteamericano ideas y prácticas que podían ser adecuadas en la decadente y retrasada sociedad de Europa, pero que resultaban inadecuadas en la joven sociedad en desarrollo de los Estados Unidos. Martí condenó en un inicio a los anarquistas de Chicago, enjuiciados por la tragedia de la bomba en el Haymarket, quienes no supieron comprender que los Estados Unidos no eran Europa y que no había necesidad de violencia revolucionaria en los conflictos sociales norteamericanos. Aclaró que deseaba que los obreros encontraran una salida para su indignación... pero sin que esta estallase y causara miedo.

Martí no llegó a ser nunca socialista, pero sus artículos "El cisma de los católicos en Nueva York" y, sobre todo, "Un drama terrible", indican que estaba desechando muchas de sus tempranas concepciones acerca del capital y del trabajo en los Estados Unidos. En el primer artículo, Martí expresa su admiración por el rebelde padre MacGlynn, así como su desprecio hacia la jerarquía eclesiástica por haber castigado al sacerdote debido al apoyo que brindaba a las aspiraciones políticas de la clase obrera. Además, Martí se toma un interés especial en defender no sólo el derecho del sacerdote para ponerse del lado de los pobres, sino también su deber de trabajar en ese sentido en favor de los sectores explotados de la sociedad. También en ese artículo Martí descarta el punto de vista según el cual el capital y el trabajo son igualmente culpables del turbulento conflicto social, y se coloca completa e inequívocamente del lado de los obreros y contra los insensibles capitalistas. Además, comprendió entonces, como nunca antes, que son los voceros políticos y la prensa capitalistas los verdaderos responsables de mucha de la violencia que se produce en la relación entre el capital y el trabajo. Así escribió con escarnio: "¡Buscad remedio de vuestros males en la ley!", dicen los partidos políticos a los obreros, cuando censuran sus tentativas violentas o anárquicas, pero apenas forman los obreros un partido para buscar en la ley su remedio, los llamaron revolucionarios y anarquistas" (*O.C.*, t. 11, p. 146). En "Un drama terrible" (*O.C.*, t. 11, p. 333-356), abandonó su anterior hostilidad hacia los radicales, incluidos los socialistas y anarquistas, y aunque no abrazó la causa socialista y su ideología, mostró comprensión hacia la necesidad de un partido revolucionario para defender los intereses del proletariado. El artículo hace muy evidente el respeto de Martí por el coraje de los anarquistas condenados en Chicago, por su devoción a sus principios, así como su simpatía por la causa proletaria y su comprensión del papel del Estado, especialmente de las cortes, en la defensa de los intereses del poder de los negocios sobre los intereses de la clase obrera.

Puesto que fue testigo de la transformación de los Estados Unidos durante la década del ochenta, Martí era conciente de que representaban un verdadero peligro para la América Latina.

Y lo que se ve es que va cambiando en lo real la esencia del gobierno norteamericano, y que, bajo los nombres viejos de republicanos y demócratas, sin más novedad que la de los accidentes de lugar y carácter, la república se hace cesárea e invasora, y sus métodos de gobierno vuelven, con el espíritu de clases de las monarquías, a las

formas monárquicas ["En los Estados Unidos", *O.C.*, t. 12, p. 135].

Al mismo tiempo, Martí consideró a los escritores de los Estados Unidos como individuos que presentaban una noble e idealista alternativa a los intereses más avariciosos que se movían en la nación. De hecho, hasta cierto límite, los escritos de Martí sobre la literatura norteamericana sirvieron para balancear lo que escribió acerca de otros aspectos de la vida en los Estados Unidos, especialmente sobre política.

En un artículo escrito en 1889 para *El Partido Liberal*, Martí criticó el libro *Jonathan y su continente*, de Max O'Rell, seudónimo de su autor Paul Blouet. En su trabajo Martí descartó el libro por dar una visión superficial de los Estados Unidos, pero reservó su más aguda crítica para el trato que el autor, periodista francés, da a la literatura de los Estados Unidos. Después de comentar la superficialidad general del libro, Martí escribió:

Y en nada se ve tan bien esa deficiencia y ligereza como en lo que dice de la literatura, que es una lista cortés de nombres, sin grados ni departamentos, ni esas frases de paso por donde se entiende que la modestia del crítico calla lo mucho que sabe. Con poner "Whitman", cree que ha dicho bastante: sin saber quién fue Thoreau, dice que Norteamérica no tiene escritores que pinten la naturaleza: y como que desconoce a Emerson a punto que omite su nombre, el nombre del primer poeta americano, en la lista de los poetas, asegura que los Estados Unidos no han dado aún un genio trascendental [...] [*O. C.*, t. 12, p. 163].

En su "testamento literario", escrito sólo un mes antes de su muerte y dirigido a su discípulo Gonzalo de Quesada, Martí reveló su preocupación porque sus textos sobre autores norteamericanos estuviesen bien representados en la colección de sus obras para la posteridad. Esos textos incluyen siete artículos o ensayos, cada uno de los cuales trata sobre un autor estadounidense: Ralph Waldo Emerson, Walt Whitman, Henry Wadsworth Longfellow, John Greenleaf Whittier, Amos Bronson Alcott, Louisa May Alcott y Mark Twain. Pero Martí abordó también a Edgar Allan Poe, James Russell Lowell, Washington Irving, Henry David Thoreau, Nathaniel Hawthorne, Fitz-Greene Halleck, Harriet Beecher Stowe, Helen Hunt Jackson y William Dean Howells.

Los ensayos sobre las principales figuras, los comentarios sobre otros escritores estadounidenses y las traducciones hechas por Martí de obras literarias norteamericanas, son todos im-

portantes, y demuestran el interés y la integridad con que enfrentó esta fase de su labor periodística. La profundidad del trabajo hecho por Martí puede apreciarse, además, si lo comparamos con el de otros escritores hispanoamericanos de su época que abordaron la literatura de los Estados Unidos.<sup>6</sup> José Antonio Portuondo, el distinguido crítico literario cubano, apuntó en 1953: "Ni antes ni después de él ha habido un escritor en nuestra lengua que haya enjuiciado la literatura norteamericana en tal cantidad y con mayor rendimiento".<sup>7</sup>

En *Martí escritor*, publicado en la Ciudad de México en 1945, Andrés Iduarte valora el ensayo de Martí sobre Ralph Waldo Emerson como uno de los mejores ensayos de la lengua española del siglo XIX, y como "la clave de la profundidad y de la forma de Martí" (p. 163). Martí vio a Emerson como un profeta solitario que se elevaba en Norteamérica para enseñar a la humanidad. En su opinión, Emerson fue un hombre que vio la esencia del espíritu humano como algo evidente en todas las personas —un hombre cuyo espíritu serviría de salvación a los intereses egoístas que se movían en los Estados Unidos.<sup>8</sup>

Lo que más admiró Martí de Emerson fue su completa independencia mental respecto de las cadenas del pasado y de las instituciones establecidas. Leyó con alegría como Emerson había atacado audazmente la tradición, las instituciones, la opinión pública, todas aquellas autoridades externas que a otros norteamericanos interesaba conservar —las cuales impedían el desarrollo de la imaginación individual y con ello la virtud republicana—. Aquello que tanto chocó a Harvard, era noble para Martí. Incluso, antes que John Dewey, Martí proclamó a Emerson como "el filósofo de la democracia".

Un aspecto del pensamiento de Emerson que parece haber retenido particularmente la atención de Martí fue la idea de que el poeta puede encontrar la verdad antes que el científico. Martí no denigró el papel de la ciencia; ciertamente, como se evidencia ampliamente en sus escritos sobre la educación, insistió en que la ciencia se incorporase al currículo educacional desde la escuela elemental.<sup>9</sup> Pero él creía que el universo presentaba un desafío tanto para los hombres de ciencia como

<sup>6</sup> Tales como Domingo del Monte: *Escritos de Domingo del Monte*, La Habana 1929, con notas de José A. Fernández de Castro; Rafael Pombo: *Poesías completas*, Madrid, 1957; Enrique Piñeyro: *Hombres y glorias de América*, París, 1903; y Domingo Faustino Sarmiento: *Viajes de Sarmiento por los E.U. en 1847*. Traducción e introducción de Michael Aaron Rockland, Princeton, 1970.

<sup>7</sup> José Antonio Portuondo: *José Martí, crítico literario*, Washington, 1953.

<sup>8</sup> Félix Lizaso: "Emerson visto por Martí", *Humanismo*, La Habana, vol. III, 1954, p. 37.

<sup>9</sup> *On Education: Writings of José Martí on Education, Pedagogy, and Writings for Children from the Age of Gold*. Compilación de Philip S. Foner. Nueva York, Monthly Review Press, 1979.

para los de letras, y que los últimos eran, con frecuencia, más comprensivos que los primeros. Cuando el ciclo de la ciencia se complete y se sepa todo lo que hay de saber, ella no sabrá más de lo que el espíritu sabe hoy, escribió él. En un artículo de junio de 1883, Martí menciona la contribución de Emerson al pensamiento de Tyndall como un ejemplo de la penetración en el universo de la naturaleza que puede proveer un poeta. Siete años más tarde, al describir los diversos tipos de enseñanza que ofrecía Chatauqua, Martí mencionó el ejemplo de un hombre que se levantó para decir: En mi pueblo nosotros siempre hemos dicho que los poetas ven la verdad antes que nadie, y esta conversación lo demuestra, porque los hombres no son más que gusanos crecidos, que es lo que ha dicho Emerson antes que Darwin, cuando dijo que "vio al gusano, en su brega por llegar a hombre, 'ascendiendo por todas las espiras de la forma'" ("Seis conferencias", *O.C.*, t. 5, p. 120).

Martí se sintió profundamente impresionado por el hecho de que Emerson jamás capitulara ante los adoradores de la ciencia y de la tecnología, y de que pudiera estar de acuerdo de todo corazón con la observación hecha por Emerson en *Naturaleza* de que "el uso de bienes materiales, como tal, es malvado y escuálido [...] Una cosa es buena solamente mientras sea útil". Martí se sintió regocijado cuando leyó la audaz aseveración de Emerson, en su conferencia "El poeta", de que era el poeta quien tenía el poder de controlar la tecnología, integrando la tecnología consumidora con el mundo natural mediante la fuerza de la imaginación creadora. En una de sus múltiples referencias a Emerson, Martí cita este comentario acerca de las críticas a *Poesía e imaginación*, de Emerson: "La crítica destruye; el poeta dice sólo aquello que ayude a alguien" (*Cuaderno de apuntes*, *O.C.*, t. 21, p. 421).<sup>10</sup>

Martí hizo a Emerson parte de casi toda su obra, y gracias a él Emerson se convirtió en un ser viviente en la América Latina. A través de Martí se difundió por toda Hispanoamérica la corriente del pensamiento trascendentalista y universalista de Emerson.<sup>11</sup>

Martí fue el primero en revelar a Hispanoamérica la figura de Walt Whitman, el "poeta de la democracia" norteamericana. Ya desde 1881, Martí expuso breves comentarios sobre Whitman en sus artículos periodísticos. Pero su contribución más

<sup>10</sup> Cf.: *The Complete Works of Ralph Waldo Emerson*, Boston, 1904, t. XI, p. 442; t. VIII, p. 37.

<sup>11</sup> Ethel Rios: "José Martí: A study of Biographical Essays", cf.: tesis inédita, Universidad de Columbia, 1947, p. 33.

importante al estudio de Whitman fue su ensayo de 1887 en el que honraba al "gran poeta gris". Publicado en *El Partido Liberal* y en *La Nación*, fue reproducido posteriormente en otros periódicos de la América Latina.

Al notar que en 1887 la grandeza de Whitman era aún poco apreciada en los Estados Unidos, Martí observó que la grandeza natural pasa inadvertida porque los hombres buscan las diferencias insignificantes entre ellos en vez de reconocer los elementos esenciales y eternos que tienen en común. Debido a que la educación moderna no enseñaba al hombre a distinguir entre las enseñanzas de las distintas escuelas filosóficas, cuando se enfrentaban con un individuo sincero como Walt Whitman, se negaban a reconocer que ahí había un hombre superior. Martí comparó la solitaria posición de Whitman con la de Gladstone cuando se alzó en el Parlamento para pedir un gobierno más justo para Irlanda. Ambos hombres, apuntó, semejaban un invencible mastín rodeados de una jauría.

Martí subrayó que Whitman estuvo muy por encima de los pequeños filósofos, de los poetas de fórmula ("poetas mezquinos") y de los maniqués literarios; que escribió una poesía adecuada a la nueva vida en el nuevo continente —una poesía a la altura del vigor de esta tierra—. Era él un hombre "natural" que vivió abiertamente, un hombre "veraz, sonoro y amoroso" porque vivía por su creencia de que los hombres son hermanos y cantó a las glorias del mundo y del hombre. Martí sintió que a pesar de la falta de buen gusto que a veces mostró, Whitman merecía estudio y lectura profunda por haber sido el poeta más "intrépido, abarcador y desembarazado de su tiempo".<sup>12</sup>

Martí creyó también que Whitman era representativo de las cualidades y tendencias de su tiempo. Señaló su aceptación de la teoría de Whitman de que el poeta debe estar vinculado con la sociedad y debe, pues, tener un propósito ético. Para Martí, la poesía era una fuerza social mucho más importante para el hombre que la industria, ya que esta última sólo proporciona al hombre una forma de subsistencia, mientras que la primera le ofrece deseos y fuerzas para vivir.<sup>13</sup>

El ferviente amor de Whitman por la humanidad, su respeto por lo heroico, su desprecio por la cobardía, y por la envidia, su identificación con cada hombre, independiente de su raza,

<sup>12</sup> "El poeta Walt Whitman", *O.C.*, t. 13, p. 131-143. Portuondo: ob. cit., p. 57-59; Anne Owen Fountain: "José Martí and North American Authors", tesis inédita, Universidad de Columbia, 1973, p. 85-86.

<sup>13</sup> Cf.: Portuondo: ob. cit., p. 57-58.

credo, color o posición social,<sup>14</sup> ciertamente influyeron en la alta estimación que Martí tuvo por el poeta. Amó a hombres como Walt Whitman, escribió con entusiasmo. Martí vio a Whitman como el poeta de la democracia en los Estados Unidos, pero también lo vio como el poeta del mundo y del futuro —un futuro de una nueva, justa y democrática era.

El ensayo de Martí sobre Walt Whitman es de singular importancia, y hay pocas evaluaciones contemporáneas tan valiosas. Martí introdujo a Whitman entre los hispanoamericanos, y al hacerlo ejerció una enorme influencia en el movimiento moderno de la poesía. El ensayo de Martí sobre Whitman no sólo fue el primero escrito en español, sino que sirvió de fuente de referencia indiscutible para los poetas modernistas durante muchos años.<sup>15</sup>

De la misma forma en que Martí presentó a Emerson y a Whitman a hispanoamérica, fue también, como se ha señalado, quien primero popularizó la producción literaria de Samuel L. Clemens a través del mundo hispano parlante. En toda la gama de los estudios de Martí sobre los Estados Unidos (1880-1895), hay una creciente estimación hacia los trabajos de Mark Twain. Cuatro de los libros de Mark Twain son mencionados por Martí en distintos momentos (*Un vagabundo en viaje, Inocentes por el mundo, A la dura, y Un yanqui de Connecticut en la corte del rey Arturo*) y existen notas acerca de tres de ellos.

Martí se sentía a sus anchas como crítico cuando podía admirar y elogiar a un hombre honestamente. En Mark Twain amaba las cualidades domésticas que hacían del humorista norteamericano un ser querido por su pueblo. Después de oír una de las conferencias de Mark Twain en Nueva York, habló de la popularidad del conferencista con su auditorio. Describió su cabeza grande con melena de cabellos blancos, sus ojos que mostraban "experiencia, profundidad y astucia", su gran nariz aguileña, su bigote marcial y sus encorvados hombros. En esa forma suya de dar un detalle que fuera capaz de insuflar

14 Para una visión crítica de la posición de Whitman sobre la esclavitud y los negros norteamericanos cf.: Ken Peeples (Jr.): "The Paradox of the 'Good Gray Poet', Walt Whitman on Slavery and the Blacks Man", *Phylon*, vol. XXXV, n. 1, p. 22-32. ("Whitman era resultado de su momento; no fue capaz de trascender el desenfundado sentimiento contra el negro existente en su sociedad norteamericana") Maurice Mendelson, una autoridad soviética en Whitman, demuestra en *Vida y obra de Walt Whitman* (en ruso, Moscú, 1976, p. 132-139), la profundidad y la intensidad de las convicciones antiesclavistas y abolicionistas de Whitman, y argumenta que sus sentimientos antiesclavistas fueron los que provocaron sus diversos despidos de una serie de periódicos neoyorquinos. Para un enfoque semejante al de esta edición cf.: Joseph Ray Rubin: *The Historic Whitman*, University Park, 1973.

15 Para una síntesis de la influencia de Walt Whitman en la poesía hispanoamericana, cf.: John E. Englekirk: "Notes on Whitman in Spanish America", *Hispanic Review*, vol. VI, 1938, p. 133-138. Para un estudio más reciente del tema, cf.: Fernando Alegria: *Walt Whitman en Hispano América*, Ciudad de México, 1954.

vida a sus personajes. Martí describió cómo Mark Twain parpadaba "como para ver mejor, o para que no le adivinen en la mirada sus pensamientos" ("Cartas de Martí", O.C., t. 10, p. 135).

A Martí, sin embargo, no le entusiasmó mucho el humor de Mark Twain, y la impresión que le causó el conferencista no parece haber sido muy favorable. Sin embargo, se mostró profundamente conmovido e impresionado por Twain como campeón de la reforma social.<sup>16</sup> Estaba convencido de que la seguridad de Twain al escribir provenía de su familiaridad con muchos niveles de vida, y se adelantó a muchos críticos contemporáneos al advertir que el propósito del "novelista perspicaz del Sur" era presentar todas las contradicciones e hipocresías de la sociedad norteamericana contemporánea. Su estilo estaba adecuado para este propósito. Martí observó y añadió: "Dibuja con carbón, pero con líneas rápidas y firmes. Entiende el poder de los adjetivos, los adjetivos que ahorran frases, y los apila sobre un carácter de manera que el hombre descrito echa a andar, como si estuviera vivo" ("Cartas de Martí", O.C., t. 10, p. 136).

El libro de Mark Twain más admirado por Martí fue *Un yanqui de Connecticut en la corte del rey Arturo*, que reseñó en enero de 1890 para *La Nación*, y el cual describió, en una carta a Gonzalo de Quesada del 2 de enero de 1890 como "un servicio a la humanidad; de lenguaje característico y ligero, y de idea conmovedora y honda" (O.C., t. 20, p. 363). Martí vio correctamente que *Un yanqui de Connecticut*... era un llamado contra la injusticia, la hipocresía y los abusos del poder y la riqueza, y vislumbró su aplicación a su propia época. Él era también admirador del episodio en que, al final de la novela, se describe la derrota de veinticinco mil caballeros. Como escribió a Gonzalo de Quesada: "Cincuenta y dos mancebos y no hombres de años preocupados y podridos, ayudaron al yanqui a vencer a veinticinco mil caballeros armados [...] con quienes murió la vana caballería".<sup>17</sup>

Cuando la mayor parte de la crítica norteamericana se contentaba con comparar el libro de Twain con *Morte d'Arthur*, de Thomas Malory, Martí reconoció la relación entre el Yanqui y Don Quijote.

Apuntó que el *Quijote* era "pintura sabia y dolorosa de la vida del hombre", mientras que el *Yanqui*, con su honesta indignación contra la opresión y la pobreza, es "una batalla a lo va-

16 Para ampliar este aspecto de Mark Twain cf.: Philip S. Foner, *Mark Twain; Social Critic*, Nueva York, 1968.

17 Para un análisis diferente del final de la novela cf.: Everett Carter: "The Meaning of A Connecticut Yankee" *American Literature*, vol. I, noviembre de 1978, p. 437-440.

quero, con lazo y revólver" ("En los Estados Unidos", *O.C.*, t. 13, p. 460). Aún así, el yanqui, aseguró Martí a Gonzalo de Quesada, podía pararse sobre sus propios pies y Twain no le debía "ni un ápice" a Cervantes o a Julio Verne. "Es un libro de chiste que suele arrancar lágrimas" (Carta a Gonzalo de Quesada, 20 de enero de 1890, *O.C.*, t. 20, p. 363).

A veces Martí se sintió desconcertado ante el humor de Twain y consideró sus chistes como "de bota fuerte y camisa colorada" (Carta a Gonzalo de Quesada, 20 de enero de 1890, cit.) Pero todo esto se desvaneció cuando leyó *Un yanqui en Connecticut...* y se sintió tan sobrecogido que en un momento dijo: "Hay párrafos en el libro de Mark Twain que dan deseos de ponerse en camino para Hartford, a darle la mano" ("En los Estados Unidos", cit., p. 460).

Escritores como Emerson, Whitman y Mark Twain, revelaron a Martí que dentro de la "otra América" había otros norteamericanos además de los Gould, de los Morgan y de los "barones del robo". Otro tanto hicieron hombres como Wendell Phillips, de quien escribió Martí: "El Universo entero adquirió para él la forma de un negro esclavo [...] implacable era y fiero, como todos los hombres tiernos que aman la justicia" ("Wendell Phillips", *O.C.*, t. 13, p. 66 y 70, respectivamente) y como Peter Cooper, de quien dijo: "practicó el Evangelio humano", y "se veía a sí mismo como el administrador de su riqueza, y no como su dueño" ("Peter Cooper", *O.C.*, t. 13, p. 49 y 52, respectivamente). Después estaban Clara Barton, Harriet Beecher Stowe y Helen Hunt Jackson. Cuando Johnstown, en Pennsylvania, fue destruida por una inundación el 31 de mayo de 1889, Clara Barton se unió a los ocho mil hombres que limpiaron las ruinas. Con una cruz roja en su brazo y una bata blanca sobre su vestido gris, estuvo allí entre médicos y ayudantes dispuesta a morir si era necesario. "Viva, elocuente, fea, muy hermosa" ("Johnstown", *O.C.*, t. 12, p. 234) fue el tributo de Martí para ella.

La señora Stowe, con su *Cabaña del tío Tom* —"una lágrima que habla"— había abierto los corazones a la compasión para el negro a quien nadie como ella ayudó a liberar. También fue una mujer —Helen Hunt Jackson— quien trabajó tierna y sabiamente año tras año para aliviar la desdicha de los indios. Con una mente fuerte y un corazón amoroso, ella había escrito su encantadora novela *Ramona*, uno de los cinco libros traducidos por Martí al español.<sup>18</sup>

Aunque grandes y buenos fueron todos estos hombres y mujeres de los Estados Unidos, ellos no pudieron disipar el temor

<sup>18</sup> Además de *Ramona*, Martí tradujo para D. Appleton y Co., de Nueva York, *Called Back*, de Hugh Conway; *Logic*, de W. Stanley Jevons; *Roman Antiquities*, de A. S. Woikins, y *Greek Antiquities*, de J. P. Mahaffy.

que comenzaba a sentir Martí de que la "otra América" representara un verdadero peligro para "nuestra América". En el prólogo a sus *Versos sencillos*, describe su angustia ante la idea de la dominación de los pueblos latinoamericanos por los Estados Unidos. Recuerda haber escrito esos versos en:

aquel invierno de angustia, en que por ignorancia, o por fe fanática, o por miedo, o por cortesía, se reunieron en Washington, bajo el águila temible, los pueblos hispanoamericanos. ¿Cuál de nosotros ha olvidado aquel escudo, el escudo en que el águila de Monterrey y de Chapultepec, el águila de López y de Walker, apretaba en sus garras los pabellones todos de la América? Y la agonía en que viví, hasta que pude confirmar la cautela y el brío de nuestros pueblos; y el horror y vergüenza en que me tuvo el temor legítimo de que pudiéramos los cubanos, con manos parricidas, ayudar el plan insensato de apartar a Cuba, para bien único de un nuevo amo disimulado, de la patria que la reclama y en ella se completa, de la patria hispanoamericana [*O.C.*, t. 16, p. 61].

Aquel "invierno de angustia" que menciona Martí fue el de 1889, cuando James G. Blaine era secretario de Estado y el verdadero líder de la nueva administración republicana bajo el presidente Benjamín Harrison. Desde antes de ocupar su puesto, comenzaron a aparecer en la prensa reportes de que Blaine favorecía la adquisición de Cuba con el fin de asegurarles a los Estados Unidos una valiosa fuente de azúcar y un puesto estratégico para la defensa exterior. Aclamando la posición del secretario de Estado, los elementos expansionistas de los Estados Unidos deseaban extender la influencia económica y política norteamericana hacia el exterior. "No está lejos el día", profetizó el senador Randall Gibson, que "se extienda el dominio de los Estados Unidos [...] a cada parte del continente americano —América británica, México, Cuba, América Central y las islas de nuestras costas".<sup>19</sup>

Aquel "invierno de angustia" fue también el invierno en que se celebró la primera Conferencia Panamericana en Washington. Todas las repúblicas de la América Latina, excepto Santo Domingo, enviaron delegados en respuesta a un llamado del secretario de Estado, Blaine, quien habló de la necesidad "de cimentar los intereses" entre todas las naciones del hemisferio occidental, para "traer la paz", para "cultivar nexos comerciales amistosos con todos los países americanos" y para mejorar las comunicaciones. Pero la prensa expansionista de

<sup>19</sup> *Congressional Record*, L Congreso, primera sesión, 7653.

los Estados Unidos, al alabar la acción de Blaine cuando éste se dirigió a la Conferencia, habló francamente acerca de las verdaderas razones del agrupamiento. Aparecían diariamente editoriales encabezados con "Destino manifiesto", "Barcos hacia Suramérica", "Es nuestro golfo" y "Reciprocidad, primer paso para la penetración americana". "Los [norte] americanos", dijo el *New York Tribune*, "están obligados a reconquistar su supremacía comercial [...] y a ejercer una influencia directa y general en los asuntos del continente americano". Otros escritos predijeron que la Conferencia implicaría el establecimiento de un protectorado norteamericano en las repúblicas de la América Latina.<sup>20</sup>

Como cónsul de Uruguay en los Estados Unidos, Martí estaba en estrecho contacto con los delegados a la Conferencia. Vio claramente el peligro para la independencia económica y política de la América Latina en el "juego oculto y [...] la secreta intención" de Blaine de utilizar a la Conferencia Panamericana para expandir la dominación económica y política de los Estados Unidos hacia el Sur de su frontera. Sabía también que algunos de los latinoamericanos en la Conferencia no verían este peligro y, lo que es más importante aún, que algunos cubanos estaban dispuestos a llevar allí el problema de la independencia de Cuba con la esperanza de obtener ayuda directa de los Estados Unidos. A esto, Martí se opuso enérgicamente. "Nunca hubiera pensado yo en sentar el precedente, de poner a debate nuestra fortuna, en un cuerpo donde, por su influjo de pueblo mayor, y por el aire del país, han de tener los Estados Unidos parte principal" (Carta a Gonzalo de Quesada, 29 de octubre de 1889, *O.C.*, t. 1, p. 249). La participación de los Estados Unidos en la guerra por la independencia de Cuba, sostenía él, estaba llena de peligros: Una vez que los Estados Unidos estuviesen en Cuba, ¿quién los iba a sacar? Estaba convencido de que el único camino a seguir para Cuba era lograr la independencia por sí misma y mantener firmemente su soberanía durante y después de la revolución. Este era el único camino para lograr la realidad de la independencia.

Martí, en un artículo escrito en dos partes, titulado "Congreso Panamericano de Washington", publicado en *La Nación* el 19 y el 20 de diciembre de 1889 (*O.C.*, t. 6, p. 46-63), desenmascaró los propósitos supuestamente benévolos de Blaine al dirigirse a la Conferencia y los señaló como imperialismo norteamericano. Él favorecía el panamericanismo, pero no un panamerica-

nismo como el de Blaine, cuyo objetivo específico era el de extender las oportunidades comerciales de los Estados Unidos en el hemisferio, no un panamericanismo falso y obsequioso que serviría de máscara a la política imperialista de los Estados Unidos. Pero esto era precisamente lo que la Conferencia intentaba alcanzar. La idea de la reciprocidad, tal y como la concebía Blaine, aparentaba ser una política comercial liberal, pero al examinarla de cerca saltaba a la vista que no era sino un instrumento a través del cual los Estados Unidos podrían descargar productos excedentes en el mercado latinoamericano y dominarlo en beneficio de los intereses económicos de Norteamérica. Todo esto sería el preludio del control político de la América Latina.

El artículo de Martí ayudó a alertar a las naciones latinoamericanas y fue el mayor responsable de que la Conferencia no aceptara ninguna de las propuestas importantes hechas por Blaine. En 1891 Martí advirtió nuevamente a las naciones de la América Latina sobre los propósitos imperialistas de los Estados Unidos. La ocasión fue el Congreso Monetario Internacional convocado por el secretario de Estado, Blaine, que se reunió en Washington D. C. del 7 de enero al 3 de abril de 1891. Martí, que fue designado delegado por Uruguay al Congreso, escribió un magnífico estudio sobre el origen y el propósito de la conferencia, en el cual demostró que la mayoría de los países de la América Latina tenían poco que ganar en el Congreso. Una vez más, advirtió que la dominación económica llevaría implícita la dominación política. En una de sus observaciones más famosas, escribió:

Quién dice unión económica, dice unión política. El pueblo que compra, manda. El pueblo que vende, sirve. Hay que equilibrar el comercio, para asegurar la libertad. El pueblo que quiere morir, vende a un solo pueblo, y el que quiere salvarse, vende a más de uno. El influjo excesivo de un país en el comercio de otro se convierte en influjo político [*O.C.*, t. 6, p. 160].

La advertencia de Martí, en forma de discurso en la sesión del 30 de marzo, tuvo su efecto. Su informe fue aceptado unánimemente y se le acreditó el haber "frustrado los designios del Departamento de Estado".<sup>21</sup>

\* \* \*

Los años que Martí pasó en los Estados Unidos lo hicieron entrar en contacto con las dos caras de la nación. Por una parte estaban los sustentadores de las grandes tradiciones

<sup>20</sup> Cf.: Richard Carlyle Winchester: *James G. Blaine and the Ideology of American Expansionism*; tesis inédita, Universidad de Rochester, 1966, p. 67-68; David S. Muzzey, *James G. Blaine: A Political Idol of Other Days*, Nueva York, 1934, p. 207; *New York Tribune*, 1ro. de octubre de 1889, *New York Herald*, 8 de octubre de 1889.

<sup>21</sup> Cf.: Manuel Pedro González: *José Martí, Epic Chronicler of the United States in the Fighties*, Chapel Hill, 1953, p. 56.



democráticas de los Estados Unidos: la clase obrera, los luchadores por la justicia y por la democracia y los poderosos escritores de Norteamérica. Por otra parte estaban las fuerzas que convertían a la república en "cesárea e invasora". Aunque admiró y respetó las fuerzas progresistas en los Estados Unidos, observó con creciente aprehensión la agresividad que emergía del imperialismo norteamericano. El estaba convencido de que el imperialismo norteamericano estaba a punto de lanzar una ofensiva para devorar a la América Latina, y que empezaría por devorar a Cuba.

Alertado por el peligro que afrontaba Hispanoamérica, Martí trabajó infatigablemente por evitar que el gigante norteamericano devorara a Cuba, mientras organizaba la conquista de su independencia de España. Como escribió en una libreta de notas en la víspera de su muerte, "Cuba debe ser libre— de España y de los Estados Unidos" (*Cuadernos de apuntes, O.C.*, t. 21, p. 380).

## José Martí y la época histórica del imperialismo

RAMÓN DE ARMAS

---

*¡como si cada época pudiera dar de sí más ni menos de lo que en sí lleva!*

JOSÉ MARTÍ

Con el trabajo que traemos ante ustedes, aspiramos a contribuir a la consideración de que el pensamiento de José Martí, analizado en la expresión más madura que logró alcanzar en un proceso que fue temprana y bruscamente interrumpido por su muerte, es respuesta a la época histórica del imperialismo y se corresponde con ella, no sólo por su análisis profundo del propio fenómeno imperialista en su manifestación norteamericana, sino, sobre todo, por las características de la estrategia revolucionaria que elabora, las soluciones que propone y las fuerzas sociales a las que apela para lograrlo.

El pensamiento martiano maduro es, en nuestro criterio, una respuesta revolucionaria *de nuevo tipo*, ajustada a los requerimientos de la nueva época, adecuada a las circunstancias reales concretas del conjunto de países para los cuales fue concebida, y a las posibilidades que ofrece el período en que se produce, en momentos en que no se ha iniciado aún, dentro de la misma época histórica, el tránsito de la humanidad del capitalismo al socialismo.

Intentaremos reproducir, en su movimiento y en sus principales trazos, el que parece haber sido el recorrido de ese pensamiento a partir de las soluciones iniciales clásicas del liberalismo burgués implícitas en la respuesta republicana de Martí a la necesidad de independencia nacional con respecto a España, hasta llegar a las soluciones exigidas por las nuevas y más complejas tareas que el surgimiento del imperialismo plantea ante la sociedad cubana y las sociedades del resto de hispanoamérica.

## I

No pretendemos en el presente trabajo aproximar fechas ni señalar etapas. Es nuestro propósito destacar solamente algunas de las premisas que conducen a esa madurez, y detectar algunos de los momentos que parecen haber tenido importancia mayor en un proceso cuyos múltiples aspectos están muy estrechamente intervinculados, y en el que la intelección por Martí de determinados fenómenos económicos y sociales repercute de manera inmediata, directa, en la profundidad de su análisis de otros aspectos de esa misma realidad, y en la dirección y el rumbo de su acción política.

Como principal resultante y elemento fundamental de este proceso de maduración, en el plano político, se nos presenta, a nuestro ver, la diáfana comprensión de Martí acerca de las fuerzas sociales con que puede contar en el cumplimiento de sus objetivos revolucionarios estratégicos, y su clara conciencia de la vinculación entre la liberación nacional con respecto al imperialismo norteamericano y el cumplimiento de avanzados objetivos históricos de reparación —ya que no de liberación— social. Tanto en lo uno como en lo otro, su visión estará fundamentada en una acertada comprensión —dentro de su aparato conceptual propio— de las estructuras clasistas de nuestras sociedades latinoamericanas.

En su expresión menos mediada por realidades preexistentes —es decir, en las soluciones concretas que propugna, en el caso particular de Cuba, para la inauguración de una república que será resultado directo de la acción revolucionaria durante la guerra y después es la guerra—, las soluciones políticas y sociales que Martí propone deben conducir a la fundación de una *república de mayoría popular* capaz de ejercer sobre la propiedad (mediante una administración de la economía en la que el Estado deberá tener determinada intervención) limitaciones y regulaciones que comporten una disminución objetiva de las diferencias sociales y permitan una más equitativa distribución de la riqueza. En Martí, esta acción limitadora o reguladora que deberá ejercer el Estado se apoya en la participación indirecta y *proporcional* de todas las clases y grupos sociales en la gestión de gobierno.

En el plano ideológico, esta acción reguladora es presentada, básicamente, a través de los conceptos éticos de *desinterés* y *equidad*, que en el cuerpo de las ideas de José Martí adquieren una definida carga político-social, y expresan un objetivo económico que en la realidad se corresponde adecuadamente con la estructura clasista de la sociedad cubana a él contemporánea, y con el grado de desarrollo alcanzado en la época por las fuerzas productivas de dicha sociedad.

La trayectoria que conduce a este punto del desarrollo del pensamiento martiano se inicia, a nuestro ver, con la intelección, muy en su juventud, de la necesidad de dar solución urgente a graves problemas de justicia social que parecen estar vinculados a la dependencia colonial respecto de España, y que la propia organización republicana liberal debía ser capaz, por sí misma, de resolver. Esta posición inicial, que es además premisa de la evolución de su pensamiento revolucionario hasta llegar a la altura de su época histórica, será notablemente modificada por su enfrentamiento con el liberalismo republicano español. Y será profundamente conmovida por el conocimiento, por Martí, de los problemas similares que afectan a otras naciones ya republicanas de nuestra América. De ahí la trascendencia de su estancia en México: allí se desarrollará lo que devendrá segunda premisa de la evolución que nos ocupa; allí se efectuará su temprana toma de conciencia de que nuestros específicos problemas latinoamericanos requieren soluciones específicas vinculadas tanto a nuestras características históricas y culturales, como a nuestra composición nacional y a nuestro momento concreto de desarrollo económico. En este punto se hace para Martí evidente, a nuestro entender, que para enfrentar esos problemas específicos no son válidas las soluciones elaboradas para países industriales —que en nosotros resultan postizas y que son de dudosa eficiencia, además, en los propios países para los que fueron concebidas—. Parece acertado considerar que ya en este momento se ha producido un importante alejamiento del liberalismo originario.

Pero será con el inicio de la década del ochenta cuando se irán incorporando —a partir de las premisas anteriormente mencionadas— los elementos de análisis que le permitirán elaborar respuestas a los nuevos problemas que en el plano interno y en el plano externo plantea a nuestras sociedades la nueva época histórica cuyo surgimiento sigue Martí muy de cerca dentro de los Estados Unidos. Será en este período que a la conciencia en Martí de la problemática social generada por nuestra organización económica, social y política —organización que excluye y oprime a las grandes masas mayoritarias—, se sumará ahora la problemática nacional, la problemática mayor planteada por el peligro nuevo de la absorción imperialista. Y se sumará, igualmente, la conciencia de que ese peligro de absorción es en medida importante propiciado, facilitado o viabilizado por las estructuras vigentes en nuestras sociedades y por las clases que ejercen el predominio económico y político en las repúblicas americanas.

*Ya en este punto de comprensión integral de la coyuntura continental americana, al objetivo de hacer avanzar política y económicamente al país como medio para dar cumplimiento a*

las rectificaciones que Martí se ha planteado como solución a nuestros problemas sociales históricos, se ha adicionado el nuevo objetivo —la nueva necesidad— de desarrollar y fortalecer el país como medio de obstaculizar, detener o —en el peor de los casos— retrasar la expansión imperialista.

En el plano continental, la unidad latinoamericana será para Martí —como acción unida para la oposición— la principal defensa y la principal riposta. Cuba deberá ser elemento de importancia capital —junto a Puerto Rico, después de alcanzada independencia de ambas con respecto a España, y junto a Santo Domingo— en la obstaculización inicial al imperialismo, y en evitar, sobre todo, que pueda adquirir nuevas fuerzas sobre la base de su absorción.

Pero la sociedad cubana de la época no ofrecerá a Martí, entre las clases que en ella dominan económicamente, o entre las que están posibilitadas de hacerlo, las fuerzas sociales vocadas a una defensa de los intereses nacionales. Muy por el contrario, la acción política de la burguesía azucarera cubana —los productores azucareros, para Martí— habrá de demostrar que ha devenido clase definitivamente antinacional en el plano político, como consecuencia de ser una clase dependiente de los propios Estados Unidos en el plano económico. Por su parte, la insuficientemente desarrollada burguesía productora para mercado interno —de evolución históricamente inhibida por la condición exportadora de Cuba— no podrá constituir una fuerza social de consideración. Y al papel inicial de las más amplias masas populares —que incluyen, desde luego, a la pequeña burguesía urbana y rural— como objeto de la acción política resultante de la gestión republicana futura, se sumará ahora el papel de esas masas populares como fuerza social fundamental en la consecución del doble objetivo de reparación social y de liberación nacional en relación con el imperialismo norteamericano. Para el cumplimiento de estos objetivos estratégicos —sin abandonar, claro está, la obtención de la independencia política con respecto a España, que es primera condición y requisito— habrá de allegar fuerzas José Martí.

## II

Permítasenos detenernos brevemente en las dos premisas a que hemos hecho referencia al iniciar nuestra exposición.

La primera de ellas, la filiación inicial de José Martí al lado de las masas populares.

“No es nada”, nos deja dicho el Maestro en uno de sus fragmentos de fecha imprecisa, y del que hasta hoy sólo sabemos que fue escrito con posterioridad a 1885,

pero como yo trabajo, amo a los que trabajan: yo también he abierto piedras, y he saltado minas, y he cargado por las calles sus pedazos [...] yo me he visto las manos y los pies tan rotos como si me los hubieran clavado en la cruz; yo me he abierto un abrigo contra la deshonra arando en la roca con mis propias manos [...]

De todos los oficios, prefiero el de la imprenta, porque es el que más ha ayudado a la dignidad del hombre, y el de edificador y cantero, porque yo rompí piedras para amasar edificios.<sup>1</sup>

El párrafo retrata al hombre. Sus trabajos forzados en la cárcel, cuando era casi niño todavía, marcaron su carácter de modo indeleble y señalaron rumbo y derrotero a su trayectoria vital. Ello corre parejo a sus recuerdos sobre la esclavitud. “Qué vi yo en los albores de mi vida?”, pregunta. Y como recuerdo segundo en importancia menciona: “El boca abajo en el campo, en la Hanábana”, o sea, el azote de los esclavos en el pequeño caserío donde vivió una parte de su infancia (*Fragmentos, O.C.*, t. 22, p. 250). Más adelante abundará: “¿Quién que ha visto azotar a un negro no se considera para siempre su deudor? Yo lo vi, lo vi cuando era niño, y todavía no se me ha apagado en las mejillas la vergüenza [...] Yo lo vi, y me juré desde entonces a su defensa” (*Fragmentos, O.C.*, t. 22, p. 189). Este último será, también, un elemento de permanente presencia en el cuerpo de ideas de José Martí, y una condicionante fundamental —si bien no siempre expresada— de su acción política. Así, dice en 1889, en carta a Rafael Serra, fundador de la sociedad de cubanos negros La Liga, de Nueva York:

para ir a donde debemos, que no es tanto el mero cambio político como la buena, sana, justa y equitativa constitución social, sin lisonjas de demagogos ni soberbias de potentados, sin olvidar jamás que los sufrimientos mayores son un derecho preeminente a la justicia [...] Ya verá lo que me sale del alma, cuando llegue la hora de la necesidad, a propósito de estas cosas [...]

Ya Vd. sabe que yo no digo todo lo que tengo en el corazón, por miedo de que los que han padecido tanto en manos de los falsos amigos, vayan a tomar mi entusiasmo, y el juramento que me tengo hecho de vivir para servirles, por entrometimiento y adulación, o deseo de buscar me popularidad [*Fragmentos, O.C.*, t. 20, p. 345-346].<sup>2</sup>

<sup>1</sup> José Martí: *Obras completas*, La Habana, Editorial Nacional de Cuba, 1963-1965, t. 22, p. 252. En esta y en las siguientes citas, salvo indicación contraria, las cursivas son nuestras. (En lo adelante, las citas que se refieran a la obra de José Martí, se remitirán a la mencionada edición de sus *Obras completas*. N. de la R.)

<sup>2</sup> Ver también *Versos sencillos (XXX)*, *O. C.*, t. 16, p. 106-107.

He ahí al hombre, espejándose a sí mismo en factores que han condicionado y han configurado contenidos objetivos vitales permanentes. Por ellos actuará: por los hombres que llevan sobre sí la carga del problema social de su época, y por los otros hombres que llevan —además del primero, y como parte de él— la carga tremenda del problema racial. Ellos, todos, serán “los humildes”, “los pobres de la tierra”, “la masa sufridora”, “la gran masa irredenta”. Estos no serán sólo giros hermosos de excelente prosa: son contenidos concretos y precisos dentro de la estructuración social de su realidad cubana y americana. Y consideramos oportuno dejarlo sentado aquí: no se trata de objetivos tácticos: se trata de objetivos estratégicos de la revolución de Martí, planteados ante sí mismo desde los inicios de su acción política. A aquellos que se lo cuestionaron alguna vez, les respondería: “Pues mi padre, Sres., fue un soldado; pues mi madre, Sres., [...] es una mujer humilde; pues mi hijo, señores, aunque en versos le llame yo mi príncipe, será un trabajador, y si no lo es, le quemaré las dos manos” (*Fragmentos, O.C.*, t. 22, p. 17).

Como *segunda premisa* de la evolución ascendente del pensamiento martiano y de su adecuación a las exigencias de la nueva época histórica que se inicia, se nos presenta, a nuestro ver, la comprensión certera de nuestras peculiaridades —peculiaridades que en realidad son comunes, en lo fundamental, al conjunto de países llamados subdesarrollados—; es decir, la intelección por parte de Martí de la *especificidad* latinoamericana.

Esta intelección, ciertamente, ha atravesado, a su vez, distintas etapas.

La primera estancia de Martí en España nos ha dejado testimonio muy temprano de sus análisis iniciales —de 1871, presumiblemente— de lo que se presenta como un primer momento de esta comprensión: la especificidad cubana, con relación al modelo republicano de más fuerte vigencia en la época: el modelo republicano norteamericano. “Los norteamericanos”, nos dice,

posponen a la utilidad el sentimiento. —Nosotros posponemos al sentimiento la utilidad.

Y si hay esta diferencia de organización, de vida, de ser [...] ¿cómo queréis que nosotros nos legislemos por las leyes con que ellos se legislan?

Imitemos. ¡No!— Copiemos. ¡No!— Es bueno, nos dicen. Es americano, decimos.— Creemos, porque tenemos necesidad de creer. *Nuestra vida no se asemeja a la suya,*

*ni debe en muchos puntos asemejarse [...] ¿cómo con leyes iguales vamos a regir a dos pueblos diferentes?*

Las leyes americanas han dado al Norte alto grado de prosperidad, y lo han elevado también al más alto grado de corrupción [*Cuadernos de apuntes, O.C.*, t. 21, p. 15-16].

Cierto es que Martí se refiere fundamentalmente a factores vinculados al carácter nacional, aunque también habla de diferencias de organización, de vida y de ser. Pero ya en esos tiempos de su primera deportación a España, cuando escasamente tiene dieciocho años de edad, ha definido estos dos elementos determinantes: primero, somos diferentes; segundo, no se adecúan sus leyes a nuestras características, a pesar de la prosperidad con ellas alcanzada. Y parece indudable la conclusión: esa república no es *nuestra* república.

Puede considerarse este como un primer momento, un punto de arranque, en su definición paulatina de la especificidad latinoamericana. Pero cuatro años más tarde, al México posterior a la reforma juarista cabría un papel de la más alta trascendencia en la evolución de esta concepción que nos ocupa. Recalquemos aquí que su análisis horada la superficie política del fenómeno, supera el plano de las manifestaciones supraestructurales, para calar muy hondo en que esa especificidad es, también, una especificidad en la esfera económica, en la esfera de la producción y del desenvolvimiento de esa producción. No solamente —no sería suficiente— porque ya sepa, como sabe en el mismo año 1875 de su llegada a México, que “en pueblos como en hombres, la vida se cimienta sobre la satisfacción de las necesidades materiales” (“Escenas mexicanas”, *O.C.*, t. 6, p. 337). Sino porque ya no concibe Martí, ni acepta, otra forma de análisis que no tenga como base la consideración más transparente de nuestra originalidad y diferenciación en planos concretos.

Allí, ciertamente, sólo estará el inicio. Pero no es difícil reconocer, en escritos martianos tan tempranos como los de la *Revista Universal* en 1875, y aplicados en este caso al análisis particular de realidades nacionales mexicanas, sólo una versión más estrecha —más local, si se quiere— de ideas que avanzada ya la década del ochenta habrán de formar parte de su entendimiento preciso de la realidad latinoamericana, y que tendrán su expresión más cabal y más madura —si bien no su primera expresión— en el conocido texto “Nuestra América” publicado en 1891 en el diario *El Partido Liberal*. Citemos solamente algunos de estos momentos: “Utilísima es *para un país formado* la libertad absoluta de comercio: ¿es de la misma manera útil *para un país que se forma?*” (“Escenas mexicanas”, *O.C.*, t. 6, p. 269). Ya allí va, en cada caso, al caso concreto: va a lo espe-

cífico mexicano; y ya está aprendiendo —y enseñando— cómo y qué buscar en la evolución y estructura característica de nuestra economía y de nuestra producción:

Un principio debe ser bueno en México, porque se aplicó con buen éxito en Francia. Asíéntase esto a veces, sin pensar en que esto provoca una pregunta elocuente: ¿Es la situación *financiera* de México igual a la francesa? ¿*Se producen las mismas cosas*? ¿Están los dos países *en iguales condiciones industriales*?

Debe haber en la aplicación del principio económico relación igual a la *relación diferencial* que existe entre los dos países.

Así con los Estados Unidos, con Inglaterra y Alemania [“Escenas mexicanas”, *O.C.*, t. 6, p. 335].

Y en México apprehendería también que a la visión de la república cubana aún sólo soñada e imprecisa, y al conocimiento de la república española, colonialista y antirrepublicana, habría que sumarle un elemento mayor: la confirmación de la existencia de la república *colonial*, la certeza de que la colonia puede seguir viviendo (y de hecho ha sobrevivido) en el ordenamiento político republicano. Allí comenzamos a ser, para Martí, “pueblos nuevos”, “sociedades nacies”, “pueblos forzosamente embrionarios”, de condición muy diversa a la de los “pueblos industriales”. En su aparato conceptual, comenzamos a ser, para Martí, lo que en el aparato conceptual contemporáneo a nosotros llegaría a conocerse con el nombre genérico y cuestionable de “países subdesarrollados”.

### III

Hemos apuntado más arriba la idea de que el pensamiento de José Martí corresponde a la época histórica del imperialismo no sólo por el análisis que de este efectúa, sino por las características de la estrategia revolucionaria que elabora, de las soluciones que propugna y de las fuerzas sociales con que cuenta. Pero la comprensión y la corrección histórica de estos últimos elementos estarán, desde luego, en dependencia de su intelección del propio fenómeno imperialista como tal.

Permítasenos referirnos a algunos aspectos que, en este sentido, parecen resultar de importancia.

Hacia principios de la década del ochenta, ya en la política norteamericana se utiliza el término *imperialistas* para calificar a los integrantes de una de las alas del Partido Republicano. Esta calificación es, desde luego, una definición nacida de la práctica, sin que el concepto esté siquiera cercano a la carga

y la precisión cognocitivas que tendrá después. Martí lo utiliza en 1883 (*O.C.*, t. 9, p. 345) en sus crónicas norteamericanas. Es aún, también, una utilización aislada, casual, carente de los contenidos que el propio Maestro le irá sumando a medida que ahonde en su análisis no sólo de la producción y la política de la sociedad norteamericana, sino de las afectaciones de ambas sobre la parte nuestra de América, fundamentalmente.

No debemos perder de vista, sin embargo, que en las crónicas que escribe para distintos periódicos de nuestra América —y que publica desde 1881—, José Martí se limita a lo que ya en cada momento puede ser dicho sobre el país donde radica. En carta a Bartolomé Mitre, director de *La Nación* de Buenos Aires, en 19 de diciembre de 1882, Martí precisa:

Mi método para las cartas de New York que durante un año he venido escribiendo [a *La Opinión Nacional* de México] hasta tres meses hace que cesé en ellas, ha sido poner los ojos limpios de prejuicios en todos los campos, y el oído a los diversos vientos, y luego de bien henchido el juicio de pareceres distintos e impresiones, dejarlos hervir, y dar de sí la esencia, —cuidando no adelantar juicio enemigo sin que haya sido antes pronunciado por boca de la tierra,— porque no parezca mi boca temeraria;— y de no adelantar suposición que los diarios, debates del Congreso y conversaciones corrientes, no hayan de antemano adelantado [*O.C.*, t. 9, p. 16-17].

En todo caso resulta evidente que el concepto de imperialismo irá ganando en Martí contenidos concretos durante la primera mitad de la década del ochenta, y de su utilización inicial para identificar un ala de un partido político —la de mayor empuje expansionista—, ampliará su alcance para llegar a caracterizar la tendencia mayor del conjunto del país, y marcar la desemejanza entre el período de predominio del libre comercio y las nuevas prácticas imperiales desatadas con el inicio del predominio del capital monopolista. Porque lo que se ha propuesto Martí —a través de su función de corresponsal de prensa— es analizar, y denunciar, “elementos, acontecimientos y *tendencias* de los Estados Unidos” (“Carta a Manuel Mercado [1886], *O.C.*, t. 20, p. 85). Y tal es, por ejemplo, el contenido de su comentario de 1885 sobre el recién inaugurado periódico presidencial de Cleveland. La política más atenuada y relativamente antiproteccionista de una buena parte del Partido Demócrata norteamericano no deslumbra ni confunde al analista sagaz, quien nos dice:

Campaña presidencial ninguna fue tan enmarañada, trascendental y significativa como la que dio el triunfo a Gro-

ver Cleveland. De lejos, no se distingue tal vez más que el hecho de bulto; la victoria del partido demócrata; y se supone, con error, que implica un cambio decisivo en la opinión y tendencia del país [...]. De cerca, se sabe que el cambio *no ha sido esencial y durable*, sino ocasional y como de prueba ["Cartas de Martí", *O.C.*, t. 10, p. 186 —1885—].

No parece posible estar de acuerdo con aquellos criterios que ven en la intelección del naciente imperialismo por José Martí un análisis que atiende fundamentalmente el plano político, y mantiene poco calado en la revelación de sus aspectos económicos y de la penetración y expansión que llevan implícitos. Su análisis de las determinantes económicas y de los mecanismos de dominación corre parejo al de la expansión política, y detecta con acierto, en nuestra opinión, fenómenos de nuevo tipo que corresponden a la nueva época de desarrollo del sistema capitalista.

Desde luego, no se opone Martí, ni podía oponerse, a la imprescindible introducción de todos los elementos productivos que puedan contribuir a destrozarse una estructura secular en nuestra América, y a situarla en condiciones de alcanzar su propio desarrollo independiente. No se opone al comercio y a las inversiones que puedan ayudar a romper la estructura colonial superviviente y aún vigente, y que puedan ser conducidos en un plano de igualdad y conveniencia —viniendo tanto de los Estados Unidos como de países europeos—. Así lo plantea en numerosos trabajos durante toda la década del ochenta.<sup>3</sup> Pero en 1881 ya ha llamado a defendernos, "al hacernos dueños de nosotros, y prepararnos de manera que no sirvamos ciegamente a sombrías intenciones, o a vergonzantes intereses" (*Cuadernos de apuntes*, *O.C.*, t. 21, p. 179). Y en 1883 ha avisado sobre los riesgos que para nuestra América implica la política que en los Estados Unidos da por sentado y presupone "que un poder continental, en suma, tiene que acumular capitales, y atraerse fondos de repuesto, y ganarse la voluntad de las gentes de grandes fondos, *para vaciarse en la hora precisa sobre el continente*" ("Cartas de Martí", *O.C.*, t. 9, p. 342).

Más aún: ha dado fundamentación temprana y cabal, para su época, a una política en relación con las inversiones extranjeras en los países nuestros de América, de modo que a un mismo tiempo contribuyan a superar las peculiaridades e insufi-

<sup>3</sup> Ver, por ejemplo: "Los Estados Unidos y Venezuela", *O.C.*, t. 7, p. 244 —1883—; "Exposición de productos americanos", *O.C.*, t. 8, p. 367 —1884— y "Carta a La República", *O.C.*, t. 8, p. 31 —1886—; "La república Argentina en el exterior", *O.C.*, t. 7, p. 342-343 —1888—.

ciencias de nuestro desenvolvimiento económico, y a evitar entregarse, por las necesidades imperiosas del desarrollo, a la dominación de alguno de los países que en la nueva época pugnan por la hegemonía sobre la parte española de América. Así, en fecha que hemos podido precisar como inmediatamente posterior a julio de 1882, y con motivo de la proyectada construcción de una vía férrea en una sección del sur del Continente, Martí apunta:

¡Que la Inglaterra [...] ha obtenido ya la concesión de la mitad de la vía!— Pues lo que otros ven como un peligro, yo lo veo como una salvaguardia: *mientras llegamos a ser bastante fuertes para defendernos por nosotros mismos*, nuestra salvación, y la garantía de nuestra independencia, están en el equilibrio de potencias extranjeras rivales.— Allí, muy en lo futuro, *para cuando estemos completamente desenvueltos*, corremos el riesgo de que se combinen en nuestra contra las naciones rivales, pero afines,— (Inglaterra, Estados Unidos): de aquí que *la política extranjera de la América Central y Meridional* haya de tender a la creación de intereses extranjeros,— de naciones diversas y desemejantes, y de intereses encontrados, —en nuestros diferentes países, sin dar ocasión de preponderancia definitiva a ninguna, aunque es obvio que ha de haber, y en ocasiones ha de convenir que haya, una preponderancia aparente y accidental, de algún poder, que acaso deba ser siempre un poder europeo.— [*Fragments*, *O.C.*, t. 22, p. 116.]

De ese modo, su conciencia de la imperiosa necesidad de desarrollo de nuestra economía, y su conciencia del peligro implícito en las inversiones extranjeras capaces de contribuir a propiciarlo, muy particularmente en las inversiones norteamericanas —cuando aún no pueden ser siquiera visibles las consecuencias económicas concretas de dichas inversiones—, son condicionantes permanentes y siempre presentes en su análisis de las relaciones entre ambas partes del Continente durante toda la década en cuestión. Así, por ejemplo, en el caso concreto de Honduras: saluda los esfuerzos que hace —como los hace el resto de América— "para sacar al tráfico las riquezas que han de constituir sólidamente la República", y "por enseñar al extranjero pudiente los tesoros que puede darle a cambio de su capital y su trabajo". Y los acepta, porque sabe que "son, verdad es, riqueza para las compañías extranjeras; pero riqueza sin la cual jamás sería posible la de la patria" ("Carta a La República", *O.C.*, t. 8, p. 22-31 —1886—). Pero desde mucho antes (1884) ha advertido:

Hay provecho como hay peligro en la intimidad inevitable de las dos secciones del Continente Americano.

La intimidad se anuncia tan cercana, y acaso por algunos puntos tan arrolladora, que apenas hay tiempo necesario para ponerse en pie, ver y decir ["Los propósitos de *Las Américas* bajo sus nuevos propietarios", *O.C.*, t. 8, p. 268].

No parece necesario insistir aquí en su urgente llamado posterior a decir, cuando ya las circunstancias hacen factible decirlo, y "porque es la verdad, que ha llegado para la América española la hora de declarar su segunda independencia" ("Congreso Internacional de Washington" I, *O.C.*, t. 6, p. 46 —1889—). Pero sí es oportuno destacar sus señalamientos de lo que resulta irreversible en la nueva tendencia de los que dominan en la sociedad norteamericana: "ya es de los ferrocarriles y millonarios el Senado"; lo que se intenta es "ir extendiendo el imperio yanqui"; se está en período de preparación para "empujarlo, [al país] al gobierno imperial, a la casa ajena, a la conquista". Y alerta —sobre todo— de que no se trata de luchas entre fracciones políticas o entre intereses de partido, porque "está muerto acá en política", nos dice en 1889, "el que ose decir que no debe cubrir el mundo la sombra del águila".<sup>4</sup>

Se trata, ciertamente, de la política —de la política económica— de los Estados Unidos. Un personaje como James G. Blaine puede resultar blanco de sus denuncias por erigirse en el Congreso Panamericano de Washington en vocero visible del intento imperialista de imponer al resto de América una reciprocidad que sería vía para la más rápida penetración económica. Pero no es cuestión en realidad, de personas: para Martí, más peligrosa aún que la agresiva táctica expansionista de Blaine, es la política de más profunda fundamentación económica de "Sherman, de agresión *más temible*, de planes más firmes y no menos osados, de más arraigo, *por su política de invasión lenta y su ciencia del tesoro*" ("En los Estados Unidos", *O.C.*, t. 12, p. 135 —1889—).

Es evidente que —sin desarrollar una teoría sobre el imperialismo— la suya es una acertadísima y anticipada explicación de la *praxis* económico-social de la sociedad norteamericana a él contemporánea, de por sí (concentración de capitales, surgimiento de monopolios, etc.), y en sus relaciones con el resto de América. Parecen extraordinarios, en su época, la selección, el destaque, la precisión y el deslinde precisos y certeros de aquellos aspectos que en la realidad misma constituyen conte-

nidos esenciales de la época histórica que aún solamente se inicia, y del nuevo tipo de relaciones, sometimientos e imposiciones que trae consigo. Y todo ello, además, integrando un análisis altamente objetivo que es inmediatamente puesto en función de la oportuna y adecuada defensa de la parte nuestra del Continente.

Tal es el caso —entre los muchos que valdría observar en detalle— de la valoración que Martí hace de los tratados de reciprocidad.

Desde muy temprano en la década —al comentar en enero de 1883 el tratado en estudio por México y los Estados Unidos— Martí ha avisado de la importancia que las consecuencias generales de este tipo de convenios tendría para nuestros países, y lo ha calificado de "acontecimiento de gravedad mayor para los pueblos de nuestra América Latina". Señala:

El tratado concierne a todos los pueblos de la América Latina que comercian con los Estados Unidos. No es el tratado en sí lo que atrae a tal grado la atención; es lo que viene tras él. Y no hablamos aquí de riesgos de orden político [...] Hablamos de lo único que nos cumple, movidos como estamos del deseo de ir poniendo en claro todo lo que a nuestros intereses afecta: hablamos de riesgos económicos ["El tratado comercial entre los Estados Unidos y México", *O.C.*, t. 7, p. 17].

Sabe que no son causas contingentes las que conducen a sucesos como "este proyecto de tratado, de tal alcance, de tan profunda trascendencia, de tanta monta para todos nuestros países. Cuando existen para un suceso causas históricas, constantes, crecientes y mayores, no hay que buscar en una pasajera causa ínfima la explicación del suceso" ("El tratado comercial...", cit., p. 22 —1883—).

Algo más tarde, en 1885, ya advertirá más concretamente sobre la política norteamericana en relación con los tratados de reciprocidad, precisamente con mecanismo de dominación y de penetración económica. Sus palabras rezuman conciencia de las transformaciones que se están operando en los Estados Unidos, y de que ello afecta de manera directa e inmediata al resto de América. Se está allí, reitera, "en el momento de un grave cambio histórico, de trascendencia suma para los pueblos de América". Se trata de

un conjunto de medidas que implican el cambio más grave que desde la guerra han experimentado acaso los Estados Unidos [...] ¿A qué explicarlo en más detalles, que a tal distancia pudieran parecer complicados y enojosos? Y

<sup>4</sup> Las citas seleccionadas han sido tomadas de: "¡Elecciones!", *O.C.*, t. 12, p. 95 —1888—; "Crónica norteamericana", *O.C.*, t. 12, p. 114 —1889—; y "En los Estados Unidos", *O.C.*, t. 12, p. 132 y 350, respectivamente.

esto no es más que *una nueva manera de hacer*, con blandura y sin desatención aparente de sus deberes de nación republicana, lo que allá en sueños y sin saber cómo, quiso Grant ["Cartas de Martí", O.C., t. 8, p. 87].

Este último —precisa Martí más adelante— había soñado "que debía entrar a saco, disimulando el arma bajo tratados y convenios como el torador su espada bajo la muleta, por cuantas tierras baña el mar y olean los cuatro vientos en los alrededores de Norteamérica" ("Cartas de Martí", O.C., t. 10, p. 148—1885—).

Ahora, dentro de esa "nueva manera de hacer", uno de los tratados ha sido firmado con España: compromete a Puerto Rico y —fundamentalmente— a Cuba, y "de tan absoluta manera liga la existencia de la Isla a los Estados Unidos, que es poco menos que el vertimiento de cada uno de estos países en el otro, lo que acaso vendrá a parar, con gran dolor de muchas almas latinas, en perder para la América Española la isla que hubiera debido ser su baluarte".

Otro más, entre los convenios que comenta, es

el que acaban de firmar los Estados Unidos con Santo Domingo, en virtud del cual, como en el tratado con Cuba y Puerto Rico, cuando acá [en Estados Unidos] sobra, y no tiene por lo caro donde venderse, allá entrará sin derechos, como acá los azúcares. Y vendrán los Estados Unidos a ser, *como que les tendrán toda su hacienda*, los señores pacíficos y proveedores forzosos de todas las Antillas ["Cartas de Martí", O.C., t. 8, p. 88, —1885—].

Pero ve más allá Martí —y se anticipa tanto en verlo como Cuba en padecerlo— que "alentado el crédito en la Isla y aguzada por la penuria la natural perspicacia de sus habitantes, se establecerán, *con capitales norteamericanos acaso*, múltiples empresas, que ocasionarán demanda extraordinaria de artículos del único mercado donde tendría la Isla crédito y dinero" ("Cartas de Martí", O.C., t. 8, p. 89).<sup>5</sup>

Desde luego, no es posible esperar que Martí pueda prever consecuencias económicas concretas de una penetración que en su momento histórico sólo se está iniciando, por parte de un imperialismo que aún está en franco proceso de gestación y surgimiento, y dista de estar plenamente formado. Pero sí debe-

<sup>5</sup> Al enfrentarnos al análisis del Maestro, es inevitable recordar que el gran V. I. Lenin señalaría precisamente, como característica de la época del imperialismo, que "la exportación de capitales pasa a ser un medio de estimular la exportación de mercancías" (*El imperialismo, fase superior del capitalismo, Obras completas*, La Habana, Editora Política, 1963, t. XXII, p. 257).

mos señalar, por su importancia, que su análisis no se limita a la confirmación aislada del fenómeno, y va acompañado de la comprensión y la denuncia del papel entreguista que en esta *relación de nuevo tipo* desempeñan las propias burguesías latinoamericanas. En efecto, para Martí, "de las revoluciones y pobreza que [...] han agitado nuestros países de América, ha venido a los hombres activos de ellos un immoderado deseo, saludable y urgente cuando se encierra en naturales límites, de desarrollar, *a costa aún de la libertad futura de la Nación*, sus riquezas materiales" ("Cartas de Martí", O.C., t. 8, p. 87—1885—).

Y no puede tampoco pasarse por alto —por lo que en su momento pudo en ello ver el Maestro respecto de las fuerzas sociales con que podría contar en su empeño— que esos tratados de reciprocidad que Martí condena con precisamente el tipo de tratado por el que ya ha abogado durante largos años la burguesía azucarera cubana, y que garantizaría la entrada libre de azúcar crudo cubano en los Estados Unidos, a cambio de "reciprocidad" en las aduanas de la colonia para las exportaciones norteamericanas. Será también de igual género el tratado que en 1903 remate y deje ratificada la dependencia de nuevo tipo que —después de la intervención norteamericana en la revolución de Cuba— consolidará aquella dependencia previa que se ha venido desvolviendo durante una buena parte del siglo XIX entre la burguesía cubana productora para la exportación, y la economía norteamericana.

Puede prescindirse de la mención de la influencia nefasta de estos tratados de reciprocidad en la fijación y afianzamiento de una especialización productora, mayormente monoprodutora, en los países dependientes o subordinados, de sus efectos sobre la imposibilidad de desarrollo de la producción industrial para mercado interno en dichos países, y de su acción inhibitoria del desarrollo de un sector de la burguesía, productor de ese mercado interno y capaz de propiciar un desarrollo capitalista no dependiente.

Debe enfatizarse, sin embargo, que esas características de la estructura económica —y, consiguientemente, de la estructura clasista— habrán de condicionar las vías por las que deberá transitar todo movimiento verdaderamente revolucionario en la época histórica que se inicia.

#### IV

No parece quedar lugar a duda de que a estas alturas del pensamiento de José Martí nos encontramos ante un nuevo nivel de comprensión de la realidad política y económica que le rodea: *la comprensión integral de la coyuntura continental* a que la nueva época histórica está dando lugar.



De su clara visión de la inserción de nuestra América —y de Cuba— en esta coyuntura, resultará no sólo su estrategia revolucionaria para el conjunto del Continente, sino su acción política concreta en relación con la revolución cubana —revolución que, desde luego, presupone e incluye la independencia con respecto a España, y que constituye, a su vez, condición y escalón inicial de su estrategia continental.

Ahora aparecen ya nitidamente definidos dos planos, dos objetivos centrales, cuya consecución se evidencia posible sólo como parte de un mismo proceso: uno, el cumplimiento de los fines originarios de reparación y justicia sociales hacia los cuales Martí dirigió su acción desde los comienzos mismos de su vida política, y que responden, como hemos señalado más arriba, a su filiación inicial; otro, la urgencia de detener la expansión imperialista sobre nuestras tierras, ante la amenaza visible de que se entronice sobre las mismas un nuevo género de opresión y de dominio —un peligro mayor que el precedente—. Las soluciones, a su vez, quedarán también unificadas: porque precisa transformar las estructuras vigentes no sólo para alcanzar aquellos niveles de justicia social que la época y las circunstancias históricas permiten a nuestra sociedad, sino ahora también para evitar —sobre todo— que los intereses económicos (las clases sociales, en nuestra terminología) dominantes en ella puedan impedir a los nuevos grupos sociales llamados a sustituirles dirigir hacia aquellos dos objetivos centrales la política nacional.

De ahí los dos grandes peligros a que se enfrenta la revolución en Cuba, expuestos muchas veces por Martí de diferentes maneras, pero sintetizados de manera notable en 1886 y 1887, respectivamente. Porque ya Martí sabe, entonces, que “tal vez sea nuestra suerte que un vecino hábil nos deje sangrar en sus umbrales, para poner al cabo, sobre lo que quede de abono para la tierra, sus manos hostiles, sus manos egoístas e irrespetuosas” (“A Ricardo Rodríguez Otero”, *O.C.*, t. 1, p. 196 —1886—). Y porque, al mismo tiempo, lo que urge, lo que importa ahora, es impedir que la revolución “fracase por precipitación o mala dirección nuestra [...] o caiga por no haberla sabido dirigir nosotros en un grupo de cubanos egoístas, que no la han deseado jamás, ni comprenden su espíritu, ni llevan la intención de aprovechar la libertad en beneficio de los humildes, que son los que han sabido defenderla” (“A José Dolores Poyo”, *O.C.*, t. 1, p. 212 —1887—).

Es casi innecesario resaltar que se refiere aquí al Partido Autonomista, el cual expresa (aunque no sólo él) la postura antirrevolucionaria y antinacional de la burguesía azucarera cubana, y encarna dentro de la correlación clasista de fuerzas en la sociedad cubana del período —como históricamente, en efecto,

sucedió— la entrega cómplice de la nación a los intereses norteamericanos a los cuales se asocia dicha burguesía.

Años después (1894) el propio Martí precisaría y describiría el papel desempeñado por el Partido Autonomista en un pasado entonces no totalmente superado, y los peligros a que aún podía vincularse como alternativa de futuro:

A la realidad estamos aquí [en la emigración] y hemos de estar allá [en Cuba] todos, y no a la combinación ya extinta, con nombre de autonomismo, de las diversas fuerzas públicas que, a faltar vigilancia y acción, hubieran podido convertirse en Cuba en el *funesto imperio de una oligarquía criolla* [...] *cuya existencia sólo se hubiera podido mantener por la liga encubierta con el poder español, o por la entrega del país a una civilización extraña*, que niega a Cuba la capacidad probada para el gobierno libre, y declara necesitar de ella para fines sociales y estratégicos hostiles a la paz y albedrío del país. *Ese era el peligro del autonomismo*, y para salvar a los cubanos de él, autonomistas o no, hemos acá afuera, trabajado y vivido. A la significación y curso estamos aquí de las fuerzas sociales, que, por el enconado apetito del privilegio, y el hábito y consejo de la arrogancia, y la docilidad de las preocupaciones naturales en Cuba, *pudieran impedir, aún después de la independencia, el equilibrio justiciero de los elementos diversos de la isla*, y el reconocimiento, ni demagógico ni medroso, de todas sus capacidades y potencias políticas, *sin el cual vendría la patria, desmigajada en la continua guerra, a parar en el yanqui aniquilador y rapaz*, retardando acaso —por culpa que de otro modo puede ser gloria útil— la distribución natural y conveniente de los pueblos del mundo. Ese sí —y no más— era el problema, y el elemento social, incongruo y anacrónico, que venían acentuándose en el autonomismo: y a eso sí que hay que estar, porque es insensato y dañino [“El lenguaje reciente de ciertos autonomistas”, *O.C.*, t. 3, p. 264].

Y estará claro para Martí el contenido clasista de las posiciones contrarias a una revolución “que no ha deseado jamás” por parte del grupo político que

por disfraz cómodo de su complacencia o sumisión a España, le pide sin fe la autonomía de Cuba, contenta sólo de que haya un amo, yanqui o español, *que les mantenga, o les cree*, en premio de oficios de celestinos, la posición de prohombres, desdeñosos de la masa pujante,—la masa mestiza, hábil y conmovedora, del país,— la masa inteligente y creadora de blancos y de negros [Carta a Manuel Mercado, *O.C.*, t. 4, p. 168 —1895—].

Son esos, en efecto, los dos grandes polos de la sociedad cubana: la gran masa del pueblo, la gran mayoría popular, frente a la clase económicamente dominante —enfascada, a su vez, en hábil e ininterrumpida lucha política que le garantice aquella parte de poder (la autonomía) a la que su creciente temor a la alternativa revolucionaria le permita llegar sin riesgos.

A cada uno de esos dos polos se adscribe una solución —propiciatoria y cómplice la una, contrapuesta la otra— a la nueva coyuntura histórica en que ya se hallan inmersos, como conjunto, los países todos del Continente. Y entre ambos polos sociales, otros sectores burgueses de escaso desarrollo, y los grupos sociales que poseen la cultura, susceptibles a ser involucrados en la remoción de España, y capaces de participar, por tiempo impreciso, en la dirección de la nueva república que debe surgir.

De ahí la urgencia de unir: "Juntarnos, es tan necesario q. estemos todos juntos! que nos sintamos fuertes y consolados [*sic*] para lo q. tenemos q. hacer" (*Cuadernos de apuntes, O.C.*, t. 21, p. 368 —[1892-1894]). Es esta función principalísima que condiciona la materialización y la supervivencia de la revolución:

Que dónde estoy? en la revolución; con la revolución. Pero no para perderla, ayudándola a ir por malos caminos! Sino para poner en ella, con mi leal entender, los elementos quienes, aunque no sean reconocidos al principio por la gente de poca vista o mala voluntad, serán los que en las batallas de la guerra, y en los días difíciles y trascendentales batallas de la paz, han de salvarla [*Fragmentos, O.C.*, t. 22, p. 73].

La fórmula que viabilizará la unión —lo sabemos— será el Partido Revolucionario Cubano: deberá ser, además, el germen y el preámbulo de la república que debe posibilitar. Y la garantía de la participación y representación en la república estará anticipada por la propia participación y representación en el Partido que habrá de hacer la revolución.

De la necesidad de unir, a su vez, viene la importancia de reconocer en la emigración cubana en los Estados Unidos "una entidad moral y una base de República, de gran importancia, porque han vivido juntas, conociéndose y estimándose, y perdiendo en el roce la soberbia, ignorancia y desconocimiento que pudieran dividir las, todas las clases sociales, tal como ha de ser en Cuba si ha de haber república verdadera" (*Fragmentos, O.C.*, t. 22, p. 191).

Y de ahí también —abordando a la luz de la coyuntura continental, que ha aprehendido de manera integral, el enfoque de los procesos internos de Cuba— la trascendencia de pensar

cómo se ha de hacer todo desde el principio para que con nuestros elementos heterogéneos se produzca el menor mal posible, *cómo se ha de organizar la hacienda*. Porque nosotros, enclavados como estamos, entre pueblos E.U. e Istmo, no tenemos tiempo ni para errores, ni para travesuras políticas. A los traviesos, tenemos que desnudarlos [*Fragmentos, O.C.*, t. 22, p. 190-191].

Es evidente, partiendo siempre de la condicionante básica que es su filiación inicial, que a la urgencia de unir se suma la necesidad de conjugar, a través de una acertada organización de la economía, los disímiles intereses involucrados. Ambos factores están en la base de los criterios de José Martí sobre la política, que anticipan el sentido y el alcance de la gestión que deberá realizar la dirección de la revolución, al frente del Estado, una vez fundada la república: "Por política no se ha de entender solamente los asuntos de mero gobierno, sino el estudio y la administración de los intereses del país" (*Fragmentos, O.C.*, t. 22, p. 232). Porque —bien lo sabe Martí— "es necesario contar siempre que los intereses rigen principalmente a los hombres, y que rara vez están las virtudes del lado de los intereses" (*Fragmentos, O.C.*, t. 22, p. 317). Así lo ratifica al definir la política: "política es eso: el arte de ir levantando hasta la justicia la humanidad injusta [...] de favorecer y de armonizar para el bien general, y con miras a la virtud, los intereses" ("En los Estados Unidos", *O.C.*, t. 12, p. 57 —1888—).

De ese modo, para Martí la república ha de estudiar, ha de armonizar, ha de acomodar los intereses. La república —la revolución triunfante— ha de organizar la hacienda: deberá garantizar el equilibrio de la riqueza, la equidad en su distribución. El momento de desarrollo de la sociedad cubana —las fuerzas sociales con que cuenta—, y la coyuntura continental en que la nación se inserta, no le exigen, y no le permiten, más.

Es más: ha previsto y ha prevenido las nuevas luchas que habrán de tener lugar una vez alcanzada la independencia. Y en ese sentido, su bien conocido artículo "Los pobres de la tierra" es un canto a los que habrán de padecer bajo el posible triunfo temporal de las fuerzas opuestas a la equidad y a la justicia social por las que lo han dado todo los obreros cubanos en la emigración. Será entonces cuando "todas las vanidades y ambiciones servidas por la venganza y el interés, se junten y triunfen necesariamente al menos, sobre los corazones equitativos" (*O.C.*, t. 3, p. 305 —1894—). Será este el momento de

las “trascendentales batallas de la paz”, que deberán ser libradas en favor de los que hoy han quitado pan a su miseria “por la patria, ingrata acaso, que abandonan el sacrificio de los humildes los que mañana querrán, astutos, sentarse sobre ellos” (“Los pobres de la tierra”, art. cit., p. 305). “Sépanlo al menos”, les ha dicho. “No trabajan para traidores”. Cuenta con esas derrotas pasajeras, y cuenta con esas batallas formidables. Y entiende, sobre todo, que la organización política del Estado deberá ser tal que garantice la plena participación de aquellos que hasta entonces han sido excluidos: aquellos junto a los cuales se produjo su filiación inicial.

En efecto, en breves apuntes sin fecha, de aquellos que escribía para sí mismo, nos deja la fórmula de participación mayoritaria, de participación de las grandes masas populares:

Ha de tenderse a una forma de gobierno en que estén representadas todas las diversidades de opinión del país en la misma relación en que están sus votos. Un consejo de gobierno, que elija, cada año, su presidente de su seno.

El Congreso: electo cada cuatro años.—

Que el pueblo elija los gobernadores; el Consejo de Gobierno corresponderá al nº de votos.—

De siete, por ejemplo, los siete q. relativamente obtengan más votos.

Que cada opinión esté representada en el gobierno.

Que la minoría estará siempre en minoría: ¡como debe estar, puesto que es la minoría! Garantía para todos. Poder para todos.— [Fragments, O.C., t. 22, p. 108-109.]

Y de ese modo, con la minoría en minoría, la república que Martí procura para Cuba —concebida como primer paso en una estrategia revolucionaria continental, y sobre la base de una intelección acertada del surgimiento de una nueva época histórica: la época histórica del imperialismo— es, evidentemente, *la república de mayoría popular*.

Es el máximo que su país, y su momento, parecen permitirle. Dos décadas más tarde, V. I. Lenin dará ubicación y significación precisa a esta plena participación de las masas en el gobierno de la nación: “Si todos intervienen realmente en la dirección del Estado”, sentenciará, “el capitalismo no podrá ya sostenerse” (V. I. Lenin: *El Estado y la revolución*, ob. cit., t. XXV, p. 466).

No se trata, desde luego, de que Martí fuera, veladamente, un propulsor de las ideas del socialismo. Ni se trata —mucho me-

nos— de que, por el contrario, no hubiera llegado a conocer su alcance y perspectivas. Entre los testimonios que han llegado hasta hoy sobre su conocimiento de los principios fundamentales del socialismo y de los aspectos generales relacionados con la abolición de la propiedad y con los objetivos de justicia social perseguidos por sus distintas variantes, anteriores o posteriores al socialismo científico, se destacan muy particularmente estos apuntes de 1894:

*Socialismo*.—Lo primero que hay que saber es de qué clase de socialismo se trata, si de la Icaria cristiana de Cabet, o las visiones socráticas de Alcott, o el mutualismo de Prudhomme, o el familisterio de Guisa, o el Colins-ismo de Bélgica, o *el de los jóvenes hegelianos de Alemania*:—aunque bien puede verse, ahondando un poco, que todos ellos convienen en una base general, el programa de nacionalizar la tierra y los elementos de producción; y como pre-requisito indispensable de toda su organización “the land of the country and all other instruments of production shall be made the joint property of the community, and the conduct of all industrial operations be placed under the direct administration of the State” [*Cuadernos de apuntes, O.C.*, t. 21, p. 386].<sup>6</sup>

No hay ocultación, ni hay desconocimiento. De lo que se trata —eso sí— es de que fue un intérprete profundo y cabal de la necesidad histórica de su momento y de sus circunstancias, nacionales y continentales. Y de que llegó a todas las alturas a que su época le permitió llegar.

Así se penetró en nuestro siglo, hacia nuestro presente, dando cimiento y autoría —y entregándonosla— a la revolución que hoy, en Cuba, completa su obra.

“Haremos por vivir”, dijo una vez, ya finalizando la década que hemos intentado analizar en el presente trabajo, “hasta que [...] los que padecen de hambre de justicia no necesiten de nosotros” (“A Miguel Tedín”, O.C., t. 7, p. 396 —1889—). Y ya había dicho, desde muchos años atrás: “No hay más que un medio de vivir después de muerto: haber sido un hombre de todos los tiempos— o un hombre de su tiempo” (*Cuadernos de apuntes, O.C.*, t. 21, p. 143 [1878-1880]).

Por eso, vive todavía.

Enero de 1980

<sup>6</sup> Solamente las segundas cursivas son nuestras. El texto citado en inglés en el original puede leerse: “la tierra del país y todos los demás instrumentos de producción deben ser hechos propiedad conjunta de la comunidad, y la conducción de todas las operaciones industriales debe ser puesta bajo la administración directa del Estado”.

## Anticipaciones de José Martí a la teoría leninista del imperialismo

ÁNGEL AUGIER

La llegada de José Martí al Nueva York de hace cien años, no fue la del simple inmigrante deslumbrado por la vigorosa civilización que allí se desarrollaba, ni por las amplias posibilidades abiertas a quienes sólo interesaba la aventura de "hacer fortuna". Su llegada fue la de un joven revolucionario cubano que desde el arribo a la gran urbe reanudó, de inmediato, una actividad interrumpida: la de asistencia al movimiento armado de la Isla, que apenas tres meses antes provocara su prisión en La Habana y el segundo destierro a España, del que acababa de evadirse. En plena tarea revolucionaria, pues, celebró Martí su vigésimo séptimo cumpleaños en el nevado enero neoyorkino de 1880.

No era escaso el bagaje de cultura y de experiencia política que ya poseía Martí. Su rebelde adolescencia había sufrido los rigores del presidio colonial en Cuba, que denunciara en patético testimonio; inmediatamente después, la amargura del destierro en la Metrópoli, sólo compensado por cuanto pudo aprovechar su inteligencia de la sabiduría de las universidades y de los pueblos españoles, en Castilla y Aragón. Luego, sus mansiones sucesivas en México y Guatemala —breves en el tiempo pero intensas y decisivas, como sería la de Venezuela más tarde—, le aportaron la fuerte certidumbre de la identidad latinoamericana y la dramática realidad de "las repúblicas feudales o teóricas de Hispano-América". Además, no había estado ajeno a las inquietudes sociales que estremecían el escenario histórico de su época.

Puede afirmarse que al penetrar entonces en el ámbito norteamericano al que habría de vincular su existencia, Martí ya ha logrado establecer las bases de su formación ideológica que, aunque polarizada en la lucha por la independencia de Cuba, abarcaba una visión de más amplio radio y de más lejano alcance, en sus afanes de genuina realización democrática. El otrora adolescente romántico ha evolucionado, para dar paso a un joven cuya prematura madurez le permite tomar plena conciencia de la realidad histórica en lo político, como en lo artístico de los resortes expresivos de un estilo propio.

Sin embargo, la dura y prolongada experiencia de la expansiva realidad norteamericana, proporcionaría al generoso combatiente de la libertad cuanto necesitaba para completar una más exacta visión del mundo y de la época y para enriquecer ideológicamente su doctrina y su acción revolucionarias.

A Martí, que examinaba toda experiencia político-social con ánimo de asimilarla a sus fines patrióticos ulteriores, es natural que de primera vista le fueran atractivas las instituciones democráticas surgidas de la revolución norteamericana de 1776, en sus rasgos más aparentes que reales. Y es natural, también, que advirtiera su verdadera imagen, a medida que penetrara en aquel macromundo del capitalismo en la etapa inicial de sus más brutales manifestaciones, la de su fase monopolista, con su secuela de injusticias y corrupción y de agudos conflictos sociales. El nuevo fenómeno, de proporciones y consecuencias excepcionales, no sólo amenazaba destruir las instituciones políticas creadas por la revolución democrática burguesa, sino que además amenazaba mortalmente la independencia nacional de los países de "nuestra América", sin exceptuar la aún inconquistada de su patria esclava, Cuba. El peligro de la política expansionista de los Estados Unidos lo había advertido él antes de arribar al país. Ya en sus entrañas, pudo conocer el monstruo en sus dimensiones e intenciones desaforadas.

El nuevo fenómeno económico-político, ya también en proceso en otras partes del mundo, habría de merecer después la denominación al mismo tiempo definitiva y calificadora de *imperialismo*. Martí no sólo fue testigo sino también notario de su nacimiento y evolución, como lo demuestra en su correspondencia periodística para distintos diarios de países latinoamericanos, sobre la actualidad política, social y cultural de los Estados Unidos, donde registraba hechos y tendencias generales, pero en particular aquellos que revelaban —y denunciaban— la ambición latente de echar al país "en son de conquista por todos los ámbitos de la tierra".

Aquel "revolucionario radical de su tiempo"<sup>1</sup> pudo y supo percibir, con su buida visión, las diversas manifestaciones típicas del fenómeno imperialista y exponerlas de manera dispersa, fragmentaria y empírica en sus vigorosas *Escenas norteamericanas*, escritas sin otra pretensión que la de informar a sus lectores, pero con la preocupación natural de quien observa la realidad con espíritu revolucionario. Y su percepción fue tan lúcida y penetrante, que muchos de los rasgos esenciales del imperialismo que él advierte y describe en sus reportajes y

<sup>1</sup> Así lo denominó certeramente Blas Roca en su magnífica conferencia de ese título. V. *Siete enfoques marxistas sobre José Martí*, La Habana, Ed. Política y Centro de Estudios Martianos, 1978, p. 37-68.

crónicas neoyorquinos coinciden con los que, veinte años después de la muerte de Martí, iba a exponer Vladímir Ilich Lenin en su ya clásico estudio *El imperialismo, fase superior del capitalismo* (*Obras escogidas*, Moscú, Instituto de Marxismo Leninismo del C.C. del PCUS, p. 719-834) —aunque, como es obvio, la expresión “imperialismo” empleada a veces por Martí, no tuviera aún la categoría que le otorgaron después los economistas.

No hay que recordar que ese “análisis teórico —sobre todo económico—”, fue escrito por Lenin en Zurich en la primavera de 1916.

El fenómeno imperialista ya había evolucionado lo suficiente como para merecer un examen a fondo de todos sus aspectos y consecuencias, lo que, con su rigor científico y polémico habitual, consumaría —en plena primera guerra mundial imperialista— quien supo unir genialmente la teoría y la *praxis* de la revolución en dosis tan exactas, que al año siguiente de escribir la obra, guiaría al Partido bolchevique a hacer despuntar en Rusia la aurora del gran Octubre socialista.

El primero de los cinco rasgos fundamentales del imperialismo que Lenin consigna en su análisis, es el de “la concentración de la producción y del capital llegada hasta un grado tan elevado de desarrollo, que ha creado los monopolios, los cuales desempeñan un papel decisivo en la vida económica”. Lo que hay de fundamental en este proceso, subraya Lenin, es la sustitución de la libre competencia capitalista por los monopolios capitalistas.

Muchas son las referencias de Martí a este respecto. En una de sus correspondencias a *La Nación* de Buenos Aires, en abril de 1888, comentaba: “la congregación cada día más descarada y alarmante de las grandes empresas e industrias en ‘ligas’ que aquí llaman *trusts*, para mantener altos los derechos sobre artículos de necesidad, y a su favor limitar la producción interior, alzar los precios y repartirse a prorrata el provecho entre los coligados”.<sup>2</sup>

Esta definición recuerda el párrafo de Lenin en dicha obra, cuando explica que “*los cartels* convienen entre sí las condiciones de venta, los plazos de pago, etc. Se reparten los mercados de venta. Establecen los precios. Distribuyen las ganancias entre las distintas empresas, etc.” (Lenin: ob. cit., p. 737.)

De pasada, en otros artículos, su glosa de la actualidad lleva a Martí a mencionar ejemplos de monopolios: en un caso,

<sup>2</sup> José Martí: “*Cartas de Martí*”, *Obras completas*, La Habana, Ed. Nacional de Cuba, 1963-1965, t. 11, p. 436. (En lo adelante, las citas que se refieran a la obra de José Martí, se remitirán a la mencionada edición de sus *Obras completas*. N. de la R.)

cuando “la gigantesca compañía telegráfica Western Union”, absorbió, “sin cuidarse de la inquietud pública, a su única rival poderosa, la Baltimore and Ohio” (“Los sucesos de la semana”, *O.C.*, t. 11, p. 315); en otra ocasión, se refiere a la compañía de Bell, “que con los provechos del monopolio del teléfono ha acumulado un caudal considerable”; y aprovecha Martí para consignar que no “se soporta en lo general con calma el abuso que hace la compañía de su privilegio, cobrando altísimo precio por el uso del teléfono” (“Un gran escándalo”, *O.C.*, t. 10, p. 380).<sup>3</sup>

Pero la más profunda caracterización del monopolio que hiciera Martí, aparece en su crónica de septiembre de 1884, también dirigida al diario bonaerense de que era colaborador, sobre el desfile de las organizaciones obreras neoyorquinas para celebrar el Día del Trabajo.

Martí describe la poderosa manifestación proletaria con entusiasmo y maestría capaces de convertir al lector en espectador del acontecimiento. De repente, llama la atención hacia una alegoría pintada en lienzo en el carro de los armadores, que pasa a describir de inmediato:

Un trabajador lleva a cuestas, como carga que lo abrumba, al Monopolio, representado en la caricatura de Jay Gould, gran estratégico de Corporaciones y Bolsas, que en sus manos tiene las bridas de empresas innumerables y de un lado y otro las guía con goce frío y maligno que,—más que de la posesión de la fortuna que le rinden, le vienen de ganar, en previsión y astucia a cuantos le disputan su poder: abre vorágines, levanta montañas, desata océanos; conjura y desencadena vendavales, juega como con una perinola con la Bolsa. Con una voz, hace surgir un ferrocarril: lo hunde con otra.

En su estilo peculiar, el periodista presenta el poder financiero con atributos y facultades de hechicería, en imagen de gran efecto. Y prosigue Martí:

Jay Gould es gran monopolizador, y sobre la espalda del trabajador de la alegoría va representado el Monopolio: —él lo representa bien, que ha centralizado en enormes compañías, empresas múltiples, las cuales impiden con su inaudita riqueza y el poder social que con ella se asegura, el nacimiento de cualquiera otra compañía de su género, y gravan con precios caprichosos, resultado de com-

<sup>3</sup> En la misma crónica se refiere a la acusación hecha a Garland, secretario de Justicia del presidente Cleveland, por haber favorecido primero como senador y después como miembro del gobierno, a una nueva empresa de teléfonos, Pan Electric, competidora de la Bell, a cambio de medio millón de dólares en acciones de dicha compañía.

binaciones [...] necesarias al comercio ["Cartas de Martí", *O.C.*, t. 10, p. 83-84].

En su penetrante análisis, Lenin recurre al economista alemán Kestner (Lenin: ob. cit., p. 741), cuando enumera los métodos que emplean los monopolios para imponer a los patronos independientes la subordinación forzosa a las asociaciones monopolistas. Estos métodos son: privación de materias primas y de medios de transporte, privación de mercados y de créditos, disminución de precios para arruinar a las empresas que no se someten a los monopolistas (pues durante un tiempo determinado se gastan millones para vender a precios inferiores al costo), etc. Y concluye Lenin: "Nos hallamos ante la estrangulación por los monopolistas de todos aquellos que no se someten al monopolio, a su yugo, a su arbitrariedad".

Por su parte, Martí, en aquella misma crónica, había trazado un cuadro algo semejante:

Donde un sembrador, allá en el Oeste, siembra un campo, el monopolio se lo compra a la fuerza o lo arruina: si vende barata su cosecha el sembrador, el monopolio, que tiene grandes fondos a la mano, da la suya de balde: y si decide el sembrador luchar, al año muere de hambre, mientras que el monopolio puede seguir viviendo sin ganancia muchos años. El monopolio está sentado, como un gigante implacable, a la puerta de todos los pobres.<sup>4</sup> Todo aquello en que se puede emprender está en manos de corporaciones invencibles, formadas por la asociación de capitales desocupados a cuyo influjo y resistencia no puede esperar a sobreponerse el humilde industrial que empeña la batalla con su energía inútil y unos cuantos millares de pesos.

Y termina Martí esa crónica con estas consideraciones:

La tiranía acorralada en lo político, reaparece en lo comercial. Este país industrial tiene un tirano industrial. Este problema, apuntado aquí de pasada, es uno de aquellos graves y sombríos que acaso en paz no puedan decidirse, y ha de ser decidido aquí donde se plantea, antes tal vez de que termine el siglo ["Cartas de Martí", art. cit., p. 84-85].

No iba a decidirse el problema, sino que se haría más complejo, profundo y peligroso. Precisamente, el *segundo* de los rasgos del imperialismo que señalara Lenin, es la fusión del capital bancario con el industrial, y la creación, sobre la base

<sup>4</sup> Puede considerarse una metáfora de lo que expresaría luego Lenin: el monopolio "actúa en unas condiciones en que la masa de la población pasa hambre". Ob. cit., p. 751.

de este capital financiero, de la oligarquía financiera. Lenin añadía que

el capital financiero, concentrado en muy pocas manos y que goza del monopolio efectivo, obtiene un beneficio enorme, que se acrece sin cesar con la constitución de Sociedades, la emisión de valores, los empréstitos del Estado, etc., consolidando la dominación de la oligarquía financiera e imponiendo a toda la sociedad un tributo en provecho de los monopolistas [Lenin: ob. cit., p. 766].

Sobre este aspecto, en otra correspondencia a *La Nación* (de junio de 1887), Martí volvió a instalar en su comentario al monopolista Jay Gould, esta vez convertido en banquero. Ante la edición extraordinaria de un periódico que oye vocear en la calle, el cronista se pregunta si será motivada por

algún pánico como el que acaba de desatar sobre el país pasmado el banquero Jay Gould, recogiendo de súbito sus préstamos, alarmando la plaza, acorralando el dinero, vendiendo a la baja sus acciones del ferrocarril elevado, espantando con el descenso que provocó en estas acciones las demás, todo para levantarse sobre estas ruinas, tumbo de millones, catástrofes y quiebras, dueño mayor del ferrocarril, cuyos socios menores a quienes forzó a la venta de su parte, le estorbaban ["Historia de un proceso famoso", *O.C.*, t. 11, p. 224].

Al analizar esta fase del proceso, subrayaba Lenin que "la unión personal de los bancos y la industria se completa con la unión personal de unas y otras sociedades con el gobierno" (Lenin: ob. cit., p. 756). La forma en que los monopolios y los bancos —en definitiva, el capital financiero— manejaba la cosa pública en los Estados Unidos por aquellos tiempos —para llegar a la plutocracia que ya se sabe—, fue comentada y denunciada por Martí en numerosas ocasiones.

"Véase aquí", apunta en una correspondencia de marzo de 1882 a *La Opinión Nacional* de Caracas, "cómo los ricos se van agrupando y espaldando, y buscando gobierno para sí, que les ponga a cubierto de las demandas de los pobres" ("Carta de Nueva York", *O.C.*, t. 9, p. 277). Y un año después, en crónica a *La Nación*, cuenta cómo

ayudaban los políticos a los ricos, y los ricos a los políticos. Los poderosos del mercado vaciaban sus mejores bolsas para cosechar votos, ganarse empleados y favorecer ardides en la hora de las elecciones, a trueque de que los electos favoreciesen luego con sus votos los planes en que cifraban mayores esperanzas de fortuna los ricos mercados.

Y agregaba Martí:

Quedaban sin hacer cosas urgentes, de que necesitaba la masa humilde y común. Se hacían a gran costo cosas enormes y no indispensables, que favorecerían los proyectos de los potentados de la Banca. Era una liga incontestable de los magnates de la pecunia, que ayudaban al partido sospechado en la hora de los comicios, y los magnates de la política, que pagaban en leyes sustanciosas el apoyo de los de la pecunia ["Cartas de Martí", *O.C.*, t. 9, p. 341 y 342, respectivamente].

Hacia Martí en ese caso un recuento histórico del pasado, que era presente todavía. Cuando comenta un movimiento huelguístico, en mayo de 1886, escribe:

Las compañías de ferrocarril, con la complicidad de legisladores y jueces venales, han falseado las leyes públicas y poseído y distribuido de mal modo su riqueza [por lo que la estrategia de los huelguistas era] herirlas en su riqueza mal ganada, someterlas a la confesión de su organismo interior, ir desintegrando poco a poco el caudal enorme que han amontonado por la fusión ilegal de empresas contendientes ["Cartas de Martí", *O.C.*, t. 10, p. 437].

Las funestas consecuencias de esa práctica le hacen volver al tema, en otra crónica, dos meses después:

Del abuso de la tierra pública, fuente primaria de toda propiedad, vienen esas atrevidas acumulaciones de riquezas que arruinan en la competencia estéril a los aspirantes pobres: vienen esas corporaciones monstruosas que inundan o encogen con su avaricia y estremecimientos la fortuna nacional: vienen esos inicuos consorcios de los capitales que compelen al obrero a perecer sin trabajo, o a trabajar por un grano de arroz: vienen esas empresas cuantiosas que eligen a su costo senadores y representantes; o los compran después de elegidos, para asegurar el acuerdo de las leyes que les mantienen en el goce de su abuso; y les reparten, con la autoridad de la nación, nuevas porciones de la tierra pública, en cuyo producto siguen amasando su tremenda fuerza ["Nueva York en junio", *O.C.*, t. 11, p. 19].

Pero, además, advierte cómo dominan el Congreso, personalmente, los capitalistas, cuando escribe en marzo de 1887, que en el Senado de Washington, "los millonarios, los grandes terratenientes, los grandes ferrocarrileros, los grandes mineros componen mayoría" ("Cartas de Martí", *O.C.*, t. 11, p. 175).

No podía Martí, como revolucionario cabal que era, contemplar injusticias sin denunciarlas con justificada ira. En abril de 1888, al analizar una vez más la evolución histórica de los Estados Unidos, escribe:

se ve como todo un sistema está sentado en el banquillo, el sistema de los bolsistas que estafan, de los empresarios que compran la legislación que les conviene, de los representantes que se alquilan, de los capataces de electores que sobornan a estos, o los defienden contra la ley, o los engañan; el sistema en que la magistratura, la representación nacional, la Iglesia, la prensa misma, corrompidas por la codicia, habían llegado, en veinticinco años de consorcio, a crear en la democracia más libre del mundo la más injusta y desvergonzada de las oligarquías.<sup>5</sup>

No hay duda de que se trata de la oligarquía financiera, como la denominaría más tarde Lenin. "Trescientos bancos mueven el dinero del país", escribe Martí en julio de 1889 ["En los Estados Unidos", *O.C.*, t. 12, p. 266]. Pero en otra correspondencia anterior, de 1885, había trazado una estampa del capitalismo financiero difícilmente superable:

Forman sindicatos, ofrecen dividendos, compran elocuencia e influencia, cercan con lazos invisibles al Congreso, sujetan de la rienda la legislación, como un caballo vendido, y, ladrones colosales, acumulan y se reparten ganancias en la sombra. Son los mismos siempre; siempre con la pechera llena de diamantes; sórdidos, finchados, recios; los senadores los visitan por puertas excusadas; los secretarios los visitan en las horas silenciosas; abren y cierran la puerta a los millones: son banqueros privados

Pero Martí no se contenta con esa vigorosa descripción, que prosigue con estos rasgos complementarios:

Tienen soluciones dispuestas para todo: periódicos, telégrafos, damas sociales, personajes floridos y rotundos, polemistas ardientes que defienden sus intereses en el Congreso con palabra de plata y magnífico acento. Todo lo tienen: se les vende todo: cuando hallan algo que no se les vende, se coligan con todos los vendidos, y lo arrollan.

No se contenta Martí, repetimos, con la simple descripción, porque ha descubierto hasta donde llega ese brazo brutal del imperialismo, y después de agregar que "un deseo absorbente

<sup>5</sup> J.M.: "Cartas de Martí", *O.C.*, t. 11, p. 437. Lenin: ob. cit., p. 767-768, cita al francés Lysis: "La omnipotencia de la oligarquía financiera es absoluta, domina a la prensa y al gobierno", en su libro *Contra la oligarquía financiera en Francia*, París, 1908.

les anima siempre, rueda continua de esta tremenda máquina: adquirir: tierra, dinero, subvenciones, el guano del Perú, los Estados del Norte de México" —cuyo propósito detalla—, exclama en el clímax de su indignación: "¡En cuerda pública, descalzos y con la cabeza mondada, debían ser paseados por las calles esos malvados que amasan su fortuna con las preocupaciones y los odios de los pueblos:

"—¡Banqueros no: bandidos!" ("Cartas de Martí", O.C., t. 13, p. 289-290).

Hasta aquí, es fácil apreciar lo certeramente que percibió y diagnosticó Martí dos de los cinco rasgos fundamentales del imperialismo expuestos por Lenin. Los tres rasgos restantes, que también configuran etapas sucesivas del fenómeno y que, por tanto, se interrelaciona, son los siguientes:

- 3) La exportación de capitales, a diferencia de la exportación de mercancías, adquiere una gran importancia efectiva.
- 4) La formación de asociaciones internacionales monopolistas de capitales capitalistas, las cuales se reparten el mundo.
- 5) La terminación del reparto territorial del mundo entre las potencias más importantes [Lenin: ob. cit., p. 799].

No sólo pudo Martí captar, desde sus primeros tiempos de residencia en los Estados Unidos, las típicas manifestaciones del capitalismo en fases sucesivas de transformación, precisamente en el país donde el sistema presenta sus más acusadas características. Tuvo también la oportunidad de participar en dos acontecimientos internacionales, convocados por el gobierno norteamericano con el propósito encubierto de establecer la hegemonía económica y política sobre los países de la América Latina, cuando el imperialismo —conforme al concepto leninista— aún estaba en su etapa inicial de amagos y tanteos.

Esos dos acontecimientos fueron la Conferencia Internacional Americana, celebrada en Washington de octubre de 1889 a abril de 1890, y la Conferencia Monetaria de las Repúblicas de América, que también tuvo lugar en la capital norteamericana, de enero a marzo de 1891. En el primero de estos eventos, la participación de Martí fue en calidad de observador, pero como patriota y revolucionario cubano y como periodista estuvo pendiente de sus más mínimos detalles y rumbos, con su cálida pasión latinoamericana. En la conferencia monetaria participó como delegado del gobierno de Uruguay —del que era cónsul en Nueva York desde abril de 1887—, y en ella tuvo un papel determinante.

En el prólogo a sus *Versos sencillos*, estampó Martí el testimonio de la angustia en que vivió durante los meses de la Conferencia donde se reunieron "bajo el águila temible, los pueblos hispanoamericanos", y la agonía que le duró hasta que pudo confirmar "la cautela y el brío de nuestros pueblos". Puede afirmarse que esa ruda experiencia le mostró en toda su trágica intensidad el peligro abismal del imperialismo, que ya había vislumbrado y comentado esporádicamente. Desde entonces se afirmó en su convicción antimperialista. La expuso en la correspondencia periodística sobre la conferencia panamericana que envió a los diarios donde colaboraba, y luego la incorporaría como ideario político de la revolución, cuyos preparativos no tardaría en emprender.

Por ser bastante conocidos esos trabajos de Martí, sólo extraeremos de ellos algunos de sus fragmentos referidos al tema de esta ponencia, y que pueden reflejar puntos coincidentes con los tres últimos rasgos fundamentales del imperialismo analizados por Lenin.

Uno de los intereses del capitalismo monopolista norteamericano que percibió Martí respecto de la América Latina —aparte de la agresiva ambición expansionista ya mostrada antes—, fue la exportación de mercancías de su plétora industrial. En muchas ocasiones, comentó en sus crónicas norteamericanas los incidentes de la lucha entre los proteccionistas y los librecambistas, y lo que significaba el predominio de aquellos, traducido en la fabricación en exceso de productos caros y malos que no podían competir fuera del mercado estadounidense.

Afirmaba Lenin que lo que caracterizaba al "viejo capitalismo" —donde predominaba la libre competencia— era la exportación de mercancías, y que el capitalismo moderno, donde predomina el monopolio, se caracteriza por la exportación de capitales, el cual sólo alcanza sus gigantescas proporciones a principios del siglo xx (Lenin: ob. cit., p. 773 y 775); fase esta última que sólo pudo advertir Martí en sus inicios.

El primario interés en la exportación de mercancías aparece también en la primera información sobre la Conferencia que envía Martí al diario bonaerense a fines de septiembre de 1889, donde alude al paseo a que han sido invitados los delegados latinoamericanos por el gobierno anfitrión, para mostrarles sus ciudades.

Dice el reticente periodista:

y aquella parte de las industrias que se puede enseñar, a fin de que se les arraigue la convicción de que es de la conveniencia de sus pueblos comprar lo de este y no de otros, aunque lo de este sea más caro, sin ser en todo



mejor, y aunque para comprar de él hayan de obligarse a no recibir ayuda ni aceptar tratos de ningún otro pueblo del mundo ["El Congreso de Washington", *O.C.*, t. 6, p. 34].

Al analizar la Conferencia con profundidad, en una correspondencia con todos los atributos de ensayo político, enviada a *La Nación* en noviembre de 1889, llama Martí la atención sobre el grave peligro que para nuestros países puede derivarse del "convite que los Estados Unidos potentes, repletos de productos invendibles, y determinados a extender sus dominios en América, hacen a las naciones americanas de menos poder". Más adelante apunta los riesgos con que amenaza a los pueblos latinoamericanos

la política secular y confesa de predominio de un vecino pujante y ambicioso, que no los ha querido fomentar jamás, ni se ha dirigido a ellos sino para impedir su extensión, como en Panamá, o apoderarse de su territorio, como en México, Nicaragua, Santo Domingo, Haití y Cuba, o para cortar por la intimidación sus tratos con el resto del universo, como en Colombia, o para obligarlos, como ahora, a comprar lo que no puede vender, y confederarse para su dominio ["Congreso Internacional de Washington" I, *O.C.*, t. 6, p. 46-47].

Este vigoroso alegato, antecedente y complemento del otro irrefutable y de inagotable vigencia, "Nuestra América" (1891), pone al descubierto las verdaderas intenciones del imperialismo y la necesidad de cerrarle el paso "al carro de Juggernaut" y preservar, con la independencia de la América española, el equilibrio del mundo, teoría que transforma en base de su acción revolucionaria.

En esa y otras correspondencias, señala Martí el interés de las empresas de vapores norteamericanos de obtener subvenciones y concesiones de los países latinoamericanos para su tráfico; señala aquí el peligro de que entre con el extranjero "el veneno de los empréstitos, de los canales, de los ferrocarriles" ("Congreso Internacional de Washington" II, *O.C.*, t. 6, p. 61). Y no es ocioso en este punto recordar uno de los métodos peculiares de los monopolios apuntados por Lenin: el control de las vías y medios de comunicación y transporte: las líneas férreas y las compañías navieras. En prólogo a su obra, afirma:

Los ferrocarriles constituyen el exponente de las principales ramas de la industria capitalista, de la industria del carbón y del hierro; el exponente y el índice más palmario del desarrollo del comercio mundial y de la civilización democrático-burguesa.

Señalamos la conexión de los ferrocarriles con la gran producción, con los monopolios, los sindicatos patronales, los *cartels*, los *trusts*, los bancos, la oligarquía financiera. La distribución de la red ferroviaria, la desigualdad de esa distribución y de su desarrollo, constituyen un exponente del capitalismo moderno, monopolista, en escala mundial.<sup>6</sup>

Antes, Martí hizo alusión al "veneno de los empréstitos" que en los países subdesarrollados entraba con el dominio imperialista. Corresponde con la explicación de Lenin de que "es muy corriente que entre las cláusulas de los empréstitos se imponga la inversión de una parte del mismo en la compra de productos del país acreedor", por lo que "la exportación de capitales pasa a ser un medio de estimular la exportación de mercancías" (Lenin: ob. cit., p. 777).

También en su trabajo sobre "La conferencia monetaria de las repúblicas de América" (*O.C.*, t. 6, p. 155-167), Martí volvió a señalar los móviles del que denominaba "Congreso Panamericano":

la plétora fabril traída por el proteccionismo desordenado [...] la ligereza con que un prestidigitador político [el secretario de Estado Blaine], poniéndole colorines de república a una idea imperial, podía lisonjear a la vez, como bandera de candidato, el interés de los productores ansiosos de vender y la conquista latente y poco menos que madura en la sangre nacional [p. 162].

En ese mismo trabajo, recuerda Martí que al convenir en 1888 la convocatoria a la Conferencia Internacional Americana, el gobierno de Washington pretendía que este cónclave estudiara, entre otras cosas, "la adopción por cada uno de los gobiernos de una moneda común de plata, que sea de uso forzoso en las transacciones comerciales recíprocas de los ciudadanos de todos los Estados de América" (p. 157).

Este intento de hegemonía económica por parte de la naciente oligarquía financiera norteamericana, fue trasladado por la conferencia panamericana a una unión monetaria internacional, y a ese efecto acordó la reunión de la Comisión Monetaria Internacional, que comenzó sus labores en Washington a principios de 1891, y en la que, como antes se ha dicho, participó Martí como delegado de Uruguay, habiéndosele encomendado la ponencia del informe final. Las contradicciones internas de los monopolios yanquis y de estos con los de los países europeos, en relación con el oro o la plata como metal fiduciario, hizo fracasar la reunión.

<sup>6</sup> Lenin: ob. cit., p. 726. (En su ensayo sobre el "Congreso Internacional de Washington", Martí expresa [p. 59] que "nadie tacha de inmoral, ni de trabajo de salteador, aunque lo sería, la intentona de llevar por América en los tiempos modernos la civilización ferrocarrilera como Pizarro llevó la fe de la cruz".)

En su citado trabajo, Martí analiza a fondo la lección que para "nuestra América" se desprende "de la Comisión Monetaria Internacional, que los Estados Unidos provocaron". Entre otras conclusiones, consigna esta: "Los pueblos menores, que están aún en los vuelcos de la gestación, no pueden unirse sin peligro con los que buscan un remedio al exceso de productos de una población compacta y agresiva, y un desagüe a sus turbas inquietas, en la unión con los pueblos menores" (p. 158).

Cuando se pregunta dramáticamente si "conviene a Hispanoamérica la unión política y económica con los Estados Unidos", la respuesta no puede ser más concluyente:

Quien dice unión económica, dice unión política. El pueblo que compra, manda. El pueblo que vende, sirve. Hay que equilibrar el comercio, para asegurar la libertad. El pueblo que quiere morir, vende a un solo pueblo, y el que quiere salvarse, vende a más de uno. El influjo excesivo de un país en el comercio de otro, se convierte en influjo político [...]. El pueblo que quiera ser libre, sea libre en negocios. Distribuya sus negocios entre países igualmente fuertes [...]. Ni uniones de América contra Europa, ni con Europa contra un pueblo de América [p. 160].

Era la aspiración legítima del revolucionario, a quien se mostraban los peligros evidentes de la dependencia política originada en la dependencia económica. En su análisis del imperialismo, Lenin habría de confirmar en los hechos la previsión martiana:

El capital financiero es una fuerza tan considerable, puede decirse tan decisiva, en todas las relaciones económicas e internacionales, que es capaz de subordinar, y en efecto subordina, incluso a los Estados que gozan de la independencia política más completa [...]. Pero, se comprende, la subordinación más beneficiosa y más "cómoda" para el capital financiero es aquella que trae aparejada consigo la pérdida de la independencia política de los países y de los pueblos sometidos. Los países semicoloniales son típicos en este sentido, como "caso intermedio" [Lenin: ob. cit., p. 792-793].

En cuanto a la percepción que tuvo Martí del reparto del mundo por las potencias imperialistas, pueden mostrarse numerosos ejemplos. Advertía Lenin que los capitalistas no se reparten el mundo

llevados de una particular perversidad, sino porque el grado de concentración a que se ha llegado les obliga a seguir este camino para obtener beneficios; y se lo repar-

ten "según el capital", "según la fuerza"; otro procedimiento de reparto es imposible en el sistema de la producción mercantil y del capitalismo.

Y agregaba:

La época del capitalismo contemporáneo nos muestra que entre los grupos capitalistas se están estableciendo determinadas relaciones sobre la base del reparto económico del mundo, y que, al mismo tiempo, en conexión con esto, se están estableciendo entre los grupos políticos, entre los Estados, determinadas relaciones sobre el reparto territorial del mundo, de la lucha por las colonias, de la "lucha por el territorio económico" [Lenin: ob. cit., p. 786-787].

Después de haber establecido que el período de desarrollo máximo del capitalismo premonopolista, el capitalismo en que predominaba la libre competencia, abarcó de 1860 a 1880, señalaba Lenin que

es precisamente después de este período cuando empieza el enorme "auge" de las conquistas coloniales, se exagera hasta un grado extraordinario la lucha por el reparto territorial del mundo. Es indudable, por consiguiente, que el paso del capitalismo a la fase del capitalismo monopolista, al capital financiero, *se halla relacionado* con la exacerbación de la lucha por el reparto del mundo [Lenin: ob. cit., p. 755].

Martí, combatiente contra el dominio colonial español en su tierra natal, y contra todo tipo de opresión en el mundo, registró en sus primeras correspondencias periodísticas de la década de los ochenta, desde Nueva York, su repudio al proceso de expansión imperialista entonces iniciado. En septiembre de 1881, en sus "Noticias de España" para *La Opinión Nacional*, de Caracas, se refiere a "lo que piensan los graves políticos" españoles:

que ya las agitaciones populares tienen un nuevo freno, y España más segura la vía que ha de llevar a sus impacientes hombres de guerra a las playas infortunadas de Marruecos. Locura y crimen grande, verter en inútiles conquistas fuera, la sangre que hace falta para abono de la tierra olvidada y sustento de la libertad amenazada en lo interior [O.C., t. 14, p. 69].

En otra correspondencia, "Noticias de Francia", de ese mismo mes, consigna Martí:

Cuestiones graves extranjeras embargan hoy a la República: [...]. ya es esa guerra de Túnez, en que la reparación

del honor nacional es con tanta vivacidad exigida, que se confunde con el deseo indómito de agrandar sus posesiones en el África.

[...] El gobierno de Argel, para hacer más estrecha la relación con Francia, ha sido reducido a una prefectura.

Y refiriéndose a una insurrección militar egipcia: "Egipto contra Inglaterra; Túnez contra Francia; Argel complicado en la revuelta; Turquía azuzando a los tunecinos y enviando tropas a Trípoli... ¿Son estos por ventura hechos casuales? ("Noticias de Francia", *O.C.*, t. 14, p. 79 y 80, respectivamente).

El mismo día escribió la crónica sobre "La revuelta en Egipto", en la que se refiere a la insurrección militar anticolonial, y describe así la situación del país en vísperas de la revuelta:

Inglaterra y Francia tienen vencido a Egipto: sus representantes manejan, por acuerdo con el jedive, y en representación y garantía de los tenedores de bonos egipcios en Europa, la desmayada hacienda egipcia. A los contratos fraudulentos, para la tierra del felá ruinosos y para Europa muy beneficiosos, ajustados en el tiempo infausto del jedive Ismail, seguía una esclavitud poco disimulada.

A continuación narra Martí el movimiento revolucionario. "El motín ha triunfado: el ministerio llamado europeo ha desaparecido", escribía. Al referirse al ministro Chérif Pachá, investido por el movimiento, agrega: "Es hombre grave, penetrado de la necesidad de costear hábilmente entre los abismos que al Egipto abre la tradición francesa, que tiende a la posesión por Francia del África del Mediterráneo, y la avaricia inglesa, que quiere el Istmo de Suez, como la llave de su dominio en la India asiática".

No podían faltar sus consideraciones políticas: "El poderoso aliento de independencia y la fatiga de tanta vergonzosa explotación, y tanta intervención extraña y oprobiosa ¿no mueven allí todos los pechos?"

Con aguda visión política, comenta Martí en esa crónica las contradicciones entre Francia e Inglaterra en cuanto al dominio de África y al movimiento panislámico, animado por Turquía, que se le enfrentaba, para considerar:

A la expulsión de los poderes de Europa; al establecimiento de un poder independiente que tendría en sus manos la riqueza inglesa y contendría las conquistas francesas en África; al desconocimiento probable de la fabulosa deuda europea, fuente hoy de pingües beneficios para los

grandes banqueros de Inglaterra;—tiende con brío y sin máscara al partido nacional rebelde. Desconoce el derecho de intervención de Francia o Inglaterra.

Y concluía Martí, en pintura elegante y exacta:

así queda el problema: el ancla británica quiere clavarse en los ijares del caballo egipcio: el Corán va a librar batalla al Libro Mayor: el espíritu de comercio intenta ahogar el espíritu de independencia: el hijo generoso del desierto muerde el látigo y quiebra la mano del hijo egoísta del Viejo Continente [*O.C.*, t. 14, p. 113, 115, 116 y 117, respectivamente].

En otra correspondencia al mismo diario caraqueño, de octubre de 1881, sobre la situación política en Francia, recoge Martí las acusaciones hechas al gobierno de Gambetta "de haber encendido la guerra en Túnez para aprovecharse de sus accidentes en la Bolsa", y se pregunta: "¿Los 28 000 soldados que acaban de partir de Tolón para África van a tomar satisfacción de la ofensa, o a lanzar a Francia en una guerra mortífera contra pueblos decididos a ser libres?" ("Francia", *O.C.* t. 14, p. 129 y 130, respectivamente).

El 12 de noviembre vuelve a escribir sobre política francesa, y hace referencia a un discurso de Clemenceau en la Asamblea Nacional, sobre el mismo asunto de Túnez: "Declara, entre grandes aplausos, que tres grandes operaciones financieras habían determinado la expedición a Túnez—el ferrocarril de Bone-Guelma; la hacienda Enfida; y el Crédit Foncier ("Francia", *O.C.*, t. 14, p. 202).

No interrumpe Martí el examen de la candente situación de esa parte de África y del juego imperialista que allá se desarrolla. Vuelve sobre el tema en otra correspondencia, sobre España, del 24 de diciembre de aquel mismo año:

Como cuarenta mil familias árabes han salido de tierras tunecinas a pedir amparo al sultán marroquí Muley-Hasan, y como tiene España, para empresas futuras, y como quien ve a lo propio, puestos los ojos en Marruecos, esta cuestión que bulle ahora como nueva, y parece cercana a violentas soluciones, preocupa a los políticos de España. Teme Francia a Marruecos, porque pudiera ser que los árabes de la comarca diesen auxilio a los árabes que se alzan, con el estandarte de Mahoma, contra el poder francés en Túnez. Ve Italia como hacienda suya esas tierras de moros, que juzga necesarias a su mantenimiento y rango de nación. No quiere Inglaterra que venga a menos el

dominio espiritual que en los marroquíes ejerce, ni que vayan naciones de Europa a hacerse dueñas de una tierra que pudiera dejarle libre, o cerrarle el paso a la India. Ni ve España con ojos serenos tentativa alguna encaminada a levantar, por el prestigio y dominación ajenos, obstáculos al absoluto señorío que en secreto prepara y con ansia anhela en territorio que ve como prolongación del actual de España ["España", *O.C.*, t. 14, p. 295].

La cuestión de Túnez y su trasfondo imperialista vuelve al comentario de Martí, en otra crónica sobre Francia de la misma fecha que la anterior, y que se refiere a los rejuegos del capital francés:

Se sabía en París que León Renault, ex prefecto de policía de la ciudad, había ido a Túnez, tres meses antes del comienzo de la guerra, a negocios de Bolsa y de Comercio. Decían especuladores notables que había obtenido del bey concesiones para el establecimiento de un monte de piedad y un Banco nacional, para la administración de los faros de Túnez, para el monopolio del esparto, para la explotación del mármol tunecino y para el disfrute de sus haciendas que habían de dedicarse al cultivo de la vid. Pública era ya la existencia de la sociedad Marsellesa, la Compañía Bone-Guelma, y la sociedad de los Batignolles, que habían, a lo que se decía, conseguido favores del bey para la construcción de ferrocarriles y muelles, el laboreo de minas, y la apertura de canales. Vino a esto la expedición a Túnez [...] y una mañana leía París con asombro un artículo acusador y violento, que publicaba Henry Rochefort en *El Intransigente*: "El secreto de la cuestión de Túnez", en que sostenía que era la causa de la guerra una causa meramente pecuniaria, y que tenían partes en las empresas que en Túnez se querían proyectar, personas que gozan de toda la estima del gobierno, y que con poderes de él trabajan ["Francia", *O.C.*, t. 14, p. 300].

Una panorámica de la lucha por el reparto del mundo en aquellos días, ofreció Martí en otra crónica sobre España, de mayo de 1882:

Y en España, se agita el [problema] de Marruecos, España teme que si las tropas de Inglaterra y Francia invaden el Egipto, no haya alfanje en cinto, ni caballo sin jinete, ni moro sin espingarda, de Egipto a Marruecos. Ve España como la morisma está encendida, y Túnez muere colérico el freno de Francia, y Trípoli parece campo de batalla, y lo es ya Egipto, y se anuncia general alzamiento contra todos los cristianos [...] Ahora mismo saca Es-

paña provecho de estar a la boca del Mediterráneo, y en el camino de la India, porque Rusia y Alemania, celosas del poder inglés en Asia, quieren alzar a España contra los ingleses, y fortalecerla en sus dominios marroquíes, lo que obliga a Inglaterra a ser davidosa con España, y tenerla de amiga, por lo que dan por cierto los buenos políticos de Madrid que el gobierno inglés reformará benévolamente los impuestos que en las Islas Británicas gravan los vinos españoles, con lo que crecerá mucho la riqueza de España, y ajustará al cabo la contienda pendiente sobre señorío del agua alrededor de Gibraltar, y derecho de soberanía de España sobre la isla Soolvo y parte de la de Borneo [...] E Inglaterra, que envía sus buques por las bocas del estrecho en que tiene España señorío, quiere tener libre el paso de la India ["España", *O.C.*, t. 14, p. 505-506].

Y en correspondencia a *La Nación* de febrero de 1890, comentaba Martí el convenio tripartito entre los Estados Unidos, Alemania e Inglaterra por el que se distribuían el dominio colonial del archipiélago de Samoa, en el Pacífico. Al reflejar la opinión del presidente de la comisión de relaciones exteriores del Senado, Edmunds, en el sentido de que el convenio perjudicaba a los Estados Unidos consigna:

será lo natural que Inglaterra y Alemania se unan siempre en el propósito común de impedir el adelanto de los Estados Unidos, cuando en la alta diplomacia se tienen hoy por seguro que Inglaterra y Alemania se han dado de mano en la sombra para repartirse las comarcas nuevas que vayan apareciendo por el mundo e impedir que Italia, que Francia, que España, que los Estados Unidos extiendan por África y por el Pacífico sus posesiones coloniales ["La política internacional de los Estados Unidos", *O.C.*, t. 12, p. 384].

Sería prolijo reproducir más citas demostrativas de cómo percibió Martí este aspecto culminante del fenómeno imperialista, en sus días. "A fines del siglo XIX", señalaba Lenin, "sobre todo desde la década del ochenta, todos los Estados capitalistas se esforzaron por adquirir y ampliar sus colonias, lo que constituye un hecho universalmente conocido de la historia de la diplomacia y de la política exterior". Y Martí pudo ser testigo y notario también de ese aspecto del imperialismo, como también tuvo conciencia desde temprano de una realidad que el genial conductor de la Revolución Rusa iba a explicar así:

El imperialismo es la época del capital financiero y de los monopolios, los cuales traen aparejada en todas partes la tendencia a la dominación y no a la libertad. La reacción

en toda la línea, sea cual fuere el régimen político; la exacerbación extrema de las contradicciones en esta esfera también: tal es el resultado de dicha tendencia. Particularmente se intensifica asimismo la opresión nacional y la tendencia a las anexiones, eso es, a la violación de la independencia nacional (pues la anexión no es sino la violación del derecho de las naciones a su libre determinación) [Lenin: ob. cit., p. 827].

La conciencia de esa realidad en Martí le llevó a la convicción de que la lucha revolucionaria por la independencia de Cuba del dominio español, tenía que estar vinculada a una estrategia global de lucha contra el creciente imperialismo norteamericano. Esa convicción la expuso Martí en la carta a un compatriota, fechada en los días del cónclave panamericano de Washington:

Llegó ciertamente para este país, apurado por el proteccionismo, la hora de sacar a plaza su agresión latente, y como ni sobre México ni sobre el Canadá se atreve a poner los ojos, los pone sobre las islas del Pacífico y sobre las Antillas, sobre nosotros. Podríamos impedirlo, con habilidad y recursos; que los arranques y la claridad de juicio, pueden, con buen manejo, vencer a la fuerza. En la soledad en que me veo [...] lo he de impedir ["A Serafín Bello", O.C., t. 1, p. 255].

Y en otra carta histórica escrita más de cinco años después al entrañable amigo mexicano, en el corazón de la tierra cubana ya alzada a la revolución que él organizara y desencadenara, y en vísperas de morir en combate, confesaría Martí su cumplimiento del heroico propósito: "ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber [...] de impedir a tiempo, con la independencia de Cuba, que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso" (Carta a Manuel Mercado, O.C., t. 4, p. 167).

Días antes de desembarcar en la Isla, para impulsar la lucha armada con su presencia, había reiterado Martí en el *Manifiesto de Montecristi* el carácter universal y antimperialista que atribuía a la gesta emprendida:

La guerra de independencia de Cuba, nudo del haz de islas donde se ha de cruzar, en plazo de pocos años el comercio de los continentes, es suceso de gran alcance humano, y servicio oportuno que el heroísmo juicioso de las Antillas presta a la firmeza y trato justo de las naciones americanas, y al equilibrio aún vacilante del mundo [O.C., t. 4, p. 100-101].

Su muerte en combate, el 19 de mayo de 1895, librería a Martí de ver frustrada esa suprema aspiración y confirmados sus temores de que las Antillas, en el fiel de América, "serían, si esclavas, mero pontón de la guerra de una república imperial [...] mero fortín de la Roma americana" ("El tercer año del Partido Revolucionario Cubano", O.C., t. 3, p. 142).<sup>7</sup> A punto los combatientes cubanos de lograr solos la victoria frente a las tropas coloniales españolas, declararon los Estados Unidos, en 1898, la guerra a España y se injirió en la contienda para decidirla en favor de sus ambiciones hegemónicas. Y es paradójicamente la guerra antimperialista que organiza y desencadena Martí, la que con esa decisiva injerencia norteamericana se convierte en lo que diagnosticaría Lenin como el primer jalón histórico de la nueva época de la historia abierta por el imperialismo; es decir, en la primera guerra imperialista de esta época convulsa.

Tan convulsa y dinámica que más que nunca se han agudizado en ella las contradicciones interimperialistas y la lucha por el reparto del mundo, para culminar en la Primera Guerra Mundial iniciada en 1914, casi veinte años después de comenzar la frustrada guerra de independencia de Cuba. El gran líder del proletariado mundial que con tanta profundidad analizó y definió el imperialismo como fase superior del capitalismo, armado como estaba de la ideología marxista y de sus resortes tácticos y estratégicos, supo conducir en 1917, al año siguiente de escribir su penetrante obra, al proletariado y al pueblo de Rusia a la toma del poder, para crear el primer Estado socialista, en plena guerra imperialista y contra esa criminal culminación del capitalismo.

En la teoría y en la *praxis*, demostró así Lenin que la revolución socialista es la única que sería capaz de erradicar el capitalismo y su siniestra secuela, el imperialismo, y lograr el justo equilibrio del mundo ansiado por Martí. Vale la pena transcribir el párrafo final de la resolución sobre la guerra y la paz aprobada por el Séptimo Congreso del Partido Comunista (bolchevique) de Rusia en marzo de 1918:

Convencido de que la revolución obrera madura cada día más en todos los países beligerantes, preparando la derrota inexorable y total del imperialismo, el Congreso declara que el proletariado socialista de Rusia apoyará con todas sus fuerzas y por todos los medios a su alcance el fraterno movimiento revolucionario del proletariado de todos los

<sup>7</sup> La idea del equilibrio del mundo, que Martí incorporó a su pensamiento revolucionario, aparece estudiada con profundidad en el brillante ensayo de Julio Le Riverend titulado "El historicismo martiano en la idea del equilibrio del mundo", *Anuario del Centro de Estudios Marianos*, no. 2, La Habana, 1979.

países [Lenin: "Resolución sobre la guerra y la paz del VII Congreso del Partido Comunista (bolchevique) de Rusia", *Obras escogidas*, t. 2, p. 654-655].<sup>8</sup>

En ese preciso instante histórico, el proletariado cubano era escaso y débil, en un país reducido a neocolonia por el dominio imperialista, y en ausencia de su propio movimiento revolucionario, se limitó a saludar con simpatía la gran Revolución de Octubre.

Pero la doctrina de Martí, a la que él ofrendó la vida, no podía perderse en el vacío de la historia, por lo que ella representaba para Cuba, para las Antillas, para nuestra América y para la humanidad, y por la fuerza de su justa razón: fue recogida por los cubanos mejores durante el sombrío período de la República frustrada. Y en un momento dado habría de conjugarse con las ideas de Lenin, en el primer partido marxista en cuya constitución, en 1925, participaron un colaborador de Martí en el Partido Revolucionario Cubano, Carlos Baliño, y un exégeta de Martí, Julio Antonio Mella. Y esa doctrina martiana impulsaría a los heroicos combatientes de la Juventud del Centenario, que el 26 de julio de 1953 asaltaron el cuartel Moncada comandados por Fidel Castro, para abrir el nuevo movimiento revolucionario cubano, del que no estuvo ausente Lenin.

Y conjugadas una doctrina y otra, habrían de desembarcar en el Granma en 1957, y de combatir en la Sierra Maestra, en cuya más alta cima las nubes saludan la imagen esculpida del Héroe cubano; y a la vanguardia de la Invasión harían estallar la gloriosa victoria del primero de enero de 1959. La estrella antitperialista resplandeciente en la bandera de la Revolución Cubana de cien años de lucha, no tardaría en fundir sus destellos a los de la estrella roja de la gran patria del proletariado, para consagrar en abril de 1961 el carácter socialista de la nueva Cuba Revolucionaria, una vez rebasada la etapa de liberación nacional.

La dinámica de la historia, a través de distancias de tiempo y espacio, hizo coincidir a ambos geniales conductores revolucionarios —sin el más remoto conocimiento mutuo y con distintas perspectivas y circunstancias— en la percepción y determinación de los rasgos esenciales y las consecuencias del fenómeno imperialista. Y la misma dinámica uniría a los pueblos de Martí y Lenin en el objetivo común de librar a la humanidad, en el contexto contemporáneo y junto a los demás pueblos, del azote cada día más agresivo y funesto del imperialismo.

<sup>8</sup> A propósito y como si vislumbrara la época en que los obreros todos, el pueblo, tomara las armas para hacer y defender la revolución socialista, sentenció Martí en correspondencia de agosto de 1889 al diario *La Opinión Pública*, de Montevideo: "Porque el único modo de vencer el imperialismo en los pueblos mayores y el militarismo en los menores, es ser todos soldados ("Cartas de Martí", O.C., t. 12, p. 306).

## Pensamiento y combate en la concepción martiana de la historia

LUIS TOLEDO SANDE

Como en otros aspectos, puede decirse que José Martí no se dedicó a elaborar una teoría orgánica de la historia. Pero ello no significa que no tuviera, dejados ver aquí y allá en un texto u otro, criterios en los que aflora una coherente concepción del desarrollo de la sociedad. Por supuesto, con arreglo a las posibilidades o exigencias de su tiempo y de su ambiente y de la lucha que en ellos llevaba a cabo, nada menos que desde la posición del héroe dirigente y ejemplar. Su interpretación de la historia estuvo en concordancia con esas determinaciones, como lo estuvo también la marcha práctica de sus propósitos revolucionarios. Ya Carlos Marx lo advirtió: "Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a su libre arbitrio, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y les han sido legadas por el pasado".<sup>1</sup>

Las ideas de Martí acerca de la historia tienen, sobre el valor de ellas mismas, el del ajuste a su condición de instrumento para la explicación de la realidad que él se impuso transformar. De ahí le viene su mejor mérito: el de cumplir —presumiblemente sin conocerla— la lección dada por Carlos Marx en la primera y la última de sus *Tesis sobre Feuerbach*. Al revelar, en 1845, las más grandes limitaciones de su compatriota, Marx afirmó:

El defecto fundamental de todo el materialismo anterior —incluido el de Feuerbach— es que sólo concibe las cosas, la realidad, la sensoriedad, bajo la forma de *objeto* o de *contemplación*, pero no como *actividad sensorial humana*, no como práctica [...] Los filósofos no han hecho más que *interpretar* de diversos modos el mundo, pero de lo que se trata es de *transformarlo*.

Regocija comprobar la cercanía de esas palabras de Marx y las que casi cuarenta años después escribiría Martí en relación

<sup>1</sup> Carlos Marx: "El dieciocho brumario de Luis Bonaparte", Carlos Marx y Federico Engels: *Obras escogidas*, La Habana, Editora Política, 1963, t. 1, p. 250.

con Wendell Phillips, el destacado abolicionista a quien tanto y con tanta justicia admiró. En una nota acerca de su semejanza del estadounidense, el cubano lo caracterizó diciendo que fue

el famoso orador norteamericano, que mereció bien su fama, puesto que, si fueron de oro sus palabras, todavía más de oro fueron sus hechos. Un orador brilla por lo que habla; pero definitivamente queda por lo que hace. Si no sustenta con sus actos sus frases, aun antes de morir viene a tierra, porque ha estado de pie sobre columnas de humo.<sup>2</sup>

También en la interpretación histórica nuestro héroe es grande y merece bien su fama, pues vale lo que él dijo y, fundamentalmente, lo que hizo: no estuvo de pie sobre columnas de humo. Los comentarios siguientes han sido escritos con el fin de esclarecer diversos lados de su concepción de la historia, tema al cual, por lo que llevamos sabido, se le ha dedicado menos atención directa que la debida. Las fuentes bibliográficas la han constituido, principalmente, los textos de la época de mayor madurez de Martí, y de forma especial los escritos entre 1889 y 1891. En este período se celebraron en Washington dos reuniones internacionales de trágica significación para nuestra América, y que estimularon en Martí la búsqueda de explicación histórica acerca de un hecho que tuvo en ellas —las llamadas Conferencias Panamericanas— una expresión alarmante: la formación del imperialismo en los Estados Unidos. El claro historicismo que él tuvo al respecto en relación con ese hecho, y la consecuente dedicación a enfrentarlo con la acción revolucionaria, representan lo que acaso sea su mayor fuente de vigencia. Su lúcido, temprano y radical antimperialismo marcó las mejores dimensiones de su lucha, y todavía tiene mucha lección que ofrecer al mundo revolucionario de hoy.

A esos años corresponden no sólo sus célebres crónicas, aún insuficientemente estudiadas, que abordan de modo directo las Conferencias, sino también, entre otros textos capitales, "Vindicación de Cuba", y los cuatro números de *La Edad de Oro*, cuyos artículos fundamentales están traspasados de un historicismo luminoso. La interrupción de la revista impidió contar con quién sabe cuánta nueva orientación, y deben considerarse las precauciones con que Martí preparaba su contenido. Pero

<sup>2</sup> José Martí: Wendell Phillips", *Obras completas*, La Habana, 1963-1973, t. 13, p. 55. En lo sucesivo, salvo indicación contraria, las referencias señaladas para los textos de José Martí, remiten a la edición citada de sus *Obras completas*, de la que existe una reimpresión fotográfica hecha en 1975, en La Habana, por la Editorial de Ciencias Sociales, y con la cual, obviamente, coincide la paginación de la primera, descontando el tomo 28 y último de esta, no recogido por la mencionada reimpresión.)

no cabe duda de que la lección universalista y justiciera de la interpretación histórica que en ella divulgó, contribuiría decisivamente a su tarea conciente de participar con ella en la formación de las nuevas generaciones de nuestra América. De 1889 es el discurso que Martí pronunció ante los delegados latinoamericanos a la primera Conferencia, y que va siendo conocido con el título que merece: "Madre América". En él estableció un esbozo de un hecho que contribuyó a fomentar lo mejor de su historicismo: las diferencias entre la constitución de nuestra América y la de los Estados Unidos.

Por supuesto, en estas páginas se abordan documentos del formidable Partido Revolucionario Cubano y artículos con él relacionados. Pero en ellos, además de continuarse la búsqueda de elementos teóricos acerca de la historia, se encaran, sobre todo, las conclusiones prácticas que ella demandaba. De ahí quizás su menor presencia en este estudio, más afincado en el arsenal teórico del héroe cubano y universal.

No se descarta programáticamente el detenimiento en posibles deudas o coincidencias de Martí con otros pensadores, ni el comentario acerca de las aristas de sus concepciones filosóficas, lo que de alguna forma me he propuesto hacer en otra parte.<sup>3</sup> Los presentes apuntes se ajustan preferentemente a la interpretación de las ideas propias del fundador del Partido Revolucionario Cubano. La pesquisa aludida podrá esclarecer fuentes y avatares de los nutrientes del pensamiento martiano, pero tal vez no contribuiría en un grado decisivo a esclarecer lo extraordinario de su riqueza y su originalidad creadoras, siempre sometidas, sobre todas las cosas, al imperativo de la práctica revolucionaria.

El aspecto de la ideología martiana aquí estudiado, contribuye a apreciar el radicalismo de nuestro héroe. Su concepción de la historia lo sitúa en un lugar muy alto del pensamiento revolucionario. Rebasó con creces los límites de la confianza en la democracia burguesa, y apuntó hacia soluciones futuras. Por razones de íntima justicia más que por afectividad, merece su reconocimiento como autor intelectual de nuestra Revolución, y como fuente de lecciones para el mundo revolucionario. Especialmente para los pueblos cuyo desarrollo les confiere situaciones semejantes a la Cuba por la cual él luchó, incluso cuando ya han alcanzado estadios notables en la vía de la independencia y la liberación nacionales. Los criterios de Martí acerca de la historia, son también un voto para su inclusión en el seno de la democracia revolucionaria más avanzada, con una sobrecogedora actualidad.

<sup>3</sup> Aunque no a modo de tema principal, este asunto lo abordé en "Anticlericalismo, idealismo, religiosidad y práctica en José Martí", publicado en el primer número del *Anuario del Centro de Estudios Marianos*. En ese trabajo comenté aspectos afines con el presente estudio, en el cual sólo aparecen aludidos.

Es natural en Martí el respeto al entendimiento histórico a la hora de abordar una figura, un acontecimiento o una empresa. De ahí proviene el historicismo que fácilmente se descubre en sus textos capitales. Esta característica es más persistente en sus años de madurez mayor, pero desde temprano hizo su aparición en el pensamiento del héroe. Así, por ejemplo, cuando en 1878 escribió la primera carta que dirigió al general Máximo Gómez (*O.C.*, t. 20, p. 263-264), lo hizo para pedirle, acerca de Céspedes y Agramonte, la información histórica que le permitiría comprender y valorar con justicia a los dos extraordinarios luchadores y, es de suponer que sobre todo, las enseñanzas que se requería recibir de la Guerra de los Diez Años para acometer, llegado el momento, una nueva etapa de combate.

Un estrecho vínculo con su acatamiento a la señal planteada por la historia, lo guarda su búsqueda de objetividad en el análisis. En un artículo de 1882 en el cual aparecen varios criterios suyos importantes para el estudio del tema al cual se dedican estas páginas, dijo en relación con el autor lombardo César Cantú:

La historia universal no ha de construirse con arreglo a las creencias parciales y sectarias del que la escriba—sino como un reflejo leal de lo que el Universo dé de sí. “La tradición”, dice Cantú, “ha de ser su base: la tradición sujeta a buena crítica.” En lo que yerra, porque ya la razón va demostrando lo que puede ser, y no se ha de enseñar que fue lo que no pudo ser.

Y más adelante añadió en tono categórico:

Historiar es juzgar, y es fuerza para historiar estar por encima de los hombres, y no soldadear de un lado de la batalla. El que puede ser reo, no ha de ser juez. El que es falible, no ha de dar fallo. El que milita ardientemente un bando político, o en un bando filosófico, escribirá su libro de historia con la tinta del bando. Mas la verdad, como el sol, ilumina la tierra a través de las nubes. Y con las mismas manos que escribe el error, va escribiendo la verdad. La pluma, arrebatada por un poder que no conoce, va rompiendo las nubes que alza. Y a despecho de sí mismo y de sus pasiones, la verdad quedará dicha, porque reposa en el fondo de los actos humanos, como la felicidad en el fondo de la muerte; y el escritor glorioso, buen hijo de la brava Lombardía, habrá hecho un servicio a los hombres [*O.C.*, t. 14, p. 398-400].

Aquí conviene hacer algunos comentarios. El conocimiento de la práctica y la ideología martianas enseñan claramente un

hecho: su búsqueda de veracidad no se basó nunca en la pretensión de situarse cómodamente en una posición ajena a los conflictos, propia de “dioscillos infalibles”. Por el contrario, él militó “ardientemente en un bando político” y escribió acerca de la historia “con la tinta del bando”. Pero a diferencia de actitudes y tendencias que él combatió, se colocó siempre del lado de la justicia revolucionaria más avanzada que podía ir realizándose en su medio, en dependencia de las circunstancias por las cuales iba atravesando. Esa es, a fin de cuentas, la mejor manera de poder coincidir con la verdad histórica en el momento en que al juzgador le corresponde ejercer el juicio. Por ello pudo ver con acierto “en el fondo de los actos humanos” y hacer un extraordinario servicio a los hombres.

La objetividad de su interpretación histórica debe mucho al respeto mantenido a la situación específica abordada. El acierto le permitió escindir, lúcidamente, las apariencias o cualidades circunstanciales de un fenómeno y el contenido esencial del mismo. Por ejemplo, una sagaz conciencia del futuro de nuestra América le hizo posible emitir juicios que señalan, a la vez, el carácter táctico de su relativa “indulgencia” en relación con los países desarrollados europeos de entonces —todos ellos asentados sobre la explotación—, su clara comprensión del parentesco intrínseco que los vinculaba al vecino peligroso, y la naturaleza conciente de su previsión del futuro. En este sentido resulta revelador un apunte que escribió en algún momento de su vida, quizás al comienzo de los años ochenta:

—¡Que la Inglaterra, (La Great Zaruma Gold Mining Co.), ha obtenido ya la concesión de la mitad de la vía!— Pues lo que otros ven como un peligro, yo lo veo como una salvaguardia: mientras llegamos a ser bastante fuertes para defendernos por nosotros mismos, nuestra salvación, y la garantía de nuestra independencia, están en el equilibrio de potencias extranjeras rivales. Allá, muy en lo futuro, para cuando estemos completamente desenvueltos, corremos el riesgo de que se combinen en nuestra contra las naciones *rivales, pero afines*,—(Inglaterra, Estados Unidos): de aquí que la política extranjera de la América Central y Meridional haya de tender a la creación de intereses extranjeros,—de naciones diversas y desemejantes, y de intereses encontrados,—en nuestros diferentes países, sin dar ocasión de preponderancia definitiva a ninguna aunque es obvio que ha de haber, y en ocasiones ha de convenir que haya, una preponderancia aparente y accidental, de algún poder [...] europeo [*O.C.*, t. 22, p. 116. La cursiva es del autor de este trabajo. N. de la R.].



Con sólo veintidós años de edad, Martí emitió criterios que demuestran que su sostenido y peculiar espiritualismo y su creencia, también personal, en un principio divino, no lo llevaron a admitir la existencia de una providencia suprahumana. Esos juicios, aparecidos en un texto de 1875, sitúan su concepción acerca de la actividad del hombre en puntos muy avanzados con respecto al idealismo subjetivo a ultranza y los rasgos de escolasticismo que, frecuentemente al servicio del colonialismo, predominaban en los medios en los cuales había transcurrido la mayor parte de su vida hasta entonces: "La Providencia", sentenció, "no es más que el resultado lógico y preciso de nuestras acciones, favorecido o estorbado por las acciones de los demás" (*Cuadernos de apuntes, O.C.*, t. 21, p. 17).

De esa forma defendía dos caras importantes de la verdad histórica: la capacidad de iniciativa del hombre para la práctica, y la dependencia de la misma en relación con las circunstancias en que se llega al resultado de las acciones de aquel: "favorecido o estorbado por las acciones de los demás". Por este rumbo se orientaría su concepto de la función de la individualidad en la historia, incluido el héroe. Para Martí, un gran héroe era un hombre extraordinario, pero cuya voluntad no bastaba para conducir la marcha de los sucesos históricos. Nada menos que a propósito de un combatiente como Simón Bolívar, de quien le enorgullecería sentirse hijo y continuador, les escribió en estos términos a los más jóvenes lectores de nuestra América: "Un hombre solo no vale nunca más que un pueblo entero; pero hay hombres que no se cansan, cuando su pueblo se cansa, y que se deciden a la guerra antes que los pueblos, porque no tienen que consultar a nadie más que a sí mismos, y los pueblos tienen muchos hombres, y no pueden consultarse tan pronto" ("Tres héroes", en *La Edad de Oro, O.C.*, t. 18, p. 305). En 1875 dijo acerca del peruano Francisco de Paula Vigil, a quien mucho admiró: "Así se es hombre: vertido en todo un pueblo". Y en otra ocasión expresó: "Nada es un hombre en sí, y lo que es, lo pone en él su pueblo".<sup>4</sup> Estas formulaciones deben su contenido medular a la funcionalidad revolucionaria de las ideas de Martí, lo que también a su valoración del héroe confirió marcas de mucha y muy buena actualidad. Piénsese que, desde tiempos suyos, el individualismo burgués había ido haciendo cada vez mayor su desafuero gracias a aportaciones del corte de las ofrecidas por Nietzsche. El revolucionario cubano exigía a los hombres extraordinarios, para considerarlos realmente héroes, actos de sentido positivo: "Los que pelean por la ambición, por hacer esclavos a

otros pueblos, por tener más mando, por quitarle a otro pueblo sus tierras, no son héroes, sino criminales". Y como complemento, en ese mismo texto se comprueba que la heroicidad no era para él una virtud elitaria. Dijo que no sólo debía amarse a Bolívar, sino a todos los que pelearon como él por el bien de nuestra América: "A todos: al héroe famoso, y al último soldado, que es un héroe desconocido" ("Tres héroes", art. cit., p. 308 y 304, respectivamente).

\* \* \*

En un importante apunte, presumiblemente entre 1877 y 1878, sostuvo algo que evidencia su comprensión de que en su época se asistía al establecimiento de nuevas maneras de interpretar la historia. Esas nuevas maneras, favorablemente asimiladas por él, deben verse como estímulo en el acierto de sus juicios. En el apunte mencionado, se preguntó: "¿Qué será, pues, Historia de la Filosofía?" Y se dio la siguiente respuesta: "Ciencia moderna, debe conformarse a la acepción moderna de la Historia. Antes se asignaban hechos; ahora se encadenan y razonan. Antes se narraba; ahora se traba, se funde, se engranan los sucesos y explican" (*O.C.*, t. 19, p. 365). El aserto denota, junto con la comprensión del cambio en el estudio histórico, una postura abierta a la integración dialéctica del mundo y, por consiguiente, opuesta al dañino particularismo positivista. Contra este se expresó reiteradamente Martí, respaldado por más de una válida razón, aunque no deben descontarse los lados favorables que determinadas formas de cientifismo positivista aportaron a nuestra América y al mismo Martí.

Es indudable que la certeza de sus opiniones debe mucho a su disposición para asimilar los mejores logros de las ciencias. En 1883 afirmó con entusiasmo: "Nuestras tierras [alude a Hispanoamérica] son tan fecundas en oradores y en poetas, como en sabios. Ya va siendo notabilísimo en los poetas y oradores de nuestra raza el afán de hacerse hombres de ciencia. ¡Y hacen bien!" ("El libro de un cubano", *O.C.*, t. 5, p. 97). Y el año anterior había sostenido: "Las ciencias [...] contribuyen con sus revelaciones a la historia". En esa misma ocasión atribuyó a determinados criterios biológicos un sustrato teórico con el cual parece haber ido simpatizando: "el mundo no fue producido por creación, sino por continuado desenvolvimiento" ("Italia", *O.C.*, t. 14, p. 398).

Estas opiniones hacen pensar, entre otras cosas, en una saludable influencia del evolucionismo darwiniano. En más de una oportunidad puso reparos a ideas evolucionistas, pero los contextos en que los expresó permiten sospechar que se trata de rechazo a cierto evolucionismo, vulgar y testarudo, que además de considerar al hombre como posible descendiente de

<sup>4</sup> J.M.: "Francisco de Paula Vigil", *O.C.*, t. 6, p. 314; y "Henry Ward Beecher. Su vida y su oratoria", *O.C.*, t. 13, p. 34, respectivamente.

cualquier especie animal, absolutizaba faliblemente el menosprecio de los elementos espirituales en la vida humana, lo que también merecía la oposición del dialéctico espiritualismo martiano.<sup>5</sup> En general, sobran las razones para afirmar que abrazó las mejores enseñanzas darwinistas. En un apunte que se supone de 1894 dijo sin transparentar aprensión alguna: "Darwin dice lo mismo que Tennyson;—y Brownning en el *Paracelsus* dice, sobre la aparición y formación del hombre, poco más o menos lo que la mitología evolucionista de los chinos, —y lo de Emerson —*de gusano a hombre*" (*Cuadernos de apuntes, O.C.*, t. 21, p. 409). Para valorar mejor estas palabras, conviene saber que Emerson fue un pensador por quien sintió una admiración especial.

Es difícil no relacionar el abrazo al buen evolucionismo con criterios martianos acerca del devenir de la sociedad. Ese es el caso de una opinión expresada en 1884:

Cazando y pescando: desentendiéndose a golpes de pederual del tigrillo y el puma y de los colosales paquidermos; soterrando de una embestida de colmillo el tronco montuoso en que se guarecía, vivió errante por las selvas de América el hombre primitivo en las edades cuaternarias. En amar y en defenderse ocupaba acaso su vida vagabunda y azarosa, hasta que los animales cuaternarios desaparecieron, y el hombre nómada se hizo sedentario ["El hombre antiguo de América y sus artes primitivas", *O.C.*, t. 8, p. 332].

Y también lo es de esta otra, que corresponde a 1889, cuando escribió que en la Exposición de París podía verse "cuanto ha descubierto y hecho [el hombre] desde que andaba por los bosques desnudo hasta que navega por lo alto del aire y lo hondo de la mar" (*O.C.*, t. 18, p. 408). Poco tiempo antes había expuesto un juicio en el cual, de alguna forma, se relaciona la evolución del hombre con las necesidades que le fueron planteando el trabajo y, lo que es muy importante, la

<sup>5</sup> Al respecto, son muy ilustrativos el siguiente juicio de Martí acerca de Darwin: "Bien vio, a pesar de sus yerros, que le vinieron de ver, en la mitad del ser, y no en todo el ser" ("Darwin ha muerto", t. 15, p. 380), y su oposición a la creencia de que "el hombre es, o puede ser, el vástago de *cualquiera* otra especie animal, por lejano y recóndito que sea" ("Un congreso antropológico en los Estados Unidos", t. 11, p. 479. El subrayado es mío). Martí siguió confiando en el alcance de un conocimiento más preciso. Acerca del lombardo Cantú, comentó: "en cuanto a hombres, no quiere el anciano lombardo creer que corren parejos el adelanto moral y el material, ni quiere creer que acusen adelante esa fe nueva en el abolengo del hombre, que le hace nacer de simio, ni la creencia en que el conocimiento de sí ha venido desenvolviéndose de seres que no tienen conocimiento, ni que el mundo de fenómenos psíquicos, el soberano mundo espiritual, haya nacido como un vástago del orden físico, del bajo mundo corpóreo". Pero, hombre de pensamiento en importante apertura dialéctica, cambió de párrafo y afirmó: "Mas ya no hay valla para los modos de saber. La ciencia histórica ha crecido y cambiado, a la par de todas las ciencias. Se han descubierto pueblos ignorados. Se han sacado a la vida naciones sepultadas. El Egipto de Jorge Ebers, no es el Egipto de los sabios de Napoleón" ("Italia", *O. C.*, t. 14, p. 398-399).

naturaleza del medio donde a cada grupo humano le correspondió desarrollarse:

La edad de piedra fue al empezar a vivir, que los hombres andaban errantes huyendo de los animales, y vivían hoy por acá y mañana allá, y no sabían que eran buenos de comer los frutos de la tierra. Luego los hombres encontraron el cobre, que era más blando que el pedernal, y el estaño, que era más blando que el cobre, y vieron que con el fuego se le sacaba el metal a la roca, y que con el estaño y el cobre juntos se hacía un metal nuevo, muy bueno para hachas y lanzas y cuchillos, y para cortar la piedra. Cuando los pueblos empiezan a saber cómo se trabaja el metal, y a juntar el cobre con el estaño, entonces están en su edad de bronce. Hay pueblos que han llegado a la edad de hierro sin pasar por la de bronce, porque el hierro es el metal de su tierra, y con él empezaron a trabajar, sin saber que en el mundo había cobre ni estaño.

En estas palabras se aprecian, por lo menos, dos virtudes importantes: por un lado, la comprensión del carácter universal del desarrollo histórico y de sus determinaciones; y por el otro, la particularización de esa universalidad en función de las características específicas de las zonas donde se observa el desarrollo. En ello hay, además de una indudable médula dialéctica, rasgos de un plausible materialismo. En el texto del cual procede la cita anterior, puede también leerse lo siguiente:

No es que hubo una edad de piedra, en que todos los pueblos vivían a la vez del mismo modo; y luego otra de bronce, cuando los hombres empezaron a trabajar el metal, y luego otra edad de hierro. Hay pueblos que viven, como Francia ahora, en lo más hermoso de la edad del hierro, con su torre de Eiffel que se entra por las nubes; y otros pueblos que viven en la edad de piedra, como el indio que fabrica su casa en las ramas de los árboles, y con su lanza de pedernal sale a matar los pájaros del bosque y a ensartar en el aire los peces voladores del río. Pero los pueblos de ahora crecen más de prisa, porque se juntan con los pueblos más viejos, y aprenden con ellos lo que no saben; no como antes, que tenían que ir poco a poco descubriéndolo todo ellos mismos ["La historia del hombre contada por sus casas", en *La Edad de Oro, O.C.*, t. 18, p. 358-359].

Esta opinión tiene su antecedente en otra de 1883, según la cual

en una misma época, y a un mismo tiempo unos hombres trabajan y convierten los elementos más rebeldes y recón-

ditos de la naturaleza, y otros emplean apenas los más superficiales y burdos. La edad de piedra subsiste en medio de la edad moderna. No hay leyes de la vida adscritas a una época especial de la historia humana. Dondequiera que nace un pueblo nuevo, allí renace con él,—nueva, grandiosa y feral,—la vida ["Arte aborigen", *O.C.*, t. 8, p. 331].

Hombre de tanta amplitud universal, tuvo para esta una consecuente raíz y un complemento fecundante en el amor a nuestra América y a su tierra cubana, amor útil y libre de estrecheces nacionalistas, como que estuvo siempre moldeado por aquella amplitud. Por esa razón pudo sostener en su programático ensayo "Nuestra América": "La historia de América, de los incas acá, ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes de Grecia. Nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra. Nos es más necesaria. Los políticos nacionales han de reemplazar a los políticos exóticos". Pero lo hizo sólo después de haber dicho sentenciosamente: "Cree el aldeano vanidoso que el mundo entero es su aldea, y con tal que él quede de alcalde, o le mortifique al rival que le quitó la novia, o le crezcan en la alcancía los ahorros, ya da por bueno el orden universal" (*O.C.*, t. 6, p. 18 y 15 respectivamente). Por esa misma fecha, en distintos poemas de sus *Versos sencillos* confesó: "Yo sé de Egipto y Nigricia,/ Y de Persia y Xenophonte" y —consecuencia de ese ancho entendimiento— "Yo sé de un pesar profundo/ Entre las penas sin nombres:/ ¡La esclavitud de los hombres/ Es la gran pena del mundo!" (*O.C.*, t. 16, p. 66 y 112 respectivamente).

Ello constituye, entre otras cosas, una declaración del saber universal con que alimentó su pensamiento este hombre ejemplar, cuyo entendimiento del mundo le permitió llegar, en 1895, a esta formulación conmovedora: "Patria es humanidad" (*La Revista Literaria Dominicana*, *O.C.*, t. 5, p. 468). Y si la rica información favoreció al afinamiento de su pensamiento revolucionario, puede decirse que la naturaleza de su lucha impuso la mejor orientación a su universalismo. Dirigente mayor de una revolución inmediatamente dirigida contra el colonialismo español, supo, basado en su lucidez acerca de la contradicción decisiva del conflicto, amar lo mejor de España, y plantearse:

Nada menos que enemigo de Cuba sería quien pretendiese levantar una valla funesta entre cubanos y españoles; y la responsabilidad o insensatez fueran mayores hoy, cuando oprimidos por igual bajo la tradición española, con su séquito de contratistas, beneficiarios y militares, el hijo de Cuba y el de España, y cerrados a ambos por igual el porvenir legítimo y su entidad humana, líganse el cu-

bano y el español, por el bien de la tierra común y la rebelión del decoro, *contra el sistema* incurable e insolente del gobierno que les ahoga la personalidad, anula el esfuerzo de su industria, cría a los hijos sin rumbo en el hogar inquieto y les pudre el aire que respiran. [*La Meschianza*, *O. C.*, t. 2, p. 171. La cursiva es del autor de este trabajo. N. de la R.]

\* \* \*

En 1882 Martí dijo en forma hipotética a propósito del renacimiento del cristianismo primitivo: "en lo humano todo el progreso consiste acaso en volver al punto de que se partió" (*El Poema del Niágara*, *O.C.*, t. 7, p. 226). Pero lo definitivo de su pensamiento estuvo lejos de la negación de la evolución superadora de la historia. Muchos textos suyos —algunos de los cuales se han visto o se verán aquí— insisten en el hecho de que la historia de la humanidad apunta hacia una indudable superación desde que el hombre anduvo desnudo por los bosques hasta que construía monumentos formidables como la torre Eiffel. Su creencia en que la Edad Media subsistía dentro de la moderna, remite en realidad a su confianza en que el progreso histórico también significa acumulación, sedimentación de los mejores logros alcanzados, o, incluso, asentamiento de experiencias. Así puede comprenderse este aserto suyo: "La Edad Media, como seno de madre, dio de sus sombras creadoras a nuestra Edad, que no la rechaza ya como hija impía, sino que anhela conocerla, porque nació de ella" (*Italia*, art. cit., p. 399). Dos años más tarde, en 1884, sostuvo: "En el espíritu del hombre están, en el espíritu de cada hombre, todas las edades de la Naturaleza" (*El hombre antiguo de América y sus artes primitivas*, *O.C.*, t. 8, p. 333). Y en 1889 habló con emoción acerca de un templo levantado por mexicanos "como para que no les tocasen su historia, que es como madre de un país, los que no la tocaran como hijos" (*La Exposición de París*, art. cit., p. 418).

Además, conviene conocer que su confianza en el desarrollo progresivo de la historia, tenía, a diferencia de Hegel, a quien con justicia llamó "el grande" (*Juicios*, *O.C.*, t. 19, p. 367), un carácter saludablemente abierto, inconforme. No estuvo dentro de sus propósitos *justificar* interesadamente el estadio histórico alcanzado por ninguna de las fuerzas dominantes hasta entonces. Más adelante se hará referencia a elementos clasistas en la concepción martiana de la historia. Por ahora parece bastante apuntar que en 1882 hizo una elocuente generalización de los sistemas filosóficos y políticos que él alcanzó a conocer, y, por supuesto, los religiosos. En esa ocasión dijo:

So pretexto de completar el ser humano, lo interrumpen. No bien nace, ya están en pie, junto a su cuna con grandes y fuertes vendas preparadas en las manos, las filosofías, las religiones, las pasiones de los padres, los sistemas políticos. Y lo atan; y lo enfajan; y el hombre es ya, por toda su vida en la tierra, un caballo embridado. Así es la tierra ahora una vasta morada de enmascarados. Se viene a la vida como cera, y el azar nos vacía en moldes prehechos ["*El Poema del Niágara*", O.C., t. 7, p. 230].

Y en su comentario acerca de la Exposición de París, sostuvo:

Los pueblos todos del mundo se han juntado este verano de 1889 en París. Hasta hace cien años, los hombres vivían como esclavos de los reyes, que no los dejaban pensar, y les quitaban mucho de lo que ganaban en sus oficios, para pagar tropas con que pelear con otros reyes, y vivir en palacios de mármol y de oro, con criados de seda, y señoras y caballeros de pluma blanca, mientras los caballeros de veras, los que trabajaban en el campo y en la ciudad, no podían vestirse más que de pana, ni ponerle pluma al sombrero: y si decían que no era justo que los holgazanes viviesen de lo que ganaban los trabajadores, si decían que un país entero no debía quedarse sin pan para que un hombre solo y sus amigos tuvieran coches, y ropas de tisú y encaje, y cenas con quince vinos, el rey los mandaba a apalear, o los encerraba vivos en la prisión de la Bastilla, hasta que se morían, locos y mudos [O.C., t. 18, p. 406].

En su elogio de la Revolución Francesa destacan, entre otros, los siguientes rasgos: condena el régimen monárquico feudal que empezó a ser definitivamente derrotado con aquella Revolución; pero, al mismo tiempo, la pupila con la cual se reconoce el logro no es la de la clase dominante de esa campaña, sino, por el contrario, una pupila centrada con simpatía en "los caballeros de veras, los que trabajaban en el campo y en la ciudad". O sea, habla de ella con una visión opuesta a los holgazanes que vivían de lo que ganaban los trabajadores. Sin ello no puede comprenderse en qué se basaba su comprensión de que la Revolución Francesa, con todas sus excelencias, sólo había representado un grado de liberación aún insuficiente: "ni en Francia, ni en ningún otro país han vuelto los hombres a ser *tan esclavos como antes*" ("La Exposición de París", art. cit., p. 408. La cursiva es del autor de este trabajo. N. de la R.). De esta manera, la visión martiana de la historia se aleja decididamente de las concepciones propias del liberalismo burgués, y se adentra en un democratismo revolucionario de los más altos vuelos. Si joven aún, en su opúsculo *La república española*

ante la revolución cubana (1873), asumió posiciones propias de aquella tendencia, habrá que buscar las razones en zonas profundas del contexto histórico. Debe tenerse en cuenta que en Cuba, donde más de un rasgo feudal o feudalizante se había arraigado con el coloniaje español, el liberalismo burgués podía estimular aspiraciones de progreso; y, además, es necesario contar con que el folleto fue escrito y publicado precisamente en España, donde el triunfo temporal de los liberales no había sido, y no lo sería, fuerza suficiente para estimular la renuncia del gobierno a su dominación sobre las colonias. ¿No habría de ser tentadora para el joven Martí la posibilidad de emplear el lenguaje de los liberales justamente contra vicios de explotación que ellos, a pesar de ciertas resonancias de ese lenguaje, se empeñaban en mantener? Sea cual fuera la respuesta final a estas interrogantes, no cabe duda de que a Martí no podía satisfacerle el que con la Revolución Francesa los hombres sólo hubieran dejado de ser tan esclavos como antes, con lo cual, por supuesto, seguían siéndolo en algún grado. Él confiaba, y lo buscaba, en el "fin humano del bienestar en el decoro" ("*Crece*", O.C., t. 3, p. 117), lo que en su pensamiento se reforzaba con su abarcadora universalidad:

Estudiando se aprende [...] que el hombre es el mismo en todas partes, y aparece y crece de la misma manera, y hace y piensa las mismas cosas, sin más diferencia que la de la tierra en que vive, porque el hombre que nace en tierra de árboles y de flores piensa más en la hermosura y el adorno, y tiene más cosas que decir, que el que nace en una tierra fría, donde ve el cielo oscuro y su cueva en la roca. Y otra cosa se aprende, y es que donde nace el hombre salvaje, sin saber que hay ya pueblos en el mundo, empieza a vivir lo mismo que vivieron los hombres de hace miles de años ["La historia del hombre contada por sus casas", art. cit., p. 357].

\* \* \*

En el fragmento se aprecia, junto con su acendrado universalismo, que Martí tendía a buscar los móviles de la historia en factores objetivos: las condiciones de "la tierra en que vive" el hombre. En 1889 se refirió a la unificación política de Alemania, y la reconoció como justa "por ser toda de unos mismos padres" esa nación, pero se apresuró a indicar que esa posibilidad no cabía en América, "por estar poblada por dos naciones que pueden visitarse como amigos, y tratarse sin pelear, pero no echar por un camino, porque una quiere ponerse sobre el mundo, mientras que la otra le quiere abrir los brazos" ("La Conferencia de Washington", O.C., t. 6, p. 83). Esa clara comprensión fue un estímulo decisivo para las formulaciones contenidas

en su discurso "Madre América". En él hizo una ejemplar y apasionada síntesis histórica de la formación de nuestra América y de los Estados Unidos. Fue conciente de que ambas regiones habían sido objeto de modos diferentes de colonización, lo que había beneficiado a la América nortea: "Del arado nació la América del Norte, y la Española, del perro de presa". Martí elogió el carácter liberal y emprendedor de los fundadores de las Trece Colonias: "De lo más vehemente de la libertad nació en días apostólicos la América del Norte. No querían los hombres nuevos, coronados de luz, inclinar ante ninguna otra su corona" ([Madre América], O.C., t. 6, p. 136 y 134, respectivamente). Pero se preocupó por dar a conocer, a veces con saludable perspectiva clasista, los lados y las raíces negativas de esa nación. En el breve trazo que hace de la formación histórica de las Trece Colonias, intercala pinceladas como estas, referidas a sus fundadores:

viene el caballero, de fusta y sombrero de plumas, y su mismo hábito de mandar esclavos le da altivez de rey para defender su libertad. Alguno trae en su barco una negrada que vender, o un fanático que quema a las brujas, o un gobernador que no quiere oír hablar de escuelas [...] Allí, por los bosques, el aventurero taciturno caza hombres y lobos, y no duerme bien sino cuando tiene de almohada un tronco recién caído o un indio muerto.

Esos son algunos de los elementos en que basó Martí su valoración del modo de sociedad al cual habían llegado para entonces los Estados Unidos. Un poco más adelante señaló:

Cuando el inglés, por darla de amo, les impone [a sus colonias] un tributo que ellas no se quieren imponer, el guante que le echaron al rostro las colonias fue el que el inglés mismo había puesto en sus manos. A su héroe, le traen el caballo a la puerta. El pueblo que luego había de negarse a ayudar, acepta ayuda. La libertad que triunfa es como él, señorial y sectaria, de puño de encaje y de dosel de terciopelo, más de la localidad que de la humanidad, una libertad que bambolea, egoísta e injusta, sobre los hombros de una raza esclava, que antes de un siglo echa en tierra las andas de una sacudida; ¡y surge, con un hacha en la mano, el leñador de ojos piadosos, entre el estruendo y el polvo que levantan al caer las cadenas de un millón de hombres emancipados! Por entre los cimientos desencajados en la estupenda convulsión se pasea, *codiciosa y soberbia*, la victoria; reaparecen, acentuados por la guerra, los factores que constituyeron la nación; y junto al cadáver del caballero, muerto sobre sus esclavos, luchan por el pre-

dominio en la república, y en el universo, el peregrino que no consentía señor sobre él, ni criado bajo él, ni más conquistas que la que hace el grano en la tierra y el amor en los corazones,—y el aventurero sagaz y rapante, hecho a adquirir y adelantar en la selva, sin más ley que su deseo, ni más límite que el de su brazo, compañero solitario y temible del leopardo y el águila [La cursiva es del autor de este trabajo N. de la R.]

A propósito de estos juicios acerca de la formación de la sociedad estadounidense, cabe hacer la siguiente anotación: al carácter abierto de la dialéctica martiana debe añadirse la conciencia del elemento de la contradicción en el desarrollo histórico, tal como se describe en el fragmento. Se trata de lo que —como se verá más adelante— él llegaría a nombrar en 1894, con una significativa generalización, "lucha perpetua entre el desinterés y la codicia y entre la libertad y la soberbia". En ello radica una importante fuente de la concepción martiana de la historia, por más que haya que tener en cuenta las condiciones prácticas y teóricas que moldearon el pensamiento del héroe al respecto, a lo cual aquí se dedican comentarios posteriores.

\* \* \*

La atención a los factores objetivos determinantes, protegió a Martí de faltas que han dañado la concepción de la historia en más de un pensador. Su análisis acerca del elemento racial en la evolución del mundo, lo salvó de fatalismos nocivos. Llegó a ser, a un tiempo, un sólido luchador contra el racismo y un juzgador de la historia liberado de tendencias racialistas.<sup>6</sup> Observando el auge en la consolidación de lo que él mismo entendería como imperialismo, propuso a nuestra América una táctica valiosa, a la vez que hizo la siguiente formulación:

Ni hay que traer sobre sí a un enemigo a quien no se puede derribar, ni que invitarlo a que se eche encima, con lo flojo de la oposición. Ni mayordomos de raza ajena, ni mayordomos de nuestra raza. *No es cuestión de razas, sino cuestión de independencia o servidumbre*. Ni pueblos fuertes rubios, para su beneficio y moral, sobre los pueblos meritorios y capaces de América; ni pueblos fuertes trigueños, para su poder injusto, sobre las naciones afligidas de la América del Sur ["La Conferencia de Washington", t. 6, p. 91].

<sup>6</sup> Aunque en el fondo no son del todo diferentes, distingo aquí dos modos de enfrentar el problema racial: el que asume actitudes discriminatorias contra una raza u otra y el que atribuye al elemento racial un poder desmedido en la marcha de la historia. El primero es el *racismo* tradicional; el segundo es el que en estas páginas recibe la designación *racialismo*.

En 1891 sería, si cabe, más radical en el enfoque del papel de las razas en la formación histórica de los pueblos. En una época en que la cuestión racial podía conducir, y conducía, a conflictos violentos, y, en el caso cubano, a entorpecer la unidad necesaria para la lucha independentista, él llegó a reducir a su mínima expresión el contenido del término *raza*, y, al mismo tiempo, destacó implícitamente el valor de otros factores históricos:

No hay odio de razas, porque no hay razas. Los pensadores canijos, los pensadores de lámparas, enhebran y recalientan las razas de librería, que el viajero justo y el observador cordial buscan en vano en la justicia de la Naturaleza, donde resalta en el amor victorioso y el apetito turbulento, la identidad universal del hombre. El alma emana, igual y eterna, de los cuerpos diversos, en forma y en color. Peca contra la humanidad el que fomente y propague la oposición y el odio de las razas. Pero en el amasijo de los pueblos se condensan, en la cercanía de otros pueblos diversos, caracteres peculiares y activos, de ideas y de hábitos, de ensanche y adquisición, de vanidad y de avaricia, que del estado latente de preocupaciones nacionales pudieran, en un período de desorden interno o de precipitación del carácter acumulado del país, trocarse en amenaza grave para las tierras vecinas, aisladas y débiles, que el país fuerte declara precederas e inferiores. Pensar es servir. Ni ha de suponerse por antipatía de aldea, una maldad ingénita y fatal al pueblo rubio del continente, porque no habla nuestro idioma, ni ve la casa como nosotros la vemos, ni se nos parece en sus lacras políticas, que son diferentes de las nuestras; ni tiene en mucho a los hombres biliosos y trigueños, ni mira caritativo, desde su eminencia aún mal segura, a los que, con menos favor de la Historia, suben a tramos heroicos la vía de las repúblicas; ni se han de esconder los datos patentes del problema que puede resolverse, para la paz de los siglos, con el estudio oportuno y la unión tácita y urgente del alma continental ["Nuestra América", *O.C.*, t. 6, p. 22-23].

Semejante luz le permitió emprender desmistificaciones que van desde lo aparentemente trivial hasta los planos más importantes. A propósito de los bravos anamitas, por quienes sintió una admiración desbordada, y cuya lucha liberadora divulgó como ejemplo guiador en las páginas de *La Edad de Oro*, negó que existiera una verdadera superioridad estética absoluta de una raza con respecto a otra: "No nos parecen de cuerpo hermoso, ni nosotros les parecemos hermosos a ellos". Y fue capaz

de refutar no sólo prejuicios de los opresores, sino también de los oprimidos. Según el relato martiano, los anamitas afirmaban

que los hombres no deben llevar barba, que es cosa de fieras: aunque los franceses, que son ahora los amos de Anam, responden que esto de la barba no es más que envidia, porque bien que se deja el anamita el poco bigote que tiene: ¿y en sus teatros, quién hace de rey, sino el que tiene la barba más larga? ¿y el mandarín, no sale a las tablas con bigotes de tigre? ¿y los generales, no llevan la barba colorada? [*O.C.*, t. 18, p. 460 y 461, respectivamente].

\* \* \*

En los planos decisivos de la campaña desmistificadora llevada a cabo por Martí en el nivel de la interpretación histórica, se encuentra su anticolonialismo, que tuvo un nutrido refuerzo teórico en su rico y luminoso universalismo. Afincado en él, supo enfrentar, también en la valoración de la historia, un lastre ideológico que tanto afectó y aún afecta a muchos hijos de nuestra América: el europeísmo deslumbrado, hijo y guardián del coloniaje sufrido por estas tierras. En *La Edad de Oro*, aludiendo implícitamente a la abrupta intervención de la conquista sufrida en ellas, expresó: "En los pueblos de Europa es donde se ven más claras las tres edades, y mejor mientras más al norte, porque allí los hombres vivieron solos, cada uno en su pueblo, por siglos de siglos, y como empezaron a vivir por el mismo tiempo, se nota que aunque no se conocían unos a otros, iban adelantando del mismo modo". Y, después de referirse a la superposición de capas geológicas en el planeta, añadió:

comparando las capas de un lugar con las de otro se ve que los hombres viven en todas partes casi del mismo modo en cada edad de la tierra: sólo que la tierra tarda mucho en pasar de una edad a otra, y en echarse una capa nueva, y así sucede lo de los romanos y los bretones de Inglaterra en tiempos de Julio César, que cuando los romanos tenían palacios de mármol con estatuas de oro, y usaban trajes de lana muy fina, la gente de Bretaña vivía en cuevas, y se vestía con las pieles salvajes, y peleaba con mazas hechas de los troncos duros ["La historia del hombre contada por sus casas", art. cit., p. 360-361].

Mientras había quienes divulgaban criterios racistas, o se hacían eco de ellos, para justificar actitudes colonialistas, él se preocupó por ubicar justamente a la población negra de África dentro del devenir universal: "Cuentan muchas cosas del valor

con que se defienden los negros, y de las guerras en que andan como todos los pueblos cuando empiezan a vivir, que pelean por ver quién es más fuerte, o por quitar a su vecino lo que quieren tener ellos" ("Cuentos de elefantes", en *La Edad de Oro. O.C.*, t. 18, p. 485). Otro tanto hizo con los anamitas cuando, en el texto que acerca de ellos escribió y que aquí se ha citado, subrayó las características de su desarrollo histórico que daban ventaja material a sus agresores. En el caso de nuestra América, núcleo fundamental de sus inquietudes combativas, opuso de igual manera el buen universalismo a los prejuicios colonialistas. Con ese propósito dijo: "Llorente, que ha escrito la *Vida de Las Casas*, escribió también la *Historia de la Inquisición*, que era quien quemaba: el rey iba de gala a ver la quemazón, con la reina y los caballeros de la corte: delante de los condenados venían cantando los obispos, con un estandarte verde: de la hoguera salía un humo negro". Y después citó estas palabras de Las Casas en defensa de los indígenas americanos:

"¡No es verdad que los indios de México mataran cincuenta mil en sacrificios al año, sino veinte apenas, que es menos de lo que mata España en la horca!" "¡No es verdad que sean gente bárbara y de pecados horribles, porque no hay pecado suyo que no lo tengamos más los europeos; ni somos quién, con todos nuestros cañones y nuestra avaricia, para compararnos con ellos en tiernos y amigables; ni es para tratado como a fiera un pueblo que tiene virtudes, y poetas, y oficios, y gobierno, y artes!" [*O.C.*, t. 18, p. 445].

\* \* \*

Su sólida y universal concepción de la historia no sólo le sirvió para iluminar su combate contra el colonialismo tradicional, sino que también le permitió hacerse conciente del hecho que, tal vez como ningún otro, marcó las mejores dimensiones de su pensamiento: comprendió que sobre nuestra América se cernía el peligro de un nuevo colonialismo devorador. El alcance de su lucha —incluidas la fundación y las miras del Partido Revolucionario Cubano— podrá entenderse cabalmente si se tiene en cuenta su enfrentamiento de aquel fenómeno. En una de las crónicas de 1889, había hecho la siguiente formulación advertidora: "¿Por qué han de pelear [los Estados Unidos] sobre las repúblicas de América sus batallas con Europa, y ensayar en pueblos libres su sistema de colonización?" Y, algunos párrafos después, esta otra:

Nótase, pues, en la opinión escrita, *mirando a lo hondo*, una como idea *táctica e imperante*, visible en el mismo cuidado que ponen los más justos en no herirla de frente,

como que nadie tacha de *immoral*, ni de *trabajo salteador*, aunque lo sería, la intentona de llevar por América en los tiempos modernos la civilización ferrocarrilera como Pizarro llevó la fe de la cruz ["El Congreso Internacional de Washington (II)", t. 6, p. 57 y 59, respectivamente. La cursiva es del autor de este trabajo. N. de la R.]

Las presentes páginas no son lugar adecuado para un escrutinio centrado en el antimperialismo de Martí, pero parece ineludible reconocer que en ningún otro acontecimiento se le reveló mejor que en la formación del imperialismo, el papel de los intereses económicos en la marcha de la historia. Esa sería una de las mayores lecciones que recibiría nuestro héroe de su atención al desarrollo de las fatídicas Conferencias de 1889 a 1891. Ciertas pretensiones de trabazón económica de nuestra América al aparato comercial yanqui, fueron lúcidamente abordadas por él en el plano de sus trágicas consecuencias políticas. Fechada el 28 de junio de 1890, se publicaría el 31 de agosto de ese año una crónica martiana en la cual el autor incluyó la siguiente cita del *Sun*: "La esperanza, o el sueño, de la unión comercial, si no política, de este continente, está en la mente de todos los americanos".<sup>7</sup> Pero en su colosal crónica de mayo de 1891 acerca de la Comisión Monetaria Internacional Americana, Martí sería categórico al plantear el carácter dependiente del elemento político con respecto al económico, y daría lo que parece una respuesta a la incertidumbre del *Sun*. Se opuso al sometimiento de nuestra América a los planes comerciales de los Estados Unidos, y afirmó acertadamente con remisión a los valores que predominaban en las relaciones internacionales de su época: "Quien dice unión económica, dice unión política. El pueblo que compra, manda. El pueblo que vende, sirve. Hay que equilibrar el comercio para asegurar la libertad" (*O.C.*, t. 6, p. 160).

Conocedor de la historia de "nuestras dolorosas repúblicas" y de la rapaz avaricia yanqui, advirtió que no había que esperar verdadera reciprocidad de los convenios comerciales que los Estados Unidos intentaban imponer. En 1883 se manifestó contra el que en ese año el país norteamericano propuso a México ("El tratado comercial entre los Estados Unidos y México", *O.C.*, t. 7, p. 17-22); y en 1889, en relación con los propuestos en la Conferencia de entonces, mantuvo sus combativas advertencias:

¿Por qué ajustar en la sala del congreso proyectos de reciprocidad con todos los pueblos americanos cuando un

<sup>7</sup> J.M.: "Los asuntos hispanoamericanos en Washington", t. 6, p. 116. Posiblemente se esté en presencia de la traducción del soberbio gentilicio *americans*, de indudable transparencia geógrafa.

proyecto de reciprocidad, el de México, ajustado entre los dos gobiernos con ventajas mutuas, espera en vano de años atrás la sanción del congreso, porque se oponen a él, con detrimento del interés general de la Nación, los intereses especiales heridos en el tratado? En 1883, mientras iba la comisión convidando al congreso internacional ¿no se cerraron las puertas, para contentar a los criadores nativos, a las lanas sudamericanas?

Más que el mismo importante rechazo en bloque a los llamados tratados de reciprocidad, debe atenderse en el texto a la búsqueda que Martí hacía en los intereses peculiares de los sectores económicos. Nótese que enfrenta a los que debían respetarse como intereses generales de la nación, "los intereses especiales heridos en el tratado". Unas líneas después de la cita anterior, sería aún más explícito al decir:

¿No están levantando protestas los estancieros del oeste contra las compañías de vapores, que quieren valerse del partido que los estancieros ayudaron a vencer, para traer de venta de Sudamérica al este, con el dinero nacional, reses vivas y carnes frescas más baratas que las que pueden mandar del oeste por los ferrocarriles los estancieros de la nación? ¿Y a qué se convida a Chile, que exporta cobre, si el cobre del país, que ayudó tanto a los republicanos, les exige la condición, que fue cerrar la entrada al cobre? ¿Y los azucareros, para qué trajeron a los republicanos al poder, sino para que les cerraran las puertas al azúcar? [O.C., t. 6, p. 57].

Se podría ofrecer un amplio muestrario de ejemplos que reiteran la lucidez con que Martí comprendía, y hacía pública, la interdependencia de la política y la economía en los Estados Unidos, tanto en el plano interno como, aspecto todavía más interesante para el héroe, en sus relaciones con el exterior. Pero los hasta aquí vistos resultan suficientes para plantearse esta interrogante: ¿sería posible que a este hombre, hecho a ver en lo hondo de las cosas, y conocedor del carácter universal de las leyes que rigen el desenvolvimiento de la sociedad, se le ocultara el hecho de que los intereses de sectores o clases sociales ejercen una función determinante en el devenir histórico? Parece poco probable. La dificultad con que a veces se tropieza al intentar dilucidar esta cuestión, de suyo apasionante, acaso venga de un peligroso *acomodamiento* a la fácil precisión de un *sí* o un *no* absolutamente libres de contaminaciones recíprocas.

\* \* \*

Una respuesta al problema antes planteado obligaría a tener en cuenta diversos factores. Tal vez el primero de ellos lo constituya el hecho de que a Martí la encrucijada histórica que lo rodeó no le exigía convertirse en dirigente de una lucha que, en un primer plano, lo fuera de clases. El reclamo que le planteó la historia, y al cual respondió ejemplarmente, fue el de organizar una revolución llamada a vencer al coloniaje español y oponerse a la dominación del imperialismo, que él vio nacer y combatió tempranamente. O sea, le correspondió ser el conductor de una revolución que sería, a un tiempo, de independencia y de liberación nacional. Por otra parte, la teoría científica, acabada y consecuente, que ya se había ido consolidando alrededor de la lucha de clases —el marxismo—, lejos de tener una divulgación amplia y eficaz en los medios en que él vivió, sufría en estos la influencia de perniciosos contagios e impurezas. Y todavía no había recibido el medular enriquecimiento de las aportaciones leninistas, tan útiles y esclarecedoras para los mejores dirigentes de revoluciones anticoloniales.

Pero nada de ello tenía fatalmente que impedir a Martí, aun sin la información y el lenguaje que podía haber recibido de aquella teoría, comprender, basado en una observación *inteligente y honrada* en la verdad histórica, muchos de los elementos que sirvieron a los fundadores del materialismo científico como fuente para el análisis de la sociedad y su historia.

En su estudio de la formación de la sociedad yanqui destacó la heterogeneidad de la misma, en la cual la preponderancia de los opresores había impuesto un carácter soberbio y ambicioso. Pero ese no sería el único caso en que se detuvo a señalar tales diferenciaciones en la sociedad de un país. Se conoce que en su primera estancia en México, entre 1875 y 1877, ya asumió posiciones en defensa de los trabajadores,<sup>8</sup> y que en los Estados Unidos llegó a expresar solidaridad con los obreros, que se veían obligados a emplear la violencia. Su valoración en 1889 acerca de los anamitas no sólo lo condujo a defender su lucha contra el colonialismo, sino también a llamar la atención sobre la necesidad de eliminar la opresión económica interna ejercida contra los pobres por los poderosos colonialistas. En su texto al respecto mencionó al

pobre cargador, que se muere joven del cansancio de halar la *djirincka*, que es el coche de dos ruedas, de que va halando el anamita pobre: trota, trota como un caballo: más que el caballo anda, y más aprisa: ¡y dentro, sin pena y sin vergüenza, va un hombre sentado!: como los caballos se mueren después del mal de correr, los pobres cargado-

<sup>8</sup> Paul Estrade ha hecho una útil contribución al conocimiento de este aspecto de la vida de Martí. ("Un 'socialista' mexicano: José Martí", *Casa de las Américas*, La Habana, n. 82, enero-febrero de 1974, p. 40-50.)



res. Y de beber clarete y borgoña, y del mucho comer, se mueren, colorados y gordos, los que se dejan halar en la *djirincka*, echándose aire con el abanico; los militares ingleses, los empleados franceses, los comerciantes chinos [O.C., t. 18, p. 462].

En cuanto a nuestra América, y a Cuba como parte de aquella, tuvo el buen cuidado de diferenciar la verdadera lucha independentista, y el afán de las clases poderosas nativas, hostiles a la realización de esa lucha. En *Patria*, donde divulgó las ideas principales del Partido Revolucionario Cubano, publicó en 1894 una formidable semblanza del general José Antonio Páez. Al aludir a un momento difícil de la vida del heroico caudillo, dijo:

no era aquella vez la de vencer, porque ya no defendía a América, caballero lanceador a la cabecera de la cuna, como en las Queseras y en Carabobo: ya deslucía la insigne gloria, poniéndola al servicio de la oligarquía que en la independencia sólo vio el modo de despojar a los españoles del poder, para sentarse, sobre el lomo de la patria recién nacida, en los sitios de cordobán vacíos [O.C., t. 8, p. 254].

Estas palabras hacen pensar en otras de su ensayo "Nuestra América", publicado simultáneamente en Nueva York y Buenos Aires a principios de 1891. En él, el autor, quien se encargaría de dejar bien claro que la independencia debía ser una campaña de repercusiones sociales, dijo que "el problema de la independencia no era el cambio de formas, sino el cambio de espíritu". E inmediatamente pasó a señalar, con mano segura, la necesidad cuya insatisfacción explicaba las insuficiencias capitales de la gran gesta: "Con los oprimidos había que hacer causa común, para afianzar el sistema opuesto a los intereses y hábitos de mando de los opresores (O.C., t. 6, p. 19). En 1889 había escrito a Serafín Bello: "Lo social está ya en lo político en nuestra tierra, como en todas partes: yo no le tengo miedo, porque la justicia y el peso de las cosas son remedios que no fallan" (O.C., t. 1, p. 253). ¿Pueden leerse estas demandas sin notarles la consecuencia con su juicio de 1889 acerca de la Revolución Francesa, según el cual a partir de ella los hombres fueron solamente *menos* esclavos? O sea, aún no eran totalmente libres "los caballeros de veras, los que trabajaban en el campo y en la ciudad". Para que lo fueran debía afianzarse "el sistema opuesto a los intereses y hábitos de mando de los opresores". Si definir ese sistema en los tiempos y las circunstancias de Martí no era ciertamente fácil, no cabe duda de que se está en presencia de un hombre que decidiría echar su suerte "con

los pobres de la tierra", como se lee en el tercer poema de sus *Versos sencillos*.

Además, la relativa indiferenciación de su concepto de trabajador debe juzgarse sin olvidar una circunstancia decisiva. En los Estados Unidos él advirtió que se venía encima, "amasado por los trabajadores, un universo nuevo" ("Carta a *La República*", O.C., t. 8, p. 22-23); pero la estructura social del mundo para el cual elaboraba directamente un cuerpo teórico y organizaba una extraordinaria revolución práctica, tenía peculiaridades importantes, marcadas, entre otras causas, por el insuficiente desarrollo del capitalismo y, por consiguiente, del proletariado. Y a ello es imprescindible sumar la necesidad de constituir un frente, fuerte y unido, con todas las clases y los sectores interesados en la salvación nacional. Hechos de esta índole siguen siendo determinantes —a pesar del cambio en la correlación de fuerzas y de la correspondiente mundialización de las ideas y las vías socialistas de solución de los problemas— en los países a los que ha dado en llamarse subdesarrollados.

Todas estas razones pueden ayudar a comprender el conocido juicio que Martí virtió acerca de Marx en ocasión de su muerte, ocurrida en 1883, cuando él viviría varios años más de asombroso enriquecimiento ideológico. Cierta zona de los estudios en torno a Martí, gusta de enfatizar la objeción que entonces este hizo a Marx:

no hace bien el que señala el daño, y arde en ansias generosas de ponerle remedio, sino el que enseña remedio blando al daño. Espanta la tarea de echar a los hombres sobre los hombres. Indigna el forzoso abestiamiento de unos hombres en provecho de otros. Mas se ha de hallar salida a la indignación, de modo que la bestia cese, sin que se desborde, y espante [...] Pero [Marx] anduvo de prisa, y un tanto en la sombra, sin ver que no nacen viables, ni de seno de pueblo en la historia, ni de seno de mujer en el hogar, los hijos que no han tenido generación natural y laboriosa.

Sin embargo, sería una equivocación, o una seria injusticia, ocultar otros aspectos de la fuente textual. En primer lugar, debe decirse que el párrafo que precede a la cita y da inicio a la crónica, traza una caracterización del movimiento obrero estadounidense. En esta sobresalen rasgos que hacen pensar en el anarquismo, el cual tampoco contaba con la aprobación de Marx. Sobre todo, es necesario subrayar que, junto con la objeción que se comenta, Martí expresó un rotundo rechazo contra "el abestiamiento de unos hombres en provecho de otros", y que aquella aparece como apresada entre elogios bien explícitos:

Karl Marx ha muerto. *Como se puso del lado de los débiles, merece honor* [...] (Aquí, la primera parte del fragmento ya citado.) Ved esta sala: la preside, rodeado de hojas verdes, el retrato de aquel reformador ardiente, reunió a hombres de diversos pueblos, y organizador incansable y pujante. La Internacional fue su obra: vienen a honrarlo hombres de todas las naciones [...] *Karl Marx estudió los modos de asentar al mundo sobre nuevas bases, y despertó a los dormidos, y les enseñó el modo de echar a tierra los puntales rotos* [...] (Aquí, la segunda parte del fragmento.) Karl Marx [...] *no fue sólo movedor titánico de las cóleras de los trabajadores europeos, sino vecedor profundo en la razón de las miserias humanas, y en los destinos de los hombres, y hombre comido del ansia de hacer bien. Él veía en todo lo que en sí propio llevaba: rebeldía, camino a lo alto, lucha* ["Carta de Martí", O.C., t. 9, p. 388. La cursiva es del autor de este trabajo. N. de la R.]

Lo que puede valorarse como inalcanzable teórico en estas opiniones, requiere la explicación de condiciones extratextuales determinantes, como algunas ya mencionadas: la misma ubicación cronológica dentro de la evolución de Martí, las características del movimiento obrero estadounidense de entonces —en relación con el cual se enjuicia a Marx— y la naturaleza de la lucha que preparaba el cubano. Es inevitable recordar, con la lectura de la objeción antes vista, algunas formulaciones que Martí necesitaría hacer en la época del Partido Revolucionario Cubano, ya en vísperas de la *guerra necesaria*. En varias de ellas se aprecia la huella de la necesidad de fomentar lo que hoy llamamos un frente multclasista. En la tercera de las "Resoluciones" que la emigración cubana de Tampa tomó en noviembre de 1891 con vistas a la fundación del Partido, se lee:

La organización revolucionaria no ha de desconocer *las necesidades prácticas derivadas de la constitución e historia del país*, ni ha de trabajar *directamente* por el predominio actual o venidero de clase alguna; sino por la agrupación, conforme a métodos democráticos, de todas las fuerzas vivas de la patria [...] por el respeto y auxilio de las repúblicas del mundo, y por la creación de una República justa y abierta, una en el territorio, en el derecho, en el trabajo y en la cordialidad, levantada con todos y para bien de todos [O.C., t. 1, p. 272. La cursiva es del autor de este trabajo. N. de la R.]

Nótese que el llamado a agrupar para la lucha a "todas las fuerzas vivas de la patria", se remite expresamente a "las necesidades prácticas derivadas de la constitución e historia del

país". Y, como se verá más adelante, parece que hay razones para no menospreciar el *directamente* con que se acompaña la idea de no trabajar "por el predominio actual o venidero de clase alguna". No se trata de forzar la mano y mostrar a Martí como un político que esconde hábilmente su disposición de presentar, en cuanto llegara el momento, su condición de ideólogo de la lucha de clases. Tampoco hay que poner en duda cierta propensión a desear una armonía futura de la sociedad sin acudir a métodos violentos. Tal propensión sólo tendría de censurable, a la larga, lo que lamentablemente tenga de irrealizable, si es mantenida con empecinamiento. Pero, por otra parte, ¿puede desconocerse que Martí, quien confesó reiteradamente que hubiera preferido lograr para su patria una libertad digna sin llegar a la lucha armada, organizó una *guerra necesaria*, en la cual murió combatiendo? En cuanto a la cuestión social, es justo hacer otras consideraciones.

Él, que en 1889 dejó dicho que después de la Revolución Francesa los hombres seguían siendo esclavos, escribió a finales de ese año, y aludiendo a la abolición de la esclavitud (la antigua) en los Estados Unidos, acerca de una nueva abolición:

En norte entierra, a tiempo que se levantan los "nuevos abolicionistas", los que quieren abolir la propiedad privada en los bienes de naturaleza pública, a uno de aquellos doce famosos, que sin más tesoro que su idea, ni más ejército que su voluntad, fundaron en Boston, befados y lapidados, la primera sociedad abolicionista de la esclavitud que fue el fundamento de la nueva nación. ¡Malhaya el que teme verse solo, o acompañado de los humildes, cuando tiene una idea noble que defender, y los de cuenta de banco y botín de charol están del lado de los que la sofocan o abandonan! ["La Conferencia Americana", O.C., t. 6, p. 64]

En un texto de *Patria* aparece una señal que desborda los límites de una insinuación intuitiva. El mismo dirigente que buscaba la formación de un frente multclasista, publicaría en 1894, en ese periódico, un artículo cuyo título, "Los pobres de la tierra", hace recordar una de las declaraciones de sus *Versos sencillos*, ya citada en los presentes comentarios. En la aludida página de *Patria* se refirió a los obreros cubanos emigrados, y habló de "la viril fiereza de quien no se tiene por varón mientras haya en la tierra una criatura mermada o humillada". Expresó reconocimiento por todo el que ayudara a los preparativos de la revolución, pero elogió sobre todo la contribución de "los héroes de la miseria":

A otros podrá parecer que no hay sublime grandeza en este sacrificio, que cae sobre tantos otros. Que el rico dé de lo que le sobra, es justo, y bien poco es, y no hay que

celebrarlo, o la celebración debe ser menor, por ser menor el esfuerzo. Pero que el que, a puro afán, tiene apenas blancas las pareces del destierro y cubiertos los pies de sus hijos, quite de su jornal inseguro, que sin anuncio suele fallarle por meses, el pan y la carne que lleva medidos a su casa infeliz, y dé de su extrema necesidad a una república invisible y tal vez ingrata, sin esperanza de pago o de gloria, es mérito muy puro, en que no puede pensarse sin que llene de amor el corazón, y la patria de orgullo.

É insistió en lo bello que era ver a los obreros cubanos trabajar por la patria, pero precisó que se trataba de una "patria, ingrata acaso, que abandonan al sacrificio de los humildes los que mañana querrán, astutos, sentarse sobre ellos" (*O.C.*, t. 3, p. 304 y 305, respectivamente). El lenguaje de esta reserva hace recordar la caracterización de Páez que aquí se ha citado, aparecida, también en *Patria*, escasos meses antes que "Los pobres de la tierra". A propósito de Páez habló de la oligarquía de nuestras tierras, que había visto en la independencia el modo de sentarse "sobre el lomo de la patria recién nacida". Pero después de la reserva planteada con respecto al futuro de Cuba, pudo él, desde su posición de combatiente por la justicia, asegurarles a los obreros cubanos: "Sépanlo al menos. No trabajan para traidores. [...] no será esta, no, la revolución que se avergüence—como tanto hijo insolente se avergüenza de su padre humilde—de los que en la hora de la soledad fueron sus abnegados mantenedores" ("Los pobres de la tierra", art. cit., p. 304). Es imposible no relacionar estos temores con una promesa hecha por Martí a través de *Patria*, en marzo de 1893: "Moriremos por la libertad verdadera; no por la libertad que sirve de pretexto para mantener a unos hombres en el goce excesivo, y a otros en el dolor innecesario. Se morirá por la república después, si es preciso, como se morirá por la independencia primero".

Es cierto que el artículo, dedicado a Cuba y Puerto Rico, une a esa promesa la esperanza —quizás táctica en alguna medida— en la posibilidad de lograr una armonía social futura: "La República [...] no será el predominio injusto de una clase de cubanos sobre las demás, sino el equilibrio abierto y sincero de todas las fuerzas reales del país, y del pensamiento y deseo libres de los cubanos todos. No queremos redimirnos de una tiranía para entrar en otra". Pero urge precisar que no se está en presencia de un conciliador que pretende atenuar la lucha de clases para preservar las prerrogativas de los poderosos. Hay razones para afirmar que para Martí, quien demandaba que se hiciera causa común con los oprimidos contra el sistema de los opresores, pero dirigía una revolución

para un pueblo donde era difícilmente previsible la instauración de un gobierno de la masa trabajadora, tal declaración representaba más bien la precolocación de obstáculos contra "los intereses y hábitos de mando de los opresores". Muy cerca de los fragmentos precedentes, e incluso antes, sostuvo: "La patria no es comodín, que se abre y cierra a nuestra voluntad; ni la república es un nuevo modo de mantener sobre el pavés, a buena cama y mesa, a los perezosos y soberbios que, en la ruindad de su egoísmo, se creen carga natural y señores ineludibles de su pueblo inferior". Y de manera categórica dijo: "Volverá a haber, en Cuba y Puerto Rico, hombres que mueran puramente, sin mancha de interés, en la defensa del derecho de los demás hombres" (*O.C.*, t. 2, p. 255).

Se trata de juicios que refuerzan la veracidad de un testimonio que Carlos Baliño, introductor del marxismo en Cuba, transmitió a Julio Antonio Mella, a quien acompañó, en 1925, en la fundación del Partido Comunista de Cuba. Según el testimonio, Martí le dijo a Baliño acerca de la necesidad de cambios sociales en el país: "¿La revolución? La revolución no es la que vamos a iniciar en las maniguas, sino la que vamos a desarrollar en la república".<sup>9</sup> En lo que pueda valorarse como indefinición conceptual de lo que sería esa revolución en la república, pudo influir el conjunto de razones que en estos apuntes han venido exponiéndose como condicionantes del pensamiento martiano al respecto. Él mismo, en "Los pobres de la tierra", se refirió también a la falta de experiencia sobre el asunto a nivel mundial: "En un día no se hacen repúblicas; ni ha de lograr Cuba, con las simples batallas de la independencia, la victoria a que, en sus continuas renovaciones, y lucha perpetua entre el desinterés y la codicia y entre la libertad y la soberbia, no ha llegado aún, en la faz toda del mundo, el género humano" (*O.C.*, t. 3, p. 304-305).

Este hecho ofrece luz, en gran medida, sobre el porqué de su inconformidad con el estadio histórico hasta entonces alcanzado en el mundo, y sobre el correspondiente carácter abierto de su dialéctica, estimulado por la búsqueda conciente del "fin humano del bienestar en el decoro". El mismo lenguaje de la cita tomada de "Los pobres de la tierra", remite a su definición de 1899 en torno al desarrollo contradictorio, que él observó en los Estados Unidos, país donde predominaron la codicia y la soberbia. Pero en el texto de 1894 se valora como universal, o perpetua, la lucha entre esos elementos, de un lado, y el desinterés y la libertad, del otro. La vena ética del juicio no opaca las perspectivas que atisban con soltura hacia

<sup>9</sup> Julio Antonio Mella: "Glosas al pensamiento de José Martí", en el volumen colectivo *Siete enfoques marxistas sobre José Martí*, La Habana, Centro de Estudios Marianos, Editora Política, 1978, p. 14.

la necesidad del triunfo de la equidad revolucionaria. Y no exageremos ni carguemos la mano, no intentemos forzar comparaciones, pero ¿no será también forzado ignorar que algún parecido, alguna resonancia común, emparenta al reconocimiento martiano de la naturaleza perpetua de la lucha “entre el desinterés y la codicia y entre la libertad y la soberbia”, en los “continuas renovaciones” del mundo, con esa cardinal advertencia —hecha por Marx y Engels en los primeros párrafos del *Manifiesto del Partido Comunista*— según la cual “la historia de todas las sociedades hasta nuestros días es la historia de las luchas de clases”? (Carlos Marx, Federico Engels: *Manifiesto del Partido Comunista*, ob. cit., t. 1, p. 21).

Aunque se reiteren todas las explicables limitaciones históricas que moldearon el pensamiento de Martí y podían provocar falta de precisión en una u otra forma de plantear el problema, es justo insistir también en su creciente y acendrada simpatía por los humildes, por los trabajadores del campo y la ciudad. Y aun considerando que en su tiempo cubano no existía un proletariado fuerte que reclamara ya, con radicalidad intransigente, la defensa de sus intereses, hay que recordar, incluso, que la revolución socialista es *dirigida por* el proletariado, pero no sólo *para* el proletariado, sino también para todos los trabajadores y personas que se subordinen a la justicia general, esa que sólo puede representar cabalmente la clase obrera. Cabe citar aquí las últimas palabras de un apunte martiano recientemente dado al conocimiento público, y que al parecer corresponde a la época del Partido Revolucionario Cubano. En él defendió, audazmente para sus días, la realización de matrimonios entre la raza blanca y la negra. Al sostener que esa fusión contribuiría a ir eliminando el conflicto racial, planteó una generalización de hondas implicaciones para su concepción de la historia. Aludiendo seguramente a la mesa de los talleres, dijo:

¿Por dónde empezará la fusión? *Por donde empieza todo lo justo y lo difícil, por la gente humilde.* Los matrimonios comenzarán entre las dos razas entre aquellos a quienes el trabajo mantiene juntos. Los que se sientan todos los días a la misma mesa, están más cerca de elegir en la mesa su compañera que [los] que no se sientan nunca en ella.<sup>10</sup>

\* \* \*

Su concepción de la historia sitúa a Martí como hombre de un radical universalismo —complemento ideológico de su in-

<sup>10</sup> J.M.: “Para las escenas.”, Anuario del Centro de Estudios Martianos, n. 1, 1978, p. 34. La cursiva es mía; los corchetes, del organismo editor.

ternacionalismo revolucionario— y en planos de una indudable simpatía por los humildes. Dentro de las circunstancias cubanas de su tiempo, en las cuales no existía un proletariado numeroso y concientemente constituido como clase para sí, su pensamiento apunta hacia una radicalización constante que de modo ejemplar lo aleja de la confianza en la democracia burguesa. Se sitúa, sin detención que merme el alcance y la capacidad generadora de sus ideas, en los límites más avanzados del democratismo revolucionario, el cual se enriqueció tempranamente con lo que acaso le otorga a nuestro héroe su mayor razón de vigencia: el antimperialismo.

Las mejores perspectivas de su programa revolucionario —siempre como listo a dar un paso más, y ya con el pie en alto— sólo han podido ser desarrolladas y llevadas a cauces de ancha y total realización en nuestra patria, gracias al triunfo socialista. En este sentido es que tuvo razón Juan Marinello para afirmar que “el mundo de Martí, es, en lo más profundo, el mundo del socialismo”.<sup>11</sup> La ubicación de Martí en el seno de la democracia revolucionaria, será un aporte para el entendimiento de su obra escrita y de sus actos. Dentro de esa zona de ideología de transición a nivel internacional es —aunque no sólo en ella— donde quizás su lección revolucionaria encuentra la mayor actualidad. Pero también es justo reconocer, sin asomo de nacionalismo estrecho, que él no perdonaría, que en nuestro héroe tiene la democracia revolucionaria, incluso hoy, uno de sus miembros más destacados, cuyo lúcido arraigo combativo en su tiempo le otorga una inagotable dimensión de futuro.

La Habana, 13 de enero de 1980.

<sup>11</sup> Cito de memoria este aserto emitido por Marinello en una conferencia pública que en torno al héroe ofreció en la Biblioteca Nacional José Martí en enero de 1975, y que, lamentablemente, parece que no fue fijada en texto escrito.

## Martí y el panamericanismo: propósito de un siglo

MANUEL GALICH

Por una parte, es muy difícil comparecer ante un simposio, como este, de especialistas en la vida, la obra y el pensamiento de Martí, sin decir cosas que no sean hartamente sabidas, ni repetir conceptos y hacer citas que no sean sumamente conocidos. Por otra parte, el universo inmenso que es la obra cuantiosa, multifacética y profunda del máximo ideólogo latinoamericano, nos produce inevitablemente la sensación de insignificancia de cuanto uno diga en relación con aquella obra. Pero como no se puede desoír el llamado a ratificar, una vez más, nuestra fe martiana, pues sin ella sólo seríamos latinoamericanos revolucionarios de nombre, estoy aquí para exponer algunas ideas sobre los verdaderos orígenes del panamericanismo —esa patraña secular del imperialismo norteamericano—, según el testimonio irrecusable, infinitamente superior a toda excepción, de Martí. Creo que aunque nada original aporte mi intervención, es nuestro deber insistir, en cuantas oportunidades tengamos, sobre el trasfondo real del sistema llamado interamericano, forjado por el imperialismo yanqui, como cobertura seudojurídica de su predominio sobre nuestra América. Esclarecer esto en la conciencia de nuestros pueblos es robustecer su posición antimperialista, es destruir todo un sistema de mitos falsos y de principios mendaces con lo que se nos ha aturcido por un siglo y es, además, reivindicar la figura eminente de Bolívar, a quien los amanuenses del sistema han querido atribuir la paternidad del mismo. Al tema me llevan, también, mi inclinación por la historia de nuestra América y mi condición de afiliado a la causa de la liberación integral y definitiva de nuestros pueblos. Causa en la que Martí es el guía supremo.

El año próximo, hará un siglo de la nota circular dirigida por el secretario de Estado de los Estados Unidos, James G. Blaine, a sus representantes diplomáticos en las repúblicas latinoamericanas, dieciocho entonces, sin Cuba, ni Panamá, que todavía no existían como tales, para que aquellos, a su vez, la hicieran del conocimiento de los ministros de Relaciones Exteriores de dichas repúblicas. Se trataba, nada menos, de la invitación

“a las naciones independientes del Norte y del Sur [...] para que tomen parte en un congreso general que se reunirá en la ciudad de Washington el 24 de noviembre de 1882, con el objeto de considerar y discutir los métodos de prevenir la guerra entre las naciones de América”, según decía la circular.

El tono de la nota era respetuoso, medido, altruista. Reiteradamente expresaba sus elevados sentimientos en relación con la “buena voluntad y cooperación activa de todos los Estados del hemisferio occidental, en interés de la humanidad y para el bien de todas las naciones”; a “nuestro común sentimiento de humanidad y a la fuerza de los vínculos que nos unen en un grande y amistoso sistema de repúblicas americanas” y, en fin, al “interés de la humanidad” y al “firme propósito que tienen los Estados Unidos de sostener una posición de absoluta e imparcial amistad para con todos”. Tanta filantropía, sin embargo, se apoyaba en una afirmación que no concordaba con el pasado, poco humanitario, de las relaciones norteamericanas con sus vecinos del Sur, sobre todo con México, ni con la complicada trama, urdida por el propio Blaine, para intervenir provechosamente en el conflicto entre Chile y el Perú. La afirmación era esta:

La actitud de los Estados Unidos con respecto a la cuestión de la paz general del continente americano es bien conocida por sus persistentes esfuerzos, por sus consejos pacíficos o su recomendación del arbitraje imparcial para resolver los conflictos existentes. Esa actitud ha sido invariable; la hemos sostenido siempre con tal lealtad que no deja el menor pretexto para imputar a nuestro gobierno ningún motivo que no sea el humano y desinteresado de salvar a las naciones hermanas del continente americano de las cargas de la guerra.

Esa nota de Blaine a las cancillerías latinoamericanas puede considerarse como la semilla del panamericanismo. Mejor dicho, como la larva, si tomamos en consideración las diversas acepciones de esta palabra y lo que ha sido, en el siglo transcurrido, del sistema que surgió, nueve años después de aquel primer convite. El congreso general convocado para el 24 de noviembre de 1882 no pudo efectuarse y sólo en 1889-1890 Blaine logró la realización de su proyectada conferencia continental.

Detrás de este aplazamiento hay una complicada y sórdida historia, en la cual figuran un brazo ejecutor y toda una intriga política de los enemigos del presidente Garfield, republicanos como este, pero servidores de poderosos intereses contra los cuales apuntaba la política de aquel. El brazo ejecutor fue Charles Guiteau y la intriga provino del sector más reaccio-

nario del partido de Garfield, del de "los imperialistas, los mejores —y sus apodos son esos—", dice Martí, a cuyas manos, agrega, murió el Presidente, más que a las de Guiteau.

En sus extremos comentarios dedicados a aquel asesinato,<sup>1</sup> reproduce este de un lector del diario *The Sun*, de Nueva York:

Este es un gran país, y sin embargo, es un hecho que dentro de los últimos dieciséis años dos presidentes han muerto asesinados; otro Presidente fue procesado y a poco se le echa indignamente de su puesto; y otro presidente ocupó su puesto por abominable fraude. ¿No es esta una interesante situación: ¿Qué viene ahora?

La historia se encargó de responder al lector del *Sun*: ¿Qué vino después? Lo mismo. En 1980, podemos repetir, casi textualmente, aquel párrafo de 1881, si pensamos en lo acaecido en los Estados Unidos, en los últimos diecisiete años.

Arthur, sucesor de Garfield, y Blaine pertenecían al mismo sector republicano, al de "los mejores". Sin embargo, el segundo fue separado por el primero de la Secretaría de Estado. No por haber convocado al frustrado congreso continental de 1882, sino por lo que un historiador<sup>2</sup> llama "actitud harto agresiva en las relaciones exteriores", actitud que coincidía, ciertamente, con la nota circular de Blaine. Se trataba de la intervención de este al final de la Guerra del Pacífico, entre Perú y Chile (Bolivia había quedado fuera de combate desde los inicios de la guerra), coludido con discutibles acreedurías contra el Perú, de una sedicente Peruoain Company, de Nueva York, y el del Credit Industrial, francés, que pretendían cobrar aquellas acreedurías con el guano y el salitre peruanos. En apoyo de esos intereses y para hacer del Perú un protectorado yanqui, Blaine presionó a Chile para que se conformara con una indemnización, sin apoderarse de ningún territorio peruano. Incluso, estuvo a punto de enviar una flota de guerra al Pacífico austral para amedrentar a Chile. Pero el representante demócrata Perry Belmont denunció todo eso y Blaine fue interpelado por una comisión senatorial, con el consiguiente escándalo. Así salió, desprestigiado, de la Secretaría de Estado.

Estos fueron "los días culpables, cuando la política del secretario Blaine en Chile y Perú salía tachada del banco del reo donde la sentó Belmont", a los que se refiere Martí, en su crónica a *La Nación*, de Buenos Aires, del 2 de noviembre de

<sup>1</sup> Cartas a la *Opinión Nacional*, de Caracas, entre septiembre de 1881 y septiembre de 1882.

<sup>2</sup> James Truslow Adams: *Historia de los Estados Unidos*.

1889. La larva de lo que sería después el panamericanismo nació en aquellos días, si bien los orígenes del sistema se remontan mucho más atrás. Casi a los mismos orígenes de los Estados Unidos.

En 1889, tras los cuatro años del demócrata Cleveland, volvieron los republicanos al poder, con Harrison, como presidente, y Blaine, como secretario de Estado. Una ley del Congreso autorizó al Presidente para invitar a las otras repúblicas americanas a una Conferencia que tendría lugar en Washington, cuando aquel lo considerase oportuno. La ley señaló los objetivos de la Conferencia: conservar la paz y fomentar la prosperidad; establecer la unión aduanera americana y comunicaciones marítimas frecuentes y regulares; adoptar un sistema uniforme de disposiciones aduaneras y de pesas y medidas, así como de leyes protectoras respecto de patentes o privilegios de invención, marcas de fábricas y propiedad literaria, y disposiciones idénticas sobre extradición; crear una moneda común de plata, acuñada por cada uno de los gobiernos, y elaborar un plan definitivo de arbitraje, para resolver pacíficamente las dificultades y cuestiones entre los Estados americanos y evitar la guerra. La Conferencia, en efecto, fue convocada para octubre de 1889 y a ella asistieron las repúblicas americanas, menos una: la Dominicana, "porque", comenta Martí, en su primera crónica a *La Nación*, de 28 de septiembre de 1889, "no puede venir a sentarse a la mesa de los que le piden a mano armada su bahía de Samaná, y en castigo de su resistencia le imponen derechos subidos a la caoba".

El 2 de octubre de 1889, en la Secretaría de Estado, se efectuó la ceremonia inaugural de la Conferencia, con un discurso de Blaine, "un hombre pálido, de ojo incisivo y cabello a la frente, de sonrisa imperial y mano suave", según la imagen recogida por Martí. El discurso refleja los generosos ideales que inspiraron la convocatoria a la Conferencia y las bellas perspectivas que ella abriría para las repúblicas americanas. Todo es elevado y puro en la fraseología de la pieza: "relaciones permanentes de confianza, respeto y amistad", ninguna "alianza egoísta contra las antiguas naciones", el "destino común", "la igualdad de situaciones [que] trae igualdad de simpatías e igualdad de deberes", el "ayudarse mutuamente", la "cooperación cordial", la "fe mutua", el "espíritu de justicia, de comunidad e igualdad de intereses", el "espíritu de amistad", la "cordialidad y no la fuerza", la "unión amistosa internacional", el "conocimiento más íntimo" y tantas otras elevadas concepciones, de las cuales la más alta quizás fuera esta: "confiamos que los ejércitos permanentes fuera de lo estrictamente indispensable para la conservación del orden público y la seguridad

de la administración, deberán desconocerse en los dos continentes americanos". El sistema salía de su fase larvaria de 1881 y entraba en plena metamorfosis.

La primera Conferencia Internacional Americana, como vino a llamarse después, terminó hace noventa años. En el curso de ellos se cumplió la metamorfosis del sistema inaugurado en 1890. Seguir las fases de esa metamorfosis, que son las etapas del panamericanismo, no en sus apariencias institucionales, de enunciados principistas y lujo de retórica, todavía con remembranzas del discurso de Blaine, sino en la aplastante e interrumpida realidad histórica del Hemisferio, tan radicalmente contrario a aquellas apariencias, principios y declamaciones, es confirmar, con sorprendente exactitud, las previsoras advertencias de Martí. No se había inaugurado aún la primera conferencia panamericana y ya él diagnosticaba, con la certidumbre que le daban su conocimiento de los antecedentes de la convocatoria, de la política yanqui y de los personajes e intereses que se movían alrededor de aquella, que "el que comenzó por ser ardid prematuro de un aspirante diestro [Blaine], viene a ser [...] el planteamiento desembozado de la era del predominio de los Estados Unidos sobre los pueblos de América". Es decir, como en efecto lo fue, la era panamericana.

¿Y por qué, como decía Martí a continuación, era lícito afirmar aquello, "a pesar de la aparente mansedumbre de la convocatoria"? Porque, responde él mismo, a esta "no se la puede ver como desligada de las relaciones y tentativas y atentados confesos, de los Estados Unidos en la América, en los instantes mismos de la reunión de sus pueblos sino que por lo que son estas relaciones presentes se ha de entender cómo serán y para qué, las venideras". ¿Y cómo han sido y para qué estas sino como fueron aquellas, por supuesto magnificadas, inmensamente más ambiciosas, agresivas y prepotentes? Vienen fácilmente a nuestra memoria nombres dolorosos asociados a muchos otros "días culpables", nombres que no es preciso repetir, porque los conocemos todos. Nombres que marcan el itinerario de un viento negro arrasante, violento, desde las Antillas y el Istmo, hasta el extremo austral de Chile. El siglo panamericano, desde la última década del XIX, hasta esta misma del setenta, está plagado también, como veía Martí el pasado, de "relaciones, tentativas y atentados confesos". Fue su honda penetración analítica de ese pasado lo que le permitió ver con ojo luminoso el futuro. Preverlo y predecirlo premonitoria e inequívocamente.

Tan profundamente conocía Martí todo lo que había tras "la aparente mansedumbre de la convocatoria", que aún antes de

que esta se formalizara, escribió a su amigo Enrique Estrázulas (15 de febrero de 1889): "lo que desde años vengo temiendo y anunciando se viene encima, que es la política conquistadora de los Estados Unidos, que ya anuncia oficialmente por boca de Blaine y Harrison su deseo de tratar de mano alta a todos nuestros países, como dependencias naturales de este, y de comprar a Cuba". Pudo, por ese conocimiento, advertir que "las entrañas del congreso están como todas las entrañas, donde no se las ve" y, aún más penetrantemente, "de raíz hay que ver a los pueblos, que llevan sus raíces donde no se las ve, para no tener a maravilla estas mudanzas en apariencia súbitas, y esta cohabitación de las virtudes eminentes y las doies rapaces".

Decía esto porque sabía muy bien que una cosa era el lenguaje edulcorado de Blaine y de la convocatoria a la conferencia panamericana y otra la ideología expansionista, imperial y de voluntad hegemónica, no sólo continental, sino mundial, inculcada al pueblo norteamericano desde los días originales de los Estados Unidos. Sabía muy bien cuál había sido el evangelio de Jefferson, de Adams, de Clay, de Webster, todos imbuidos en lo que vino a llamarse "el destino manifiesto", que no era sino lo que, más recientemente, Russell Fish llamara "*the path of Empire*".<sup>3</sup> Sabía lo que había tras la musilaginosa doctrina Monroe y tenía muy presente el llamado "sueño de Seaward", es decir, la visión de que "el convulso estado de anarquía y disolución de las repúblicas hispanoamericanas, era la etapa preparatoria para su reorganización, libre, justa y de autogobierno, como miembros de los Estados Unidos de América". Sabía que el norteamericano era "un pueblo rapaz de raíz, criado en la esperanza y certidumbre de la posesión del Continente [...] con la espuela de los celos de Europa y de su ambición de pueblo universal, como la garantía indispensable de su poder futuro". También ahora vienen a la memoria, muy reciente, nombres no menos dolorosos que aquellos de nuestro continente: Corea, Vietnam y esa funesta onomatopeya de cuatro letras que estalla como explosivo: OTAN. Es la "ambición de pueblo universal", anunciada por Martí y hoy hecha historia.

Pero aquella doble voluntad de dominio continental y de hegemonía mundial tenía que chocar, hace un siglo, con otras voluntades similares y competidoras en ambición. Nuevas potencias imperialistas, como Alemania, venían a sumarse a las más viejas, como Inglaterra y Francia, para participar en el

3 Carl Rusell Fish: *The path of Empire. A chronicle of the United States as a World power*, Yale University Press, 1919.

reparto del mundo supuestamente conquistable y/o colonizable. Se trataba del "imperialismo moderno" como lo llama Lenin, es decir, de "la nueva ola de imperialismo que barrió al mundo después de 1870".<sup>4</sup> Asia, África, Oceanía y la América Latina constituían aquel mundo disponible, en opinión de las potencias imperialistas europeas y, en el oriente, del Japón. Pero, para los Estados Unidos, que, desde Henry Clay, soñaban con su protectorado sobre todo el continente americano, había una variante. Concurrirían ellos, con las otras potencias imperialistas, al reparto de Asia, África y Oceanía, pero se adjudicarían para sí, exclusivamente, este continente. Esa versión actualizada del monroísmo, supondría, desde luego, un enfrentamiento con los competidores ambiciosos. Era el momento de unificar a los otros pueblos americanos para oponerlos a tales competidores y cerrar a estos las puertas continentales o sacarlos si ya estaban adentro.

Y urgía hacerlo, porque ya se había producido una primera escaramuza interimperialista en el archipiélago de Samoa, en Oceanía. No era el momento, ni los Estados Unidos tenían la capacidad militar suficiente para el caso, de ocupar con tropas todo el Continente. A nadie se le podía ocurrir semejante disparate. Pero había otros modos. Estaban la diplomacia y la tradición hispanoamericana, que, desde Bolívar, buscaba formas de asociación entre los pueblos mestizos del Sur. La diplomacia, que había sido manejada por Clay para sabotear los planes anfictionicos de Bolívar, podía servir, medio siglo después e invocando la tradición, para disfrazar de fraternidad panamericana una posible "junta de naciones congregadas para que entren en liga contra el mundo", como bien caló Martí. Surgió así una de las formas *transitorias* propias de la época del imperialismo capitalista, del capital financiero y de su correspondiente política internacional, tan bien perfilada por Lenin y tan semejante a aquello en que vino a metamorfosarse el panamericanismo: "países dependientes que desde un punto de vista formal gozan de independencia política, pero que en realidad se hallan envueltos en las redes de la dependencia financiera y diplomática".

Esta era una de las entrañas de la Conferencia de Washington, de 1889, que estaba donde no se la veía. Salvo para el ojo de Martí, que, como el ojo bíblico a Caín, seguía los pasos del imperialismo hasta lo más oscuro de las cavernas donde fraguaban sus atentados contra nuestra América y el mundo. Eran constantes las denuncias y las advertencias martianas sobre ese tenebroso proyecto imperialista de los Estados Unidos. Preveía los conflictos mundiales futuros, aun antes de

<sup>4</sup> Harold Underwood Faulkner: *Historia económica de los Estados Unidos*.

que Harrison y Blaine llamaran a los latinoamericanos para envolverlos en su trama. En junio de 1889, escribió a *La Nación*:

Lo que queda de la Conferencia de Samoa no es el reconocimiento, es imposible de parte de los grandes pueblos mercantiles de Europa, del derecho preeminente de los Estados Unidos, a la tutela y goce, cuando no a la adquisición final, de los pueblos débiles que habitan las tierras y mares americanos, sino que compartirán el influjo y disfrute de las tierras amenazadas con los pueblos mayores que tengan en ellos intereses comparables a los suyos.

Y en enero de 1890, en plena Conferencia:

será lo natural que Inglaterra y Alemania se unan siempre con el propósito común de impedir el adelanto de los Estados Unidos, cuando en la alta diplomacia se tiene hoy por seguro que Inglaterra y Alemania se han dado de mano en la sombra para repartirse las comarcas nuevas que vayan apareciendo por el mundo e impedir que Italia, que Francia, que España, que los Estados Unidos extiendan por África y por el Pacífico sus posesiones coloniales.

De allí las reiteradas previsiones de Martí contra "las amistades proyectadas", que perseguían convertirnos en "coro sujeto a un pueblo de intereses distintos, composición híbrida y problemas pavorosos, resuelta a entrar, antes de tener arreglada su casa, en desafío arrogante, y acaso pueril, con el mundo". O esta: "¿A qué ir de aliados, en lo mejor de la juventud, en la batalla que los Estados Unidos se preparan a librar con el resto del mundo? ¿Por qué han de pelear sobre las repúblicas de América sus batallas con Europa, y ensayar en pueblos libres su sistema de colonización?" Así llamó Martí, aun antes de que naciera, al panamericanismo: sistema de colonización. Porque lo es. Un siglo de deplorable experiencia panamericana demuestra suficientemente la justeza de la definición martiana. Después llamaríamos "Ministerio de Colonias" a la OEA, metamorfosis última de la Oficina Internacional Americana, de la resolución IX, de la primera Conferencia, larva, a su vez, de la Unión Panamericana. Y finalmente "en América no cabe [el panamericanismo], por estar poblada por dos naciones que pueden visitarse, como amigas, y tratarse sin pelear, pero no echar por un camino, porque una quiere ponerse sobre el mundo, mientras que la otra le quiere abrir los brazos".

La visión martiana tuvo pasmosa confirmación, sobre todo después de la segunda guerra mundial. Sólo que, desde entonces acá, el mundo contra el cual apunta el imperialismo es el



campo socialista. Los tiempos cambian, naturalmente. La historia de las aventuras bélicas yanquis en Asia es reciente y sabido es cómo tiene desplegado en el planeta su poderío agresor. Ahora mismo asociamos al pronóstico martiano los nombres de Irán y Afganistán. Vuelve a estallar la palabra OTAN y Carter propugna nuevamente una política de peligrosas presiones y amenazas, "al borde de la guerra". Desde 1947, el panamericanismo fue metamorfoseado, por los Estados Unidos, en un bloque militar continental. Fuimos "el coro sujeto a un pueblo de intereses distintos", los aliados en el desafío yanqui a una gran parte del mundo. Tal fue el Tratado de Asistencia Recíproca (TIAR) de Río de Janeiro. Bochornosa confirmación del pronóstico martiano. Inconsecuente sordera a sus advertencias justas.

Pero no fue sólo aquella colosal entraña ecuménica la que detectó el genio martiano. También detectó otras muy propias del monstruo dentro del cual, como Jonás, vivía, las cuales, a su vez, eran motivaciones de la convocatoria panamericana, plataforma, esta de Blaine, al servicio de sus recurrentes y nunca logrados sueños presidenciales. El cuadro sería poco inteligible, a no ser por el escalpelo o, si se quiere, la laparoscopia que Martí aplicó a la política yanqui de su tiempo, que, *mutatis mutandi*, es igual, cualitativamente, a la del nuestro, según lo he ejemplificado hace un momento, con aquel lector del *Sun*, de Nueva York. Estas son las claves, sacrilegamente resumidas por mí, para conocer otras de las entrañas panamericanas.

Blaine siempre quiso ser presidente. Aspiró en 1876, pero, "había quedado algo manchado por uno de los escándalos ferroviarios del día", dice el historiador ya citado aquí,<sup>6</sup> quien agrega: "con sólo un pequeño salario del gobierno, Blaine se hizo rico y rehusó tenazmente explicar cómo". No fue postulado por la convención republicana, pero fue al Senado. Volvió a aspirar en 1880 y tampoco logró la postulación, aunque su vencedor, Garfield, lo hizo secretario de Estado. Lo que entonces pasó ya lo sabemos. Logró la postulación republicana en 1884, "contra los deseos de los hombres más intelectuales y honrados de las grandes ciudades de la costa", según su correligionario Teodoro Roosevelt, que no necesita adjetivación alguna. Pero entonces las elecciones fueron ganadas por los demócratas. En 1888, Blaine estaba en Europa y rehusó la candidatura presidencial. ¿Estaba curado, acaso? Martí no lo creía así, en febrero de aquel año: "Unos creen que el desistimiento ha sido obra de político previsor que conoce su poder sobre la mente nacional y, con el crédito de este aparente

<sup>6</sup> Truslow Adams.

desinterés, se promete reaparecer a su hora". En mayo, Martí estaba seguro: "por sobre todos está Blaine, que no renunció a la candidatura en su carta de Florencia sino para asegurar con este aparente desinterés su renominación que parece inevitable". Dos años antes, la perspicacia martiana había captado la verdadera razón del "desinterés" de Blaine: "los republicanos puros se muestran dispuestos a mantener en el gobierno a los demócratas antes que contribuir a dar el poder a un político culpable que a su juicio deshonor al partido republicano". Por último, como proyectara aspirar en 1872 y Harrison lo hiciera secretario de Estado, vio entonces la ocasión de ganar electores y apeló al gran truco panamericano. Pero, ni aún así, logró ser presidente.

Comprendo que toda esta breve historia, propia de las intimidades de la cocina política yanqui, carece, por sí misma, de importancia. Pero es que la incurable fobia presidencial de Blaine estaba vinculada estrechamente a situaciones que sí eran decisivas para los Estados Unidos, por una parte, y para nuestra América, por la otra. Tanto, que de allí nació el panamericanismo imperialista, ya secular. Además, había que esbozarla para interpretar muchas referencias ilustrativas de Martí. Por ejemplo, esta, donde, como ciertos personajes teatrales o cinematográficos, Blaine es el protagonista, pero no aparece. **La primera conferencia panamericana sería, en concepto de Martí,**

el instrumento de que se vale un político hábil y conocedor de sus huestes, para triunfar sobre sus rivales por el agasajo doble a las industrias ricas, ofreciéndoles, sin el trabajo lento de la preparación comercial, los mercados que apetecen, y a la preocupación nacional, que ve en Inglaterra su enemigo nato, y se regocija con lo mismo que complace a la masa irlandesa, potente en las urnas.

Habiendo sido Blaine el motor incidental que puso en marcha la voluntad imperial de los Estados Unidos, en su fase de apariencias diplomáticas y de derecho internacional, que no excluían las violentas y agresivas de las armas, las referencias de Martí a él son innumerables y van desde una consideración admirativa hasta la más rotunda condenación. Porque la imagen de Blaine fue deteriorándose, en el curso de una década, de 1881 a 1891, en la apreciación martiana, en la medida en que el tránsito norteamericano hacia el imperialismo y su amenaza sobre nuestra América se conformaban más lúcidamente ante el espíritu sagazmente crítico de Martí.

No porque este creyera, como no lo puede creer nadie, que Blaine fuera el autor o el impulsor de aquel tránsito. He dicho que aquel sólo fue un motor incidental, que supo aprovechar

para sí —o quiso hacerlo— una transformación cualitativa regida por las leyes generales del desarrollo del capitalismo. Es decir, el salto de este a su fase superior y última, según el certero y generalizado análisis de Lenin. Lo que Blaine sí hizo, que Martí percibió y de lo cual dejó reiterada constancia, fue jugar con las fuerzas económicas, políticas y sociales actantes en el proceso norteamericano de transformación capitalista, como piezas de su tablero electoral.

Para él no hay cumbre inaccesible [escribió a *La Nación*, en febrero de 1888] ni distancia que no mida con el ojo avariento, ni ardid a que no acuda para asegurar su presa; mas su mente cesárea no es de aquellas que los pueblos deben nutrir, porque se ejercen en su bien, sin más ambición personal que la natural y deseable que asegura la energía, sino de las que se han de temer, porque usan de su pueblo como de instrumento para el adelanto propio, y de sus problemas como de piezas de ajedrez que combina para el triunfo el jugador interesado.

Casi dos años después, en noviembre de 1889, Martí corroboraría aquel juicio, “a la hora en que se pintan, en apogeo común, el ansia de mercados de sus industrias plétóricas, la ocasión de imponer a naciones lejanas y a vecinos débiles el protectorado ofrecido en las profecías, la fuerza material necesaria para el acometimiento, y la ambición de un político atrevido y rapaz”. Blaine, sobra aclararlo.

Esa ansia de “mercados de sus industrias plétóricas” fue la que dio a la primera conferencia panamericana su carácter más acusado. Esa necesidad de expansión comercial era ya una manifestación del ímpetu imperial, una manera de conquistar, para sí y nada más que para sí, el continente reputado como propio por virtud de un supuesto designio superior. Era a ese ímpetu mercantil al que Blaine prometía servir con su política continental, de atracción de las repúblicas latinas. En eso consistía aquel “agasajo a las industrias ricas, ofreciéndoles [...] los mercados que apetecen”. Monopolizar esos mercados, eliminar la competencia de otras naciones era el fin perseguido. Para ello había que persuadir a los delegados de aquellas repúblicas “que es de la conveniencia de sus pueblos comprar lo de este [los Estados Unidos] y no de otros, aunque lo de este sea más caro, sin ser en todo mejor, y aunque para comprar de él hayan de obligarse a no recibir ayuda ni aceptar tratos de ningún otro pueblo del mundo”. Por eso señalaba Martí cómo en la convocatoria a la Conferencia “se unieron el interés privado y político de un candidato sagaz, la necesidad exigente de los proveedores del partido, la tradición de dominio continental perpetuada en la República”.

Ni la proposición de crear líneas de vapores, ni la de unificación de documentos mercantiles, despachos de aduanas, pesas y medidas y leyes sobre marcas y privilegios; ni la de extradición, ni la de moneda común, ni la de arbitraje, ni la de unión aduanera serían alarmantes para Martí, “a ver las cosas en la superficie”. Así ha pasado por lo general en los cónclaves del sistema. No han sido alarmantes, “a ver las cosas en la superficie”. Lo grave era lo que había tras aquellas proposiciones.

Ejemplo típico de ello era la propuesta unión aduanera “que permitiría la entrada libre de lo de cada país en todos los de la unión”. No sería para almar, si fuera posible una verdadera reciprocidad, por la equidad en lo que hoy los economistas llaman “términos de intercambio”. Pero en realidad, aquella unión significaba una monstruosidad contra nuestros pueblos y en favor de los Estados Unidos

Porque [profundiza Martí] tomar sin derechos lo de los Estados Unidos, que elaboran, en sus talleres cosmopolitas, cuanto conoce y da al mundo, fuera como echar al mar de un puñado la renta principal de las aduanas, mientras que los Estados Unidos seguirían cobrando poco menos que todas las suyas, como de los que les viene de América no pasan de cinco artículos valiosos y gravados al entrar: sobre que sería inmoral e ingrato, caso de ser posible por las obligaciones previas, despojar del derecho de vender en los países de América sus productos baratos a los pueblos que sin pedirles sumisión política les adelantant caudales y les conceden créditos, para poner en condición de vender sus productos caros e inferiores a un pueblo que no abre créditos ni adelanta caudales, sino donde hay minas abiertas y provechos visibles, y exige además la sumisión.

Anticipa aquí Martí lo que vino a ser la “diplomacia del dólar” y su garantía violenta, “el gran garrote”, es decir la sumisión como prenda de los créditos; la insaciable demanda de concesiones de yacimientos y tierras fértiles, el empleo de las tarifas aduaneras, con los gobiernos insumisos, entre otras más drásticas sanciones económicas.

Del mismo modo develó Martí cómo, bajo nombres sin aristas, se ocultaban pretensiones sordidas. Por ejemplo, como la palabra “arbitraje” era “el lema con que corrían la idea de la tutela continental”, el excipiente de “las tentativas débiles del famoso secretario de estado en pro de árbitros permanentes y predomios encubiertos”. O cómo, con la promesa de “tratos de comercio”, Blaine quería ganar para sí los votos de

los intereses incompatibles de librecambistas y proteccionistas, unos deseosos de abrir a sus manufacturas los mercados latinoamericanos y otros exigentes de altas tarifas para las materias primas latinoamericanas, a fin de mantener los altos precios de sus lanas, de su azúcar, de su cobre, de su plomo, de sus cueros. O cómo la idea de la moneda común, de plata, que "a ver las cosas en la superficie" tampoco era de temer, porque "cuanto ayude al trato de los pueblos es un favor para su paz", venía a resultar "cuestión viva; y para la América más, porque los Estados Unidos quieren venderle por un peso de oro el peso de plata que les cuesta setenta y cinco centavos". Porque Blaine quería los votos de los Estados mineros del Oeste. Pretensión que Martí destrozó magistralmente en su "Informe a la Comisión Monetaria Internacional" y en su artículo sobre la "Conferencia Monetaria de las repúblicas de América", publicado en la *Revista Ilustrada*, de Nueva York, en mayo de 1891. En fin, los intereses de los empresarios fármacos de subvenciones, que merodeaban la Conferencia, prometiéndose ventajas de las recomendaciones sobre líneas de vapores y ferrocarriles.

Al enjuiciar así la primera Conferencia panamericana, Martí emplazó al panamericanismo ante el tribunal de la historia. Y, desde luego, a su creador: el imperialismo. Frente al peligro de este, que se cernía sobre nuestra América, lanzó angustiosos pronósticos, que se han cumplido en lo esencial. Pero también dió la fórmula para conjurarlos:

Sólo una respuesta unánime y viril, para la que todavía hay tiempo sin riesgo, puede libertar de una vez a los pueblos españoles de América [hoy somos, con espíritu martiano precisamente, la América Latina y el Caribe] de la inquietud y perturbación, fatales en su hora de desarrollo, en que les tendría sin cesar, con la complicidad posible de las repúblicas venales o débiles, la política secular y confesa de predominio de un vecino pujante y ambicioso.

Otra vez el alcance profético de Martí. Así ha mantenido a nuestra América, en el siglo de panamericanismo, la política de predominio del vecino pujante y ambicioso: en inquietud y perturbación y, abochorna admitirlo, con la complicidad de las repúblicas [gobiernos, sería mejor] venales o débiles. Cuba, Puerto Rico, Panamá, México, Haití, República Dominicana, Nicaragua, Guatemala, otra vez Cuba y República Dominicana, Chile y otros más son eslabones lacerantes del siglo panamericano.

Salvo solitarias y esporádicas voces, caídas en los oídos sordos de los delegados de gobiernos débiles y venales, no se había oído nuestra respuesta unánime y viril hasta 1959. Viril se oyó entonces y se ha oído en los últimos veinte años, por parte de Cuba. Unánime aún no. Pero casi. En Washington, el año pasado, en la XVII Reunión de Consulta, la dignidad fue mayoritaria. No como antes, en que la mayoritaria era "la sumisión humillante [...] a un poder temible e indiferente de apetitos gigantescos y objetos distintos", dicho con palabras de fierro al rojo vivo de Martí. Sin embargo, noventa años después, podemos decir como él: todavía hay tiempo. Estamos seguros. Las leyes inexorables de la historia lo están confirmando. Nicaragua es el ejemplo más joven. Pero no el único. Cumpliremos con Martí.

# Como la plata en las raíces de los Andes. El sentido de la unidad continental en el latinoamericanismo de José Martí

PEDRO PABLO RODRÍGUEZ

Cuando se trata del tema de la unidad latinoamericana en Martí, suele tenerse la impresión de que el revolucionario cubano se refirió a la unión política de las naciones del Continente. Quizás sean responsabilidad de ello sus juicios a propósito de Bolívar, en los cuales se destaca su entusiasmo ante el proyecto y la práctica del Estado unificado impulsado por el Libertador, y la sistemática presencia en sus escritos de los llamados a la unión, los cuales sintetizó en su fórmula particular de nominar a la región: nuestra América. Sin embargo, ver únicamente en tal sentido la idea de Martí sobre la unidad de los pueblos al sur del río Bravo, compromete seriamente el entendimiento de la riqueza de sus apreciaciones sobre el asunto y hasta la comprensión verdadera de todo su pensamiento latinoamericanista.

A pesar de haber sido admirador de la obra y el pensamiento políticos bolivarianos, Martí se refirió con gran realismo a las limitaciones histórico-sociales que impidieron la permanencia del Estado que el Libertador denominara Colombia. En su discurso de 1893 sobre Bolívar, escribió Martí lo siguiente:

Acaso, en su sueño de gloria, para la América y para sí, no vio que la unidad de espíritu, indispensable a la salvación y dicha de nuestros pueblos americanos, padecía, más que se ayudaba, con su unión en formas teóricas y artificiales que no se acomodaban sobre el seguro de la realidad: acaso el genial previsor que proclamó que la salvación de nuestra América está en la acción una y compacta de sus repúblicas, en cuanto a sus relaciones con el mundo y al sentido y conjunto de su porvenir, no pudo, por no tenerla en el redado, ni venirle del hábito ni de la casta, conocer la fuerza moderadora del alma popular, de la pelea de

todos en abierta lid, que salva, sin más ley que la libertad verdadera, a las repúblicas.<sup>1</sup>

Por eso, la concepción martiana de la unidad supera dialécticamente la bolivariana, al integrarla como una parte significativa e inseparable de su pensamiento latinoamericanista.

Ya desde la juventud, las ideas de Martí sobre el carácter de las sociedades latinoamericanas aprehenden aspectos ocultos o valorados de modo opuesto por sus contemporáneos. Es natural imaginar que, formado en la tradición del pensamiento político liberal cubano, el adolescente José Martí haya observado intereses comunes y vínculos entre las naciones republicanas del norte y del sur de América, en su lógico rechazo a la monarquía absolutista española. Sin dejar de valorar altamente la significación, en el desarrollo de sus ideas, de su crítica a la república española por no permitir el establecimiento de la república cubana independiente, se ha de considerar su estancia de casi cuatro años en México y en Guatemala como el momento de formación de sus concepciones latinoamericanistas. Tras salir de su isla de cañaverales y negros esclavos, y de conocer las brumas europeas y los secos soles de Castilla, el joven Martí conoció en aquellos países latinoamericanos la naturaleza continental siempre imponente —ya en sus bosques tupidos o en sus cumbres nevadas, ya en sus mesetas frías o en sus cálidas costas del golfo y del Caribe—, y junto con ella, sociedades donde cohabitaban hombres y costumbres establecidos desde muchos siglos antes en esas tierras, y otros venidos del otro lado del Atlántico. Así expresó la revelación que tuvo entonces de nuestra América:

Interrumpida por la conquista la obra natural y majestuosa de la civilización americana, se creó con el advenimiento de los europeos un pueblo extraño, no español, porque la savia nueva rechaza el cuerpo viejo; no indígena, porque se ha sufrido la injerencia de una civilización devastadora, dos palabras que siendo un antagonismo, constituyen un proceso; se creó un pueblo mestizo en la forma, que con la reconquista de su libertad, desenvuelve y restaura su alma propia [*O.C.*, t. 7, p. 98].

Como se puede apreciar en esta cita de "Los códigos nuevos", trabajo escrito en Guatemala, el joven Martí demostraba poseer una conciencia latinoamericanista sólidamente afinada en

<sup>1</sup> José Martí: "Discurso pronunciado en la velada de la Sociedad Literaria Hispanoamericana en honor de Simón Bolívar el 28 de octubre de 1893", *Obras completas*, La Habana, Editorial Nacional de Cuba, 1963-1965, t. 8, p. 246. (En lo sucesivo, las referencias a la obra de José Martí, se remitirán a la citada edición de sus *Obras completas*. N. de la R.)

la comprensión del carácter mixto de las sociedades latinoamericanas, y, sobre todo, que la materialización verdadera de esa mezcla de aborigen y de europeo definiría el futuro de la que en 1877 comenzaba ya a llamar nuestra América, como afirma en el propio trabajo citado: "Toda obra nuestra, de nuestra América, robusta, tendrá, pues, inevitablemente el sello de la civilización conquistadora; pero la mejorará, adelantará y asombrará con la energía y creador empuje de un pueblo en esencia distinto, superior en nobles ambiciones, y si herido, no muerto" (O.C., t. 7, p. 98). Es importante observar, de paso, que esa definición de la América Latina, abierta hacia el futuro, se aleja de la tradicional visión que por entonces definía a la región exclusivamente por su oposición a España como metrópoli política, pero que sustentaba —hasta con la denominación de Hispanoamérica— el reconocimiento de la identidad continental, de modo unilateral, en la vertiente europea, y echaba a un lado, —en la mayoría de los casos— al elemento aborigen. Es obvio, además, que semejante apreciación de su pertenencia a una unidad histórico-social que se definía a partir de una mezcla de aportes étnico-culturales, no incluye ya a los Estados Unidos, como el mismo Martí señaló expresamente en el prospecto de la *Revista Guatemalteca*, al escribir que el propósito de la publicación era promover el intercambio útil y el conocimiento mutuo entre las tierras que van desde "el Bravo fiero hasta donde acaba el digno Chile", por una parte, y el "mundo viejo, y el septentrion del nuevo", por el otro (O.C., t. 7, p. 104).

Estos puntos de vista le ayudarían, durante sus años en los Estados Unidos, a profundizar en aspectos de esa sociedad que no fueron comprendidos por buena parte de sus contemporáneos en Latinoamérica. Despreciando o ignorando, en el mejor de los casos, el aporte de las culturas indias, la oligarquía agraria del Continente permaneció viéndose como una continuadora exclusiva de la cultura hispánica, y por extensión de la europea, mientras que las poderosas burguesías comerciales y las germinales burguesías industriales oteaban hacia un horizonte al Norte: Inglaterra, en Europa, o los Estados Unidos en América. El desarrollo industrial capitalista, responsable principal del mantenimiento de las sociedades agrarias o mineras, exportadoras de materias primas o alimentos, fue la luz que atrajo los ensueños de mariposa de los ideólogos del progreso latinoamericano, quienes vieron, por lo general, al elemento aborigen como un obstáculo al avance hacia el camino de la industrialización. La quincena de años en los Estados Unidos sirvió a Martí, sin embargo, para extraer conclusiones diferentes. El gigantesco desarrollo industrial sustentado en un aumento sostenido del mercado interno, y autoabastecido,

en buena medida, de materias primas propias, por el que atravesaron los Estados Unidos durante la segunda mitad del siglo XIX, no levantaría en el revolucionario cubano el afán de seguir las vías y métodos de aquella nación para alcanzar el desarrollo latinoamericano: Martí estaba protegido por la fuerte conciencia de autoctonía, lo que le apreciamos desde México, que contribuiría, indudablemente, al proceso de su apresamiento de rasgos significativos del paso a la etapa imperialista en los Estados Unidos, y sus consecuencias de dominación para la América Latina.

En fecha tan temprana como 1881 escribía en su intimidad, en uno de los *Cuadernos de apuntes*: "¿Se unirán, en consorcio urgente, esencial y bendito, los pueblos conexos y antiguos de América? ¿Se dividirán, por ambiciones de vientre y celos de villorio, en nacioncillas desmeduladas, extraviadas, laterales, dialécticas?" (O.C., t. 21, p. 164). E insistía desde entonces en la unidad del modo siguiente:

¡Pues no vive próspera ni largamente pueblo alguno que tuerce su vía de aquello que le marcan sus orígenes, y se consagra a otro fin que aquel fatal que presentaban los elementos de que consta! ¡Pues en igual continente, de iguales padres, y tras iguales dolores, y con iguales problemas,—se ha de ir a iguales fines! ¡Acelera su fin particular el pueblo que se niega a obrar de concierto con los pueblos que le son afines en el logro del fin general! [*Cuadernos de apuntes*, O.C., t. 21, p. 164-165].

Obsérvese que la fundamentación de la unidad la hace atendiendo a razones geográficas ("en igual continente"), históricas ("de iguales padres y tras iguales dolores"), y sociales ("con iguales problemas").

Ya en los Estados Unidos, las observaciones de los primeros tiempos sobre ese país, en las cuales el juicio ético expresaba la asunción de los valores latinoamericanos, se fueron convirtiendo en el transcurso de los años ochenta en un dramático llamado de alerta y en una vigilia permanente, que culminarían en el angustioso quehacer político de la última década para, en una carrera contra reloj, detener la expansión norteamericana hacia nuestra América.

El estudio detenido de los orígenes, la evolución histórica y el impetuoso desarrollo de los Estados Unidos tras la Guerra de Secesión, demostró a Martí que se estaba abriendo una época de franco peligro para la independencia latinoamericana. Y ante ello, la unidad de la región se torna imprescindible para él: "Hemos de andar en cuadro apretado, como la plata en las raíces de los Andes", decía en 1891 en "Nuestra América".

La unidad latinoamericana es, pues, lógica consecuencia del antimperialismo martiano, o, mejor, es la otra cara de esa moneda, debido a la estrecha interdependencia de ambos aspectos de su pensamiento. Por tanto, deben sentarse algunos juicios a propósito de su antimperialismo.

En rápida ojeada, resulta evidente de la lectura de las "Escenas norteamericanas" que Martí comprendió que los Estados Unidos atravesaban por una fase de formación de monopolios industriales, los cuales establecían nexos de propiedad con la banca, a la vez que utilizaban sus posiciones y relaciones con los grupos en los partidos políticos —especialmente con el Partido Republicano—, para influir en la política del país, de manera de ampliar sus mercados exteriores. La agresividad comercial que se destapó en los Estados Unidos a fines del siglo XIX fue el lógico resultado de la concentración monopolística, la cual se sirvió de los tradicionales anhelos de expansión territorial, que habían agrandado la nación hacia el Oeste a lo largo del siglo, para impulsar un renovado interés hacia el Caribe, México y América Central.

Que Martí entendió cabalmente que comenzaba un nuevo período en las relaciones interamericanas, lo demuestran sus conocidas palabras al enjuiciar las razones y los propósitos que movieron al gobierno norteamericano a convocar la Conferencia Internacional Americana de Washington, que sesionó durante 1889 y 1890.

Jamás hubo en América, de la independencia acá, asunto que requiera más sensatez, ni obligue a más vigilancia, ni pida examen más claro y minucioso, que el convite que los Estados Unidos potentes, repletos de productos inenarrables, y determinados a extender sus dominios en América, hacen a las naciones americanas de menos poder, ligadas por el comercio libre y útil con los pueblos europeos, para ajustar una liga contra Europa, y cerrar tratos con el resto del mundo. De la tiranía de España supo salvarse la América española; y ahora, después de ver con ojos judiciales los antecedentes, causas y factores del convite, urge decir, porque es la verdad, que ha llegado para la América española, la hora de declarar su segunda independencia [O.C., t. 6, p. 46].

Es de suma importancia señalar que en el propio trabajo de donde se ha tomado la cita anterior, Martí explica cómo el desarrollo histórico de los Estados Unidos, desde su fase colonial, ha seguido derroteros diferentes a Latinoamérica, y que es precisamente ese camino recorrido el que desemboca en los objetivos expansionistas que han llevado a la convocatoria

de la Conferencia. Con un brillante análisis histórico apoyado en un sólido conocimiento de los estudios que se comenzaban entonces sobre los diferentes procesos históricos recorridos por ambas partes de América,<sup>2</sup> Martí insiste, en las crónicas sobre esa primera conferencia panamericana, en que la nación del Norte es "un pueblo agresivo de otra composición y fin" ("Congreso Internacional de Washington" I, O.C., t. 6, p. 53), y que el Continente está "ocupado por dos pueblos de naturaleza y objeto distintos" ("Congreso Internacional de Washington" II, O.C., t. 6, p. 63). Incluso dedicó todo un trabajo a demostrar las causales históricas de tales distinciones; se trata del discurso llamado "Madre América", leído a los delegados a la conferencia panamericana, en el cual hace un pormenorizado estudio paralelo de los procesos evolutivos en ambas partes de América. No cabe duda, al estudiar tales textos, que el latinoamericanismo de Martí cuenta con una poderosa apoyatura histórica que insiste en señalar la especificidad de las sociedades latinoamericanas frente a la norteamericana. Podría decirse que su pensamiento entra, con los artículos dedicados a la conferencia panamericana de Washington, en la fase del explícito deslinde definitivo entre la América Latina y los Estados Unidos. Pero hay más. Como Martí no fue un historiador ni un sociólogo, sino un político, ese deslinde a que arriba en sus análisis es motivado por el gran problema de su tiempo: la política expansionista del naciente imperalismo norteamericano cuya marcha, a plena conciencia, intentará detener desde entonces.

Por eso su latinoamericanismo se define por oposición: la América Latina es una identidad, no sólo por razones históricas y étnico-culturales, sino también porque su presente y su futuro enfrentan una nueva amenaza de dominación.

De una parte hay en América un pueblo que proclama su derecho de propia coronación a regir, por moralidad geográfica, en el continente, y anuncia, por boca de sus estadistas, en la prensa y en el púlpito, en el banquete y en el congreso, mientras pone la mano sobre una isla y trata de comprar otra, que todo el norte de América ha de ser suyo, y se le ha de reconocer derecho imperial del istmo abajo, y de otra están los pueblos de origen y fines diversos, cada día más ocupados y menos recelosos, que no tienen más enemigo real que su propia ambición, y la del vecino que los convida a ahorrarle el trabajo de quitarles mañana por la fuerza lo que le pueden dar de grado ahora ["Congreso Internacional de Washington" II, art. cit., p. 56].

<sup>2</sup> Cf. su artículo sobre el libro del argentino Vicente G. Quesada, que estudia la época colonial (O.C., t. 7, p. 389-392).

Es evidente, como se ha visto en las citas, que junto a la expansión territorial, Martí aprecia que los Estados Unidos pretenden una expansión económica a expensas de la América Latina: con ambas, nos ha dicho, se trataba de "crear en forma nueva el despotismo" ("Congreso Internacional de Washington" II, art. cit., p. 62). Sabido es que la fase imperialista del capitalismo destaca la exportación de capitales como forma principal de la dominación sobre los pueblos dependientes. Martí no atribuye a este aspecto la responsabilidad fundamental en la expansión económica del imperialismo de los Estados Unidos hacia la América Latina, sino que reitera el interés por encontrar mercados consumidores de sus productos industriales, puesto ya de manifiesto en 1883 con el tratado comercial con México, tan criticado por el cubano.<sup>3</sup> Incluso en una de las crónicas sobre la conferencia panamericana llama a poner capitales en Argentina ("Los delegados argentinos en Nueva York", *O.C.*, t. 6, p. 110), repitiendo una idea expresada también para *La Nación* de Buenos Aires en 1888 ("La República Argentina en el exterior", *O.C.*, t. 7, p. 343), aunque advierte, ante la presencia norteamericana en Honduras seis años más tarde, desde las páginas de *Patria*:

De tiempo atrás venía apenando a los observadores americanos la imprudente facilidad con que Honduras, por sinrazón visible más confiada en los extraños que en los propios, se abrió a la gente rubia que con la fama del progreso le iba del Norte a obtener allí, a todo por nada, las empresas pingües que en su tierra les escasean o se les cierran. Todo trabajador es santo y cada productor es una raíz; y al que traiga trabajo útil y cariño, venga de tierra fría o caliente, se le ha de abrir hueco ancho, como a un árbol nuevo; pero con el pretexto del trabajo, y la simpatía del americanismo, no han de venir a sentársenos sobre la tierra, sin dinero en la bolsa ni amistad en el corazón, los buscavidas y los ladrones ["Honduras y los extranjeros", *O.C.*, t. 8, p. 36].

La cita parece referirse a la emigración de trabajadores, de colonos, pero es conveniente recordar que tales empresas de colonización, de cierta frecuencia en la América Central de finales de siglo, solían tener poderosos vínculos con los círculos financieros norteamericanos. De todos modos, estos criterios martianos parecen obedecer no sólo a la obvia necesidad de capitales para el desarrollo de las economías latinoamericanas de entonces, sino, además, al hecho de que a finales del siglo pasado todavía los Estados Unidos estaban empeñados en una

<sup>3</sup> Cf. "El tratado comercial entre los Estados Unidos y México", *O.C.*, t. 7, p. 17-22.

aguda lucha contra Inglaterra por el dominio de los mercados latinoamericanos. En aquella época es indudable que el peso y el sentido de la expansión económica del imperialismo norteamericano se daba por el intento del control comercial — como ya sucedía en Cuba, donde el financiamiento norteamericano de las operaciones comerciales ya era de gran peso en la producción azucarera —, paso indispensable para asegurar la entrada posterior en la esfera productiva de los capitales excedentes. Y, por otra parte, no puede descontarse que la exportación de mercancías es un objetivo del comercio capitalista, que caracterizó las relaciones, durante su fase industrial, entre las naciones desarrolladas y las que ya se sumergían en el subdesarrollo, pero que no desaparece en la etapa imperialista, sino que hasta se incrementa cuantitativamente al ampliarse el mercado mundial, aunque cambiando su carácter: en la medida en que la producción monopolística domina las exportaciones, es obvio que el comercio internacional en tiempos del imperialismo se ajusta a los requerimientos de las grandes corporaciones financieras. Por tanto, aunque no estamos en condiciones de ofrecer referencias martianas que indiquen la comprensión de este asunto, sus señalamientos críticos al hegemonismo comercial norteamericano en la América Latina constituyen, objetivamente, una oposición a un movimiento económico del naciente imperialismo.

Sin embargo, la sagacidad martiana no dejó de advertir sobre los peligros que acarreaban las exportaciones de capital, que ya comenzaban a ser frecuentes a través de los préstamos o de las inversiones directas en las vías de comunicación: "viene con el extranjero", decía en 1889, "el veneno de los empréstitos, de los canales, de los ferrocarriles" ("Congreso Internacional de Washington" II, art. cit., p. 61).

Veamos cómo él mismo responde a la pregunta ¿Conviene a Hispanoamérica la unión política y económica de los Estados Unidos?, que se hizo en "La conferencia monetaria de las repúblicas de América", en mayo de 1891:

Quien dice unión económica, dice unión política. El pueblo que compra, manda. El pueblo que vende, sirve. Hay que equilibrar el comercio, para asegurar la libertad. El pueblo que quiere morir, vende a un solo pueblo, y el que quiere salvarse, vende a más de uno. El influjo excesivo de un país en el comercio de otro, se convierte en influjo político. La política es obra de los hombres, que rinden sus sentimientos al interés, o sacrifican al interés una parte de sus sentimientos. Cuando un pueblo fuerte da de comer a otro, se hace servir de él. Cuando un pueblo fuerte quiere dar batalla a otro, compele a la alianza y al servicio

de los que necesitan de él. Lo primero que hace un pueblo para llegar a dominar a otro, es separarlo de los demás pueblos. El pueblo que quiera ser libre, sea libre en negocios. Distribuya sus negocios entre países igualmente fuertes. Si ha de preferir a alguno, prefiera al que lo necesita menos, al que lo desdeña menos. Ni uniones de América contra Europa, ni con Europa contra un pueblo de América ["La conferencia monetaria de las repúblicas de América", *O.C.*, t. 6, p. 160].

Obsérvese cómo la agudeza de los juicios martianos apresa la íntima relación entre la dominación económica y la política, relación que precisamente caracteriza a la opresión neocolonial, propia de la época del imperialismo.

Ante esta nueva dependencia hacia el naciente imperialismo de los Estados Unidos, que tomaba las formas de la expansión territorial y económica, sólo cabía como respuesta la unidad, entendida en sentido estratégico. Por eso escribiría en 1890: "Las familias de pueblos, como los partidos políticos, frente al peligro común, aprietan sus lazos" ("La conferencia de Washington", *O.C.*, t. 6, p. 80).

Martí no estableció explícitamente el plan para la unidad latinoamericana ni, mucho menos, habló de un proyecto de Estado unificado. En sus apreciaciones críticas sobre el ideal bolivariano —escritas en 1893, en su interrumpido período de madurez— ya observamos el realismo de su pensamiento en este sentido; pero es indudable que su proyecto revolucionario y antimperialista tendía a allanar el camino estratégico para tal unidad. Como escribió en el prólogo a los *Versos sencillos* (1891): Cuba no podía apartarse por las intrigas imperialistas "de la patria que la reclama y en ella se completa, de la patria hispanoamericana" (*O.C.*, t. 6, p. 143). Es de sumo interés esta idea suya —que reitera— sobre el completamiento, en Cuba, de "la patria hispanoamericana". Ella hace estimar que en el Maestro hay una peculiar y avanzada idea nacional: esta no se remite a las fronteras administrativas creadas por el colonialismo español o a las estatales aparecidas tras la independencia. La verdadera nación es una sola —la América Latina toda—, pues ella, como vimos que entendió desde los años en México y Guatemala, es —como conjunto— una identidad histórico-cultural diferenciada de Europa y de los Estados Unidos. Y por eso es válido afirmar que su sentido nacional no tuvo una naturaleza localista, que se reafirmó en la medida en que comprendió los objetivos expansionistas de los Estados Unidos. Recordemos al efecto, simplemente, sus advertencias en "Nuestra América" con respecto a los celos aldeanos que

limitan el horizonte y no dejan ver en el cielo a los cometas que andan engullendo mundos. Al mismo tiempo, el combate de liberación nacional, que comenzó en Cuba y que se habría de extender a Puerto Rico, es, entonces, una fase que constituye un prerequisite de la unidad continental.

Por eso, en absoluta concordancia con todo lo anterior, su estrategia político-revolucionaria, para llegar a esa unidad latinoamericana, habría de obstaculizar la expansión territorial del imperialismo norteamericano, como ya escribía, seis años antes de su muerte en combate, a Gonzalo de Quesada, en medio de los trajines de la conferencia panamericana:

El interés de lo que queda de honra en la América Latina, —el respeto que impone un pueblo decoroso— la obligación en que esta tierra está de no declararse aún ante el mundo pueblo conquistador—lo poco que queda aquí de republicanism sano—y la posibilidad de obtener nuestra independencia antes de que le sea permitido a este pueblo por los nuestros extenderse sobre sus cercanías, y regirlos a todos:—he ahí nuestros aliados, y con ellos emprendo la lucha ["Cartas a Gonzalo de Quesada", *O.C.*, t. 6, p. 122].

Y por esto también su insistencia en que las Antillas libres serían una encrucijada comercial abierta a todos los continentes, de manera de obstaculizar el expansionismo económico norteamericano hacia la América Latina. Se trata, pues, de que el internacionalismo martiano, expresado a través de su objetivo unitario para la América Latina, pasa por su nacionalismo popular y revolucionario.

El que en silencio tuviera que ser la tarea martiana, como decía a Mercado el 18 de mayo de 1895, y como había advertido también a Quesada desde diciembre de 1889 ("En las manos de todos no podemos poner nuestro pensamiento, porque sería lo mismo que entregarlo al enemigo, que tiene tantos lomos a sus pies" [*O.C.*, t. 6, p. 126]), no es óbice para entender que Cuba independientemente, con la fundación de la república "nueva", abriría el camino de la imprescindible unidad latinoamericana, gradual y a largo plazo en las formas político-estatales, más mediata en el acercamiento de las estructuras económicas como resultado del abandono de los moldes oligárquico-agrarios, y de urgencia extrema en cuanto a la acción diplomática y política concertada contra los apetitos del imperialismo norteamericano. Esos eran los "deberes difíciles" que la situación geográfica señalaba a Cuba, y que la labor del Partido Revolucionario Cubano habría de preparar, como se expresa en el artículo tercero de sus *Bases* (*O.C.*, t. 1, p. 279). Así, frente a la república oligárquica que Martí puso en solfa en 1891 en "Nuestra América"



(art. cit., p. 15-23), por no fundarse de acuerdo con los intereses del indio, del negro y del campesino, y por imitar en su forma de gobierno los modelos liberales de Europa y de los Estados Unidos, se levantaría la república democrática y popular, que, según dijo hace ochenta años en el *Manifiesto de Montecristi*, daría

un porvenir en que las condiciones de asiento, y del trabajo inmediato de un pueblo feraz en la república justa, excederán a las de disociación y parcialidad provenientes de la pereza o arrogancia que la guerra a veces cría, del rencor ofensivo de una minoría de amos caída de sus privilegios; de la censurable premura con que una minoría aún invisible de libertos descontentos pudiera aspirar, con violación funesta del albedrío y naturaleza humanos, al respeto social que sola y seguramente ha de venirles de la igualdad probada en las virtudes y talentos; y de la súbita desposesión en gran parte de los pobladores letrados de las ciudades de la suntuosidad o abundancia relativa que hoy les viene de las gabelas inmorales y fáciles de la colonia, y de los oficios que habrán de desaparecer con la libertad [O.C., t. 4, p. 96].

Parece que Martí, comprometido en la ejecución del primer paso de su estrategia revolucionaria, en la guerra para la independencia de Cuba, y en fomentar y auxiliar la de Puerto Rico, según reza el artículo primero de las *Bases del Partido Revolucionario Cubano*, pensaba que el acercamiento entre las Antillas mayores —Cuba, Santo Domingo y Puerto Rico: “las tres Antillas hermanas, que han de salvarse juntas, o juntas han de perecer” (“Las Antillas y Baldorioty Castro”, O.C., t. 4, p. 407)— sería de más temprano alcance en virtud de las desembozadas aspiraciones de ocupación de las mismas que se manifestaban en los Estados Unidos. Pero ni aún en ese caso en que parece evidente su deseo de que la aproximación entre ellas no fuese lejana, osa Martí insinuar la conveniencia de la unión estatal:

No parece que la seguridad de las Antillas, ojeadas de cerca por la codicia pujante, dependa tanto de la alianza ostentosa y, en lo material, insuficiente, que provocase reparos y justificara la agresión como de la unión sutil, y manifiesta en todo, sin el asidero de la provocación confesa, de las islas que han de sostenerse juntas, o juntas han de desaparecer, en el recuento de los pueblos libres. Por la rivalidad de los productos agrícolas, o por diversidad de hábitos y antecedentes, o por temor de acarrearle la enemiga del vecino hostil, pudieran venir a apartarse, en

cuanto cayese en forma cerrada su unión natural, las tres islas que, en lo esencial de su independencia y en la aspiración del porvenir, se tienden los brazos por sobre los mares, y se estrechan ante el mundo, como tres tajos de un mismo corazón sangriento, como tres guardianes de la América cordial y verdadera, que sobrepujará al fin a la América ambiciosa, como tres hermanas [“Las Antillas y Baldorioty Castro”, art. cit., p. 405].

En rigor, pues, parece admisible que para el revolucionario cubano la unidad latinoamericana —imperativo motivado por las intenciones expansionistas tanto territoriales como económicas del naciente imperialismo norteamericano— era un proceso a largo plazo y que abarcaba muchas instancias antes de poder arribar a la unidad estatal. Esa unidad, que no se oponía, sino que estimulaba la formación de unidades subregionales como la de las Antillas Mayores y la de la América Central —cuyo unidad política incluso fue aplaudida por Martí como una aspiración legítimamente asentada en la historia—, exigía como condición *sine qua non*, la reestructuración de las repúblicas latinoamericanas, cargadas, como dijo en varias ocasiones, de peligros internos, los cuales sintetizó en la idea de la permanencia de los hábitos y costumbres coloniales a través de la ausencia de formas de gobierno que respondiesen a los intereses de las mayorías populares. Al ser el lógico remate de su estrategia de liberación nacional, el sentido de la unidad continental en Martí, aunque continúa una tradición del pensamiento de la región —y no podía dejar de ser así puesto que, objetivamente, la identidad latinoamericana, como entendió el revolucionario cubano, era histórica: se manifestaba en concordancia con el proceso ocurrido durante la colonia y la república independiente—, significa, al mismo tiempo, una ruptura, al ascender a un escalón superior. Porque conscientemente defiende los intereses populares en Cuba al luchar por la independencia, y en la América Latina al pretender asegurar su independencia con el detenimiento de la expansión imperialista y con el reajuste de sus estructuras sociales, económicas y políticas de manera de hacer causa común con los oprimidos, José Martí abre la concepción de la unidad latinoamericana para dar cabida en ella —más que a las formas político-estatales— al jugoso contenido de las transformaciones sociales que darían base firme al combate contra la dominación imperialista.

Este aspecto, punto nodal de su estrategia continental, cuya materialización se iniciaría al crearse la república “nueva” en Cuba, quedó, como sabemos, sin una amplia fundamentación positiva en su pensamiento: el programa de transformaciones

concretas sólo puede estimarse a través de sus críticas a aspectos específicos de las realidades latinoamericanas, y de sus ideas a propósito de la república cubana por fundar. La organización del Partido, y los preparativos para la "guerra necesaria" —implementación en la práctica de los objetivos de su estrategia—, le impidieron desarrollar *in extenso* esa fundamentación. Pero, de todos modos, es indudable que su idea unitaria continental se basa en las transformaciones de estructuras sociales, dando así a su antimperialismo un completamiento tal que lo hace rebasar la simple observación sagaz de una coyuntura política, para convertirlo en un elemento caracterizador de su especificidad como pensador y dirigente político. Ello lo sitúa como el hombre mayor del mundo colonial y dependiente en el siglo XIX, muy por encima del movimiento democrático-revolucionario de entonces, tanto, que desbrozó el camino a quienes, en el siglo XX y partiendo de su pensamiento, han asumido, desde la teoría marxista-leninista, la conducción del movimiento de liberación nacional para unirlo, en armonioso proceso único, a las transformaciones de tipo socialista. Así, pues, las palabras que dejó escritas y el ejemplo de su obra política han servido y sirven como trincheras de ideas para la continuación del combate por la liberación nacional, ese que él convocara en la América Latina cuando llamó a los árboles a ponerse en fila, para que no pasase el gigante de las siete leguas.

Enero de 1980.

## Martí: la república "con todos y para el bien de todos"

ÓLEG TERNOVOI

La tesis sobre la república "con todos y para el bien de todos" es testimonio de que en Martí se encuentra un gran programa de transformación del régimen social y estatal de Cuba sobre una base democrática que se concreta en las concepciones fundamentales del Partido Revolucionario Cubano y el *Manifiesto de Montecristi*. Esta tesis corona todo el sistema de las ideas sociopolíticas de Martí. Ella se desarrolla por Martí en muchos de sus trabajos, pero quizás con más relieve y claridad la divisa misma de la república está formulada en el discurso "Con todos y para el bien de todos", que pronunció el 26 de noviembre de 1891 en el Liceo Cubano de la ciudad norteamericana de Tampa.

Es importante hacer notar que en la imagen de la república "con todos y para el bien de todos" Martí trató de crear el ideal de la república verdaderamente popular basada en la igualdad y justicia social, cuyo prototipo no existía entonces en la realidad. Martí mismo, hablando de que tal república no podía crearse en un día y con la ayuda única de la guerra por la independencia, subrayó que ella no la había realizado ningún pueblo en el mundo.

El ideal de tal república no es solamente un fenómeno específicamente cubano; tiene más dimensiones latinoamericanas.

El retraso de la América Latina, que contrastaba mucho en comparación con el gran desarrollo del capitalismo en los Estados Unidos, se convirtió en un "enigma hispanoamericano", cuya clave, según las palabras de Martí, no podían darla autores europeos y norteamericanos. Martí trató de resolver este enigma: la república "con todos y para el bien de todos" debía llevar a Cuba por el camino del progreso social, y con esto servir de ejemplo para otros pueblos de la América Latina.

Este ideal no se formó en Martí de una vez. Sólo en el transcurso de la actividad revolucionaria llegó a esta conclusión teórica importante que constituye la esencia fundamental de sus concepciones democrático-revolucionarias en las tareas de la lucha nacional-liberadora, en las vías del desarrollo social,

en el carácter y dirección de las transformaciones económico-sociales. En las condiciones de retraso de las relaciones sociales y de antagonismos de clases en el ámbito del yugo feudal y colonial, el ideal de Martí se presentó como un reflejo de los anhelos de las capas bajas hacia la creación de una sociedad ideal, basada en los principios la igualdad de todos y la justicia social.

Además de esto, una influencia determinante sobre Martí fue la ideología política de los pensadores progresistas franceses del siglo XVIII, en particular Rousseau; Martí también conoció los trabajos de los demócratas norteamericanos Jefferson y Paine. Sin embargo, esta influencia no debe exagerarse. Aún más: el ideal de la república "con todos y para el bien de todos", aunque no desbordó los límites del democratismo pequeñoburgués, surgió desde el principio como antípoda de los estados burgueses existentes en Europa y América. Si en la aurora del capitalismo muchos pensadores políticos se inclinaron a idealizar el futuro reino de la burguesía, Martí, como algunos de sus contemporáneos, tomando en cuenta el ejemplo de los Estados Unidos y otros países capitalistas, ya pudo vencerse, evidentemente, de lo que representaba en sus entrañas este reino. La democracia política y la soberanía nacional enmascarar en la realidad el poder de la burguesía, es decir, su dictadura. Así, de esta manera, Martí pudo ver lo que otros pensadores progresistas en la época del nacimiento del capitalismo no pudieron ver. Por eso formuló las concepciones democrático-revolucionarias más perspicaces, las cuales se dirigían directamente contra el régimen capitalista.

Un importante papel en la formación del ideal de Martí lo desempeñó su larga estancia en los Estados Unidos y su observación sobre el sistema de vida norteamericano. No encontró en los Estados Unidos el poder verdadero del pueblo, aunque en aquel tiempo la democracia norteamericana era presentada por los apologistas del capitalismo como la democracia más perfecta, como modelo de "democracia para todos". Una completa explicación de las relaciones de Martí con los Estados Unidos permite no solamente descubrir más profundamente el contenido de su ideal —la república "con todos y para el bien de todos"—, sino también desenmascarar a todos los partidarios contemporáneos del sistema de vida norteamericano en la América Latina, los cuales tratan en los países latinoamericanos de representar a Martí como el Apóstol de la democracia y el orden social según el modelo de los Estados Unidos.

Criticando el sistema de vida norteamericano, Martí no cayó ni en el exclusivismo, ni en la exageración. Considerará la rea-

lidad norteamericana tal cual es, tanto en lo bueno como en lo malo. No disminuyendo la importancia de las conquistas del pueblo norteamericano en la esfera de la democracia política y la libertad, y saludándolas, al mismo tiempo señala que esas conquistas se someten cada vez más a la corrupción por parte de la oligarquía financiera en el poder.

Observando las maquinaciones políticas y financieras creadas en los Estados Unidos por los "poderosos de este mundo", Martí les llamó justamente "presidio ambulante". La camarilla de los banqueros es omnipotente. Como deseando concluir sus observaciones, Martí resume: "Todo lo tienen: se les vende todo".<sup>1</sup>

Martí descubre el pacto habitual en los círculos de los negocios que reciben acciones de la industria y las compañías a cambio de "favores" políticos, de modo tal que desaparece cualquier diferencia entre el comerciante y el diputado, el cual subordina su influencia como elegido del pueblo a los ávidos intereses de las compañías. En palabras de Martí, esto significa el hurto del tesoro más precioso, que son los derechos legítimos del pueblo.

Martí desenmascaró el llamado "democratismo" del sistema bipartidista en los Estados Unidos, al mostrar que ambos partidos sirven obedientemente a un mismo amo: el capitalismo. Ambos partidos se convirtieron en "corporaciones rapaces" a las cuales les interesa más apoderarse de los cargos públicos y usarlos en su interés que las victorias de los ideales políticos. Según sus palabras, en los Estados Unidos "en vez de robustecerse la democracia y salvarse del odio y la miseria de las monarquías, se corrompe y aminora la democracia, y renacen, amenazantes, el odio y la miseria".

Martí nota los conflictos y contradicciones sociales entre el trabajo y el capital, los cuales en Cuba, entonces, sólo se perfilaban, y en los Estados Unidos ya se manifestaban con toda fuerza. Somos, escribió Martí, testigos de una lucha aguda entre capitalistas y obreros. Utilizando su poder y su riqueza, los capitalistas agotan las últimas fuerzas, y lanzan de la vida a los que vinieron a ella teniendo sólo sus manos y su inteligencia. En un solo polo se concentra la riqueza, en otro la miseria. "El monopolio", dice Martí, "está sentado, como un gigante implacable, a la puerta de todos los pobres" ("Cartas de Martí", O.C., t. 10, p. 84).

El antagonismo de clase entre los capitalistas y los proletarios alcanzó una agudeza tal que Martí corrobora: "la república

<sup>1</sup> José Martí: "Cartas de Martí", *Obras completas*, La Habana, Editorial Nacional de Cuba, 1963-1965, t. 13, p. 290. (En lo adelante, todas las referencias a la obra de José Martí, se remitirán a la citada edición de sus *Obras completas*. N. de la R.)

popular [norteamericana] se va trocando en una república de clases" ("La religión en los Estados Unidos", *O.C.*, t. 11, p. 245).

En su artículo "La revolución" (1894), Martí dirigiéndose a los cubanos, dice que ellos no pueden esperar nada bueno de los Estados Unidos, los que han caído "en los problemas todos de las sociedades feudales y en los vicios todos de la monarquía" (*O.C.*, t. 3, p. 79). Para evitar el triste destino del Norte, Cuba debe hacerse una república popular y no de clases como los Estados Unidos, por vía de la creación de un régimen "para el bien de todos". Un año antes, en el artículo "La crisis y el Partido Revolucionario Cubano", escribió: "El Norte ha sido injusto y codicioso; ha pensado más en asegurar a unos pocos la fortuna que en crear un pueblo para el bien de todos" (*O.C.*, t. 2, p. 367). "Alcémonos, para la república verdadera [...] Y pongamos alrededor de la estrella, en la bandera nueva, esta fórmula del amor triunfante: 'Con todos y para el bien de todos'" ("Discurso en el Liceo Cubano, Tampa". *O.C.*, t. 4, p. 279).

¿Cuáles son los principios del sistema social y estatal que Martí deseaba poner como fundamento de la república "con todos y para el bien de todos"?

Como ideal futuro del sistema estatal de Cuba libre e independiente, Martí consideró la república democrática basada en el mantenimiento riguroso de los principios de la soberanía nacional y del poder del pueblo. El poder en la república debe pertenecer por completo al pueblo cubano, y la igualdad común y el respeto de los derechos y libertades políticas para todos los cubanos debe hacerse una de sus leyes fundamentales.

Este ideal político-social martiano fue el resultado ideológico regular de la guerra popular por la independencia, cuyas fuerzas motrices fueron el campesinado y el proletariado en formación. Así, ya en el transcurso de la guerra misma por la independencia, se cristalizaron algunos contornos de la futura república.

El Partido Revolucionario Cubano creado por Martí se construyó sobre bases democráticas. El mismo Martí señalaba que la grandeza del Partido consistía en que para crear la república cubana, se partió de la construcción del Partido sobre principios republicanos: en el trabajo de todos, daba a todos iguales derechos. Los dirigentes del Partido, incluso su delegado, se elegían por los miembros del Partido, y fueron servidores de su pueblo y no *bosses* del partido a los cuales es imposible quitar de sus cargos.

Apoyando los principios del democratismo y el republicanismo verdaderos, Martí rechaza decididamente los antipopulares

regímenes caudillistas que fueron característicos de la vida política de muchos países latinoamericanos. "Para zares, no es nuestra sangre", escribía Martí. "Otras repúblicas nacieron hace setenta y cinco años: nosotros, ahora. Lo que ha pasado en otras repúblicas no pasará en la nuestra" ("Persona, y Patria", *O.C.*, t. 2, p. 278).

Los revolucionarios cubanos, según las palabras de Martí, deben extraer una lección útil de la historia política de las repúblicas feudales de la América Latina, que sólo formalmente eran repúblicas. Ellos deben aprender sólidamente la verdad de que una de las causas fundamentales, si no la principal, de que "entró a padecer América, y padece" es la violación por los vencedores que triunfaron gracias al pueblo, y gracias a él llegaron al poder, de la regla fundamental: "con el alma de la tierra había de gobernar, y no contra ella ni sin ella". El Continente, dice Martí, "entró [...] en un gobierno que tenía por base la razón; la razón de todos en las cosas de todos, y no la razón universitaria de unos sobre la razón campestre de otros" ("Nuestra América", *O.C.*, t. 6, p. 19).

De este modo, para Martí el problema de la transformación del régimen estatal de Cuba no sólo consiste en el cambio de las formas de gobierno, sino también, y ante todo y principalmente, en el cambio de raíz de la base política misma de este gobierno, porque "la libertad, para ser viable, tiene que ser sincera y plena", y, "si la república no abre los brazos a todos y adelanta con todos, muere la república" ("Nuestra América", cit., p. 20-21).

La república democrática que proclamaba la superioridad absoluta del pueblo, e iguales derechos y libertades políticas para todos, resolvía sólo una parte de la tarea; esta igualdad política, como la consideraba Martí, debía ser completada por una igualdad económica para que el sistema social de Cuba fuera correspondientemente reorganizado.

Martí señalaba que en la república "con todos y para el bien de todos" sería liquidada la explotación y reinaría la justicia, desaparecerían la miseria y la pobreza, no habría ni ricos ni pobres, ni explotadores ni explotados. Para Martí "esclavo es todo aquel que trabaja para otro que tiene dominio sobre él" ("*La futura esclavitud*", *O.C.*, t. 15, p. 391). Mientras haya un pobre, hay una injusticia, dice Martí. Expresando los anhelos de las masas populares, declara que el pueblo cubano creará "una república trabajadora", un país que proclamará el derecho común al trabajo, "que es el aire y el sol de la libertad". El trabajo, según sus palabras, es garantía de la prosperidad de la república.

"La república trabajadora" de Martí fue en su base una república de campesinos, una república de pequeños propietarios. Su régimen social respondía por completo a los deseos y anhelos del campesino cubano interesado en la conservación de la pequeña propiedad, de su pedazo de tierra, cuya posesión le parecía la más alta felicidad en la tierra. "Los campesinos", escribía Martí, "son la mejor masa nacional, y la más sana y jugosa [...] Las ciudades son la mente de las naciones; pero su corazón, donde se agolpa, y de donde se reparte la sangre, está en los campos" ("Maestros ambulantes", *O.C.*, t. 8, p. 290). Por eso declara: "Poseer, he aquí la garantía de las Repúblicas" ("Carta de Nueva York", *O.C.*, t. 9, p. 85). "La propiedad conserva los estados" ("Carta a La República", *O.C.*, t. 8, p. 27).

En la actitud ocupada por Martí en el problema de la propiedad se mostraron más evidentemente sus limitaciones pequeñoburguesas. Martí se levanta resueltamente contra la gran propiedad de la tierra, condena el egoísmo inhumano de los millonarios para los cuales una pera madura importa más que todos los dolores, y los impulsos y centelleos de todos los hombres. "Es rica una nación que cuenta muchos pequeños propietarios", escribía Martí. "No es rico el pueblo donde hay algunos hombres ricos, sino aquel donde cada uno tiene un poco de riqueza" (*Guatemala*, *O.C.*, t. 7, p. 134); "venturosa es la tierra en que cada hombre posee y cultiva un pedazo de terreno" (*Guatemala*, cit., p. 124).

Pero él defiende e idealiza la pequeña propiedad considerándola la base de la sociedad y el Estado. Partiendo de los intereses del campesinado, Martí interviene en favor de la confiscación a los terratenientes de las grandes extensiones de tierra que quedaban sin cultivar. En 1893, en "El Manifiesto del Partido Revolucionario Cubano", Martí escribió: "Ancha es la tierra en Cuba inculca, y clara es la justicia de abrirla a quien la emplee, y esquivarla de quien no la haya de usar" ("El Partido Revolucionario a Cuba", *O.C.*, t. 2, p. 346).

Martí no pudo elevarse a una comprensión científica de la igualdad, la cual fue dada primeramente por el marxismo. Como argumentos teóricos, utilizó la concepción de que todos los hombres son iguales por su naturaleza, y gozan de los mismos e inalienables derechos naturales. "La igualdad social no es más que el reconocimiento de la equidad visible de la naturaleza" ("Nuestras ideas", *O.C.*, t. 1, p. 321).

Aunque Martí formuló la reivindicación de liquidar la explotación y, aún más, crear una república sin clases, al mismo tiempo, como demócrata pequeñoburgués, en lugar de la liquidación de la propiedad privada propone *de facto* la teoría utópica igualitaria de su redistribución. Martí no entendía

que sería imposible conseguir la igualdad sin liquidar la propiedad privada, la cual es la base de la existencia de las diferencias de clases y la desigualdad social.

La peculiaridad específica de la "república de los trabajadores" de Martí consiste en que ella, al evitar el capitalismo, entra en una sociedad sin clases donde sólo es posible la felicidad de cada uno y de todos. Viviendo en los Estados Unidos Martí llega a la conclusión de que en Cuba debe hacerse una república popular, o sin clases, o de lo contrario le esperan todos los vicios en los cuales se atascó la "república clasista" norteamericana. El demócrata revolucionario cubano cree sinceramente que la república en Cuba "no será el predominio injusto de una clase de cubanos sobre las demás, sino el equilibrio abierto y sincero de todas las fuerzas reales del país, y del pensamiento y deseo libres de los cubanos todos" ("¡Vengo a darte patria!", *O.C.*, t. 2, p. 255).

Deteniéndose en las posiciones del democratismo revolucionario, Martí, sin embargo, no se imaginaba un programa claro de cómo debía realizarse en la práctica. Sólo el marxismo pudo dar una clara respuesta a esta pregunta: la misión histórica de la construcción de la sociedad sin clases, el comunismo, pertenece al proletariado, la más avanzada y revolucionaria clase de la sociedad capitalista. No entendiendo el papel histórico del proletariado, Martí no evitó el utopismo, y creyó que Cuba podía escaparse del capitalismo y llegar a una sociedad sin clases, de igualdad y justicia social, a través de la guerra revolucionaria por la independencia la cual se apoyaba en el movimiento campesino. No entendía que la revolución campesina no puede llevar a la creación de la sociedad sin clases que deseaba, porque ella no es revolución socialista sino democrático-burguesa.

Para el marxista, el movimiento campesino no es un movimiento socialista, sino democrático. Representa en Rusia, como ya sucedía en otros países, un componente necesario de la revolución democrática, que es burguesa por su contenido económico-social. De ningún modo se dirige contra las bases del régimen burgués, contra la economía mercantil, contra el capital. Al contrario, va en contra de las relaciones viejas de servidumbre precapitalistas en el campo y contra los terratenientes que son el baluarte principal de los vestigios feudales. Por eso la victoria plena de este movimiento campesino no elimina el capitalismo sino, al revés, ampliará el suelo para su desarrollo, e impulsará y agudizará un expedito desarrollo capitalista. La victoria plena de la sublevación campesina sólo puede crear un baluarte de la república democrática burguesa en la cual,

por primera vez, con toda claridad, se desencadenará la lucha del proletariado contra la burguesía. [V. I. Lenin: "El socialismo proletario y pequeñoburgués", *Obras completas*, Moscú, 5ta. edición, t. 12, p. 41].

Apreciando en su totalidad la utopía social de Martí, encarnada en la imagen de la república "con todos y para el bien de todos", es necesario recordar un señalamiento importante de Federico Engels: "lo que no es justo en el sentido económico-formal puede ser justo en el sentido histórico-mundial". Lenin notó, siguiendo este señalamiento de Engels, que es necesario apreciar todas las utopías modernas populistas y laboristas, como en Rusia y en otros Estados, que engendran las revoluciones burguesas. En su artículo "Dos utopías", Lenin escribió:

*El democratismo populista que no es justo en el sentido económico-formal, es verdad en el sentido histórico; este democratismo que no es justo en calidad de una utopía socialista, es la verdad de esta lucha democrática originaria de las masas campesinas históricamente determinada, la cual constituye un elemento indisoluble de la transformación burguesa y la condición de su plena victoria [Lenin: ob. cit., t. 22, p. 120].*

Esta importante tesis del marxismo se relaciona con la valoración de las concepciones político-sociales de Martí. En verdad, en el sentido económico-formal, la utopía socialista de Martí, su creencia en un camino peculiar no capitalista del desarrollo para Cuba, cuando esta ya había entrado en el camino del capitalismo y no podía evitarlo, no fueron justas. Pero el democratismo revolucionario de Martí fue "la verdad en el sentido histórico", verdad cuando en Cuba el democratismo y el socialismo se unieron en el movimiento de liberación nacional como un todo, y la lucha de las masas proletarias y campesinas que participaron en este movimiento fue el factor principal y la condición decisiva de la victoria plena de la revolución popular democrático-burguesa de 1895. Por eso, en el ambiente de los años 1889-1890 del siglo pasado, la utopía social de Martí encarnada en la imagen de la república "con todos y para el bien de todos", tuvo una importancia progresista y causó una influencia revolucionadora en el desarrollo de la lucha del pueblo cubano contra el régimen colonial español. Con plena razón podemos llamar a Martí el gran precursor del socialismo en Cuba.

## Visión martiana del movimiento de liberación ruso

ELENA JORGE

Al igual que ocurre con otros demócratas revolucionarios del siglo XIX, José Martí no llegó a alcanzar una comprensión propiamente científica de la sociedad futura. En ello reside, básicamente, lo que separa las corrientes democrático-revolucionarias del pensamiento más avanzado, vanguardia en la que se sitúan, no hay que decirlo, los fundadores del socialismo científico. Mas, es de universal aceptación para los estudiosos marxistas de hoy, que el pensamiento democrático del siglo XIX, al calor de un desarrollo capitalista en naciones política y económicamente rezagadas, como es el caso de Rusia y de Cuba, no constituye un antecedente más, entre otros muchos, del socialismo científico sino, utilizando una imagen leninista, el "umbral" de una teoría política mucho más consecuente, el momento más cercano hacia su desarrollo, que es necesario examinar cada vez con mayor atención.

La propia definición de las modalidades del pensamiento democrático en las figuras representativas de cada país asume con frecuencia un carácter particular. Esta particularidad obedece a las necesidades de reflejar la especificidad de las tareas que debieron abordar los diversos demócratas revolucionarios en la lucha de liberación de cada uno de sus países, y en cada una de las etapas de esa lucha. Es por ello que no podemos enjuiciar el pensamiento de los diversos representantes del democratismo revolucionario suponiéndoles una problemática homogénea, ni un mismo punto de partida en sus concepciones filosóficas, ni una identidad en el alcance de su análisis económico de la sociedad.

Sin embargo, se imponen por sí mismas determinadas analogías en el plano de las ideas políticas entre algunos pensadores del siglo XIX que resultan fundamentales para esclarecer los rasgos comunes del pensamiento democrático en el tránsito hacia una ideología proletaria. Observador profundo de estas analogías, Julio Antonio Mella indicaba un método en la caracterización del pensamiento martiano que hiciera énfasis en su enorme potencialidad revolucionaria, que se explicara el "misterio del programa ultrademocrático del Partido Revo-

lucionario", "el milagro [...] de la cooperación estrecha entre el elemento proletario de los talleres de la Florida y la burguesía nacional, la razón de la existencia de anarquistas y socialistas en las filas del Partido Revolucionario" (Julio Antonio Mella: "Glosando los pensamientos de José Martí", *Casa de las Américas*, La Habana, n. 76, enero-febrero de 1973).

Al establecer las analogías del pensamiento martiano con otras corrientes democráticas radicales, Mella se apoyaba en la caracterización leninista de Sun Yat Sen, subrayando, ante todo, la interpretación martiana de las necesidades de transformación que planteaba su época; respondía Mella, de este modo, a la imposibilidad de encerrar a Martí en los marcos de un pensamiento meramente liberal. Mucho se ha avanzado a partir de aquella inicial observación en la búsqueda de una ubicación que resulte adecuada a la superación martiana del liberalismo, y se dispone hoy de un conjunto de estudios que examinan el desarrollo en Martí de un democratismo-revolucionario consecuente y profundo —mucho más del que era capaz no sólo la burguesía de su época, sino la de décadas posteriores—, de un ideario tremendamente revolucionador que con tanto acierto se ha definido como "democratismo antimperialista".<sup>1</sup>

El análisis y la ubicación del pensamiento martiano en esta perspectiva responde a algo más que la importancia propia de la obra de Martí. Para comprender hasta qué punto la solución de las tareas democráticas correspondientes a una etapa burguesa tenía que preceder en Cuba durante un largo período a la proclamación de un programa socialista de carácter marxista-leninista, es preciso estudiar el movimiento real de las ideas revolucionarias hasta una altura que, luego de cambios profundos en la estructura política de las fuerzas sociales, permitiera asumir a generaciones posteriores una concepción del mundo más integradora y científica. Significa profundizar en las razones por las que se ha llamado a José Martí "contemporáneo y compañero" (Carlos Rafael Rodríguez: ob. cit.)

Sin perder de vista la especificidad propia del pensamiento martiano, su proyección universal se hace verdaderamente

<sup>1</sup> Esta definición del pensamiento democrático martiano es argumentada en el excelente estudio de Isabel Monal: "José Martí, del liberalismo al democratismo antimperialista", *Casa de las Américas*, n. 76, cit. En realidad, existe un conjunto respetable de trabajos además del ya citado, que subrayan la actualidad del pensamiento martiano a partir de su contenido democrático, y aunque la mención de estos se convertiría en una lista interminable, se incluyen entre ellos "José Martí, revolucionario radical de su tiempo", de Blas Roca; "Martí, contemporáneo y compañero", de Carlos Rafael Rodríguez; "Puntos de vista político-sociales en la obra de José Martí" de V. I. Shíshkina, y el ensayo de Cantón Navarro *Algunas ideas de Martí en relación con la clase obrera y el socialismo*, sin contar las referencias a Martí como revolucionario y democrata que aparecen en numerosos documentos de la Revolución Cubana desde *La Historia me absolverá* hasta la *Plataforma programática del 1er. Congreso del Partido*.

comprensible si se investigan las vinculaciones de su ideario con otras corrientes democráticas de su siglo. Se ha estudiado cómo, por ejemplo, en la búsqueda de soluciones teóricas a los males que veía crecer en la sociedad capitalista, da soluciones a los problemas derivados de lo que llamó, a propósito de los Estados Unidos, "guerra de clases"; Martí conoció las tesis de Henry George durante una etapa importante de su obra, y superó las limitaciones de este.

Sin embargo, se ha hablado muy poco de las observaciones martianas en torno al movimiento de liberación en Rusia durante el siglo XIX, y, dentro de ese marco, sobre su actitud ante los demócratas revolucionarios de ese país. A propósito de este tema en la obra de Martí nos parece importante valorar la significación de su atención, nunca decreciente, en torno a la lucha política en Rusia y sus raíces históricas, así como el juicio que sus escritos evidencian en relación con las fuerzas políticas en pugna. Por otra parte, tiene un interés peculiar el enriquecimiento paulatino de la visión martiana desde sus primeras notas hasta sus últimos apuntes, interés que se hace mayor si tenemos en cuenta la complejidad de la etapa coetánea de Martí y el carácter limitado de los materiales que podrían servirle de referencia.

Parece oportuno recordar muy brevemente algunas características del movimiento de liberación ruso y de las figuras a las que haremos alusión, pues son ellas, precisamente, las que aparecen mencionadas y valoradas por Martí. Al hacerlo, nos basamos en algunas claves esenciales señaladas por Lenin a propósito de la historia del movimiento de liberación ruso del siglo XIX.

En la etapa de tránsito de la vieja Rusia feudal al desarrollo del capitalismo, momento que tiene su punto de viraje fundamental en la Reforma "desde arriba" de 1861, que abolió la servidumbre, se destaca una serie de pensadores que tiene sus raíces más remotas en la acción de los decembristas, a principios de siglo. Lenin explica el desarrollo de ese proceso a partir de tres etapas, según se considere la clase, decía, que impone a cada una su sello. El período anterior a 1861 constituye el del predominio de los representantes de la nobleza en este proceso. Mas después de la Reforma, hasta 1895, en la etapa verdaderamente coetánea a Martí, se abre un período en que se produce un desplazamiento de las fuerzas revolucionarias hacia los sectores populares, con intereses democráticos, período que es llamado por Lenin "de los revolucionarios no aristócratas o democrático-burgueses", y que es el antecedente directo al desplazamiento del eje de la lucha política hacia el movimiento obrero. Es esta etapa de auge del movi-

miento democrático vinculado muy directamente a la acción lo que despierta el interés martiano por Rusia y por la lucha que en ella se lleva a cabo, por encima de las limitaciones que la distancia geográfica o la peculiaridad histórica podían suponer. Es precisamente este el período en que se produce un cambio de importancia en el pensamiento democrático ruso, que ya no insiste predominantemente en la crítica del atraso y el salvajismo que habían conducido a la defensa de la europeización de las costumbres y de la transformación del modo de vida. A esta tradición se sumaba, a partir de 1861, la censura de las deformaciones que originaba el propio desarrollo capitalista junto a la supervivencia de relaciones feudales en amplias zonas del país.

Es este el período en que tiene lugar una profunda conmoción de la vida moral e intelectual, período de aguda denuncia del régimen zarista por su incapacidad para resolver los grandes males sociales, y de combate directo al régimen de la autocracia en su conjunto.<sup>2</sup>

En su génesis histórica, para llegar a esta etapa del movimiento de los "demócratas de origen popular", como les llama Lenin, ha sido sucesivamente desarrollado por tres figuras cuya consideración resulta imprescindible: Belinski, el impulsor del despertar de las fuerzas populares por la liberación; Herzen, el continuador brillante de las tendencias democráticas del movimiento, quien logró elevar su denuncia de la represión y el atraso de las masas a una altura universal, y Chernichevski, el demócrata —decía Lenin— "más consecuente y combativo" de todo el siglo XIX ruso, quien aplicó con rigor "la línea del descarnamiento de las traiciones del liberalismo" y quien, "a pesar de su socialismo utópico fue un profundo y admirable crítico del capitalismo" (V. I. Lenin: *La literatura y el arte*, La Habana, Instituto Cubano del Libro, 1974, p. 117). Estos tres nombres, Belinski, Herzen y Chernichevski, mencionados en la obra martiana, sobre todo los dos primeros, mueven inevitablemente a reflexionar en torno al sentido de continuidad que percibió el Maestro al abordar los acontecimientos políticos en Rusia.

Semejante cuestión plantea un imperativo al investigador: la obligación de examinar las fuentes de donde toma Martí sus conocimientos sobre Rusia. Al hacerlo, no encontraremos referencias directas a las obras que estos u otros demócratas habían publicado, sino, en primer lugar, a la interpretación liberal de la lucha revolucionaria rusa que en España se hacía. Según los *Cuadernos de apuntes*, es a través de Emilio Castelar

<sup>2</sup> Véase I. K. Pantin: *El pensamiento socialista en Rusia: paso de la utopía a la ciencia*, Moscú, Ed. Progreso, 1979.

que José Martí conoce algunas peculiaridades del movimiento de liberación, como ha sido señalado por José Antonio Portuondo. Sin embargo, no debemos por ello descartar, aunque carezcamos de fuentes documentales probatorias las noticias que sobre la lucha política rusa tiene que haber conocido Martí al margen de la prensa liberal, a través de los círculos revolucionarios españoles, entre los emigrados incluso. Estas noticias, impresiones o corrientes de opinión debieron influir en Martí atrayéndolo cada vez más hacia el ideario del democratismo ruso.

No es extraño que sea Emilio Castelar la primera fuente recogida en los mencionados *Cuadernos* pues se trataba en este caso, de uno de los más importantes difusores de la actividad de los "nihilistas", apéndice que serviría para reconocer, a partir del bautismo hecho por Turguénev, a los opositores del régimen zarista.

Castelar se manifestaba condenatoriamente frente a las arbitrariedades de la autocracia, horrorizado por la sangre vertida, y demostraba continuamente su repugnancia hacia los métodos de represión del zarismo. Sin embargo, estaba muy lejos de ser un partidario de la oposición a tales hechos, y con su típica prosa, hinchada y vacía, al mismo tiempo que trataba de mantener una apariencia de liberalidad, presentada al "nihilista" como un negador de la libertad, criticaba en su ideario la inestabilidad de la idea de Dios, afirmaba que su propósito era convertir a todos los hombres en rebaños de propiedad colectiva.

Eran los "nihilistas", en suma, el mayor de los peligros para Rusia, el camino hacia su ruina.

El cotejo de los *Cuadernos* con la obra de Castelar, permite convencerse de que muchos de los datos que Martí conoció de Rusia fueron tomados de la obra de este español, a quien Engels calificó de "burgués sin disfrazar". En particular revisó Martí su *Historia de las ideas republicanas en Europa*, y sometió este libro a una muy aguda crítica en los *Cuadernos*, donde le señala la parcialidad y tibieza en el tratamiento de la historia, así como algunas falsificaciones indignantes. Recordemos que no es esta la única censura martiana a Castelar, pues muy joven arremetía contra él a propósito de la oposición del político español a los proyectos de la abolición de la esclavitud.<sup>3</sup>

<sup>3</sup> Martí se refiere a algunas declaraciones que desea hacer al periódico *La Iberia* en cuanto a opiniones emitidas por él sobre Castelar. Declara haber afirmado que Castelar era un apóstata y expone sus razones:

Pero si Castelar, que había dicho en la oposición que era indigno y malvado el gobierno que estuviere una hora en el poder sin abolir la esclavitud, ni la abolió ni intentó abolirla, ni hizo más que oponerse a los proyectos que se le presen-



De este modo, en su primer contacto con los datos que podía suministrarle la visión liberal del movimiento político ruso, Martí demuestra el sesgo de su radicalismo cuando descubre, a pesar de Castelar, el intrínseco valor político de la actividad de los "nihilistas", contraria a los ideales de "ortodoxia, autocracia y nacionalidad" que había enarbolado el zarismo. Testimonian los Cuadernos que los datos obtenidos sirven a Martí —siempre desde un ángulo crítico— durante un largo período para valorar diversas manifestaciones de la vida intelectual rusa, y seguir con respeto e interés crecientes la lucha de liberación que durante el siglo XIX se ha ido desplegando en ese país.<sup>4</sup>

El interés martiano por las figuras más radicales de la historia rusa que le es contemporánea, está, sin duda, favorecido por la circunstancia de que Belinski y Herzen habían sido publicistas agudos, escritores, críticos literarios, como lo sería también Chernichevski, de quien Martí, al parecer, deja sólo una referencia.<sup>5</sup> La afinidad de las tareas llevadas a cabo por estos hombres con las propias del Maestro, hizo seguramente que se sintiera inclinado a su lectura, e influido por su labor de denuncia. Tanto en sus notas como en sus artículos los menciona siempre con un sentido admirativo y llega en ocasiones a citar sus opiniones en calidad de juicios definitivos.

Desde el punto de vista de las posibilidades, Martí debe haber conocido mejor a Herzen que a ningún otro publicista ruso. Tengamos a cuenta que muchas obras de este autor fueron traducidas al francés, que durante largos períodos permaneció fuera de Rusia y era una figura bien conocida en Europa. Con relación a su país, Herzen había desempeñado una actividad periodística de denuncia desde Inglaterra, amparado por la posibilidad de editar sin estar sometido a la censura. Actividad muy semejante a la que desempeñaría el propio Martí desde los Estados Unidos cuando dedica una gran parte de

taron para la abolición mesurada y gradual; si haciendo esto, obró bien el gobernante español, *La Iberia* lo juzgue: a nosotros nos basta con tener conocimiento de estos hechos. Pero fue apóstata en verdad ¿Olvida *La Iberia* cómo subió Castelar la última vez al poder? ¿Olvida para qué subió? Lo defiende porque al propagandista republicano se debe la vuelta de la monarquía borbónica? [*"Castelar y *La Iberia*"*, Obras completas, La Habana, Editorial Nacional de Cuba, 1963-1965, t. 1, p. 132-133. (En lo adelante, las citas que se refieran a la obra de José Martí se remitirán a la señalada edición de sus *Obras completas*. N. de la R.)]

<sup>4</sup> Martí utiliza los datos de Castelar, pero desde sus primeros apuntes demuestra un enfoque de ellos muy propio. Aún cuando los primeros apuntes martianos referentes al tema buscan soluciones liberales a los problemas sociales de acuerdo con modelos europeos republicanos, lo cual es propio de un primer período del pensamiento martiano, percibe, a pesar de ello, una similitud entre la situación de los trabajadores rusos y los de Occidente. (Véase: *Cuadernos de apuntes*, O. C., t. 21, p. 105.)

<sup>5</sup> Véase: *Cuadernos de apuntes*, O. C., t. 21, p. 234-236 y 238-240.

su producción, situada al margen de las esferas oficiales y en oposición a ellas, a la denuncia de las realidades coloniales y de la injusticia esencial de la sociedad norteamericana. Como es sabido, este aspecto de su obra se radicaliza decisivamente a partir de 1887.

Por otra parte, aunque Martí no dejó extensas referencias periodísticas al tema de la Reforma de 1861, recopiló sobre ella una cantidad de datos considerable, hasta el punto que, entre sus apuntes, la preparación de la Reforma, sus antecedentes, sus propósitos esenciales y sus consecuencias ocupan un considerable lugar.<sup>6</sup> Por ello no es extraño que en sus *Cuadernos de apuntes*, entre aquellos datos que recopilaba para su oportuna utilización, aparezcan referencias al úkase zarista del 19 de febrero de 1861, en virtud del cual se suprimía la servidumbre, así como las condiciones que limitaban la aplicación de esta medida; pero sabe también, y lo consigna allí, que es el ascenso de la ola revolucionaria lo que ha estado forzando a la autocracia a dictar la Reforma, y recoge entre sus notas la famosa declaración del Zar: "Más vale abolir la servidumbre desde arriba que esperar el momento en que ella misma comience a abolirse desde abajo". Martí percibe, sobre todo a través de los datos de que dispone, las consecuencias desalentadoras de la Reforma en el plano social y la secuela de empobrecimiento campesino a que da lugar. Por ello no es extraño tampoco, que tome cuidadosamente nota de las modalidades de socialismo que se debaten en Rusia, y que recoja más de un comentario sobre el problema de la vuelta a la propiedad comunal de la tierra, rasgo esencial al socialismo campesino específico del populismo ruso, que había pasado al primer plano como alternativa al rezago feudal y al empobrecimiento de los campesinos que se agudiza a partir de la Reforma.

Son estas razones las que hacen explicable que el tema de la lucha política aflore con tanto vigor en su artículo del 28 de agosto de 1880 dedicado a Pushkin, artículo que supuestamente no debió exceder los marcos de una valoración literaria sobre el más grande de los poetas románticos rusos. Una pregunta introduce, desde el principio mismo, una referencia directa a las fuerzas revolucionarias contenidas por la opresión: "¿Está el Este, sacudido en sus propias entrañas, preparando con más firmeza y sentido común práctico que su prototipo, su terrible 89?" La pregunta es respondida con una sentencia conminativa al zarismo: "Si la monarquía no hace una revolución, la revolución deshará la monarquía. Un jefe prudente se hará jefe de las fuerzas que no pueden ser contenidas"

<sup>6</sup> Véase además de las antes indicadas, la p. 386 del t. 21, y su referencia a los *mir* rusos.

La génesis de esta afirmación, aparentemente fuera de contexto en un artículo dedicado a la literatura rusa, aún más, de un trabajo dedicado al poeta mayor de una etapa romántica ya transitada, se hace comprensible solamente si tenemos en cuenta un hecho: quien firma este artículo conoce mucho más de la explosividad de la situación de la década del setenta en Rusia de lo que el propio artículo evidencia, lo cual puede comprobarse, como hemos dicho, a través de la lectura de sus apuntes, y conoce (y puede afirmarse que comparte una buena parte de ellos) los puntos de vista de los demócratas-revolucionarios en lo relativo a la función social que ha de demandársele a la literatura. Es la comprensión de la intensidad que ha alcanzado en Rusia la lucha política, el factor decisivo de las alabanzas martianas al contenido revolucionario de la actividad poética de Pushkin, lo que justifica su mención de Belinski como un filósofo que aprueba las satíricas censuras del poeta a la monarquía y a la religión, las cuales ve Martí indisolublemente ligadas. A pesar del carácter fragmentario y lejano del conocimiento que tuvo sobre Rusia, Martí se hace eco, en suma, de la denuncia de las condiciones de opresión, y como consecuencia de ello rechaza la visión castelariana sobre la lucha de los "nihilistas". No olvidemos que en este artículo sobre Pushkin Martí pone en ridículo al político español al comparar la "absoluta originalidad" y el "ilustre literario" de Dostoyevski con la condición de "advenedizo" de Castelar. Si Martí no hubiera deseado censurar una vez más a Castelar, ahora a propósito de Rusia y de manera encarnizada, semejante comparación parecería inexplicable.

De la etapa en que Martí publica su artículo sobre Pushkin a la aparición de "La exposición de pinturas del ruso Vereschaguin", media un período aproximado de una década. Por esos tiempos se recogen en los *Cuadernos*, de manera dispersa, otras referencias, entre ellas palabras rusas que designan instrumentos de tortura, nombres de personalidades que han sufrido opresión bajo el zarismo en condiciones inhumanas, incluso ciertas cifras alusivas a la composición numérica de las clases en aquel país. Estos apuntes precederán también al segundo y último artículo suyo publicado en torno a Rusia, el dedicado a la pintura de Vereschaguin.

Mas antes de la publicación de ese artículo aparecen también algunos comentarios en torno a la realidad rusa en el marco de sus reseñas periodísticas dedicadas a diversos aspectos de la situación política europea. En esos comentarios irrumpe una actitud vehemente de llamar la atención sobre el carácter injusto y sangriento de la opresión zarista, de lo que es ya represión a tendencias democráticas que utilizan métodos cada

vez más violentos plasmados en la acción.<sup>7</sup> Por estos años Martí hace blanco, de nuevo, en Castelar, rechazando su alarma en cuanto al pretendido peligro de expansión con que amenazan los generales rusos, e indicando el peligro verdadero: la necesidad creciente del imperio de "sufocar males internos", de "extinguir nihilistas". Y a propósito de un congreso literario internacional, Martí condena la prisión de Chernichevski en la "Sección constante", y, al mismo tiempo, plasma las peticiones hechas al zar en favor de su libertad. No desaprovecha Martí esta ocasión para poner de manifiesto que, en caso de aprobarse una censura de la condena zarista al destacado escritor, se haría inevitable el castigo para la delegación de intelectuales rusos participantes en el propio congreso.<sup>8</sup>

En la "Sección constante" existe una peculiarísima nota martiana, donde se hace muy evidente el propósito de esclarecer el carácter y el programa de aquellos luchadores contra la autocracia que aparecen como agentes temibles de la destrucción. Allí hace énfasis, precisamente, en su carácter democrático, en su intención de elevar al pueblo a la conducción del país. Al comentar la represión de la División negra (conocida entre nosotros como Reparto negro) Martí hace ver que se trata de una organización que se propone seriamente una lucha política en favor del cambio revolucionario necesario, y demuestra respeto y aprobación en relación con sus objetivos y métodos:

*La División Negra*, el periódico de nombre terrible, cuyos redactores fueron el mes pasado juzgados y sentenciados en Rusia, era sin embargo representante de la fracción moderada en la política nihilista. Condenaba las medidas de terror extremo. *Quería lo que quiere el célebre Herzen, el gran propagandista ruso: alzar al pueblo a la discusión y participar en la gestión de los negocios públicos; promo-*

<sup>7</sup> El 5 de octubre de 1881 Martí publica en *La Opinión Nacional* una reseña de la entrevista del zar Alejandro (III) y el emperador Guillermo, en la que "entre el sonar de los cañones, el flamear de las banderas y el ruido de las olas han jurado, estrechándose cordialmente las dos manos de hierro, odio eterno a los pueblos". Este mismo año, Alejandro III ha subido al trono luego de un atentado que terminó con la vida de su antecesor. La entrevista que reseña Martí es pintada en detalles que son meramente descriptivos sólo si se les lee superficialmente, y que apuntan todos a enfatizar la pompa, los abrazos, las medidas de seguridad. Y en torno a lo que llamó "la guerra de conspiración y de venganza contra los nihilistas" que Alejandro llevaba a cabo, Martí pone en boca de Guillermo un consejo: "Combate, como yo desde el atentado de Nobiling he combatido, a los socialistas: ¡Guerra a cuchillo! —Tres mil procesos de socialistas hubo en el año que siguió a la adopción de esta política: menos hay hoy sin duda". ("Escenas europeas", O. C., t. 14, p. 107).

<sup>8</sup> Aunque esta referencia aparece de manera aislada, es importante relacionarla con la mención de Zemlia y Volia (tierra y libertad) que aparece en los *Cuadernos* (p. 235) con un explicable error de transliteración. Es dudoso que Martí no conociera de Chernichevski más que los datos relativos a su condena que recoge en la "Sección constante", pues Zemlia y Volia como organización revolucionaria dirigida contra la autocracia, es inseparable del nombre de Chernichevski y su actividad encaminada a formar un vasto movimiento de liberación política del país.

*ver cruzada contra los gobernantes que odian a sus pueblos; pedir reformas en asambleas generales; organizar las masas en caso de que estas reformas fuesen rehusadas; establecer una federación de municipios independientes; preparar al país para la revolución que parece inevitable. Expresó su abominación del asesinato. Dijo que venía a defender las clases humilladas contras las clases principales. No fueron, a pesar de tales declaraciones y tal programa, menos severos los castigos que impuso a los reformadores el gobierno ruso [O.C., t. 23, p. 92. La cursiva es de la autora de este trabajo. N. de la R.]*

Toda la indignación martiana estalla en sus reseñas propiamente periodísticas, como la del 5 de octubre de 1881. Allí, comentando la entrevista del zar y del emperador alemán, los acusa de coligarse en una "eterna guerra a los pueblos", en una política encaminada a suprimir socialistas mediante una sangrienta "guerra a cuchillo".

Mas el testimonio que con mayor altura reflejó los juicios martianos sobre la vida intelectual y política en Rusia es su comentario sobre la exhibición en Nueva York de la obra del pintor ruso Vereschaguin.

En ese artículo la falta de fe, la desesperanza, la desintegración moral de la sociedad rusa tienen su justificación, según dice Martí, en el garrote suspendido sobre las espaldas del labriego; en el dolor del hombre esclavo, sólo comparable con el del hombre castrado, en la imposibilidad de "rogar por el vencido" en alta voz, en los centinelas muertos de frío, en los campesinos "cercenados en masa por un vuelo de alfanje".

Hay que decir, además, que por su carácter ese artículo ha ocupado un lugar especial, verdaderamente antológico dentro del conjunto de ideas martianas sobre el arte y la literatura en servicio obligado a la causa revolucionaria. No es una casualidad que en él Martí se refiera específicamente y enfáticamente a la cultura rusa. Aquí la demanda de realismo en el reflejo artístico de la opresión de la tristeza del hombre por la pérdida de su libertad es un imperativo dirigido al artista, un requisito ético irrenunciable. Si antes ha recogido entre sus notas la ardiente denuncia de las prisiones lanzada por Herzen, si antes se ha referido al odio por la guerra injusta y devastadora que despierta la pintura de Vereschaguin y ha anunciado su exposición al público de New York, ahora, el Martí de 1889, el Martí que desde hace una década ha comprendido el carácter inevitable de "la revolución que deshará la monarquía" llama, desde el lado de los luchadores rusos por la democracia, a la subordinación de toda obra artística a las necesidades de la lucha revolucionaria:

¿Y que arte hay sin sinceridad ni qué hombre sincero empleará su fuerza, sea de fantasía o de razón, sea de hermosura o de combate, en meros escarceos, adornos e imaginaciones, cuando está enfrente, sobre templos que parecen montes, sobre las cárceles de donde no se vuelve, sobre palacios que son pueblos de palacios, sobre la pared que se levanta en hombros de cien razas unidas, la hecatombe de donde saldrá, cuando la podredumbre llegue a luz, el esplendor que pame al mundo, cuando está enfrente la "pirámide del mal" de Herzen?

¡La justicia primero, y el arte después! ¡Hembra es el que en tiempos sin decoro se entretiene en las finezas de la imaginación, y en las elegancias de la mente! Cuando no se disfruta de la libertad, la única excusa del arte y su único derecho para existir es ponerse al servicio de ella. ¡Todo al fuego, hasta el arte, para alimentar la hoguera!

¿Ni de que vive el artista sino de los sentimientos de la patria? ¡Empléese, por lo mismo que invade y conmueve, en la conquista del derecho! Y como la defensa directa de la justicia, el comentario dramático, la composición elocuente, están vedadas al ruso, por su propio terror, tanto como por la ley, ¡el medio único, la osadía única, la protesta única, la defensa única e indirecta, la plegaria, sin alas y sin voz, del ruso desolado, es la pintura, fea si puede, fétida si puede, de las miserias que contempla, de la verdad desgarradora! ["La exhibición de pinturas del ruso Vereschaguin", O.C., t. 15, p. 433].

No puede hablarse ya aquí solamente de simpatía o respeto. El tono es de plena identificación con la crítica literaria y artística hecha por los demócratas rusos. Es imposible dejar de evocar la frase de Herzen tantas veces citada, que encierra un sentido idéntico: "la literatura de un pueblo que no tiene libertad política es la única tribuna desde cuya altura puede hacer oír el grito de su indignación y su vergüenza" (A. I. Herzen: "Acerca del desarrollo de las ideas revolucionarias en Rusia", *Obras escogidas*, Moscú, GIJL, 1937, p. 391. En ruso).

Esta identificación en el plano de la crítica literaria, no lo olvidemos, no estaba ceñida solamente a las opiniones concernientes al arte y la literatura. Tenía sus raíces en una profunda comprensión de las funciones ideológicas y de propaganda del movimiento de liberación ruso, y en un conocimiento efectivo de sus propósitos esenciales.

Si juzgamos a Martí, en este aspecto, a partir del estado del periodismo y de la crítica literaria de la época, comprendemos aún mejor su excepcionalidad. Ningún otro cubano y

quizás ningún otro hispanoamericano mostró semejante familiaridad con nombres que aún hoy son desconocidos en la América Latina, y relegados en algunas partes del mundo. Pero, en este caso, conviene aclarar que no estamos en presencia de una muestra más de la voracidad martiana en el conocimiento, sino de su afán superior por abarcar cuanta esfera de la cultura universal le fuera posible, de su peculiar y nada vacía erudición. El interés que aquí aparece, madurado al paso de una evolución hacia un democratismo cada vez más radical, es el resultado de una evidente afinidad que se expresa, al menos, en dos grandes vertientes: la necesidad de extender su ideario político a numerosos campos de debate, particularmente al de la literatura, en el marco de una opresión política particularmente aguda, al margen de medios oficiales y muchas veces en oposición a ellos; y la comprensión, común a Martí y a la última etapa del pensamiento democrático ruso, de la necesidad de que nuevas fuerzas sociales decidieran los destinos nacionales a través de una amplia participación popular. Son estos dos ejes comunes del pensamiento democrático que venimos examinando, rasgos que marcan el carácter de su ruptura con los ideales liberales y la superación crítica de estos.

Cabe, pues, establecer algunas conclusiones primarias a partir de un enfoque inicial de la actitud martiana ante el movimiento de liberación ruso:

—Existe una admiración profunda, objetivamente comprobable, hacia el movimiento de liberación ruso, del que tuvo noticias que van desde su punto de arranque —los decembristas— hasta su expresión democrática más consecuente: Chernichevski.

—Es cada vez más radical su rechazo a la visión liberal, que se expresa a través de Castelar, y su crítica pública de esta. Con ello se evidencia la profunda agudeza martiana que lleva al primer plano el problema de la lucha social en Rusia, donde se oponen dos grandes grupos: las fuerzas democráticas y sus opresores, que son quienes han declarado la “guerra a los pueblos” al decir del Maestro.

—Es manifiesta una clara visión en cuanto a la posible eficacia de las medidas reformistas tomadas desde el poder: estas no podrán contener las fuerzas radicales que se han desencadenado en Rusia.

—Se hace particularmente evidente el apoyo al movimiento revolucionario que, de no ver satisfechas las demandas del pueblo, lo llamará acertadamente a la revolución, por métodos violentos que Martí consideraba inevitables.

## Concepciones teórico-militares en el democratismo revolucionario de José Martí

JOEL SOSA

El estudio de las raíces históricas de nuestro proceso revolucionario tiene una importancia vital para una comprensión científica de su génesis y las peculiaridades que la caracterizan y, consiguientemente, para la evaluación de su experiencia en función del movimiento revolucionario mundial contemporáneo.

En la tesis sobre “Política científica nacional” aprobada en el Primer Congreso de nuestro Partido Comunista, se plantea, como una de las direcciones en las investigaciones sociales, el estudio de “las raíces y la historia de nuestro pueblo, aportando los antecedentes imprescindibles para el desarrollo de la cultura política de nuestras masas, así como la interpretación adecuada de la problemática actual y el planeamiento de la futura sociedad” (*Tesis y resoluciones*, La Habana, Departamento de Orientación Revolucionaria, 1976, p. 438-439).

Una característica esencial de nuestra Revolución es, sin duda, el hecho de que su orientación ideológica ha sido el resultado de la interrelación dialéctica del legado teórico-ideológico de los próceres de nuestras luchas independentistas y la expresión del producto más acabado del pensamiento social en la contemporaneidad, el marxismo-leninismo, en función de lo que las particularidades concretas de Cuba exigían con carácter de necesidad.

Sin la prédica luminosa de José Martí, sin el ejemplo vigoroso y la obra inmortal de Céspedes, Agramonte, Gómez, Maceo y tantos hombres legendarios de las luchas pasadas; sin los extraordinarios descubrimientos científicos de Marx y Engels; sin la genial interpretación de Lenin y su portentosa hazaña histórica, no se habría concebido un 26 de julio [Fidel Castro: Discurso pronunciado el 26 de julio de 1973].

La presencia de las enseñanzas de Martí, particularmente, fue expresada ya en 1953 por el primer secretario de nuestro Partido en su alegato *La historia me absolverá*, cuando expresó que el Maestro había sido el autor intelectual del asalto al

cuartel Moncada. Esta filiación martiana de la Revolución tiene su fundamento objetivo en la permanencia inalterable de las necesidades históricas que de modo genial interpretó Martí en su momento.

Martí comprendió con profundidad extraordinaria la necesidad de su momento histórico y captó sagazmente las manifestaciones fenoménicas del peligro que se avecinaba, con la entrada del capitalismo en su fase monopolista a escala mundial, para los países por los que pensó, vivió y murió.

Con esta perspectiva histórica —en Cuba vigente hasta 1959 (Ver: *Plataforma programática*, La Habana Departamento de Orientación Revolucionaria, 1976, p. 7) y en la América Latina hasta el día de hoy— Martí concibió una estrategia político-militar para la guerra de liberación nacional, en la cual encontramos un conjunto de presupuestos teóricos sobre la guerra y el ejército de liberación nacional de una extraordinaria vigencia en la actualidad, cuando el movimiento de liberación nacional constituye uno de los destacamentos principales del movimiento revolucionario mundial.

En tal grado estudió y planeó Martí la necesidad de una guerra que diera paso a una verdadera liberación nacional, dadas la condición colonial de Cuba y la amenaza del nuevo fenómeno imperialista norteamericano, que algunos de sus presupuestos teóricos son coincidentes con el enfoque marxista-leninista de esta problemática en la contemporaneidad. Esto, entre otras cosas, explica por qué su pensamiento puede ser fuente directa de inspiración y orientación de los criterios que presiden la guerra y el proceso revolucionario de liberación definitiva en Cuba, concebidos dentro de una estrategia política marxista-leninista. Esto nos demuestra, asimismo, que la expresión más característica de la vigencia actual de las concepciones teórico-militares de Martí para los países coloniales, neocoloniales y dependientes, está dada en la propia experiencia de la Revolución Cubana.

La herencia teórico-ideológica del Maestro es asombrosamente multifacética y rica. En la presente ponencia, centramos nuestro objetivo en el examen de los puntos de vista teórico-militares dentro de su pensamiento democrático-revolucionario, popular y antimperialista.

Cuando hablamos de concepciones teórico-militares, entendemos por tales los criterios político-sociales sobre la guerra: necesidad, esencia, carácter de los objetivos político-militares de la guerra, misiones del Estado en la guerra y su influencia en la estructuración de las fuerzas armadas, y los métodos de preparación y realización de la lucha armada. Asimismo, los

puntos de vista sobre la esencia, naturaleza, principios de construcción y político-morales del ejército y su papel histórico. Se trata de los problemas teórico-filosófico-sociológicos sobre la guerra y el ejército, los cuales, aplicados a una realidad concreta, dan lugar a una política o doctrina militar dada.

En Martí se observa un conjunto de conceptos, sólidamente fundamentados, sobre la necesidad, esencia y carácter de la guerra; los métodos y formas de su preparación y realización, así como de las exigencias que de esto se derivan para la preparación del país y del ejército del pueblo para la guerra. Este conjunto conceptual —disperso en su obra— constituye una verdadera teoría de la guerra de liberación nacional, enmarcada en una perspectiva política de transformación social y antimperialista.

Algunos de los aspectos referidos han sido tratados en diversos discursos de nuestros dirigentes y trabajos de sensible profundidad sobre la significación histórica de la herencia ideológica del Maestro y su actividad práctico-revolucionaria. Sin embargo, el análisis de estos problemas está inmerso en otro enfoque, con otra perspectiva teórico-política. En la presente ponencia, pretendemos llamar la atención sobre algunas direcciones poco trabajadas: ante todo, hacia el enfoque de conjunto de estas concepciones y, consiguientemente, lo que las mismas representan.

Hemos planteado que Martí, como pensador y actor en la problemática de la cuestión nacional y colonial, elabora un cuerpo de conceptos que develan de modo científico la necesidad, esencia, contenido, carácter, complejidad y exigencias de la guerra en las condiciones de la lucha por la revolución de liberación nacional.

Nótese la precisión: se trata de la guerra en una de sus formas de manifestación, según la clasificación leninista al respecto (V. I. Lenin: "De una carta a Inés Armand", *Obras completas*, Ed. Cartago, Buenos Aires, 1960, t. 35, p. 219-220), es decir, de la guerra que surge como consecuencia de las relaciones de una nación oprimida con la nación opresora. Subrayamos esto, porque no pretendemos demostrar que Martí llegara a descubrir la esencia de la guerra como fenómeno político-social en general, pues esto sólo es posible a partir de una comprensión dialéctico-materialista de la sociedad y su desarrollo, lo cual presupone poner en primer plano las raíces clasistas de las guerras.

Tal precisión no resta un átomo al mérito histórico del Maestro, y nos ayuda a ubicarnos en las cordenadas espacio-temporales en que debemos estudiarlo y entenderlo. Las posibilida-

des y problemática históricas de Martí condicionaron su análisis histórico-concreto de la sociedad colonial cubana y la disyuntiva histórica latinoamericana ante el vertiginoso avance del capitalismo monopolista o imperialismo de los Estados Unidos. En función de esta circunstancia, pensó y teorizó la guerra como fenómeno político-social.<sup>1</sup> En este sentido, el cuerpo teórico que elaboró, constituyó un notable grado de acercamiento a la esencia de la guerra como tal, y, particularmente, en relación con una de sus manifestaciones, las guerras de liberación nacional, presenta tal vigencia que deviene instrumento y guía para la acción práctico-revolucionaria en los países coloniales, neocoloniales y dependientes.

#### CARÁCTER NECESARIO Y JUSTO DE LA GUERRA

Ante todo, sobresale en el pensamiento martiano su criterio de la guerra como una necesidad condicionada objetivamente. Martí fundamenta la necesidad de la guerra, en primer orden, en la necesidad de la transformación radical de la sociedad colonial cubana en virtud de la agudización de todas sus contradicciones. Demuestra que el régimen político y económico de dominación español mantiene a la Isla bajo una brutal explotación y opresión que cierra todo tipo de posibilidad de desarrollo progresivo y de realización de la propia nación cubana, forjada al fragor de una guerra que duró diez años en contra de ese mismo régimen opresivo y caduco.

La desigualdad tremenda con que estaba constituida la sociedad cubana, necesitó de una convulsión para poner en condiciones de vida común los elementos deformes y contradictorios que la componían. Tanta era la desigualdad, que el primer sacudimiento no bastó para echar a tierra el edificio abominable, y levantar la casa nueva con las ruinas.<sup>2</sup>

Obsérvese que su análisis parte del carácter antagónico de la contradicción entre las aspiraciones y necesidades de la nación cubana y el interés económico de España "cuya viciosa existencia nacional", para utilizar sus propias palabras, "depende principalmente de la explotación pública y secreta de nuestra isla" ("Circular a los jefes", O.C., t. 4, p. 136). Este saqueo tiene como contrapartida lógica en la superestructura política un régimen de opresión insoportable.

1 A esto hay que añadir, que no fue hasta años posteriores a la muerte de Martí, que este problema es desarrollado desde posiciones marxistas con el leninismo. Ver Roberto Fernández Retamar, *Introducción a José Martí*, La Habana, Centro de Estudios Martianos, 1978, p. 92.

2 José Martí: "Discurso en conmemoración del 10 de Octubre de 1868, en *Hardman Hall, Nueva York*", *Obras completas*, La Habana, Editorial Nacional de Cuba, 1963-1965, t. 4, p. 236. (En lo adelante, las referencias a la obra de José Martí, se remitirán a la mencionada edición de sus *Obras completas*. N. de la R.)

Asimismo, el Maestro examina cómo se reflejan concretamente estas contradicciones en las distintas clases, capas y sectores que constituyen la nación cubana. Denuncia la falta de libertades, la imposibilidad de un desarrollo progresivo de la agricultura, de la industria, etc., lo cual pesa sobre todas las clases y capas e incluso generaciones, pero llama la atención que pone especial énfasis en la situación de miseria y penuria de las masas trabajadoras, los campesinos y obreros:

reducen a la miseria al padre criollo, que en vano busca empleo, salvo por grande y extraño favor, o lo compelen en plena paz al destierro voluntario; cuando la guerra sube silenciosa, hombre por hombre, de cada campesino a quien priva del sustento el soldado que le oprime, de cada obrero a quien desaloja el competidor de la península, de cada desheredado que trabaja de peón en la comarca donde su padre desposeído murió por la libertad ["El Partido Revolucionario a Cuba", O.C., t. 2, p. 338].

Con una valoración muy precisa de la situación objetiva de las fuerzas motrices de la revolución, así como de la experiencia de la contienda independentista anterior y las tradiciones combativas y premisas de unidad nacional que sentó, llegó a la siguiente conclusión: "Porque con los pueblos sucede como con lo demás de la naturaleza, donde todo lo necesario se crea a la hora oportuna, de lo mismo que se le opone y contradice" ("Discurso en conmemoración del 10 de Octubre de 1868", O.C., t. 4, p. 252-253).

Teóricamente hablando, se aprecia la convicción en Martí de la existencia de lo que Lenin calificó conceptualmente como situación revolucionaria. Con base en esta convicción, comenzó una actividad intensa y sistemática con miras a la creación de las condiciones subjetivas necesarias para el estallido revolucionario. Dentro de esta prédica, ocupó un lugar especial, la demostración de que de España no se obtendría nada por otra vía que no fuera la lucha armada y la consecuente eliminación de la dominación española. Desarrolló una amplia lucha ideológica contra el autonomismo —reformismo de nuevo cuño— destruyendo sus bases ideológicas a partir de la propia realidad posterior a la paz del Zanjón. De igual forma, combatió la tendencia anexionista, también resucitada por determinado sector de la burguesía nativa y los terratenientes. Su trabajo de agitación en función de crear determinadas condiciones subjetivas para la preparación de la guerra se basó en:

- 1) Demostrar que las causas fundamentales de la derrota anterior estuvieron dadas en factores de carácter subjetivo;

- 2) Que las necesidades de la nación cubana sólo se resuelven con la eliminación del dominio colonial.
- 3) Que la vida demostró que España no renunciaría voluntariamente a su explotación y privilegios, por el contrario reforzó su opresión política protectora de los mismos.
- 4) Que la eliminación de la opresión colonial no tenía otra fórmula que destruyéndola mediante la guerra.
- 5) Que en el pueblo cubano estaban dados todos los factores para la consecución de una guerra necesaria, generosa y breve.

Decía: "es más lícito, y más práctico, continuar con la mira en lo inevitable, la obra de fusión, de purificación, de reducción, de acumulación de los elementos necesarios para que la guerra sea corta y justa y de beneficios duraderos, sobre todo cuando la obra pacífica para extinguir la servidumbre ha dado por único resultado el de aumentarla" ("Discurso en conmemoración del 10 de Octubre de 1868", cit., p. 249).

Pero, además, donde se ve la comprensión de Martí acerca de la necesidad objetiva y urgencia de la guerra para una legítima liberación nacional, es en su significación específica para impedir la anexión de Cuba a los Estados Unidos. Esto da una idea de su penetración en la esencia del problema y las perspectivas históricas de su pensamiento. En su conocida carta a Manuel Mercado plantea:

Por acá yo hago mi deber. La guerra de Cuba, realidad superior a los vagos y dispersos deseos de los cubanos y españoles anexionistas, a que sólo daría relativo poder su alianza con el gobierno de España, ha venido a su hora en América, para evitar, aun contra el empleo franco de todas esas fuerzas, la anexión de Cuba a los Estados Unidos, que jamás la aceptarán de un país en guerra, ni pueden contraer, puesto que la guerra no aceptará la anexión, el compromiso odioso y absurdo de abatir por su cuenta y con sus armas una guerra de independencia americana [Carta a Manuel Mercado, 18 de mayo de 1895, *O.C.*, t. 4, p. 169].

#### ESENCIA DE LA GUERRA COMO FENÓMENO POLÍTICO-SOCIAL

Cuando el general Máximo Gómez, en memorable carta al general Maceo le dice: "esta guerra, General, la haremos usted y yo, pero esta guerra, será la guerra de Martí", conciente o inconcientemente no sólo está expresando el hecho incuestionable del papel decisivo del delegado del Partido Revolucionario

Cubano en la preparación de la guerra. En realidad, la guerra de Martí significaba una concepción distinta, nueva, de la guerra, que se basaba en el examen minucioso de las guerras de independencia en el Continente y sus resultados, incluyendo la propia experiencia cubana anterior.

Martí concibe la guerra como un fenómeno político-social complejo, en el cual se relacionan orgánicamente el aspecto propiamente político-social y el técnico-militar, que expresa el carácter específico de la guerra, esto es, la lucha armada.

En el contenido "archiabiarrado, variado y complejo" (V. I. Lenin: art. cit.), de la guerra, descubrió su esencia, su contenido político esencial. Martí, coincidiendo con uno de los escritores militares más profundos, el alemán K. V. Clausewitz, y con el propio Lenin (art. cit.), planteó: "La guerra es un procedimiento político, y este procedimiento de la guerra es conveniente en Cuba" ("Nuestras ideas", *O.C.*, t. 1, p. 317).<sup>8</sup> Es decir, para Martí, al igual que para Lenin, la guerra es política, es la continuación de la política por determinados y específicos medios.

Pudiera objetarse que en el pensamiento martiano —al igual que en Clausewitz— el concepto de política tiene una connotación distinta a la que tiene en la concepción leninista. En efecto, mientras que para Lenin la política tiene un sentido esencialmente clasista y de lucha de clases, para Martí la política es

el arte de guiar, con sacrificio propio, los factores diversos u opuestos de un país de modo que, sin indebido favor a la impaciencia de los unos ni negación culpable de la necesidad del orden en las sociedades —sólo seguro con la abundancia del derecho— vivan sin choque, y en libertad de aspirar o de resistir, en la paz continua del derecho reconocido, los elementos varios que en la patria tienen título igual a la representación y la felicidad ["El tercer año del Partido Revolucionario Cubano", *O.C.*, t. 3, p. 139].

Sin embargo, esta precisión, en general acertada y necesaria, no es válida a los efectos de nuestra afirmación, pues no podemos olvidar que Martí pensó una guerra de liberación nacional, antimperialista, cuya esencia radicaba en ser la con-

<sup>8</sup> Lenin en su obra *El socialismo y la guerra* refiriéndose a la expresión de que la "guerra es la continuación de la política por otros medios" planteó: "Esta famosa expresión pertenece a uno de los escritores militares más profundos, a Clausewitz. Los marxistas han considerado siempre, y con razón esta fórmula como la base teórica de sus puntos de vista acerca de la significación de toda guerra (la cursiva es del autor de este trabajo. N. de la R.). Justamente desde este punto de vista examinaron siempre Marx y Engels las diferentes guerras. Ver obra citada *O.C.*, Ed. cit., t. 21, p. 271-277.

tinuación de la política independentista de un pueblo que aspira a consolidarse en nación independiente y no tiene otra alternativa que la vía armada.

La guerra no es, en el concepto sereno de los que aún hoy la representan, y de la revolución pública y responsable que los eligió el insano triunfo de un partido cubano sobre otro, o la humillación siquiera de un grupo equivocado de cubanos; sino la demostración solemne de la voluntad de un país hartado probado en la guerra anterior para lanzarse a la ligera en un conflicto sólo terminable por la victoria o el sepulcro [*Manifiesto de Montecristi, O.C.*, t. 4, p. 93].

Aunque a Martí no le es ajena la existencia de grupos sociales o clases con condiciones de vida diferentes y, congruentemente, con intereses tendentes a la contraposición,<sup>4</sup> no capta —ni puede captar— el carácter antagónico de los mismos, en particular, entre el proletariado y la burguesía. Decimos que no puede percatarse de este antagonismo, porque Martí todo lo pensó y estudió y actuó en función de la realidad colonial cubana en el contexto de una perspectiva neocolonial latinoamericana.

Esto implica —amén de lo incipientee de la contradicción entre el trabajo y el capital en Cuba— que el problema fundamental de la política en Cuba era el de unir a todas las clases, capas y sectores diversos del país en un frente único, nacional, ponderando los intereses comunes y limando los conflictos, en la consecución del objetivo político primario: la independencia nacional.

No obstante esta cuestión nodular, a su visión penetrante no escapan dos aspectos de una significación específica en su práctica revolucionaria:

- 1) La convicción de que el apoyo fundamental de la guerra y la revolución estaba en las masas trabajadoras: el campesinado y los obreros.
- 2) Que había un sector de la burguesía y los terratenientes que antepusieron sus comodidades y riquezas al sacrificio por la nación y el miedo a las masas populares.

<sup>4</sup> Al examinar diversos escritos de Martí en el período posterior a 1886 se aprecia una evolución progresiva en sus ideas con respecto a la lucha de clases del proletariado. Una comprensión de sus demandas y luchas, así como el reconocimiento en él de cierta capacidad de ver y prever por el solo hecho de pertenecer a la clase obrera. Asimismo, con respecto a Cuba se dio cuenta de que era una clase revolucionaria con la que podía contar para la revolución. Sus palabras respecto de Marx y los planteos en "El cisma de los católicos en Nueva York", donde llegó a señalar que allí explotaría y tendría solución una crisis social de envergadura mundial, son muy sugerentes. No obstante, al referirse a Cuba, siempre destacó la aspiración de evadir estos conflictos, de hallarles una solución en la futura república, un poco posponiendo o subordinando este problema al fin inmediato y primario.

"Para todos", precisa. "será el beneficio de la revolución a que hayan contribuido todos, y por una ley que no está en mano de hombre evitar, los que se excluyan de la revolución, por arrogancia de señorío o por reparos sociales, serán, en lo que no choque con el derecho humano, excluidos del honor e influjo de ella" ("Nuestras ideas", art. cit., p. 320).

De esta lógica, con un fundamento objetivo evidente, emana su comprensión de la política y los objetivos políticos que determinan la esencia de la guerra de liberación nacional. Este criterio, por demás, es corroborado por el propio Lenin cuando, al hacer una clasificación de las guerras, señaló que "no se les puede enfocar con un patrón general" (Carta a I. Armand, *Obras completas*, ed. cit., t. 35, p. 219-220. El subrayado es nuestro); y en su trabajo "Acerca del folleto de Junius" señalaba: "La continuación de la política de liberación nacional de las colonias las conducirá inevitablemente a librar guerras nacionales contra el imperialismo" (*Obras escogidas*, La Habana, Instituto Cubano del Libro, 1970, p. 31).

#### LA GUERRA Y LA REVOLUCIÓN

El esclarecimiento de la esencia de la guerra, posibilita su comprensión en toda su multiformidad y complejidad. Se trata de la imposición de la política independentista por medios violentos, hecho que presupone la lucha en los planos militar, económico, ideológico y hasta diplomático. Esta concepción determina los presupuestos básicos de que parte Martí en su actividad práctico revolucionaria.

- 1) Una distinción precisa entre la guerra y la revolución. La guerra es un medio necesario, inevitable y justo, pero sólo un medio en función de un objetivo superior: la revolución anticolonial.
- 2) Necesidad de un aparato político que trace la estrategia política de la revolución y con base en ella, prepare, organice, desencadene y conduzca la guerra hasta la destrucción del dominio colonial español.

El primer presupuesto constituye el principio definitorio de toda su concepción y acción político-militar. En ellas los conceptos de guerra y revolución tienen una connotación específica y se relacionan de modo dialéctico.

Para Martí es de vital importancia que la guerra no se trueque en un fin en sí misma, que se pierda en pugnas localistas o devenga obra de caudillos militares, que sustituya un sistema opresivo por otro de sello criollo, o en el mejor de los casos,



que provoque un simple cambio de gobierno con la consiguiente copia tradicional de esquemas republicanos importados:

En "Nuestras ideas" plantea: "El cambio de mera forma no merecería el sacrificio a que nos aprestamos; *ni bastaría una sola guerra para completar una revolución* cuyo primer triunfo sólo diese por resultado la mudanza de sitio de una autoridad injusta" (O.C., t. 1, p. 319. La cursiva es del autor de este trabajo. N. de la R.).

Y ya en el documento programático de la revolución señala:

Punible ignorancia o alevosía fuera desconocer las causas a menudo gloriosas y ya generalmente redimidas, de los trastornos americanos, venidos del error de ajustar moldes extranjeros [...] La concentración de la cultura meramente literaria en las capitales; el erróneo apego de las repúblicas a las costumbres señoriales de la colonia; la creación de caudillos rivales consiguiente al trato receloso o imperfecto de las comarcas apartadas; la condición rudimentaria de la única industria, agrícola o ganadera; y el abandono y desdén de la fecunda raza indígena en las disputas de credo o localidad que esas causas de los trastornos en los pueblos de América mantenían, —no son, de ningún modo los problemas de la sociedad cubana [*Manifiesto de Montecristi*, cit., p. 94-95].

El refiere el concepto de revolución a profundas transformaciones político-sociales y económicas. "Desde sus raíces", decía, "se ha de constituir la patria con formas viables, y de sí propia nacidas, de modo que un gobierno sin realidad ni sanción no la conduzca a las parcialidades o la tiranía" (*Manifiesto de Montecristi*, cit., p. 99).

Así, el contenido de este concepto puede concretarse en los siguientes términos:

Destrucción del Estado colonial y su sustitución por un Estado nacional genuino e independiente.

Establecimiento de una república nueva que rompiera con el colonialismo político, económico, ideológico y cultural español e impidiera que Cuba cayera en nuevos vínculos de dependencia respecto de los Estados Unidos; establecimiento de un nuevo orden sociopolítico y económico, dentro de los parámetros de la propiedad privada, pero que apuntara a una distribución equitativa de las riquezas y evadiera el desarrollo capitalista hacia el monopolio;

Bloquear la expansión yanqui sobre las Antillas y el resto de la América Latina y con ello contribuir al equilibrio del mundo.

Dar un modelo de república distinto para la América Latina y buscar la unidad, garantía de contención de la expansión imperialista.

Este punto de vista rebasa los límites de una concepción liberal burguesa tradicional. En primer término, porque la república, en el sentido clásico burgués, es la experiencia latinoamericana, la de 1868, la de Norteamérica, que él critica, y que conducía al orden social de dependencia que quería impedir. En segundo lugar, porque los intereses y aspiraciones que Martí expresaba en su república tenían como soporte otras fuerzas sociales. "La dirección de la nueva guerra era ejercida por representantes de los sectores radicales de las capas medias de la sociedad cubana cuyos intereses coincidían con los intereses generales de la nación y de las clases y capas trabajadoras del pueblo" (*Tesis y resoluciones*, cit., p. 12. Ver, además, Carlos Rafael Rodríguez: "José Martí, contemporáneo y compañero", y Roberto Fernández Retamar: *Introducción a José Martí*).

Este proyecto revolucionario "de carácter democrático-revolucionario y de liberación nacional", como lo califica la *Plataforma programática* de nuestro Partido, representa una concepción cualitativamente nueva y, por consiguiente, su materialización exige de procedimientos y formas que rompan con los esquemas tradicionales de concebir, organizar y conducir la guerra, y, por añadidura, que eviten los errores que llevaron a la contienda armada anterior al fracaso.

En el centro de esta concepción distinta sobre la guerra y la revolución está el otro presupuesto teórico: la necesidad de organizar un partido de la independencia. La experiencia histórica y su análisis histórico-concreto le indican que ni con organización de expediciones de grupos aislados, ni con rebeliones de grupos, ni con creación de organizaciones a partir de un grupo, era posible la victoria en la guerra; y si se lograba, no se garantizaba la consecución del objetivo supremo: la revolución.

Martí no trató de exponer ningún esquema organizativo desde afuera, ni a partir de un grupo. Él se basó en las organizaciones ya existentes en la emigración para iniciar un proceso de unificación concreta planteando como principios la voluntariedad, la renuncia a toda pretensión personal y la fe en el pueblo y sus hombres. Se dio a una titánica labor de unificación de todas las voluntades en un solo partido para la independencia, sin distinción de clases, razas ni generaciones: unión de todos los cubanos independientemente de su posición social, de blancos y negros, de la generación del 68 con la nueva generación, de la emigración con la población del país, de todas

las regiones de la isla y, fundamentalmente, entre el Occidente y el resto del país.

Está claro que Martí buscaba y logró llevar el principio de la dirección única, centralizada y basada en la más amplia democracia, a la esfera política. Esto, en la práctica, posibilitaba, por una parte, lograr la unidad ideológica y de acción política en torno a las bases y los estatutos del Partido. Y por otra, con esa organización política, llevar a la realidad el proyecto revolucionario, *garantizando el papel rector de la política tanto en la preparación y desencadenamiento de la guerra, como en la dirección de la misma.*

#### PAPEL DE LA POLÍTICA EN LA PREPARACIÓN, DESENCADENAMIENTO Y DIRECCIÓN DE LA GUERRA

Martí asumió la preparación y desencadenamiento de la guerra en toda su complejidad y multiformidad. En esta dirección las tareas del Partido se pueden concretar de la siguiente forma:

- 1) Preparación de la lucha armada.
- 2) Preparación económica.
- 3) Preparación ideológica.
- 4) Preparación en cuanto a las relaciones con los demás gobiernos y pueblos.

Al desarrollar y consolidar el Partido, Martí acomete la tarea de crear toda una red conspirativa que vinculaba el trabajo del partido en la emigración, a fin de reunir los factores necesarios al inicio de la lucha armada, y el trabajo dentro del país, tendente a aglutinar las fuerzas dispuestas en todas las regiones del país, en interés de un plan único en un momento dado. En carta al general Gómez de marzo de 1894 decía:

La situación, pues, en este instante, parece ser así: —de nosotros se espera todo, sin celos y con cariño, y de nosotros ha de partir el concierto, y sin nosotros nada concertarán entre sí, porque cada cual sólo tiene fe en sí, y en los demás en virtud de la certidumbre del concierto con nosotros: esta es, pues, por dicha una acción doble que asegura, desde el principio, el arranque armado y vigoroso, sin aquella vacilación y recíprocos desconocimientos que desde el principio le aflojaron el corazón a la guerra de Yara [O.C., t. 3, p. 69].

Sobre esta base político-organizativa, Martí centra la preparación de la lucha armada en las tareas siguientes:

- Organizar un ejército de liberación que tendrá por núcleo los jefes militares más experimentados y prestigiosos y de extracción popular de la guerra pasada, cuyas figuras centrales fueron Gómez y Maceo. A través de estos jefes se fueron creando las condiciones del alzamiento en toda la isla y de las expediciones que llegarían del exterior.
- Elaborar un plan de alzamiento y una estrategia de la guerra en correspondencia —subordinada— a la estrategia política de la Revolución. Los objetivos de la revolución debían determinar el carácter popular de la lucha armada. Era una guerra de todo el pueblo con los métodos y formas característicos a este tipo de guerra.<sup>5</sup>
- Acumular y disponer del armamento bélico indispensable para el inicio. En este aspecto es de destacar cómo se ocupaba hasta de la determinación del tipo de armas necesarias. En carta al presidente del cuerpo de Jamaica señalaba: “creyó la delegación que multiplicaría estos esfuerzos costosos la compra de armas desiguales, y reunió para este punto especial una junta de jefes y oficiales, a fin de acordar las armas, para cuya compra debía recomendarse a los clubes” (O.C., t. 2, p. 57).
- Crear las condiciones organizativas necesarias a fin de que la emigración se convirtiera en retaguardia eficiente de la lucha armada y suministrara a esta, sobre todo, la mayor cantidad posible de medios necesarios para el desarrollo de la misma.

Al aspecto económico también dedicó Martí una intensa actividad. Sabía que la obtención de los recursos materiales indispensables para iniciar la contienda, incluso para el desarrollo sostenido de la misma, dependían de la recaudación económica que por todas las vías organizó. En la correspondencia personal se aprecia la atención que dedicó a este rubro. En este punto trazó, asimismo, lineamientos concretos:

Guiar nuestra política, con energía y sin ostentación, de modo que por el resultado natural y pronto de ella, entre los cubanos y los que no lo son, reunamos los recursos de la guerra [...] A los fondos *reales* nos tenemos que ajustar, sin caer con la dificultad de intentar lo que nos tenga

<sup>5</sup> Valorando la experiencia en relación con la guerra de independencia norteamericana F. Engels planteó: “Frente a las líneas torpes, se alzaron en la guerra norteamericana de independencia los destacamentos rebeldes que, sin estar instruidos, disparaban mucho más certeramente con sus carabinas rayadas y que, además, luchando como luchaban por sus propios intereses, no desertaban como las tropas mercenarias [...] La línea impotente, hubo de sucumbir ante un enemigo invisible e inabordable”. (Anti-Dühring, Montevideo, Ed. Pueblos Unidos, 1960, p. 204-205.)

después de limosneros, salvando así el primer escollo, que sería el no inspirar respeto, por la excesiva dependencia, a aquellos de cuya ayuda tenemos que depender en toda nuestra obra [Carta a Serafín Sánchez, 18 de agosto (¿de 1892?), *O.C.*, t. 2, p. 121].

El Maestro comprendía perfectamente que la lucha armada no sólo era el choque de dos políticas, sino también de dos ideologías. Su labor en la lucha contra la ideología colonialista, autonomista y anexionista fue decisiva para la propia formación del Partido y la preparación de la guerra necesaria. Es más, durante los pocos días en que se vio envuelto en la tarea de dirección de la lucha armada, expresó sistemáticamente el criterio de que en la guerra también hay que librar batallas ideológicas.

Su labor ideológica de propaganda y agitación fue diversa, profunda, rica, activa y amplia. La desplegó por medio de discursos y reuniones, de una correspondencia personal extraordinaria, y de la fundación de un periódico, *Patria*, que en la práctica fue el periódico de la revolución. Su trabajo de agitación y propaganda tuvo como fundamento las direcciones principales siguientes:

- La crítica al sistema colonial español, así como de los defectos de la sociedad capitalista norteamericana y de la amenaza que representaba para Cuba y demás pueblos de América.
- La unidad como cuestión estratégica para el logro de los ideales de independencia y libertad. Papel del Partido Revolucionario Cubano y la unión de todo el pueblo para la lucha.
- El carácter necesario, inevitable y justo de la guerra. Su naturaleza popular. Su concepción de la guerra como procedimiento político en función de los objetivos de la revolución: la república "con todos y para el bien de todos" que contribuiría de modo sensible al equilibrio necesario en América y el mundo.
- Combatir la ideología colonialista y sus campañas políticas, así como a las corrientes ideológicas que le hacían el juego al dominio colonial español o aspiraba al cambio de metrópoli.

Martí dio especial atención a las relaciones con los gobiernos de la América Latina y con el gobierno y pueblo de los Estados Unidos. Era conciente de dos cuestiones básicas en este orden: la posibilidad y necesidad de ayudar a las repúblicas latinoame-

ricanas, y la importancia de evitar la enemistad del gobierno norteamericano, buscando por lo menos una posición de neutralidad en él. Para esto último, consideraba capital ganar la opinión pública norteamericana para la causa cubana. Al respecto planteó:

Pero estas razones, aplicables en especial a los países de nuestra habla, no lo son tanto al pueblo en que la mayoría de los emigrados vivimos [...]

Y en esta labor presente de levantar la revolución, se correría gran riesgo si no se lograra mover a efecto y consideración al pueblo y gobierno de los Estados Unidos ["A los presidentes de los clubes del Partido Revolucionario Cubano, en el cuerpo del consejo de Key West", *O.C.*, t. 1, p. 446 y 447, respectivamente].

Por último, queremos llamar la atención sobre una constante en el pensamiento y la actividad del Maestro en la preparación y desencadenamiento de la guerra. Estudió y evaluó multilateralmente la situación en Cuba, insistiendo en evadir todo tipo de precipitación y aventurerismo. Trabajaba activamente y deseaba ardientemente el inicio de la insurrección, pero a la vez combatía todo tipo de precipitación y alertaba reiteradamente contra las provocaciones del enemigo para evitar los alzamientos aislados. Esta actitud, que presupone una concepción global de la guerra y las circunstancias histórico-concretas de Cuba, fue incluso objeto de su trabajo político-ideológico en contra de las acusaciones autonomistas en este sentido e insistía: "debamos extender con gran energía callada la organización, sin exponernos a que nos saquen a la obra antes de que ni adentro ni afuera tengamos fuerza para ella" (Carta a Serafín Sánchez, agosto 18 de [1892] *O.C.*, t. 2, p. 121).

Si importante era la rectoría política en la preparación, en igual medida lo era en la dirección de la guerra. En el núcleo de su concepción general estaba la creación de un aparato político que fuese representante del poder soberano del pueblo, un gobierno que fuese "simple y eficaz, útil, amado, uno, respetable, viable" (Carta al general Antonio Maceo, 3 de mayo [1895], *O.C.*, t. 4, p. 161).

Todo parece indicar que esta estructura de poder no era el Partido, sino un gobierno elegido por el pueblo en armas. Esto se observa en distintas afirmaciones categóricas suyas. Ya en 1893 plantea: "El Partido Revolucionario Cubano, cuya misión previa y transitoria cesa el día en que ponga en Cuba su parte de la guerra que haya acordado con la isla" ("Los emigrados, las expediciones y la revolución", *O.C.*, t. 2, p. 275). Y en carta

a Felix Ruenes de abril de 1895 escribe: "La revolución, ya vigorosa y potente, requiere para desenvolver toda su energía, que sin demora decidan los cubanos que la componen tal cual debe ser la representación que con toda autoridad legal pueda hablar en su nombre, y acordar, y empezar a ejecutar inmediatamente, los planes que han de conducir, con el tacto y la energía a la victoria" (O.C., t. 4, p. 134-135).

Este aparato de gobierno con toda su autoridad legal y moral constituiría el poder político de la revolución, ajustado a las circunstancias de su desarrollo. En esta idea no hay nada del viejo civilismo del 68 —experiencia estudiada y evaluada por Martí ampliamente—, por el contrario, es la aplicación dialéctica del mismo principio de unificación del mando en política, sobre las bases democráticas, que aplicó en la organización del Partido. Tanto es así, que en este gobierno, ajustado a las condiciones de guerra, veía un carácter transitorio. Esta última idea es evidente en la carta a Gonzalo de Quesada y Benjamín Guerra de abril de 1895, cuando dice refiriéndose a Gómez "y de sí propio ha ido cuajando el pensamiento natural, que es el de reunir representantes de todas las masas cubanas alzadas, para que ellos, *sin considerarse totales y definitivos*, ni cerrar el paso a los que han de venir, den a la revolución formas breves y solemnes de república, y viables, por no salirse de la realidad, y *contener a un tiempo la actual y la venidera*"; y más adelante es categórico: "que acaso el gobierno se pueda componer de modo que *reina diversas personas, y unidad de dirección, y sólo dure en su forma primera* lo que él y los sucesos tarden en sacar al país, y todas las fuerzas revolucionarias, a la revolución" (O.C., t. 4, p. 143-144. La cursiva es del autor de este trabajo. N. de la R.).

Observando detenidamente las referencias de Martí a este gobierno pueden deducirse las siguientes conclusiones respecto de sus tareas y necesidad:

- 1) Con base en la estrategia política general, integrar la estrategia de la guerra teniendo en cuenta todas las manifestaciones de la lucha: armada, ideológica, económica y diplomática.
- 2) Determinar los objetivos políticos de la estrategia de la lucha armada.
- 3) Establecer formas concretas de organizar y mandar el ejército.
- 4) Garantizar los medios de apoyo y auxilio para el desarrollo exitoso de la lucha armada.
- 5) Ser exponente de la futura república —"contener a un tiempo la actual y la venidera" (Carta a Gonzalo

de Quesada y Benjamín Guerra, 30 de abril de 1895, O.C., t. 4, p. 144)— lo cual un tanto sugiere la aplicación ya de medidas de transformación revolucionaria en el curso de la guerra.

La temprana muerte en combate privó a Martí de continuar la obra concebida. Sin embargo, en el lapso de su participación en la guerra, trabajó intensamente para materializar esta idea y acometer dichas tareas. Pero además, anticipó en forma práctica algunas de las ideas de cómo concebía él la dirección política de la guerra. En las circulares a los jefes y oficiales se trazan lineamientos estratégicos que emanan esencialmente del objetivo general de la revolución en ajuste con las circunstancias concretas del desarrollo de la lucha armada en ese momento y la estrategia política y militar de España. Esos lineamientos de forma esquemática se concretan del siguiente modo:

- 1) El trabajo político sistemático, explicando el carácter necesario, justo e irreversible de la guerra, en contraposición a la prédica diversionista colonial de paz sin independencia, así como contra los cubanos que hacían el juego a los enemigos. Junto a esta prédica, la medida drástica de juzgar como traidor a la patria de todo el que presente o insinúe la rendición o arreglo sin independencia.
- 2) En cuanto a la escalada, sucesión y fuerza de los golpes, plantea la necesidad de generalizar, extender la guerra y unificar los métodos y formas de lucha en un sistema integral. En circular de fecha 14 de mayo de 1895 se plantea:

La parte más importante y decisiva de una guerra no está en las batallas, ni en los hechos de valor personal; sino en el sistema inexorable con que, de todas partes a la vez, se debilita y empobrece al contrario, se les quitan recursos y se le aumentan obligaciones, se le obliga a pelear contra su plan y voluntad, y se le impide que reponga sus fuerzas. Y en esa condición, son más fáciles y útiles las batallas. Hay que preparar el éxito de las batallas en ese trabajo continuo. ["Circular a los jefes y oficiales del ejército libertador de 14 de mayo de 1895", (*Partido Revolucionario Cubano y la Guerra*, La Habana, Edit. Ciencias Sociales, 1978, p. 300)].

- 3) Desarrollar un ritmo constante en las acciones y mantener en el máximo de tensión al enemigo, privándolo de todas las fuentes de aprovisionamiento y recursos de todo tipo, obstaculizando e impidiendo sus movi-

mientos, así como sus medios de comunicación. En este punto se hace particular insistencia en las ciudades, las cuales se debían privar de todo recurso y mantenerse en alarma continua, para que en lugar de bases de apoyo al enemigo, este tuviese que atenderlas y proveerlas; "y los habitantes, viendo al gobierno impotente, respeten o deseen la revolución" ("Circular a los jefes...", cit., p. 301).

- 4) Una línea precisa en cuanto a la actitud y trato hacia todos los sectores de la población de la Isla que es un modelo de trabajo político concreto:

—Con el enemigo: la guerra inexorable.

—A los cubanos tímidos: combatirles las ideas, pero no las personas, para dejarles una puerta hacia la revolución.

—Con los propietarios: respetar a los que respeten a la revolución.

—Con el español: darle confianza de que podrá vivir libre y tranquilo en Cuba.

—Atraer a los soldados españoles.

- 5) Establecer como base de la preparación, disposición combativa y disciplina del ejército la actividad de guerra.

- 6) Concentrar los esfuerzos de la emigración en el envío de material de guerra y jefes militares experimentados.

Este criterio fue manifestado por Martí ya desde el período de preparación de la guerra. "En lo que urge que nos pongamos de acuerdo", decía en carta a Gonzalo de Quesada y Benjamín Guerra, "es en la especie de servicio que aquí se necesita verdaderamente, y en el modo de atenderlo con el menor gasto y peligro. Hombres, sobran, y sólo faltan aquí los representativos: veteranos que ordenen, o gente capaz de encabezar" (O.C., t. 4, p. 145).

#### NATURALEZA Y PAPEL DEL EJÉRCITO LIBERTADOR. PRINCIPIOS DE SU CONSTRUCCIÓN

Una de las tareas fundamentales que aborda Martí en la preparación de la lucha armada fue la creación de las condiciones necesarias a la formación del ejército de liberación como instrumento armado de la revolución para llevar a cabo la guerra necesaria. La importancia que concedía a esta tarea se pone

de manifiesto cuando escribía en *Patria*: "se pelea cuando se organizan las fuerzas para la victoria. Se pelea cuando se demora el pelear hasta que los ejércitos están en condición de aspirar a vencer" ("El arte de pelear", O.C., t. 1, p. 340).

En la necesidad de la guerra se fundamenta la necesidad de un ejército. Esta era la guerra inevitable y justa del pueblo cubano para la obtención de la independencia colonial, luego el ejército sería de naturaleza popular. Se fundaba por el pueblo para liberar a la patria de la opresión colonial; por tanto, era el mismo pueblo en armas. "Arando en los campos, contando en los bancos, enseñando en los colegios, comerciando en las tiendas, trabajando con sus manos de héroe en los talleres", decía, "están hoy los que ayer, ebrios de gloria, peleaban por la independencia del país. Y aguardan impacientes, a la generación que ha de emularlos" ("Nuestras ideas". cit., p. 318).

Martí concebía el ejército como una organización militar estructurada y cohesionada que tenía como misión el aniquilamiento del ejército que sustentaba el poder colonial, y, al mismo tiempo, constituirse en defensor del poder del pueblo de Cuba representado legítimamente por la república. Este ejército, pensado por él como pueblo armado, debía ser soporte armado y fiel defensor de las conquistas de la revolución democrático-revolucionaria, popular y antimperialista, esto es, de la república nueva con la que aspiraba el Apóstol impedir la expansión imperialista norteamericana por nuestras tierras de América.

De acuerdo a la naturaleza y al papel de este ejército, sus rasgos distintivos serían:

- 1) Un organismo del aparato de gobierno proyectado por Martí para las condiciones de la contienda de liberación nacional y de la república donde se alcanzaría el equilibrio de intereses y el bienestar de todos.
- 2) Su fundamento ideológico era el ideal democrático-revolucionario, de liberación nacional y antimperialista.
- 3) Una composición popular, en tanto que era una fuerza exponente de la unión de todos los cubanos, sin distinciones de raza o de clase, en la voluntad de ser independientes y libres.
- 4) Un ejército latinoamericanista e internacionalista, pues la revolución que defendía se proyectaba en ambas direcciones.

En cuanto a la fundación y construcción del ejército libertador, al igual que en los demás aspectos del pensamiento y la actividad militares de José Martí, es evidente que su desaparición

física no le permitió proyectar en toda la magnitud su profundidad y genialidad.

No obstante, examinando y analizando algunos de sus documentos, cartas y, particularmente escritos en el corto período de campaña, se encuentran ideas que permiten llegar a la conclusión de que este genial y singular político revolucionario comprendía la construcción del ejército de liberación sobre la base de determinados principios, los cuales pueden clasificarse desde dos puntos de vista: el organizativo y el político-social.

Desde la llegada de Martí a los campos de Cuba se observa, a través de la correspondencia y de las circulares a los jefes y oficiales, la preocupación y premura por establecer las bases político-organizativas para la conducción de la guerra con base en un plan único. Su actividad es expresión de la idea de la necesidad de estructurar orgánicamente el ejército apoyado en la centralización del mando, la autoridad político-militar de los jefes y una férrea y conciente disciplina militar.

La centralización del mando constituye un principio básico de todo ejército para cumplir exitosamente las tareas de la lucha armada. Esto consiste en que todas las unidades se encuentran rigurosamente subordinadas al aparato político de gobierno por medio de un mando supremo único. Con base en este principio, todos los elementos de la estructura orgánica actúan de acuerdo a un plan único, asegurándose el máximo de organización y disciplina, de dinamismo y rapidez en las acciones que eran necesarias para cumplir las tareas militares de combate contra el enemigo español.

Este principio era de vital importancia para evitar las funestas contradicciones que se dieron en la contienda independentista anterior. La idea de establecer una república ajustada a las condiciones de guerra, muy presente en Martí, no contradice este principio. Por el contrario, el aparato político de gobierno, exponente del poder central, debía fijar los objetivos políticos de guerra y dirigirla a través del mando supremo del ejército que tendría la autonomía e independencia necesarias al cumplimiento de la estrategia elaborada en forma común.

La necesidad e importancia de este principio están explícitas en el siguiente fragmento:

El pueblo de Cuba está preparado para vencer en la guerra que ha vuelto a emprender para su libertad; pero será inútil tal vez su sacrificio, o costará demasiado sin necesidad, si todo el Ejército Libertador no obedece a la vez el mismo impulso, si no se hace de todas partes lo

mismo a la vez, si no se lleva la guerra adelante con un pensamiento enérgico y claro. El valor suele resolver los encuentros aislados, pero sólo el orden en la guerra y la unidad de pensamiento llevan a la victoria final ["Circular a los jefes...", cit., p. 299].

Complemento de la dirección centralizada es el principio del mando único. Martí también prestó atención a este aspecto, relacionándolo con la necesidad de la unidad de voluntad y de nación de las vastas masas de personas en función de alcanzar determinados fines como, por ejemplo, la concentración de todas las fuerzas en una dirección dada. Él estaba convencido de que el logro de tal unidad y actividad sólo era posible mediante la supeditación de la voluntad de miles de personas a la voluntad de una sola, y la obediencia incondicional de las masas a la voluntad única del jefe.

En circular escrita cinco días antes de morir, Martí exponía esta idea a los jefes y oficiales del ejército libertador: "Con hombres precisos, dispuestos a todas horas para todo, con el corazón más alegre mientras más difícil es el empleo que se les da, con su arma limpia y su caballo entero y pronto se pueden intentar en la guerra las sorpresas y las improvisaciones que son imposibles con hombres que no encajan de prisa y bien en su puesto, como las diferentes piezas de un arma a la hora de montarla ("Circular a los jefes...", cit., p. 304).

El principio del establecimiento de una disciplina férrea y conciente es, en su criterio, un elemento que sirve de fundamento a los anteriores, para que en su conjunto el ejército sea un mecanismo con la suficiente preparación y disposición combativas. Para Martí

un ejército de hombres descuidados y voluntariosos, un ejército indisciplinado, no puede vencer a un ejército donde todos los hombres tienen la costumbre de ir a la vez a un mismo objeto, montar a los caballos de un mismo salto, de manejar sus armas con facilidad e igualdad, de obedecer la orden al instante en que se recibe, —un ejército disciplinado. Disciplina quiere decir orden, y orden quiere decir triunfo ["Circular a los jefes...", cit., p. 304].

Al carácter férreo de la disciplina basada en la exigencia estricta del cumplimiento de las órdenes y disposiciones, el Maestro agregaba el aspecto conciente de la actividad disciplinada del combatiente, fundamentado en el ideal democrático y en la dignidad moral del hombre al luchar por la libertad. "A nuestras fuerzas se les tratará de manera que se vaya fomentando

en ellas, a la vez, la disciplina estricta y el decoro de hombres, que es el que da fuerza y razón al soldado de la Libertad para pelear" ("Circular", *O.C.*, t. 4, p. 141).

A los principios organizativos unía Martí los principios políticos sociales de construcción del ejército. Estos debían garantizar los rasgos característicos del ejército combatiente por el ideal democrático-revolucionario y antimperialista que él concibió. Así planteaba ante la tarea de fundación del ejército los principios siguientes:

- La educación de los combatientes y de los oficiales en el espíritu de fidelidad sin límites al gobierno de la república en armas, representante del pueblo en armas y del ideal democrático-revolucionario.
- El fortalecimiento sistemático y constante de la unidad. La prédica unitaria que dio lugar al surgimiento y desarrollo del Partido Revolucionario Cubano, tiene una connotación estratégica en el proyecto revolucionario martiano. La unidad hizo posible el reinicio de la guerra y, con ella, el resurgir del ejército mambí. Ahora debía ser factor de fortalecimiento y desarrollo del mismo, puesto que para Martí el ejército era el pueblo en armas.
- El fortalecimiento constante del espíritu latinoamericano e internacionalista con que surgió. El ejército, en fin de cuentas, era un producto genuino del partido que se fundó para la independencia de Cuba y Puerto Rico. Pero, además, era un ejército de una revolución que, en última instancia, pretendía impedir la dominación imperialista en América.
- La realización de un trabajo político sistemático en las filas del ejército a partir de estos principios político-sociales que debían constituir su basamento ideológico.

En este sentido Martí indicaba en la "Circular política de la guerra": "No se perderá ocasión para explicarles en arengas y conversaciones, el espíritu fraternal de la guerra; los beneficios que el cubano obtendrá con la Independencia, y la incapacidad de España para mejorar la condición de Cuba y para vencernos" (*O.C.*, t. 4, p. 141).

Hasta aquí nuestra exposición con respecto a las concepciones teórico-militares de José Martí. Evidentemente no es un tema agotado ni esa fue la pretensión. Baste decir que hemos pretendido llamar la atención sobre esta faceta del Maestro y demostrar que su pensamiento no es sólo político, filosófico, ético,

estético, etc., sino también militar, que en él hay un cuerpo de concepciones teóricas sobre la guerra y el ejército en correspondencia con el contexto socio-histórico que enfrentó, el cual tiene una vigencia y significación extraordinarias para la problemática de la liberación nacional contemporánea.

Estas concepciones teórico-militares están presentes en el pensamiento y la obra de Martí y constituyen parte esencial de su democratismo-revolucionario. Expresión de ello son sus palabras cuando planteó en el discurso del 10 de octubre de 1890: "El político de razón es vencido, en los tiempos de acción, por el político de acción; vencido y despreciado, o usado como mero instrumento y cómplice, a menos que, a la hora de montar, no se eche la razón al frente, y monte. ¡La razón, si quiere guiar, tiene que entrar en la caballería! y morir, para que la respeten los que saben morir" (*O.C.*, t. 4, p. 252).

# La esencia filosófica del pensamiento democrático-revolucionario de José Martí

ADALBERTO RONDA VARONA

La *Plataforma Programática del Partido Comunista de Cuba*, aprobada en su Primer Congreso, planteó:

José Martí, que fue el guía y organizador de la nueva guerra emancipadora, dedicó sus primeros esfuerzos a unir a todas las clases y sectores interesados en el propósito nacional liberador. Agrupó a los cubanos en la emigración, organizó el primer partido revolucionario de Cuba para la lucha por la independencia y por una república democrática y elaboró un arsenal de ideas avanzadas que habría de servir de bandera no sólo a los revolucionarios de la época, sino también de las generaciones posteriores [*Plataforma...*, La Habana, Departamento de Orientación Revolucionaria, 1976, p. 7].

En este sentido puede afirmarse, que el pensamiento y la acción de José Martí representan la culminación del ideario más progresista y radical de Cuba y de la América hispana en el siglo XIX, y a la vez el inicio de una nueva etapa en la revolución de la ideología democrático-revolucionaria, que pasando las fronteras de su siglo y de su patria, se proyectó a la época contemporánea, en la que tienen lugar, junto a las revoluciones proletarias, las revoluciones nacional-liberadoras de profundo contenido antimperialista y popular.

Precisamente, en este trabajo nos proponemos analizar, aunque brevemente, la esencia filosófica del pensamiento democrático-revolucionario de José Martí. La filosofía de José Martí en su desarrollo progresivo tuvo dos etapas fundamentales: la primera transcurrió desde 1869 hasta 1881, y la segunda, considerada de madurez filosófica, desde 1882 hasta 1895. En la segunda etapa de la evolución de su filosofía se produce un proceso de objetivización noseológica en la interpretación de los fenómenos y procesos naturales y sociales, sobre todo de los últimos. Además, se enriquecen los elementos de materialismo en su concepción del mundo, unido esto a la profundización en el enfoque dialéctico de los diversos problemas políticos y sociales que ocuparon su atención en este período;

avanzando así progresivamente hacia una interpretación científica del desarrollo socio-histórico. Esta es la etapa en la que Martí evolutivamente adopta las posiciones más radicales del pensamiento democrático-revolucionario. No obstante, al hacer tal periodización en el contenido del pensamiento filosófico, es imprescindible recordar las palabras del compañero Carlos Rafael Rodríguez en su trabajo "Martí, guía de su tiempo y anticipador del nuestro": "nadie más fue más hijo de su momento, más expresivo de su clase, más apegado a los modos de su día, que José Martí. De esa fidelidad extrae su grandeza de líder. Y ella determina, también, las limitaciones que sería reprochable encubrir" (*Anuario del Centro de Estudios Marianos, La Habana*, n. 1, 1978, p. 311). Lo que implica que se combinen dialécticamente en el análisis los principios del desarrollo y del enfoque histórico-concreto.

José Martí, que no fue marxista, no desconoció a Marx. Con sus convicciones socio-políticas, que expresaban sobre todo la situación concreta de su país, enjuició críticamente los métodos marxistas relativos a la lucha de clases. Sin embargo, en más de una ocasión elogió calurosamente la calidad humana de Marx y la grandeza de la obra revolucionaria que se proponía realizar. Así, a raíz de la muerte del fundador del socialismo científico, en 1883, exclamó públicamente:

Karl Marx estudió los modos de asentar al mundo sobre nuevas bases, y despertó a los dormidos, y les enseñó el modo de echar a tierra los puntales rotos. Pero anduvo de prisa, y un tanto en la sombra, sin ver que no nacen viables, ni de seno del pueblo en la historia, ni de seno de mujer en el hogar, los hijos que no han tenido gestación natural y laboriosa. Aquí están buenos amigos de Karl Marx, que no fue sólo movedor titánico de las cóleras de los trabajadores europeos, sino veedor profundo de la razón de las miserias humanas, y en los destinos de los hombres, y hombre comido del ansia de hacer bien. Él veía en todo lo que en sí propio llevaba: rebeldía, camino a lo alto, lucha.<sup>1</sup>

A pesar del reconocimiento hecho por Martí de las condiciones humanas y revolucionarias de Marx y a su titánica obra, todo parece indicar, por lo que se conoce hasta ahora, que Martí no conoció la filosofía del hombre que "estudió los modos de asentar el mundo sobre nuevas bases": el materialismo dialéctico e histórico. Verdaderamente, las concepciones filosóficas de José Martí fueron predominantemente idealistas.

1 José Martí: "Carta de Martí", *Obras completas*, La Habana, Editorial Nacional de Cuba, 1963-1965, t. 9, p. 388. (En lo adelante, la citas referentes a la obra de José Martí, se remitirán a la mencionada edición, de sus *Obras completas*. N. de la R.)



Pero a pesar de ello, no es posible valorar correctamente la esencia de su pensamiento filosófico si no se tiene en cuenta que:

- a) en la evolución de la filosofía de Martí aparecen y se desarrollan puntos de vista materialistas en diversas esferas de su concepción del mundo.

la práctica revolucionaria de José Martí alcanza todo su significado histórico sólo a la luz de la filosofía de Marx, Engels y Lenin.

Independientemente de la compleja composición teórica del pensamiento filosófico de José Martí, puede afirmarse que la esencia filosófica de la concepción del mundo del Héroe Nacional de Cuba, en la etapa en que su pensamiento socio-político es expresión del ideario democrático-revolucionario más radical, consiste en una interpretación idealista de la relación existente entre el ser y el pensar —principalmente idealista objetivo— en la que se observa una insistente tendencia a aumentar los elementos del materialismo, ya presentes en su interpretación del mundo desde la primera etapa de su evolución, sin que por esto se produzca la ruptura total con la calidad filosófica definida.

El contenido filosófico del pensamiento democrático-revolucionario del Maestro, estimulado por su propia personalidad, y condicionado históricamente por la situación económica, política, cultural y social en general de Cuba en la segunda mitad del siglo XIX, desprende un mensaje emancipador, que se fortalece bajo la influencia de la asimilación de importantes logros de las ciencias naturales y sobre todo, como dijera Marx en sus "Tesis sobre Feuerbach", de la "actuación revolucionaria, práctico-crítica", constituyendo así la filosofía de Martí el fundamento de una actitud profundamente optimista y progresiva ante las posibilidades reales del hombre en su actividad cognoscitiva y de transformación revolucionaria. Aquí conviene introducir una digresión teórica importante.

La eficacia histórica de determinado contenido ideológico depende en gran medida de sus fundamentos científicos, aunque no se puede reducir a estos. En el análisis de la función social que puede desempeñar un contenido ideológico debe tenerse en cuenta también otros aspectos:

- a) las particularidades del contenido ideológico en cuanto a esencia, composición, tendencia de desarrollo, etcétera;

- b) el carácter social de su portador material, lo que dependerá ante todo de los objetivos e intereses que defiendan las clases sociales o grupos humanos que lo asimilen como arma espiritual;
- c) la existencia de una determinada correspondencia del contenido ideológico con la tendencia del progreso social;
- ch) las condiciones histórico-concretas, objetivas y subjetivas, en que se origina y desarrolla el contenido ideológico.

La eficacia histórica de un contenido ideológico no se realiza por su propio fundamento científico independientemente de las condiciones concretas en las que se convertirá en realidad su posibilidad revolucionaria. La condicionalidad histórica es de gran importancia; para ello, al valorar la eficacia histórica como medida de la función social de determinado contenido ideológico —si se desea ser objetivo—, es imprescindible la utilización del principio marxista-leninista del enfoque histórico-concreto. Una muestra particular es el caso de la influencia del positivismo en José Martí, sobre todo en su etapa de madurez filosófica, es decir, de 1882 a 1895.

Es cierto que el positivismo, desde que surgió, en la primera mitad del siglo XIX en Europa, representó en la filosofía y en la sociología una imagen anticientífica y reaccionaria de los intereses objetivos de la burguesía explotadora, que trataba de dar una visión ideológica del capitalismo, que encubría la esencia de sus verdaderas contradicciones. Acción ideológica que intentaba sustentarse en el avance extraordinario que se estaba dando en las ciencias particulares, la técnica y la industria.

El positivismo de Augusto Comte, Herbert Spencer, y otros representantes de esa concepción idealista subjetiva del mundo, también se hizo sentir en América y de forma especial en la parte sur del Continente, en la que no pocas veces se levantaron para alabar los esquemas de desarrollo económico, y sus mecanismos internos propuestos en Europa y los Estados Unidos de Norteamérica. Específicamente en Cuba, las concepciones positivistas fueron asimiladas parcialmente y bajo un prisma ajeno a las consideraciones válidas en las circunstancias europeas de mediados del siglo XIX. En la patria de Martí, con sus estructuras económicas y sociales distintas en gran medida a las existentes en Europa y, sobre todo, por el atraso científico y cultural, diversos puntos de vista del positivismo significaban un paso adelante en el pensamiento y una muestra de las ansias de saber y de progreso en contra del idealismo absoluto y la metafísica.

José Martí no asimiló las concepciones más anticientíficas del positivismo, es más, adoptó una posición crítica con respecto a algunos de sus fundamentos noseológicos y metodológicos. Los elementos de positivismo en la filosofía martiana nada tienen que ver con la negación que hace esa filosofía de la existencia de la realidad objetiva y del principio de la cognoscibilidad del mundo, o sea, su agnosticismo, nada tiene que ver con el intento de situarse por encima del materialismo y el idealismo y la negación del contenido objetivo del conocimiento.

El positivismo de Martí se manifiesta directamente en conceptos como el de la "razón práctica", que ocupa un lugar importante en la noseología martiana. Martí dice:

Yo no afirmaré que debo existir superiormente a como existo yo, si no tuviese en mí razones prácticas para comprobarlo.—

Razón práctica no quiere decir razón material, sino razón experimental.

Yo no afirmaré la relación constante y armónica del espíritu y el cuerpo, si yo mismo no fuese su confirmación. ["Juicios", *O.C.*, t. 19, p. 362].

Se acoge así al postulado positivista de la verificación, que no es otra cosa que la absolutización de la comprobación de la verdad por la comparación por la experiencia, la observación y el experimento, como métodos universales del conocimiento, y su demostración. Es Martí quien afirma: "El hombre no debe creer sino lo que puede demostrar. El mundo es bello, la humanidad adelanta. Comte ha dicho la verdad. Le es lícito al hombre esperarlo todo, pero creer sólo en lo demostrable le es lícito" (Courtlandt Palmer", *O.C.*, t. 13, p. 350).

La concepción de Martí acerca de que los fenómenos sociales están sujetos a leyes naturales tiene una connotación especial por su orientación hacia una explicación científico-naturalista de la sociedad, lo que está muy por arriba de las concepciones diáfananamente idealistas. Sin embargo, esa idea martiana no deja de tener la marca del positivismo. La misma tiene sus puntos de contacto con el intento del positivismo de encontrar fórmulas de desarrollo social que se sustenten en la seguridad ofrecida por el auge de las ciencias naturales, lo que supuestamente brindaría garantías para un desarrollo estable del orden social. Es interesante apreciar que bajo el prisma martiano, condicionado por la situación histórica-concreta, diversos elementos del positivismo pasaron a formar parte de una concepción filosófica del mundo, amante del verdadero saber científico e interesada por la liberación nacional y el desarrollo social.

El idealismo presente en la etapa de madurez del pensamiento filosófico de José Martí, tiene fundamentalmente su sustentación en concepciones que se originan y se manifiestan más insistentemente en el período que va de 1869 a 1881. Concepciones que luego se atenúan por la acentuación de elementos de materialismo, como resultado de la asimilación de diversos logros del conocimiento científico natural, y sobre todo de la intensificación de la actuación práctica revolucionaria, aunque no desaparecen del todo. Un lugar importante dentro de esas concepciones es el referente a la existencia del ser complejo.

Los criterios de Martí sobre la concepción compleja del ser se pueden sintetizar en tres tesis fundamentales:

- 1) Cada forma individual de existencia del ser es expresión de la unidad de lo material y lo espiritual. Unidad en la que ambos elementos constitutivos coexisten, sin que esta interrelación implique una conexión de engendramiento de uno por el otro en ninguno de los casos. Martí dice concretamente: "Que cada grano de materia traiga en sí un grano de espíritu, quiere decir que lo trae, mas no que la materia produjo el espíritu: quiere decir que coexisten, no que un elemento de este ser compuesto creó el otro elemento" ("Sección constante", *La Opinión Nacional*, 15 de junio de 1882, *O.C.*, t. 23, p. 317).
- 2) En la relación coexistencial del espíritu y la materia, el papel activo y ordenador le corresponde al primero. En el *Cuaderno de apuntes* número dos, que contiene anotaciones, escritas durante su primera deportación a España (de enero de 1871 a octubre de 1874), comenta brevemente los criterios filosóficos de Jaime Balmes<sup>2</sup> acerca de los fenómenos sustanciales y los fenómenos accidentales. Martí escribe que Balmes reconoce que el alma es sustancia como sujeto en que se experimentan modificaciones y dice a continuación: "Para mí es más, es esencial, es activa, es sujeto que los hace experimentar.

"La materia es sustancia pasiva. El alma es más que sustancia" [*Cuadernos de apuntes*, *O.C.*, t. 21, p. 66].
- 3) El hombre es la manifestación más excelsa del ser natural, es concebible sólo como unidad de lo espiritual y lo material, unidad que en la materia depende del espíritu y viceversa. El espíritu humano, según

<sup>2</sup> Jaime Balmes. Filósofo catalán idealista, nacido en Vich en 1810 y muerto en 1848, representaba junto a Sanz del Río, un destacado pensador de la España del siglo XIX.

Martí, es el elemento activo, ordenador y eterno, que cuando el cuerpo cansado ya abandona el mundo de los seres vivos, se rencuentra con el ser encarnación del todo universal. En este sentido dice: "la vida humana no es toda la vida" ("El *Poema del Niágara*", O.C., t. 7, p. 236). Martí consideraba que la vida no se podía limitar a la existencia en la tierra, sino que esta se proyecta y realiza en el alma extrahumana que existe como torrente inigualable. En este sentido es aconsejable hacer una aclaración.

El espiritualismo es un componente necesario de toda la filosofía idealista, independientemente de su forma histórica. El idealismo filosófico de Martí también está marcado por elementos de espiritualismo. Sin embargo, no debe considerarse a Martí como un espiritualista clásico. Sobre todo si el lenguaje teórico que utilizamos es el de la filosofía de Marx, Engels y Lenin.

El espiritualismo está presente en la filosofía martiana en la medida en que el hombre de Dos Ríos se adhiere a la doctrina del separatismo del alma, cuestión esta que se aprecia sin muchas dificultades en sus múltiples trabajos literarios y periodísticos.

En el *Cuaderno de apuntes* número uno, Martí escribe: "el alma post-existe y si post-existe, y no nacemos iguales, pre-existe, ha pasado por distintas formas" (O.C., t. 21, p. 43).

Bajo la misma orientación filosófica que la del fragmento anterior —en el *Cuaderno de apuntes* número ocho, escrito entre los años 1880 y 1882—, señala:

allá en otros mundos, en tierras anteriores, en que firmemente creo, como creo en las tierras venideras, —porque de aquellas tenemos la intuición pasmosa que puesto que es conocimiento previo de la vida revela vida previa— y a estas hemos de llevar este exceso de ardor de pensamiento, inempleada fuerza, incumplidas ansias y desconsoladoras energías con que salimos de esta vida; —allá, en tierras anteriores, he debido cometer para con la que fue entonces mi patria alguna falta— grave, por cuanto está siendo desde que vivo mi castigo, vivir perpetuamente desterrado de mi natural país, que no sé donde está [O.C., t. 21, p. 246].

También en esa misma línea de pensamiento y refiriéndose a Joaquín Baralt y Celis y a Rodrigo Ponce de León, plantea en 1895: "De la estación de la vida acaban de salir, allá en tierra de Cuba, dos cubanos que tienen larga y fiel familia en Nueva York". Luego continúa: "La muerte no debe ser penosa para

los que han vivido bien, ni para los que les conocían de cerca las virtudes. Morir es seguir viaje" ("En casa", O.C., t. 5, p. 464).

Es fácil comprender que tales consideraciones martianas entroncan directamente con determinados aspectos del espiritualismo. Es verdad que el espiritualismo —al igual que Martí—, reconoce la inmortalidad del alma y la existencia limitada del cuerpo en el tiempo y el espacio. Sin embargo, Martí, a diferencia del espiritualismo, opina que, el alma o espíritu humano es parte de la naturaleza. Es uno de los elementos básicos del ser humano, por cierto, lo esencial y rector. La creencia martiana de la existencia del espíritu no se basa en la contraposición de este y la materia. Todo lo contrario, presupone su coexistencia e interrelación natural y por tanto panteística.

Pero la distancia entre Martí y el espiritualismo se acentúa en otros elementos más. En todas sus formas, el espiritualismo tiene en común algunas tesis fundamentales. Entre ellas se destacan las siguientes:

- 1) Niega la existencia de la realidad objetiva, del "mundo externo" independientemente de la conciencia. Directa o indirectamente reduce toda realidad material a objeto inmediato de la conciencia.
- 2) Se haya estrechamente ligado a la religión y al misticismo, así como al espiritismo y reconoce abiertamente que no tiene nada de común con la ciencia.
- 3) Considera que en la conciencia se encuentran los datos adecuados para la "construcción" de la naturaleza y la sociedad, así como los elementos fundamentales para llegar a Dios o a un principio divino en particular.
- 4) La defensa de la tradición y de las instituciones en las cuales encarna, ya que la tradición es interpretada como la manifestación en el "mundo humano" del "principio divino", que se revela en la conciencia. Esto conduce al conservadurismo político, a llamar a los hombres a renunciar a los bienes terrenales y a poner fin a sus luchas por el mejoramiento de la vida sobre la tierra.

Los elementos de espiritualismo contenidos en el ideario filosófico de Martí no son suficientes para emparentarlo con representantes de esa doctrina religioso-idealista y anticientífica como Cousin, Maine de Biran, H. Bergson y otros.

A Martí le es ajena la idea de la construcción mental de la naturaleza y la sociedad. Además, para él los fenómenos tan-

gibles —entiéndase materiales— existen independientemente de la conciencia y son reflejados por el hombre.

Por otra parte, el amor a la sabiduría científica, el reconocimiento del papel positivo que desempeña para el hombre la labor investigativa y el descubrimiento de las causas y leyes, que rigen a los fenómenos naturales, su actitud anticlericalista y el rechazo a toda forma de religión establecida, como institución y como reflejo fantástico de las relaciones entre los hombres y la naturaleza y entre los propios hombres, separan a Martí del misticismo religioso absoluto y del agnosticismo anticientífico del espiritualismo.

El espiritualismo postula el conservadurismo político y la resignación espiritual ante el "castigo terrenal", como expresión de la voluntad divina y única vía de lograr "el bienestar celestial". Martí fue el fundador y dirigente máximo de un partido político, organizado en torno a un programa social y político que interpretaba las aspiraciones históricas de las fuerzas patrióticas en la segunda mitad del siglo XIX en Cuba. Aspiraciones que giraban alrededor de la revolución y la creación de una nueva república. Revolución y república que eran un no radical al autonomismo, al anexionismo, a la dependencia colonial y a todo intento de negar la realización progresivamente social del pueblo de Cuba. El hombre que hizo de la patria motivo de "agonía y deber", convirtió su idealismo filosófico, cargado de un sentimiento moral, en un arma de lucha y no de resignación.

En Martí la religiosidad no es acatamiento ciego de la voluntad divina. Adquiere así el "sacrificio" del hombre, el simbólico carácter de la lucha por el bienestar general.

La tendencia al aumento de elementos de materialismo, que se manifiesta en la etapa de 1882 a 1895, tiene sus antecedentes teóricos en la primera etapa de la evolución de la filosofía de Martí.

Las reflexiones de Martí acerca de la relación noseológica entre el sujeto y el objeto, sobre todo en lo que respecta al principio de la cognoscibilidad del mundo, la diferencia entre el reflejo y lo reflejado, el punto de origen del conocimiento, muestran la existencia de una concepción permeada por criterios materialistas.

José Martí reconoce la posibilidad real del sujeto para conocer el objeto. Se ubica al lado de aquellos que solucionan favorablemente el segundo aspecto del problema cardinal de la filosofía. Sin embargo, no hizo como Hegel y otros filósofos idealistas. Martí opina que el conocimiento debe proporcionar al hombre las leyes de las cosas, de la naturaleza, y, por tanto,

no es la toma de conciencia del sujeto, de la existencia de la idea enajenada, como opinaba Hegel.

Según Martí, "no hay nada más útil que desear conocer la formación de nuestro mundo, y sus cambios y épocas, y las relaciones de los objetos que lo pueblan, y la transformación de unos y otros, que es tan ordenada y maravillosa" (O.C., t. 23, p. 267). Dice, además, que "conocer las causas posibles, y usar los medios libres y correctos para investigar las no conocidas, es ser filósofo" ("Juicios", O.C., t. 19, p. 362).

En Martí está bien clara la idea de que el hombre asimila teóricamente el objeto, lo refleja subjetivamente, idealmente, pero que a la vez existe una diferencia de principio entre el reflejo y lo reflejado. Martí opina que el objeto exterior existe independientemente del conocimiento y que es anterior a este. "El sujeto", dice Martí, "no puede pensar sin que existiese antes la cosa sobre la que piensa. La cosa pensada es una y anterior: el pensamiento del sujeto sobre ella es posterior y otra: he aquí la dualidad inevitable que destruye la imposible identidad" (*Cuadernos de apuntes*, O.C., t. 21, p. 57).

Pero, además, criticando a Balmes, que opinaba que la certeza se forma sin actos reflejos Martí decía: "la vista o el tacto o nuestra inteligencia nos dan la inmediata seguridad en la verdad de lo que inmediatamente vemos a nuestro lado, y concebimos, y tocamos" (*Cuadernos de apuntes*, O.C., t. 21, p. 50). "Los sentidos nos transmiten las sensaciones. Las sensaciones son producidas por los objetos exteriores" (*Cuadernos de apuntes*, O.C., t. 21, p. 53). Es indiscutible que tales enunciados son claras expresiones de elementos de materialismo en la interpretación martiana sobre la relación noseológica entre el sujeto y el objeto.

Recordemos a V. I. Lenin cuando en su obra político-filosófica *Materialismo y empiriocriticismo*, afirmaba: "Así, pues, la teoría materialista, la teoría de la reflexión de los objetos por el pensamiento está aquí expuesta con la más completa claridad: fuera de nosotros existen cosas. Nuestras percepciones y representaciones son imágenes, de las cosas". (*Obras completas*, Buenos Aires, Ed. Cartago, 1960, t. XIV, p. 108-109).

La realidad, que es dada al hombre por sus sensaciones, ocupa un lugar muy importante en la concepción martiana de la naturaleza, es una de las partes indispensables de ella. Para el Maestro, la naturaleza no es, como para Hegel, una forma de existencia del espíritu, o sea, la idea absoluta enajenada. Tampoco es comparable su concepción con la de Mach, quien afirmaba que la naturaleza es el complejo de sensaciones de un sujeto. La concepción martiana de la naturaleza no coincide con la del materialismo, pues, "concebir materialistamente la

naturaleza no es sino concebirla pura y simplemente tal y como se nos presenta, sin aditamentos extraños [...]” (Federico Engels: *Dialéctica de la naturaleza*, Ciudad de México, Ed. Grijalbo, 1961, p. 168). Martí sí incluye elementos ajenos a la misma en su concepto. Naturaleza es, opina Martí,

el pino agreste, el viejo roble, el bravo mar, los ríos que se van a la mar como a la eternidad vamos los hombres: la naturaleza es el rayo de luz que penetra en las nubes y se hace arcoiris; el espíritu humano que se acerca y eleva con las nubes del alma, y se hace bienaventurado, naturaleza es todo lo que existe, en toda forma, —espíritu y cuerpos, corrientes esclavas en su cauce, raíces esclavas en la tierra, pies esclavos como las raíces, almas menos esclavas que los pies. El misterioso mundo interno, el maravilloso mundo externo, cuanto es deforme o luminoso u oscuro, cercano o lejano, vasto o raquítrico, licuoso o terroso, regular todo, medido todo menos el cielo y el alma de los hombres es naturaleza [“Juicios”, *O.C.*, t. 19, p. 364].

En el concepto de Martí de la naturaleza no aparece por ninguna parte su sujeción a la acción divina de un Dios ni su creación por el espíritu universal. No obstante, Martí considera tan natural al cuerpo como al espíritu del hombre. Según el Maestro, naturaleza es lo tangible y lo intangible. Tal concepción es propia del panteísmo, el cual desconoce la existencia de un dios o espíritu personal, sobrenatural y tiende a atenuar las distancias entre lo realmente existente y lo supuestamente divino. Engels lo dice en su *Ludwing Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*:

desde Descartes hasta Hegel y desde Hobbes hasta Feuerbach, los filósofos no avanzaban impulsados solamente como ellos creían, por la fuerza del pensamiento puro, al contrario. Lo que en realidad los impulsaba era, principalmente, los progresos formidables y cada vez más raudos de las ciencias naturales y de la industria. En los filósofos materialistas esta influencia a floraba a la superficie, pero también los sistemas idealistas fueron llenándose más y más de contenido materialista y se esforzaron por concebir panteísticamente la antítesis entre el espíritu y la materia [*Obras escogidas*, Moscú, Ed. Progreso, 1971, p. 30].

El panteísmo existente en la concepción martiana de la antítesis entre el espíritu y la materia, que se acerca a las posiciones del materialismo, tiene como una de sus causas principales la asimilación crítica de importantes logros de las ciencias naturales. Tal situación aumenta considerablemente en la etapa de madurez filosófica de José Martí.

La meditación sobre los aportes de las ciencias naturales y el esfuerzo por la asimilación profunda de los acontecimientos importantes en el mundo científico, llevaron a Martí a que se solidarizara con las teorías científicas de vanguardia sobre el origen de la tierra, de la vida y del hombre, sin que por esto abandonara su característica actitud crítico-analítica. En la divulgación de los conocimientos científicos-naturales de la época, el Maestro desempeñó un papel destacado. A través de sus crónicas periodísticas resaltó el significado que le atribuía al pensamiento independiente con respecto al conocimiento tradicional.

Martí escribió profundas e interesantes consideraciones científico-filosóficas, que enjuician, según su criterio, los méritos y las insuficiencias noseológicas sobre la preparación natural de las condiciones necesarias para el surgimiento de la vida orgánica, la esencia de la vida, el origen de las especies, la aparición del ser humano, sobre como se trasmite de un ser a otro la existencia, la herencia y otros muchos problemas propios de la discusión científica. En su condición de divulgador conciente del significado práctico y cognoscitivo del saber científico expone:

Dos grandes exámenes ocupan hoy a los filósofos: el examen de la tierra, y el examen de la vida [...] estas modernas verdades sobre la naturaleza de la tierra y la del hombre, preguntadas a los esqueletos humanos, y a las diversas capas sobre que vivimos, especie de inmensos esqueletos térreos; todas estas modernísimas teorías, no halladas en las caprichosas nebulosidades del espíritu, sino en las huellas solemnes que los hechos geológicos han dejado tras sí [*O.C.*, t. 15, p. 194].

Son bastantes las referencias que Martí hizo sobre las teorías de la evolución, principalmente de la de Darwin. Al ordenarlas cronológicamente se aprecia que el Maestro se va identificando cada vez más con sus postulados principales. No obstante, en honor a la verdad, es acertado decir que en sus enjuiciamientos se manifiesta la influencia de su concepción compleja del ser y también del principio de la verificación positivista. No obstante, lo más importante es que en general se produce una evolución en favor de posiciones tendentes al materialismo en su concepción del mundo. Así vemos que, si en el trabajo escrito en 1882 sobre el libro de Vignoli *El mito y la ciencia*, al referirse a las teorías evolucionistas expresa con admiración “¡ni que mucho que eso fuera cierto!” (“Sección constante”, t. 23, p. 316); ya para 1884, al comentar el libro de Robert C. Adams, *Evolución: índice de evidencia*, dice: “la doctrina de la evolución, impotente aún para explicar todo el misterio de la vida, no se opone a la existencia de un poder

supremo, sino que se limita a enseñar que obra por leyes naturales y no por milagros. No ataca su existencia, sino que observa que es distinta su manera de obrar de la que se venía creyendo" ("Libros nuevos" O.C., t. 13, p. 442).

Pero es más, llega a afirmar que sólo observando los postulados científicos de la teoría de la evolución, se podrá desentrañar la confusión que aún ofrecía, según su criterio, la formación de la vida. Así escribió:

pero la biología no resolverá los problemas, ni desvanecerá la confusión que aún ofrece la formación de la vida, si no busca la respuesta a sus preguntas por las vías que derivan de la teoría de la Evolución: que con nombre más comprensivo y seguro, aunque no tan aparentemente claro, pudiera llamarse, por lo universal de la vida, en esencia idéntica y varias formas armónicas, la teoría de la expansión análoga [*"Las leyes de la herencia"*, O.C., t. 13, p. 426].

Los conocimientos científico-naturales, analizados, asimilados y comentados por José Martí, favorecieron la evolución de su pensamiento filosófico —núcleo de su concepción del mundo—, sobre la base del fortalecimiento de criterios que se acercaban paulatinamente a los postulados del materialismo. Pero, además, al profundizar en problemas tan complejos como los del origen de la vida y del hombre, y los procesos de su desarrollo cualitativo, su interpretación del mundo se hizo más completa. Tales conocimientos adquirieron su significado metodológico, convirtiéndose en instrumento para la comprensión de la diversidad fenoménica de la naturaleza y la sociedad, del carácter concatenado e histórico de ellos. Se hizo más dialéctico su pensamiento.

Con una concepción objetiva y flexible, José Martí interpretó las necesidades históricas de su pueblo; penetró profundamente en los aspectos esenciales de la guerra de liberación nacional, que darían la independencia política a su patria; en los factores objetivos y subjetivos que posibilitarían el éxito de la misma; en las experiencias combativas y políticas de la guerra anterior; en el papel determinante de las masas populares en la realización de la historia; en los vínculos existentes entre la economía y la política y entre esta última y la guerra; en los nexos existentes entre la economía y la vida espiritual de la humanidad, y, sobre todo, en la actitud agresiva del imperialismo norteamericano y la tendencia a su actuación expansionista en el Continente. Con conocimiento de causa actuó por hacer realidad el objetivo fundamental de su obra revolucionaria, la que le dio sentido a su vida: el logro de la independencia de Cuba y la creación de una república justa y de-

mocrática, con su correspondiente aporte a la lucha por evitar "la anexión de los pueblos de América, al Norte revuelto y brutal que los desprecia". El contenido democrático y antimperialista de su concepción del mundo sirvió a Martí por encima de las inconsecuencias y vacilaciones propias de la clase social a que pertenecía, alcanzando su ideario socio-político la estatura democrático-revolucionaria más radical y progresista en la América del siglo XIX.

"Los genios", dijo Raúl Roa, "obedecen también a las leyes inexorables del espacio y el tiempo y mientras más de su instante y de su medio sea el poeta, el pensador o el revolucionario, más dilatada resonancia tendrán su acento, su mensaje o su conducta en la historia" ("Rescate y proyección de Martí", *Siete enfoques marxistas sobre José Martí*, La Habana, Ed. Política y Centro de Estudios Martianos, 1978, p. 22-23). La maduración teórica de Martí y su actividad revolucionaria constituyeron el fundamento de una concepción del mundo, que en su desarrollo fue cada vez más un reflejo exacto de la realidad, fue una imagen fiel de su mundo, en su época, de ahí su perdurabilidad histórica. El realismo político de José Martí tiene su explicación en la unidad indisoluble que existe entre su pensamiento y su acción. Carlos Marx apuntó diáfana-mente que, "la vida social es, en esencia, práctica. Todos los misterios que descarrían la teoría hacia el misticismo, encuentran su solución racional en la práctica humana y en la comprensión de esta práctica" (ob. cit., p. 403). Martí comprendió las complejas condiciones y las exigencias históricas de la práctica humana revolucionaria y bajo la influencia determinante de esta actuó, conciente, como dijera él mismo de que, "confiar en lo que no se conoce no mejora mundos, sino trabajar en ello" ("Cartas de Martí", O.C., t. 9, p. 464).

19 de enero de 1980.

DEL IX SEMINARIO NACIONAL JUVENIL  
DE ESTUDIOS MARTIANOS

## Discurso de clausura

FERNANDO VECINO ALEGRET

La celebración del Seminario Nacional Juvenil de Estudios Martianos se ha convertido ya, nos complace comprobarlo, en una hermosa tradición de nuestro país en relación con el estudio de la vida y de la obra fecunda de nuestro Héroe Nacional, y el propio hecho de que haya devenido un fuerte movimiento de masas es palpable demostración de la vigencia del pensamiento de José Martí y del infinito amor con que nuestro pueblo revolucionario recuerda, venera y hace realidad el ideario de sus héroes.

El acto de hoy, en que clausuramos este noveno Seminario, dedicado a saludar el Segundo Congreso de nuestro Partido, nos ofrece ocasión propicia para expresar algunas ideas en torno a esta importante actividad.

En realidad, si medimos la importancia de los seminarios juveniles de estudios martianos en función del tiempo transcurrido desde la celebración del primero —hace apenas nueve años— puede parecer, a primera vista, que este lapso no es suficiente para medir la historia de un movimiento político-cultural. Si, en cambio, se analizan sus resultados, se observa que el Seminario es ya una realidad sin precedentes en la vida cultural de nuestra patria y que merece toda nuestra atención, respeto y apoyo por las infinitas posibilidades que este movimiento encierra para la educación política, moral y estética de nuestra juventud. Sirva como muestra de ello el hecho de que este año la impresionante cifra de 78 305 jóvenes a todo lo largo y ancho del país, organizados en 12 165 equipos de estudio, han estado enfrascados en el análisis de distintos aspectos de la vida, la obra y la significación histórica de José Martí. El propio Martí escribió en una ocasión que “se afirma un pueblo que honra a sus héroes”. Y la labor que ustedes han realizado estudiando a Martí, seguramente ha contribuido a afirmar en cada uno el sentimiento patriótico y la visión internacionalista, como jóvenes herederos del pensamiento martiano.

Esta labor, cuya culminación ha tenido lugar en este IX Seminario, en modo alguno puede quedar aquí concluida, sino debe constituir un nuevo punto de partida para continuar profundizando en la temática escogida. El seminario de estudios martianos, ustedes lo saben, es una actividad que, si bien tiene diferentes fechas de celebración en los distintos niveles, no recesa en todo el año. Su esencia, radica, precisamente, en que los integrantes de cada equipo estudien, sistemática y constantemente, la obra martiana. En esto se encuentra, sin duda, la importancia, la utilidad y la trascendencia de este fructífero movimiento.

En los ya lejanos años de la década del veinte, la aguda visión política de Julio Antonio Mella, le hizo escribir:

Hace ya mucho tiempo que llevo en el pensamiento un libro sobre José Martí, libro que anhelaría poner en letras de imprenta [...] Tanto lo he pensado, tanto lo he amado, que me parece un viejo libro leído en la adolescencia [...] De todas maneras este libro se hará. Es una necesidad, no ya un deber para con la época. Lo hará esta pluma en una prisión, sobre la puerta de un barco, en el vagón de tercera de un ferrocarril, o en la cama de un hospital, convalesciente de cualquier enfermedad [...] U otro hará el libro, cualquiera de mis compañeros, hermanos en ideales, más hecho para el estudio que para la acción. Pero hay que afirmarlo definitivamente, el libro se hará... Es necesario que se haga. Es imprescindible que una voz de la nueva generación, libre de prejuicios, y compenetrada con la clase revolucionaria de hoy, escriba este libro [...]

Mella no llegó a escribir este libro; sin embargo, a los revolucionarios de hoy, compañeros, nos complace el hecho de que, se ha escrito no uno, sino muchos libros sobre Martí. Nos llena de satisfacción comprobar que, sobre todo después del triunfo de la Revolución, se ha estudiado a Martí y se ha escrito sobre Martí para darle su real y profunda dimensión histórica. Es necesario continuar estudiándolo en las distintas facetas de su pensamiento y sentirse siempre inconformes con el nivel de los conocimientos que se vayan adquiriendo con relación a él. Esta necesidad está dada, fundamentalmente, por la actualidad revolucionaria que mantiene y por su tremenda fuerza ideológica.

Como todos ustedes conocen, Martí no es, para los revolucionarios cubanos, una simple veneración teórica, ni se le estudia tampoco por una simple motivación intelectual. La obra del Maestro es, ante todo, un inagotable arsenal de ideas, una

sólida fuerza revolucionaria para la lucha que desarrollamos cada día, un pilar fundamental en el que se asienta nuestro sistema nacional de educación.

Se ha dicho, con razón, que Martí es parte de la historia del pensamiento social más avanzado de su época en este Continente y uno de sus más grandes genios políticos, el que todavía puede considerarse en función de guía permanente de los pueblos de nuestra América. Martí ha estado y está presente en todos los momentos de nuestra Revolución, a lo largo de su desarrollo histórico. Desde el inicio de nuestro proceso ha estado presente su pensamiento revolucionario. En su histórico alegado *La historia me absolverá*, el propio compañero Fidel lo señala como "el autor intelectual del Moncada" y cita en diversas ocasiones las palabras del Maestro. Porque la Revolución Cubana, ustedes lo saben, es una sola, desde que la inició Carlos Manuel de Céspedes en La Demajagua, hace ya más de cien años, que, siguiendo un camino ascendente, ha sabido estar siempre a la altura de cada momento histórico. Nos llena de profundo orgullo revolucionario proclamar, hoy que conmemoramos los ciento veintisiete años de su natalicio, que el ideario martiano está incorporado a nuestras invictas banderas de combate.

Es necesario destacar, por ello, que José Martí da a la guerra de independencia de Cuba, la tónica de ser la más avanzada de las revoluciones democráticas y anticolonialistas de su tiempo, hecho dato, en lo fundamental, por la comprensión de la amenaza que constituía el desarrollo imperialista en los Estados Unidos y la denuncia del mismo, no ya en el marco nacional, sino también en la esfera internacional. La profundidad del pensamiento revolucionario martiano se observa, igualmente, en la fe infinita en las capacidades y posibilidades del pueblo para la lucha ineludible; en su acercamiento a la clase obrera, puesto de manifiesto en la notable presencia obrera en las filas del Partido Revolucionario Cubano fundado, como expresan sus *Bases*, para lograr con el concurso de todos los hombres de buena voluntad, la independencia de Cuba y fomentar y auxiliar la de Puerto Rico.

Toda nuestra historia reciente confirma la poderosa herencia moral y revolucionaria que nos legó el Maestro. De él se puede afirmar que fue un verdadero revolucionario, *porque fue capaz de estar a la altura de las exigencias de su tiempo, porque fue, también capaz de luchar por la transformación del mundo, porque fue capaz de buscar, mediante la acción práctica concreta, un futuro mejor para su pueblo*. Esto fue José Martí, pero fue más aún. La acción transformadora emprendida por él trasciende las fronteras de nuestro pueblo, para con-

vertirse en hermosa esperanza para la humanidad que aún vive bajo la terrible explotación capitalista; la vigencia de su pensamiento y de su obra lo hace así alcanzar una dimensión universal, a la par que su trascendencia histórica lo convierte en entrañable compañero de acción para los hombres de hoy. No queremos decir, con ello, que intentamos situar a Martí dentro de las ideas socialistas. Del estudio de su ideario y de sus concepciones sociales, se desprende que José Martí no fue un marxista, lo que ya ha sido apuntado en reiteradas ocasiones. Precisamente su extraordinaria significación histórica radica en que, sin ser socialista, se proyectó en su *praxis* política, dando respuesta a los problemas de su tiempo. Por ello, a un enjuiciamiento sereno y certero no puede escapar el hecho de que él es, sin duda, un precursor del ideario socialista de la Revolución Cubana, papel que le viene dado por el contenido de sus ideas y por la esencia de su pensamiento político.

Es importante destacar, en este sentido, que en Martí existe una clara y definida toma de posición ideológica y política en contra del colonialismo y en contra, como señalábamos anteriormente, de la amenaza que significaba para nuestra América el creciente poderío de los Estados Unidos. Si bien es cierto que Martí no se planteó el problema de Cuba a partir de la confrontación de clases, sí se proyectó consecuentemente para dar solución a la problemática fundamental de la lucha anticolonialista y al establecimiento, en la república que él luchaba por fundar, de una legislación avanzada, puesta verdaderamente al servicio de las grandes masas populares. Advierte así, a su amigo y compañero, Carlos Baliño, acerca de que la revolución no era la que harían en la manigua, sino la que habría que hacer en la república.

La investigación histórica ha demostrado que Martí no pudo abarcar en todas sus facetas el fenómeno imperialista moderno por la sencilla razón de que en la época en que el Maestro realizó su campaña revolucionaria por la independencia de Cuba y Puerto Rico no estaban definidos totalmente todos los componentes de esa fase superior y última del capitalismo, que serían analizados en este siglo por Lenin, en quien coincidieron la genialidad y el método, cuya resultante es el conocido ensayo *El imperialismo, fase superior del capitalismo*. Sin arribar a la generalización científica de Lenin —cuestión imposible en las condiciones históricas en que se desenvolvía Martí—, nuestro Héroe Nacional previó el advenimiento del fenómeno y el peligro inmediato que ello significaba para las Antillas y el resto de América. Es decir, que la genialidad política de Martí radica, entre otras cosas, en haberse planteado la lucha independentista de Cuba, no simplemente como una acción revolucionaria de fronteras meramente nacionales, sino



haciendo suyos los destinos de esta América nuestra, tan distinta y tan distante de la otra que no era nuestra, pero que ya pugnaba por apoderarse de lo nuestro.

Resulta oportuno recordar que en carta del 13 de septiembre de 1892, ya constituido el Partido Revolucionario Cubano, se dirige como Delegado del mismo al general Máximo Gómez, solicitando el concurso del noble dominicano en la contienda independentista. En dicha carta, donde reconoce una vez más los altos méritos de Gómez, al ofrecerle la responsabilidad de General en Jefe del Ejército Libertador, no pasa por alto el reiterar nuevamente los propósitos que persigue el Partido con la independencia de Cuba y Puerto Rico: "*asegurar la independencia amenazada de las Antillas y el equilibrio y el porvenir de la familia de nuestros pueblos de América*". Y agrega: "*para la libertad y el bienestar de todos sus habitantes, y la independencia definitiva de las Antillas*".

En el propio año de 1892, en un artículo sobre el poeta y diplomático guatemalteco Domingo Estrada, precisa: "Es cubano todo americano de nuestra América, y en Cuba no peleamos por la libertad humana solamente; ni por el bienestar imposible bajo un gobierno de conquista y un servicio de sobornos, ni por el bien exclusivo de la isla idolatrada, que nos ilumina y fortalece con su simple nombre; *peleamos en Cuba para asegurar, con la nuestra la independencia hispanoamericana*".

Porque para Martí no eran tan sólo dos islas, Cuba y Puerto Rico, las que se iban a liberar: era un mundo el que se estaba equilibrando. Equilibrio que significaba confrontación revolucionaria, lucha de liberación nacional como requisitos para frenar el apetito voraz de los Estados Unidos sobre la Hispanoamérica deformada en sus estructuras económicas tras siglos de coloniaje y de una primera independencia que no fue realmente tal, en tanto que los males sociales y los vicios políticos lastraban el desarrollo de sus pueblos.

Este enfoque del problema principal de su tiempo está contenido en el *Manifiesto de Montecristi*, en la carta de 25 de marzo de 1895 a Federico Henríquez y Carvajal —considerada su testamento político— y reiterados en su carta póstuma a su hermano mexicano Manuel Mercado el 18 de mayo de 1895, tan conocida para todos los cubanos. En esta última, con plena conciencia del riesgo objetivo que acompaña a cada combatiente, dice: "Ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber —puesto que lo entiendo y tengo ánimos con que realizarlo— de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más sobre nuestras tierras de América".

Y agrega de inmediato: "Cuanto hice hasta hoy y haré, es para eso. *En silencio ha tenido que ser* y como indirectamente, porque hay cosas que para lograrlas han de andar ocultas, y de proclamarse en lo que son, levantarían dificultades demasiado recias para alcanzar sobre ellas el fin".

Las ideas contenidas en estas frases —tan cercanas y tan conocidas por todo nuestro pueblo— expresan mucho del batallar antimperialista que implicaba aquella guerra para aquellos tiempos y para el futuro. Y es particularmente significativo la marcada intención de precisar su posición ideológica, sus objetivos y sus férreas y profundas convicciones, a pesar de su conciencia de que aquellas cosas debían andar ocultas para ser logradas.

Señalábamos al inicio de nuestra intervención la ineludible necesidad de que, para nuestros investigadores, constituya un compromiso permanente el continuar estudiando y profundizando con la obra martiana, en cada uno de los aspectos indicados para estos seminarios. Queremos señalar, además, que resulta igualmente necesario continuar sin descanso la divulgación de esa obra: estudiar y divulgar a Martí adquiere especial relevancia en el marco en que se desenvuelve la lucha ideológica contemporánea; no es posible olvidar que nuestros enemigos de clase han tratado, y tratan, de negar la objetiva vinculación del pensamiento martiano con nuestra actualidad revolucionaria. Por ello, en la medida en que nuestro pueblo, y en particular nuestros jóvenes y nuestros niños, conozcan más profundamente a Martí y se conviertan con ello en activos propagandistas de sus ideas, se estará contribuyendo a la educación política y revolucionaria de las masas y a la preparación de estas para la lucha ideológica, contra las fuerzas retrógradas, en cualesquiera de sus manifestaciones.

La importancia de estas afirmaciones está dada, también, por la influencia que Martí ha tenido en las más destacadas figuras de nuestra historia y por la significación que él ha tenido en el pensamiento y en la acción de todos los honestos luchadores a través de los años de la república neocolonial. El estudio de la obra martiana y el respeto por ella estuvieron presentes en nuestros abnegados combatientes comunistas. *Martí ha estado presente en Fidel a través de toda su obra*. Martí ha estado presente, en una palabra, en todo aquel revolucionario cubano que se haya entregado de lleno a la lucha por el avance de la justicia, de la dignidad y de la transformación política y social de nuestra patria. Entre los muchos ejemplos que nos ofrece de ello nuestra historia, *queremos evocar, a modo de emocionado y cálido homenaje, a la querida compañera, recientemente fallecida, Celia Sánchez Manduley*. A su sensibilidad e inte-

ligencia le era profundamente querido y cercano el ideario de José Martí y sin duda, la fuerza revolucionaria de Celia, su amor por los pobres de la tierra, su incondicional entrega a la causa del pueblo, tuvieron como fundamento ese ideario. La encontramos, así, realizando, junto a su padre y a un grupo de honestos martianos, una visita a la tumba del Maestro, en el Cementerio de Santa Ifigenia, el 19 de mayo de 1953, para oponerse, con este gesto sencillo, a los hipócritas honores oficiales que la tiranía batistiana había organizado a propósito del centenario.

Recordamos a Celia, en aquella iniciativa de colocar el busto del Maestro en la cima más alta de Cuba, como símbolo contrastante de la corrupción moral en que los lacayos del imperialismo yanquí querían sumir a la República. Pensamos en ella, en su hermosa condición de protagonista de una revolución que reconoce y hace suyo el pensamiento martiano. Y *la recordamos, en este Seminario Juvenil de Estudios Martianos, como custodio de los documentos del Maestro, entregados a ella por el profesor Gonzalo de Quesada, y que constituyen un preciado tesoro de nuestro patrimonio nacional.*

Queremos resaltar, en este día, el serio y positivo aporte que está haciendo el Centro de Estudios Martianos con la publicación de valiosos materiales cuyo enfoque constituye una valiosa orientación para el trabajo con los documentos martianos. Estos materiales contienen intervenciones de dirigentes de nuestro Partido y de autorizados investigadores marxistas-leninistas que esclarecen conceptualmente los aspectos fundamentales de enfoque de la personalidad de José Martí. Estos materiales deben servir de apoyo y de consulta sistemática para la labor investigativa de ustedes.

Es muy importante, además, para los jóvenes estudiosos que se dan cita en los seminarios juveniles de estudios martianos en todos los niveles, el no descuidar el estudio de los componentes histórico-sociales que son imprescindibles para estudiar y comprender a Martí. Es necesario, por ejemplo, estudiar las características de la época histórica en que vivió Martí, de las relaciones económicas internacionales, de las relaciones de producción dominantes, así como las formas y matices que revisten estas en Cuba, en la América Latina y en los Estados Unidos. De igual forma, urge documentarse acerca de la historia de los procesos políticos que atravesaron los países donde vivió el Maestro; todo ello sustentado —desde luego— en el único método científico para abordar dicho estudio: el del materialismo histórico que, como es sabido, constituye la base metodológica para el estudio de los fenómenos de la sociedad.

El estudio de la vida y el pensamiento de Martí requiere de nosotros un estudio profundo y permanente de la historia colonial de Cuba y de América, sin descuidar tampoco el estudio de aspectos esenciales de la historia de España y de los Estados Unidos.

El estudio de la obra del Maestro demanda de todos nosotros, y de manera especial de ustedes, jóvenes investigadores, un nivel cada vez más alto de nuestra preparación histórica y filosófica. Tenemos que armarnos con las herramientas teóricas del marxismo-leninismo para poder interpretar adecuadamente cada momento de la vida de Martí. De ahí la importancia de nuestra preparación que debe ser cada vez más sólida y profunda.

He aquí, compañeros, un principio que debemos aplicarnos todos: tenemos que ser mejores marxistas-leninistas para ser mejores martianos.

Pienso, asimismo, que una de las mejores formas de saludar los diez años que cumplen el próximo año los seminarios juveniles de estudios martianos puede ser la de perfeccionar todas las vías y métodos de orientación y asesoramiento científico y metodológico a los equipos de estudios martianos.

Para esto será necesario lograr mayor y mejor participación desde la base misma, por parte de los profesores de los diferentes niveles de educación y, de manera especial, los de la de educación superior en sus respectivos centros.

A pesar de los logros alcanzados hasta el momento, a pesar de la creciente vinculación de nuestros jóvenes al estudio de la obra de Martí, no debemos nunca darnos por satisfechos y es necesario ser más exigentes en el aspecto cualitativo de este trabajo.

En otro orden de cosas, y en aras de este interés que despierta el estudio de Martí y de la exitosa continuidad de estos seminarios, consideramos que por todos los que de una forma u otra estamos comprometidos institucionalmente con estos eventos, se debe contribuir por todos los medios a nuestro alcance para que se domine con profundidad la metodología orientada por la Comisión Nacional. De la misma forma, debemos propiciar que los profesores de los diferentes niveles educacionales y los especialistas en la obra martiana se vinculen cada vez más a las labores de los seminarios, como modo de lograr un asesoramiento más directo y eficaz a los jóvenes integrantes de los equipos, que redunde en la superación de estos.

Es justo reconocer las valiosas intervenciones que los especialistas, todos ellos prestigiosos investigadores de la obra mar-

tiana, han realizado en este IX Seminario, así como la participación que muchos de ellos, a través de estos nueve años de trabajo, han tenido en las distintas comisiones, en las que han ofrecido interesantes orientaciones que han contribuido a enriquecer posteriormente los trabajos de investigación. La experiencia de esta participación constituye, en realidad, un estilo de trabajo que se debe establecer en todos los niveles del Seminario. Es necesario, como una manera de continuar elevando la calidad y el rigor de los trabajos, que se utilicen, desde la base misma, en cada municipio, en cada centro docente o laboral donde se constituyan los equipos, los mejores recursos intelectuales de que se disponga. Indudablemente, el valor del asesoramiento adecuado y de la orientación oportuna radica en que en ellos descansa buena parte de la calidad de estos eventos, especialmente para aquellos niños y jóvenes, estudiosos y trabajadores que, en número cada vez más creciente, tenemos el deber de iniciar en el estudio de la obra de José Martí. Por supuesto que, al hacer estas consideraciones, en modo alguno pretendemos que estos estudios se conviertan en algo tan complicado, que sólo personas de alto nivel cultural o de preparación especializada, sean capaces de realizarlos. De lo que se trata es de garantizar la esencial información histórica y al correcto enfoque que deben ser requisitos indispensables para el estudio de las distintas facetas del pensamiento y de la acción de nuestro Héroe Nacional.

No queremos concluir estas palabras sin expresar nuestra cálida felicitación a cada uno de ustedes, que constituyen la representación de la base, y que han llegado hasta el evento nacional por la calidad de sus trabajos. Estoy seguro de que regresarán todos a sus provincias con renovados bríos para aprender cada día más de Martí, para estudiar sus obras, para penetrarse de la belleza y de la profundidad de su estilo literario, para admirarse de la universalidad de su cultura, para comprender su visión política, para compenetrarse con él en su profundo amor por la gran patria común que es nuestra América.

Cada uno de ustedes, los jóvenes y los niños que tanto amó Martí, deben estar listos para vivir a la altura de los trascendentales acontecimientos que marcan esta luminosa época de la historia de nuestra patria socialista. *Son hermosos y difíciles estos tiempos, y todos debemos estar preparados para enfrentarlos con decisión, valentía y coraje revolucionario.* Cada uno de nosotros, con amor profundo por la patria y por el socialismo, está lleno de confianza en el triunfo de nuestros principios marxista-leninistas, en la sabiduría de la acertada dirección de nuestro glorioso Partido Comunista, y de nues-

tro jefe y guía, el compañero Fidel. Y esta actitud nuestra responde, estoy seguro de ello, a la más íntima esencia del pensamiento del Maestro. Él quería que la ley primera de nuestra república fuera el culto de los cubanos a la dignidad plena del hombre. Nosotros, los revolucionarios cubanos, podemos afirmar, con la plena dignidad conquistada por la sangre y el sudor de nuestro pueblo admirable, que, como dijo Fidel en el Moncada, traemos en el corazón las doctrinas del Maestro y en el pensamiento las nobles ideas de todos los hombres que han defendido la libertad de los pueblos.

En este año, en que todo el país se prepara para celebrar, con inagotable entusiasmo, el Segundo Congreso de nuestro Partido, deben tener ustedes una mayor dedicación a la obra de Martí. En las nuevas tareas que nos plantea el Partido, estará presente su legado patriótico; en los nuevos combates frente a nuestros enemigos estará presente Martí, vivo para siempre en la entraña misma de su pueblo; en nuestro diario trabajo hagamos palpable realidad de este hermoso precepto martiano: "*¡La mejor manera de decir es hacer!*"

¡VIVAN LOS HÉROES Y MÁRTIRES DE LA PATRIA!

¡VIVA NUESTRO GLORIOSO PARTIDO COMUNISTA!

¡VIVA MARTÍ!

¡VIVA FIDEL!

¡PATRIA O MUERTE!, ¡VENCEREMOS!

## Declaración final

El IX Seminario Nacional Juvenil de Estudios Martianos concluye sus labores. En el curso de las sesiones de trabajo desarrolladas del 24 al 28 de enero, en los albores de este significativo año del II Congreso del Partido Comunista de Cuba, estudiamos con singular cuidado, y discutimos, con seriedad y camaradería, las ponencias presentadas en este evento nacional.

En el curso de las lecturas y de los debates desarrollados en el Seminario, se puso de relieve lo que ya es tradicional en tan importante acontecimiento ideológico y cultural: las condiciones revolucionarias y artísticas de José Martí, sólo pueden ser apreciadas mediante la investigación científica. Para ello contamos con los principios metodológicos del materialismo dialéctico e histórico, poderoso instrumento para penetrar en los hechos históricos y en la obra escrita de nuestro Héroe Nacional. Pertrechados de este método riguroso, nuestros resultados confirmaron e hicieron avanzar más nuestra comprensión del importante papel histórico desempeñado por Martí en su tiempo y en el nuestro.

Porque como dijera hace exactamente hoy veinte años el heroico comandante Ernesto Guevara, "antes que naciera todo este impulso libertador del pueblo cubano, Martí había nacido, había sufrido y había muerto en aras del ideal que hoy estamos realizando".

Delegados e invitados hemos comprobado en nuestra indagación, el liderazgo indudable de José Martí en la preparación de la revolución del 95, cuyo inicio, hace ochenticinco años, estamos conmemorando. Hecho formidable en que se revelaron sus dotes como organizador e ideólogo del Partido Revolucionario Cubano, vehículo unitario que ordenó, disciplinó y orientó a los revolucionarios cubanos de su época. Primer partido político revolucionario que se irguió contra la expansión imperialista de los Estados Unidos. Partido que es honroso y legítimo predecesor de nuestro Partido Comunista de Cuba. También se puso de manifiesto el creciente conoci-

miento de nuestra juventud de la meritoria obra creadora del autor de *Versos sencillos*, *Ismaelillo* y *Versos libres*, subrayando su calidad de intelectual revolucionario en todos los órdenes del quehacer literario. Anticolonialismo, antimperialismo, internacionalismo, latinoamericanismo, entrega a la causa de los oprimidos, contribución al desarrollo de nuestra cultura nacional y latinoamericana, elementos todos de la acción y el pensamiento martiano, se han integrado a nuestra educación política y cultural, de una manera coherente y rigurosamente fundamentada, lo cual pone de relieve la importancia ideológica del Seminario y la presencia militante de la obra de Martí en nuestra ideología revolucionaria marxista-leninista.

La Generación del Centenario y todos los revolucionarios cubanos, dirigidos por Fidel, se inspiraron en el ejemplo de Martí pues, al decir del Che, "como se levantó con los primeros patriotas y como sufrió la cárcel a los quince años; y como toda su vida no fue nada más que una vida destinada al sacrificio, pensando en el sacrificio y sabiendo que el sacrificio de él era necesario para la realidad futura, para esta realidad revolucionaria que todos ustedes viven hoy".

Martí nos enseñó esto a nosotros también. Nos enseñó que un revolucionario y un gobernante no pueden tener ni goces ni vida privada, que deben destinarlo todo a su pueblo, al pueblo que lo eligió, y lo manda a una posición de responsabilidad y de combate.

Nunca antes en nuestro país se ha desarrollado un movimiento de tan amplias proporciones y que acerque masivamente a las nuevas generaciones al ideario martiano, como el que se ha logrado a través del Seminario. Por ello nos proponemos eliminar las deficiencias que aún subsisten y elevar cualitativamente las investigaciones, difundir la interpretación correcta de José Martí y apoyar la extensión de los trabajos del Seminario Nacional Juvenil de Estudios Martianos en nuestros centros de estudio, de trabajo y unidades militares respectivas, para alcanzar mejores resultados en el X Seminario, el cual se dedicará a saludar el IV Congreso de la UJC.

Los participantes en este evento, concientes de la atención que presta nuestro Partido a la lucha ideológica contemporánea, agudizada por la agresividad imperialista, concedemos especial atención a la refutación científica de las tergiversaciones del pensamiento martiano. Por tanto, los niños, adolescentes y jóvenes revolucionarios nos comprometemos a penetrar con mayor profundidad, en la vida y obra del Maestro, para dar una rotunda respuesta a los que aún pretenden distorsionar el legado ideológico del autor intelectual del asalto al cuartel Moncada.

A nosotros nos corresponde desempeñar un importante papel en esta confrontación y recordemos, como expresara el Guerrillero Heroico que "las palabras de Martí de hoy no son de museo, están incorporadas a nuestra lucha y son nuestro emblema, son nuestra bandera de combate".

Acerquémonos a Martí cada vez más, como decía el Che, "sin pena, sin pensar que se acercan a un dios, sino a un hombre más grande que los demás hombres, más sabio y más sacrificado que los demás hombres, y pensar que lo reviven un poco cada vez que piensan en él y lo reviven mucho cada vez que actúan como él quería que actuaran.

"Recuerden ustedes que de todos los amores de Martí su amor más grande estaba en la niñez y en la juventud, que a ellas dedicó sus páginas más tiernas y más sentidas y muchos años de su vida combatiendo."

¡VIVA MARTÍ, QUE ESTÁ VIVO!

¡VIVA EL II CONGRESO DEL PARTIDO COMUNISTA DE CUBA!

¡VIVA NUESTRO COMANDANTE EN JEFE, FIDEL CASTRO!

Dada en la Ciudad de la Habana, a los 28 días del mes de enero de 1980.

## LIBROS

### JOSÉ MARTÍ, GUÍA Y COMPAÑERO\*

DENIA GARCÍA RONDA

La ubicación histórico-ideológica de la revolución de José Martí, así como del pensamiento y acción de su organizador y líder, ha sido —y es— uno de los objetivos de la investigación historiográfica cubana de base científica. Muchos e importantes trabajos que abordan esta temática se han publicado: desde el precursor artículo de Julio Antonio Mella en el año 26, hasta las actuales valoraciones de los estudiosos de la obra de nuestro Héroe Nacional, entre los que se encuentran, en primera línea, los máximos dirigentes de la Revolución Cubana.

El Centro de Estudios Martianos acaba de entregar, mediante sus *Cuadernos*, una colección de cuatro trabajos que marcan hitos en el desarrollo de ese objetivo. *José Martí, guía y compañero* recoge algunos de los más importantes análisis que acerca del tema ha realizado Carlos Rafael Rodríguez, uno de los más destacados intelectuales cubanos, cuya dedicación a las tareas revolucionarias, desde los tiempos de la lucha contra Machado, no le ha impedido consolidar una obra ensayística e interpretativa de primer orden.

El libro abre con lo que ya es, a pesar de su hasta ahora escasa difusión, un clásico en el ensayismo de tema martiano: "Martí, guía de su tiempo y anticipador del nuestro". Escrito y publicado por primera vez en el año del Centenario del Maestro —cuando,

reivindicando su rectorado revolucionario, un grupo de jóvenes dirigidos por Fidel Castro iniciaba heroicamente la última fase de la batalla martiana por la liberación nacional—, este ensayo forma parte, por derecho propio, de la digna respuesta de las fuerzas progresistas ante el alud de falsedades, tergiversaciones y homenajes de oropel con que el batistato y la burguesía pretendieron mancillar la memoria de Martí. Pero es, sobre todo, un pronóstico, basado en datos científicos del devenir histórico, de lo que ocurriría en Cuba a partir de ese año: la continuación y consecuente culminación de la labor martiana, de acuerdo con las nuevas condiciones nacionales.

El porqué de la persistencia de la tarea y de la vigencia de las indicaciones de Martí, tratándose de un líder de la última parte del siglo XIX, lo explica convincentemente C. R. R. a lo largo del trabajo.

La frustración del proceso independentista, la presencia opresora del imperialismo norteamericano que vino a sustituir a la metrópoli peninsular, unificó las tareas de las sucesivas generaciones republicanas con las que los libertadores se trazaron. [...] Pero no es sólo eso. [...] Lo singular de su rectoría histórica consiste en que supo advertir,

\* Carlos Rafael Rodríguez: *José Martí, guía y compañero*, La Habana, Centro de Estudios Martianos, Editora Política, 1979.

con penetración zahorí, que no sería excesivo llamar genial, que la lucha que él y sus compañeros habían emprendido, no era más que una fase, vencida la cual se presentaría otra faena mucho más profunda y difícil. Echar de Cuba a España era indispensable; pero prepararnos para impedir que los Estados Unidos la sustituyeran en su predominio, afianzar una república distinta a aquellas que las revoluciones liberadoras en la América hispana habían dado paso, constituía la etapa ulterior de ese proceso, sin la cual el objetivo de los combatientes criollos quedaría trunco.

Asimismo demuestra el autor la unidad dialéctica entre ese carácter anticipador del pensamiento martiano y su condición de guía exacto y eficaz de su momento histórico. Este último elemento de la pareja dialéctica lo enfoca Carlos Rafael Rodríguez a partir de la estructuración clasista de nuestro país en el siglo XIX y los factores que inciden en el perfil de la revolución independentista cubana.

Abandonado [...] el liderazgo revolucionario por los burgueses de finales de siglo, incapaces de igualar a sus predecesores del 68, Cuba se encuentra en una situación específica y casi excepcional. No existe entre nosotros, en ese instante, una clase obrera bastante numerosa y aglutinada políticamente para hacerse cargo de echar adelante la liberación de [...] que los otros desertaban [...]

[...] Por ello recayó sobre la clase media la jefatura revolucionaria. El mérito de Martí y Maceo radica en haber vencido las inconse-

cuencias y vacilaciones propias de ese grupo social a que pertenecían, y enfrentar la dirección del proceso revolucionario con una firmeza, sagacidad y sentido de la táctica, que muy pocos dirigentes pequenoburgueses han poseído en cualquier país y tiempo.

Repasadas las condicionantes históricas y clasistas del liderazgo revolucionario de Martí, el autor analiza las características de su ideario: la radicalidad de sus concepciones, la inteligencia en la determinación de la contradicción básica de la fase de la liberación nacional que le tocó dirigir, y la flecha lanzada al futuro al comprender que "con sólo arrojar a España de la isla no terminaba la obra de afianzar la independencia" porque un nuevo peligro se cernía sobre Cuba y sobre Nuestra América: el imperialismo norteamericano, que Martí veía desarrollarse ante sus ojos.

No se trata, como a veces sucede con los caudillos excepcionales, de un simple atisbo adivinador. En Martí la idea de que América debe precaverse contra la ofensiva inminente, es toda una teoría política. Revísense sus trabajos y cartas sobre la Conferencia Monetaria de Washington y se encontrará, sin necesidad de lupa auxiliar, el cuerpo inicial de esa doctrina. [...] Podrá verse entonces cómo va surgiendo en él la médula de una postura antimperialista confirmada después, frente a cada caso y sin desvíos ocasionales.

Uno de los aspectos más importantes del ensayo que glosamos es la definición del tipo de revolución que propugnaba Martí: ya no liberal burguesa, pero todavía

no socialista; una revolución popular "realizada y orientada por factores democráticos del pueblo, sufragada por la clase obrera de la emigración". De dar los elementos precisos para probar que Martí llegó todo lo lejos que se podía llegar en las condiciones específicas de Cuba, se encarga el autor, y el valor de los razonamientos ameritan la larga cita:

A fines del siglo XIX, sin haberse constituido todavía un centro socialista como el que surgiría veinte años más tarde, en una isla sin base industrial, sometida al coloniaje más absorbente, los planteamientos de Martí eran de muy hondo calado revolucionario, y su programa venía a ser el ala radical del movimiento liberador. Exigir igualdad para el negro frente a los esclavistas supervivientes, prometer tierra a los campesinos y emigrantes a expensas de las grandes propiedades inactivas, afirmar el derecho del pueblo a ejercer la dirección revolucionaria, era acometer a plenitud las tareas de la revolución democrático-burguesa. Lo otro tendría que realizarlo un partido de la clase obrera con una ideología proletaria y revolucionaria. Sólo cuando aparecieron en el escenario histórico los bolcheviques bajo la jefatura de Lenin y Stalin (en 1905, diez años después de morir Martí), se planteó la tesis de la hegemonía proletaria en la revolución democrático-burguesa y su transformación en revolución socialista, desarrollando, con genialidad propia de los dos grandes conductores, las ideas germinales expuestas por Marx y Engels en 1848, cuando las guerras civiles de Francia y Alemania.

Enjuicia, asimismo, Carlos Rafael Rodríguez las relaciones de Martí con la clase obrera, que fue un innegable factor en la evolución de las ideas martianas en relación con los Estados Unidos, con la participación popular en la guerra que preparaba afanosamente, y aun con las bases de la futura república.

[...] Martí no mira el problema obrero con la óptica regresiva de quien arrima sus ascuas a la burguesía y teme, para la futura república que está creando, el crecimiento de la conciencia proletaria, sino que —dejándose llevar a veces de un ímpetu romántico que le hace idealizar aspectos de la batalla obrera— expresa su adhesión inequívoca a la protesta insurgente del proletariado norteamericano, y anuncia para la patria que está fundando, una política asentada en el afán de satisfacer las aspiraciones que él juzga legítimas y que los monopolios yanquis de sus días americanos niegan abruptamente.

A la excelente lección de tipo metodológico que ofrece Carlos Rafael Rodríguez en este ensayo hay que sumar la función de rescate de la significación martiana que tuvo en su momento y que continúa teniendo actualmente.

Como bien indica la nota preliminar del propio autor, el discurso pronunciado en la Unión de Escritores y Artistas de Cuba en el año 63, es un puente entre el ensayo de diez años antes y el discurso-conferencia dictado en la Universidad de La Habana en 1972. Separados cada uno de ellos por casi una década, la publicación conjunta de los tres trabajos demuestra varias cosas, entre ellas la confirmación de la justicia de los planteamientos de Carlos Rafael Rodríguez en el ensayo

del 53, y por tanto, la validez de la metodología marxista en el análisis de una situación o figura histórica; y la vigencia del ideario martiano en las distintas etapas de nuestras luchas.

Aunque se "retoman conceptualmente" los planteamientos en torno a Martí presentes en el anterior trabajo, hay en el discurso del 63 factores de análisis diferentes: el que habla no lo hace ya desde una patria esclavizada, sino desde un país que ha entrado en la construcción del socialismo, y aún puede decir:

La Cuba socialista de hoy puede acercarse a José Martí mirándolo de cerca, no como la figura a la cual se honra para continuar el curso de la historia, pero muy en la lejanía, sino como un batallador de nuestra propia pelea, como a un hombre con el cual compartimos todavía mucha porción de su ideario, porque es un hombre situado en el centro mismo de la angustia de su patria y de las esperanzas contemporáneas de su pueblo.

Puede, con la nueva experiencia histórica, analizar la continuidad de la tarea liberadora hasta su última fase, que necesariamente, para que aquella sea auténtica, debe conducir al Socialismo.

[...] la Revolución tenía que hacerse y la Revolución se hizo, y el pueblo, en el momento en que cuajaron todas las fuerzas históricas necesarias para llevar adelante la Revolución, tuvo el guía que la historia produce cuando esas fuerzas están cuajadas. Tuvo el pueblo a un hombre que no había surgido de la clase obrera, que no había surgido siquiera de la pequeña burguesía, pero que viniendo de la clase de los terra-

tenientes era capaz de realizar, como Carlos Manuel y los suyos, la hazaña de ponerle fuego a su propia riqueza porque era necesario para lograr la independencia de su pueblo. Tuvo Cuba a Fidel.

[...] los dirigentes de la revolución martiana de 1959 comprendieron el momento en que vivían y entendieron con toda claridad lo que José Martí habría entendido si hubiera vivido en nuestro propio tiempo y no en la Cuba y en la Norteamérica de finales de siglo. Y de ahí que si la revolución de 1959 lleva al 26 de julio hacia las vías del 7 de noviembre, si el documento formidable que es *La historia me absolverá* desemboca inexorablemente en el *Manifiesto comunista*, *La historia me absolverá* tenía como origen, como inicio, el *Manifiesto de Montecristi*.

En el utilísimo discurso-conferencia en la Universidad, que tituló "José Martí, contemporáneo y compañero", Carlos Rafael Rodríguez profundiza acertadamente en algunos planteamientos anteriores y analiza otros que también prueban la contemporaneidad del ideario martiano.

Es insoslayable, tanto desde el punto de vista histórico como metodológico, la valoración de la escisión de la pequeña burguesía de los países dependientes en cuanto a la liberación nacional. Y esto no sólo para el enfoque correcto de Martí, sino incluso para comprender la realidad actual de muchos países de Nuestra América y del mundo subdesarrollado:

En nuestros países colonizados ocurre en la zona de la pequeña burguesía una dualidad histórica: mientras una parte de ella se vincula

sus concepciones filosóficas y su ubicación político-ideológica, caracterizada por la comprensión de la tarea histórica que le correspondía y por la previsión del peligro imperialista. Y

cuando José Martí habla de "imperialistas" en la frase célebre a Manuel Mercado, no lo hace ya sólo en el tono de quienes hablan del imperialismo de la Roma del pasado, sino en el tono nuevo de quienes, sin haber llegado todavía a escudriñar a la manera de Lenin el fenómeno, sin embargo se dan cuenta de la naturaleza esencial, de las raíces económicas del mismo y de las características de ese nuevo imperialismo, que no actúa tan sólo por la fuerza de las armas, sino que tendrá la penetración en las economías como su instrumento más adecuado.

El remedio martiano al avance del mal imperialista por Nuestra América: la unidad monolítica y activa de los pueblos ante el enemigo común, conserva su total actualidad. Así lo hace ver C. R. R., poniendo como ejemplo el llamado de nuestro otro gran líder latinoamericano y universal:

Fidel, en sus varias comparecencias públicas de Chile —donde nos ha dejado todo un proceso de enseñanza de estrategia y tácticas revolucionarias que debemos apresurarnos a estudiar— señaló los límites inmediatos de la revolución latinoamericana cuando precisó que se trataba ahora de unir a todas las fuerzas de potencialidad revolucionaria en América Latina contra el enemigo común, el imperialismo norteamericano. Definió también estratégicamente las fuerzas coincidentes en esa revolución, incluyendo no

en el proceso de desarrollo histórico y económico a la suerte de los dominadores, otra porción, desvinculada del usufructo de las fuerzas productivas siquiera como copartícipe lejana, ve la liberación como parte de un proceso que también le corresponde, y comprende que la emancipación es la única capaz de garantizarle el señorío de su independencia como patriotas y el desarrollo de su personalidad dentro de la sociedad en que vive.

Y como Martí fue expresión de esa realidad en su momento, y como "nos da en su obra el anuncio de la tarea revolucionaria de hoy, de la revolución latinoamericana que está por hacer", Martí "tiene mucho que hacer en América todavía", como él mismo dijera de Bolívar.

Si en las condiciones del 53, la tarea develadora de la contemporaneidad del dictado martiano debía priorizar la problemática cubana —sin dejar de mencionar la vinculación del Maestro con Nuestra América—, en la Cuba revolucionaria, heredera del latinoamericanismo de su Héroe nacional y que se sabe parte inseparable del continente mestizo, no es extraño que Carlos Rafael Rodríguez —sin dejar de reconocer la actualidad martiana en su patria— enfoque la vigencia de los postulados de Martí, desde la perspectiva del resto de la América Latina.

Para llegar a ello, se refiere con objetiva claridad a los distintos aspectos del ideario martiano y a los factores que inciden en él. Expone el autor las ideas de Martí acerca de las razas, de la clase obrera, de la que "supo ver el papel histórico", aunque "conviene siempre recordar que esto lo acerca a nuestras posiciones, sin identificarlo con ellas". Analiza

tan sólo al proletariado revolucionario y sus vanguardias, no tan sólo a los campesinos explotados, sino también a fuerzas sectoriales como los militares capaces de tener una posición nacionalista, antimperialista, y los cristianos de diversas confesiones que se incorporaran con honestidad a la revolución emancipadora común.

Y como

la revolución latinoamericana es la revolución contra el imperialismo norteamericano, no es la revolución del socialismo inmediato [...] el "no socialista" Martí, no tiene nada de retrasado para el comienzo inexorable de esta revolución latinoamericana.

Dentro de la misma temática de la contemporaneidad de José Martí, la segunda parte del discurso está dedicada al intelectual revolucionario que fue Martí y a la función que en este campo específico todavía realiza. Las tareas pedagógicas, literarias, artísticas que desarrolla el pueblo revolucionario de Cuba tienen también en el Maestro su anticipador y su mejor modelo.

El último trabajo de la selección, "Discurso en el Centro cultural José Martí, de México", complementa los estudios anteriores: en él se bosqueja el proceso de aprehensión del concepto latinoame-

ricanista por Martí: desde el descubrimiento inicial en el México del año 75 hasta la certidumbre, desde su puesto "bajo el águila terrible" de la Conferencia Monetaria, de que "el desdén del vecino formidable, que no la conoce, es el peligro mayor de nuestra América", y su decisión, llamada, de impedirlo.

Cuba se ufana de esa entrega de su gran hombre a lo que es, ahora más que nunca, una causa necesaria. Todavía los gigantes se enciman sobre esta parte americana que es la nuestra. Todavía es la hora del recuento y de la marcha unida.

No caben dudas de que la presente edición de los trabajos de Carlos Rafael Rodríguez constituye un hermoso aporte a la bibliografía martiana, que agradecerán no sólo los estudiantes y estudiosos de la obra de Martí, que afortunadamente ya son casi todo el pueblo cubano, sino aquellos que se inicien en la maravillosa aventura de tratar de profundizar en su pensamiento.

*José Martí, guía y compañero*, nos da, con la visión autorizada de uno de nuestros más sólidos pensadores marxistas, la presencia constante, batalladora y ejemplar de quien habiendo sido guía de su tiempo histórico, nos acompaña hoy en las tareas de la nueva fase de su Revolución.

## OTROS LIBROS

José Martí: *On Education. Articles on Education Theory and Pedagogy, and Writings for Children for the Age of Gold*, Nueva York, Monthly Review Press, 1979.

—Este es el tercer volumen producido por el valioso empeño de Philip S. Foner de estimular en los Estados Unidos el conocimiento de Martí. (Los anteriores fueron *Inside the Monster* y *Our America*. El cuarto, y último previsto de la serie, contendrá textos martianos acerca del arte y la literatura.) Ahora el lector angloparlante recibe un conjunto de importantes escritos de Martí en torno a la teoría y la práctica educacionales, y, como complemento afín, una selección de textos de *La Edad de Oro*.

José Martí: *Drie Helden*, Sjaloom Odiijk, 1979.

—Los lectores holandeses tienen en este volumen la oportunidad de conocer una muestra breve, y muy significativa, de la obra del héroe americano de quien la sabiduría de Noël Salomon dejó dicho que lo necesitan en el Viejo Mundo para seguir viviendo. Bajo el título *Tres héroes* (en ho-

landés *Drie Helden*), el libro, de bella presentación, recoge cuatro textos fundamentales de *La Edad de Oro*: "Las ruinas indias", "El Padre las Casas", "Tres héroes", y "Un paseo por la tierra de los anamitas", presentados por una nota introductoria: "¿Quién fue José Martí?"

J. Grigulevich: *José Martí. El precursor de la Revolución Cubana*, Moscú, Ed. Ciencia, 1979. [En ruso.]

—El prestigioso académico soviético José Grigulevich, a quien se deben numerosas páginas buenas acerca de riquezas históricas de nuestra América, ha publicado en Moscú este interesante estudio de Martí en ruso. A sus virtudes informativas, que tanta buena huella ha de dejar en la URSS, país donde la obra martiana viene despertando interés hace ya muchos años, debe sumarse la justa preocupación del autor por revelar un aspecto sustancial: la íntima vinculación de nuestro proceso revolucionario con quien el mismo Fidel Castro ha llamado autor intelectual del asalto al cuartel Moncada y, por consiguiente, del apogeo renovador que ese acontecimiento desencadenó.



## BIBLIOGRAFÍA MARTIANA

ENERO-DICIEMBRE 1979

ARACELY GARCÍA CARRANZA

## BIBLIOGRAFÍA ACTIVA

- 1 Amistad funesta [Ciudad de La Habana, Editorial Gente Nueva, 1979] 116 p. (Universo)  
Impreso en Bulgaria para la Editorial Gente Nueva por Soffa Press.
- 2 [Carta a Manuel Mercado (Campamento de Dos Ríos, 18 de mayo de 1895)]. JUVENTUD REBELDE (Habana) 20 mayo, 1979:2, ilus.  
Publicada bajo el título: En silencio ha tenido que ser...
- 3 Céspedes y Agramonte [Presentación Centro de Estudios Martianos] Ciudad de La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1979. 10 p. (Textos Martianos Breves)  
Publicado en El Avisador Cubano, Nueva York, 10 de octubre de 1888.
- 4 Discursos del 10 de octubre. Ciudad de La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1978 [i. e.] 1979. 72 p. (Ediciones Políticas)  
Reimpresión de la edición de 1977.  
  
Contiene: Discurso en conmemoración del 10 de octubre de 1868 en Masonic Temple, Nueva York, 10 de octubre de 1887. Discurso en conmemoración del 10 de octubre de 1868, en Masonic Temple, Nueva York, 10 de octubre de 1888. Discurso en conmemoración del 10 de octubre de 1868, en Hardman Hall, Nueva York, 10 de octubre de 1889. Discurso en conmemoración del 10 de octubre de 1868, Hardman Hall, Nueva York, 10 de octubre de 1890. Discurso en conmemoración del 10 de octubre de 1868, en Hardman Hall, Nueva York, 10 de octubre de 1891.
- 5 Drie Helden. Verhalen voor jong en oud [Amsterdam?] Sjaloom [1979] 94 p. ilus.  
Texto en holandés.  
Selección de La Edad de Oro.  
Contiene: ¿Quién fue José Martí?. Las ruinas indias. El Padre Las Casas. Tres héroes. Un paseo por la tierra de los anamitas.
- 6 La Edad de Oro. [Ciudad de La Habana] Gente Nueva [1979] 235 p. ilus.  
Primera edición de la Editorial Gente Nueva, 1972. Primera reimpresión, 1975. Segunda reimpresión, 1978.
- 7 En vísperas de un largo viaje [Presentación Centro de Estudios Martianos]. Ciudad de La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1979. 28 p. ilus. (Textos Martianos Breves)

Contiene: Carta a la madre (Montecristi, 25 de marzo, 1895) Carta a María y Carmen Mantilla Miyares (25 de marzo, 1895) Carta a Gonzalo de Quesada y Benjamín Guerra (Montecristi, 25 de marzo, 1895) Carta a Federico Henríquez y Carvajal (Montecristi, 25 de marzo, 1895) Manifiesto de Montecristi.

- 8 Ensayos sobre arte y literatura. Selección y prólogo Roberto Fernández Retamar. Ciudad de La Habana, Cuba, Editorial Letras Cubanas, 1979. XXIV, 210 p.  
Sobre la crítica de Martí por R.F.R.: p. VII-XXIV
- 9 [Lecturas martianas] (En: Instituto de la Infancia. Lecturas pedagógicas. Selección de artículos de diferentes autores. Ciudad de La Habana, Editorial Orbe, 1979. p. 3-14)  
Contenido martiano: A los niños que lean La Edad de Oro (tomado de La Edad de Oro). Igualdad de la mujer (Publicado en la Sección Constante de La Opinión Nacional, Caracas, 20 de abril de 1882). El falso mito de la inferioridad latina (Publicado en La América, Nueva York, noviembre de 1884). Educación y Libertad (Publicado en La América, Nueva York, noviembre de 1883) Fragmentos tomados de: En los Estados Unidos. Política internacional y religión. Los kindergartens de pobres. La próxima exposición de New Orleans. La América grande. Escenas mexicanas. Las ruinas indias.
- 10 ———. (En: Instituto de la Infancia. Selección de lecturas. Ciudad de La Habana, 1979. 246 p.)  
Contenido martiano: Los zapaticos de rosa. Meñique (Del francés, de Laboulaye) Meñique (adaptación). El camarón encantado (Cuento de magia, del francés Laboulaye) La muñeca negra. Ismaelillo. Versos Sencillos. Versos Libres. La bailarina española. Los dos príncipes.
- 11 Nuestra América. (En: Tres documentos de Nuestra América. [La Habana] Casa de las Américas [1979] p. 31-40, 99-109, 169-178, 235-243.)  
  
Esta obra que incluye también la Carta de Jamaica de Simón Bolívar y la Segunda Declaración de La Habana, presenta estos documentos en español, inglés, francés y portugués.
- 12 ———. GRANMA RESUMEN SEMANAL. Suplemento de Literatura Cubana. (Habana) 8 abril, 1979: 2-3. ilus.  
Publicado en español, inglés y francés.
- 13 ———. [Presentación Centro de Estudios Martianos] Ciudad de La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1979. 15 p. (Temas Martianos Breves)
- 14 On Education by José Martí. Articles on educational theory and pedagogy, and writings for children from The Age of Gold. Translated by Elinor Randall. Edited, with an introduction and notes, by Philip S. Foner. New York, Monthly Review Press [1979] 320 p.
- 15 Otros textos martianos. ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS MARTIANOS. (Habana) (2): 3-34; 1979.  
Contiene: De la Revista Universal. Notas [por] Centro de Estudios Martianos. Melchor Ocampo. El año nuevo en Madrid. Vida [Poesía] Del álbum de la eminente poetisa cubana Mercedes

Matamoras [Poesía] *De El Economista Americano*. Nota [por] Centro de Estudios Martianos. El abogado de los ricos [Chauncey Depew]. Una novedad en educación pública. Escenas neoyorkinas: Los vendedores de diarios. Curiosidades americanas: Egipto y América; La masonería en América. De Yankeelandia. Un teatro mexicano. Las montevideanas. Oratoria popular. Una hermosura. Los dudes. Notas americanas. Revista del mercado.

- 16 El teniente Crespo. VERDE OLIVO (Habana) 20 (29): 26-27; 22 julio, 1979.  
Fragmento de un relato publicado en *Patria*, el 19 de marzo de 1892.

## BIBLIOGRAFÍA PASIVA

- 17 Amplían fecha de admisión de proyectos al concurso "Monumento a José Martí en Cali, Colombia". GRANMA (Habana) 15 octubre 1979: 6. ilus.
- 18 Análisis crítico de los Versos Sencillos de José Martí [Spanish Text] DISSERTATION ABSTRACTS INTERNATIONAL (Estados Unidos) 39 (11): 6792-A—6793-A; may, 1979.  
Sobre la tesis de Juan Alberto Hernández-Chioldes (University of Texas at Austin, 1978)
- 19 ARIAS, SALVADOR. La Edad de Oro noventa años después. REVOLUCIÓN Y CULTURA (Habana) (81): 6-8; mayo, 1979.  
Sobre ediciones y difusión de esta revista.
- 20 ARMAS, RAMÓN DE. Apuntes sobre la presencia en Martí del México de Benito Juárez. CASA DE LAS AMÉRICAS (Habana) 20 (115) 10-19; julio-agosto, 1979.
- 21 ———. Sangre sobre la nieve: un reportaje de José Martí sobre la vocación de los derechos humanos en los Estados Unidos. BOHEMIA 71 (7): [100]-103; 16 febrero. 1979. ilus
- 22 AUGIER, ANGEL. La pasión martiana de Emilio Roig de Leuchsenring. Bibliografías ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS MARTIANOS (Habana) (2): 308-309; 1979.
- 23 AZOR HERNANDEZ, ILEANA. La única novela de José Martí. BOHEMIA 71 (42): 10-13; 19 octubre, 1979.  
Sobre Lucía Jeréz.
- 24 Bases del concurso sobre José Martí convocado por la Revista Areito y el Centro de Estudios Martianos. [La Habana] Centro de Estudios Martianos [1979] 2 h.
- 25 BENEDETTI, MARIO. Martí y el Uruguay. ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS MARTIANOS (Habana) (2): 216-228; 1979.
- 26 BENITEZ, MARÍA. Bibliografía Martiana de Emilio Roig de Leuchsenring. Bibliografías. ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS MARTIANOS (Habana) (2): 310-324; 1979.
- 27 CALDERÓN GONZALEZ, JORGE. La temática agraria en la obra de José Martí. GRANMA CAMPESINO (Habana) (6): 9; 7 febrero. 1979.
- 28 CALLEJAS, BERNARDO. 1887: un año clave en la radicalización martiana. ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS MARTIANOS (Habana) (2): 149-190; 1979.
- 29 CANTÓN NAVARRO, JOSÉ. Vindicación de Cuba. GRANMA (Habana) 24 marzo, 1979: 2. ilus.  
A la cabeza del título: A 90 años de un alegato histórico.
- 30 Celebrarán Jornada Nacional por el 126 aniversario del natalicio de José Martí. GRANMA (Habana) 5 enero, 1979: [1]
- 31 COLINA, CINO. Introducción a José Martí. GRANMA (Habana) 27 febrero, 1979: 4. ilus.  
Título de Roberto Fernández Retamar publicado por la colección Centro de Estudios Martianos.
- 32 Convocan al concurso La Edad de Oro. GRANMA (Habana) 28 febrero, 1979: 2. ilus.  
Aparecen bases del concurso.
- 33 CRUZ, MARY. El encarcelamiento de José Martí. GRANMA (Habana) 20 octubre, 1979: 2. ilus.  
A la cabeza del título: 21 de octubre, 1869.
- 34 ———. Principios educacionales martianos en la Plataforma Programática del Partido (I-II) GRANMA (Habana) 6 enero, 1979: 2. 8 enero, 1979: 2. ilus.  
Contiene: El mundo nuevo requiere la escuela nueva. La patria está hecha del mérito de sus hijos.
- 35 Dedicado a José Martí por Y. N. NOVEDADES DE MOSCÚ (Moscú) (41): 6; 1979.  
Sobre la obra de I. Grigulévich: José Martí, precursor de la revolución cubana.
- 36 DÍAZ MARTÍNEZ, MANUEL. Martí en Unamuno. GACETA DE CUBA (Habana) (179): 17-18; mayo-junio, 1979.
- 37 DÍAZ ROZZOTTO, JAIME. El ideal democrático de José Martí y el Primer Congreso del P.C. Cubano. (En: Colloque International, Université de Toulouse, 1978. Cuba les étapes d'une libération. Toulouse, Université de Toulouse-Le Mirail 1979. p.[255]-262)
- 38 Documentos sobre José Martí. ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS MARTIANOS (Habana) (2): 35-49; 1979.  
Documentos que se relacionan con la causa por la que fue procesado Martí en 1869 y con sus consecuencias hasta 1872.
- 39 DORR, NICOLAS. José Martí y sus críticas teatrales mexicanas. CONJUNTO (Habana) (41): 3-6; julio-septiembre, 1979.
- 40 DUMAS, CLAUDE. Notas sobre la personalidad de Martí en México (1875-1976). (En: Colloque International, Université de Toulouse, 1978. Cuba les étapes d'une libération. Toulouse, Université de Toulouse-Le Mirail, 1979. p.[151]-156)

- 41 Editan en Unión Soviética estudios sobre José Martí. **GRANMA** (Habana) 25 diciembre, 1979: 4.  
"José Martí, precursor de la Revolución Cubana" por Iosif Grigulévich.
- 42 **ESTRADE, PAUL**. Martí: orden y revolución. (En: Colloque International, Université de Toulouse, 1978. Cuba les étapes d'une libération. Toulouse, Université de Toulouse-Le Mirail, 1979. p. [113]-129).  
**ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS MARTIANOS** (Habana) (2): 75-91; 1979.
- 43 **FERNANDEZ RETAMAR, ROBERTO**. Algunos problemas de una biografía ideológica de José Martí. (En: Colloque International, Université de Toulouse, 1978. Cuba les étapes d'une libération. Toulouse, Université de Toulouse-Le Mirail, 1979. p. [87]-111).  
**ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS MARTIANOS** (Habana) (2): 240-262; 1979.
- 44 ———. José Martí na Revolução Cubana. **DIARIO DE LISBOA** (Lisboa) 23 octubre, 1979: 6. ilus.
- 45 ———. Por qué está vivo Martí. **EL CAIMAN BARBUDO** (Habana) (136): 19-20, 29; abril, 1979. (137): [19]-20, 26; mayo, 1979.
- 46 **FLEITES, ALEX**. Acerca de Martí, "el hombre mayor del siglo XIX en América". **JUVENTUD REBELDE** (Habana) 16 septiembre, 1979: 4. ilus.  
Sobre la obra *Tres ensayos* (de Carlos Rafael Rodríguez, Sergio Aguirre y Roberto Fernández Retamar) publicada por la serie *Literatura y Arte del Departamento de Actividades Culturales de la Universidad de La Habana*.
- 47 ———. Incógnita que debe ser despejada por los especialistas. **JUVENTUD REBELDE**. (Habana) 24 diciembre, 1979: [1]  
A la cabeza del título: ¿Original o copia?  
Se trata de un manuscrito que contiene la orden de alzamiento del 24 de febrero de 1895
- 48 Frac de Martí. **REVISTA MUSEO** (Santiago de Cuba) (1) 12-14; enero-marzo, 1979. ilus.
- 49 **FRANCO, JOSÉ LUCIANO**. Martí en Las Antillas. **EL CAIMAN BARBUDO** (Habana) (139): 2-3, 29; julio, 1979.
- 50 **GARCÍA-CARRANZA, ARACELI**. Bibliografía Martiana (enero-diciembre, 1978) Bibliografías. **ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS MARTIANOS** (Habana) (2): 325-370; 1979.  
Incluye asientos bibliográficos rezagados.
- 51 **GARCÍA DEL PINO, CÉSAR**. Martí y la guerra necesaria. **VERDE OLIVO** (Habana) 20 (8): [37-39]; 25 febrero, 1979.
- 52 **GARCÍA MARTÍ, RAÚL**. Fidel es un digno continuador del postulado martiano. Entrevista por Aldo Isidró del Valle. **GRANMA** (Habana) 26 enero, 1979: 2. ilus.  
A la cabeza del título: Entrevista a un sobrino de José Martí.
- 53 **GÓMEZ LUACES, EDUARDO**. Liceo Artístico y Literario de Regla fundado por José Martí el 8 de febrero de 1879. Prólogo por Pedro Cosme Baños. [La Habana, 1979] 68 p.
- Síntesis biográfica del autor por Ana María García.  
Bibliografía: p. 61-68.
- 54 **GONZALEZ B[ello], MANUEL**. Primer discurso de Martí. **BOHEMIA** (Habana) 71 (4): 56; 26 enero, 1979.  
Sobre su discurso pronunciado en el Liceo de Guanabacoa, ante el cadáver de Alfredo Torrella, el 21 de enero de 1879.
- 55 **GRIGULÉVICH, IOSIF**. José Martí el precursor de la revolución cubana. Moscú, Editorial Ciencia, 1979. 283 p. ilus.  
Texto en ruso.  
Contiene: ¡Viva Cuba Libre! Abdala. Presidiario. España no cree en lágrimas. República contra Cuba. Regreso de los Borbones. México-amigo. En busca de refugio. El yugo y la estrella. "¡Yo viví en las entrañas del monstruo!". Movilizando las fuerzas. Partido Revolucionario Cubano. Montecristi. ¡El deber del revolucionario es hacer la revolución!. El precursor de la revolución cubana. Los marxistas cubanos sobre José Martí: José Martí, revolucionario radical de su tiempo, por Blas Roca. José Martí, contemporáneo y compañero, por Carlos Rafael Rodríguez. Discurso en Dos Ríos, por Armando Hart Dávalos. El Partido Revolucionario Cubano, creación ejemplar de José Martí, por Juan Marinello. Las fechas principales de vida y de actividad de José Martí. Comentario. Bibliografía.
- 56 ———. El precursor de la Revolución Cubana. **VERDE OLIVO** (Habana) (41): 8-11; 14 octubre, 1979. ilus.
- 57 **GUERRA, ESTELA**. A través de sus pensamientos. **MONCADA** (Habana) 13 (20): [39]; febrero, 1979.  
Sobre la creación de las salas Lenin-Martí por el Ministerio del Interior.
- 58 **HERNANDEZ NOVAS, RAÚL**. Un deslinde necesario. Libros. **ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS MARTIANOS** (Habana) (2): 271-277; 1979.  
Sobre *Un deslinde necesario: los Versos Libres y Flores del Destierro*, de Emilio de Armas (La Habana, Ed. Arte y Literatura, 1978)
- 59 **HERNANDEZ OTERO, RICARDO LUIS**. Colaboración martiana en *La Ofrenda de Oro* (Notas sobre un artículo desconocido de José Martí) **ANUARIO L/L** (Habana) (7-8): 38-67; 1976-1977 [i.e.] 1979?
- 60 **HERNANDEZ PARDO, HÉCTOR**. "Dicha grande", escribió el Maestro en su Diario de Campaña. **GRANMA** (Habana) 12 abril, 1979: 2. ilus.  
A la cabeza del título: El desembarco de Martí y Gómez por Playitas.
- 61 ———. La obra de Martí no quedó inconclusa. **GRANMA** (Habana) 19 mayo, 1979: 2. ilus.  
A la cabeza del título: Dos Ríos.
- 62 **HIDALGO PAZ, IBRAHÍM**. Notas sobre el origen del antimperialismo martiano. **ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS MARTIANOS** (Habana) (2): 191-215; 1979.

- 63 IBARRA, JORGE. Hacia la organización revolucionaria. *BOHEMIA* (Habana) 71 (4): [88-91]; 26 enero, 1979. ilus.  
Fragmento de un libro de próxima aparición: Etapa de construcción del Partido Revolucionario Cubano.
- 64 IZQUIERDO, ESTELA. La Conferencia Internacional Americana en la valoración de Martí. *GRANMA* (Habana) 4 enero, 1979: 2.
- 65 LAMORE, JEAN. Histoire et biologie dans l'Amérique métisse de José Martí. (En: Colloque International, Université de Toulouse, 1978. Cuba les étapes d'une libération. Toulouse, Université de Toulouse-Le Mirail, 1979. p. [131]-149)  
*ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS MARTIANOS* (Habana) (2): 92-110; 1979.  
Texto en español.
- 66 LANCHA, CHARLES. El ideal unionista latinoamericano en Bolívar y Martí. (En: Colloque International, Université de Toulouse, 1978. Cuba les étapes d'une libération. Toulouse, Université de Toulouse-Le Mirail, 1979. p. [195]-219)
- 67 LE RIVEREND BRUSSONE, JULIO. El historicismo martiano en la idea del equilibrio del mundo. *ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS MARTIANOS* (Habana) (2): 111-134; 1979.
- 68 MARINELLO VIDAURRETA, JUAN. La liberación económica. *TRABAJADORES* (Habana) 5 abril, 1979: 2.  
Fragmento de su obra *Once ensayos martianos*.
- 69 ——. La más alta lección. *TRABAJADORES* (Habana) 21 agosto, 1979: 2.  
Fragmentos del ensayo leído el 12 de marzo de 1941 en el ciclo de conferencias organizado por la Sociedad Cubana de Estudios Históricos Internacionales.
- 70 Martí en el año 20 de la Victoria. *GRANMA* (Habana) 27 enero, 1979. ilus  
Editorial
- 71 MELIS CAPPÀ, RAFAEL. Equipos literarios martianos. Entrevista [por] María Josefa López. *CON LA GUARDIA EN ALTO* (Habana) 18 (1): 26-27; enero, 1979.  
El entrevistado gana primera mención en el Encuentro Nacional de Equipos Literarios Martianos de los CDR.
- 72 MELLA, JULIO ANTONIO. Glosas al pensamiento de José Martí. Un libro que debe escribirse. *GRANMA* (Habana) 10 enero, 1979: 2. ilus.
- 73 MESA MARTINEZ, AIDA. Por penúltima vez Martí en Cuba cien años atrás. *BOHEMIA* (Habana) 71 (38): 84-89; 21 septiembre, 1979. ilus.  
Reportaje gráfico.
- 74 MORALES, SALVADOR. Las Antillas y el imperialismo norteamericano. *VERDE OLIVO* (Habana) 20 (4): 10-13; 28 enero, 1979. ilus.  
A la cabeza del título: 126 aniversario natalicio de José Martí.
- 75 MOSQUERA, GERARDO. El grande y valioso aporte. *REVOLUCIÓN Y CULTURA* (Habana) (77): 14-19; enero, 1979. ilus.  
Sobre el Centro de Estudios Martianos  
Incluye texto presumiblemente inédito, escrito en 1894, donado al Centro en fecha reciente.  
Roberto Fernández Retamar responde al periodista sobre el concepto de "democracia revolucionaria".
- 76 MUSA, ARNALDO. "Tengo fe en el mejoramiento humano, tengo fe en la vida futura, tengo fe en ti..." *GRANMA* (Habana) 26 septiembre, 1976: 2.  
A la cabeza del título: A propósito de un documental de Santiago Alvarez.
- 77 [Notas de prensa sobre el VIII Seminario Juvenil de Estudios Martianos] *GRANMA* (Habana) enero, 1979. ilus.  
*JUVENTUD REBELDE* (Habana) enero, 1979. ilus.
- 78 Noticias y comentarios. *ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS MARTIANOS* (Habana) (2): 371-381; 1979.  
Contiene: Martí en coloquio en homenaje a Marinello y Salomon. Aniversario Martiano [Ciclo de conferencias organizadas por el Centro de Estudios Martianos y la Biblioteca Nacional José Martí] La esperanza del mundo [Exposición José Martí, la Revolución Cubana y el Año Internacional del Niño, inaugurada por José Cantón Navarro en el Salón de Exposiciones de 23 y M, en el Vedado] Los niños con Martí [Exposición organizada por la poetisa Rafaela Chacón Nardi y auspiciada por la Comisión Nacional Cubana de la UNESCO en colaboración con el Centro de Estudios Martianos y la Biblioteca Nacional José Martí] Flora martiana [Exposición Flora Martiana-Diario de Campaña del pintor Jorge Pérez Duporté, en el taller de cerámica del Parque Lenin] Centenario martiano en Regla. Centenario martiano en Guanabacoa. Martí en la Universidad de Panamá [Ciclo de conferencias ofrecido por Roberto Fernández Retamar] Martí en México. México en Martí. [Exposición en Santiago de Cuba inaugurada por Ernesto Madero] Martí en Barandol [Boletín que edita el Taller Literario de la Delegación de Gualdalajara correspondiente al Instituto Mexicano-Cubano de Relaciones Culturales José Martí]. Homenaje a Leonor Pérez [organizado por la Asociación de Amistad Canario-Cubana José Martí]. Algo nuevo sobre José Martí en Francia [Título publicado por Paul Estrade en el boletín Cuba Sí que edita la Asociación de Amistad Francia-Cuba]. Concurso Latinoamericano y del Caribe [auspiciado por la Casa de las Américas y el Centro de Estudios Martianos] Concurso Areito-CEM. .
- 79 ORAMAS, ANGELA. Una fecha, dos héroes, el mismo amor. *ELLAS EN ROMANCES* (Habana) 42 (5): [14-15]; mayo, 1979  
José Martí y Ho Chi Minh.
- 80 ——. Una rosa, una oruga y un cardo. *ELLAS EN ROMANCES* (Habana) 42 (1): 94-95; enero, 1979.  
Sobre el poema La rosa blanca.
- 81 ORTA RUIZ, JESÚS. Martí en Holguín. *GRANMA* (Habana) 23 julio, 1979: 2. ilus.

- 82 ———. Martí y la revolución de los humildes. GRANMA (Habana) 24 mayo, 1979: 2. ilus.  
A la cabeza del título: Mi honda es la de David...
- 83 ———. Martí y los derechos humanos. GRANMA (Habana) 10 mayo, 1979: 2. ilus.
- 84 Otros libros. ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS MARTIANOS (Habana) (2): 281-282; 1979.  
Contiene: Jristo Botev/José Martí: Dvurechie. Selección y notas de Nikola Indzhov. Tr. de A. Muratov y otros. Sofía 1977. De José Martí: Discursos del 10 de octubre (La Habana Ed. Ciencias Sociales, 1977) Bases y estatutos secretos del Partido Revolucionario Cubano (La Habana, Editoria Política y Centro de Estudios Martianos, 1978). Diario de campaña: de Cabo Haitiano a Dos Ríos (La Habana, Ed. Ciencias Sociales, 1978). El presidio político en Cuba (La Habana, Ed. Ciencias Sociales, 1978). La verdad sobre los Estados Unidos (La Habana, Editora Política y Centro de Estudios Martianos, 1978). Cuanto hice hasta hoy, y haré es para eso (La Habana, Editora Política y Centro de Estudios Martianos, 1978). José Martí [París, 1978] por Louis Marzo. Martí habla a la juventud [Comp. de Rafael Pérez Pereira, prólogo y síntesis biográfica por Salvador Morales].
- 85 PELAEZ, ROSA ELVIRA. Celebran centenario del primer discurso político de José Martí en Cuba. GRANMA (Habana) 9 febrero, 1979: 2. ilus.  
En la inauguración del Liceo Artístico y Literario de Regla (8 de febrero de 1879)
- 86 PÉREZ GUZMAN, FRANCISCO. Los jóvenes escriben y hablan de Martí. VERDE OLIVO (Habana) 20 (5): 52-53; 4 febrero, 1979, Reseña del VIII Seminario Juvenil de Estudios Martianos.
- 87 Poder Popular, Guanabacoa. Es la primera vez que hablo en mi Patria... Guanabacoa [Talleres Pedrito Valdés] 1978-1979. 75 p. ilus.  
A la cabeza del título: Comisión del Centenario Poder Popular.  
Contiene: Proyecto de acuerdos [por] Asamblea de Poder Popular. La vieja casona [por] Alberto Acosta. Guanabacoa y Regla; Presencia de Martí [por] Camilo Domenech. Apuntes de José Martí, para discursos pronunciados en el Liceo Artístico y Literario de Guanabacoa. Elogio del poeta Alfredo Torroella [por] José Martí. Año cubano de José Martí (1878-1879) Martí, propiedad humana [por] Nicolás Guillén. José Martí en nuestra Revolución [por] Roberto Fernández Retamar.
- 88 POUMIER TAQUECHEL, MARÍA. Contra el verso retórico y ornado (Quelques aspects de la poétique martienne) (En: Colloque International, Université de Toulouse, 1978. Cuba les étapes d'une libération. Toulouse, Université de Toulouse-Le Mirail, 1979, p. [169]-193)
- 89 PROJOROV, VIACHESLAV. Los versos de José Martí en ucraniano URSS (Moscu). (4): 55; abril, 1979. ilus.  
Traducción por Dmitro Pavlychko de Versos sencillos, Versos libres, Ismaelillo y todo lo más importante de lo escrito en verso por José Martí.
- 90 FREGO, OSCAR F. 149 ponencias en el Seminario Martiano. BOHEMIA (Habana) 71 (4): 56-57; 26 enero, 1979.  
Sobre el VIII Seminario Juvenil de Estudios Martianos.
- 91 RODRIGUEZ, CARLOS RAFAEL. José Martí, guía y compañero. La Habana, Editora Política, 1979. 118 p. ilus. (Cuadernos de Estudios Martianos)  
A la cabeza del título: Centro de Estudios Martianos.  
Contiene: Nota del autor. Martí guía de su tiempo y anticipador del nuestro. (La Última Hora. La Habana, 1953). José Martí (UNEAC, 1963) José Martí, contemporáneo y compañero (Jornada Martiana en la Universidad de La Habana, 1972)
- 92 RODRIGUEZ, PEDRO PABLO. El Anuario sobre Martí. BOHEMIA (Habana) 71 (4): 27; 26 enero, 1979. ilus.  
Sobre el Anuario del Centro de Estudios Martianos.
- 93 ———. Un discurso donde hubo "fuego cubano". GRANMA (Habana) 27 febrero, 1979: 2 ilus.  
A la cabeza del título: José Martí en el Liceo de Guanabacoa. El maestro habló en la velada en recordación del poeta Alfredo Torroella, celebrada el 28 de febrero de 1879.
- 94 ———. Formación del pensamiento latinoamericanista de Martí. ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS MARTIANOS (Habana) (2): 135-148; 1979.
- 95 ———. Para luchar, vivo. BOHEMIA (Habana) 71 (47): 84-89; 23 noviembre, 1979. ilus.  
Sobre su deportación a España en 1879.
- 96 ———. Para su Patria deben trabajar todos los hombres. GRANMA (Habana) 28 abril, 1979: 2. ilus.  
A la cabeza del título: Martí en el homenaje a Díaz Albertini. BOHEMIA (Habana) 71 (22): 88-89; 1 junio, 1979. ilus.
- 97 RODRIGUEZ NUÑEZ, VÍCTOR. Para leer realmente a José Martí. CASA DE LAS AMÉRICAS (Habana) 20 (115): 141-146; julio-agosto, 1979.  
Sobre Introducción a José Martí de Roberto Fernández Retamar.
- 98 SANTOS MORAY, MERCEDES. Empresa de corazón y no de mero negocio. CASA DE LAS AMÉRICAS (Habana) 20 (116): 3-13; septiembre-octubre, 1979.  
Sobre La Edad de Oro.
- 99 SANZO, NAYDA. Martí hombre sin muerte. TRABAJADORES (Habana) 19 mayo, 1979: 2.
- 100 SARABIA, NYDIA. "Martí no es de la raza vendible". GRANMA (Habana) 25 septiembre, 1979: 2. ilus.  
A la cabeza del título: Centenario de la segunda deportación del Maestro.
- 101 ———. Los Pinkerton tras José Martí. MONCADA (Habana) 13 (18): 18-21, 46; enero, 1979.
- 102 Seminario Juvenil de Estudios Martianos, V.I.I. La Habana, 1980. Declaración final. ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS MARTIANOS (Habana) (2): 263-265; 1979.

- 103 SHISHKINA, V. I. El democratismo revolucionario de José Martí. ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS MARTIANOS (Habana) (2): 50-74; 1979.
- 104 TOLEDO, JOSEFINA. La puertorriqueña fundadora del primer Club Femenino del Partido Revolucionario Cubano. GRANMA. (Habana) 31 mayo, 1979. 2. ilus.  
A la cabeza del título: Inocencia Martínez.
- 105 ———. El puertorriqueño Sotero Figueroa, editor del periódico Patria. GRANMA (Habana) 4 junio, 1979. 2. ilus.
- 106 TOLEDO SANDE, LUIS. Para ubicar a José Martí. Libros. ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS MARTIANOS (Habana) (2): 266-270; 1979.  
Sobre Introducción a José Martí de Roberto Fernández Retamar (Colección de Estudios Martianos)
- 107 TORRES, MARIO. Reseñas deportivas de José Martí. SEMANARIO DEPORTIVO LPV (Habana) 17 (883): 28-31; 22 mayo, 1979.  
A la cabeza del título: A los 84 años de su caída en combate, en Dos Ríos.  
Contiene: Máximas deportivas de José Martí.
- 108 TORRES-CUEVAS, EDUARDO. El Partido Revolucionario Cubano y la guerra. Libros. ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS MARTIANOS (Habana) (2): 278-280; 1979.  
Sobre El Partido Revolucionario Cubano y la guerra, recopilación y prólogo de Pedro Pablo Rodríguez (La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1978)
- 109 TURNER MARTÍ, LIDIA. Martí y la formación multilateral y armónica de la personalidad. GRANMA (Habana) 3 diciembre, 1979; 2. ilus.
- 110 VALDÉS MARÍN, ROLANDO. Martí y la educación nacional. GRANMA (Habana) 29 mayo, 1979; 2. ilus.
- 111 VERGARA, ALEJANDRO. Análisis dialéctico-materialista de la obra político-revolucionaria de José Martí. Vigencias. ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS MARTIANOS (Habana) (2): 283-307; 1979.
- 112 VITIER, CINTIO. Sobre Lucía Jerez. (En Colloque International, Université de Toulouse, 1978. Cuba les étapes d'une libération. Toulouse, Université de Toulouse-Le Mirail, 1979. p. [157]-168) DIALOGOS (México) 15 (87): 3-8; mayo-junio, 1979. ilus.  
ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS MARTIANOS (Habana) (2): 229-239; 1979.

APÉNDICE ASIENTOS BIBLIOGRÁFICOS REZAGADOS  
BIBLIOGRAFÍA ACTIVA

1973

- 113 Diario de Campaña de José Martí. Introducción, notas, apéndice y bibliografía por Nuria Gregori Torada. [La Habana, Instituto de Literatura y Lingüística, 1973] 12 p.

A la cabeza del título: Un aniversario, dos forjadores: Ho Chi Minh-Martí.  
Edición mimeografiada.

1977

- 114 Discurso del 10 de octubre. Ciudad de La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1977. 72 p. (Ediciones Políticas)  
Contiene: Véase asiento bibliográfico no. 4.
- 115 La Edad de Oro. Pról. por Víctor Julio Peralta. San José, Costa Rica, Editorial Costa Rica, 1977. 245 p. (Colección Popular de Literatura Universal)

1978

- 116 Colección. Moscú, Literatura Artística, 1978. 371 p. (Biblioteca de Literatura Cubana)  
Texto en ruso.  
Contiene: 1.- De Ismaelillo. 2.- De Versos Libres. 3.- Flores del destierro. 4.- De Versos Sencillos. 5.- Versos de diferentes años. 6.- Escenas norteamericanas. 7.- América Latina. 8.- De Patria.
- 117 Los tres héroes. (En: Ureña Rib, Pedro R. [y] Ma. del Carmen Cot de Ureña. Letras y hombres. Selección de textos [República Dominicana, Editora Alfa y Omega, 1978] p. 281-282)

BIBLIOGRAFÍA PASIVA

1967

- 118 GIDONI, A. G. José Martí y los Estados Unidos a fines del siglo XIX. PROBLEMAS DE HISTORIA (Petrozavodsk) 14 (6): 78-91; 1967.  
Texto en ruso.

1972

- 119 ORTEGA, VÍCTOR JOAQUÍN. José Martí, su lucha. Culiacán, Sin, 1972. 35 p. (Serie del Consejo Estudiantil)

1974

- 120 JIMÉNEZ, JOSÉ OLIVIO. Una aproximación existencial al Prólogo al Poema del Niágara, de José Martí. ANALES DE LITERATURA HISPANOAMERICANA (Madrid) (2-3): 407-441; 1973-1974.

1975

- 121 FERNÁNDEZ RETAMAR, ROBERTO. De Introducción a Martí. CASA DE LAS AMERICAS (Habana) 16 (93): 33-47; noviembre-diciembre, 1975.  
Contiene: Martí y el mundo colonial y semicolonial. Nuestra América. La batalla social. Final.

- 122 GRANDAL, RAMÓN M. La imagen constante, fragmento de un ensayo fotográfico de Grandal. REVOLUCIÓN Y CULTURA (Habana) (29): 52-59; enero, 1975. ilus.

Muestra gráfica que formó parte del Primer Premio del Salón Provincial Juvenil y Primer Premio del Salón Juvenil Nacional de 1974, obtenido por el fotógrafo Ramón M. Grandal.

- 123 HERRERA FRANYUTTI, ALFONSO. Una poesía desconocida de José Martí. *CASA DE LAS AMÉRICAS* (Habana) 16 (93): 37; noviembre-diciembre, 1975.  
De noche, en la imprenta, publicado en la Revista Universal el 10 de octubre de 1875. Aparece texto íntegro del poema.
- 124 MAS, JOSÉ L. En torno a la ideología de José Martí; su identificación con F. R. Lamennais y el romanticismo social. *CUADERNOS AMERICANOS* (México) 199 (2): 82-114; marzo-abril 1975.
- 125 OPATRNY, JOSEF. José Martí. Praha, Horizont, 1975. 109 p. ilus. Texto en checo.
- 126 RODRÍGUEZ, EMILIO JORGE. Un martiano de la República Democrática Alemana, *CASA DE LAS AMÉRICAS* 16 (92): 102-104; septiembre-octubre, 1975.  
Sobre El ideario literario y estético de José Martí, por Hans-Otto Dill.
- 127 SANCHEZ, REINALDO. Ideología y ética del héroe martiano en Amistad Funesta. *CUADERNOS AMERICANOS* (México) 203 (6): 194-203; noviembre-diciembre, 1975.
- 128 TIRADO GARCÍA, MODESTO. Los que conocieron a Martí: anécdotas de Modesto Tirado Avilés, comandante del ejército libertador. *REVOLUCIÓN Y CULTURA* (Habana) (33): 26-28; mayo, 1975.
- 129 ZDENEK, JOSEPH W. Un estudio de la poética de Ismaelillo por José Martí. *EXPLICACIÓN DE TEXTOS LITERARIOS* (California, Estados Unidos) 4(1): 47-91; 1975.

1976

- 130 ROJAS HERAZO, HÉCTOR. Agua fuerte de José Martí (En su: Señales y garabatos del habitante [Bogotá] Instituto Colombiano de Cultura [1976] p. 61-63)

1977

- 131 CALLEJAS, BERNARDO. ¿Qué es una ponencia? Para los equipos Juveniles de Estudios Martianos en la Universidad de La Habana. [La Habana, Departamento de Cultura, Universidad de La Habana, 1977] 36 p. (Serie Literatura y Arte)
- 132 RODRÍGUEZ, CARLOS RAFAEL. Discurso en el Centro Cultural José Martí, de México. *CASA DE LAS AMÉRICAS* (Habana) 16 (100): 4-7; enero-febrero, 1977. ilus.

1978

- 133 Academia de Ciencias de la URSS. Instituto General de Historia. José Martí y la fundación del Partido Revolucionario Cubano. (En su: Crónica de la Historia de Cuba. Moscú, Editorial Nauka, 1978. p. 116-123)  
Texto en ruso

- 134 ALMENDROS, HERMINIO. José Martí. [Bratislava, Smena, 1978] 117 p. (Edición Auróra)  
Texto en eslovaco.
- 135 CAHOBOB, M. A. Martí y la música. *AMÉRICA LATINA* (Moscú) (3): 173-181; mayo-junio, 1978.  
Texto en ruso
- 136 DÍAZ CASTILLO, ROBERTO. Martí, en Guatemala. *NUEVO DIARIO* (Guatemala) 21 julio, 1978: 10
- 137 FERNÁNDEZ RETAMAR, ROBERTO. Introducción a José Martí [La Habana] Casa de las Américas [1978] 216 p. ilus. (Colección de Estudios Martianos)  
A la cabeza del título: Centro de Estudios Martianos.  
Contiene: Introducción a José Martí. Martí, Lenin y la Revolución Anticolonial. Martí y Ho Chi Minh, dirigentes antecolonialistas. La revolución de Nuestra América. Desatar a América y desuncir al hombre. Martí en Marinello. El 26 de julio y los compañeros desconocidos de José Martí.
- 138 ——. Sobre Ramona, de Helen Hunt Jackson y José Martí. (En: *Mélanges a la mémoire d'André Joucla-Ruau*. [Paris] Editions l'Université de Provence [1978] t. 2, p. [699]-705)
- 139 ——. Vida de Martí. [La Habana, Ministerio de Cultura] Dirección de Orientación y Extensión Cultural [1978] s.p.
- 140 Festival Canario-Cubano por Martín-Carmelo [seud.?] *EL DÍA* (Las Palmas, Islas Canarias) 14 diciembre, 1978. ilus.  
A la cabeza del título: En el Guimerá...  
"Será un homenaje a Doña Leonor Pérez, Madre de Martí, en el 150 aniversario de su nacimiento."
- 141 JORGE VIERA, ELENA. José Martí y los demócratas revolucionarios rusos. *GACETA DE CUBA* (Habana) (173): 12-14; noviembre-diciembre, 1978. ilus.
- 142 [José Martí en La Habana] *VICTORIA* (Belgrado) 29 marzo, 1978. ilus.  
Texto en yugoeslavo
- 143 LEWIS, BART L. Sarmiento, Martí and Rodó: three views of the Unites States in the Latin American essay. (En: Zyla, Wolodynyr T. Portrayal of America in various literatures. Texas, Lublock, 1978 p. 29-40)
- 144 LEYGONIER, JOSÉ. Nexos martianos con Guanabacoa. (A propósito del centenario del primer discurso del Maestro, en Cuba) *PATRIA* (Habana) 34 (10): [1]-5; octubre, 1978.
- 145 MORALES, SALVADOR. Antianexionismo y antimperialismo en Martí y el Partido Revolucionario Cubano. *CASA DE LAS AMÉRICAS* (Habana) 19 (109): 58-81; julio-agosto, 1978.
- 146 ——. Influencia de Martí en los movimientos revolucionarios cubanos del siglo xx. (En: México, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Escuela de Historia. Anuario (México) (3): [15]-27; [1978])

- 147 OLIVARES SANCHEZ, ELSA, José Martí acerca de la educación. SIMIENTES (Habana) 17 (5): 6-10; septiembre-octubre, 1978
- 148 RODRÍGUEZ DEMORIZI, EMILIO. Martí en Santo Domingo. 2da. ed. Barcelona, Gráficas M. Pareja, 1978. 623 p. ilus. (Fundación Rodríguez Demorizi)
- 149 WASTFALL, L. GLENN. Tampa's cubans and the spanish-american war. (En su: Research study for the development of the Ybor City State Museum [Tampa] Division of Archives, History and Records Management, Bureau of Historic Sites and Properties [1978] p. 75-88)
- 150 WINOCUR, MARCOS. José Martí: anexión o independencia (En: Mélanges a la mémoire d'André Joucla-Ruau [Paris] Editions de l'Université de Provence [1978] t. 1. p. [383]-388)

## — A —

- Academia de Ciencias de la URSS. Instituto General de Historia; 133
- Acosta, Alberto; 87
- Agramonte Loynaz, Ignacio; 3
- Aguirre, Sergio; 46
- Almendros, Herminio; 134
- Alvarez, Santiago; 76
- La América (New York); 9
- América-Historia; 15
- Amistad Funesta (Bibliografía Pasiva); 127
- Las Antillas; 49, 74
- Anuario del Centro de Estudios Martianos (Habana); 92
- Arias, Salvador; 19
- Armas, Emilio de—Un deslinde necesario; 58
- Armas, Ramón de; 20, 21
- Asamblea del Poder Popular, Guanabacoa; 87
- Asociación de Amitad Canario-Cubana; 78
- Augier, Ángel; 22
- El Avisador Cubano (New York); 3
- Azor Hernández, Ileana; 23

## — B —

- Baños, Pedro Cosme; 53
- Benedetti, Mario; 25
- Benítez, María; 26
- Bibliografías; 26, 50
- Biografías; 139
- Bolívar, Simón; 11, 66

## — C —

- Cahobob, M. A.; 135
- Calderón González, Jorge; 27



Callejas, Bernardo; 28, 131  
 Cantón Navarro, José; 29, 78  
 Cartas; 7  
 Casa de la Américas (Habana); 78  
 Castro Ruz, Fidel; 11, 52  
 Centro Cultural José Martí, México; 132  
 Centro de Estudios Martianos; 3, 7, 15, 24, 31, 75, 78, 84, 91, 137  
 Céspedes y del Castillo, Carlos Manuel de.; 3  
 Cine Cubano; 76  
 Club Mercedes Varona; 104  
 Colina, Cino; 31  
 Colonialismo; 121  
 Colloque International, Université de Toulouse, 1978; 37, 40, 42, 43, 65, 66, 78, 88, 112.  
 Concurso Areito-CEM; 78  
 Concurso La Edad de Oro; 32  
 Concurso Areito-CEM; 78  
 Concursos; 17, 24  
 Conferencia Internacional Americana. Washington, 1889; 64  
 Congreso del Partido Comunista de Cuba, 1ª Habana, 1975; 37  
 Cot de Ureña, Ma. del Carmen; 177  
 Crespo, Jesus; 16  
 Crítica e Interpretación; 8, 69  
 Cruz, Mary; 33, 34  
 Cuba. Biblioteca Nacional José Martí; 78  
 Cuba-Historia-Guerra de los Diez Años, 1868-1878; 4, 38, 114.  
     Guerra de Independencia, 1895-1898; 51. Expediciones; 60.  
     Revolución, 1959—; 44  
 Cuba. Ministerio del Interior; 57

## — CH —

Chacón Nardi, Rafaela; 78

## — D —

De noche, en la imprenta (Bibliografía Pasiva); 123  
 Depew, Chauncey; 15

Deportación a España (1879); 95, 100  
 Deportes; 107  
 Derechos Humanos; 21, 83  
 Díaz Albertí, Rafael (1844- ); 96  
 Díaz Castillo, Roberto; 136  
 Díaz Martínez, Manuel; 36  
 Díaz Rozzotto, Jaime; 37  
 10 de octubre de 1868; 114  
 Dill, Hans-Otto; 126  
 Discursos; 4, 93, 114  
 Domenech, Camilo; 87  
 Dorr, Nicolás; 39  
 Dumas, Claude; 40

## — E —

El Economista Americano (Nueva York); 15  
 La Edad de Oro (Bibliografía Pasiva); 19, 98  
 Editoriales; 70  
 Educación; 34, 147  
 —Cuba; 110  
 —Filosofía; 14  
 Educación Pública; 15  
 Egipto-Historia; 15  
 Encuentro Nacional de Equipos Literarios Martianos de los CDR; 71  
 Entrevistas; 52  
 Equipos Juveniles de Estudios Martianos; 131  
 Estados Unidos-Historia; 15  
 —Política y Gobierno; 15, 21  
 —Vida Social y Costumbres; 15  
 Estrade, Paul; 42, 78  
 Exposiciones; 78

## — F —

Fernández Retamar, Roberto; 8, 31, 43-46, 75, 78, 87, 121, 137-139. **Introducción a José Martí; 97, 106**  
 Festival Canario-Cubano; 140  
 Figueroa, Sotero; 105

Fleites, Alex; 46, 47  
 Foner, Philip Sheldon; 14  
 Franco, José Luciano; 49

## — G —

García, Ana María; 53  
 García-Carranza, Araceli; 50  
 García del Pino, César; 51  
 García Martí, Raúl; 52  
 Gidoni, A. G.; 118  
 Gómez Báez, Máximo; 60  
 Gómez Luaces, Eduardo; 53  
 González Bello, Manuel; 54  
 Grandal, Ramón M.; 122  
 Gregori Torada, Nuria; 113  
 Grigulévich, Iosif; 35, 41, 55, 56  
 Guanabacoa-Historia; 87  
 Guerra, Benjamín; 7  
 Guerra, Estela; 57  
 Guillén, Nicolas; 87

## — H —

Hart Dávalos, Armando; 55  
 Henríquez y Carvajal, Federico; 7  
 Hernández-Chioldes, Juan Alberto; 18  
 Hernández Novás, Raúl; 58  
 Hernández Otero, Ricardo Luis; 59  
 Hernández Pardo, Héctor; 60, 61  
 Herrera Franyutti, Alfonso; 123  
 Hidalgo Paz, Ibrahim; 62  
 Ho Chi Minh; 79, 137  
 Homenajes; 30

## — I —

Ibarra, Jorge; 63  
 Indzhov, Nikola; 84

Instituto de la Infancia; 9, 10  
 Isidró del Valle, Aldo; 52  
 Ismaelillo (Bibliografía Pasiva); 129  
 Izquierdo, Estela; 64

## — J —

Jackson, Helen Hunt-Ramona; 138  
 Jiménez, José Olivio; 120  
 Jorge Viera, Elena; 141  
 Jornada Nacional Martiana; 30  
 Juárez Benito; 20

## — L —

Lamennais, Felicidad Roberto de. (1782-1854); 124  
 Lamore, Jean; 65  
 Lancha, Charles; 66  
 Le Riverend Brussone, Julio; 67  
 Lenin, Vladimir Ilich; 137  
 Lewis, Bart L.; 143  
 Leygonier, José; 144  
 Liceo Artístico y Literario de Guanabacoa; 54, 57, 93, 144  
 Liceo Artístico y Literario de Regla; 53, 85  
 Literatura Cubana-Ensayos; 8  
 —Poesía; 15  
 López, María Josefa; 71  
 Lucía Jeréz (Bibliografía Pasiva); 23, 112

## — M —

Madero, Ernesto; 78  
 Madrid-Vida Social y Costumbres; 15  
 Manifiesto de Montecristi; 7  
 Mantilla Miyares, Carmen; 7  
 Mantilla Millares, María; 7  
 Marinello Vidaurreta, Juan; 55, 68, 69, 78, 137  
 Martí en Francia; 78  
 Martí en Guanabacoa; 78  
 Martí en Guatemala; 136

Martí en Holguín; 81  
 Martí en México; 20, 40, 78  
 Martí en otros idiomas; 5, 12, 14, 41, 55, 89, 116, 118, 125, 133, 134, 142  
 Martí en Regla; 78  
 Martí en Santo Domingo; 148  
 Martí en Uruguay; 25  
 Martínez, Inocencia; 104  
 Marzo, Louis; 84  
 Mas, José L.; 124  
 Masonería-América; 15  
 Matamoros, Mercedes; 15  
 Materialismo Dialéctico; 111  
 Melis Cappa, Rafael; 71  
 Mella, Julio Antonio; 72  
 Mercado, Manuel; 2  
 Mesa Martínez, Aida; 73  
 Monumentos; 17  
 Morales, Salvador; 74, 84, 145, 146  
 Mosquera, Gerardo; 75  
 Muerte de Martí; 61, 99  
 Mujeres en Uruguay; 15  
 Mesa, Arnaldo; 76  
 Música-Historia y Crítica; 135

## — N —

New York-Vida Social y Costumbres; 15  
 Nuestra América (Bibliografía Pasiva); 137

## — O —

Ocampo, Melchor; 15  
 La Ofrenda de Oro (New York); 59  
 Olivares Sánchez, Elsa; 147  
 Opatrny Josef; 125  
 La Opinión Nacional (Caracas); 9  
 Oramas, Angela; 79, 80  
 Orta Ruiz, Jesús; 81-83  
 Ortega, Víctor Joaquín; 119

## — P —

Partido Comunista de Cuba; 34, 37  
 Partido Revolucionario Cubano; 63, 104, 108, 133, 145  
 Patria (New York); 16, 105  
 Pavlychko, Dmitro; 89  
 Pelaéz, Rosa Elena; 85  
 Pensamiento Económico; 27, 68  
 Pensamiento Político y Revolucionario; 28, 37, 42-44, 62, 63, 65-67, 72, 74, 82, 91, 94, 103, 111, 119, 121, 137, 141, 146, 150  
 Peralta, Víctor Julio; 115  
 Pérez, Leonor; 78, 140  
 Pérez Duporté, Jorge; 78  
 Pérez Guzmán, Francisco; 86  
 Pérez Pereira, Rafael; 84  
 Personalidad; 109  
 Pinkerton's National Detective Agency; 101  
 Playitas; 60  
 Poesía-Crítica e Interpretación; 88  
 Poumier Taguechel, María; 88  
 Projorov, Viacheslav; 89  
 Prólogo al Poema del Niágara (Bibliografía Pasiva); 120

## — Q —

Quesada Aróstegui, Gonzalo de; 7

## — R —

Regla-Historia; 87  
 Rego, Oscar F.; 90  
 Reportaje gráfico; 73  
 Revista Areito (Estado Unidos); 24  
 Revista Universal (México); 15  
 Roca, Blas; 55  
 Rodó, José Enrique; 143  
 Rodríguez, Carlos Rafael; 46, 55, 91, 132  
 Rodríguez, Emilio Jorge; 126  
 Rodríguez, Pedro Pablo; 92-96, 108  
 Rodríguez Demorizi, Emilio; 148

Rodríguez Núñez, Víctor; 97  
 Roig de Leuchsenring, Emilio; 22  
 Rojas Herazo, Héctor; 130  
 La Rosa Blanca (Bibliografía Pasiva); 80

## — S —

Salas Lenin-Martí; 57  
 Salomón, Noël; 78  
 Sánchez, Reinaldo; 127  
 Santos Moray, Mercedes; 98  
 Sanzo, Nayda; 99  
 Sarabia, Nydia; 100, 101  
 Sarmiento, Domingo Faustino; 143  
 Seminario Juvenil de Estudios Martianos, VIII. Habana 1979-1980; 45, 77  
 86,90,102  
 Shishkina, V. I.; 103  
 Sociedad Cubana de Estudios Históricos Internacionales; 69

## — T —

Teatro — Crítica e Interpretación; 39  
 Teatro Mexicano — Historia y Crítica; 15  
 Tirado Avilés, Modesto; 128  
 Tirado García, Modesto; 128  
 Toledo, Josefina; 104, 105  
 Toledo Sande, Luis; 106  
 Torres, Mario; 107  
 Torres-Cuevas, Eduardo; 108  
 Torroella, Alfredo; 54, 87, 93  
 Tres ensayos (Bibliografía Pasiva); 46  
 Turner Martí, Lidia; 109

## — U —

Unamuno, Miguel de; 36  
 UNESCO. Comisión Nacional Cubana de la UNESCO; 78  
 Ureña Rib, Pedro R.; 117

## — V —

Valdés Marín, Rolando; 110

24 de febrero de 1895; 47  
 26 de julio de 1953; 137  
 Vargara, Alejandro; 111  
 Versos Sencillos (Bibliografía Pasiva); 18  
 Vindicación de Cuba (Bibliografía Pasiva); 29  
 Vitier, Cintio; 112

## — W —

Westfall, L. Glenn; 149  
 Winocur, Marcos; 150

## — Y —

Ybor City State Museum (Tampa); 149

## — Z —

Zdenek, Joseph W.; 129  
 Zyla, Wolodymyr T.; 143

## INDICE DE TÍTULOS

## — A —

- A los niños que lean La Edad de Oro; 9  
 A través de mis pensamientos; 57  
 El abogado de los ricos; 15  
 Acerca de Martí, "el hombre mayor del siglo XIX en América"; 46  
 Aguafuerte de José Martí; 130  
 Algunos problemas de una biografía ideológica de José Martí; 43  
 Amistad Funesta; 1  
 Amplían fecha de admisión de proyectos al concurso "Monumento a José Martí en Cali, Colombia"; 17  
 Análisis crítico de los Versos Sencillos de José Martí; 18  
 Antianexionismo y antimperialismo en Martí y el Partido Revolucionario Cubano; 145  
 Las Antillas y el imperialismo norteamericano; 74  
 El anuario sobre Martí; 92  
 Año cubano de José Martí (1878-1879); 87  
 El año nuevo en Madrid; 15  
 Una aproximación existencial al Prólogo al Poema del Niágara, de José Martí; 120  
 Apuntes de José Martí, para discursos pronunciados en el Liceo Artístico y Literario de Guanabacoa; 87  
 Apuntes sobre la presencia en Martí del México de Benito Juárez; 20

## — B —

- La bailarina española; 10  
 Bases del concurso sobre José Martí convocado por la Revista Areito y el Centro de Estudios Martianos; 24  
 Bibliografía Martiana; 50  
 Bibliografía Martiana de Emilio Roig de Leuchsenring; 26

## — C —

- El camarón encantado; 10  
 Celebran centenario del primer discurso político de José Martí en Cuba; 85  
 Celebrarán Jornada Nacional por el 126 aniversario del natalicio de José Martí; 30

- Centenario de la segunda deportación del Maestro; 100  
 149 ponencias en el Seminario Martiano; 90  
 Colaboración martiana en La Ofrenda de Oro (Notas sobre un artículo desconocido de José Martí); 59  
 Colección; 116  
 La Conferencia Internacional Americana en la valoración de Martí; 64  
 Contra el verso retórico y ornado (Quelques aspects de la poétique martienne); 88  
 Convocan al concurso La Edad de Oro; 32  
 Curiosidades americanas: Egipto y América; La masonería en América; 15

## — D —

- De Introducción a Martí; 121  
 De noche, en la imprenta; 123  
 De Yankeelandia; 15  
 Declaración final; 102  
 Dedicado a José Martí; 35  
 Del álbum de la eminente poetisa cubana Mercedes Matamoros; 15  
 El democratismo revolucionario de José Martí; 103  
 Desatar a América y desuncir el hombre; 137  
 Un deslinde necesario; 58  
 Diario de Campaña; 113  
 "Dicha grande", escribió el Maestro en su Diario de Campaña; 60  
 Un discurso donde hubo "fuego cubano"; 93  
 Discurso en el Centro Cultural José Martí, de México; 132  
 Discursos del 10 de octubre; 4, 114  
 Documentos sobre José Martí; 38  
 Los dos príncipes; 10  
 Los dudes; 15

## — E —

- La Edad de Oro; 5, 6, 14, 115  
 La Edad de Oro noventa años después; 19  
 Educación y Libertad; 9  
 Elogio del Poeta Alfredo Torroella; 87  
 En silencio ha tenido que ser...; 2

En torno a la ideología de José Martí; 124  
 En vísperas de un largo viaje; 7  
 El encarcelamiento de José Martí; 33  
 Ensayos sobre arte y literatura; 8  
 Equipos literarios martianos; 71  
 Es la primera vez que hablo de mi patria...; 87  
 Escenas neoyorkinas: Los vendedores de diarios; 15  
 Un estudio de la poética de Ismaelillo de José Martí; 129

## — F —

El falso mito de la inferioridad latina; 9  
 Una fecha, dos héroes, el mismo amor; 79  
 Fidel es un digno continuador del postulado martiano; 52  
 Formación del pensamiento latinoamericanista de Martí; 94  
 Frac de Martí; 48  
 Fragmentos; 9

## — G —

Glosas al pensamiento de José Martí; 72  
 El grande y valioso aporte; 75

## — H —

Hacia la organización revolucionaria; 63  
 Una hermosura; 15  
 Historia y biología en la América mestiza de José Martí; 65  
 El historicismo martiano en la idea del equilibrio del mundo; 67

## — I —

El ideal democrático de José Martí y el Primer Congreso del P.C. Cubano; 37  
 El ideal unionista latinoamericano en Bolívar y Martí; 66  
 Ideología y ética del héroe martiano en Amistad Funesta; 127  
 Igualdad de la mujer; 9  
 La imagen constante, fragmento de un ensayo fotográfico de Grandol; 122  
 Incógnita que debe ser despejada por los especialistas; 47  
 Influencia de Martí en los movimientos revolucionarios cubanos del siglo XX; 146  
 Introducción a José Martí; 31, 137  
 Ismaelillo; 10

## — J —

José Martí; 125, 134  
 José Martí acerca de la educación; 147  
 José Martí: anexión o independencia; 150  
 José Martí, el precursor de la revolución cubana; 55  
 José Martí en el Liceo de Guanabacoa; 93  
 José Martí en La Habana; 142  
 José Martí en nuestra Revolución; 87  
 José Martí na Revolucao Cubana; 44  
 José Martí, su lucha; 119  
 José Martí y los demócratas rusos; 141  
 José Martí y los Estados Unidos a fines del siglo XIX; 118  
 José Martí y sus críticas teatrales mexicanas; 39  
 Los jóvenes escriben y hablan de Martí; 86

## — L —

Lecturas Pedagógicas; 9  
 La liberación económica; 68  
 Un libro que debe escribirse; 72  
 Liceo Artístico y Literario de Regla fundado por José Martí el 8 de febrero de 1879; 53  
 Los que conocieron a Martí: anécdotas de Modesto Tirado Avilés; 128

## — M —

Martí en el Año 20 de la Victoria; 70  
 Martí en Guatemala; 136  
 Martí en Holguín; 81  
 Martí en Las Antillas; 49  
 Martí en Marinello; 137  
 Martí en Santo Domingo; 148  
 Martí en Unamuno; 36  
 Martí hombre sin muerte; 99  
 Martí, Lenin y la Revolución Anticolonial; 137  
 "¡Martí no es de la raza vendible!"; 100  
 Martí: orden y revolución; 42  
 Martí, propiedad humana; 87

Martí y el Uruguay; 25  
 Martí y Ho Chi Minh, dirigentes anticolonialistas; 137  
 Martí y la educación nacional; 110  
 Martí y la formación multilateral y armónica de la personalidad; 109  
 Martí y la guerra necesaria; 51  
 Martí y la música; 135  
 Martí y la revolución de los humildes; 82  
 Martí y los derechos humanos; 83  
 Un martiano de la República Democrática Alemana; 126  
 La más alta lección; 69  
 Melchor Ocampo; 15  
 Meñique; 10  
 1887: un año clave en la radicalización martiana; 28  
 El mundo nuevo requiere la escuela nueva; 34  
 La muñeca negra; 10

## — N —

Nexos martianos con Guanabacoa; 144  
 Notas americanas; 15  
 [Notas de prensa sobre el VIII Seminario Juvenil de Estudios Martianos]; 77  
 Notas sobre el margen del anticolonialismo martiano; 62  
 Notas sobre la personalidad de Martí en México (1875-1876); 40  
 Noticias y comentarios; 78  
 Una novedad en educación pública; 15  
 Nuestra América; 11, 13

## — O —

La obra de Martí no quedó inconclusa; 61  
 On Education; 14  
 Oratoria popular; 15  
 Otros libros; 84  
 Otros textos martianos; 15

## — P —

El Padre Las Casas; 5  
 Para leer realmente a José Martí; 97

Para luchar, vivo; 95  
 Para su Patria deben trabajar todos los hombres; 96  
 Para ubicar a José Martí; 106  
 El Partido Revolucionario Cubano y la guerra; 108  
 Un paseo por la tierra de los anamitas; 5  
 La pasión martiana de Emilio Roig de Leuchsenring; 22  
 La Patria está hecha del mérito de sus hijos; 34  
 Los Pinkerton tras José Martí; 101  
 Una poesía desconocida de José Martí; 123  
 Por penúltima vez Martí en Cuba cien años atrás; 73  
 Por qué está vivo Martí; 45  
 El precursor de la Revolución Cubana; 56  
 Presencia de Martí; 87  
 Primer discurso de Martí; 54  
 Principios educacionales martianos en la Plataforma Programática del Partido; 34  
 La Puertorriqueña fundadora del primer Club Femenino del Partido Revolucionario Cubano; 104  
 El puertorriqueño Sotero Figueroa, editor del periódico Patria; 105

## — Q —

¿Qué es una ponencia?; 131

## — R —

Reseñas deportivas de José Martí; 107  
 La revelación de Nuestra América; 137  
 Revista del mercado; 15  
 Una rosa, una oruga y un cardo; 80  
 Las ruinas indias; 5

## — S —

Sangre sobre la nieve: un reportaje de José Martí sobre la vocación de los derechos humanos en los Estados Unidos; 21  
 Sarmiento, Martí y Rodó: three views of the United States in the Latin American essay; 143  
 Selección de lecturas; 10  
 Sobre Lucía Jerés; 112  
 Sobre Ramona de Helen Hunt Jackson y José Martí; 138

## — T —

- Un teatro mexicano; 15  
 La temática agraria en la obra de José Martí; 27  
 "Tengo fe en el mejoramiento humano, tengo fe en la vida futura tengo fe en ti..."; 76  
 El teniente Crespo; 16  
 Tres héroes; 5, 117

## — U —

- La única novela de José Martí; 23

## — V —

- El 26 de Julio y los compañeros desconocidos de José Martí; 137  
 Los versos de José Martí en ucraniano; 89  
 Versos Libres; 10  
 Versos Sencillos; 10  
 Vida, [Poesía]; 15  
 Vida de Martí; 139  
 La vieja casona; 87  
 Vindicación de Cuba; 29

## — Z —

- Los zapaticos de rosa; 10

## PUBLICACIONES SERIADAS CONSULTADAS

- América Latina (Moscú); 135  
 Anales de Literatura Hispanoamericana (Madrid); 120  
 Anuario. Universidad Michoacana. Escuela de Historia véase México. Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Escuela de Historia.  
 Anuario del Centro de Estudios Martianos (Habana); 15, 22, 25, 26, 28, 38, 42, 43, 50, 58, 62, 65, 67, 78, 84, 94, 102, 103, 106, 108, 111, 112  
 Anuario L/L véase Instituto de Literatura y Lingüística. Anuario L/L (Habana)  
 Barandal. Boletín (Guadalajara, México); 78  
 Bohemia (Habana); 21, 23, 54, 63, 73, 90, 92, 95, 96  
 El Caimán Barbudo (Habana); 45, 49  
 Casa de las Américas (Habana); 11, 20, 97, 98, 121, 123, 126, 132, 145  
 Con la Guardia en Alto (Habana); 71  
 Conjunto (Habana); 39  
 Cuadernos Americanos (México); 124, 127  
 Cuba Si (Paris); 78  
 El Día (Las Palmas, Islas Canarias); 140  
 Diálogos (México); 112  
 Diário de Lisboa (Lisboa); 44  
 Dissertation Abstractss International (Estados Unidos); 18  
 Ellas en Romances véase Romances (Habana)  
 Explicación de Textos Literarios (California, Estados Unidos); 129  
 Gaceta de Cuba (Habana); 36, 141  
 Grnma (Habana); 17, 29, 31-34, 41, 52, 61, 70, 72, 76, 77, 81-83 85, 93, 96, 100, 104, 105, 109, 110  
 Granma Campesino (Habana); 27  
 Granma Resumen Semanal (Habana); 12  
 Instituto de Literatura y Lingüística. Anuario L/L (Habana); 59  
 Juventud Rebelde (Habana); 2, 46, 47, 77  
 México. Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo. Escuela de Historia. Anuario (México); 146  
 Moncada (Habana); 57, 101  
 Novedades de Moscú (Moscú); 35



- Nuevo Diario (Guatemala); 136  
 Patria (Habana); 144  
 Problemas de Historia (Petrozavodsk); 118  
 Revista Museo (Santiago de Cuba); 48  
 Revolución y Cultura (Habana); 19, 75, 122, 128  
 Romances (Habana); 79, 80  
 Semanario Deportivo LPV (Habana); 107  
 Simientes (Habana); 147  
 Trabajadores (Habana); 68, 69, 99  
 URSS (Moscú); 89  
 Verde Olivo (Habana); 16, 51, 56, 74, 86  
 Victoria (Belgrado); 142

## NOTICIAS Y COMENTARIOS

### EN EL CXXVII ANIVERSARIO DEL NATALICIO DE JOSÉ MARTÍ

"Algunos aspectos de la acción independentista de José Martí como expresión de su democratismo revolucionario" fue el título de la conferencia pronunciada por Emilio de Armas en la Casa de la Cultura de Guanabacoa el 21 de enero último.

En su disertación, De Armas examinó la acción revolucionaria martiana, cuya continuidad con la gesta de 1868 constituye el núcleo de la visión que el Héroe de Dos Ríos tuvo de Céspedes y Agramonte.

### MARTÍ Y LA FILATELIA

Auspiciado por la Federación Filatélica Cubana, el 23 de enero último quedó constituido el Grupo Filatélico Nacional de Estudios Martianos, el cual se ha propuesto "agrupar a lo largo y ancho de toda la Isla, a los amantes de la filatelia interesados en la vida y obra de nuestro Héroe Nacional".

### JOSÉ MARTÍ EN EL VOLUMEN MEMORIA DE UN ENCUENTRO GENEROSO

Gonzalo de Quesada Michelsen, quien tuvo a su cargo las palabras de presentación de la actividad, efectuada en el salón de actos de la Biblioteca Nacional José Martí, luego de destacar un artículo preparado por Martí para el diario caraqueño *La Opinión Nacional* (24 de enero de 1882) acerca de la exposición filatélica inaugurada en Viena el 14 de noviembre de 1881, señaló "la importancia del estudio de los sellos como auxiliar importantísimo en el estudio de la historia."

Entre los objetivos del Grupo está el de proponer emisiones martianas, pues, como subrayó Quesada Michelsen, "muchos son los aspectos de la vida de Martí, con relevancia histórica, que pueden figurar en nuestras estampillas".

### CONFERENCIAS EN EL IX SEMINARIO JOSÉ MARTÍ EN LA PRENSA

En el marco del IX Seminario Nacional Juvenil de Estudios Martianos, el 24 de enero de 1980 el sobresaliente historiador y profesor cubano José Luciano Franco ofreció una conferencia en torno a José Martí y Juan Gualberto Gómez.

Durante su exposición, que como de costumbre resultó francamente amena y apoyada en numerosos testimonios y citas bibliográficas, el eminente investigador se refirió a diferentes aspectos de la actividad revolucionaria desplegada por ambos y a la importancia de esa ardua labor que el sentimiento del deber patriótico les impuso.

Especial atención dedica Franco al "hermano mulato" del Héroe Nacional cubano, al agente del Partido Revolucionario en Occidente, a quien "se entregó de lleno a cumplir con las tareas que Martí le iba señalando".

En el mismo ámbito del IX Seminario Nacional Juvenil de Estudios Martianos, intervino el profesor e investigador hispanista francés Paul Estrade para leer su trabajo "Martí; una estrategia de unión patriótica y democrática", en el que pone de relieve que "la política martiana de unión es una obra maestra de estrategia en las condiciones nacionales e internacionales complejas y originales".

## JOSE MARTI EN LA PRENSA EXTRANJERA

En 1979 la prensa extranjera continuó dando testimonio del creciente interés mundial que suscita la figura formidable de José Martí. Entre otras, el Centro de Estudios Martianos tuvo noticia de las siguientes publicaciones foráneas que han contribuido, de diversas maneras, a divulgar en el citado año distintas facetas de nuestro héroe, cubano y universal: *URSS (Moscú)*, en su número 55, de abril, incluye el texto "Los versos de José Martí en ucraniano", firmado por Viacheslav Projorov y que sirve de presentación a una selección de poesía martiana traducida por Dimitro Pavlychko; el *Diario de Lisboa* recogió el 23 de octubre un artículo de Roberto Fernández Retamar traducido al portugués: "José Martí na Revolucao Cubana"; y particularmente novedosa resulta la aparición de textos martianos vertidos a la lengua finesa: en Finlandia, en número 1 de *Cuadernos Culturales*, editó una selección de "Nuestra América" y de versos martianos, precedida de una nota de Matti Rossi en la cual puede leerse: "No es posible comprender la historia actual de Cuba sin conocer las ideas centrales de José Martí.

En nuestro número anterior dedicamos un espacio de "Noticias y comentarios" a un importante y noble encuentro internacional: el coloquio que en homenaje al cubano Juan Marinello y al francés Noël Salomon tuvo lugar en la universidad gala de Tolouse-Le-Mirail, entre el 22 y el 24 de noviembre de 1978. Ahora nos regocija poder comunicar que ha aparecido el volumen-memoria de la reunión. Dentro de su plausible interés general, destaca el particular que el libro contiene para los estudiosos de Martí, quien fue objeto fundamental de

meditación para las dos figuras a las cuales se consagró el homenaje. A esa zona específica —y, por supuesto, desbordante— pertenecen los trabajos que en la reunión mencionada presentaron, según el orden en que aparecen en el libro: Roberto Fernández Retamar, Paul Estrade, Jean Lamore, Claude Dumas, Cintio Vitier, María Poumier, Charles Lancha y Jaime Díaz Rozzotto.

Ellas forman una parte inseparable de los principios y objetivos de la Cuba socialista. Ellas son, unidas al marxismo-leninismo, la fuerza movilizadora de lo cubano, de su quehacer nacional e internacional".

### ACTA DE PREMIACIÓN DEL "CONCURSO LATINOAMERICANO Y DEL CARIBE PARA EL MONUMENTO A JOSÉ MARTÍ" EN CALI COLOMBIA

El Jurado del Concurso Internacional para el Monumento a José Martí en Cali, Colombia constató que fueron remitidos 28 proyectos de los siguientes países: Cuba 13; Colombia 9; Venezuela 2; Puerto Rico 2; Perú 1; Panamá 1.

El Jurado reunido en esta ciudad los días 3 y 5 de mayo de 1980 e integrado por:

El Arquitecto Germán Cobo Losada en representación de la Casa de la Amistad con los Pueblos de Cali.

El Pintor Pedro Alcántara Herrán designado por el Instituto Colombiano de Cultura (COLCULTURA) para actuar en representación del maestro Alejandro Obregón.

El Arquitecto Ernesto Alba, Director de la Escuela Nacional de Arquitectura de la Universidad Nacional Autónoma de México en

representación de los demás países de América Latina.

El Diseñador Gráfico Alfredo González Rostgaard, secretario de organización de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC) en representación de la Casa de las Américas en Cuba. El Arquitecto Fernando Salinas, Director de Artes Plásticas y Diseño del Ministerio de Cultura de Cuba, en representación del Centro de Estudios Martianos y el Instituto Cubano de Amistad con los Pueblos (ICAP), decidió:

1. Otorgar el PREMIO al proyecto titulado "COMO LA PLATA EN LAS RAICES DE LOS ANDES", presentado por el Arquitecto NÉSTOR GARMENDÍA RAFAEL de nacionalidad cubana.
2. Otorgar en igualdad de condiciones, mención a dos proyectos de los arquitectos cubanos Hugo Milián y José Solares, al proyecto enviado por Luis Arnal de Venezuela; al proyecto del escultor Héctor Fabio Oviedo de Colombia y al proyecto del Arquitecto Ricardo Jaime de Panamá.

El Jurado concedió el premio al proyecto "COMO LA PLATA EN

LAS RAICES DE LOS ANDES" por las siguientes razones:

- a) Haber cumplido plenamente con los requisitos de entrega y con el objetivo establecido por los organizadores del Concurso.
- b) Haber logrado la integración entre el pensamiento martiano y el aspecto plástico formal de la obra.
- c) Haber propuesto una estructura espacial que se integra al contexto urbano de la ciudad de Cali y enriquece la vida peatonal del lugar, mediante la organización y escala de la obra.
- d) Por proponer una obra de gran simplicidad técnica-constructiva y el uso de materiales característicos de la Arquitectura de esta ciudad, así como la utilización del color con un sentido plástico de carácter simbólico.

En constancia de lo anterior, se firma la presente Acta en la ciudad de Cali, Colombia, a los cinco(5) días del mes de mayo de mil novecientos ochenta (1980).

## PUBLICACIONES DEL CENTRO DE ESTUDIOS MARTIANOS

---

### TEXTOS MARTIANOS

*Obras escogidas en tres tomos*, tomo 1, 1869-1884; tomo 2, 1885-octubre de 1891

*La Edad de Oro* (edición facsimilar)

---

### TEXTOS MARTIANOS BREVES

*Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso*

*Bases y Estatutos secretos del Partido Revolucionario Cubano*

*La verdad sobre los Estados Unidos*

*Céspedes y Agramonte*

*Nuestra América*

*En vísperas de un largo viaje*

---

### COLECCIÓN DE ESTUDIOS MARTIANOS

*Siete enfoques marxistas sobre José Martí*

Blanche Zacharie de Baralt: *El Martí que yo conocí*

Roberto Fernández Retamar: *Introducción a José Martí*

*Acerca de LA EDAD DE ORO*, selección y prólogo de Salvador Arias

---

### CUADERNOS DE ESTUDIOS MARTIANOS

Carlos Rafael Rodríguez: *José Martí, guía y compañero*

---

### DISCOS

*Poemas de José Martí*, cantados por Amaury Pérez

*Ismaelillo*, cantado por Teresita Fernández

---

### ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS MARTIANOS

Número 1/1978

Número 2/1979

Número 3/1980

---